RTO BLEST GANA

ANTE LA RECONQUISTA

3 1761 07308092 1

GARNIER HERMANOS

PARIS

Ex Libris
1914-
Doctor Adeline Emma Gurd

1,75 livres
complet en 2

Adeline E. Gurd
No 4. Rue Leopold-Robert
Paris
Jan 10. 1902.

DURANTE
LA
RECONQUISTA

PARÍS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.

DURANTE

LA

RECONQUISTA

NOVELA HISTÓRICA

POR

ALBERTO BLEST GANA

TOMO PRIMERO

PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6 RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1897

LIBRARY
NOV 7 1904
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
8097
B5D9
1897
V.1

Á MI ESPOSA

DOÑA CARMEN BASCUÑÁN DE BLEST GANA

Hoy, después de cuarenta años de unión inalterable, con el profundo cariño con que te he consagrado mi existencia desde el principio de la juventud, te dedico este libro.

Se me figura que reuniendo nuestros nombres en su primera página, lo hago entrar con un presagio de buena suerte al peligroso campo de la publicidad.

ALBERTO BLEST GANA.

1896.

DURANTE

LA

RECONQUISTA

I

Desde las cumbres nevadas de los Andes, el sol, como enamorado de la tierra, la abrazaba. Su tibia caricia, de fulgurante luz, había dorado con sus resplandores la falda de la cordillera, disipando con su aliento, como se borran al despertar los recuerdos de un sueño, los jirones flotantes de su velo de brumas matinales. Macul y Peñalolen, iluminados de súbito, enviaban á Santiago su sonrisa de verdura. Había besado con su saludo del alba, la despoblada cima del cerro de San Cristóbal y partido sus rayos sobre los riscos del Santa Lucía. Habia corrido después, á lo largo de la pedregosa caja del Mapocho, tiñendo de rubio color las turbias ondas del rio, y descendido poco á poco, en raudales de claridad, de los tejados á las calles. Penetrando por patios, por huertos y por jardines, despertaba la vida y el movimiento, tras de su paso vencedor.

Santiago, en aquella mañana del 10 de octubre de 1814, había recibido su huésped, huésped más eterno que el del abril florido del poeta, con los atavios de una fiesta pública. Vistosos cortinajes de brocado y terciopelo colgaban de balcones y ventanas. Arcos triunfales de arrayán y de olivo, entrelazados con el pendón de su majestad Fernando VII en lo alto, se alzaban solemnes en los cuatro ángulos de la plaza principal. Largas banderas con los colores de la madre patria plantadas en las puertas de calle,

bajaban majestuosamente de sus astas y se balanceaban con muelle abandono, al soplo leve de la brisa del sur.

Por todas partes, un pretencioso empeño de ostentación, un afeite de mujer gastada que quiere fingir la alegre frescura de la juventud á fuerza de aderezos y cintajos. El empeño oficial de simular la popularidad con aparatosas muestras de un regocijo forzado. Muchas casas habían sido blanqueadas de nuevo, y en no pocas, los escudos de armas de aristocrático blasón que en dura piedra de cantería se veían esculpidos sobre las puertas de calle, encontrábanse rodeados de guirnaldas de flores y de verdura, como las que trenzan los pintores en las fiestas pastorales de alguna Arcadia imaginaria.

Para admirar tanta pompa y galanura, el pueblo había acudido de los arrabales desde temprano: con sus ponchos multicolores, sus *chupallas* de pita ó sus bonetes maulinos de pan de azúcar los hombres; con sus rebozos de Castilla, verdes y colorados, y sus polleras de vistosos colores las mujeres. Poca gente decente, gente visible, como se decía más comunmente entonces, transitaba por entre la plebe abigarrada. La corriente humana, á veces en líneas cortadas como camino de hormigas, ó en bandas de unos pocos, como gansos que caminan con gravedad al bebedero, se dirigía á la plaza por las diferentes calles que en ella desembocan. Pero hombres y mujeres iban por lo general silenciosos, sin la prisa que impulsa el interés, y sin las voces y risotadas en que la alegría popular desahoga el fuego de su contento y el exceso tumultuoso de su robusta vitalidad. Sólo los muchachos, cohorte siempre alegre, metían bulla. A pesar de los cortinajes y de las banderas, á pesar de los arcos y de las flores, á pesar de la luz resplandeciente del sol que brillaba como una sonrisa del cielo, hubiérase dicho que una sombra de recogimiento se advertía en los semblantes, como si una preocupación oculta embargase en la turba plebeya la natural expansión del roto que se divierte. Miraba maquinalmente, apenas con curiosidad, las galas de que la ciudad estaba vestida, y seguía esa turba entrando en la plaza, sin tumulto, con paso tardo, con aire desconfiado. Era porque la fiesta que se preparaba tenía para los más una significación siniestra. El pueblo sentía en ella algo de ominoso, que hacía vibrar en él la cuerda del patriotismo desconsolado, en una de esas conmociones que se adueñan del alma de las multitudes,

sin necesidad de propaganda ni fuerza extraña, por la electricidad misteriosa de un sentimiento común. Empezaba el segundo acto del luctuoso drama de la reconquista española. El primero acababa de terminar con la tremenda jornada de Rancagua. Los heroicos defensores de la plaza, que consiguieron con su arrojo convertir una derrota en una de las más brillantes páginas de la historia chilena, habían trasmontado los Andes, dejando la patria enlutada y los hogares en lágrimas. Principiaba la leyenda, que es generalmente el vidrio de aumento de la historia, pero que esta vez no necesitaba de su poder engrosador, para dar á los personajes del drama, las proporciones gigantescas de los héroes de epopeya. Era la leyenda con su poesía de admiración, dando forma á la gratitud patriótica del pueblo vencido. Un puñado de hombres que, después de agotar todos los recursos de defensa, se arroja diezmado y sangriento, contra el círculo de hierro que lo sitia, y se abre el camino de la salvación, rompiendo las filas del vencedor ensoberbecido, tiene que dejar un rastro de fuego en la imaginación de los contemporáneos y una aureola indeleble en los anales de la causa inspiradora de tan heroica temeridad. Eso habían hecho O'Higgins y los suyos. Dándole ya la forma augusta de una tradición venerada, el pueblo se contaba la reciente hazaña con admiración casi supersticiosa. Sin medios de publicidad, la leyenda pasaba de boca en boca, penetraba en los hogares apartados, en las haciendas tranquilas, en las chozas de los inquilinos indolentes. Volaba como la oculta locomoción de las semillas, que sin que nadie las haya visto trasportarse de un punto á otro, brotan y florecen, como por encanto, en parajes donde nadie las ha plantado. En pocos días, los nombres de Millán, de Ibieta, de Molina, de Vial, de Sánchez, de Astorga, agrupados como una aureola de constelaciones luminosas en torno del gran nombre de O'Higgins, habían llegado á encarnar el culto del pueblo por esa deidad, la Patria, que vive de sacrificios, como los dioses de la idolatría. En la imaginación popular, esa falange de héroes moviéndose entre el estruendo del cañón y de la fusilería, al resplandor de los incendios, en el clamoreo del combate y el quejar de los heridos, batidas las frentes por los negros estandartes que habían clavado en las trincheras para indicar al enemigo su resolución de morir peleando, tomaban las proporciones fantásticas de los cuentos que mara-

villan á los niños, infundiéndole el calor contagioso de la emulación, por las heroicas acciones y por los estoicos sacrificios.

La voz de la fama había llevado á los pechos de los chilenos esa simiente, sin que nadie sintiese, por supuesto, que había de fructificar más tarde en el lozano fruto de independencia, como no siente la tierra germinar la semilla que ha de producir la mies de nutrición y de vida.

Mientras tanto, todos los que llegaban á presenciar en la plaza principal la fiesta del 10 de octubre, traian ya la nueva leyenda impresa en la imaginación asombrada y miraban con torvo ceño, ó con la indiferencia del desconsuelo, aquellos preparativos de fiesta, en que se celebraba la caída de Rancagua y el triunfo de las armas del Rey. Ya el día anterior, el 9, el general Osorio había entrado en son de conquista en la capital, al frente de sus tercios vencedores. Los santiaguinos vieron desfilar las tropas victoriosas, que venían precedidas por el rumor de las crueldades horrendas con que remataron su triunfo. Algunas compañías del Real de Lima. Los húsares de la escolta del General. El batallón de Talavera, que acababa de ganar en la jornada de Rancagua el renombre de ferocidad, que el terror y el horror de los contemporáneos ha legado palpitante á la historia. Los batallones de Chillán y Valdivia de voluntarios forzados. Los de Concepción y de Castro. La caballería. Los batallones de Chiloé, la Vendée chilena, á cuyos hijos, los pueblos al norte del Maule llamaban con desprecio «chilotes de pata rajada», acaso porque en los pobres vestuarios de muchos de ellos había una carencia absoluta de calzado. Los agentes del partido monárquico habían conseguido formar una manifestación de entusiasmo ficticio mientras duraba el desfile de estas tropas, y principalmente en el momento de la entrada del jefe victorioso, rodeado de su estado mayor. Las masas populares, á las que fácilmente arrastran los sentimientos generosos, tienen también sus horas de cinismo descarado, en que olvidan sus afectos, á cambio de abundante bebida ó de alguna largueza pecuniaria. Es la aplicación plebeya de la filosofía utilitaria con que Enrique IV de Francia pasaba por fingirse católico, á trueque de abrirse las puertas de París. Grupos de rotos de Santiago y de sus arrabales, convenientemente preparados por oportunas libaciones, habían vociferado gritos de entusiasmo y de loor á los victoriosos.

Los demás de la turba habían seguido sin saber por qué, por gritar, por moverse, cogidos del contagio de la animación que arrastra á los indiferentes, en presencia de la animación de los otros. Las muchedumbres de pueblo, como las montañas, tienen eco.

Pero en la noche del 9 al 10 de octubre, la reacción se había operado. La arrogancia de los vencedores había despertado la popular conciencia. El pueblo acudía á la celebración religiosa del triunfo monárquico, como avergonzado de sus clamores del día anterior. Y á manera de remordimiento, se mostraba indiferente y silencioso. Tenía en su actitud ese aire de reserva y de desconfianza de nuestros campesinos, cuando vienen á la ciudad : por no parecer que admiran algo, se muestran impasibles. Mientras tanto, la fiesta había dado ya principio, con arreglo al programa publicado por bando desde la tarde del día anterior. General español, reconquistador de un pueblo católico, don Mariano Osorio, pensó que el mejor modo de impresionar favorablemente al vecindario de Santiago, magnates y plebeyos, era solemnizar el triunfo con una imponente fiesta de carácter religioso, en la que la virgen del Rosario, patrona de las armas españolas, tendría prominente colocación. Disponía el programa que habría *Tedéum* en la catedral, cantado con solemne pompa. La virgen del Rosario sería en seguida sacada en procesión de la iglesia, escoltada por las corporaciones religiosas, militares y civiles de la capital. Con esto, los adherentes á la causa monárquica tendrían una brillante ocasión de lucir sus casacas, sus bordados y sus bastones con borla. Algunas compañías del batallón de Talavera, el cuerpo favorito del Gobernador y ya de fatídico nombre para los insurgentes, formarían séquito á la procesión. La carrera de ésta había sido trazada con prolijidad. Saldría de la catedral hacia la calle de Ahumada, torcería por la de Huérfanos, y regresaría á la iglesia por la del Estado, recorriendo todo este trayecto dentro de la calle formada por las tropas de la guarnición, que harían los honores á la patrona de sus armas. Algunas piezas de artillería, colocadas en el centro de la plaza, dispararían ruidosas salvas al salir y al entrar la procesión.

Las tropas, distribuídas en sus puestos, descansaban sobre las armas y trataban, según la orden general leída en la revista después de la diana, de darse un aire marcial é

imponente, para infundir respeto al pueblo conquistado. Los oficiales, reunidos al frente de sus batallones, conservando la espada desnuda, conversaban. El jefe de la parada y sus ayudantes, todos montados, se esforzaban por hacer caracolear sus caballos, para que pareciesen poseer los bríos que habían perdido en la campaña. La gente del pueblo, en la que sobraban los entendidos en materia caballar, presenciaba ese empeño con la sonrisa burlona del conocedor que no se deja engañar. Otros oficiales recorrían los alrededores de la catedral, donde los grupos de espectadores eran más numerosos. Tenían la misión de preparar el entusiasmo popular para el momento en que, concluída la misa, apareciese el general Osorio, siguiendo con su estado mayor la procesión. En el ángulo de la plaza que formaba la esquina del palacio presidencial con la calle del Puente, parecía encontrarse el centro de ese servicio del entusiasmo realista. Un grupo, compuesto de varios oficiales, estacionaba en aquel punto. Ahí llegaban, y de ahí salían los encargados de preparar la ovación al general Osorio á su salida de la iglesia.

Un hombre de gallardo continente, sin tener sin embargo nada de la rudeza genial de los soldados de aquellos tiempos, era el centro de ese grupo. Vestía un vistoso uniforme de coronel de húsares, y tenía todas las exterioridades del hombre elegante que conserva, aún en la vida de los campamentos, el culto de su persona. El coronel don Hermógenes de Laramonte, de noble casa española, tenía, juntamente con su aire marcial, la finura algo femenil de facciones, que encanta y cautiva á las mujeres, cuando va acompañada de la arrogancia varonil, de una alta estatura y de modales conquistadores. Á primera vista se dejaba conocer que aquel joven, que parecía tener treinta años apenas, miraba la existencia por el lado alegre, sin enredarse en las enmarañadas y opresoras redes del sentimentalismo. De palabra fácil y abundante, usaba con los oficiales subalternos el tono amistoso del jefe que quiere nivelar las diferencias de la jerarquía, en todo lo que no es del servicio militar. Hablaba en aquellos momentos de la misión que todos ellos se habían impuesto, de despertar entre la gente del pueblo la apariencia á lo menos, del entusiasmo por la causa triunfante. Pero él mismo se reía del mal éxito de sus compañeros y encontraba que no debían desalentarse.

— Yo, que soy vizcaino, decía, no me desaliento por tan poco. Cuando se acerque el momento de la salida de la iglesia, ya verán ustedes si economizo mi voz. Sin perjuicio, añadió, de mirar á todas las chicas guapas que no se cubran demasiado con el mantón.

— Con tan buen ejemplo no se nos escapará una sola, dijo un capitán, muy contento de seguir á su jefe en el terreno femenil, en el que los hombres jóvenes fraternizan con tanta facilidad.

Los otros oficiales se adhirieron á la réplica del Capitán, y durante algunos momentos parecieron olvidar que se hallaban en la plaza. Discutían alegremente en voz alta, y aseguraban todos, con la fatuidad de los mozos que hablan de mujeres, que aunque la mirada de las santiaguinas fuese muy altiva, no tardarían las bellas desdeñosas en saber apreciar los méritos de los defensores del Rey. Luego entablaron una discusión sobre el manto con que se cubren las chilenas de la cabeza á la cintura, para ir á la iglesia y á sus excursiones matinales.

— El manto es un tápalo todo. Con él no hay que peinarse ni que lavarse la cara, dijo un teniente, que sin duda llevaba en su espíritu el germen de la descripción, poco figurada, de la escuela que hoy se llama naturalista.

Otro replicó:

— Es un resabio de la dominación de los árabes en nuestra tierra, traido por nuestros antepasados los conquistadores de América. Con el manto se ocultan á los profanos las gracias que sólo debe contemplar el amo, llámese padre ó marido.

— Invención de los frailes para mortificar á los legos, dijo, riéndose, un tercero que la echaba de volteriano.

— Y con lo que el diablo nada pierde, sin embargo, repuso otro.

— A mí me agrada, dijo Laramonte. El manto agrega á la mujer un atractivo que no pueden darle los demás atavíos: el del misterio. Una mirada de mujer con manto tiene más fuego, tiene más poder que la de una cuyo semblante puede contemplarse sin obstáculo. Toda la expresión del alma de la que mira se concentra en los ojos. Las demás facciones, ocultas como están, no toman parte en la emoción ó en la intención de la que lanza la saeta. Es un tiro en emboscada, que hiere con más seguridad. Luego la imaginación, que es nuestra linterna mágica, poetiza en la

mujer con manto, lo que no le es dado ver á los ojos. La boca tiene que ser bonita, pequeña y rosada la oreja, la frente tersa y torneado el cuello. Ese medio-incógnito del manto, permite á la mujer andar con más seguridad delante de los hombres y andar con más gracia, por consiguiente. De suerte, que todos ganamos con ese semi-disfraz: ellas, en parecer irresistibles y nosotros en creerlas tales.

En ese instante se oyeron las campanillas que anunciaban la elevación de la hostia. Oyóse entonces la voz del jefe de la parada, que resonó por toda la plaza:

— Firmes. Al hombro, armas. Presenten, armas. Rindan, armas.

Los soldados pusieron rodilla en tierra, y apoyando sobre el suelo perpendicularmente el fusil por la culata, se descubrieron. La concurrencia entera de la plaza imitó ese ejemplo con silenciosa reverencia. Todos se arrodillaron y quitaron los sombreros. Reinó entonces un profundo silencio, que permitía oír distintamente á la distancia el sonido estridente de las campanillas dentro del templo. Hubiérase podido creer que en medio de aquel momento solemne, todos los seres que así se hallaban prosternados, olvidando, en un fugaz espacio de tiempo, sus preocupaciones, sus penas y sus rencores, se unían en una adoración común, lejos de la tierra y elevaban el alma, en alas de un fervor igualmente sentido, á la región serena de una concordia universal.

La voz del jefe resonó nuevamente:

— Presenten armas. Al hombro, armas. Descansen, armas. En su lugar, descanso.

Un sonido sordo, el de las culatas de los fusiles que hirieron con perfecta uniformidad el suelo, rompió la mágica impresión.

Continuó el movimiento de las gentes por un instante suspendido, continuaron los cánticos en el interior de la iglesia y continuaron los oficiales de la esquina del palacio su interrumpida conversación.

Mientras tanto, la misa de gracia se celebraba en la catedral con ostentosa pompa. Oficiaba el arzobispo electo acompañado de acólitos, cubiertos de lujosa vestimenta. Un batallón de monacillos, vestidos de blanca sobrepelliz y roja sotana, ayudaban con acompasados movimientos y enviaban con el balance de los incensarios, espesas nubes de humo, que subían en diáfana espiral por la bóveda del tem-

plo. Dos soldados de Talavera, fusil al hombro y morrión de parada puesto en la cabeza, guardaban el altar, como si pudiesen presentarse los insurgentes á atacarlo. En la nave del medio, formando una U, se hallaban las autoridades y corporaciones civiles y religiosas, y en el centro, en un gran sillón colocado sobre una tarima á manera de trono, se veía sentado, con frente erguida y apacible semblante, un semblante de conciliación generosa, al señor gobernador y capitán general del reino D. Mariano Osorio. En el resto de la nave y en las naves laterales se apretaba, se pisoteaba, se sofocaba y se oprimía, una concurrencia numerosísima, principalmente compuesta de mujeres, que, sentadas ó arrodilladas sobre sus alfombras, elevaban las unas su alma al cielo, envuelta en las armonías del órgano; estudiaban otras la fisonomía de los conquistadores, y otras, las más jóvenes, clavaban los ojos en el techo en señal de místico arrobamiento, cuando algún hombre de los que andaban por donde podían, ó se paraban donde les era posible, les sorprendía una mirada curiosa. Según todos, no había dentro de la catedral donde poner un alfiler.

El sermón había sido encomendado á un padre dominico, de elocuencia no menos exuberante que su gordura. Durante media hora su voz había llenado los ámbitos de la iglesia, con una fuerza de vibración que suplía perfectamente, por lo que hace al efecto producido sobre el auditorio, lo que á los conceptos y al lenguaje del orador faltaban en elevación y en novedad. El reverendo padre, agitando las anchas mangas de la blanca sotana y bebiendo á cada momento un trago de agua, como quien quiere hacer pasar una indigestión, aseguraba que la virgen del Rosario había bajado del cielo á inspirar al glorioso vencedor la insigne hazaña con que había coronado la reconquista del reino. El General oía complaciente aquel elogio, que lo asociaba á la santa de su devoción particular, Nuestra Señora del Rosario, y llegaba á olvidar que si no hubiese sido por la porfiada insistencia de sus jefes subalternos, él habría abandonado el cerco de Rancagua y pasado el Cachapoal en vergonzosa fuga, al segundo día de la resistencia tremenda de la plaza sitiada. Ese era el fondo del sermón. Lo demás habían sido variantes sobre el mismo tema. ¿Cómo habría podido permitir Dios que su hijo predilecto, el católico Fernando VII, hubiese perdido el reino de Chile, aquel hermoso florón de su corona? Nuestro Señor Santiago, pa-

trón de la capital, montado en su caballo blanco, había puesto sin duda en completa derrota á las fuerzas del insurgente Carrera, que se adelantaba á socorrer á los sitiados. « Ese acto de intervención divina, dijo el padre jadeante, demuestra bien claro, hermanos míos, que el Cielo está con la causa de su majestad el paternal y gloriosísimo Fernando. *Domine salvum fac regem*, Dios es el sostén de la monarquía. » Después de esto siguió la peroración, no ya con saltos de torrente que se despeña por una quebrada, marcados por las traiciones que su memoria hacía al orador, sino plácido y majestuoso, como el río que ha llegado á la llanura, vecina del mar, donde van á perderse sus ondas para siempre. El dominico, que había repasado su peroración más que todas las otras partes de su arenga, la hizo llegar así al término de su carrera, hasta vaciarla ampulosa y pretenciosa, en el mar insondable del olvido.

Algunas toses sofocadas, algunas aclaraciones de pecho comprimidas, que habrían podido tomarse por murmullos de aprobación ó por suspiros de descanso, tras larga fatiga, marcaron el fin del sermón. Hubo un movimiento general de abanicos y un volverse de los ojos en todas direcciones, con el cuchicheo discreto de una reunión de personas que se despereza, después de una atención prolongada. La misa siguió su curso con serena majestad, haciendo resonar sus cánticos y su música, hasta causar en el alma de los concurrentes esa especie de desvanecimiento moral, que quita la conciencia física de la vida y hace lanzarse el espíritu tras la divinidad, envuelto en las nubes de incienso y en las oleadas de armonía, como alguien que, después de saltar al fondo de un agua profunda, sube con los ojos abiertos y el ánimo conturbado, buscando el aire y la luz de la superficie. Por fin, como todo tiene su término, la misa llegó tam bién á la oración final. Los rostros perdieron su aire de rígido misticismo ó de soñolienta atención. El general Osorio pudo abandonar su sonrisa de conciliación generosa. Las mujeres, sentadas sobre sus alfombras, pudieron mirar y secretearse, después de aquella larga abstinencia de palabra. Los hombres cambiaron ojeadas con el mar de bultos femeniles que tenían á sus pies. Y el obispo oficiante, con su alta mitra, se alejó del altar, solemne y compungido, en dirección á la sacristía, precedido por su séquito de acólitos, de monacillos y de sacristanes, todos con el rostro con

gestionado por las agitaciones de dos largas horas, que había durado la misa.

Entonces empezaron las corporaciones á desfilar lentamente para tomar desde la iglesia el orden que debían tener en la procesión. Á la señal de que ésta se ponía en marcha, principió también dentro y fuera de la iglesia la apretura, la confusa marea de seres humanos con sus contorsiones de flujo y reflujo, al mismo tiempo que se oía el redoble de los tambores en la plaza, las voces de mando de los jefes y oficiales y las retumbantes detonaciones de la artillería, que atronaban el aire é iban á turbar, prolongadas y broncas, las soledades de los campos vecinos y los ecos dormidos de la nevada y majestuosa cordillera, testigo impasible de aquel acto segundo de la reconquista española.

II

La conclusión de la misa de gracia, con tanto estrépito anunciada en la plaza, puso fin á la conversación de los oficiales que rodeaban al coronel Laramonte.

— Ahora, señores, dijo éste, cada cual á su puesto.

Dispersáronse entonces y dirigióse cada uno de ellos á distintos puntos del camino que debía seguir la procesión. El Coronel, acompañado por su ayudante, se colocó á inmediaciones de las puertas de la iglesia que dan á la plaza. Su elevada estatura le permitía dominar el gentío, confuso mar de sombreros de pita, llamados *mote de maíz*, en pronunciación popular *motemeíz*, de bonetes azules maulinos, de cabezas de mujeres del pueblo completamente descubiertas y de cabezas de señoras cubiertas por el negro mantón. De cuando en cuando marcaban, como puntos luminosos en esa superficie agitada y desigual, las mujeres que llevaban alguna manda de la virgen de Mercedes, de Purísima ó de la virgen del Carmen. Sus mantones blancos ó de colores claros, azul ó cáscara, se distinguían entre las mantas de los rotos y el sombrío traje de iglesia de las mujeres, y daban agradable variedad á esa masa de seres humanos, que no brillaba por lo pintoresco.

Laramonte no se preocupaba en aquel momento de la cuestión de estética en el cuadro que se ofrecía á su vista. La procesión empezaba á salir de la iglesia y era preciso

despertar el entusiasmo público cuando el general Osorio apareciese en la puerta del medio. La cruz alta, que precedía el desfile, se había abierto paso con dificultad por entre la gente apiñada sobre las gradas y la que pugnaba por salir del templo. Luego seguían algunas corporaciones religiosas. Los frailes, con vela encendida en mano, marchaban uno tras otro, cantando sus letanías. El sol jugaba sobre sus cráneos y hacía aparecer á los más calvos, como si llevasen en los hombros una enorme bola de billar gastada por años de carambolajes. Muchos, bajo aquella luz ofuscadora, tenían semblantes amarilluzcos de marfil, que hablaban de ayunos y de maceraciones, que contaban los éxtasis silenciosos de la vida del claustro, los impulsos del alma creyente hacia la quietud inefable de las recompensas celestiales. Otros, rechonchos y mofletudos, de cerquillo espeso y nuca rojiza, como pescuezo de pavo armado, cantaban maquinalmente, sin sombra de unción, como pensando en la cazuela y el chancho arrollado del almuerzo. A cada paso dejaban caer en la espalda del vecino de adelante, enormes cerotes de la vela que, con descuido, inclinaban haciéndola chorrear cera á la ventura. Unos con otros iban mostrando el contraste eterno de las cosas humanas: el alma y la materia, la elevación ambiciosa ó sublime de la primera, el egoísmo sibarita é instintivo de la segunda. Las mujeres del pueblo hallaban que los padres gordos eran los más santos, puesto que el cielo les conservaba mejor la salud que á los flacos y demacrados.

Poco á poco la procesión se alargaba. Iba ya lejos la cruz alta, con movimientos laterales de péndulo, flanqueado su portador de monacillos, que agitaban con infantil ardor sendas campanillas, rasgando sin piedad los oidos de los espectadores. Los estandartes de las comunidades flameaban de distancia en distancia y hacían relumbrar al sol sus bordados de lentejuela. Los sacristanes, con grandes escapularios de colores, se agitaban, recorriendo las filas de alumbrantes, haciendo avanzar á los lentos, deteniendo á los precipitados y arrojando á bastonazos á los chiquillos andrajosos, que se deslizaban entre los frailes é invadían la calle formada por la procesión. Tras de la comunidad de San Francisco las andas de nuestro Señor Santiago, patrono de la capital, cargada por ocho peones fornidos y tostados que sudaban arroyos, había salido de la iglesia. El santo, jinete en brioso corcel, remecido por el paso desigual de

los portadores, parecía á veces bambolear con su rigidez de estatua. Las mujeres lo habían saludado con un murmullo devoto; pero entre los hombres, hubo truhanes que al ver los movimientos del santo lo apostrofaban :

— ¡ Agárrese, patrón; no hay que comprar sitio por nada!

— ¡ Eso es, ya se le alborotó el manco; sujételo la rienda, patroncito!

— ¡ Clávele espuela, señor; no lo deje criar maña!

Y esto turbaba el recogimiento de las devotas, que murmuraban por lo bajo, cambiando entre ellas miradas de indignación :

— ¡ Si serán perros, estos rotos judíos!

Tras del santo ecuestre, salieron otras andas de menor aparato, y otras comunidades cantando, y otros monacillos campanilleando, y otros sacristanes corriendo á diestro y siniestro, para conservar la unión en las filas. Y así continuó el desfile, lento y monótono, hasta que se produjo una grande agitación entre la compacta masa de gente que ocupaba y obstruía las puertas de la iglesia y sus inmediaciones. La virgen del Rosario en sus andas monumentales, cubiertas de flores, cargadas por doce atletas del pueblo, apareció por fin en las gradas de la iglesia. Su rostro, barnizado y lustroso, le daba un aire risueño, como si quisiera mostrar su satisfacción de respirar el aire libre en medio de tantos fieles, después de la pesada atmósfera de adentro. Sobre su cabeza se alzaba, aplastando una crespa cabellera de largos rizos, una reluciente corona de plata. El manto jaspeado, que le caía por la espalda, se abría mediante la actitud dada á los brazos, como ofreciendo asilo á los afligidos, mientras que las manos sostenían un gran rosario, rematado por una maciza cruz del mismo metal de la corona. Grupos de monacillos la precedían, la rodeaban y la seguían, agitando los unos los incensarios con movimientos mecánicos de columpio; otros, de dos en dos, con bandejas llenas de flores, que arrojaban parcimoniosamente sobre el suelo, y otros, por fin, sacudiendo las bulliciosas campanillas, de las que parecía haberse hecho para aquella fiesta una provisión inagotable. A poca distancia de la virgen seguía el Obispo, bajo palio, acompañado del cabildo eclesiástico, grupo de seres superiores, que afectaba los aires de llevar entre las manos las indulgencias del cielo. Como á veinte pasos más atrás, cerrando la procesión, y escoltado por un piquete de húsares á caballo, se adelanta-

ba el capitán general y gobernador del reino don Mariano Osorio, rodeado de los oidores de la real Audiencia y seguido por el muy ilustre Ayuntamiento y otras corporaciones civiles, portadores casi todos del bastón con borlas, insignia de distinción y dignidad.

Aquel fué el momento más imponente de la fiesta. Las campanas, echadas á vuelo, repicaban su martilleada sinfonía con precipitado compás. Las voces de mando del jefe de la parada resonaban por toda la plaza; los ayudantes galopaban en distintas direcciones, llevando las órdenes de última hora, y los cañones del centro rompieron la salva de veintiún cañonazos, con regularidad militar, haciendo temblar los vidrios de las ventanas y huír despavoridos por los aires las diucas y los chincoles, que desde los techos de las casas espiaban los momentos de calma, para bajar á recoger del suelo las migajas de pan botadas por los muchachos juguetones. Este fué el instante designado por el coronel Laramonte para la manifestación de entusiasmo al vencedor de Rancagua.

— Vamos, muchachos, dijo con insinuante voz, un ¡viva! al Rey nuestro señor y otro al ilustre general Osorio.

— Un ¡viva! á su majestad, eso es, muchachos, respondió con animado acento un hombre del pueblo, un verdadero roto de manta sucia, pantalón arrugado de rayadillo azul y sombrero de pita, amarillento y desgastado.

— ¡Viva el Rey! ¡viva su majestad Fernando VII! gritó el Coronel, mirando con gesto de alentadora simpatía al roto que acababa de hablar.

— ¡Viva, viva el Rey! repitió el roto con animación.

Algunas voces apagadas contestaron. Otros grupos distantes, entre los que se veían los emisarios del Coronel, hicieron eco. Pero faltó la repercusión del entusiasmo espontáneo. Aquellos vivas, que pocos contestaron y que nadie repetía, sólo sirvieron para dar un carácter más marcado á la indiferencia del pueblo, como sucede con las pocas lámparas de un templo, cuyas luces no parece que alumbran, sino que señalan y acentúan la oscuridad de las naves.

— El que no «vive» es un perro insurgente, dijo á voces el hombre de la manta, buscando la vista del Coronel, como para que se tuviera presente su celo.

— Tienes razón, chico, dijo Laramonte, alentando al hombre con la mirada.

— ¡Viva el Rey! ¡viva el general Osorio! dijo el roto.

— ¡Viva, viva! repitieron las personas que se hallaban á inmediaciones del Coronel.

La gente continuaba, entre tanto, saliendo en oleadas de la iglesia, tras del grupo formado por el General y las corporaciones civiles que lo acompañaban. Hubiérase dicho que cada una de las grandes puertas del templo era una bomba neumática, que absorbia hacia la plaza con un poder colosal la masa humana, compacta y agitada que contenía el interior. Todos se empujaban para salir y no perder el espectáculo de la procesión. Había la lucha desesperada, en que los codos se clavan sin miramiento en el vecino, y que el lenguaje popular designa con la expresión gráfica de *pecha*, acaso porque la acción así calificada es un tributo, que en tales casos, pagan todos á la instintiva brutalidad humana.

Cansado el Coronel de estimular en vano el sordo entusiasmo público, habíase puesto á contemplar la escena de las puertas con curiosidad. Sus ojos de hombre aficionado á las mujeres, escudriñaban en las oleadas que de adentro salían, el aspecto de aquellas que le parecían hermosas. Era una revista de conocedor, que pasaba sobre numerosas caras insignificantes, para ir á fijarse en algunos ojos mal velados por el mantón, en alguna boca de labios rojos, en algunas mejillas frescas de juventud y lozanía. En esos rostros de mujeres bonitas buscaba Laramonte el enigma fugaz de la impresión producida, que todo hombre persigue en su insaciable y silenciosa aspiración de amor. De repente el semblante del Coronel se iluminó con una ligera sonrisa, que hizo lucir sus dientes bajo el velo del crespo bigote. Su cabeza tuvo el movimiento rápido de un semi saludo, dirigido á una persona que se acerca. Al mismo tiempo se puso á avanzar en dirección contraria á la corriente que salía, logrando, con vigor extraordinario, abrirse paso entre la compacta apretura.

— Si usted no me favorece, no sé dónde me llevará esta corriente, dijo una fresca voz de mujer, con acento pronunciadamente español, en el que resonaba la vibración alegre que se acerca á la risa.

— Pierda usted cuidado, tome usted mi brazo. Yo seré su tabla de salvamento.

El Coronel se había abierto paso hasta su interlocutora al decir esto. Ella se asió del apoyo que se le ofrecía, y ambos salieron á la plaza.

Era una mujer en todo el esplendor de la belleza, como una fruta madura en plena estación, que el calor del sol ha hecho llegar á la pomposa perfección de la hermosura indiscutible. La gracia ideal y vaporosa semi promesa y semi realidad de la primera juventud, en que las mujeres parecen esclavas de una timidez curiosa y desconfiada, había sido sustituida en ella por la conciencia segura de su poder femenil. No parecia haber llegado todavía á los treinta años; pero se conocía al mirarla que estaba ya lejos de los veinte. De estatura mediana, la gracia de sus movimientos bastaba para revelar la regularidad perfecta de proporciones que debia reinar en su cuerpo, vestido con una basquiña de raso. Sobre la basquiña bajaba hasta la cintura, encubriéndola y dibujándola al mismo tiempo, entre sus pliegues sombríos, una transparente mantilla de blonda negra, que llevaba puesta á guisa de mantón, respetando así, solo á medias, el uniforme místico de las chilenas. La trasparencia del encaje hacía lucir con reflejos dorados las ondas abundantes de su cabello castaño, lo blanco mate de la frente y el fulgor expresivo de los ojos negros, que brillaban como satisfechos en aquel conjunto de facciones finas y de tez diáfana semejante á ciertas porcelanas de Sevres. Sus padres, residentes en Sevilla, donde ella naciera, aficionados á las leyendas de la edad media, le habian dado el nombre de Violante. El destino, que la trajo á Chile, en compañía de su marido, un Santiago de Alarcón, de la famililа del poeta, según él decía, la hizo enviudar en nuestro suelo. Aquí se habian radicado desde años antes algunos parientes de su esposo, al lado de los cuales ella quedóse viviendo, por causa de las grandes dificultades que habría hallado en aquellos tiempos una mujer sola, para hacer el viaje á España.

— Jesús, qué gentio, dijo ella abanicándose. Y añadió después, en voz baja, al oido del Coronel :

¡Y qué poco entusiasmo!

Laramonte hizo un movimiento de hombros despreciativo, al mismo tiempo que en sus labios se dibujaba un gesto de desdén. Luego después, sonriéndose :

— Por lo que hace á entusiasmo, aquí está el mio, que usted ha venido á despertar como de costumbre.

— Todavía quedan á usted lisonjas después de la campaña. Supongo que habrá hecho usted la corte á cuantas mujeres habrá visto. ¡Qué riqueza inagotable de galantería!

Decía ésto abanicándose con estudiada gracia, tan estudiada que llegaba á parecer natural, haciendo brillar los dientes entre los labios húmedos, y lanzando una picaresca mirada al Coronel.

— Riqueza inagotable, es verdad, cuando se trata de usted. ¡ Por desgracia ! suspiró, esa es la única riqueza que poseo. La pongo con mi corazón á las plantas de usted.

La hermosa viuda se sonrojó ligeramente.

— ¿ Un sarcasmo ? ¡ después de tan larga ausencia ! Usted es rencoroso.

— No, no ¡ Dios me libre de ello ! Es que al ver á usted tan hermosa, llegué á olvidar sus desdenes.

— En señal de perdón le permito á usted acompañarme. ¿ Vamos á ver la procesión ?

El Coronel llamó á uno de sus ayudantes y le dió algunas instrucciones.

— Estoy á las órdenes de usted, dijo á Violante después de esto.

Ella había continuado abanicándose, como distraída, mientras Hermógenes hablaba con el oficial. Pero más de una vez había mirado al soslayo con gran disimulo, en dirección á la puerta de la iglesia, por donde acababa de salir. Allí se había detenido un joven de veintisiete á veintiocho años, alto y esbelto, que la miraba con una perseverancia de enamorado. Era visible que para él no había procesión, ni existía la muchedumbre que en torno lo cercaba. Sus ojos no veían sino el limbo luminoso desde donde irradia su luz y su magnetismo la mujer deseada.

Entre tanto, el oficial que acaba de hablar con Laramonte, gritó cerca del joven :

— ¡ Viva el Rey, viva el general Osorio !

— ¡ Mueran los insurgentes ! ¡Vivan los libertadores del reino ! contestó el roto de la manta, que había permanecido á pocos pasos de la iglesia.

Violante y el Coronel se alejaron entonces, siguiendo la procesión. El joven estacionado en la puerta del templo, como subyugado por una mirada que le dirigió Violante por sobre su abanico, al tiempo de ponerse en marcha, hizo ademán de seguirla; pero encontró en su paso al hombre del pueblo, que parecía quererle cerrar el camino, gritando al mismo tiempo :

— ¡ Viva el Rey ! ¡Viva el presidente Osorio, mueran los insurgentes !

El movimiento y la confusión se habían hecho más pronunciados en aquel instante. Del interior del templo salían las últimas oleadas, que rechazaban con vigor á los que obstruían el espacio. Al mismo tiempo, la turba que, para dejar pasar la tropa, había tenido que apretarse y comprimirse, dando evidente prueba de la ley física de la penetración de los cuerpos, volvía á expandirse, como el agua que busca su nivel, y se chocaba y pisoteaba con los que de la iglesia salían. Todo aquello formaba un tumulto,una especie de nudo imposible de desenredarse, una nata de rostros afligidos, de frentes congestionadas, de bocas contraídas, que lanzaban ahogadas imprecaciones. El joven de la puerta había ya perdido de vista la pareja que le interesaba y quiso abrirse camino, haciendo uso de su fuerza. En su primer empuje sintió una mano vigorosa que lo detenía.

— Por acá, patroncito, venga por aquí, oyó al mismo tiempo una voz que le decía.

Era la voz del roto entusiasta por la causa real, que había secundado con tanto empeño el de los emisarios de Laramonte, para victorear á los vencedores. El joven fijó su atención en aquel hombre como creyendo reconocerlo; pero se veía que al mismo tiempo dudaba. Su fisonomía retrataba el esfuerzo del espíritu por salir de la incertidumbre. El roto lo sacó de su perplejidad.

— Patrón don Abel, ¿ no me conoce ? le dijo con aire de inteligencia.

Antes que el joven, cuyos ojos se abrieron con marcado estupor, hubiese podido contestarle, el roto se puso un dedo en la boca, como diciéndole misteriosamente :

— ¡ Silencio !

Y á ese ademán, añadió en voz baja :

— Aquí no se puede hablar. Yo tengo además que ver lo que se pasa en la procesión. Te espero esta noche á las ocho, en el tajamar, cerca del puente. No faltes.

Con un movimiento rápido le estrechó la mano familiarmente, como si su condición social fuese la misma que la del joven de figura y apariencias aristocráticas á quien hablaba, y se perdió enseguida entre los grupos que quedaban aún delante de la iglesia.

Abel buscó entonces con mirada afanosa en la dirección que había visto tomar al Coronel y á Violante. En aquel mar de cabezas era inútil esfuerzo el pretender divisarlos.

Pero el joven no se desalentó con esta convicción y se lanzó con rápido andar hacia donde los había visto alejarse. Tomando por brújula su instinto de enamorado iba seguro de encontrarlos.

III

Entre tanto, la procesión seguía su marcha con imponente lentitud. El grupo formado por el reconquistador del reino y su brillante estado mayor, fué, desde su aparición en la plaza, el blanco de todas las miradas y de la curiosidad novelera de la muchedumbre. Viéndose el centro de la atención general, el presidente Osorio pensaba con orgullo disimulado en las entradas triunfales de los vencedores romanos. Pero su modestia, dominando aquel arranque de satisfacción inconmensurable, le daba asperges de su rocío calmante y le dibujaba con tenacidad en los labios la sonrisa de conciliación generosa, que llegaba á parecer por lo forzada y persistente, sonrisa de bailarina que salta delante del público. Los oidores y los cabildantes movían sus bastones al compás pausado de la marcha, creyéndose también cada uno objeto particular de la atención de los espectadores, mientras que los canónigos del coro metropolitano, forzaban las notas de sus cánticos, hasta el desentono, en su ardiente deseo de mostrar al nuevo mandatario la decisión del clero chileno por la causa de Su Majestad.

No duró, sin embargo más que cortos instantes la contemplación de aquel espectáculo imponente. Aun no llegaban las andas de la Virgen del Rosario á la esquina de la calle de Ahumada, cuando se oyó repetir entre los espectadores.

— ¡ Callana ! ¡ Callana ! ¡ Miren á Callana !

Y se agolpaban los unos sobre los otros, empujaban á las mujeres y casi rompían la línea de soldados que formaban la calle. El objeto de la popular curiosidad era un hombre chico y redondo, de color cobrizo de mulato, vestido con una casaca cubierta de galones de plata sobre las costuras, que llevaba en una mano un gran bastón, casi como el de un tambor mayor, con el que hacía señas y daba órdenes, moviéndose en todas direcciones, como si fuese el jefe de la procesión. Aquel hombre, joven todavía, era una

popularidad en Santiago. Nadie ignoraba quién era José Retamo, más conocido por el apodo de Callana. Era un ejemplar de la raza de los mulatos, que ha ido desapareciendo en Chile con la abolición de la esclavitud. Verboso y alegre, de improvisación fácil, de pronunciación afectada, amigo del chiste y de la risa, aspirando siempre á darse ó á tener importancia, orgulloso de ser tratado con familiaridad por los grandes, sibarita en lo posible, buen pobre en la necesidad, generoso por ostentación, el mulato chileno era un tipo distinto del hombre del pueblo, y, gracias tal vez al clima que tanto modifica en la especie humana las misteriosas influencias del atavismo, no adolecía, sino con gran atenuación, de los defectos de carácter que se atribuyen á los mulatos de otros países hispanoamericacanos. Pero no debía Callana su gran valimiento entre las masas populares, al conjunto de aquellas cualidades de su raza. Esas cualidades no hacían sino el papel que desempeñan los condimentos en los sabrosos guisos de la cocina chilena. Ellas daban sabor y realce á las notables dotes morales que formaban el fondo de su carácter. Retamo era esencialmente humanitario. El alivio de las aflicciones humanas tenía para él un atractivo irresistible. Era algo semejante á la fascinación que los naipes, ó los dados, ejercen sobre un jugador, ó á la tentación de la botella á los bebedores. Jamás había en Santiago un condenado á muerte, ó á cualquiera pena, para el que Callana no solicitase el indulto, recogiéndo firmas entre las familias pudientes, y agitándose sin descanso, cual si se tratara de su propia salvación, para ejercer la mayor influencia posible sobre las autoridades encargadas de administrar la pena. Nunca una familia en la miseria, acudía en vano á su intercesión para recoger algunas limosnas, ni un pobre salía de su casa sin un óbolo, ni un desvalido sin que le buscase alguna ocupación salvadora. Todo esto hecho con ruido, con la ostentación innata en su raza, hablando mucho, prodigando la lisonja á los generosos ó el látigo de su juvenalezca fecundia á los avaros, ó á los desapiadados. Filósofo utilitario y oportunista por excelencia, Callana era, sin disimulo, adicto á todos los gobiernos, palaciego de todas las antesalas, satélite de todos los grandes, adulador de los ricos, incensador descarado de todas las vanidades humanas. Como si fuera jugando, como insensible á la humillación, que siempre cosecha el que solicita, él mane-

jaba todas esas fuerzas, todas esas debilidades, todas esas soberbias, todas esas pequeñeces, como otros tantos elementos cooperadores de su pasión humanitaria, así como concurren, bajo la mano del maquinista, todos los rodajes de una locomotora, al grandioso resultado de la civilización.

De aquí su popularidad.

— ¡ Viva Callana ! ¡ viva ! gritaba el pueblo, al verlo recorrer la procesión, alinear á los soldados, hacer grandes saludos al pasar delante del Obispo, agitar su bastón al compás de la banda de música, que tocaba tras del Presidente una marcha cadenciosa, y comprimirse de cuando en cuando la frente, con un gran pañuelo de algodón pintado, cual si fuese á estallarle la cabeza con el peso de tanta importancia y de tanta responsabilidad, como en aquel momento le cabían.

— ¡ Viva Callana ! ¡ viva Retamo ! siguieron repitiendo infinitas voces.

— Gracias, muchachos, gracias, contestaba él, distribuyendo sonrisas, sin ocultar su satisfacción, semejante al actor que recibe grandes aplausos. Pero cállense la boca, añadía. En las procesiones no se grita. Aquí no estamos en una chingana, rotos ignorantes. ¿Qué no ven á su excelencia el señor Presidente, al salvador del reino? Quítense las chupallas, rotos mal criados. ¡Ahí están como si fueran tiñosos, con la cabeza muy tapada!

Y el pueblo, risueño y sarcástico se descubría, como si la voz de Retamo fuese una voz de mando, sin que resonase una sola protesta contra aquella orden.

— Así me gusta, exclamaba Callana al ver que le obedecían. Siga la procesión. ¡ Adiós ! porque se paran allá los reverendos de San Francisco, como si les pesasen las sotanas. No hay más que los pecados que deben pesar, hermanitos míos, todo lo demás es liviano.

Decía esto al mismo tiempo que corría desaforado al punto donde había visto detenerse la marcha, restablecía la regularidad de la formación, exhortaba con el ademán y con la palabra y volvía después, apresurado y satisfecho, á las inmediaciones del cortejo presidencial, con el aire de un combatiente que deja por el suelo á su adversario y viene á recoger los laureles de la victoria.

Caminando así, con intermitencias, despidiendo su perfume de flores y de incienso, su olor á cera quemada ó á

pavesas humeantes, á pueblo aglomerado; lanzando al aire sus repiques de campanillas y sus coros de letanias, temblando las andas con el paso desigual de los cargadores en el desigual y puntiagudo empedrado, la procesión avanzaba. En varias puertas de calle se habian improvisado tabladillos, desde los cuales las familias realistas, ufanas del triunfo de su causa, que creian ya definitivo, arrojaban flores. Al entrar á la calle de Ahumada el cortejo presidencial, hubo algunos vivas desde los tablados y lluvia de *mistura* sobre el reconquistador del reino.

— Señor Marqués, señor Conde, decia Retamo, según fuese el titulo ante el cual iba pasando, así se celebra la buena causa; yo se lo escribiré á nuestro amo don Fernando VII.

Y hacia grandes saludos á los de cada tabladillo, sin que hubiera podido saberse si encomios é inclinaciones eran sinceros ó sarcásticos, siendo que muchos de los grandes magnates que saludaba se habian adherido á la revolución en su hora de triunfo.

En las puertas de las tiendas por donde debia pasar la procesión se habian agrupado los tertulios de los dueños de ellas, para presenciar el desfile. En aquel tiempo era todavia muy común que tuvieran tiendas y vendiesen géneros por varas, detrás del mostrador, los vástagos de encopetadas y aristocráticas familias. El que no tenia fundo ponia tienda. Los más acaudalados tenian almacenes. Las profesiones liberales eran pocas y la enseñanza para poder abrazarlas, muy escasa. La trastienda, una pieza contigua á la de la venta, era el lugar de tertulia de los amigos y parientes. Club en miniatura de aquella sociedad que empezaba á despertar de su largo sueño colonial, la tertulia de las tiendas alimentaba su crónica con todos los sucesos, grandes y pequeños de la localidad. De esos centros de elaboración chismográfica salian las noticias políticas y sociales, transformadas y abultadas, á circular en la capital. Era el teatro donde peroraban, echando bravatas, jactándose de un heroísmo imaginario, los politiqueros pacatos, hombres de hierro donde no habia ningún peligro, críticos intransigentes de los hombres públicos, á los que, llegado el caso, rendian humildes el homenaje de una adulación cortesana.

Retamo conocia cada una de esas tertulias, donde muchas veces se introducia por colectar limosnas en favor de

alguna familia necesitada ó para buscar *empeños* ó influencias, á fin de conseguir algún indulto. La tienda de don Francisco Carpesano, magnate emparentado con muchas de las grandes familias de Santiago, con los Malsiras, los Cardenillo, los Reza, los Malespina y tantos otros, era una de las que Callana frecuentaba de preferencia en sus campañas humanitarias. Situada en la calle del Estado, á corta distancia de la plaza, la tienda de don Francisco Carpesano ocupaba una larga y angosta pieza, con puerta á la calle, en la propia casa de don Francisco. Al fondo de esa pieza se hallaba la trastienda, con puerta y ventana al patio. En la mañana de la procesión los tertulios favoritos de don Francisco se habían reunido en la tienda desde temprano. Don Manuel Cardenillo, empleado de Hacienda, hombre tímido, insigne tejedor en política, que tenía la manía de suspirar á cada instante en la conversación para evitarse así las respuestas compromitentes. Don José María Reza, que se refugiaba en su chacra, cerca de Apoquindo, en todos los momentos de conflicto, lo que no le impedía ser el más implacable crítico de cuanto hacían los demás, ni de jactarse de ser el hombre más franco de la tierra. Don Jaime Bustos, uno de esos espíritus flotantes á impulso del acaso, arrepentido casi siempre de lo que acababa de hacer y dotado de una timidez enfermiza, una especie de acíbar moral que le amargaba casi todas las situaciones de la vida. Algunos otros, menos prominentes en la jerarquía social, se hallaban también allí, haciendo coro y asomándose á la puerta entornada de la tienda. Delante de ésta, sentados en sillas de paja, esperaban los tertulios principales el paso del cortejo presidencial, para no ser tachados de insurgentes, bien que todos ellos fuesen patriotas de corazón.

Al acercarse la virgen de Dolores, trepáronse sobre las sillas los tertulios de don Francisco. De este modo dominaban el nivel de la plebe y pudo el ilustrísimo señor Obispo divisarlos al enviarles su bendición apostólica. Don Manuel Cardenillo se inclinó ante la bendición, dando un suspiro compungido, mientras que don José María Reza, el hombre intransigente y franco, se inclinó también, pero protestando entre dientes. En seguida llegó el cortejo presidencial. Don Mariano Osorio continuaba infatigable, enviando á diestra y siniestra su sonrisa de conciliación generosa; los cabildantes se apoyaban con majestuosa im-

portancia sobre sus bastones. Los demás del cortejo lanzaban miradas á las señoras. Retamo estaba en todas partes afanado, con la respiración como un fuelle y la frente inundada de sudor.

— ¿Y la bandera, señor don Francisco? ¿Qué hemos hecho de la bandera? dijo al pasar delante de los tertulios, observando que faltaba la bandera real en la puerta de calle.

Don Francisco Carpesano palideció. Don Manuel Cardenillo alzó los ojos al cielo suspirando, para decir que él no tenia culpa ninguna de aquella omisión. Don José María Reza, el hombre inflexible, se bajó de su silla para sustraerse á las miradas de Retamo. Los circunstantes, conociendo la fama de chistoso de que gozaba el *mulato*, se rieron como si hubiese dicho una gracia.

— ¿No ve, pues, don Francisco? dijo á éste desde abajo don José María Reza, se rien porque usted no le ha dado una buena respuesta á ese mulato. ¡Á mí me habia de decir algo, así le iria!

El cortejo pasó sin más incidente, siguiendo su marcha pausada hacia la plaza.

Durante aquel tiempo Abel se habia lanzado en la dirección en que esperaba encontrar á la hermosa viuda de Alarcón y al coronel Laramonte. Pero no le era fácil andar á medida de su deseo. El espacio dejado al público por las tropas era relativamente escaso, para la cantidad de gente que habia entrado en la plaza. El joven se dirigió hacia la calle de Ahumada, mientras que la pareja que perseguia, en vez de seguir la marcha de la procesión, habia encaminado sus pasos, hablando alegremente, hacia el palacio presidencial. Violante habia volteado la vista dos ó tres veces buscando á su admirador; pero al fin, viendo que en ninguna parte lo divisaba, habia consagrado toda su atención á la charla galante del Coronel. Entre ellos existia indudablemente una barrera que no dejaba llegar la conversación al terreno florido de las declaraciones amorosas. Era como un obstáculo que los dos conocian, al que hacian alusión entre bromas, y que el Coronel parecia ingeniarse por derribar.

— No hay que jugar con fuego, contestaba ella, entre seria y risueña.

Y se quedaban por un instante en silencio. Ó el Coronel murmuraba con su acento español y su sonrisa comunicativa:

— ¡Ca! ¿Dónde siente usted el fuego? ¡Si usted parece un ventisquero, por el hielo que guarda!

— Como aquellos que se divisan allá, replicaba ella en el mismo tono, mostrando con el ademán las crestas nevadas de los Andes, esa corona de perlas gigantescas que el sol, á esas horas, hacía brillar con reflejos de topacio.

— Justo, como aquéllos, respondía Laramonte.

Hablando en ese tono, casi frívolo, casi sentimental, sin cuidarse de la turba que atravesaban, habían llegado cerca de la puerta de palacio. Al lado de esa puerta se alzaba un tabladillo espacioso, adornado con banderas, cubierto por todos lados con bandas de género de algodón rojas y amarillas, los colores españoles alternados. El pueblo lo admiraba con cierto respeto, porque todo aparato de grandeza ó de lujo, se lo impone. Miraba también con disimulada curiosidad al numeroso concurso de señoras y caballeros que sobre el tablado había. Familias de los magnates del reino, conocidas por sus opiniones de lealtad al soberano. Otras de las que habían flaqueado en presencia del régimen triunfante de la revolución, pero que no convenía hostilizar, para atraérselas. Algunos altos funcionarios retirados como el oidor jubilado don Anacleto Malespina, de los tertulios de don Francisco Carpesano. Todos habían recibido convite para el tabladillo del excelentísimo Presidente, y se mostraban desde lo alto á la plebe, ufanos de su importancia, y persuadidos, por lo general, que los perros insurgentes no podrían ya volver á levantar cabeza.

— Señora, ¿conoce usted á muchos de la corte?

— ¿Qué corte, hombre?

— Aquella del tablado.

— Sí, á varios.

— Las primeras filas, según parece, están consagradas á las damas, no todas del sexo bello.

— ¡Maldiciente!

— Escasez de guapas, lo que es raro, porque en esta tierra abunda la belleza.

— Allí hay, sin embargo, una chica muy interesante.

— ¿Cuál? ¿Aquella un poco pálida, entre dos viejas?

— Esa, Luisa Bustos. Es huérfana de padre y madre y vive en casa de su tutor, su tío don Jaime Bustos. Ese señor rubicundo que se ve un poco más atrás.

— ¿Y las dos viejas?

— No sea usted cruel con esas pobres palomas. Son her-

manas de don Jaime; de consiguiente tías de Luisa; pero como á ellas no les agrada que les digan tías...

— ¿Por qué?

— Por no parecer viejas; los sobrinos las tratan de primas, de manera que andando el tiempo, toda la sociedad de Santiago se ha acostumbrado á llamarlas prima Catita y prima Cleta.

— ¿Solteras?

— Sí, puede usted hacerles la corte. Cleta tiene todavía pretensiones.

— ¡La esperanza del náufrago! Pero la sobrina es guapa.

— Y muy rica.

— De suerte que tendrá muchos galanes.

— Muchos; pero no alienta á ninguno.

Se habían acercado, hablando así, al tabladillo y subieron. Hubo un movimiento de curiosidad al verlos. La de Alarcón tuvo su éxito acostumbrado. Todos admiraron su belleza. Entre las mujeres, la admiración por la hermosura y elegancia de Laramonte, llegó á las proporciones de un triunfo. Prima Catita y prima Cleta, que habían oído algo de mitología, le hallaron la apariencia de un semidiós. Violante lo puso luego en relación con las principales personas del tabladillo, donde pronto se conquistó la simpatía general por su trato franco y su aire natural de gran señor. Á poco rato se retiró. Su servicio lo reclamaba en la procesión. El termómetro del entusiasmo popular había bajado á cero y era preciso recalentarlo.

— Es monísimo, dijeron todas al verlo bajar del tablado.

— Y ha estado muy amable con ustedes, dijo Violante á las tías para congraciárselas, sabiendo que tenían una lengua perversa.

— Como con todas, dijo prima Catita, agitando ruidosamente su abanico. Además él sabe que somos buenas realistas.

— Sí, como con todas, repitió prima Cleta, sonrojándose y bajando los ojos, como si se aludiera á que el Coronel la hubiese particularmente distinguido.

Para que se dejase de hablar del Coronel, los hombres más jóvenes de la concurrencia se pusieron á disertar sobre los sucesos de la guerra, que acababan de rematar en el cerco y toma de Rancagua. Cualquiera, oyéndolos, habría creído que el éxito de la campaña se debía exclusivamente á los realistas de Santiago. Uno contaba ha-

ber enviado noticias oportunas á Osorio, sin las cuales O'Higgins lo habría sorprendido infaliblemente. Otro había hecho desertar gran número de soldados que el gobierno preparaba para engrosar el ejército de Carrera. Quien, con los huasos de su hacienda, se había robado en una noche casi todas las caballerías de la división patriota, la división insurgente, decían. Quien tenía gente preparada para sublevar á Santiago contra los patriotas y sólo había esperado un aviso del ejército realista para pronunciarse. Las hazañas de cada cual eran pasmosas. Osorio y sus tropas pasaban á ser comparsas en aquella gloriosa restauración del poder monárquico. Las señoras miraban á aquellos héroes como los verdaderos salvadores del reino. Dos de ellas, sin embargo, no prestaban ninguna atención á las estupendas proezas con que aquellos guerreros de fantasía pasmaban la credulidad de sus oyentes. Violante de Alarcón y Luisa Bustos, la sobrina de prima Catita y prima Cleta, miraban á la plaza. Las dos tías, interesadas en la conversación de los hombres, habían reculado sus sillas. Aprovechando este movimiento, la de Alarcón había aproximado la suya de la de Luisa y la observaba discretamente, pero con la obstinación con que las mujeres se analizan entre sí. Sabía que la joven no participaba de las opiniones políticas de sus tías, ni de las vacilaciones políticas de su tío y tutor don Jaime Bustos, marqués de Peña Parda. Sabía también que era pariente de Abel Malsira, el joven que había salido siguiéndola de la catedral, y que éste pertenecía á la rica y noble familia de los Malsira, una de las más conspicuas del bando insurgente. Todo esto la interesaba sobremanera. Y en su interés se le ocurría naturalmente que Luisa podría ser una rival, lo que la llevaba á aplicarle el microscopio de su observación. No, no era por cierto una belleza, como ella misma, que era indiscutiblemente bella, á todas horas, con cualquier traje, acabada de lavarse la cara y antes que ningún afeite, como sucedía más tarde, hubiese realzado y sublimado sus físicas perfecciones. Pero si no era una belleza, confesábase Violante, con vaga desazón, que la chica tenía ese no sé qué de femenilmente misterioso que turba el seso á los hombres con más rapidez y mayor intensidad que la hermosura. El cabello castaño, bien plantado y abundoso, invadía en ángulo agudo el medio de la frente, estrechándola, y dibujaba á uno y otro lado su graciosa curva hacia las sienes. En su rostro nada era

perfecto: pero los ojos tenían reflejos extraños, de voluntad levantada y serena, que sabe dominar las emociones y refrenar las traicioneras sugestiones de la imaginación. En los labios, más bien abultados que finos, imperaba la misma expresión de voluntad. Consonancia perfecta con los ojos, calma de virgen, que ignora ó desdeña las debilidades y los arrebatos del corazón; que hace salir al semblante ese desdén, que la fantasía de los hombres convierte en atractivo tentador: el fruto vedado, el fruto más alto que el alcance de la mano. Violante no dejó de observar al mismo tiempo, que el cuerpo de la joven era esbelto, con la gracia meridional, que parece abandono, descuido de las perfecciones de la línea; pero de contornos suaves y con la redondez atrevida de un seno de estatua, que daba á todo el conjunto de la persona una armonía completa y prestigiosa.

En medio de su examen interpretativo, notó de repente la de Alarcón que Luisa saludaba con una sonrisa amable hacia un punto de la plaza. Al fin del rayo visual de la joven estaba Abel Malsira, que había dado la vuelta entera de la plaza y descubierto por fin á Violante al lado de Luisa. Este descubrimiento le había quitado el aire de poeta fatídico, con que buscaba la visión desvanecida al alejarse de la puerta de la iglesia y devuéltole su buena fisonomía de enamorado sentimental que principia á elevarse en alas de la esperanza, á las regiones abstractas de la ambición contemplativa. Pero á la distancia no era fácil distinguir cuál de las dos mujeres era objeto de ese culto tímido y silencioso.

— ¿Á quién saluda usted? preguntó Violante, fingiendo no ver á Malsira.

— A ese joven que está ahí, frente á nosotros.

— ¿Cuál? ¿Aquel rubio de barba? Es guapo mozo.

— Es un primo mío.

— ¡Ah! tanto mejor.

Violante sonreía con malicia, buscando el efecto de su chanza en el rostro de Luisa.

— ¿Por qué tanto mejor? preguntó ésta, comprendiendo perfectamente el alcance de la exclamación.

— ¿Por qué? porque puede interesar á usted más que como primo, y el parentesco en tal caso simplifica mucho las cosas.

— No, nos conocemos desde niños: no se le ocurriría enamorarse de mí.

— ¿Y á usted?

— ¡Oh! ¡á mí tampoco! exclamó Luisa, poniéndose lige ramente encarnada. ¡Qué pregunta! añadió con viveza. Me ha hecho usted ponerme colorada, estoy segura.

— Un poco, contestó Violante, riendo. Fué una chanza irreflexiva. Todas las mujeres nos sonrojamos con preguntas semejantes.

Luisa había recobrado al momento su expresión de voluntad serena, de virgen casi desdeñosa.

— Por supuesto, dijo, recibiendo con rostro tranquilo la explicación.

Era el momento en que la cruz alta de la procesión entraba en la plaza por la calle del Estado.

Abel, mientras tanto, continuaba sin disimulo en su abs tracción contemplativa.

— Ese joven tiene una hermana, ¿no es verdad?

— Sí, Trinidad. Es muy bonita. Usted debe haberla visto.

— Puede ser, no sé. Creo que Laramonte le hizo la corte, á lo que cuentan.

Luisa contestó con un ligero movimiento negativo:

— ¡Quién sabe! Ella no me ha contado nada.

— ¿Está en Santiago?

— No, en la hacienda, cerca de Melipilla.

Después de esta contestación se quedaron algunos instantes en silencio. Luisa miraba á la plaza, fijando la vista de cuando en cuando en Abel Malsira, que fingía observar la procesión, y poco apartaba la vista del tablado. Violante se había quedado pensativa. Al fin, como quien ha dado remate á sus reflexiones:

— Sabe usted que aquí estamos en exibición. ¿Si fuése mos á dar una vuelta por la plaza?

— Con mucho gusto, y yo podré hablar con Abel.

— ¿Y por qué no ha subido aquí? preguntó Violante, levantándose de su asiento al mismo tiempo que Luisa.

— ¡Ah! por que no es realista, dijo ésta con tranquila franqueza.

— Como usted, ¿no es verdad?

— Como yo. Somos de los insurgentes.

— No diga eso, querida. No comprendo cómo gente de gran familia, como ustedes, puede ser enemiga de su majestad el Rey.

Habían hablado en tono de broma, sobre todo al lanzarse en el terreno de la política. Con esta última observación, Luisa se puso seria. Volvió á su rostro la expresión de voluntad levantada y serena, característica de su fisonomía.

— Eso es materia de convicciones, usted no podría estar contra su patria, me parece.

— ¡ Bah ! dijo Violante con una graciosa mueca de filosofía oportunista, ¡ quién sabe ! si me interesase un insurgente, digamos un patriota, no creo que haría nada contra mis paisanos; pero correría la suerte del patriota.

— Yo no, repuso Luisa, con acento de profunda convicción.

— Entonces, querida mía, no tiene usted corazón de mujer.

Se hallaban ya en la plaza y se habían tomado del brazo para no perderse entre el gentio.

Prima Catita y prima Cleta, que las habían visto bajar, les dijeron desde arriba :

— ¡ Cuidado, niñas ! ¡ no se alejen, no les vaya á pasar algo !

Ellas, las aristocráticas doncellas, no comprendían que dos señoras pudieran, sin necesidad, rozarse con la plebe.

Don Jaime, el tutor de Luisa, se lanzó tras de ellas.

— Vengo á acompañarlas, yo les serviré de protector.

— No, no, tio, nosotras nos protejeremos solas, déjenos usted, le dijo Luisa.

El marqués de Peña Parda, que era incapaz de contradecir á su sobrina ni á nadie, obedeció sin replicar y volvió á subir al tablado.

Viéndose ya libres, las dos jóvenes se dirigieron hacia el punto en donde se encontraba Abel Malsira.

IV

La presentación se hizo con toda naturalidad. Abel, visiblemente turbado, no acertó á encontrar al principio ninguna palabra oportuna ó ingeniosa, de las que instintivamente buscan los hombres al hablar por la primera vez

con la mujer á la que quieren agradar. Su empeño por ocultar la profunda emoción de que se sentía dominado, que embotaba su inteligencia, mientras que el miedo de parecer trivial ó poco avisado, le hacía hablar con cierta volubilidad, semejante á la de los que se han excedido en la bebida y creen que mostrándose locuaces dan prueba de que no están ebrios. En él, la ebriedad era el aturdimiento que le causaba su buena suerte. Después de haber buscado en su imaginación, desde la mañana, algún medio de llegar hasta Violante, he aquí que el destino le deparaba esa felicidad de un modo inesperado y muy natural al mismo tiempo. Se le figuraba haber alcanzado una estrella del firmamento, una estrella que lo había inundado con su luz, que le había sonreido en sus meditaciones, á la que su alma sentimental había enviado los himnos de su aspiración y de sus confidencias enamoradas. Violante, por su parte, con la instintiva penetración de las mujeres, había interpretado la turbación del joven como un síntoma seguro de la impresión producida. Semejante homenaje á su belleza halagaba su vanidad, ese centro magnético, donde van á repercutir, ó desde donde parten, casi todas las impresiones femeniles. De suerte que mientras el mozo se lamentaba, en su interior, de que la felicidad la quitase la lucidez de espíritu indispensable para mostrarse hombre inteligente y despejado, ella le agradecía su confusión y empezaba por darle un lugar importante en sus simpatías. Para manifestárselas, Violante hizo gala de chiste y de discretas, muy discretas insinuaciones. Con su manera de hablar de sentimentalismo entre risas, de dar á conocer sin decirlo de un modo expreso, que su corazón estaba completamente libre, producía el efecto de una persona que toma entre los dedos alguna piedra preciosa, tallada con primor, y hace reflejar, en rayos de cambiante luz, sus faces cristalinas. Abel Malsira, preparado ya por su contemplación de la mañana, se sentía deslumbrado, mientras que Luisa Bustos se encontraba insignificante y fea en presencia de tanta gracia en el decir, y de tanta maestría en el arte de conquistar los corazones. Á poco rato pensaba que la bella viuda era indudablemente la mujer más peligrosa que fuera posible encontrar. Pero esa reflexión no alteró en nada la serena expresión de su rostro de beldad indiferente. Caminaba entre ellos, tomando poca parte en la conversación, picando la curiosidad inquieta de Violante, con su

aire casi desdeñoso é impenetrable de enigma, con su misterioso atractivo de mujer interesante.

Habíanse dirigido hacia la calle del Estado, por donde aparecía en la plaza la cruz alta. La muchedumbre era más y más compacta á medida que avanzaban. Con la dificultad de abrirse paso, la conversación era interrumpida y casi incoherente. Entonces buscaron un punto desde donde poder presenciar la marcha de la procesión; pero se convencieron muy pronto de que la empresa era imposible. La gente los rodeaba por todas partes, como una marea que sube. Engolfados en su conversación, no habían advertido que tras ellos se cerraba el camino. Unicamente lo notaron al intentar la retirada, convencidos de que no sólo se quedarían sin ver casi nada, sino que corrían el peligro de ser envueltos en las luchas de empellones y aun de pugilato, que empezaban á pronunciarse en la apretura. Las dos señoras cambiaron una mirada, que fué angustiosa de parte de la de Alarcón, y de aliento tranquilizador de parte de Luisa.

— ¡ Por Dios, qué hacer! murmuró Violante, con ojos de súplica.

— No se alarme usted, aquí tenemos un buen protector, díjole Luisa sonriéndose, satisfecha sin duda de mostrar en ese trance la superioridad de su calma.

— No tenga usted el menor cuidado, añadio Malsira, esforzándose por oponerse al empuje de las oleadas humanas que los rodeaban y encontrando al mismo tiempo que la palidez que había cubierto las mejillas de la de Alarcon, daba un nuevo é irresistible encanto á su belleza.

Así resistieron algunos momentos. Sin ver á los acompañantes de la procesión, oían los cánticos de las corporaciones religiosas y el obstinado repicar de las campanillas. Algunos muchachos, aumentando la confusión, lanzaban cohetes, que estallaban ruidosamente en el aire. Por momentos haciase más y más compacta la muchedumbre. La virgen del Rosario entró en la plaza. Los reflejos de la luz en su rostro reluciente, hacían creer al pueblo que la Virgen sonreía de satisfacción. Cada beata sacaba de ahí un feliz augurio sobre el resultado de sus oraciones de la mañana. El Obispo, bajo palio y la comitiva presidencial, seguían con menos entusiasmo que al principio. Los cabildantes empezaban á bostezar de hambre y arrastraban sus bastones, como niños cansados de sus juguetes. El gene-

ral Osorio, y Retamo eran los únicos que continuaban á la altura de la misión que se había impuesto cada uno. Osorio saludaba con su sonrisa de conciliación á uno y otro lado, de cuando en cuando, y Callana no cesaba de dar órdenes, de hacer observaciones y de secarse la frente con su gran pañuelo de colores resaltantes.

Al aparecer Osorio en la plaza, hubo un instante de tremenda confusión entre los espectadores. Los agentes del entusiasmo popular redoblaron ahí de esfuerzos y consiguieron que se levantara un ruidoso coro de voces, vivando al Presidente. Los muchachos del pueblo hicieron un fuego graneado de cohetes con muy buen éxito. La apretura aumentada con los que seguían tras de la escolta, llegó á desbordar dentro de la calle formada por la tropa. Retamo, blandiendo su gran bastón y su pañuelo multicolor, dió voces desesperadas para contener el desacato popular. Abel Malsira y sus dos compañeras se sintieron entonces arrebatar por la corriente, con fuerza irresistible. Los vivas, los cohetes, las voces de Callana, el paso doble que tocaba la banda de música y el alborotarse de los caballos de la escolta, formaban un ruido semejante al de los grandes vientos de temporal, que suelen barrer los árboles y hacer rodar al suelo, con fragor, las tejas de las casas de Santiago. Espantados de repente por los cohetes y con la grita del pueblo, los caballos de los carabineros, rompiendo la formación, vencieron la resistencia del freno y se estrellaron contra la muralla de cuerpos humanos formada en la bocacalle por los espectadores.

Y huyó la turba despavorida lanzando gritos, de terror las mujeres, de burla los del populacho, que nunca perdona á un jinete el dejarse vencer por los bríos de su cabalgadura. Los ayes lastimeros de algunos á quienes los caballos habían estropeado, resonaron sobre las demás voces y sobre la banda de música, que seguía tocando su cadenciosa marcha regular.

La presteza con que la gente había abierto campo, dejó repentinamente aislados á Violante, á Luisa y á Malsira. Dos caballos habían desbandado á la turba en ese punto y lejos de contenerse con la fuga de los de á pie, siguieron encabritándose y dando furiosos brincos, que hacían bambolear á sus jinetes. Todos vieron al instante que el grupo formado por Abel y sus dos compañeras iba á ser despedazado. Los tres, sin darse cuenta de lo que ocurría,

no atinaban á huír, como habría sido preciso, y permanecían inmóviles expuestos al peligro.

Violante, en tan críticas circunstancias, dió un grito y se asió de un brazo de Malsira, lívida de espanto. Luisa sin inmutarse, trataba de calmarla, y Abel, alentándola con algunas palabras, extendió sus brazos, como para desviar hacia otro punto las desbocadas cabalgaduras.

Todo esto ocurrió en brevísimos instantes. Un grito de espanto salió de la turba de amedrantados espectadores. Algunas devotas imploraban la misericordia divina, como se hace en los temblores; los rotos lanzaban chuscadas contra los apurados jinetes. El peligro de las dos señoras y el joven era eminentísimo, cuando un hombre del pueblo, desprendiéndose de un grupo cercano, se lanzó sobre los caballos con extraordinaria agilidad y no pudiendo asir la rienda de los dos, dió al uno en la cabeza un feroz bofetón que le hizo cambiar de rumbo, y empuñó con rapidez inaudita las riendas del otro, hasta paralizar enteramente sus movimientos.

Los gritos de terror se convirtieron entonces en aplausos espontáneos y entusiastas.

Abel, reconociendo en su audaz salvador al mismo hombre del pueblo, que poco antes le habia hallado en la puerta de la catedral, murmuró entre dientes con asombro.

— ¡ Manuel !

Luisa Burgos, repitió ese mismo nombre, con igual admiración, poniéndose pálida en extremo y fijando en el hombre del pueblo una mirada de indecible ansiedad.

Los caballos, entre tanto, dominados por sus jinetes, volvieron á la fila. La procesión siguió su curso. Tornó á agruparse la turba tras de los carabineros de Abascal y en el silencio restablecido se oyó clara y sonora la voz de Callana :

— ¡ Guapo el rotito! así me gusta la gente.

— Vaya, patroncitos, dijo el roto mirando á los jóvenes, ya pasó el susto ; vaya con los soldados *falsos*, que no son capaces de sujetar los *pingos* flacos que montan. ¡ Godos al cabo ! añadió en voz baja.

— Amigo, contestóle con altanería Violante, los soldados del Rey son tan buenos jinetes como el mejor jinete insurgente.

— Dispense usted señorita, contestó sin turbarse el hombre del pueblo con acento de fria cortesía ; tal vez serán

excepciones estos carabineros de Abascal, que amenazaban por torpeza privar á su majestad de tan linda partidaria.

Luisa, al oírlo hablar así, no pudo contener un gesto, como haciéndole señas de callarse.

El hombre fijó en ella una profunda mirada. Sus ojos negros y penetrantes brillaron con los reflejos de una energía indomable y risueña al mismo tiempo; quitóse el tosco sombrero de paja con desenvoltura y donaire, descubriendo una frente blanca y espaciosa, saludó después con elegancia y fué á perderse entre los grupos que seguían tras de la procesión.

— ¿ Qué hombre es éste tan singular ? preguntó Violante.

— No sé, contestó Luisa, mirando hacia otro lado, para ocultar cierta turbación que se pintaba en su rostro.

Al volverse cambió con Abel una mirada de inteligencia. Abel contestó :

— Es verdad que parece un hombre singular.

— Ese no es *roto*, observó Violante cavilosa.

— Tampoco parece caballero, dijo Luisa, y añadió en seguida :

¿ Vamos? Las primas estarán con cuidado por nuestra ausencia.

Volvieron entonces á caminar en dirección al palacio, dominados por la emoción del incidente en que que acababan de ser actores y casi víctimas. A poco andar, Violante había recobrado ya la plena posesión de sus facultades y vuelto á sus artes de seducción para cautivar á Malsira. Imperturbable y plácida, Luisa Bustos, tomaba parte en la conversación sin reticencias ni coquetería. Hablaba más bien como un amigo afectuoso del joven, que como una mujer que pretendía interesarle. No obstante, aquello parecía un torneo de dos voluntades, según pensaba la de Alarcón: la de ella, agresiva y turbulenta, la de Luisa, fría y desdeñosa, envuelta en su dignidad de virgen inaccesible al amor.

Cuando llegaron al tabladillo, la noticia del incidente de los caballos de la escolta circulaba por todos los grupos.

— ¿ Y quién era ese roto que sujetó los caballos ? les preguntaban muchos.

— No sabemos. Un hombre cualquiera, que se perdió muy pronto entre la multitud, dijo Luisa.

— ¿No ven ustedes? Si me hubiesen dejado acompañarlas, tal vez no les habría pasado esa aventura.

Decía esto don Jaime Bustos, con aires de hombre fuerte, haciendo sonar los sellos de la cadena de su reloj.

— Sí, porque usted no nos habría dejado ir hasta allá, le contestó riéndose Luisa.

— Justamente, hijita, justamente, dijo el Marqués, que parecía tener por su pupila una obsecuente deferencia.

Violante había manejado las cosas hasta encontrarse casi sola con Malsira en un ángulo del tabladillo. En aquel instante, la virgen del Rosario entraba en la catedral, entre repiques, campanillas, cánticos y cañonazos. La procesión terminaba.

— Señor Malsira, dijo al joven, el señor Presidente da esta noche una fiesta en palacio á la que me ha pedido que invite á mis amigos; ¿quiere usted permitirme que lo cuente entre ellos, á pesar de que sólo acabo de conocerlo?

Luisa Bustos se había acercado para despedirse. Prima Catita y prima Cleta, los oídos tapados con las manos, mientras duraba la salva de artillería, clamaban por marcharse inmediatamente. Su hermano don Jaime no se atrevía á contradecirles, lo que obligaba á Luisa á irse también.

Abel formulaba entonces, despechado, una negativa.

— No admito excusas de ninguna manera, contestaba la de Alarcón. Luego, al ver á Luisa, añadió:

— Venga usted, Luisita, usted que debe tener grande influjo con este caballero. Hágalo aceptar. Es preciso que venga esta noche á palacio.

— Sí, sí, acepte usted, dijo la chica, sin vacilar.

— Pero usted sabe que no me es posible...

— ¿Por qué, imposible? Nosotras vamos, usted no se negará á acompañarnos.

Abel titubeaba y Violante repetía sus instancias.

— Acepte, acepte, le dijo otra vez Luisa, no es posible que rehuse usted la primera invitación que recibe de esta señora.

Sin comprender la insistencia de su prima, el joven se inclinó, diciéndole casi al oído, en un momento en que otra persona se había acercado á Violante:

— Acepto, bajo la responsabilidad de usted.

La joven contestó con una sonrisa.

— Sí, bajo mi responsabilidad. Hasta la noche.

V

Concluída la procesión la concurrencia empezó á retirarse de la plaza. Abel Malsira, llevando el tesoro de los recuerdos de la mañana, llegó á su casa sin saber qué camino había tomado, con la alucinación de oir resonar la voz de Violante en sus oidos. La casa, situada á bastante distancia de la plaza de Armas, era el tipo de las habitaciones del tiempo de la colonia en Santiago. Grandes piezas, grandes puertas y ventanas, grandes patios. Ancho campo á las corrientes de aire, á las brisas invernales de la cordillera, que llevan en su manto los romadizos, las bronquitis y las pulmonías. Sobre la puerta de calle, esculpido en piedra, el escudo de armas de los Malsira, nobleza castellana. La casa era de esquina, es decir, que por el frente y uno de los costados estaba limitada por calles. En el primer patio las habitaciones de la familia y las salas de recibo, con corredores alrededor. En el segundo, un solo corredor, sobre el que tenían salida la sala y la antesala. Al lado de la calle, las habitaciones para sirvientes, con una ó dos ventanas al exterior. Una puerta en la pared del fondo del segundo patio daba entrada al huerto, espacioso é inculto, con algunos árboles viejos, muchas matas de palqui, grandes malezas, y, desde la primavera, un tupido bosque de cicuta. Todo enmarañado y agreste, sin vestigio alguno de cultura ni cuidado de ningún género. Un rincón de naturaleza abandonado, donde los jilgueros, los chirigües y los triles, las mariposas y las abejas, las lagartijas y los lagartos, reinaban descuidados y haciéndose la implacable guerra con que tratan de exterminarse todos los seres vivientes, por esa ley inflexible de eterna destrucción, que Darwin ha venido después á llamar « la lucha por la vida ». Las agitaciones políticas iniciadas en 1810, habían hecho emigrar á la familia de Malsira durante la mayor parte del año, á la hacienda de « Los Canelos », un fundo de crianza, situado cerca de Melipilla. La casa de Santiago quedaba durante todo ese tiempo abandonada, sin más guardián que Francisco, un negro, esclavo emancipado, y dos grandes perros, Alpe y Ponto. Esos tres seres, el negro y los dos perros, rivalizaban en fidelidad y en cariño á la familia de Malsira, compuesta por entonces del padre de Abel, don Alejandro

Malsira, de su madre doña Clarisa Bustos, hermana de don Jaime, marqués de Peña Parda, de Trinidad Malsira y de algunos vástagos menores.

Abel tuvo que golpear á la gran puerta de calle, remachada de grandes clavos de bronce, que Francisco mantenía cerrada durante la ausencia de los patrones. El negro acudió pronto y abrió sólo el postigo, después de la pregunta sacramental:

— ¿Quién es?

Alpe y Ponto recibieron al amo con grandes agasajos, saltándole sobre los hombros. Parecían querer prodigar al joven los cariños que acostumbraban hacer á cada uno de los miembros de la familia, cuando llegaban á la casa. El negro los reñía, riéndose, y como si él hubiese querido hacer otro tanto.

— Amito, llegó mozo de la hacienda, dijo al joven, cuando hubo calmado las caricias de Alpe y Ponto.

Al mismo tiempo ponía una carta en manos de Abel.

La carta era de su padre. Don Alejandro recomendaba á su hijo que regresase á los Canelos sin tardanza. La noticia de los acontecimientos del sitio de Rancagua había aterrorizado á los patriotas. Los españoles llegaban á la capital sedientos de nuevas venganzas. Era preciso dejar pasar esa vorágine de exterminio que iba á descargarse, como coronación del triunfo, sobre todo el que hubiese simpatizado con la revolución. « Tu madre y yo, decíale al fin, no tendremos un instante de tranquilidad hasta verte entre nosotros. El mozo que te entregará esta carta lleva caballos para que te pongas en marcha inmediatamente. »

El joven entró en su cuarto pensativo. El hábito de la obediencia pasiva á las órdenes de su padre, aprendido desde niño en el duro régimen de la familia del tiempo colonial, no le permitía detenerse por un instante en la idea de diferir su viaje. Mientras tanto, las emociones de la mañana estaban palpitantes en su memoria. El pensamiento de no poder renovarlas lo llenó de tristeza, una de esas tristezas de la juventud, que llegan como las nubes inesperadas en un cielo sereno, á velar la luz del sol, con su manto de melancolía. Y luego pasan. Así pasó la súbita melancolía de Abel, empujada por la brisa de una nueva esperanza; iba á ver á Violante en la noche. Iba de nuevo á oir su voz con sus tentadoras seducciones, á extasiarse al calor cariñoso de su mirada, como se extasían con volup-

tuoso despliegue de sus alas, las mariposas, bajo la caricia abrasadora de un rayo de sol.

La comida, que á eso de las cinco de la tarde, le trajo Francisco, lo hizo bajar de las nubes de las contemplaciones ideales á la prosa. Comió, servido por el negro y flanqueado por Alpe y Ponto, que seguían con grave atención todos sus movimientos, estirando el pescuezo á cada instante, hasta que el joven les lanzaba al aire algún pedazo de carne, que ellos, por turno, recogían con infinita destreza.

Luego, cuando después de comer se puso á fumar un cigarrillo, pensó en la cita que le había dado el roto de la plaza para las primeras horas de la noche. El nombre de ese ser singular, que durante un momento había casi traicionado su disfraz, resonó en su imaginación, despertando visiones de otros días, que el tiempo, con su lento é imperceptible arrullo, había hecho dormir en su memoria. ¡Manuel! se dijo mirando allá, á la niñez, á las brumas rosadas de los días sin cuidados, tan radiantes de esperanza. Pero pronto cesó el vuelo de su mente á esa región lejana, cuando quiso completar por un impulso instintivo del pensamiento, el nombre de aquel compañero de infancia: Manuel Rodríguez. El nombre así completo, borró la imagen del niño, evocó en su imaginación al hombre extraño, célebre ya, que pasó por aquellos años de la historia nacional, dejando un rastro de meteoro esplendoroso y fugaz. Abel se puso á pensar, cómo en la paz del campo, en el silencioso aislamiento de los Canelos, donde él vivía consagrado á las duras tareas de la administración del fundo, el nombre de Manuel Rodríguez le llegaba siempre mezclado á las noticias de los tumultuosos acontecimientos, que habían sacudido en los últimos cuatro años la existencia, antes tan pacífica, de Chile. Recordaba que en sus viajes á Santiago, para descansar de las faenas campestres, encontraba con frecuencia á Manuel Rodríguez en casa de su padre. Lo veía nervioso y ardiente, vibrar, como alucinado, en un mundo de ideas y de planes políticos, que él, Malsira, sentimental, como todos los que viven en la soledad, no comprendía sino muy vagamente. Se admiraba de la fuerza de voluntad, de la rara energía que debía haber desplegado aquel hombre pálido y delgado, para dominar las masas populares y ponerse al timón de la barca revolucionaria, sin ninguna de las dotes físicas de robustez y de fuerza, que le

parecían indispensables en los que desencandenan ó aplacan las tempestades de la plaza pública. Conservando el uno por el otro una simpatía inalterable, como dos caracteres que por sus diferencias se completan, el destino los había mantenido separados. Durante los años en que el hombre, como la naturaleza entera bajo el sol primaveral, siente la savia de la vida romper la tranquilidad de la niñez y brotar irresistible en la florescencia de las pasiones, ellos habían dejado de conocerse y de comprenderse. Así había sucedido, que mientras él vivía en ese estado flotante de la indiferencia, sin que ningún estimulante moral le hubiese hecho divisar en la vida otra cosa que una sucesión inevitable de días largos y fastidiosos, Manuel Rodríguez, como iluminado por un fuego interno, se lanzaba en los azares de una lucha incierta, se adelantaba á los más osados innovadores, proclamando la necesidad de la independencia absoluta de la patria, y con la sublime tenacidad de las grandes inspiraciones, ponía al servicio de esa idea toda su voluntad y su fuerza, haciéndose tribuno y propagandista, conspirador y agitador infatigable, jugando su existencia con arrogante entereza, por comunicar á los otros la llama inextinguible del sentimiento patriótico. Ese era el hombre que iba á ver, pensaba Malsira al salir de su casa, ya entrada la noche.

En el tajamar, no lejos del puente, del puente de cal y canto, como se le designaba entonces, sin que hubiese ningún otro con qué confundirlo, Abel se puso á mirar al Mapocho, que hacía su ruidito discreto entre las piedras, arrastrándose sin apuro, como contento de reflejar las estrellas en el cristal rojizo y empañado de sus ondas. Y en vez de pensar en la patria oprimida, pensaba en Violante, cuya voz reconocía en el murmullo del agua, cuyos ojos veía brillar en el reflejo de las estrellas, cuya forma flotante le dibujaba la luz incierta del cielo, entre las medias sombras de aquella hora casi crepuscular. El amor que principia, evoca en todas partes la mujer querida, con la obstinación con que la memoria trae al oído el fragmento de algún trozo musical que nos ha impresionado en una noche de ópera. Pero la meditación de Abel Malsira duró poco. Pronto vió venir hacia él directamente, al hombre que esperaba.

— Puntual á la cita y distraído, lo que quiere decir sin miedo. Esas son dos virtudes de primer orden en los tiem-

pos que corren, le dijo Manuel Rodríguez, tendiéndole la mano.

Abel la estrechó con efusión.

— Distraído, puede ser; sin miedo, eso no. Lo tengo por ti, que cometes una grande imprudencia, quedándote en Santiago.

— ¿Tú no conoces una de mis teorías de conspirador? el mejor modo de escapar de las persecuciones es no esconderse. ¿Á quién va á ocurrírsele que yo pueda haberme quedado en Santiago? Con lo inverosímil de esto y un buen disfraz, ando tan seguro como tú, á quien nadie persigue.

Malsira le golpeó el hombro con cariño.

— Siempre temerario.

— Pero hablemos antes de ti. ¿Cómo te encuentras en Santiago y no en los Canelos, con tu familia?

— Ese es un secreto.

— ¿Un secreto de Estado?

— No; un secreto mio... Un secreto de corazón.

— ¡Ah, ya estoy! ¡Lo siento! En estos tiempos, el amor debe ceder el paso á la patria, mucho más si la mujer es realista y se llama Violante de Alarcón.

— ¿Quién te ha dicho que sea ella?

— Nadie. Lo he visto por mis propios ojos esta mañana, cuando salías de la catedral y cuando andabas después en la plaza, con ella y Luisa Bustos.

— ¡Ah, no pienses que sólo tú eres buen observador! Yo noté que Luisa se turbó mucho al reconocerte con tu disfraz. Estoy por creer que á más de tu culto por la patria, hay otro interés que te ha detenido aquí.

— Es verdad, tengo otro interés; pero no el que supones al nombrar á Luisa. Ahora después te hablaré de eso y te explicaré por qué te he dado esta cita. Mas no me saques de lo que á ti te concierne. Si quieres que yo sea franco contigo como en nuestros tiempos de colegio, es menester que me dejes interrogarte, y aun aconsejarte, si fuera preciso. Después de haber vivido como hermanos y con la grande amistad que he cultivado con tu padre, tengo derecho para hablarte así.

Manuel Rodríguez había dicho esto con voz afectuosa y familiar, después de tomar el brazo á Malsira y de ponerse á pasear con él á lo largo del tajamar.

— Además, aunque somos de la misma edad, yo tengo infinitamente más experiencia que tú. En la vida del cam-

po, los hombres que han cultivado su inteligencia viven generalmente más de ideas y de contemplaciones, que por el criterio. Es natural que las luchas de la vida, por las que tú no has pasado y que han sido mi aprendizaje de hombre, me hayan madurado pronto; de modo que yo podré ver más claro en tu propia situación.

— ¡Oh! Mi situación no tiene nada de oscura.

— Eso es lo que vamos á ver. ¿Desde cuándo estás enamorado de la viudita?

— Hace ya tiempo.

— ¡Malo! Y ella, ¿te corresponde?

— No puedo saberlo: hoy he hablado con ella por la primera vez.

— ¡Bueno! Eso me parece mejor. Así, ¿no hay ningún compromiso?

— No, ninguno.

— En tal caso, no sigas adelante; abandona ese capricho.

— ¡Hombre, no es capricho; te aseguro que es muy serio!

— Entonces te volveré á decir: ¡malo!

— ¿Y por qué? Yo soy libre de disponer de mi corazón.

— ¡Eh! Los jugadores son también libres de arriesgar su dinero y no por eso hacen bien.

— Se pierde ó se gana. Todo es incierto en la vida.

— Sí; pero en tu caso estás seguro de perder.

— ¡De perder! ¿Y por qué?

— Porque ella es realista, y jamás tu padre te perdonaría ese amor.

Malsira pareció reflexionar. Él se había puesto muchas veces en presencia de la misma objeción, pero siempre la había desechado como idea importuna. Ese obstáculo, además, aumentaba su amor. Como en el mundo físico, en el moral, toda compresión aumenta la fuerza que se trata de contener y es capaz de producir el estallido. Justamente porque era preciso, Abel no podía renunciar á su pasión.

— Es realista, ya lo sé; pero puede hacerse patriota, dijo tras breve silencio.

— Mientras estemos vencidos, es poco probable.

— ¿Tú la conoces?

— Lo bastante para pronosticarte un porvenir desgraciado si sometes tu voluntad á ese amor.

— ¿Por qué dices eso? preguntó Abel impresionado, á pesar suyo, por esas palabras.

— Violante es coqueta y ambiciosa, sobre ser realista,

contestó Manuel Rodríguez. ¿Conoces algo de su vida? No. Pues yo te la diré en pocas palabras. Es española; ¡otro defecto que no había enumerado! Vino á Chile con su madre y su marido á principios de 1810. Su marido era un hidalgo bastante estúpido. Una pulmonía lo llevó á jactarse de sus pergaminos al otro mundo, cuando acababa de perder un juicio que vino á iniciar á Chile, para despojar de su fortuna á unos parientes suyos. Yo fuí el defensor de éstos ante los tribunales y gané el pleito. El marido de Violante intentó en vísperas de su muerte, hacer que el gobierno anulase la sentencia, persiguiendo á su pariente como revoltoso; pero sobrevínole la muerte y dejó este plan á su mujer, entre sus disposiciones testamentarias. Desde entonces, todas las acciones de Violante han tenido ese fin y el de casarse con algún hombre rico. El oro es su Dios. El que á ti, siendo hijo de patriota, te quiera enredar en sus artificiosas redes, porque serás mayorazgo y rico, es una prueba de lo que son sus ideas matrimoniales. Estoy seguro que te habrá hecho convidar al baile de palacio.

— ¿Cómo sabes que hay baile esta noche? dijo Abel, admirado de ver á su amigo impuesto de todo.

— Tengo en todas partes relaciones, que las circunstancias de mi vida me han obligado á contraer. La persona que me ha dado esta noticia es una criada que se encuentra ahora al servicio de Violante y que me ocultó en su casa el año pasado, poco antes de la prisión á que fuí sometido por Carrera en Valparaíso.

— Es cierto, ella me ha convidado á ese baile

— ¿Y piensas ir?

— No sé, deseos me sobran; pero la idea de asistir á un baile de realistas me hace vacilar.

— Debes ir, dijo Manuel Rodríguez.

— ¿Te parece? exclamó Malsira muy contento de ver apoyado su deseo por un patriota como su amigo.

— Debes ir, porque ahora los patriotas que no han emigrado tienen que imponerse la misión de adormecer la vigilancia de los godos, mientras los que se han ido á Mendoza buscan los medios de libertar á la patria.

— Entonces, iré.

— Pero no te fíes de la viuda. Esa mujer es capaz de trastornarte y hacerte abrazar el partido del Rey. Entonces, de amigos de colegio que somos, quedaríamos convertidos en enemigos mortales.

— No lo temas, contestó Abel con acento de convicción sincera. Si hasta ahora me he ocupado poco de política no ha sido por falta de patriotismo.

Después, como temeroso de que Rodríguez siguiese hablándole contra Violante, añadió:

— Entre tanto, hasta ahora no me has explicado cómo te encuentro en Santiago y vivando al rey de España en la plaza, mientras que todos te creen en camino para Mendoza.

— La explicación es sencillísima: he querido conocer por mí mismo el estado de los ánimos en Santiago, después de la entrada de los españoles. Yo no puedo admitir que el heroico sacrificio de Rancagua sea la muerte de nuestra causa. Hay que empezar de nuevo á reconstruír el edificio que se nos ha desmoronado. Á fin de saber lo que pueda esperarse del porvenir, he querido recorrer todas las clases sociales, hablar con los hombres de importancia y poner el oído al corazón del pueblo. En esta ocupación me hallaba en la plaza esta mañana. Ahora estoy dispuesto á seguir á los que se han ido á Mendoza. Aquí nada puede hacerse por ahora. Allá, del otro lado de los Andes, será posible tal vez organizar nuevas fuerzas, preparar guerrillas, ¡qué sé yo! En fin, voy á ver. La inacción sería para mi la muerte. Debemos ser libres, ó no ser. Yo no tengo otra divisa.

Hablaba con exaltación, como inspirado por un fuego interno. El hombre del pueblo, que Abel había visto en la mañana, se transfiguraba en aquel momento. Su voz, grave y profunda, tenía el calor contagioso de la convicción. Abel lo vió más alto. Aquel joven desprendido de las pequeñas preocupaciones del egoísmo cotidiano, ó del egoísmo, más absorbente aún, del amor, de la manía de la mujer, para consagrarse á una idea y á un fin de desprendimiento y de sacrificio, era para él una revelación. Encontraba conmovedora la sencillez de su lenguaje, al oírlo decir «nuestra causa», sin énfasis ni calificativos altisonantes, pero con el acento de una resolución inquebrantable.

Rodríguez continuó:

— Pero antes de alejarme de Chile á continuar mi obra en el extranjero, necesito preparar aquí el terreno para más tarde. Es preciso que yo deje corresponsales, que me tengan al corriente de lo que ocurre y que por su situación no despierten las sospechas de nuestros enemigos. ¡Empresa difícil, como bien podrás imaginarlo! La recon-

quista, como un huracán furioso, ha llegado abatiéndolo todo. Los corazones están amilanados, los ánimos desalentados. Nuestras locas discusiones, nuestras rivalidades criminales, le tenían preparada la invasión y la victoria. Ahora estamos en la hora sombría de la vacilación de las conciencias, de las concesiones solícitas, de las conversiones precipitadas. Todos tiemblan. El olor de la sangre de Rancagua ha desmoralizado los ánimos y quebrantado hasta el abatimiento los nervios de los más enérgicos. Los hombres de algún valimiento se han retirado á sus haciendas. Otros queman incienso al vencedor. ¿De quién fiarse? Al verte esta mañana, pensé en que tú, sin comprometerte, me puedes prestar un servicio, y por eso te pedí que vinieses. Si yo hubiera ido á tu casa, me habría expuesto á caer en manos de los esbirros españoles neciamente, mientras que aquí, á estas horas, somos dos amigos que se pasean y nadie se fijará en nosotros.

Malsira se sintió levantar poco á poco á la altura moral del patriota revolucionario. El entusiasmo de su amigo lo contagiaba. La sombría pintura del presente, bosquejada por éste en pocas palabras, lejos de amedrentarlo, despertaba en su corazón las emociones confusas de una aspiración generosa y enteramente nueva para él. Un deseo de salir de su oscura condición de indiferente, la vaga noción de la solidaridad con los que habían identificado su suerte con la de la patria, un generoso impulso de nobles sacrificios, la febril necesidad de la acción lo tentaban. Era una oleada de fuego, despedida de su cerebro, que le invadía las venas, mientras resonaba en sus oídos la voz calorosa, el acento persuasivo de Manuel Rodríguez.

Este terminó diciéndole :

— Ya ves que te hablo con la mayor franqueza. ¿Puedo contar contigo?

— Con entera confianza, contestó Abel, deteniéndose y estrechando la mano á su amigo, cual si sellase con él un pacto de fidelidad absoluta.

— Por ahora, repuso Rodríguez, lo que voy á pedirte es muy sencillo, y aquí llega el momento de explicarte la turbación de tu prima Luisa al verme en la plaza.

Abel pensó, al oir este exordio, que su amigo iba á encargarlo de algún mensaje amoroso. Parecióle que con esto su héroe bajaba del pedestal en que su juvenil admiración lo había colocado.

— Advierte, le dijo interrumpiéndole, que yo no te pido confidencias. Soy tu amigo y haré lo que me encargues, sin que me des explicaciones. Sé que no puedes encomendarme nada que sea contrario al honor. Lo que te dije de Luisa hace un instante, fué una broma. No vayas á tomarlo á lo serio.

— Me gusta tu lealtad y te la agradezco: pero te aseguro que en mis relaciones con Luisa no hay ni una sombra de amor. Seré más franco aún. Si esas relaciones son simplemente de amistad, la culpa no es mía. Hubo un momento en que me sentí hacia ella un sentimiento más vivo: su noble franqueza y mis propias reflexiones me detuvieron en la pendiente. Encontró modo de decirme, en nuestras conversaciones, que su corazón no estaba libre. La confidencia, aunque hecha en forma vaga, era desalentadora. Mi dignidad me imponía el deber de abandonar toda pretensión en ese sentido. Para fortificarme en este propósito, me dije que sería una locura exponerme á perder una amiga como ella, la más firme y la más noble de las amigas, por no sofocar un sentimiento naciente. Además, añadió sonriéndose, yo no he tenido tiempo de estar enamorado. Mi verdadera, mi imperiosa querida, es la patria. Será ambición, ó lo que tú quieras: pero mientras la patria necesite de mis servicios, no hay lugar en mi alma para un sentimiento tan absorvente como el amor. Ya ves, pues, que te equivocabas.

— Explícame entonces la turbación que mostró Luisa al verte en la plaza.

— Debo decirte para eso que de un año á esta parte he tenido ocasión de verla con mucha frecuencia. ¿Dónde? En casa de tu padre, que tiene en ella la más ilimitada confianza y que la quiere como á una hija. Es imposible que te figures la energía de alma que hay en esa muchacha y el calor con que ha abrazado nuestra causa. Es del temple de las heroínas. Su corazón está abierto á todo sentimiento elevado. Su alma altiva suspira, como nosotros, por la independencia de la patria. Ese sentimiento común nos ha hecho unirnos y comprendernos. Tu padre y yo no hemos tenido secretos políticos para ella. Con el profundo trastorno que nos ha traído el inesperado desastre de Rancagua y la retirada del ejército patriota al otro lado de los Andes, yo tuve que ocultarme y dejé de ver á Luisa. No puedo, sin embargo, alejarme de aquí sin verla, sobre todo

no estando seguro de poder ir á los Canelos á conferenciar con tu padre. Luisa puede comunicarme algunos datos muy importantes para el porvenir, de los que no alcanzó á ponerme en posesión por la rapidez con que ha tenido lugar el completo descalabro de las fuerzas patriotas. Mas, ¿cómo ver á Luisa? ¿cómo ponerme al habla con ella? Hubo un momento en que pensé en Juan Argomedo.

— ¿Argomedo? ¿El hijo de mi tío Jaime?

— El mismo, el que llamábamos « el guacho » en el colegio. No se me ocultaba el peligro que correría con valerme de semejante auxiliar. No sé si tú, alejado casi siempre de Santiago, sabes algo de la vida de este calavera. Por no sé que diabluras, don Jaime, que lo había recogido en su casa, tuvo que despedirlo. Dicen que ese representante de sus flaquezas de juventud le ha gastado, además de muchos reales, la paciencia. ¿Cómo don Jaime, tan débil de carácter, ha llegado á ser enérgico con ese hijo, no reconocido por él? no lo sé. Lo cierto del caso es que Juan, en medio de sus desarreglos, conserva ciertas virtudes, cuando no está borracho. Es capaz de hacer un servicio. Hace dos días lo busqué y le dí cita para la noche. Deseaba confiarle una carta para Luisa, en la que encarecidamente le pedía una entrevista. Pero el tuno, cuando vino á la cita, estaba ya, como de costumbre, « entre dos luces » : la luz vacilante de la razón y la más vacilante aún de la ebriedad. Confiarle mi carta habría sido perderme. Le dí un par de pesos para que fuese á seguir bebiendo y lo despedí, asegurándole que en la noche misma iba yo á salir para Mendoza. No sé si me comprendió bien. Entre tanto, esto me privaba de mi auxiliar. Como el tiempo urgía, decidí correr yo mismo los riesgos de la empresa y ser mi propio emisario. Al efecto me disfracé de sirviente y fuí á casa de tu tío. En la puerta de la calle encontré á su cria da. La dí la carta para Luisa y un peso fuerte. Ella me prometió que entregaría la carta con todo sigilo. ¿La habrá recibido Luisa? Y si la ha recibido, ¿me concederá la entrevista? Para sacarme de estas dudas, he pensado en ti. Lo que te pido es que la persuadas y que me traigas su contestación.

— Nada más fácil, yo debo verla esta noche.

Abel habló de la insistencia de Luisa para que aceptase la invitación al baile.

— Sin duda, observó, no teniendo á quien confiarse, ha

querido que yo asista para hacerte llegar la respuesta por mi conducto, suponiendo que después de haberte dado á conocer en la plaza, tú te pondrás en comunicación conmigo.

— Probablemente. Por tu parte, espero que abogarás con calor para que me conceda la entrevista que le he pedido. Dile que es indispensable para los intereses de nuestra causa. Yo creo que tú puedes tener grande influjo en su ánimo.

— ¿Yo? ¿Por qué?

— Es una presunción mía. Ella me ha dicho que su corazón no está libre...

— ¡Oh! ¡Qué locura! Siempre nos hemos tratado como hermanos.

— Es decir como primos hermanos. En fin, yo puedo equivocarme. Tal vez tomo mi deseo por un indicio. En todo caso, ella vale mil veces más que Violante. Tú harías bien en cambiar de rumbo.

— Ya es tarde, dijo Abel mirando las estrellas, tal vez sus primeros confidentes. Luego añadió:

— A todo esto olvidábamos un detalle. ¿Dónde te veré para comunicarte la respuesta de Luisa?

— En tu casa. Mañana en la noche. Sea cual fuere esa respuesta, yo debo salir de Santiago pasado mañana á más tardar, antes que se sepa que estoy aquí y se lancen espías en todas direcciones para prenderme.

VI

Desde el patio oyó Abel Malsira resonar los acordes de la orquesta: un violoncelo, un violín y una flauta, que tocaba una contradanza. En la puerta de la calle, un piquete de Talavera, mandado por un sargento, que le pidió su tarjeta de convito. El reconquistador del reino no estaba todavía bastante seguro del amor de los chilenos, para exponerse á un golpe de mano audaz de los insurgentes, que aunque vencidos, inspiraban recelos todavía. La luz llegaba al patio por las ventanas y por las puertas, como en todas las antiguas casas del tipo colonial. En el patio, varios convidados fumaban. Otros se agrupaban en las puertas. En el salón, las mujeres, en hileras de sillas, delante de las paredes, se dejaban admirar, modestamente, haciendo

todo lo posible para disimular delante de las otras, sus manejos de coquetería, dirigidos á los hombres. En una pieza contigua á uno de los salones laterales, los viejos, los jubilados de la galantería, jugaban malilla, fumaban y tosían con importancia.

Malsira, desde la entrada, se sintió impresionado por aquel cuadro. Las escenas del día y su reciente conversación con Manuel Rodríguez, le habían quitado la tranquilidad normal del pensamiento y excitádole el cerebro con emociones violentas, que lo traían turbado. El aire de fiesta que allí encontraban sus ojos, la música que resonaba á sus oídos, las mujeres, las flores y las luces, le producían una impresión extraña, casi penosa, como la del que va á cometer una falta y no tiene fuerza para evitarla. Le parecía que llegar á aquel baile de los realistas, él, hijo de patriota, era una profanación. La parte sentimental de su ser protestaba en silencio. Abel, como todos los sentimentales, tenía la desgracia de no poder sentir nada completamente, sin relación á sus demás impresiones. Desde el umbral de la puerta su ansioso deseo de ver y oír de nuevo á Violante de Alarcón, se encontraba neutralizado de ese modo. Un friecillo en el corazón, un vago descontento en el ánimo. La sensación del contraste en que su amor lo colocaba. Confusamente pensó en las palabras de Rodríguez, hablándole de Luisa.

« — En todo caso, ella vale mil veces más que Violante. Tú harías bien de cambiar de rumbo ».

Entretanto, la contradanza se había formado. Un bastonero colocaba las parejas en el centro de la gran sala, haciendo una calle estrecha: los hombres frente á las mujeres, alternados. Todo se hacía con gran ceremonia, como un reflejo de la corte, aristocráticamente, afectando en las maneras un solemne señorío. Los hombres, con sus fracs de anchos faldones, de levantado cuello, que les cubría el pescuezo. La mayor parte de ellos vestían calzón corto, media de seda y zapato con hebilla de plata. Todos alzaban la cabeza, erguida sobre abultadora corbata blanca, con el cabello peinado en tupé sobre la frente. Las mujeres, muchas vestidas de blanco, con el descote recatado. Anchas mangas, en globo, sobre los hombros. El talle ceñido por ancho cinturón de moaré color amarillo ó rojo, con gran hebilla dorada. El peinado monumental, coronado por una enorme peineta de carey. Llevaban largos pendientes en las ore-

jas, y como moda universal, la patilla bien aplastada sobre las sienes en forma de punto interrogante. Las parejas se balanceaban cadenciosamente en las evoluciones del chicote, de la media cadena, de la alemanda y del vals. La luz se reflejaba, cariñosa, sobre los blancos senos, sobre los torneados hombros. Las cabezas, con el movimiento del vals, muellemente, ondulaban, ora de un lado, ora de otro. Era la mies, una mies perfumada, mecida por la brisa. Los pies, calzados de raso, sacaban la punta del ruedo del vestido, buscando un punto de apoyo sobre la alfombra y los talles, en el movimiento de la danza, tenían inflexiones voluptuosas de algún himno plástico á la eterna poesía del invencible materialismo.

Abel Malsira, junto á una puerta, veía todo eso. Le parecía que una alegría contenida, que un plácido contento se retrataba en el semblante de los que bailaban. Todos ellos, pensaba el joven, saboreaban esa dicha fugaz de la atracción mutua, que suspende por un instante la tiranía de las convenciones sociales, para sentir una alegría común en la magia del contacto, en la turbación de las frases que se murmuran al oido. Y en medio de esas reflexiones, volviale, como una inspiración lejana, como los dolores neurálgicos sordos, que pasan y se repiten de repente, el friecillo al corazón, el vago desaliento de verse allí, entre tantos realistas, que celebraban con músicas y danzas, la orgía de sangre con que se había sellado la reconquista de Chile.

Un murmullo persistente, un cuchicheo de voces femeniles le cortó su meditación. Cerca de él, prima Catita y prima Cleta, con algunas otras matronas, conversaban y criticaban. Las dos tías de Luisa Bustos, que hablaban siempre al mismo tiempo, sacaron á Malsira, con sus observaciones, de la poesía en que lo arrullaba la fiesta.

— ¡ Mira á Juana Reinoso, qué adefesio : está hecha el maldito !

— La pollera tan angosta, le habrá faltado género.

— Y la Pepita Mastuerzo ¡ Jesús, cómo se ha pintado !

— Sí, parece santa quiteña, ¡ lo que le relumbra la cara !

— ¡ Ay por Dios ! La Panchita Cuervo, ya revienta de apretada.

— Con esa nariz de loro : yo no sé cómo hay hombre que se atreva á sacarla á bailar. Capaz que los pique.

— ¿Y qué hace aquí tanta *siútica?* Muchas se habrán venido á meter sin estar convidadas.

Abel tuvo que acercarse á saludarlas.

— Buenas noches, primo.

— Buenas noches, primo.

Ambas le lanzaron á un mismo tiempo ese saludo, con agitación violenta del abanico. Prima Cleta se hizo la ilusión de que Malsira la iba á convidar para algún baile, y bajó los ojos con timidez. Prima Catita alentaba al joven con la mirada, suponiéndolo capaz del sacrificio.

— ¿ Luisa está bailando ? preguntó Abel.

— Bailando, pues.

— Bailando pues, dijeron ambas. Prima Catita, agregó, con un ademán del abanico mostrando á Cleta :

— Esta no quiso bailar, le duele un pie.

— Si, me duele un pie, repitió prima Cleta, abanicándose, sofocada con la mentira.

En ese momento se acercó á ellas don Jaime Bustos. Llegaba radiante, porque había hablado algunas palabras con el general Osorio. En su contento agitaba los sellos de su reloj y quería comunicar sus impresiones.

— Un verdadero Cincinato por la modestia, decía, echándose hacia atrás para parecer más grande, y mirando á sus hermanas y á Malsira. ¡ Qué sencillez ! Me habló como si fuéramos amigos antiguos. « Ya le conocia á usted de nombre, Marqués », me dijo. « Todo súbdito leal de Su Majestad debe ser mi amigo », y me sacudió la mano con cariño. Pero al mismo tiempo se le conoce que es un gran capitán.

— ¿ En qué ?

— ¿ En qué se le conoce ? exclamaron prima Catita y prima Cleta.

— En qué... En qué... ¡ y se acaba de tomar á Rancagua ! ¿ Les parece poco ? exclamó don Jaime con aire triunfante.

Entre los que formaban grupo cerca de la puerta, varias voces murmuraron á la sazón :

— El General, el General.

Avanzaba Osorio, al son de la música, bailando la contradanza con la de Alarcón. Las mujeres se ruborizaban de emoción al darle la mano, en la media cadena.

— ¡Eh! ¿qué les parece? ¡ Qué sencillez y es un gran guerrero ! ¡ Eso sí que es modestia ! ¡ Un verdadero Cincinato !

Don Jaime recordaba vagamente de sus estudios de historia romana, que había existido un hombre de gran modestia con ese nombre y repetia su comparación en voz alta, para hacerse oir por el General.

— ¡ Un verdadero Cincinato !

Otros, menos versados en historia, cogian la comparación al vuelo é imitando el sonido del nombre, repetian.

— ¡ Un verdadero Cincoñatos !

Y se miraban satisfechos, como los coristas en una ópera, que parecen rivalizar entre ellos, dejando cada cual constancia que él no desentona, pero el otro si.

Abel Malsira miró, como los demás, la pareja triunfante. Vió confusamente que un hombre alto y rubio, algo canoso, de galoneado uniforme, con grandes charreteras de canelón, cogia por la cintura á Violante de cuando en cuando y daba vueltas acompasadas con ella, hasta dejarla al frente, avanzando cada vez hacia nuevas parejas. Aquello de tocar la cintura de su compañera y de poder estrecharla así, contra el pecho, parecióle á Malsira un privilegio envidiable, una gloria superior á la que aquel hombre acababa de conquistar en Rancagua. Un sentimiento celoso le hizo encontrar al General profundamente antipático: pero se confesaba que con su aire presuntuoso, con el garbo de su persona, podia bien, á pesar de sus canas, enamorar á una mujer. Se decia además, picado, mirando á Violante en todo el esplendor de su hermosura, vestida de terciopelo azul, que sin duda el héroe del dia no debia serle indiferente, desde que se abandonaba entre sus brazos tan risueña, y que se dejaba oprimir contra esa dura y áspera casaca de militar. Y con esta reflexión tomaban más valor á sus ojos las armoniosas lineas del cuello de la viudita, su busto turbador, su pueril sonrisa, su mirada chispeante y la riqueza, artisticamente enmarañada, de sus cabellos.

Al hallarse frente á él, después de una vuelta de vals, Violante le hizo un saludito amistoso, lleno de gracia, mostrándole sus dientes de perlas, en una sonrisa que le hizo olvidar todos sus escrúpulos y su sensación de estar cometiendo una falta por hallarse en aquel baile. Fué como un pase de manos de un magnetizador, que le adormeció la conciencia importuna, y le llenó el pecho con una inundación de esperanzas. Ese saludito justificaba su presencia entre los realistas. La jurisprudencia moderna, que absuelve con tan humana filosofia, los crímenes de la pasión, es la jurisprudencia instintiva de los enamorados. Con la sonrisa aquella, Abel se sintió subyugado. Lo único que lo contrariaba un minuto después, en su descontentamiento de sen-

tinental, era que Violante no le dirigiese la misma mirada á cada vuelta del vals y que todavía se dejase estrechar contra la dura y áspera casaca del guerrero triunfante.

— ¡ Qué modestia, un verdadero Cincinato ! repetía don Jaime á cada momento, confundiendo su voz con las de prima Catita y prima Cleta, que esgrimían la acerada lengua sobre cada una de las parejas danzantes.

— ¡ Jesús que adefesios ! decían de casi todas.

Terminada la contradanza, las señoras volvieron á sus asientos conducidas por sus compañeros. Muy pocas de ellas se privaban del placer de arrojar de paso una mirada de triunfo á las que habían quedado sin bailar. En la existencia social, hay también lo que de Darwin para acá, se llama « la lucha por la vida ». En la sociedad, tan eterna y tan viva como esa lucha, hay la lucha feminal, la contienda perenne de las vanidades elegantes, la lucha por la admiración.

Malsira pensó que la de Alarcón no caía en esa debilidad. Segura de su belleza, pasó arrogante cerca de él, dando el brazo al bravo Capitán General del reino, y le repitió el saludito amistoso: una limosna compasiva, el óbolo de la coquetería, como para consolarlo de no hablar con el por no poder dejar el brazo augusto en que se apoyaba. Pero luego la vió detenerse con el General y llamarlo con un lindo movimiento de cabeza. Abel obedeció emocionado.

— General, el señor de Malsira.

Al inclinarse, el joven vió las perlas de la sonrisa con que fueron dichas esas palabras y oyó la voz de Violante que agregaba.

— Este caballero pertenece á una de las familias chilenas más importantes del reino.

— Caballero, le dijo Osorio, con su sonrisa de protectora benevolencia, su sonrisa oficial de jefe del Estado, aprovecho esta ocasión de poder manifestar el deseo que tengo de mantener buenas relaciones con los chilenos. Doy á usted la mano de un amigo y espero que su familia regrese pronto á la capital. Conviene que las familias nobles den el ejemplo y que se desvanezcan los temores que algunos abrigan con respecto á mi política. Yo represento aquí al Rey, nuestro augusto soberano, que es clementísimo en su grandeza. Mi conducta se amoldará á tan noble ejemplo.

El conquistador sabía ya de memoria estas palabras. Eran

las mismas que, con ligeras variantes, había estado repitiendo desde su entrada á Santiago. Don Jaime Bustos las había aprendido de tanto oírselas. El General las pronunciaba con énfasis ó con benévola familiaridad, según la persona á quien las dirigía. En ellas resumía su política de hacer que volviesen á Santiago las familias que habían huído amedrantadas, después de la catástrofe de Rancagua. El conquistador esperaba volver así á los ánimos la confianza y borrar las divisiones políticas, atrayéndose la voluntad de las familias patriotas. Por supuesto, que tras la miel de los labios, estaban los dientes que muerden. Osorio se reservaba practicar después un sistema de lo que él llamaba « castigos saludables ».

Pretenciosa y antipática encontró Malsira la estudiada arenga del General. No sabía, empero, si tal le parecía porque Osorio era el enemigo, el vencedor de los patriotas, ó porque daba el brazo á Violante y la había estado estrechando contra su casaca, durante la contradanza. El caso era un problema sicológico que él no estaba en estado de resolver. Siempre que en una impresión de un hombre media una mujer, sería preciso, para juzgar el fondo de su pensamiento, hacer lo que los mineros llaman « el apartado », es decir, la separación del metal y de la escoria. Sea como fuere, Abel procuró salir del lance lo mejor posible. Dijo que pensaba que su familia se vendría pronto á Santiago.

— Usted me dijo esta mañana que se marchaba luego á la hacienda, observóle Violante con su sonrisa cariñosa, haciendo armoniosamente sonar las sílabas, al mismo tiempo que envolvía al joven con una de sus decidoras miradas.

— Para reemplazar allí á mi padre, sí, señora.

El General le hizo un saludo y se alejó con Violante.

Abel, descontento, se preguntaba :

— ¿ Y para esto me ha convidado ? Sus esperanzas empezaban á desprendérsele del alma, como hojas verdes, arrancadas del árbol por alguna mano inclemente.

Don Jaime Bustos le salió al paso. Habíalo divisado hablando con el General, y creía darse importancia, tratando con familiaridad á quien acababa de recibir una sonrisa del primer mandatario del reino.

— Hombre, ¿ qué te ha parecido el señor Presidente ? ¡ Qué distinción y qué modestia ! Como yo decía : ¡ un verdadero Cincinato ! ¡ Él, que representa al Rey, nuestro au-

gusto soberano, que es clementísimo en su grandeza! ¡Estoy seguro que se amoldará á ese noble ejemplo!

Malsira, sin prestarle atención, sabía que acababa de oír las mismas ampulosas palabras. Mientras don Jaime las parodiaba, al darse los aires de expresar con ellas una observación personal, el joven decía para sus adentros, impaciente:

— ¡Qué majadero!

En su fastidio buscaba donde huír, como el que quiere alejarse de un perro que ladra. En el rincón, cerca de la puerta, de donde el llamado de Violante lo había hecho salir, divisó á Luisa Bustos que llegaba. Por el movimiento de los abanicos y la animación con que hablaban prima Catita y prima Cleta, sospechó que la joven debía haber estado muy atendida. Al verla, esbelta y serena, le vino al recuerdo su reciente conversación con Manuel Rodríguez. « En todo caso, ella vale mil veces más que Violante. »

— ¡Cambiar de rumbo! ¿De dónde ha sacado Manuel Rodríguez que Luisa puede mirarme sino como un hermano?

En su despecho de pensar cómo se había alejado Violante, sin insinuarle tan sólo que no le era indiferente su presencia, Abel imaginaba, con el feroz egoísmo de la juventud, que si la suposición de su amigo era fundada, el amor de Luisa podría aliviarle su sufrimiento. Al acercarse á ella no la miró ya como antes. Sin quererlo, se puso á examinarla mientras se le acercaba. Indudablemente, sin que fuese bonita, había en su persona un encanto misterioso. Era el conjunto de las líneas, la expresión de la mirada, la gracia de la sonrisa, la armonía de los movimientos, la majestad del porte, que le daban el aire de una deidad altanera.

— Como usted bailaba, prima, no había podido tener el gusto de saludarla.

— Ya vi que usted conversaba con la de Alarcón, le contestó ella con cierta malicia en la mirada. Luego, arrepentida de su insinuación, añadió:

— Está lindísima.

— Un poco pintadita no más, dijo Cleta con retintín.

— ¡Un poco! Como una máscara, niña, agregó prima Catita.

Y las dos se abanicaron, sonriéndose, con miradas de personas que saben lo que dicen.

— ¡ Qué gracia, así cualquiera es bonita ! exclamaron á un tiempo, con satisfacción desdeñosa, acentuando la voz, como quien no permite que se le contradiga.

Las dos tenían esas observaciones cortantes y furibundas de los ánimos agriados. Las punzantes espinas del desengaño les habían dejado esa irritabilidad enfermiza de las que han tenido que abandonar la lucha en la batalla de la vida. Como un sueño mágico, la juventud había pasado por ellas, sin realizarles ninguna de las esperanzas que entreabren á las muchachas las puertas rosadas del porvenir. Prima Catita, de una fealdad indiscutible, había tenido que replegar su corazón desde temprano, como flor que se seca, ante la cruel indiferencia de los hombres. Prima Cleta, que de los veinte á los treinta y cinco, poseía los atractivos de una fresca gordura, había estado á punto de encontrar un libertador. La peste de viruela, muy común entonces, le habia arrebatado el novio, un pobre empleado de hacienda, de oscura estirpe, á quien don Jaime había casi persuadido que, casándose con una muchacha noble y de grandes relaciones, se aseguraría un brillante porvenir. Prima Catita y prima Cleta citaban con frecuencia el nombre del malogrado novio, Francisco Vellota, con reticencias misteriosas, dando á entender que Cleta había tenido muchos pretendientes y entre ellos un gran partido, del que guardaba todavia el luto en el corazón. Cada vez que se hablaba de casamientos ó de alguna nueva epidemia de viruela, las dos hermanas se miraban suspirando con movimientos melancólicos de cabeza :

— ¡ Ah, la peste, que terrible cosa ! decían como en confidencia.

— ¿ Te acuerdas Catita ? preguntaba Cleta ruborizada.

— ¡ Cómo no me he de acordar ! contestaba la otra alzando los ojos al techo ; ¡ pobre Pancho !

Y después volvían á suspirar á dúo, contentas de poder decir que si Pancho no se hubiese muerto, Cleta estaría casada y Catita tendría un cuñado.

Luisa, entretanto, miraba al frente, impasible, como si no hubiese oido la observación de sus tías.

Abel, mientras éstas criticaban el traje de Violante, habló en voz baja, casi al oido de la joven :

— ¡ Tengo tanto que hablar con usted ! ¿ Cómo hacer ?

Intencionalmente formuló la frase en un sentido enigmático. Una curiosidad de hombre, de ambicioso de amor, lo

agitaba. Quería ver qué impresión produciría sobre su prima la expresión de ese deseo de hablar con ella, como si tuviese algo íntimo que revelarla, algo que ella podría sospechar ó esperar, el gran secreto, en fin, divisado vagamente en aquello de tener « tanto que hablar ».

La joven lo miró intensamente. Su rostro acusaba un sentimiento de extrañeza, pero nada más. Ninguna emoción, nada de la inquieta expresión que Abel buscaba en sus ojos.

— Ofrézcame el brazo y nos iremos á pasear, le dijo.

En los salones, después de la contradanza, había desaparecido la respetuosa inmovilidad con que todos se observaban al principio. Varias parejas habian quedado paseándose, y esto había bastado para alentar á los tímidos, á los cortos de genio, que se arredran ante cualquier acto de iniciativa.

Á favor del movimiento, Malsira y Luisa pudieron alejarse sin llamar la atención. Únicamente prima Catita y prima Cleta lo notaron, rabiosas de que nadie viniese á desclavarlas de sus sillas.

— Ahí va la *ringlete;* ¡ no ha de poder estarse quieta ! dijo prima Catita, al ver alejarse á Luisa.

— Fué ella la que le pidió el brazo, observó prima Cleta, ofuscada.

Mientras tanto, Abel quiso renovar su ensayo. Sabía que estaba encargado de un mensaje de Manuel Rodriguez para Luisa ; pero no veía ningún mal en posponerlo á su deseo de sondear el corazón de la joven. Siempre habría tiempo para desempeñar la misión de su amigo. Luisa pareció salirle al encuentro de su curiosidad :

— No perdamos tiempo, aquí es tan difícil hablar.

Su dicción era precipitada, su voz parecía conmovida. Abel llegó á creer que Rodríguez podía tener razón y sintió como un remordimiento de venir, con otro amor en el pecho, á turbar la quietud de aquella alma leal y serena. La malvada ambición de amor, que dormita traicionera en todo pecho de hombre, triunfó de su escrúpulo. Luisa le pareció muy tentadora conquista. Se sentía bajo la influencia desvanecedora de su perfume, de su voz nerviosa, de su busto de estatua tan imponente, de su cintura redonda y flexible : la impresión material, más violenta casi siempre, que la moral.

— Hemos estado tanto tiempo sin vernos, que no hallo por dónde principiar.

La voz incierta del joven era indicio de la turbación que empezaba á dominarlo.

Fué imposible saber si Luisa se dió cuenta de la intención que había dictado esa frase. Inmutable en su seriedad y con el tono de un afecto sincero, ignorante de las cosas de amor, contestó:

— La culpa no es mia ni de usted. Nos ha separado la política. Y lo que es más curioso, es que yo, siendo de la opinión de ustedes, he tenido que dejarlos de ver por consideración á mi tio Jaime. Usted sabe que él vive temiendo siempre comprometerse.

Estas palabras, dichas con absoluta tranquilidad y casi en tono jovial, resonaron en los oidos de Malsira desabridas, como lo es todo desengaño. Llegó á sentirse medio avergonzado de su tentativa. Felizmente, Luisa no parecía haberse dado cuenta de ella, puesto que le hablaba en ese tono. Convencido de perder, habría querido retirar su envite, pero la tentación lo mordió de nuevo.

— No me refería á eso, murmuró con mal contenida emoción.

Luisa se detuvo á mirarlo. Él se sintió desazonado. La calma de su prima lo desconcertaba.

— ¿Y Trinidad, qué noticias me da usted de ella?

— Se acuerda de usted siempre con gran cariño.

Después de un momento de silencio, ella repuso como hesitante:

— ¿Siempre... piensa en Laramonte?

— Siempre.

— La compadezco por su constancia.

— Es muy fácil decir eso, prima, cuando, como usted, se tiene el corazón libre.

— Eso será, contestó la joven, sonriéndose tranquilamente. Lo decía porque su amor es sin esperanza. Su padre y todos los de la familia lo reprueban.

— Cuando principió ese amor, los obstáculos no eran tan serios, repuso Malsira, descontento de ver que Luisa no daba en la celada que le había tendido con su última frase.

— Desgraciadamente no es lo mismo ahora. Yo sé que mi tio Alejandro ha sufrido mucho con esa situación.

— Mi padre es demasiado severo.

— Es preciso hacerle justicia. Para él es una inmensa desgracia que su hija esté enamorada de un oficial realista.

— Usted ha sido siempre de la opinión de mi padre, observó Abel con cierto acento de melancolía, que quitaba á sus palabras toda apariencia de un reproche.

— Mi tío ha sido para mí un verdadero padre, replicó Luisa, es muy justo que le tenga un gran cariño; pero al expresarme como acabo de hacerlo, no creo ser parcial, creo ser justa, porque quiero también á Trinidad como á una hermana.

— Y á mí, entonces, como á un hermano, dijo él en tono de chanza.

— Eso es... como á un hermano, contestó Luisa, poniéndose ligeramente encarnada. Pero á usted, repuso, lo he visto con mucha menos intimidad. En los últimos tres años usted ha venido tan poco á Santiago.

— Así es, dijo Abel pensativo.

— Pero volvamos á Trinidad. Los tiempos son muy diversos de lo que eran cuando ella conoció á Laramonte. Hoy estamos profundamente separados de los españoles. Mi tío ha tomado con calor la causa patriota, como debe hacerlo todo buen chileno. Es muy justo que sea para él un motivo de profundo pesar que su hija no haya luchado contra ese amor. En estas cuestiones soy tal vez un poco exagerada, pero, ¿que quiere usted? ¡yo pienso así!

Hablaba con acento de convicción profunda, sin coquetería femenil, como desterrando de su reino á todo el que no pensase como ella. Malsira recordó involuntariamente lo que Manuel Rodríguez acababa de decirle sobre el carácter de la joven. Pensó también que Luisa podía muy bien haber tomado como pretexto el amor de Trinidad, para señalarle á él la vía peligrosa en que se estaba comprometiendo, al acercarse á Violante de Alarcón.

— Entonces usted cree que un amor puede sofocarse por el solo poder de la voluntad, que no hay más que querer para poder.

— Yo no hablo en general, me refiero únicamente, primo, únicamente á Trinidad. Ojalá hubiera luchado contra su pasión.

Recalcó *únicamente*, como para cerrar camino á esas disertaciones teóricas sobre el amor, con que los hombres entran en campaña muy á menudo. Hubiérase dicho que

en medio de su franqueza y de su calma, la divinidad desdeñosa evitaba toda conversación sentimental, del mismo modo que habría evitado, en un campo, el rozarse con las ortigas ó alguna otra planta punzante : una especie de precaución instintiva de mujer, que no quiere que le hablen de amor.

Malsira, que pensaba así, cambió violentamente de conversación.

— Á todo esto no he hablado á usted hasta ahora de lo que principalmente me ha hecho venir á este baile.

Por su parte, el mozo acentuó el tono sobre la voz *principalmente*, para desvanecer del espíritu de Luisa cualquiera sospecha, que hubiese podido concebir sobre el alcance de casi todo lo que hasta aquel momento la había dicho.

— Yo he hecho lo mismo, puesto que no he explicado á usted todavía, por qué le rogué tanto que aceptase la invitación de Violante.

— Es decir que tiene usted una confidencia que hacerme.

— Justo; pero usted tiene también algo muy importante que decirme, puesto que ha venido *únicamente* por eso.

— ¡Qué injusticia, prima! He venido por hablar con usted. ¿Qué cosa podría interesarme más?

Sentia descargada su conciencia de volver al ataque, por el modo cómo ella recogia su palabra « únicamente » cual si hubiera querido hacerle un amistoso reproche.

Pero Luisa volvió á evitar la planta punzante, sin vacilar siquiera un segundo.

— En mi calidad de mujer, le dijo, yo tendría derecho de ser la más curiosa de los dos y preguntar á usted lo que tenía que decirme; pero no abusaré de esta ventaja, sino que hablaré yo primero. Usted tiene razón: le rogué que aceptase el convite á este baile porque tengo que hacerle una confidencia.

— Me siento muy feliz con esa confianza.

— Y á más de hacerle mi confidencia tengo que pedirle un consejo.

— ¡ Un consejo !

— Oiga usted. ¿No reconoció esta mañana en la plaza á Manuel Rodriguez?

— Perfectamente, y noté muy bien la turbación de usted al verlo.

— Me dió miedo de que alguien, como nosotros, pudiera reconocerlo. Es una temeridad que se exponga de ese modo.

— Le interesa á usted mucho, ¿cómo... patriota? preguntó Abel con malicia.

— Como patriota y como amigo, contestó Luisa. Ya veo el alcance de su pregunta, primo. No, nada de lo que usted pueda imaginar.

— Ó temer, agregó Abel con intención.

Luisa se sonrió forzadamente. Claro estaba que esta vez no podía evitar el golpe y que era menester contestarle. La insistencia del joven para traerla al terreno de los sentimientos, la contrariaba visiblemente. Un movimiento casi altanero, de su cabeza lo indicó así.

— ¡Vaya, primo! dejémonos de bromas, estamos hablando de cosas serias. Oiga usted mi confidencia, porque cuando menos pensemos podrán interrumpirnos.

— Prometo no volver á hacer ninguna observación.

— Durante los últimos tres años en que usted ha estado casi siempre ausente de Santiago, he tratado á Manuel Rodríguez con mucha frecuencia, y he podido ¡admírese usted de esto! prestarle algunos servicios. Usted sabe que mi tío Alejandro ha sido un decidido partidario de los Carreras, con los que nos ligan algunos lazos de un parentesco lejano. Con este motivo, sus relaciones con Manuel Rodríguez han sido muy estrechas. Por mi parte, yo nunca he ocultado mi simpatía por Rodríguez. Su alma ardiente, su carácter franco y decidido, su arrojo temerario, me han causado siempre una sincera admiración. Mi tío me hacía asistir á sus conversaciones con Rodríguez, y poco á poco, ambos me confiaban todos sus planes y sus secretos políticos. Como nadie puede sospechar de una muchacha, yo les he servido en muchas ocasiones de intermediaria y de mensajera en asuntos delicados. Con esto comprenderá usted la clase de amistad que profeso á Manuel Rodríguez y el interés que tengo por él, interés en el que no hay la menor sombra del sentimiento que usted me ha parecido suponer. Lo considero como un hombre de grande importancia para la causa de Chile y capaz de sacrificar su vida por esa causa. En nuestras conferencias con mi tío, él se ha acostumbrado á tratarme como á una amiga y tiene completa confianza en mi lealtad. Los últimos acontecimientos políticos vinieron á interrumpir un plan que él y

mi tío estaban preparando, para organizar montoneras. Éstas habrían servido de auxiliar al ejército patriota, embarazando las operaciones del de Osorio, que avanzaba desde Concepción. Yo poseo los apuntes relativos á ese plan. Mi tío Alejandro me los dió á guardar antes de salir para la hacienda, temiendo que pudieran registrar su casa. Manuel Rodríguez tiene sin duda necesidad de esos apuntes y de varios otros datos que puedo yo comunicarle verbalmente.

Malsira admiraba la sencillez, la completa naturalidad con que Luisa le contaba todo esto. Aquella joven entusiasta por una causa política y ajena al parecer á las frivolidades de su sexo, le parecía un fenómeno. Alejado de las ardientes luchas en que las rivalidades de partido se habían disputado el poder, aun en presencia del enemigo común, Abel ignoraba el grado de exaltación en que se agitaba la sociedad chilena al tiempo de la reconquista.

— Y aquí, llego á la confidencia y al consejo, primo, dijo la joven, que se había detenido un instante como buscando su frase. Figúrese usted que cuando yo me imaginaba que Manuel Rodríguez se hallase ya en marcha para Mendoza, con los restos del ejército patriota, recibo ayer una carta de él, en la que me pide que le conceda una entrevista en casa, antes de alejarse. Con su acertada prudencia, no hace alusión ninguna al objeto de la entrevista, de modo que si la carta hubiese caído en manos de los realistas, ninguna sospecha sobre mis opiniones políticas habría recaído sobre mí: pero me da muy claramente á entender que está dispuesto á correr los más graves peligros por hablar conmigo. Como bien podrá usted suponerlo, esa carta me dejó profundamente preocupada y alarmada. Yo sé que Rodríguez es capaz de cualquiera temeridad. Con este antecedente, usted comprenderá mi turbación cuando lo ví en la plaza. Mostrándose así, él me hacía ver que cometerá quién sabe qué locura si no le concedo la cita que me pide. En mi angustia, sentí un verdadero alivio cuando lo ví á usted, primo. Al instante decidí imponerlo de mi situación y pedirle su consejo. Ya ve que pongo en usted toda mi confianza.

Malsira contestó refiriéndole su entrevista con Manuel Rodríguez y la misión que cerca de ella le había confiado.

— Mi situación, por consiguiente, terminó diciendo, es muy delicada para dar á usted un consejo, puesto que le

he prometido á él hacer los mayores esfuerzos para decidir á usted á otorgarle la cita.

— Entonces usted cree que debo concederla; pero ¿cómo? Es imposible que pueda recibirlo en el día: las dos primas están siempre ahí y se imponen de cuanto pasa. En la noche, menos. Yo no puedo exponerme á ese punto. Puedo exponerme á persecuciones políticas en interés de nuestra causa; pero jamás consentiré en comprometer mi reputación de mujer.

— Tiene usted mil veces razón.

— ¿No es verdad? ¿qué hacer entonces?

— ¿Quiere usted aceptar mis servicios?

— ¿Cómo? ¿en qué forma?

— Deme usted los papeles y sus instrucciones. Yo trasmitiré todo fielmente á Rodríguez.

— ¡Pero usted se expondría muy gravemente si llegasen á sorprenderle esos apuntes!

— ¡Qué importa! ¿No se ha expuesto usted? ¿por qué no podría hacerlo yo?

— ¡Ah! mi caso es distinto. Yo lo hago por convicciones. Usted lo haría simplemente por servir á un amigo. Además, él insistiría en verme. Dice que quiere despedirse personalmente de mí.

— Usted no puede recibirlo sola, eso es muy justo; pero puede recibirlo conmigo, mañana en la noche. Iríamos á casa de usted á las diez, cuando todos estén recogidos. Sería como una simple visita, en la que no corremos ni usted ni nosotros el menor peligro.

Así quedó convenido. Luisa aceptó este plan sin hacer ninguna objeción.

— Algo se ha de aventurar, dijo. Estando con usted, que es mi pariente cercano, salvamos en todo caso las apariencias en favor de mi reputación; por lo demás, será lo que Dios quiera.

— Manuel estará contentísimo.

— Ahora, primo, lléveme á mi asiento. ¡Las primas deben estar furiosas por mi larga ausencia!

VII

En otro de los salones principales, donde la animación del baile se había extendido desde la sala del medio, Her-

mógenes de Laramonte y Violante de Alarcón, paseándose del brazo, conversaban. Él arrogante, con el aire seguro del hombre acostumbrado á hacer conquistas: ella, ufana de su hermosura, de su éxito en la fiesta, de los cumplimientos que á cada paso recogía. Así reunidos, formaban una de esas parejas privilegiadas, en las que los hombres envidian al galán y las mujeres quisieran estar en la situación de la dama.

Las palabras que habían cambiado en la mañana, al encontrarse en la puerta de la catedral, dejaban presumir que entre ellos mediaba alguna historia de amor. El caso era complejo, sin ser nuevo en los anales inagotables de las pasiones humanas. Laramonte había llegado á Chile en 1810, con el prestigio de un buen nombre y de importantes servicios militares en la Península, que le habían valido rápidos ascensos en su carrera. Pródigo de su sangre en los campos de batalla, había sido también pródigo de su bolsillo. La sangre perdida se recupera fácilmente en una organización joven y robusta. Las sangrías del bolsillo no se reponen con la misma facilidad, en la carrera de las armas. De aquí las deudas que, como los condenados en el juicio final de Miguel Ángel, arrastran con su peso á tantos infelices al abismo. Laramonte se vió en peligro de caer á la cárcel, el abismo, entonces, para todo deudor. Por buena composición, su familia hizo un arreglo con sus acreedores y le consiguió un puesto en América.

Violante, á la sazón, brillaba en el firmamento de la aristocracia santiaguina, como una estrella de primera magnitud. El Coronel se vió naturalmente arrastrado hacia ella por la ley de las afinidades. Conversando de la corte y de las grandezas de Madrid, cambiaron sus suspiros de desterrados. Y tras de los suspiros, como un aire colado, se escurrió el amor. Pero no el amor sentimental y contemplativo de los primeros años de la juventud, el amor flor de durazno, que se mece alegre con las brisas vagas de mal definidas esperanzas, sino el sentimiento atrevido y turbador, con la pimienta encendedora de lo ilícito. Ella, sin embargo, defendió su virtud con un heroísmo del que solamente las mujeres, en estas lides calladas, tienen el secreto. Un nuevo factor vino entonces á traer las cosas á punto de una solución desastrada para la honra del señor de Alarcón, descendiente del poeta, según él decía. El Coronel, acostumbrado á triunfar, principió á desalen-

tarse, que no todos son capaces de llevar á cuestas como Sisifo, el peso de una mala intención, y recogerla con paciencia, para volver con ella á trepar la pendiente, cada vez que el soplo del capricho femenil, lo echa á rodar cuesta abajo. Laramonte se dejó tentar por los ojos azules, por el cabello rubio, por el talle esbelto y flexible, de una joven de dieciocho años, que entraba á la vida del sentimiento, con el corazón abierto á todas las ilusiones, como llegan las mariposas á los jardines, cerniendo las alas temblosas sobre las flores, esas ilusiones de la naturaleza. Aquella joven era Trinidad Malsira, la hermana de Abel, á la que había encontrado con frecuencia en los salones hospitalarios de la aristocracia santiaguina. Amenazada Violante de esa suerte, alzó bandera de parlamentario. El hombre puede valer algo por si solo; pero amado por una mujer, adquiere doble prestigio á los ojos de las otras. Lo propio que pasa con los vestidos: todas quieren tener el que vieron á una amiga. Al advertir la seria impresión que Laramonte empezaba á producir á Trinidad Malsira, su rival acudió á todas las artes de seducción, para hacerlo volver á su dominio, y él, que era positivo, y en achaques de amor de una conciencia elástica, se guardó de hacer el desdeñoso. Volvió á empezar la lucha. Violante batióse en retirada, según pensaba el Coronel, que aplicaba á sus campañas amorosas el vocabulario de la guerra. Encontrar resistencia, sin embargo, lo impacientaba. Aquello de los tres pretéritos: vine, vi y vencí, le parecía un corolario preciso, ya que la seductora viudita le exigía el sacrificio de su nueva conquista, la chica de los ojos azules apasionados, tan diáfana de alma, que no sabia disimular su emoción al hablarle. Y esto era precisamente lo que más mortificaba á la de Alarcón. Ella sabía que los hombres no saben resistir y son siempre capaces, si no se les amarra con un buen dogal, de dejarse arrastrar, como los niños y los perros, por la esperanza de una golosina. Algo le decía que esa muchacha enamorada, era capaz, con lo espontáneo y franco de su pasión, de arrebatarle á su adorador, lo que hacía temblar de coraje su inmenso orgullo de mujer hermosa.

Entonces fué cuando sobrevino la catástrofe inesperada de la enfermedad y muerte de su marido, al que, en el drama social, del que su mujer era protagonista, la suerte parecía reservar un porvenir tan aciago. Fué una de esas

travesuras del airecillo de la cordillera, que, como el de la sierra del Guadarrama, «es tan sutil, que mata un hombre y no apaga un candil.» La pulmonía fué fulminante, y toda la ciencia del doctor Pasaman, el más célebre médico de aquellos tiempos, no bastó para salvar al descendiente del gran poeta. Pero el hecho de su muerte produjo sí un salvamento, porque detuvo á Violante al borde del abismo. En materias de amor la carencia de un editor responsable, hace más cuerda á la que está tentada de cometer un desliz. La idea de la propia responsabilidad trajo la cordura á aquel cerebro agitado. El recogimiento forzoso de los primeros días de soledad y la preocupación consiguiente á los trajes de luto, hicieron sonar en esa alma de mujer ambiciosa la nota del egoísmo. No era lo mismo sacrificar al descendiente del gran poeta, del autor insigne de la *Verdad sospechosa*, que sacrificar su honra de ella, su rango y su porvenir. Quedaba una salida: dar remate á su poema casándose, como en el desenlace de una comedia moral. Pero Laramonte, que era ideal como amante, tenía para marido el inconveniente gravísimo de no ser rico. Ella había llegado á la edad en que muchas mujeres despliegan para sus proyectos ambiciosos la tenacidad de los inventores. La riqueza le parecía un elemento indispensable á su hermosura. Lo común de esta aspiración la exime de la necesidad de otras explicaciones. Un hombre, por seductor que fuese, no era capaz de desvanecerla lo bastante para sofocar esa ambición. Las meditaciones de su reclusión, consagradas principalmente á este tema, vigorizaron sus instintos femeniles de resistencia y condenaron sin apelación al exigente Coronel.

Hermógenes, de los primeros en traerle sus condolencias, no había sido admitido á presentarlas en persona. Este obstáculo lo había dejado pensativo. Al principio se le figuró que era un nuevo ardid para estimular su pasión. Pensaba que la viudita, conocedora por instinto del corazón humano, debería saber que en los primeros momentos de toda separación el recuerdo de la persona ausente domina con su sombra todas las demás impresiones, como sucede con la imagen que deja el sol en las nubes del horizonte, después de haber desaparecido. Violante esperaba sin duda impresionarlo más profundamente, manteniéndose por algunos días en el misterio de su recogimiento. Pero los días pasaron y la puerta continuaba cerrada para

él. Era indudable que esto ocultaba alguna celada, algún siniestro propósito de la astucia femenil, y cuál otro podía ser, pensaba el joven, que el propósito de no dejarle más entrada, que la de las horcas caudinas del matrimonio.

Con tales antecedentes, la primera entrevista tenía que ser un curioso fenómeno de fisiología social. Un hombre y una mujer que, separados por vallas insuperables, estaban á punto de saltar sobre ellas, y que reculaban con prudencia, al encontrar expedito el camino de la unión. Después del primer saludo, en que ambos pusieron naturalmente cara de circunstancias, uno y otro buscaban, como dos adversarios con florete en mano, la manera de darse la estocada, sin descubrirse. Ella habló de las virtudes del difunto como si se envolviese en un manto impenetrable de desconsuelo. Pero el Coronel no dió en la trampa. En vez de ofrecerse como el consolador de aquella aflicción retrospectiva, abundó en elogios del malogrado descendiente del gran poeta, sin otro defecto á sus ojos, que el no haberse aferrado con éxito á la vida, para seguir representando su papel de marido. «La muerte no le ha dejado llenar su misión», decía el malicioso galán, mientras que ella alzaba hacia el techo los ojos con resignación dolorosa. Estas escaramuzas se repitieron varias veces. La sombra del difunto se había ido desvaneciendo en cada entrevista, como la de un árbol frondoso á medida que declina el sol hacia el horizonte: el sol del recuerdo, tan rápido á veces en los duelos conyugales. Violante, dueña de sí misma, caminaba derecha á su fin: hacer que Laramonte le ofreciese el sacrificio de su libertad y le pidiese su mano, para tener la gloria de rehusársela. De este modo, según su cálculo, despediría al pretendiente con las altas razones de un interés común bien entendido y se libraría también de las pretensiones del amante, para buscar un marido rico, al cabo de algunos meses. Con tal objeto era indispensable allanar el camino al Coronel hasta traerlo á la idea matrimonial ¡empresa siempre arriesgada! Laramonte empezó por disimular, en presencia de las primeras insinuaciones. Apasionado é impetuoso, se le figuró sin embargo, que podría triunfar, sin lo que él consideraba el sacrificio supremo. Sus exigencias irritaron á Violante, convenciéndola de que su plan era irrealizable, en la parte forjada por su vanidad. El no le daría la satisfacción de rehusarlo, porque sólo la ofrecía su corazón, sin ofrecerle su mano. Un sordo rencor ger-

minó desde ese momento en su alma. Pero estaba muy lejos de poseer la organización melodramática de las personas que posponen todo al placer de la venganza, atribuido á los dioses como predilecto. Sin recriminaciones ni quejas, refugióse obstinadamente en las alturas de la negativa, ese monte Aventino de las que no se contentan con la promesa de casamiento.

El Coronel levantó entonces el sitio y se pasó con armas y bagajes, con todo el arreo de sus atrevidas seducciones, al campo donde suspiraba por él Trinidad Malsira. Poco después sobrevinieron los acontecimientos políticos, que prepararon la revolución chilena. Laramonte, animado de un caballeresco espíritu de tolerancia, reconocía en el fondo de su alma la justicia de las aspiraciones de los patriotas. Fiel á su Rey, sin embargo, sirvió lealmente la causa monárquica, hasta encontrarse indirectamente comprometido en el pronunciamiento del coronel don Tomás de Figueroa, que purgó en el cadalso de la plaza de Santiago el ardimiento de su lealtad al soberano. Laramonte, absuelto después de un largo proceso, salió de Chile, acompañando al presidente Carrasco. Su conducta militar en las campañas de Parejas, de Sánchez y de Osorio, lo hizo alcanzar el grado de Coronel con que llegaba á Santiago en 1814. En aquel tiempo de continuas batallas, los hombres subían á saltos los peldaños de la jerarquía militar.

Al encontrase nuevamente en Santiago, después de tres años de ausencia, Laramonte recibió con íntima alegría la noticia de que Violante permanecía viuda. ¡Una promesa de amorosa lid, después de las sangrientas lides de la reconquista! No obstante ese miraje, el deseo de acercarse á Trinidad Malsira había pasado en su espíritu á la condensación aguda de la idea fija. En ese alma entregada, como la de todos los aventureros de amor, á los caprichos embriagadores de la ocasión, el recuerdo del amor de Trinidad se había cristalizado con la fuerza lenta y segura de la inocencia de la chica. Ese recuerdo le venía de todas las cosas : de la poesía ambiente de la naturaleza; de un sonido ; de un soplo de la brisa, del arrullo de las aves en la enramada; del reflejo del sol en alguna corriente cristalina; de todo lo que hace estremecerse el corazón con esperanzas y deseos indefinidos. Pero al hallarse cerca de la exuberante viudita, en medio del ruido de la fiesta, con la impresión turbadora de los suaves contornos de su des-

cote, de la blancura láctea de su cutis, del fuego de sus ojos provocadores, Hermógenes relegó la imagen de Trinidad al fondo de su pecho, al santuario de lo que se ama con respeto, y obedeció á su irresistible inclinación de hombre de cortejo.

— Ingrata amiga, ¿qué hace usted de su corazón? le había dicho ofreciéndole el brazo para dar una vuelta por los salones.

— Lo he dejado convalecer, había contestado ella, con una sonrisa llena de malicia.

— De suerte que ahora está completamente repuesto.

— Completamente.

— ¡Qué fortuna! ¡Corazón de mujer al cabo! Pues yo he pensado siempre en usted.

— No me extraña, los malos pensamientos son muy tenaces.

— ¡Burlona! usted sabe que mi amor ha sido siempre sincero.

— Sobre eso habría mucho que decir. Dejemos el pasado en paz.

— Tiene usted razón: dejémoslo en paz y principiemos un nuevo presente.

— Qué pronto se cunfundiría con aquel pasado, dijo Violante con un suspiro, y poniéndose seria.

Laramonte iba á replicar; pero ella repuso:

— No, no, no me diga usted nada, y cuénteme si, así como siguió usted según me dice, pensando siempre en mí, han sido igualmente fieles sus recuerdos á Trinidad Malsira.

Á él le pareció una especie de profanación el mezclar el nombre de Trinidad en aquel cortejo frívolo y mal intencionado. Le vino á la memoria, envuelto en la poesía del recuerdo, el acento apasionado de la joven, aquel encanto indefinible de la muchacha confiada y franca en su pasión. No queriendo contestar á las derechas, se redujo á exclamar:

— ¡Qué pregunta!

— Es indiscreta: ya lo sé; pero es bien intencionada.

— Mil gracias, dijo Laramonte con ironía.

— ¿Quiere usted saber por qué?

— Nada de cuanto venga de usted puede dejar de interesarme, contestó él con fingida galantería.

Violante se contentó con esa respuesta y entró á explicar sus buenas intenciones:

— No crea usted que yo me haya ofendido por la preferencia que dió usted á Trinidad.

— ¡ Oh ! preferencia, ¡ diga usted despique !

— No, no lo niegue usted: preferencia. Usted y yo somos personas positivas. Aun suponiendo que usted hubiese estado dispuesto á sacrificarme su libertad, casándose conmigo, nuestra unión habria sido un tremendo error.

El Coronel hizo, por política, un vago ademán de protesta.

— ¡ Claro, un tremendo error ! repitió ella. Con amor no se manda á la plaza, como dicen. Ni usted ni yo somos ricos, y creo que ambos tenemos el mismo horror á la pobreza. Yo, por lo menos, no concibo la existencia con los afanes dolorosos de la economía. Ya ve usted que habríamos hecho, casándonos, un terrible disparate.

Violante decía esto con su alegre sonrisa, con su soberbio desenfado de mujer bonita, abanicándose el seno coquetamente.

— Así es la vida, hay que tomarla por lo que vale y dejarse de sentimentalismo. ¿No es así ?

— Según y cómo, según y cómo, dijo Laramonte, riendo también, por no manifestar su despecho. Rabiaba de ver á Violante tan tentadora y tan inaccesible á los arranques irreflexivos de que parecía capaz en tiempo de su difunto esposo, el descendiente del insigne Alarcón.

— De consiguiente, repuso ella con esa impetuosidad peculiar de la mujer que persigue un pensamiento sin atender á lo que se le contesta, lo que á usted le conviene es una chica como Trinidad Malsira, que tiene todas las condiciones apetecibles : muy bonita, muy rica y muy enamorada.

— Razona usted como un profesor de lógica.

— Y como amiga sincera.

— Mas, ¿por qué me destina usted á Trinidad Malsira, y no á alguna otra ? Aquí no faltan chicas guapas y ricas.

— Porque sé que usted no ha olvidado á Trinidad.

— ¡ Ah ! ¿ y cómo lo sabe usted ?

— Porque se ha hecho usted dar una comisión del lado de Melipilla, por donde ella se encuentra ahora. Me lo acaba de decir el General, que me ha pedido datos sobre aquellas localidades.

— Para usted no hay secretos de estado. Ya ve usted que ni el General le resiste. ¡ Qué seré yo, pobre subalterno !

— Dueño es usted de disimular con chanzas sus proyectos; pero lo cierto es que usted ha manejado las cosas para acercarse á sus antiguos amores.

— Nunca he estado tan cerca de ellos, puesto que doy á usted el brazo en este momento.

Dijo esto con emoción sincera, la emoción eléctrica que produce la belleza, la de sentir en su brazo el contacto turbador del busto de su compañera, y pensar que esa mujer tan seductora se le escapaba como el despertar de un sueño. La viudita no contestó á la suave presión del brazo con que Laramonte acompañó sus palabras. Tenía su plan y parecía resuelta á perseguirlo, con esa tenacidad de las mariposas y otros volátiles, que encerrados en una pieza, se estrellan á cada instante, sin desalentarse, contra los vidrios, en busca del espacio. Los subterfugios y los galanteos del joven, no la desviaban de su camino. Dentro de su cabecita bien peinada, detrás de sus cejas movibles y expresivas, había germinado una combinación. Hermógenes podía ser su aliado. Por medio de él podría alcanzar protección para la familia de Malsira, cuyas simpatías era indispensable conquistarse, al mismo tiempo que fomentaría el amor de Abel.

— Vamos, no siga usted haciendo el discreto. Hágame su confidente. Al ir usted á las inmediaciones de Melipilla debe haber concertado algún plan para verse, ó por lo menos, para comunicar con Trinidad.

— Juro á usted que mi comisión es militar. Se trata de recoger todas las armas que puedan existir en aquellas localidades.

— No lo dudo; pero al lado de esa misión, es indudable que usted se ha propuesto otra. Diga usted. Yo soy discreta. ¿Quiere usted que le dé una prueba de ello?

— ¿Una prueba? Vamos á ver.

— Seré su aliada y serviré sus intereses.

— Para que yo sirva los de usted, le contestó el joven señalando con la mirada á Malsira, que vió avanzarse hacia ellos.

— Las alianzas en que hay interés común son las más sólidas, replicó Violante, dirigiendo al mismo tiempo á Abel una graciosa sonrisa, para alentarlo á acercarse.

Abel traía el semblante acontecido de los celos, que pudieran llamarse de primer grado, los que empiezan á torturar al enamorado que no tiene todavía ningún derecho

sobre la mujer querida. Había visto á Violante y á Hermógenes pasearse y conversar, reirse á veces, y hablar en voz baja, como misteriosamente, por momentos. Aquello no podia ser sino una conversación de amor. ¡Qué podrian decirse que no fuera sobre el eterno tema! La idea fija de las almas jóvenes, la dolorosa privación de la edad madura y de la vejez, habria podido añadir, si hubiese tenido experiencia. Después de mil vacilaciones resolvió marcharse y hacer así sentir á la coqueta, que no estaba bajo su imperio. Pero marcharse sin despedirse, sin que ella viese que le era indiferente, le pareció una puerilidad indigna de un hombre que se estima. Este argumento, inventado por el despecho, fué, á sus ojos, concluyente. Se despediria de ella, y le haría sentir así, dejándola todavia suspendida al brazo del Coronel, que ella le era totalmente indiferente, punto del que le parecia esencial dejar constancia, sin lo cual ella podría imaginarse que él estaba celoso, cosa, por supuesto, de que se hallaba muy distante.

La sonrisa de la viudita estimulándolo á acercarse, cambió mucho aquella disposición de ánimo en el joven. Pensó que bien podia él estar equivocado, puesto que ella lo llamaba, cuando pudo haberlo dejado pasar fingiendo no verlo, si la conversación con el godo — él calificó así en pensamiento á Hermógenes — le interesaba.

— ¿Qué se ha hecho usted? Temia que se hubiese ido.

Aquello era una verdadera música, según pensó Abel. Ella habia hecho sonar las sílabas con una vibración magnética, un sonido cariñoso que lo hizo zabullirse de cabeza en la onda rosada de la ilusión. Aquel *temia* lo halagó con una sensación de bienestar físico, como si Violante le hubiese besado los párpados ó arrulládolo con alguna otra caricia, delicada y platónica.

Turbado, sólo encontró algunas frases vagas. Habia estado viendo bailar ó algo igualmente trivial y estúpido.

— Pero usted no se ha fastidiado, yo sé que usted no se ha fastidiado, prosiguió Violante, porque lo he visto un largo rato con su prima Luisa Bustos. ¿La conoce usted, Laramonte? Aquella chica guapísima, vestida de blanco. Tiene todo el garbo de una princesa.

— Muy guapa, en efecto, dijo el Coronel con acento de hombre conocedor, como una autoridad en la materia.

— Le felicito á usted por su buen gusto, dijo la viudita con una sonrisa picaresca, mirando á Malsira.

Éste y el Coronel habian cambiado un saludo ceremonioso.

— ¡Ah! ¡Ustedes no se conocen! exclamó la de Alarcón.

— Nos hemos conocido hace tiempo, dijo Laramonte volviendo á saludar á Abel, esta vez con una sonrisa amistosa.

— ¿Hace tiempo? ¡en fin, no hay para qué hablar de lo pasado! repuso Violante. Ahora todos somos amigos, ¿no es verdad?

— Sin duda, sin duda, murmuró inclinándose Laramonte.

Abel había tomado una actitud llena de dignidad sin afectación. La turbación que le habian causado las palabras de la viudita, reemplazada instantáneamente por una serenidad completa, no había dejado rastro alguno en su semblante. La de Alarcón notó el aire de varonil entereza con que Abel había contestado al segundo saludo del español, y pensó para sí: « no es tan tímido como me había parecido ». Luego, en voz alta á Malsira:

— Usted dijo al General que piensa ir pronto á la hacienda.

— Sí, señora, mañana.

— ¡Ah! ¡tan pronto!

La exclamación fué tan decidora como la mirada con que Violante envolvió al joven, cual si hubiese querido detenerlo á su lado.

Abel explicó que su padre lo esperaba para muchos trabajos urgentes. Él habria querido permanecer en Santiago, sobre todo ahora, dijo acentuando, osadamente, esto último, alentado por los ojos chispeantes de la viudita, pero ya había escrito á su padre que iría, y no le era posible diferir su partida.

— ¿Y tiene usted pasaporte? Usted sabe que ahora no se puede salir de la capital sin pasaporte.

— No, señora, ignoraba que fuese necesario.

— Sí, se ha ordenado por bando esta mañana; pero eso no importa. Estoy segura que el señor de Laramonte tendría mucho gusto de enviar á usted uno mañana mismo.

— Con el mayor placer, dijo Hermógenes, que visiblemente quería hacer avances amistosos á Malsira.

Abel se inclinó, dando las gracias.

La viudita pareció en ese instante iluminada por una feliz idea.

— ¡Pero hombre! exclamó, volviéndose hacia Laramonte, puede usted hacer algo mejor todavía. Los caminos no están nada seguros. Se habla de salteadores por el lado de San Francisco del Monte. Puesto que usted sale también pronto para Melipilla, ¿por qué no ofrece usted su compañía y la de su tropa al señor Malsira?

El Coronel vaciló un momento. No podía esperarse á esa revelación traicionera de su proyectado viaje. Prevenido Abel, la familia toda de « Los Canelos » sabría su llegada por aquellos parajes y sería imposible ver á Trinidad. Esta idea lo desconcertó un instante; pero luego, sin dar á conocer lo que la indiscreción de la viudita lo contrariaba:

— Mi viaje es dudoso todavía, contestó. Lo mejor será que yo envíe mañana el pasaporte al señor Malsira.

— Mil gracias, dijo Abel, inclinándose ligeramente.

— Coronel, le devuelvo á usted su libertad, exclamó Violante, y con la misma graciosa desenvoltura con que se separó de Hermógenes al decir esto:

— ¿Quiere usted demos una vuelta, señor Malsira? repuso, acercándose á Abel y apoyándose en su brazo, como si hubiese tomado posesión del joven.

A Malsira se le figuraba que todas las miradas se habían concentrado sobre él. Le parecía que se paseaba sobre un tablado, más alto que el piso sobre que andaban los demás. No hallaba qué decir y temía empezar la conversación con alguna de esas vulgaridades, que pueden impresionar desfavorablemente á una mujer. Por fin, se decidió á hablar.

— Mucho agradezco á usted que me haya convidado á esta fiesta.

Oyó su propia voz resonar hueca, como la voz de otra persona, y pensó, rabiando con su turbación, que era preciso repetir más distintamente sus palabras, por lo que volvió á empezar, precisamente al mismo tiempo que Violante le contestaba:

— Y usted no quería aceptarla, sin embargo.

Los dos notaron que estaban hablando al mismo tiempo y se pusieron á reir francamente. Esto bastó para que Abel recobrase su serenidad y sintiese un súbito impulso de osadía, de miedo de parecer ridículo.

— Es verdad que vacilé, dijo entre risueño y serio: pero fué por temor de impresionarme, como usted me ve ahora, al encontrarme á su lado.

— ¿Sabe usted que me está haciendo una declaración de amor? le dijo ella en el mismo tono semi-serio.

— Un principio de declaración, puede ser. Es lo terrible que tenemos los hombres inexpertos en materia de amor, que no poseemos la ciencia de la oportunidad y de las proporciones. Nuestro corazón nos traiciona y decimos más de lo que quisiéramos.

Abel oía de nuevo su voz hueca y hablaba en tono sentimental, temblando de que Violante fuese á reir nuevamente.

— Eso es la continuación del principio, le dijo la viudita, con una sonrisa, más bien en la mirada que en el semblante.

Abel interpretó esa mirada como el perdón de su osadía. Hasta llegó á parecerle que Violante había acompañado su frase con una ligera, muy ligera presión del brazo que apoyaba en el suyo, lo que le hizo positivamente sentir que el corazón se le había subido á la garganta.

Violante al contestar, había divisado á don Jaime avanzarse hacia ellos, dando el brazo á Luisa Bustos y había llamado sobre esto la atención de Abel con esa presión del brazo, casi imperceptible.

Don Jaime rebosaba de contento. Había vuelto á hablar con el general Osorio y se le figuraba que todos lo miraban ya como uno de los personajes importantes del reino, una de las ambiciones de su existencia.

— ¡Qué hombre tan notable y tan modesto al mismo tiempo! dijo al acercarse á Violante, figurándosele que no se podia hablar de otra cosa. « Marqués, me dijo, cuento con que usted será uno de los más constantes tertulios de palacio ». Indudablemente que Su Majestad lo nombrará Capitán General efectivo.

Y después sin esperar contestación, agregó con los ojos brillantes, como quien ha imaginado algo de estupendo.

— ¡Su Majestad debia de agregarle el título de « Reconquistador ! » ¡ Eso si que sería bien merecido !

Y movía, al decir esto, la cabeza, con aire de importancia, como aplaudiéndose su propio ingenio, ó presintiendo al valimiento que su grande idea le daría cerca de Osorio.

Mientras hablaba don Jaime, Luisa paseaba una mirada distraída sobre la concurrencia, cual si nada de aquello la interesase.

Violante fingía una sonrisa oyendo á don Jaime, para

no parecer descortés. Abel lanzaba con el pensamiento airadas imprecaciones á su importuno tío, sintiendo algo semejante á la impresión de una persona que despiertan de un sueño delicioso, para que tome un medicamento.

— ¿Se ha divertido usted mucho Luisita? preguntó la de Alarcón á la joven, cuando se hubo calmado el entusiasmo de don Jaime.

— ¡Oh! ¡muchísimo! contestó éste, antes que su sobrina hubiese podido articular una palabra.

Luisa confirmó con una ligera sonrisa la respuesta de don Jaime.

Abel la observaba con curiosidad y la veía serena, con su aire involuntariamente desdeñoso, sin que la menor contracción de su fisonomía diese la más remota confirmación sobre el estado de alma que le suponía Manuel Rodríguez.

— ¡Qué idea! pensaba Malsira, esta muchacha no se enamorará jamás de nadie.

Y aquella reflexión lo hacía sentirse la conciencia ligera. Como una nubecilla diáfana, se disipaba en su alma el vago remordimiento que lo había sobrecogido al ver á Luisa y pensar en los esfuerzos que él había hecho al pricipio de la noche, para arrancarle una confesión de su supuesto amor.

Luisa y Violante conversaban, mientras tanto, sobre el baile y don Jaime terciaba en la conversación, haciendo intervenir á cada instante el nombre del general Osorio y repitiendo las palabras que le había oído.

— No se olvide que prima Catita y prima Cleta nos esperan, le dijo de repente Luisa, sacándolo de un incidente de la malilla del General, que don Jaime se empeñaba en contar con todos sus detalles.

— ¡Cierto, hijita, vámonos! exclamó él, revelando el terror que le causaban sus hermanas.

— ¡Cómo, se marchan ustedes ya! ¡antes de la cena! exclamó Violante.

Don Jaime se disculpó con la necesidad de acompañar á sus hermanas, á las que no les gustaba acostarse tarde.

— A las ocho están todas las mañanas en la iglesia, y por eso se recogen temprano.

Violante no insistió.

Mientras tanto, Abel sentía una lucha sorda entre su deseo y su deber. Renunciar á la conversación tan felizmente

iniciada con la viudita, le parecía una crueldad del destino, mientras que su razón le decía que él, hijo de patriota, no podía decentemente quedarse en aquella fiesta, si todos sus parientes se despedían. No hallando un pretexto para conciliar su deseo con las conveniencias políticas, se acercó á Luisa, mientras don Jaime multiplicaba sus explicaciones sobre los hábitos matinales de sus dos hermanas.

— Yo debo irme con ustedes, ¿le parece? le dijo en voz baja, esperando que Luisa le aconsejase quedarse.

— Como á usted le parezca: si tiene algún interés en no irse, ¿por qué no se queda? contestóle la joven con un acento de perfecta naturalidad.

— No, no; yo no tengo ningún interés: ¿qué interés puedo tener? dijo precipitadamente Malsira.

Durante la conversación, Violante había dejado el brazo de Abel para hablar con don Jaime.

— Lléveme usted donde sus hermanas para despedirme de ellas, dijo á éste la de Alarcón, que había resuelto congraciarse á toda la familia.

Prima Catita y prima Cleta se hallaban ya en la antesala, cubiertas con grandes rebozos, puestos sobre la cabeza á guisa de mantón. Los ojos de prima Catita despedían relámpagos de impaciencia.

— Ya creíamos que ustedes iban á mandar pedir sus camas, dijo furiosa, por lo bajo, á don Jaime.

— ¡Pero hija, hay que ser políticos con esta señora! Ya ves que ella viene á buscarlas á ustedes hasta aquí.

Don Jaime susurró esto con acento de tímida humildad, temblando de que Violante hubiera oído la áspera queja de prima Catita.

Violante era demasiado gran dama, para darse por entendida del aire de despecho que se retrataba en el semblante de cada una de las dos hermanas. Con palabras zalameras y expresivos apretones de mano, les manifestó el profundo sentimiento que le causaba el verlas partir. Habría querido que se quedasen á la cena y que prima Cleta hubiese *seguido* bailando.

— ¡Oh, Cleta está ya cansada! dijo prima Catita, que fingió aceptar como un hecho la suposición de Violante al decir «que hubiese seguido bailando», siendo que nadie había sacado en toda la noche á su infeliz hermana.

Y empezó entonces la verdadera despedida. Interminables frases de una y otra parte, elogios de don Jaime sobre

el baile, nuevos cariños de la dueña de casa á las dos primas y á Luisa.

— ¡Cómo! ¿Usted también se marcha? exclamó Violante al ver acercarse á Malsira en ademán de despedirse.

— Señora, me parece... yo tengo que acompañar á...

— No, no; eso no es posible. Usted tiene que bailar conmigo una contradanza: venga usted, venga usted.

Abel no pudo resistir, y envió una mirada á Luisa Bustos, como implorando su indulgencia.

Por la puerta entornada, Luisa lo vió alejarse, dando el brazo á Violante y oyó el sonido de la música, que resonó en la pieza, como un eco de la alegria, de las esperanzas, de los amores, que iban á mecerse allá, en las salas de baile, cerradas ya para ella, al compás de los acordes cadenciosos.

VIII

Abel Malsira se comparaba á esos príncipes venturosos que la poesía de los cuentos populares, nacidos en el cerebro de Homeros desconocidos, colma, con pródiga mano, de todas las dichas imaginables. Era para él la princesa encantada la que se apoyaba en su brazo, la que lo embriagaba con su perfume de mujer joven y hermosa, con el contacto de su cuerpo, que sentia por momentos junto al suyo revelándole sus contornos armoniosos. Como una voz lejana surgía, es verdad, allá en su memoria, por momentos, el consejo de Manuel Rodríguez: «en todo caso, tú harías bien en cambiar de rumbo». Algo como esas espinitas invisibles que suelen dejar las rosas, clavadas en un dedo y que se hacen sentir con su punzante desagrado repentinamente, cuando ya se cree que se han caido. ¿Por qué habría de cambiar de rumbo? Las razones políticas que lo separaban de Violante le parecian en aquella hora, de una insoportable tiranía. Al fin y al cabo él era libre y podia disponer de su corazón, la más sagrada de las libertades para un joven, pensaba Abel. ¿Qué tenian que hacer las divisiones de realistas y patriotas, en los negocios intimos de su alma, en lo único que nos revela la esencia divina de la humana organización, en ese impulso misterioso é irresistible que lo arrojaba á los pies de aquella mujer que, aun sintiéndola á su lado, le parecia un ser ideal,casi ilusorio?

Sin duda la atmósfera de la sala, el sonido armonioso de la orquesta, el movimiento de la danza, el poder de cuando en cuando, á cada turno del vals, sentir bajo su mano la flexible cintura de la viudita, eran poderosos agentes para exaltar el lirismo que dominaba á Malsira. Semejante al nadador que, arrullado por las caricias de las ondas, se olvida de su perfidia y se deja llevar por la corriente, él sentía una voluptuosidad fascinadora en aquello de abandonarse á la embriaguez del momento, á pesar y á causa tal vez, de los peligros de que su naciente amor estaba cercado. Con los sonidos de la orquesta resonaban en su oído los consejos de Manuel Rodríguez. Al lado de la belleza de Violante, la mirada serena de Luisa Bustos le reprochaba su traición á sus deberes de patriota. Allá, á lo lejos, el ceño severo de su padre le lanzaba los rayos de su reprobación intransigente. Eran las voces de la orilla que lo llamaban, señalándole el peligro, las nubes amenazadoras del horizonte. Él sentía que nada era bastante á detenerlo. La viudita lo envolvía con su mirada, oía con turbación real ó fingida sus declaraciones, dichas á media voz, como á hurtadillas, interrumpidas por las figuras de la contradanza, y le abandonaba su cuerpo en el vals, rozando á veces contra su barba, en los choques inesperados con alguna pareja vecina, su frente ó sus mejillas, y riendo del incidente con infantil alegría.

Después de la contradanza, pidió á Malsira que la condujese á la pieza donde se hallaba el General.

— Es preciso que yo no me olvide de mis deberes de dueña de casa, que me ha confiado el General.

Abel le preguntó si no volvería á concederle algún otro baile.

— No, no; basta por ahora. ¡Jesús, qué dirían las gentes de verme tanto con usted!

— ¿Cree usted que hemos conversado demasiado?

— Yo no he dicho esa palabra, que sería un reproche, y lo que es más, no lo pienso.

Dió un gran valor á esta última frase por el tono serio que usó para decirla. Tenía el tacto de las acentuaciones de voz, de las reticencias elocuentes, todo con la naturalidad perfecta que seduce y que parece al mismo tiempo dejar libre á la mujer para retirar lo que ha dicho, sin que pueda acusársele de doblez.

Por más que Abel se había esforzado en andar con lenti-

tud, llegaron, mientras hablaban así, á la entrada del salón donde el general Osorio, rodeado de cortesanos, dejaba dormitar sus glorias en las combinaciones de la malilla.

En el marco de la puerta medio se apoyaba, sombrío y adusto, un hombre como de cuarenta años, de semblante pálido, de ojos penetrantes, á los que lo espeso de las cejas y lo estrecho de la frente, limitada por tupidos y rebeldes cabellos negros, daban un reflejo singular. El uniforme del regimiento de Talavera que vestía, no alcanzaba á prestarle el aire marcial de un hombre de espada. La imaginación buscaba en torno de ese extraño personaje, en vez del ruido de las batallas, en que el famoso regimiento se había señalado por sus crueldades, el silencio forzado de los claustros. Su rostro, cuidadosamente afeitado, tenía la impasible rigidez del de un inquisidor que hace aplicar la tortura. Al acercarse Violante, el militar fijó en ella una mirada intensa. Sus párpados no alcanzaron á apagar el rayo de luz que se desprendió de los ojos. Fué como el fulgor de largas abstinencias despertadas súbitamente : el rincón misterioso de una alma de monje, iluminado por un destello de aspiraciones contenidas, que se chocan y resplandecen, como las nubes cargadas de electricidad engendran el relámpago.

Abel y Violante pasaron al lado de ese personaje. El joven iba demasiado absorto en su amor para notarlo ; pero ella sintió muy bien el fuego que había encendido en la mirada del militar, y pagó ese homenaje, que no escapa á la observación de ninguna mujer, con una suave mirada.

— ¿ Usted no baila, señor San Bruno ? le preguntó, con la misma provocadora sonrisa con que le habría enviado una flor para que la cogiese al vuelo.

— No, señora, no bailo, contestó el militar, haciendo un esfuerzo para dar á su semblante un aspecto risueño, sin conseguirlo.

Malsira y Violante dieron algunos pasos dentro de la pieza á que acababan de entrar.

— ¿ San Bruno ? preguntó Abel, repitiendo el nombre que oía, como quien evoca un recuerdo ; ¿ es el capitán de Talavera, del que se cuentan tantas crueldades en Rancagua ?

— No es posible tomar una plaza que se defiende obstinadamente con abrazos y cortesías, dijo Violante, con su airecito de risueña coquetería. El capitán San Bruno es

un valiente. Dicen que se ha portado con heroísmo, por eso se habla de él más que de los demás. Pero aquí no estamos para hablar de esas cosas, añadió con aire insinuante, pareciéndole que Abel se había quedado pensativo; ¿cuánto tiempo estará usted ausente de Santiago?

— Lo menos que pueda, respondió el joven, á quien con esa pregunta llena de interés, habia hecho entrar Violante de nuevo al dominio de su mirada.

Tendiéndole entonces la mano, ella repuso:

— Espero que cuando vuelva no se olvidará usted de mi casa.

Abel protestó con voz conmovida que su primera visita seria para ella y se retiró tranquilamente, como esos héroes de leyenda que han encontrado el talismán con que podrán conquistar el corazón de la princesa encantada, después de arrostrar estupendas dificultades y peligros descomunales. Mas al pasar por la puerta del salón, de donde no se había movido el capitán San Bruno, el joven sintió oprimírsele el corazón con un remordimiento. Le pareció como si esa flor de ilusión que llevaba en el pecho, se marchitase con el rubor que sentia de haberla cogido en una fiesta donde se celebraba el sacrificio de tantos patriotas, sus hermanos, los defensores de la causa á que había visto consagrarse á su padre con tanto ardor.

— ¡Si me viese aquí, pasando al lado de este hombre de tan siniestra fama! pensó al alejarse.

En ese momento llegaba el coronel Laramonte cerca de San Bruno.

— Dígame, Capitán, ¿se fijó usted en el joven que daba el brazo hace un instante á la señora de Alarcón?

— Perfectamente, mi Coronel, es el que acaba de pasar junto á mí.

— ¿Lo reconocería usted en cualquiera parte?

— Así lo creo.

— Ese joven debe salir mañana para Melipilla y es preciso que no llegue á su destino antes de dos dias.

— Se le negará el pasaporte.

— Imposible; yo mismo he prometido mandárselo mañana temprano.

San Bruno se quedó pensativo algunos instantes. Luego, como un hombre á quien no arredran obstáculos vulgares, añadió, con una vaga sonrisa de cruel malignidad:

— Podemos prenderlo por sospechoso.

— Tampoco, Capitán, tampoco, replicó Laramonte con aire de contrariedad. ¿No ve usted que esto dañaria á la política del General? Ahora se trata de hacer volver á Santiago á las familias pudientes de este reino, que por temores ó por espíritu de bandería, se han alejado al ver llegar las tropas del Rey. Por consiguiente, ninguna medida represiva, nada que manifieste el propósito de una reacción violenta. Es menester retardar el viaje del joven Malsira por otros medios.

— ¿Por otros medios? dijo reflexionando San Bruno.

— Se trata del servicio del Rey, Capitán, repuso Laramonte.

San Bruno se inclinó profundamente, y con un acento que tenía mucho de la sombría exaltación del fanático:

— Yo soy un leal servidor de Su Majestad y me empeñaré en desempeñar esta comisión como mejor se pueda, mi Coronel; pierda usía cuidado.

— Sobre todo, añadió Hermógenes, satisfecho de estas palabras, nada de ruido en Santiago, Capitán. Dos dias no más, después le dejará usted en libertad.

— Sus órdenes serán cumplidas, mi Coronel.

— Confío en usted, dijo Laramonte alejándose.

Abel, entre tanto, volvió á su casa. Dominado por las impresiones de la noche, olvidó bien pronto la que recibiera al pasar junto á San Bruno. Con la tenacidad maniática del pensamiento enamorado, todas sus ideas giraban en torno de la imagen fascinadora de la viudita. Esa misma imagen le perseguia después al despertar. Los árboles, desnudos todavía, de la huerta, las matas de palqui siempre verdes, la soledad de aquel recinto, un rincón de campo encerrado en la ciudad por altos tapiales de adobes, donde las avecillas hacian sus nidos, recibieron desde por la mañana las confidencias de sus recuerdos absorbentes. Alpe y Ponto, que lo habian acompañado, lo hallaron distraido. No les tiraba una piedra para que fuesen en desatentada carrera á recogerla, ni lo vieron reir de sus cabriolas descompasadas.

Manuel Rodríguez lo encontró en la tarde en ese estado de espíritu, que no puede resistir á las confidencias desbordantes.

— Todo eso está muy bien, le dijo, después de oirle la relación de las escenas del baile. Tú colocas el amor en

primer término. Yo me intereso más por lo que ahí se hablaba con respecto á la situación del país.

— ¡ Ah ! sobre eso no oí nada, dijo Abel, sonriéndose.

— ¿ Y qué idea te formaste de Osorio ?

— Parece un buen hombre ; dice que todos deben volver á Santiago y que nadie será perseguido.

— Y por eso no deja salir á nadie sin pasaporte, es una de sus medidas de conciliación.

Abel no contestó. Evidentemente la política no le interesaba.

Rodríguez habló entonces de Luisa Bustos. La idea de ir á verla en la noche iluminaba sus ojos de alegría.

— No deja de ser un sacrificio el que se impone por despedirse de ti, le dijo Abel; con esto te da una prueba de grande aprecio.

— Y de entusiasmo por nuestra causa, repuso Rodríguez. Esa muchacha, en medio de su aparente indiferencia, tiene un alma de héroe. No sé si sean las circunstancias las que despierten en las mujeres otros sentimientos y otras aspiraciones, que los sentimientos vulgares y las aspiraciones egoístas del amor; pero es indudable que cuando una de ellas llega á elevarse á una esfera superior, á la esfera en que desaparece la idea del individuo ante la concepción más noble de la humanidad, su alma descubre tesoros de valor y de desprendimiento personal, á que raras veces alcanza la de un hombre. Luisa me ha sugerido muchas veces esta reflexión. Nunca la he visto arredrarse por un peligro, cuando ella cree que es preciso afrontarlo en beneficio de las ideas que hemos defendido.

Abel lo miraba como un hombre que solamente oye el ruido de las palabras, sin comprender lo que le están diciendo. De la observación de su amigo, pronunciada con algo del tono declamatorio del tribuno, únicamente repercutieron su sonido en la inteligencia de Malsira, las palabras que había dicho sobre « los sentimientos vulgares y las aspiraciones egoístas del amor. »

— Acabas de pronunciar una herejía, le dijo : llamas vulgares los sentimientos y egoístas las aspiraciones del amor.

— Y ¿ qué otro nombre quieres dar á una pasión exclusiva, que todo lo hace concurrir hacia la realización de sus deseos ? Háblame del amor á la patria y á la libertad. Hoy, todos los corazones deben inflamarse en su llama. Tu prima es una sacerdotisa de ese culto, y por eso le tributo mi

admiración. Ella, á veces, nos ha infundido su ardor á tu padre y á mí, en nuestros días de desaliento. Hacerle la corte como á una mujer cualquiera, me habría parecido una profanación. Además, ella merece mejor que yo, que coloco el amor en segundo término, por lo menos mientras haya que luchar por la patria.

Se detuvo un instante, y agregó, pensativo, como mirando al porvenir oscuro y lleno de misterios.

— Y la lucha será larga, muy larga tal vez.

En el vasto comedor de la casa se sentaron á comer, siguiendo la conversación, servidos por Francisco que había hecho él mismo la comida. Un hervido, un charquicán, un asado y ensalada. Rodríguez hizo honor á las costillas arqueadas y á los garbanzos. Un chacolí rosado, producto de la hacienda de los Malsira, les sirvió para beber por días mejores, por el triunfo final de la causa de la patria. Abel habría querido descender de esas regiones abstractas al oasis de sentimientos más tiernos, y hablar de Violante, en la expansión de los postres. Pero el tono inspirado del tribuno lo arredraba. Sentía que hablar de amor en esos momentos y en la atmósfera de entusiasmo heroico que Rodríguez creaba en torno suyo, habría sido como querer acompañar un fuego graneado de fusilería, con alguna canción sentimental, tocada en la guitarra.

Á las nueve de la noche se pusieron en marcha para la casa de don Jaime Bustos. Había sido convenido con Luisa, en la conversación del baile, que solo darían dos golpes muy despacio á la puerta de calle, para anunciar su llegada.

Golpearon, y el postigo de la puerta se abrió al momento silenciosamente.

— ¿ Señor don Abel ? preguntó una voz de mujer, con acento sigiloso.

— Sí, yo soy, ¿ se puede entrar ?

— Entre, pues, señor, la señorita está esperando en el salón.

Era una criada la que daba estas explicaciones. Abel entró seguido por Manuel Rodríguez. Ambos se dirigieron, atravesando el patio, hacia la pieza indicada por la sirviente.

Ésta, mientras tanto, había cerrado el postigo y se preparaba á ponerle una tranca, cuando oyó un golpecito discreto, como cauteloso, al que no respondió, quedándose perpleja. Emocionada, se preguntaba : ¿ quién será ? El gol-

pecito discreto volvió á repetirse, y ella, maquinalmente, ó acaso movida por invencible curiosidad, preguntó:

— ¿Quién es?

— Yo, Peta, ábreme, tengo que hablarte.

— ¿Quién es yo? diga como se llama, pues.

— Soy yo, mama, Juan Argomedo, ¿ya no me conoce?

La criada abrió el postigo.

— ¿Qué andas haciendo por aquí? ya te habías perdido, ya.

— Vengo á ver á mi padre.

— ¡Á estas horas! y cuando nadie trajina por la calle! Cuando menos andas medio *tomado*, también.

Peta había creído, por la vacilación de la voz de su interlocutor, reconocer en ésta algunos indicios de embriaguez.

— No estés hablando de más, respondió Juan, avanzando el hombro en la abertura del postigo, para que la criada no pudiese cerrarlo. ¡Tomado! ¡Cómo he de estar tomado! ¿Y con qué? cuando estoy pobre como una cabra. Con la plata que tú me habrás dado, tal vez. ¡Tan buena que eres conmigo, no más! como si no me hubieses criado.

— Sí, quéjate no más, cuando no me dejas parar medio en el bolsico.

Juan Argomedo se había instalado mientras hablaba, apoyando la espalda al marco del postigo.

— Á ver, dame un par de pesos y me voy, dijo con la pronunciación forzada del que empieza á sentirse el cerebro turbado por los vapores del licor y quiere ocultarlo. Alargaba la mano al mismo tiempo, como para recibir lo que pedía, y procuraba sonreír, á fin de dar un aire de broma á su petición.

— ¡Jesús! dos pesos, mi salario de un mes, ¡no faltaba más! exclamó Peta, y para que vayas á emborracharte, ¿no? ¡cuando menos te iba á dar!

— Entonces hazte á un lado y déjame pasar, dijo Argomedo, apartándola y entrando al zaguán.

— ¡Ave María, señor! ¿qué dirá el patrón!

— Qué diga lo que quiera, yo necesito plata y tendrá que darme.

— Vuelve mañana y yo te daré lo que pueda, le pediré al patrón que me supla dos pesos.

— Sí, para que mañana no me dejen entrar y me amenacen con la policía, no, no, ya estoy aquí y he de entrar no más.

— Pero el patrón está durmiendo, ¡no seáis fastidioso!

— ¡Durmiendo y recibe visitas! ¿me quieres decir que no acaban de entrar dos hombres aquí?

— El señor don Abel y un amigo, que no conozco, ¿quién te dice que no, pues?

— Si entran visitas, yo también quiero entrar, dijo Juan con aire resuelto, luchando contra la torpeza de su lengua, y apartando otra vez á Peta, que se habia puesto delante de él para cerrarle el camino.

— Bueno, pues, querrás que el patrón se enoje conmigo y que me eche de la casa.

— Entonces dame lo que te pido, díjole él, fijando en la vieja sirviente sus ojos turbios, en los que parecía apagarse, de cuando en cuando, la luz de la razón.

— Te daré un peso, ahora no tengo más, dijo Peta en tono suplicante.

— ¡Un peso! ¿y qué quieres que hago con un peso? Afloja los dos pesos y me voy lueguito también. Sino, entro para dentro.

Peta se decidió á capitular. La actitud de aquel hombre era tanto más decidida, cuanto que, sea por cálculo, sea por los efectos de la bebida, él no parecía tener conciencia entera de sus actos.

— ¡Y porfiado es como burro! exclamó desesperada. Luego añadió con resignación: bueno, pues, te iré á buscar la plata.

Se veia que aquel hombre que ella había alimentado con su seno, la dominaba. Ese cariño de segunda maternidad, común entre las mujeres de nuestro pueblo, sobre todo entonces que conservaban la sencillez primitiva de la vida colonial, es uno de esos fenómenos que la transformación de las costumbres hace, poco á poco, desaparecer de entre las virtudes plebeyas. Con frecuencia, la nodriza, la *mama* llegaba á sentir por su hijo de leche un amor tan tierno y tan lleno de debilidad hacia sus caprichos, como la madre verdadera. No era raro que muchas de ellas concentrasen toda su ternura y toda su benevolencia en el *niño*, sin dejar para el hijo propio, fruto casi siempre de una unión fortuita, más que un afecto tibio y como de obligación, lleno de severidad en la aplicación de los correctivos corporales. Este era el caso de Peta con Juan Argomedo. Aunque hijo natural, Juan habia sido criado por su padre con todos los halagos de un hijo legítimo. Ese niño representaba para

don Jaime Bustos una de sus grandes satisfacciones de vanidad: la conquista de una muchacha de condición oscura, que le había sacrificado su virtud en cambio de esa moneda de cobre dorado, que llaman promesa de casamiento. Juan entró al mundo haciendo salir de él, violentamente, á la madre que le dió el ser. Esta catástrofe despertó en la conciencia del seductor un amor retrospectivo, casi romántico, al fruto material de su galante aventura. Traido á la casa cuando sus tías no habían pasado aún á la categoría de prima Catita y prima Cleta, el chicuelo creció, entregado exclusivamente á los cuidados de la nodriza, ña Peta, que jamás quiso creer que su verdadero nombre fuese Petronila. Ña Peta debía por entonces sus facultades nutritivas al nacimiento de un muchacho, hijo de un soldado, Filiberto Cámara, muerto después en la desgraciada campaña en que los Carreras fueron á estrellarse contra Chillán en 1813. El hijo de aquel servidor de la patria fué bautizado con el mismo nombre que su padre, y se enroló mas tarde como él en las filas revolucionarias. Durante su niñez, ña Peta lo había visto poco. Venía con la mujer encargada de criarlo, de tarde en tarde, á las oraciones, al lado afuera de la puerta de calle. Ña Peta le traía una ollita de frejoles que el *rotito* devoraba en silencio, mientras Juanito, su hijo predilecto, se entretenía en tirarle las orejas, ó en clavarlo con una rama de ortiga cogida por ahí, á la orilla de la acequia, que corría por el medio de la calle. Así habian crecido uno y otro.

— Bueno, pues, te iré á buscar la plata, había dicho Peta, vencida por la obstinación de Argomedo.

— Corre ligerito entonces, aquí te espero, mama, le contestó él con voz casi cariñosa.

— Pero no te mováis de aquí, no sea que vayan á sentirte.

— Vaya no más, no tenga cuidado.

Peta se dirigió á la antesala ó pasadizo, haciendo resonar sus chancletas sobre el empedrado, y protestando entre dientes, contra la tiranía de que era víctima. No bien hubo desaparecido, deslizóse Juan Argomedo sobre la punta de los pies, tras de ella, y llegó hasta la puerta de la sala principal, de la cuadra, como decimos en Chile. La puerta, apenas entornada, dejaba pasar un rayo escaso de luz, que no alcanzaba á dar claridad á la antesala. Al interior se oían voces, distintamente, aunque las personas que hablaban, no lo hiciesen en tono muy elevado.

Eran los dos jóvenes que habían entrado momentos antes, y Luisa Bustos, que los esperaba en la sala.

— Mi tío tiene conocimiento de esta visita había dicho la joven al saludarlos, ustedes comprenden que el ocultárselo habría sido burlar su confianza.

Á pesar del tono natural y familiar con que pronunció estas palabras, trasluciase en ella cierta emoción contenida, que dió un encanto particular á la mirada afectuosa con que cubrió á un tiempo á los dos amigos.

— Pero así ha quitado usted á esta cita todo el encanto del misterio, dijo Abel riéndose. ¡Yo que ya me suponía la importancia de un conspirador!

— No importa, observó Rodríguez en el mismo tono alegre, eso no le quita el encanto del peligro, porque si nos sorprendieran los de Osorio, ninguno de nosotros escaparía de ir á parar á la cárcel.

— Felizmente el peligro es remotísimo, observó Luisa, á menos que alguien los haya seguido á ustedes en la calle y reconocido á Rodríguez.

— En cuanto á eso, no hay cuidado, no hemos encontrado por la calle más que serenos soñolientos, dijo Abel.

Se habían sentado al rededor de una mesa redonda, sobre la que había dos candeleros de estaño con velas encendidas. Luisa estaba visiblemente emocionada al verse sola con dos hombres jóvenes, á esas horas de la noche. Por más que hubiesen procurado, desde las primeras palabras, dar á la entrevista un tono de conversación familiar y festivo, la emoción de la joven hacía prevalecer una atmósfera de misteriosa solemnidad en torno de los tres actores de aquella escena.

— Tengo, ante todo, que principiar por pedir á usted que me perdone, Luisa, por haber insistido en obtener esta cita, dijo Manuel Rodríguez. Sé que la expongo á usted, y esto debería haber bastado por hacerme renunciar á mi deseo.

La joven, sin interrumpirlo, hizo un movimiento de cabeza, como para destruír el escrúpulo del que hablaba.

— Pero, ¿cómo salir de Chile? ¿cómo alejarme, por mucho tiempo tal vez, sin despedirme de usted y sin concertar algo para lo futuro?

— Ha hecho usted muy bien : yo habría sentido mucho que usted hubiese emigrado sin verme.

En su voz resonaba un acento sincero, el de un amigo

que halla muy natural que se cuente con él y que se tenga fe en su amistad.

— De un modo ú otro, añadió, yo puedo decir que contaba con que usted procurase verme. Por supuesto, agregó con una sonrisa, yo no habria podido recibirlo á usted sola, y si Abel no hubiese intervenido, me hubiera visto obligada á pedir á mi tío que me acompañase.

— ¡Pero don Jaime no habría consentido jamás en comprometerse! ¡Un realista furioso!

— No sé, ¡quién sabe! Felizmente mi primo me ha evitado esa dificultad y debemos darle las gracias por el sacrificio, dijo ella, mirando maliciosamente á Malsira y sonriéndose.

No obstante la sonrisa, se había puesto ligeramente encarnada, al dirigir á Abel esta chanza.

— Si usted hubiese creído imponerme un sacrificio, no me lo habría pedido, prima, dijo Abel en tono afectuoso.

— Yo creo que es el único servicio que me ha pedido en la vida, agregó dirigiéndose á Rodriguez.

— ¡Nos vemos tan poco! replicó la joven, á manera de explicación por aquel cargo amistoso.

Su voz se había velado al decir esto y sus grandes ojos miraban más allá de lo presente, vueltos á su serenidad de esfinge, como sondeando lo insondable, cual si lo que la rodeaba le fuese indiferente.

Casi hubo un momento de silencio. El acento y la actitud de Luisa sacaron á Rodríguez de sus preocupaciones patrióticas y le presentaron, en un instante fugaz, ese problema de un corazón de mujer, que siempre tiene irresistible atracción para el hombre. Mas su vacilación duró apenas unos segundos.

— Tengo tantas cosas que decirle, que no sé por donde principiar, dijo volviendo al tono familiar con que había empezado la conversación.

— Empecemos por lo más importante, replicó Luisa; aquí tiene usted un apunte detallado, que me dejó mi tío Alejandro, de las armas que ha escondido en varios puntos de la hacienda. Él tiene otro apunte igual. No sabíamos si usted vendría á verme, ó si iría á buscarlo á él á los Canelos. Por esto me dejó uno de los apuntes y llevó el otro consigo.

Rodriguez tomó el papel que le pasaba la joven.

— Los acontecimientos se han sucedido con tal rapidez

durante los últimos días, que me fué imposible ver á don Alejandro, antes de que saliese para la hacienda.

Mientras decía esto, recorría con la vista el manuscrito.

— Varios de estos datos me son conocidos, añadió, pero es mejor tenerlos por escrito que confiarlos á la memoria.

Sus ojos se iluminaron con un resplandor extraño.

— Espero en Dios que pronto podré hacer uso de estas armas. No son muchas, pero con ellas puede armarse alguna gente. Una montonera bien organizada puede prestar servicios inmensos á nuestra causa, mientras se crean fuerzas capaces de renovar la lucha. Mi plan es ir á Mendoza, procurarme allí algunos recursos y volver para formar esa montonera. Durante mi ausencia necesito tener aquí amigos, que me mantengan al corriente de lo que pasa y me preparen el terreno en lo posible.

— Usted sabe que puede disponer de mí, dijo Luisa.

— Y de mí, añadió Abel, que no quería parecer indiferente, ó que se le creyera temeroso de comprometerse.

— ¿Y por qué medio podremos corresponder? preguntó Rodríguez.

— Sin duda que eso es difícil; será menester emplear emisarios seguros, dijo Luisa. Yo ya he pensado en uno, agregó mirando á Malsira, usted lo conoce, primo.

— ¿Quién?

— Cámara, si no se ha ido á Mendoza con los restos del ejército de O'Higgins.

— Él era asistente del mayor Robles, dijo Abel.

— Y el mayor estaba en el ejército de Rancagua, repuso Luisa.

— Si el pobre no ha muerto, dijo Abel, y no ha seguido con las tropas que salieron con O'Higgins, es indudable que irá á refugiarse á nuestra hacienda. Así lo ha hecho otras veces.

— Es un hombre enteramente seguro y de un arrojo temerario, dijo Luisa dirigiéndose á Rodríguez. Se ha criado en nuestra familia y es de una fidelidad á toda prueba.

Convinieron en que Luisa ó Abel procurarían enviar á Rodríguez por medio del hombre de que hablaban ó de algún otro, elegido cuidadosamente, todas las noticias que pudieran interesarle, para la futura ejecución de sus planes. Rodríguez, acostumbrado á los peligros de la vida del conspirador, era fecundo en arbitrios para evitarlos. Así, había preparado una clave para la correspondencia, de la

que dejó á Luisa un ejemplar. La clave contenía además una seña, para que el portador de la correspondencia pudiera darse á conocer y evitar así que los realistas de Chile lograsen tender algún lazo al mismo Rodríguez ó á los jefes emigrados en Mendoza. Cuidadosamente arreglados todos los detalles de este acuerdo, llegaron á hablar del viaje que Abel y su amigo debían emprender al día siguiente para los Canelos.

— Desgraciadamente, dijo Malsira, no tenemos pasaporte para Manuel. Yo supe sólo anoche que se ha publicado un bando prohibiendo la salida de Santiago sin pasaporte.

— ¿Y usted tiene uno? preguntó Luisa á su primo.

Abel respondió afirmativamente, no sin ponerse colorado, al referir que Violante de Alarcón lo había obtenido del coronel Laramonte.

— De algo sirve tener *santo* en la corte, dijo Rodríguez, acentuando con malicia su alusión á Violante.

Malsira protestó con el ademán, mientras que Luisa, como si no hubiese comprendido esa alusión:

— ¿Y qué va á hacer entonces? dijo á Rodríguez, ¿cómo puede usted ponerse en viaje sin pasaporte?

— ¡Oh! no faltará cómo, contestó el tribuno, que jamás retrocedía ante un obstáculo.

En ese momento oyeron al lado de afuera un ruido de voces apagadas y suspendieron la conversación. Manuel Rodríguez cogió uno de los candeleros y se lanzó á la antesala, de donde parecían venir las voces.

— Alguien hay, dijo al hacer este movimiento. Antes que Abel y Luisa se hubiesen dado cuenta de lo que hacía, estuvo ya fuera de la pieza.

En la antesala encontróse frente á frente con ña Peta y Juan Argomedo. Por la actitud de ambos, parecía que la vieja procuraba detener al mozo, que se esforzaba por desasirse de ella. Y era así, en efecto. Mientras ña Peta iba en busca de los dos pesos, él se había acercado en silencio hasta la puerta de la sala, desde donde podía oir, casi sin perder palabra, la conversación de los que adentro se encontraban. Ña Peta tardó en regresar. Tuvo que buscar el dinero á tientas, en el cuarto donde dormía con ella otra de las sirvientes de la casa. Abrió su baúl en la oscuridad, sin hacer ruido, sacó del fondo un pañuelo de algodón, en el que tenía amarrado su último salario

del mes, en *pesetas de carita* y salió después, sin despertar á su compañera de habitación. Esto dió tiempo á Juan Argomedo para oír lo principal de lo que se conversaba en el salón. Ña Peta, al volver, lo vió pegado á la puerta por donde salía la luz. Un diálogo, en voz muy baja, se trabó entonces entre ellos.

— ¡Ya te fuiste á venir aquí, condenado! dijo la vieja.

Juan le puso una mano sobre la boca.

— ¡Cállese mama, no la vayan á oír!

Luego, retirando la mano y presentándola en ademán de recibir algo:

— Trajo la platita, á ver, échela aquí.

— Te la daré en el patio, quítate *diei.* (Contracción popular « de ahí ».)

— No, no, deme, no más, yo no me muevo de aqui, déjeme escuchar lo que dicen.

— Entonces no te doy nada.

Argomedo, que parecía mucho más despejado que á su llegada, se apoderó de las manos de ña Peta y las apretó con fuerza.

— Si no entregas, la quito por fuerza. Á ver, suelta, no me hagas rabiar.

La vieja, vencida, le entregó los dos pesos, que guardaba en la mano derecha.

— Una, dos, tres, cuatro, dijo Juan Argonedo contando las pesetas.

— Ahora sí que te vais, hijito, le dijo ña Peta, con voz de cariñosa súplica, ¿qué diría la señorita si te viese aquí?

— Cállese, que no me deja oír, replicó Argomedo, volviendo á taparle la boca con la mano.

Era el instante en que los de adentro hablaban del pasaporte.

— Pues si no te vais, llamo al patrón que está todavía despierto, exclamó la criada, reprimiendo mal su voz y persuadida de que las súplicas eran vanas.

— Llámelo no más, verá que me encuentra en el salón con los otros; yo también puedo hacer visitas, ¿quien le dijo que no?

Hizo al mismo tiempo ademán de entrar. Y como en la última parte de este diálogo olvidaran ambos bajar la voz, el ruido de sus palabras había interrumpido la conversación de adentro y hecho salir á Manuel Rodríguez con una luz, hasta donde ellos se encontraban.

Turbados con aparición tan súbita, Juan Argomedo y ña Peta se quedaron atónitos y mudos.

— ¿Qué hacen ustedes aquí? preguntóles Rodríguez con voz imperiosa. Su mirada era amenazadora, como su ademán.

— Yo iba acompañando á Juanito que se va, contestó ña Peta, con la humildad de los sirvientes.

— Íbamos pasando, y ¿que hay con eso? murmuró al mismo tiempo Argomedo, con su pronunciación de semi ebrio.

— Digan más bien que estaban aquí espiándonos. Entren al salón y se explicarán.

Ambos obedecieron. Aquello habia sido dicho en tono que no admitía réplica. El corto coloquio había ocupado tan breves instantes, que, cuando Luisa y Malsira se dirigieron á ver lo que ocurria en el pasadizo, ña Peta y Argomedo, seguidos de Rodríguez, entraban al salón.

Luisa, de pie, un poco pálida, arrojó sobre Juan Argomedo una mirada altanera. La armoniosa majestad de su porte, la serenidad de la frente, hicieron pensar á Abel Malsira, que jamás había visto á su prima bajo aquel aspecto de suprema dominación.

Juan Argomedo, entre tanto, no pareció intimidarse con aquella mirada, ni detenerse á analizar, como Malsira, á la hermosa chica que la dirigió como una saeta.

— ¿Cómo está Luisa? Buenas noches. Yo creia que el patrón estuviese también aquí.

Dijo ésto mirando en derredor suyo, haciendo esfuerzos para hablar con claridad. Al encontrar la mirada altiva de la joven, Juan volvió su vista sobre Malsira y Rodríguez.

— Mi tío está en su cuarto, dijo Luisa, y sabe muy bien que estos caballeros se encuentran aquí.

— ¡Ah! ¿está en su cuarto? ¡tanto mejor! exclamó Argomedo con una especie de sonrisa forzada, así podremos hablar con más libertad.

— Nada tenemos que hablar con usted, replicó Luisa en tono duro.

Sentóse al lado de la mesa y apartó la vista de Juan, dirigiendo su mirada, como lo habia hecho antes, á un punto invisible, aislada de los demás, envuelta en su soberbia frialdad de mujer indiferente.

— Eso quiere decir, amigo Juan, que usted está de más aquí, le dijo Rodríguez entre serio y de broma Al buen en-

tendedor... agregó como si deseara atraer sobre sí el encono, que suponia hubiese causado á Argomedo la brusca y cortante respuesta de Luisa.

— ¿Así le parece á usted? Pues á mí no. Yo no puedo estar de más en casa del patrón, del señor don Jaime Bustos, marqués de Roca Parda. Yo estoy aquí casi en mi casa, ¿no es cierto, mama? Y se sonreia con evidente malicia.

Ña Peta, interpelada de ese modo, bajó la vista sin saber qué decir, y salió de la estancia con la cabeza gacha, como salen los perros que el amo hace ademán de amenazar.

— Yo he estado oyendo lo que ustedes conversaban, para que lo he de negar, pues. Si lo hubiese querido, con estarme callado, ustedes no habrian sabido que yo estaba ahí. Al contrario, yo quise entrar y era mi mama la que me sujetaba.

— Entrar, ¿para qué? preguntó Rodriguez.

— Para hablar con ustedes, ¡vea qué pregunta! y decirles que yo también me voy para la otra banda, y ofrecerles mis servicios.

— ¡Ah! eso es otra cosa, replicó Rodríguez, cambiando de tono. Vamos á ver, ¿entonces estás con nosotros, con los patriotas?

— Siempre, ¿no es cierto mama, que siempre he sido patriota? Qué diantre de vieja, ya se salió, dijo, contrariado de que le faltase su testigo.

— ¿Y quieres emigrar? preguntóle Rodriguez.

— Aquí está la prueba, ya tengo mi pasaporte y vine á pedirle plata al patrón para el viaje.

Sacó al mismo tiempo un papel del bolsillo y lo desplegó sobre la mesa. El papel estaba escrito en la misma forma que el pasaporte que habia recibido Abel Malsira de la Comandancia de Plaza.

Rodriguez examinó con cuidado el papel.

— « Pelo negro, cejas idem, barba poca, nariz regular, » dijo leyendo, hasta podría servir para mí.

— Sí, pero yo no puedo dárselo, porque me costó mucho conseguirlo.

— ¡Oh! no te lo pido, no me faltará cómo procurarme uno, contestó el revolucionario, sonriéndose.

— Vaya, pues, Luisa, consígame plata para el viaje con el patrón, dijo Argomedo á la joven. La joven no había vuelto á hablar y seguia mirando en el vacío, como perdida en sus reflexiones.

Sin mirarlo, hablando al frente, con acento desdeñoso:

— Mi tio no creerá en tal viaje.

— Por eso mismo le hago á usted el encargo, replicó Juan, mirando con cierto aire de humildad á la impasible muchacha.

Ella no contestó. Se veía que agitaba impaciente con el pie el borde de su vestido.

— El patrón no le niega nada á usted, ¿qué le cuesta pues? insistió Argomedo.

— Puede ser que no me niegue nada, no sé, dijo Luisa con voz áspera, cual si le irritase tener que hablar; pero esta vez estoy segura que me dirá que usted lo ha engañado ya y que no está dispuesto á repetir la prueba.

Juan se volvió hacia los otros dos jóvenes:

— ¿Qué les parece? ¿bonito, no? Al patrón le gustaria que yo me fuese; pero no quiere aflojar el real. Ustedes son testigos ¿no? No es culpa mía si yo no emigro á la otra banda. Así es siempre, y quiere que yo no contraiga deudas; ¿cómo, pues, entonces?

Se puso á contar su historia con estribillos de quejas del « patrón », como llamaba siempre á don Jaime. Sus lamentaciones rodaban sobre la falta de dinero. El patrón lo dejaba morirse de hambre. Por supuesto, que se guardaba bien de decir que él era el tipo acabado del tunante impenitente, de los que pasan gran parte de su vida « entre dos luces » según la pintoresca expresión que se aplica á los bebedores consuetudinarios. No contaba que á los quince años, se huía del colegio escalando las paredes, y que se le encontraba comunmente dias después en alguna chingana de los arrabales, trincando con los rotos y apurando grandes vasos de gloriado. No decía que más tarde, arrojado del cuerpo de policía, donde don Jaime había conseguido colocarlo, con la esperanza de hacerlo cambiar de índole bajo la férrea presión de la disciplina militar, su historia había sido el drama sombrío de los que viven de expedientes, drama de vergüenza, anegado en el licor, drama de la conciencia flagelada, hasta caer sangrienta en el cieno de las transacciones degradantes.

Como resumen de cada una de sus lamentaciones, Argomedo repetia con la tenacidad maquinal de los borrachos:

— ¡Y quiere que no contraiga deudas! y ¿cómo, pues, entonces? ¿cómo, pues?

De cuando en cuando, Manuel Rodriguez, que parecia tener su plan, intervenia con alguna frase calmante.

— ¡Vaya, Juanito, no te desconsueles hombre, plata no ha de faltar!

Los ojos de Argomedo arrojaban un destello de luz ante ese miraje de esperanza: pero bien pronto, con el esceptiscismo práctico del que ha rodado por el áspero despeñadero de la pobreza:

— Sí, pues, no ha de faltar, ¿y de dónde? á ver, ¿de dónde?

Y esto le daba un nuevo punto de partida para volver al mismo tema de las quejas, en las que iban apareciendo los recuerdos de su existencia, como los monos que agita un titiritero, con movimientos epilécticos, en la eterna riña del ocio hambriento, que él, Juan Argomedo, representaba, y de la autoridad implacable y mezquina, personificada en aquel nervioso monólogo, por don Jaime Bustos, el patrón.

— Si, pero á todo esto, jamás te has ocupado de nada, jamás has querido trabajar, le dijo en un momento Manuel Rodríguez con visible impaciencia, cansado ya de oir la voz majadera del borracho.

— ¡Cómo no! sí, he querido trabajar, esos son cuentos del patrón. Estuve ocupado en una escribanía y no faltaba á la oficina. En más de cuatro meses no bebí ni un solo trago de licor, hasta que después... ¡ah! ¡caramba! ¡mejor es que no me acuerde! exclamó interrumpiéndose, y repitió, mirando á Luisa Bustos y dando golpes con el puño sobre la mesa, ¡mejor es que no me acuerde! ¡mejor es que no diga nada!

La joven, sacada de su inmovilidad contemplativa, lanzó como al principio, una soberana mirada de desprecio á Argomedo. Él bajó los ojos, murmurando entre dientes su misma frase, con una insistencia de niño empecinado.

— En fin, Juanito, dijo Rodríguez con acento de autoridad, nosotros no hemos venido aquí para que nos cuentes tu vida y debes dejarnos en paz.

— Y entonces, ¿con qué plata emigro, pues? Si Luisa no quiere pedirle para mí al patrón.

Manuel, con un ademán entre protector y autoritario, cogió del brazo á Argomedo, lo hizo ponerse de pie y lo llevó á la otra extremidad de la pieza.

— No estés majadereando, le dijo al oído, yo te daré pla-

ta; anda, espéranos en el zaguán y te llevaremos á cenar, con un rico anisado que tiene Abel en su casa.

— ¿Me lo juras? dijo Argomedo con ojos ávidos, al oír que se le daría aguardiente anisado: ¡un viaje al mundo del olvido!

— Te lo juro, anda no más, dentro de un momento nos reuniremos á ti.

Lo empujó suavemente hacia fuera.

— Adiós Luisa, dijo Juan, dirigiendo una mirada tímida á la joven. La aflicción, fácil en los bebedores, le hacía temblar la voz.

Rodríguez miraba á la joven, como suplicándole que no diese pretexto á Juan para quedarse en la pieza.

— Adiós, dijo Luisa, con voz apagada y sin mirarlo. Había vuelto ya á su actitud impasible, á la indiferencia glacial que parecía su naturaleza.

Argomedo salió, tratando de andar derecho y apoyando una mano, ligeramente, al pasar, contra el marco de la puerta. Ahí se detuvo un instante cual si tratase de recordar algo que habría querido decir y siguió después, guiado como por un imán, por la idea abrasadora del anisado, que brillaba en su confuso cerebro con llamaradas de ponche.

Mientras tanto, Manuel Rodríguez se había acercado á Luisa y repetía despidiéndose, lo que acababan de convenir para trasmitirse la correspondencia. Luisa le explicaba algunos detalles relativos á la lista de los depósitos de armas. Le daba también señas circunstanciadas sobre un *entierro* de dinero, como tres mil pesos, que ella y don Alejandro Malsira habían hecho en una de las piezas de la casa de éste, para sustraerlo á las contribuciones forzosas y destinarlo al sostenimiento de los hombres que don Alejandro se ocupaba de disciplinar en la hacienda, poco antes del desastre de Rancagua.

— Ese dinero me pertenece y lo pongo á su disposición, dijo la joven. Si usted necesita fondos ahora, llévelo, no podría estar mejor empleado.

— Gracias, prefiero dejarlo donde está como un recurso para mi vuelta. Abel se encargará de hacerlo llegar á mis manos cuando yo le avise.

Malsira, designado de este modo, salió de su contemplación. Mientras Luisa y Rodríguez conversaban, él los miraba como dos seres raros, capaces de vivir en otra atmósfera moral que la del corazón. Su alma de soñador, lo ha-

bía aislado en medio de los otros, así como se aislan todos los que van siguiendo en la vida un ideal absorvente. Aquel hombre que tenía frente de sí, dominado por la sed de lucha y de sacrificio, y aquella joven, que parecía ofrecer su juventud y su gracia, su majestuosa serenidad de ídolo, en aras de un entusiasmo patriótico, que él no había sentido hasta entonces, como sentía bullir en su alma, el inmenso deseo de amar y ser amado, era para él un problema viviente, que le daba una sensación de penoso descontento.

— Sí, sí, yo me encargaré, dijo confuso, sintiéndose pequeño en presencia de la elevación de alma de los que le hablaban; disponga de mí.

Manuel Rodríguez estrechó entonces con visible emoción la mano de la joven para despedirse.

— Cuando nos volvamos á ver, estaremos triunfantes. El duelo de la patria es pasajero. Si todos los chilenos fuesen como usted, yá no habrían sarracenos en esta tierra. Nosotros volveremos, no tenga usted duda, Luisa.

Decía esto con íntima convicción, con su aire de tribuno inspirado, algo teatral, como son los exaltados y los turbulentos.

— Esperemos en Dios que será pronto, dijo la joven conmovida. Después, volviéndose hacia Malsira.

— Hasta luego, ¿no es verdad?

Esto, dicho con una mirada vaga de adiós, con un reflejo lejano, muy lejano, de interés reprimido.

Los dos jóvenes encontraron en el zaguán á Argomedo que les esperaba. Ña Peta los había seguido para cerrar la puerta de la calle.

— Adios mama, le dijo Juan, que se había puesto de buen humor con la idea del anisado.

— Anda demonio, que habís de hacer conmigo lo que quieres, contestó la vieja, encantada con el tono afectuoso que había tomado para hablarle la voz de su consentido, como ella decía.

En la casa, Rodríguez y Argomedo se unieron alegremente al negro Francisco, para acelerar los preparativos de la cena.

— Vaya, Juanito, aquí está lo bueno, dijo Manuel, sacando de un escaparate viejo, que era una obra de primoroso tallado en madera, una botella de vidrio grueso y oscuro; saluda al anisado, Juanito; ¡con éste si que no hay penas!

Argomedo se acercó á la botella que Rodríguez había puesto sobre la mesa, olió por una larga aspiración el corcho, del que emanaba el perfume penetrante del aguardiente, y con unción extrema, levantó los ojos al cielo, apoyando al mismo tiempo ambas manos sobre el pecho, en señal de profunda veneración.

Poco rato después se sentaron á la mesa. Rodríguez afectaba una grande alegría y llenaba de atenciones á Juan Argomedo. Pronto le hizo probar el anisado con gran ceremonia, elogiando sus virtudes singulares. Venía, según él, de San Felipe. Había sido destilado expresamente para un regalo al general don José Miguel Carrera, cuando éste ocupaba la suprema magistratura de Chile. El General había regalado unas seis botellas del precioso licor á don Alejandro Malsira.

— Ya ves que te ofrecemos un néctar de privilegio. Á tu salud, Juanito.

Argomedo apuró ansioso el contenido de su vaso, é hizo con la lengua, después de apoyarla con fuerza al paladar, el ruido favorito de los catadores.

— ¡ Ah ! ¿ Qué tal, querido ?

— ¡ De lo rico no más ! exclamó Argomedo, con chispeantes ojos.

Un nuevo aliento de vida calorosa pareció circular por sus venas y sacudir el aire soñoliento con que mascaba los primeros bocados. En su organización, saturada de alcohol, aquel riego al estómago producía el efecto de un manojo de sarmientos viejos, arrojado sobre un fuego que principia á extinguirse. Rodríguez lo incitaba á hablar, á contar lo que él llamaba sus *pellejerías*, sus eternas quejas del patrón, que no le daba lo necesario, y de sus acreedores, que lo perseguían sin tregua.

— ¿ Y cuánto debes, Juanito ?

— Más de seiscientos pesos.

— ¡ Caramba ! no es poco.

— Pero yo les he de fregar, no más ; ni un cuartillo han de oler los ¡ perros usureros !

Sus ojos se iluminaban con el orgullo del triunfo. Para él, como para tantos deudores, las exigencias de un acreedor eran una verdadera iniquidad.

— Entonces, ¿ qué vas hacer, Juanito ?

— ¿ Qué voy á hacer ? Me voy á la otra banda, á Mendoza, y los dejo aquí con la boca abierta.

— ¡ Buena la jugada ! exclamó Manuel Rodríguez con aire de entusiasmo.

Radiante como si esa idea fuese un rasgo de genio, Argomedo alargó la mano presentando su vaso, en el que Rodríguez echó un poco de anisado y otro tanto de agua.

— Yo sé que los muy pícaros quieren ponerme en la cárcel ; pero se quedarán con las ganas. ¡ Se han de fregar no más !

— ¿ Son godos ?

— Godos tienen que ser, no habían de ser tan piedra azul, para andar cobrándome todos los días.

— Entonces, Juanito, si son godos, no hay que aflojar.

Argomedo se reía á carcajadas, imitando á Manuel Rodríguez, que fingía estar tan animado y tan alegre como él.

Malsira oía la conversación sin tomar parte en ella. Confusamente recordaba la mirada enigmática, de interés reprimido, con que Luisa le había dicho : « Hasta luego, ¿ no es verdad ? » No dejaba de conmoverlo agradablemente, allá en lo recóndito del pensamiento, allá donde nacen y se elaboran los deseos indebidos, la idea de que su prima pudiera enamorarse de él, aunque él tuviese el pecho lleno con la imagen de Violante.

— Y tú ni comes ni bebes, le dijo Juan Argomedo, que se iba poniendo de más en más expansivo.

— Como san Benito, dijo Rodríguez.

— Que ni come, ni bebe y está gordito, agregó Argomedo, sacudiéndose de risa con aquel dicho popular, que se figuraba haber inventado él mismo en aquel instante.

Rodríguez le tocó el brazo, y designando á Abel con los ojos maliciosamente entreabiertos :

— Mira, yo creo que está enamorado.

Malsira se sonrojó por la coincidencia entre la broma de Rodríguez y las ideas que en el mismo instante ocupaban su imaginación.

— ¿ Enamorado ? Yo también he estado enamorado, balbuceó Argomedo, pasando otra vez su vaso á Rodríguez.

— ¿ De quién ? Juanito ; á ver, cuéntanos eso, le dijo éste, sirviéndole aguardiente.

Pero Argomedo, sin contestar, apuró gran parte del contenido del vaso, y al ponerlo en la mesa tuvo una mirada vaga, el incierto mirar del ebrio que lucha por traer la luz á su cerebro.

— Vaya, pues, hombre, cuéntanos tus amores, insistió

Manuel Rodríguez, golpeándole un hombro, para alentarlo.

Juan, por toda respuesta, bebió lo que había dejado en el vaso, miró después á Rodríguez y á Malsira con aire de vacilación.

— ¿ Qué amores ? yo no tengo amores ; ¿ de dónde sacas tú eso ?

— Tú dices que has estado enamorado.

— ¿Yo dije eso? ¡Cómo no, pues ; cierto que he estado enamorado!

Y se calló, buscando sin duda los recuerdos en su confusa memoria.

— No quiero contar, no quiero contar, dijo entre dientes, batallando por reprimir su indiscreción de bebedor, ese prurito de hablar, que toma por confidente al primero que lo interroga. Poco á poco se tornó silencioso y pensativo, su semblante se nubló, cual si hubiese cruzado por el cerebro un pensamiento importuno, algún recuerdo doloroso, que seguía con la vista fija en el vacío, con una mirada de esas en que se conoce que el pensamiento ha ido á perderse en las nieblas opacas del pasado. Después, maquinalmente, pasó su vaso á Rodríguez y tragó silencioso, largamente, con sed insaciable. Sus ojos, poco á poco se cerraron, y algunos minutos después dejaba caer la cabeza sobre sus brazos, que había replegado al borde de la mesa.

Manuel Rodríguez miró á Malsira, riéndose.

— Ya tenemos pasaporte. Juanito dormirá como un lirón hasta mañana, y se despertará cuando nosotros estaremos ya fuera de Santiago.

Entre ambos levantaron al durmiente y lo condujeron á un cuarto vecino. Allí Rodríguez se apoderó del pasaporte, sin que Argomedo, que cayó en la cama inconsciente, pidiendo de beber, sintiese que lo desnudaban y acostaban.

— Se pondrá furioso mañana y es capaz de denunciarte, dijo Abel á su amigo.

— Para calmar su enojo le dejaremos con qué beber durante algunos días y se consolará. Además, yo creo que su propósito de emigrar, del que tanto ha hablado, no era sino un ardid para arrancarle plata al patrón, como él dice. Dejándole dinero y algunas botellas de anisado, continuará la *turca* por una semana á lo menos.

Rodríguez se sentó á escribir, y leyó poco después á Malsira:

« Vas á tener, Juanito, un despertar mejor que el de los

sueños, que siempre acaban por un desengaño. En lugar de tu pasaporte, que yo necesito con urgencia y que tú podrás reemplazar fácilmente, encontrarás 50 pesos, que me permito ofrecerte prestados, para que vengas á reunirte conmigo en Mendoza. Ya ves que lo que no podrías conseguir *del patrón*, te lo pone en la mano, estrechándotela con el mayor cariño, tu amigo affmo.,—*M. R.*»

» P. D. Te dejamos las dos últimas botellas que quedaban del anisado néctar, con que acabamos de cenar.»

Dejó la carta á la cabecera de Argomedo.

— Ahora, dijo á Malsira, unas pocas horas de reposo y en viaje para los Canelos. Buenas noches.

Mientras tanto, el capitán don Vicente San Bruno había empezado á dar los pasos necesarios para llevar á efecto las órdenes del coronel Laramonte. Hombre de disciplina, en su doble calidad de antiguo fraile y de militar en actividad, él no se había detenido á escudriñar el alcance de esas órdenes. La obediencia pasiva, su ideal, no le permitía caer en los descarríos con que el espíritu analítico é igualitario de nuestros tiempos ,va relajando los lazos que han mantenido, atados unas á otras, las distintas clases sociales para impedir que el mayor número se coma á los que lo mandan, así como van en recua para mantenerlos sumisos, ungidos por cadena de hierro, en los países berberiscos, los esclavos que se llevan al mercado. El coronel Laramonte le había dado el encargo de impedir que Abel Malsira llegase al día siguiente á la hacienda donde se encontraba la familia de este joven. Tal objeto debía conseguirse sin acto ninguno de violencia excesiva, que habría desprestigiado la política de conciliación y de olvido, pregonada por el conquistador del reino. Este era el marco estrecho en que el capitán San Bruno debía desarrollar su acción. Era claro, ante todo, que debía operarse en algún punto distante de Santiago, en algún punto del camino de Melipilla, por donde Abel debía dirigirse á la hacienda de su padre. Partiendo de esta base, San Bruno maduraba su plan, al salir del baile de la de Alarcón, caminando hacia el cuartel. Después de una corta conferencia con el oficial de guardia, éste dió la orden de llamar al cabo Villalobos. Con él salió San Bruno, y en la calle solitaria y oscura lo impuso de su propósito.

— Necesitamos apoderarnos mañana de un joven que se dirige á Melipilla. Es menester evitar ruido que alarme á estos brutos de insurgentes. ¿Dónde le parece á usted el mejor punto para esto?

— Talagante, mi Capitán, contestó Villalobos sin vacilar.

— ¿Qué es eso?

— Un pueblecito, mi Capitán; ahí tengo muchos amigos.

— ¿Y hallaremos ahí á alguien que nos preste su casa para guardar á nuestro prisionero el tiempo necesario?

— ¡Seguro, mi Capitán; yo tengo ahí un compadre medio posadero, que hará lo que yo le diga!

— Alístese usted, y dentro de dos horas venga á buscarme, con dos soldados, en buenos caballos.

Hechos los preparativos de viaje, San Bruno, el cabo y los soldados se ponían en marcha en medio de las sombras de la noche. Al amanecer llegaban á Talagante. Algunas casas bajas y mal blanqueadas, á orillas del camino real, formaban algo que parecía una calle. Otras, pequeñas y de pobre aspecto, diseminadas sin orden, completaban el pueblo. Talagante, ya conocido entre los oscuros caseríos de la colonia por su industria de loza negra vidriada, á pesar de los años, se ha quedado en mantillas como entonces.

Villalobos condujo al Capitán hasta una casita de las más apartadas del camino, á cuya puerta golpeó largo rato antes que nadie acudiese. San Bruno, estoicamente, se habia puesto á fumar, tratando al mismo tiempo de adquirir una idea de la localidad. Por fin, un hombre de manta y bonete maulino entreabrió la puerta y miró con desconfianza á los dos jinetes. Villalobos entabló el diálogo:

— Compadre Contreras, ¿cómo le va, pues? exclamó mirando á la puerta.

— Compadre Villalobos, ¡vaya! ¿qué anda haciendo?

El cabo le presentó á San Bruno con todas las consideraciones debidas á su rango y le explicó en pocas palabras el objeto de la visita.

— Yo le he dicho á mi Capitán que usted es un buen partidario del Rey nuestro amo.

— De juro, pues, cómo no, afirmó el compadre, con la impasibilidad de la gente del campo.

— Se trata del servicio de Su Majestad, dijo San Bruno, escudriñando con la mirada el semblante del posadero.

— Mande no más, patrón. ¿No quiere apearse?

— Nos bajaremos más tarde; entre tanto, ocúpese usted

de prepararnos un almuerzo, si hay por aquí algo que comer.

— ¿Una cazuela, patrón? ¿Un valdiviano?

— Lo mejor que pueda, y algo que beber.

— Un buen chacolí, patrón.

— Y un poco de aguardiente.

— También hay.

Dadas estas órdenes, San Bruno, seguido del cabo Villalobos, volvió rienda á su caballo y tomó por el mismo camino por donde había venido.

Contreras los miró alejarse, y cuando los vió distantes, atravesando el patio de la casa, entró en una pieza rústicamente amueblada, donde había dos hombres. Uno de ellos, en cuya cabeza los años habían cernido ya la nieve de sus inviernos, cómodamente sentado en la que parecía la silla de honor, una silla de brazos con asiento de totora, tomaba mate. El otro de pie, joven y vigoroso, del bronceado color del roto chileno, de pie á su lado como esperando que el del sillón diese la chupada sonadora en la bombilla de carrizo.

— Adivinen quién era, dijo el posadero, visiblemente impresionado.

Los dos hombres sólo contestaron á esta pregunta con una mirada interrogativa.

— A ver, mi mayor Robles, adivine, pues, dijo Contreras, dirigiéndose al que ocupaba la poltrona.

— ¿Quién podrá ser? no se me ocurre, contestó el hombre canoso, haciendo sonar el mate.

— Y vos, Cámara, á ver pues, adivina tú, ¿quién sería?

— Cómo quiere que adivine, ñor Contreras, si estoy en ayunas, exclamó el roto riéndose, al recibir el mate, que con ademán de señorío le pasaba el mayor Robles; déjeme tomar un par de mates y verá.

— ¿Quién era, ño Calixto? Sáquenos de la curiosidad, dijo el Mayor, poniéndose á torcer un cigarrillo.

— Aunque se las diese hasta la noche, no caerían, dijo Contreras.

— Métame no más, no tenga miedo, dijo Cámara volviendo á reírse.

— Era el compadre Villalobos, que está de cabo en las tropas de los godos, y viene con un capitán que se llamaba don Vicente San Bruno.

— ¡ Los pícaros godos ! ¿qué andan haciendo por aquí? dijo en forma de reflexión el Mayor.

Cámara, que se había puesto á servir de nuevo el mate, exclamó :

— Yo oí mentar ese maturrango en Rancagua, cuando estábamos peleando.

La siniestra nombradía de San Bruno, que empezaba entonces á formarse, á medida que se llegaban á saber los pormenores del sitio de Rancagua, no había resonado todavía en el apartado villorrio de Talagante. Las glorias ó las infamias, que van dejando tras de sí las acciones humanas con que se forma después la historia, no tenían entonces á su servicio los agentes primorosos, con que hoy hacen palpitar al mismo tiempo el mundo entero de admiración ó de espanto. La estrecha y larga trompeta de la fama tenía menos eco que el silbido de la locomotora, y á nadie se le habría ocurrido entonces hacer provisión de rayos, para enviarlos por un alambre, con más rapidez que el pensamiento, á llevar *urbi et orbi*, las noticias de lo que va ocurriendo en todas partes.

La observación de Cámara no tuvo eco entre los otros dos hombres.

— Si tiene por ahí ño Contreras un poco de veneno, échele harto al caldo, *pa* que revienten los dos godos.

El encargo venía de Cámara, que saboreaba el mate, sentado sobre el suelo al lado del brasero, donde el tacho de agua hirviendo, imitaba, con el ruido de la tapa agitada por el vapor, el ron ron de algún gato soñoliento.

— Con perdón de mi Mayor, dijo Contreras, yo creo que su merced y Cámara harían bien en irse lueguito, antes que vuelva mi compadre con su Capitán.

— *Ei* es, ¡quiere que arranquemos de los godos, entonces! ¡buena cosa, ño Contreras! exclamó Cámara, antes que Robles hubiese podido contestar la observación respetuosa del posadero.

— ¿Quién le manda á usted hablar, asistente? dijo el Mayor, mirando con solemnidad á Cámara. ¡La jerarquía, asistente! ¡No se olvide de la jerarquía! Aunque no tengamos *charrateras*, añadió mirando con desprecio la vieja manta que le cubría los hombros y hasta más abajo de las rodillas, yo soy su Mayor, asistente, el mayor Robles, que no ha de arrancar delante de los sarracenos, ¿entiende?

Cámara agachó la cabeza en señal de obediencia disci-

plinaria y se consoló con chupar silenciosamente la bombilla.

El posadero, mientras tanto, miraba con inquietud al jefe y al subalterno. Aunque en distinta forma, uno y otro habian expresado la idea de esperar á los militares realistas.

La llegada del mayor Robles y de su asistente el dia anterior, habia causado profunda sensación en Talagante. Venian á pie de Rancagua. La misteriosa voz, precursora de los grandes acontecimientos, habia pasado por el caserío de la loza negra, murmurando confusamente la noticia de la gran catástrofe, que sepultara, envueltas en sus pliegues, todas las esperanzas de la patria. Cámara, con la astucia genial del roto chileno, habia guiado al mayor Robles desde la ciudad conquistada hasta Talagante, donde sabia que Contreras, antiguo conocido, les daria hospedaje. No era tampoco ajeno á la elección de aquel refugio el recuerdo que Cámara, decidido admirador de las descendientes de Eva, conservaba de *la* Mariquita, la única hija del posadero. Mariquita le habia mostrado, al reconocerlo en su lamentable disfraz de soldado prófugo, las dos hileras de sus blancos dientes, con la sonrisa apetitosa de sus labios gruesos y granadinos, lo que habia hecho aplaudirse á Cámara de su feliz inspiración.

— ¡Ño Cámara! ¿qué anda haciendo por aquí? habia exclamado Mariquita, con el semblante alegre de quien recibe una sorpresa agradable.

— Aquí andamos, pues, *redotados*, habia respuesto Cámara no menos risueño, sintiendo, en lo moral, con los retintos ojos de la muchacha robusta y morena que le hablaba, algo parecido á la sensación de tibio bienestar que experimenta el que, con frio, hace llegar á su estómago, con tragos repetidos, algún liquido caliente.

— Entonces ya no es *soldao*, que anda de roto.

— Ando disfrazao para que no me tomen los godos. ¿Entonces no le gusto asi, ña Mariquita?

— ¡Vea, no más, siempre tan fresco! fué lo que contestó Marica, mostrándole de nuevo los dientes en una risotada sonora.

Acogidos así, cordialmente, por el posadero y su hija, el Mayor y su asistente habian sentado sus reales en la pieza que servia de despacho á Contreras.

El Mayor, al sentarse, habia colocado sobre otra silla un

atado que le pasó Cámara, obedeciendo á un ademán de su jefe.

— Mi casaca y mis *charrateras*, amigo, había dicho Robles al posadero, golpeando con el respeto del creyente que muestra una reliquia, aquel atado.

Poco á poco, corto rato después que el Mayor y su asistente habían cambiado las primeras frases con el posadero y cuando Cámara hubo explicado que su mayor Robles y él habían tenido que cambiar en su fuga los arreos militares, por las pobres y maltratadas vestiduras que los cubrían, fueron apareciendo, atraídos por la noticia de la llegada de los dos forasteros, algunos vecinos del lugar, *huasos* de poncho, *chascones* y rústicos, que involuntariamente se quitaban el sombrero ante la majestuosa barba gris del mayor Robles.

— Marica, danos chacolí, muchacha, había dicho Contreras, satisfecho de la importancia de sus huéspedes militares, y esperando que los primeros tragos harían pedir otros, creando así una ocasión inesperada de venta.

Cámara seguía con ojos de conocedor los movimientos ondeantes de Mariquita, que traía un jarro de rosado chacolí, colocaba *cachos* sobre la mesa, reservando un vaso para el Mayor, y dejaba traslucir bien claro, á veces, cuando el rebozo se le rodaba del hombro, que Rubens la habría tomado por modelo, en su adoración realista de las bien pronunciadas formas femeniles.

Todos miraban con respeto al Mayor, que seguía sentado en la silla de preferencia y se dejaba admirar por los huasos, sin dignarse notar que un ser del otro sexo revoloteaba en torno suyo y hacía revolver los ojos, con juvenil afán, á su asistente. La conversación se reducía á preguntas del posadero sobre los hechos de la guerra y á respuestas del Mayor sobre las marchas y contramarchas de la división de O'Higgins, antes de encerrarse en la plaza de Rancagua. Los huasos, de pie, ó sentados sobre el suelo, escuchaban y bebían. Únicamente los relámpagos que despedían los ojos de los incultos oyentes, daban indicios del interés que les inspiraban las explicaciones algo confusas del Mayor. La providencia, que había dotado á Robles de un corazón valiente y abierto al calor del patriotismo, no había sido pródiga con él en dotes intelectuales. Su rostro pálido, al que el abundante cabello cano y la espesa y larga barba, daban el aspecto convencional con que los pinto-

res representan á los profetas, carecía de la luz que revela el trabajo activo del cerebro. Sus ideas eran escasas, como era reducido su vocabulario. Tenía una creencia ingenua en su importancia, un culto fanático por la patria, esa deidad nueva entonces, que había venido á reemplazar la lejana imagen del Rey; creía que llamarse el mayor Robles era una gran cosa, una especie de fortuna excepcional, y hablaba de sus charreteras con orgullo, como de algo inseparable de su persona, algo que le daba la estoica fuerza de sobrellevar, con ánimo sereno, todos los contrastes de la existencia.

— Yo mesmo me respeto mis mesmas charrateras.

Esta era una de sus frases favoritas en su lenguaje de añeja forma, era su código de moral, un apéndice que él había puesto á la Ordenanza general del ejército, el breviario de su religión militar.

Los malogrados esfuerzos del general don Bernardo O'Higgins para defender, con sus escasas tropas, los vados del Cachapoal, se reducían, en la relación del Mayor, á lo que él, Robles, había hecho con unos cuantos jinetes, cruzando en la noche, para ir á tirotear sobre la ribera sur del río, con las avanzadas del ejército realista, mandadas por el comandante Elorreaga. Él no había divisado ni la segunda división del ejército patriota, mandada por don Juan José Carrera, que secundando el plan de O'Higgins, debía defender el vado de los Robles, del lado de la cordillera, ni la tercera división que, bajo las órdenes de don Luis Carrera, tenía encargo de cerrar por el poniente el vado de las Quiscas á las huestes del general Osorio, y que se había quedado detenida entre las zarzas del Mostazal. Hablando de esas dos divisiones, que tan triste papel habían representado en la defensa de la línea del Cachapoal, el Mayor se hacía el eco de la opinión reinante entre las tropas, que sostuvieron la heroica defensa de Rancagua. Si la división de don Juan José Carrera, en vez de dejarse sorprender por las tropas de Osorio, que sin resistencia alguna habían pasado el Cachapoal en la noche del 30 de setiembre, hubieran secundado la resistencia con que intentó oponerse O'Higgins al avance de los realistas, la división de don Luis Carrera habría tal vez podido llegar del Mostazal, á tiempo para engrosar en Rancagua las escasas fuerzas de los sitiados.

— Cuando yo estaba ya peleando, decía Robles, á la ca-

beza de un piquete de granaderos, con las avanzadas del ala izquierda del enemigo, ¿no llegaron diciendo que habían derrotado á don Juan José Carrera y que toda su tropa corría á encerrarse en Rancagua? Así había de ser, pues, añadía, como reflexionando, porque luego nos tocaron retirada y tuvimos que volver para atrás, envueltos en la división. Todos íbamos rabiando de tener que mostrar la espalda á los godos. Mi general O'Higgins, al pasar con su estado mayor cerca de mi tropa, me gritó, y todos lo oyeron: « Mayor Robles, mucho he sentido tener que tocarle retirada; yo sé que cuando usted pelea no le gusta que lo llamen de atrás ». Yo le contesté, haciéndole la venia con la espada: « Así no más es, mi General, yo soy perro de presa ».

Con aquello, paseó su mirada por sobre los huasos que lo escuchaban atónitos, escupiendo algunos al suelo, para darse una actitud.

—Y ahora, añadió, echando de nuevo una mirada amarga á su raído poncho, ¡ni mis charrateras me quedan siquiera!

Los huasos bajaron la vista, para acompañarlo en su tristeza, mientras Cámara se desmandaba con ademanes conquistadores cerca de Marica, que se defendía flojamente, diciéndole en voz baja:

— ¡ Sosiéguese, no más, no sea cargoso!

El posadero encontró entre tanto una ocasión de excitar á la bebida.

— Vamos, muchachos, dijo, un trago por mi mayor Robles.

Todos bebieron con afectada compostura, para manifestarse dignos del héroe desgraciado, y se secaron en seguida los labios con el reverso de la mano.

— ¿Y entonces comenzó la pelea en Rancagua? preguntó Contreras.

— Y duro, dijo Robles. Á ver, asistente Cámara, cuénteles lo que pasó en Rancagua, añadió, visiblemente cansado de los esfuerzos de lenguaje que acababa de hacer.

Cámara tuvo que abandonar la extremidad de la pieza, donde había llegado poco á poco, persiguiendo con disimulo á Mariquita, que se batía en retirada. Sin arrogancia ni confusión tampoco, se acercó á la mesa, á la que Robles se apoyaba majestuosamente.

— ¿En Rancagua, mi Mayor? Pero usted también peleó

ahí y mató hartos godos también, y podrá contarles mejor que yo.

— ¡ No olvide la disciplina, asistente ! ya oyó la orden, contestó Robles, como si hubiese estado hablando á la tropa en formación.

Cámara contó entonces que como su Mayor había sido llamado por el General, al entrar en la plaza, en calidad de ayudante, él había obtenido permiso para agregarse á los combatientes de la trinchera, que defendian los capitanes don Manuel Astorga y don Juan Antonio Millán, con 200 infantes y tres cañones.

— Lueguito fuí á dejar mi caballo y el de mi Mayor á una huerta que me señalaron, empezó á decir el asistente.

— ¡ Mi pobre alazán ! interrumpió el Mayor con un suspiro, consultando el semblante de los que allí estaban, como si todos hubiesen conocido al alazán y debiesen participar de la visible pena con que le enviaba ese recuerdo.

— ¡ Alazán tostao, primero muerto que cansao ! mi Mayor, dijo Cámara con entusiasmo, asociándose con la mirada á un destello de orgullo que su exclamación hizo brillar en los ojos azules del Mayor. Y los dos parecieron comprenderse, evocando un recuerdo común de gloria y de tristeza, que los demás no podían conocer.

Al oír hablar de un caballo, sin embargo, la impasibilidad de la fisonomía de los huasos se iluminó con un rayo de inteligencia, como si se les hablase de repente en español claro y popular, después del lenguaje estratégico del Mayor, que sólo habían comprendido á medias.

— Cuando llegué á la trinchera, prosiguió Cámara, toditos estaban callados como si estuvieran oyendo misa. Mi capitán Millán me hizo señas que me colocase en la fila. Mirando por encima de la trinchera se divisaban las puntas de las bayonetas de los godos, que venían avanzando á paso redoblado. Mi capitán Millán y mi capitán Astorga, dos guapazos, ¡ Ave María ! dijeron : « Atención, muchachos, á la voz de mando y apuntar bien al pecho ; no hay que perder balas. » Nadie chistaba. Entonces nos mandaron : « Apunten, fuego », y comenzamos á disparar tupidito.

Animándose por grados, Cámara, daba forma á los vividos y frescos recuerdos de las escenas del sitio en que había sido actor, con el lenguaje pintoresco del campamento y esa singularidad de voces y de pronunciación, con que la gente del pueblo ha formado un idioma peculiar, que tra-

ducido ortográficamente en la escritura, sería difícil y engorroso de leerse.

— Los godos venían avanzando tan engreídos, porque creían que les tendríamos miedo y no nos animaríamos á tirarles. Pero mi General había mandado elevar en las trincheras los estandartes con banda negra, para enseñarles que no había cuartel. Á la primera descarga, una porción de godos quedaron con la barriga mirando al cielo, y los que no cayeron, corrieron á esconderse en las bocacalles y en las puertas de casa. «Avancen, no más, godos cochinos», les gritábamos nosotros. De todas partes se oía la sonajera de tiros, donde estaban también peleando de lo bueno en las otras trincheras. El ruido era de dejar sordo. Luego volvieron los que teníamos al frente á atacarnos de nuevo y nos mataron unos cuantos soldados. Mi capitán Astorga y mi capitán Millán tomaron los fusiles de dos muertos y empezaron á tirar duro también, y nos enseñaban á apuntar. Á cada maturrango que caía, todos gritábamos «Viva Chile», para jalear á los godos. Como veían que estábamos firmes, nos dieron entonces una carga de caballería. Mi teniente Maruri, que estaba en la artillería, les apuntó él mismo y les hizo disparar los tres cañones á un tiempo, cuando los jinetes llegaron cerca de la trinchera. ¡Ave María, señor, con el desparramo que hicieron! Los godos caían como moscas y los de á caballo echaban á correr, como si hubiesen visto al maldito.

Cuando estábamos volviendo á cargar los cañones, catei que llega nuestro general O'Higgins con sus ayudantes. «Mirá, Cámara, todavía estáis vivo vos», que me dijo mi Mayor, pasándome un cigarro. — Cómo no, pues, mi Mayor, que le dije; yo soy de *luma* pues, á mí no me entran el diente así no más. «Toma, entonces, un trago para refrescarte, que me dijo mi Mayor, pasándome un cachorro con aguardiente, que sacó de las alforjas, ¡de lo rico!»

— Así fué, dijo Robles, con la vista perdida en el espacio, como mirando allá, á la trinchera sangrienta, donde había tenido lugar aquella escena.

Cámara, entre tanto, como en recuerdo del trago al pie de la trinchera, en el fragor del combate, apuró un vaso de chacolí, mirando á Marica con ojos conquistadores.

— Los pícaros godos, dijo Robles, habían hecho una trinchera frente á la nuestra, ¿no es así, Cámara?

— Así no más fué, mi Mayor, y entonces mi general

O'Higgins mandó que se formase un piquete de ataque para ir á tomarles esa trinchera. «Teniente Ibáñez y subteniente Maruri, que les dijo mi General, á ustedes les doy la preferencia; vayan á tomarse la trinchera. Ahí están los Talaveras al mando de San Bruno, que se creen más guapos que nadie. Descojan ustedes cien hombres, que les dijo, y vayan á hacerles ver que los soldados chilenos son más guapos que ellos».

Cuando estaban señalando los hombres que habían de hacer la salida, yo le pedí á mi Mayor que me hiciese nombrar, y así conseguí marchar con ellos. Apenas estuvimos todos listos, mi General mandó hacer una descarga de artillería y detrás del humo echamos nosotros á correr sobre la trinchera enemiga. Los godos casi se fueron de espaldas al vernos llegar como una exhalación, menudeándoles con las bayonetas y con los puñales. Pero nadita *falsos* que eran los pícaros, y nos gritaban, barajando cuando podían: «Rendirse, traidores». Toma, rendirse, le dije á uno, y le clavé la bayoneta en el pecho, y antes que pudiera decir ¡Jesús! le enterré también mi belduque en la barriga. El oficial godo que los mandaba, ¿cuando menos sería ese mentao San Bruno? observó, interrumpiéndose, Cámara.

— Él había de ser, dijo el Mayor, apoyando la suposición de su asistente, porque los Talaveras estaban en la calle que va para el sur.

— Ese oficial es guapazo, para qué mentir, prosiguió Cámara. Como un condenado animaba á su tropa y repartía sablazos á los que reculaban. Pero mi teniente Ibáñez y mi alférez Maruri eran más guapos todavía. No sólo nos animaban gritándonos: «¡Pegar fuerte y tupido, muchachos!», sino que al godo á que se acercaban era hombre muerto. Así no más nos tomamos la trinchera é hicimos una buena matanza de godos. Lueguito nos pusimos también á echar al suelo la trinchera, como podíamos. Pero los maturrangos volvieron á la carga con más gente. Mi teniente Ibáñez nos gritó entonces: «Llevémonos los cañones, muchachos.» ¡Pies para qué te quiero! dijimos todos, y nos amarramos á las cureñas y echamos á correr para la plaza. Cuando nos alcanzaron, ya estábamos cerquita de nuestra trinchera, y nos metimos al patio de una casa. Endei nos volvimos á agarrar con los godos y échale tiros y sablazos y puñaladas, hasta que los hicimos correr, y nos metimos á la plaza con uno de los cañones conquistados. ¡Buena la gritería

entonces de ¡Viva Chile! ¡mueran los godos! con que nos recibieron los compañeros! Llegábamos á llorar de gusto. Y el calor y la sed que teníamos, ¡Ave María, señor!

Hubo un silencio, mientras Cámara apuraba un nuevo vaso de chacolí. Un soplo de entusiasmo pasó entre todos los que poblaban la pieza. El mayor Robles, con ademanes que dejaban ver debajo de su pecho un chaleco azul con botones militares, única prenda que había conservado de su uniforme,

— ¡Así se defiende á la patria, muchachos! exclamaba con voz de mando, como si le pareciese estar todavía en los heroicos días de la defensa de Rancagua.

Luego añadió, después de bajar con pausada dignidad la mano que había alzado hacia el techo, para dar más fuerza á su exclamación :

— Todo el día siguió el combate.

— Y niunita trinchera aflojaba, los godos debían estar que se los llevaba el diablo de rabia, agregó Cámara.

— ¡Bandera negra no más en todas partes! repuso el Mayor. Siga contando asistente. Hasta á mí me está entreteniendo.

Dicho esto, Robles tornó á la dignidad del silencio, que le parecía cuadrar más bien con la importancia de su graduación militar.

— Todita la noche nos llevamos en vela, pita que pita, para no dormirse y que no se nos entrasen los godos. Al otro día siguió lo mismo la pelea. Los muy pícaros nos habían cortado el agua, y á medio día bramábamos de sed. También decían que las municiones se iban acabando. Todas las desdichas á un tiempo; pero ni uno echaba pie atrás. Cuando de repente, casi nos caímos de espaldas, con un ruido monstruo, que parecía que se venía el cielo abajo. Después vimos que había sido el parque de municiones, que estaba en la plaza y que se había prendido fuego. Unos decían que iban á venir refuerzos de Santiago; pero nadie llegaba. Ya todos teníamos dolor en los dientes, con tanto morder cartuchos. No había agua ni siquiera para mojar los escobillones y mojar por adentro las piezas, que estaban como fuego de calientes. Eso era por la mañana; pero cuando el sol estuvo alto, los cartuchos y las municiones de cañón se nos habían acabado, mientras que los godos seguían tirando. Yo vi algunos compañeros que lloraban de rabia. « No hay que desesperar muchachos, decía mi Capi-

tán, todavia nos quedan las bayonetas para ensaltar á los godos cuando salgamos ». Á eso de la una, ya no salia ningún tiro de nuestro lado. Yo me había sentado á descansar, cuando sentí detrás, la voz de mi Mayor que me llamaba. « Vení conmigo que me dijo, ya está avisado tu Capitán ». Mi Mayor me llevó entonces adonde estaba mi General, sin decirme una sola palabra en el camino.

— Yo estaba seguro de usted, asistente, y no me gusta perder palabras. Mi General había dicho cuando vió que faltaban las municiones : « Hay que mandar donde Carrera á pedirle municiones. ¿Quién conoce un hombre seguro y valiente, para que lleve una carta al General? Yo, mi General, le dije. « Hágalo venir ».

Robles se puso á encender su mechero, para indicar que había concluído su explicación, y prendió en él un cigarro.

Cámara continuó :

« — Mirá hombre, que me dijo mi General, « ¿te animáis á salir de la plaza, á llevar una carta al general Carrera? » Como no, pues usía, si me animo, que yo le contesté. « Tomá este papel me dijo mi General. ¿Sabes leer? » No usía. « Si te pillan al salir, trágate el papel. Si no te pillan busca al General en jefe, que ha de estar en alguna parte, por el camino de Santiago, y le entregas el papel, y me traes la contestación. Apúrate en volver, ya sabes que no tenemos municiones para seguir peleando ». « Sólo que me maten no estaré de vuelta », que yo le dije. Saltando tapias y pasando por los tejados, salí de la plaza sin que nadie me viera, y me puse á andar por los potreros, preguntando cuando salía al camino y topaba con alguien. Allá, en lo Cuadra, vine á encontrar la división de mi General en jefe, y le entregué el papel á mi General. Todo el mundo me hacía preguntas, y les conté lo que pasaba en la plaza. Después que me dieron de comer, me llevaron otra vez donde mi General en jefe, que me dió un papel. « Llévale eso al general O'Higgins, que me dijo no más, date prisa y que no te vayan á pillar los enemigos ». De vuelta, caminé todavía más ligero que á la ida, y á las dos de la mañana entregué la carta á mi general O'Higgins. Al amanecer principieron á repicar las campanas para anunciar que iban á venir mi General en jefe y su hermano don Luis, con la tercera división, á socorrernos. Más tarde se oyó una gritadera en la torre de San Fran-

cisco, y todos empezaron á decir que ya llegaba el socorro. ¡ Buena cosa el gusto grande que todos teníamos ! Á los que les quedaban cartuchos empezaron á tirar de lo bueno á los godos. En eso nos llevamos más de una hora, hasta que avisaron los que estaban de centinela en la torre de San Francisco, que las tropas que se habían divisado, se volvían para atrás. ¡ Aquí fué la aflicción otra vez, cuando ya nos creíamos victoriosos ! ¿Para qué hablar, pues, de los reniegos que todos echábamos ? No se oían más que *ajos* por todas partes, contra los cobardes que nos abandonaban así á la muerte. Los godos no perdían tiempo en el intertanto, porque habían prendido fuego á las casas que estaban cerca de las trincheras, y todas empezaban á arder. Las calles se habían puesto como un infierno, llenas de humo que dejaba ciego. Entonces oímos una corneta del lado de los godos. « Parlamentario es ese », dijimos todos, y luego divisamos un oficial con dos soldados, que venían por la calle de San Francisco, y traían bandera blanca. El abanderado Ibieta, de nuestra trinchera, que tenía un brazo bandeado, levantó para arriba la bandera negra con el otro brazo, y todos gritamos : « Nadie se rinde, ¡ Viva Chile ! » Y les hicimos una buena descarga con los últimos cartuchos que nos quedaban.

— ¡ Así se defiende á la patria, caramba ! dijo con voz de mando al mayor Robles, dominado por el entusiasmo de los gloriosos recuerdos.

El posadero volvía á servir chacolí, mientras que Cámara, que aprovechaba cada pausa para beber, empinaba el vaso y olvidaba, dominado también por los recuerdos, de lanzar una nueva mirada á Marica.

— Siga, asistente, siga, le dijo Robles, bebiendo también y golpeando la mesa con el fondo de su vaso : ¡ para que vean éstos como pelean los defensores de la patria !

— Entonces, mi general O'Higgins, que había visitado nuevamente las trincheras, mandó que llevasen todos los caballos á la plaza. Los godos se habían puesto más atrevidos, viendo que casi no les contestábamos al fuego. Cuando se llenó la plaza de caballos, mi General gritó que montase á caballo todo el que pudiese, y que nos abriéramos paso por el medio del enemigo. Todos querían montar de juro, y en un abrir y cerrar los ojos, no había caballo sin su jinete. Como yo le tuve que dar el mío á un oficial, mi Mayor me dijo : « Monte á las ancas asistente, el alazán nos

puede llevar á los dos y si nos voltean, moriremos peleando. »

Al oír estas palabras, Robles volvió á pasear su mirada llena de orgullosa satisfacción, sobre todos los oyentes.

— ¿ No fué así, mi Mayor? preguntóle Cámara.

— Así fué, asistente, siga no más.

— Mi general O'Higgins mandó entonces juntar las mulas que habían traído las cargas. Otros habían preparado la trinchera que daba á la cañada, para dejarnos salir. Por ahí echaron las mulas que se soltaron á correr y á corcovear, rabiosas que estaban con la sed, y detrás de ellas mandó mi General, todavía le oigo la voz: « ¡ Á la carga muchachos! » y todos gritamos: « ¡ Mueran los godos! ¡ Viva Chile! » y echamos á correr como celajes. De balde quisieron los godos sujetarnos, porque nos llevábamos todo por delante. Mi Mayor le dió un caballazo á un oficial que le hacía la puntería con una pistola, desde á caballo también, y lo echó á rodar por el suelo con caballo y todo. « Superior el alazán, mi Mayor, que le dije ». « El alazán es como su amo, que no conoce el miedo », que me contestó mi Mayor, y daba topazos á los godos de á caballo, como si estuviera en la vara de una chingana, ni más ni menos. Así, peleando, llegamos á la cañada, sin que pudieran sujetarnos. Con el ruido de los tiros parecía que más se animaba el alazán, porque iba de los primeritos. Cuando de repente, como que se para y mi Mayor le mete espuelas y le grita: « Adelante, alazán tostao, primero muerto que cansao ». Y el alazán, como si entendiera, ¿ no echó á correr otra vez, pues ? junto con todos los que no habían caído, porque quedaron montón en el suelo, con las descargas que nos hacían los godos. En menos de un cuarto de hora, ya los godos nos habían perdido de vista y les dejamos la polvareda no más. « Ya estamos salvados » que dije yo á mi Mayor, cuando, ¿ no se para de repente el alazán y se pone á temblar ? Entonces, yo le dije á mi Mayor: « algo tiene el alazán, mi Mayor ». « Seguro que algo tiene, apiémosnos ». Los dos saltamos al suelo, y todos los demás siguieron galopando. Cualquiera habría pensado que la bestia no esperaba más sino que nos bajásemos para caer al suelo. Al tiro, se le doblaron las piernas como yuyo, y se echó de lado, siempre temblando. ¡ Qué había de ser, pues! si le habían pegado un balazo en el encuentro y le salía la sangre como río !

—¡Buena cosa con la fatalidá! exclamaron algunos de los huasos, saliendo de su mutismo, por irresistible simpatía al caballo herido, lo que más les conmovía de aquella relación.

El Mayor miraba estoicamente, con sus grandes ojos azules hacia el techo, pero haciendo visibles esfuerzos para ocultar su emoción.

Cámara bebía un trago y lanzaba de nuevo miradas de requiebro á Marica, que no parecía tan impresionada como los huasos con la aciaga suerte del alazán, porque sonreía vagamente á la mirada del soldado.

—Así no más fué, pues, la fatalidá; ¡un caballo rico! exclamó Cámara, secándose los labios con una punta de su poncho. De balde quisimos taparle la herida con el pañuelo; nada. Sangre y sangre no más, como río, y el pobre alazán nos miraba, como pidiéndonos que lo aliviásemos, hasta que poquito á poco se le fueron nublando los ojos, nublando, nublando, y de repente dió un quejido y se quedó estirado; ¡muerto!

— ¡Vaya, patrón! ¡Qué diablos! dijeron los huasos en señal de pésame, mirando al Mayor.

— Esa se la guardo á los godos, exclamó con voz irritada el Mayor, ¡que pierda mis charrateras si no me la pagan algún día!

Pálido y descompuesto, con la penosa marcha á pie que había tenido que hacer para llegar de las inmediaciones de Rancagua á Talagante, Robles, con la diestra alzada hacia el cielo y la vista inflamada por la sed de venganza, daba á su imprecación amenazante toda la fuerza del juramento de Aníbal.

Muerto el alazán era preciso resignarse á huír á pie.

— Mi Mayor, había dicho Cámara, para arrancar á su jefe de su melancólica contemplación del alazán difunto, con su venia, á Los Canelos nos vamos. Ei le pediremos caballos al patrón don Alejandro, y nos iremos á la ciudad á buscar nuestro cuerpo.

El plan del asistente era sencillo y práctico á un tiempo. Los Canelos, el hermoso fundo de don Alejandro Malsira, á corta distancia de Melipilla, era la cuna de aquel intrépido hijo del pueblo, fruto de un desliz de ña Peta, que había crecido en la familia de don Alejandro. Ña Peta, enviada como ama de leche á Santiago por don Alejandro á su cuñado don Jaime Bustos, para criar

en secreto, por allá en la Cañadilla, al otro lado del río, á un vástago ilegítimo de este indeciso magnate, había llevado á su chiquillo. Á los catorce años, el rotito, con los instintos nómades de su raza, andaba de pueblo en pueblo, rodando tierras, como él decía, trabajando si le faltaba con que comer, pero con más frecuencia jugando á las *chapitas*, con vagos y con rateros, en los callejones apartados de los pueblos que recorría. Las chapitas, como todo juego de azar, traen frecuentes riñas entre la gente del pueblo. En ellas había ejercitado Cámara su natural belicoso. Esa mezcla del conquistador hispano-arábigo y de araucano que ha formado el roto chileno, el más indómito de los hijos de la « virgen América » cantada por el poeta, tiene el vértigo de la sangre : un placer endemoniado, que total y felizmente ignora la clase culta, que puebla la tierra conquistada por Valdivia. Cámara, hijo de un español plebeyo que le había legado su singular apellido, y de una huasa cuarterona de araucano, había sentido desde su primera reyerta seria, jugando á cara ó cruz, un encanto fascinador al dar su primera puñalada. Sin ser ingénitamente malo, con grandes dotes de corazón, siendo capaz de nobles arranques de abnegación y de cariño, le gustaba la sangre. El huracán revolucionario lo encontró así, preparado para empuñar el fusil y lanzarse á la contienda. Alistado como voluntario en el ejército que marchó al sur á detener la invasión de Pareja, fué distinguido desde los primeros combates por el capitán Robles, de cuya compañía formaba parte. Su temerario arrojo y lo festivo de su carácter, le hicieron conquistarse la viva simpatía de aquel oficial fanático por la patria, para el cual, el peligro tenía una fascinación irresistible. Después de la sorpresa de Yerbas Buenas, cuando los expedicionarios chilenos, que acababan de combatir, en medio de las tinieblas de la noche, con todo el ejército realista, se vieron atacados por la avanzada de Elorreaga, al llegar de vuelta al Maule, fuéles menester heroicos esfuerzos de pujanza para poder cruzar el río, conservando algunos prisioneros y una parte de las armas arrebatadas al enemigo en el combate nocturno. Llegados al campamento de Carrera, Cámara se había presentado al capitán Robles con su trofeo de dos fusiles y un soldado español, que traía al *pegual* después de haberlo tomado á lazo en los últimos momentos del combate.

— ¿Cómo se llama usted, amigo? le habia dicho Robles.

— Cámara, mi Capitán.

— Cámara no más, así pelado.

— Cámara, pelado, mi Capitán.

— Soldado Cámara, repuso el oficial con solemnidad, usted se ha portado como buen chileno, desde hoy lo tomo por asistente

Cámara, sin manifestar orgullo por aquel elogio, impasible al anuncio de la distinción con que Robles pensaba haberle favorecido, se limitó á preguntar, mostrando al prisionero que tenía enlazado al pegual de su montura.

— ¿Y qué hago con este godo, mi Capitán?

— Al potrero, dijo Robles, como si se tratase de un caballo.

En el campamento se había señalado un potrero, cerrado apenas con pirca de piedra, para guardar los prisioneros de guerra que acababan de traer los de la expedición de Yerbas Buenas.

En el roce continuo de la vida de campamento, con los peligros arrostrados en común en los combates, ora felices, ó adversos, que terminaron desastradamente con el desgraciado cerco de Chillán, aquellos dos hombres, el jefe y el subalterno, se habían unido, sin pensarlo, por un afecto singular y profundo. Robles, que en los encuentros frente á Chillán se había conquistado, por su arrojo, el grado de sargento mayor, era buen juez en materia de coraje militar. Cámara, risueño y chistoso en los más grandes peligros, tan temerario en el ataque, como remiso al toque de retirada, era para el nuevo Mayor el ideal del combatiente. Su alma de héroe antiguo, con ingenuidades de niño al mismo tiempo, y un amor propio superlativo y cándido, había hecho del asistente un ser de predilección. El Mayor se figuraba que Cámara se inspiraba en su valor, para arrostrar la muerte con alegre impavidez; que ese soldado era una creación de él, mayor Robles; que él le servía de ejemplo al cargar contra el enemigo, montado en su alazán, lanzando imprecaciones descomunales sobre los sarracenos. Esa convicción lo llenaba de indulgencia por las travesuras y calaveradas de Cámara, en todo lo que no tocasen á la disciplina militar, el Arca Santa del Mayor. Cada vez que Cámara iba á robar gallinas por los alrededores del campamento, para hacerle una cazuela, de la qne el ladino roto se reservaba la mejor parte, Robles califica-

ba aquello de « ¡ bonita diablura ! » con algo que semejaba vagamente á una sonrisa, la más grande manifestación de alegría, que su rostro enjuto y apergaminado, era capaz de dejar aparecer. En punto á debilidades de las que el mismo Júpiter no estaba exento, sobre que llegaban con frecuencia quejas al Mayor contra su travieso asistente, Robles, á quien nadie conocía un amorcillo, guardaba siempre una reserva austera.

— Asistente, le decía en tono sentencioso, acuérdese que por nuestra madre Eva perdimos el *Pareiso*, y que por andar detrás de las mujeres, el que menos tropieza, cae de bruces.

Cámara correspondía al afecto paternal de su jefe, con la abnegación inteligente del perro al que han dado á guardar un niño. Dispuesto por él á todo sacrificio, cuidándolo con filial solicitud, formulaba, sin embargo, su juicio sobre Robles en pocas palabras.

— ¡ Tan inocente que es mi Mayor, cualquiera se la pega !

Los dos habían llegado á Talagante demasiado exhaustos con su larga marcha, para continuar en el mismo día camino de Los Canelos. Contreras les había ofrecido generoso hospedaje, con la promesa de Cámara de que su antiguo patrón don Alejandro Malsira, le pagaría más tarde.

— Para allá vamos, había dicho el soldado, y ya se sabe que mi patrón no es nadita piedra azul. Así no más que sepa que usted ha alojado á mi Mayor y me ha alojado á mí, seguro que le paga.

— Bueno pues, el Mayor me dará un papelito para don Alejandro.

Cámara, para terminar su relación, contó que : asilándose en los ranchos, ó escondiéndose en los potreros, habían logrado sustraerse á la vigilancia de los curiosos, ó de los que por miedo á los españoles, habrían podido denunciarlos y cómo, no lejos de Talagante, había cambiado el traje militar por los vestidos de paisano, que malamente los cubrían á su Mayor y á él.

Llegada la noche, los huasos se despidieron, ofreciendo caballos á los dos viajeros para que pudiesen trasladarse á Los Canelos. El posadero tuvo cuidado de *rayarles* en su libro de cuentas, á cada cual, el número de vasos de chacolí que habían bebido y acomodó á sus huéspedes para

que pasasen la noche, colocándoles camas en la misma pieza en que se encontraban. Para el Mayor hubo un colchón y una almohada en un almofrez comido de ratones. Para Cámara, algunos pellones, con una enjalma como almohada. Mariquita había empleado el más activo comedimiento para arreglar, ayudando al asistente, la cama del Mayor y encontrado pretextos cómo prolongar su permanencia en la sala, mientras que Robles se informaba del posadero sobre el camino para Los Canelos y acerca del espíritu de los habitantes de la localidad. Al darse las buenas noches, Cámara habia encontrado medio de deslizar al oído de Marica.

— Déjeme abierta la puerta de su cuarto, tengo un secreto que decirle.

— ¡Cuando menos! ¡cante no mas! contestó la lozana chica, reprimiendo, no sin sonreírse, un atrevido ademán con que el soldado, hombre de acción, había acompañado sus palabras.

Mas tarde, cuando el Mayor se puso á roncar, con entonaciones de trombón, Cámara se levantó en puntillas y llegó á la puerta que conducía á las habitaciones del posadero y de su hija. Al hacer cautelosos esfuerzos para abrirla, se convenció de que Contreras, como hombre precavido, la había cerrado con llave.

— ¡Hijuna grandísima!... murmuró entre dientes, volviéndose á su dura enjalma y á sus pellones.

Un gallo, á lo lejos, entonaba su canto de triunfo, tomando por los primeros fulgores del crepúsculo, el pálido reflejo de la luna menguante, que venía á poblar los campos, con las sombras fantásticas y las luces opacas de los cuentos de brujas.

IX

Abel habia recibido al llegar á su casa el pasaporte para él y su criado. El coronel Laramonte quiso con este presuroso envio, evitar que más tarde, las consecuencias de la comisión que había encargado á San Bruno de impedir que el joven llegase al dia siguiente á la hacienda á reunirse con su familia, pudiesen hacer sospechar á Malsira que él habia procurado retardar su salida de Santiago.

Antes de las cinco de la mañana los dos amigos se pu-

sieron en marcha. Manuel Rodríguez, en su vida de conspirador, había alcanzado una suprema maestría en el arte de difrazarse. Para poner su aspecto de acuerdo, en lo posible, con las señales del de Argomedo, habia copiado del modelo, sumido en profundo sueño, lo más carecterístico de su fisonomía. Por otra parte, la tradicional vaguedad de esas señales, servía también á su propósito. «Color blanco, pelo negro, barba íd., ojos íd.» decía el pasaporte. El rostro del revolucionario podia corresponder á esa descripción sumaria. Detenidos los amigos en uno de los puestos militares, establecidos por los españoles en las vías de salida de Santiago, el sargento encargado de verificar la identidad de los viajeros, no encontró nada que objetar.

— Estos godos, dijo Rodríguez, cuando se hubieron alejado, se figuran que con semejantes precauciones van á afianzar su conquista.

Apenas se hallaron fuera de la población, apuraron el galope de sus caballos. En aquella mañana de primavera la naturaleza estaba de fiesta. Todo tenía una sonrisa, como una chica que va á su primer baile. El aire fresco, las hojas nuevas, el pasto que empezaba á tender su verde alfombra en las laderas, esmaltado con los brillantes del rocío, las aves que entraban á la existencia independiente, acabadas de saltar del nido materno, ensayando sus primeros trinos. Era un himno de gracia y de alegría, de esos que la madre tierra entona todos los años, como haciendo burla á los que se hallan lejos del encantado palacio de la juventud y que nunca volverán á encontrarse en la fiesta de su primavera. Los dos jóvenes trotaron largo rato sin hablar, perdidos en sus reflexiones. El movimiento es aislador. El espíritu se aprovecha del sacudimiento del cuerpo para emanciparse de su consorcio con la materia y desplegar sus alas en la región de la fantasía. Para Malsira, esa región la ocupaba toda entera la imagen de la viudita. Llevaba en el pecho esa marca de fuego, que los ojos de las mujeres imprimen en el corazón de los hombres sentimentales. La brisa de la mañana le traia en sus besos leves las ondas tibias de la atmósfera del baile y le brindaba ese regalo de los ojos: los torneados hombros, el seno palpitante de la compañera de baile. Todo resplandecía, engalanado con la magia del recuerdo.

El pensamiento de Rodríguez giraba entre tanto en un mundo más severo. Deteniendo el trote de su caballo, em-

pezó á seguir en voz alta, las reflexiones que le había sugerido el examen de los pasaportes y la confrontación á que acababan ambos de ser sometidos. No podía negarse, según él, que la patria había recibido en Rancagua un tremendo golpe. Pero ese golpe, decía, no era de muerte. Los pueblos no mueren como los individuos. La atmósfera vital es la libertad. Todo pueblo oprimido lucha incesante por conquistarla, á la manera de todo ser viviente, que tiene que buscar el aire para respirar. De ahí la necesidad de la lucha, y Chile, afirmaba el tribuno con la solemnidad de un profeta inspirado, luchará hasta ser libre é independiente.

Se habían detenido un momento para encender un cigarro. Rodríguez, olvidándose que el mechero prendido de un solo golpe de eslabón humeaba entre sus dedos, extendió el brazo en ademán magistral, como para hacer resonar su vaticinio de emancipación, allá en las cóncavas quebradas de la cordillera, y por medio de un semicírculo, trazado con la mano en el espacio, llevaba después la noticia de la buena nueva hasta la orilla del mar, más allá de los cerros centrales, que les ocultaban el horizonte. Pasando entonces á la catástrofe reciente, entraba á discutir la inacción del general en jefe y de su hermano don Luis en presencia del sitio de Rancagua. Se preguntaba: ¿por qué no habían atacado al ejército sitiador? ¿Por qué llegados con sus tropas hasta iniciar cerca de la cañada un tiroteo, se habían retirado sin tentar el ataque, abandonando á los sitiados al sacrificio? Su emoción de patriota hacía vibrar su voz, que tomaba un acento justiciero. Aunque partidario de los Carrera, se adelantaba con indignación al fallo de la historia y no encontraba ninguna circunstancia atenuante para aquel abandono inaudito. Luego, exaltado hasta el lirismo, dejando andar el caballo al paso con la rienda suelta, pintaba el heroísmo de la defensa, daba unidad á las relaciones que los fugitivos habían dejado en Santiago, exaltaba el valor incontrastable, la serenidad arrogante, la constancia invencible, el estoico desprecio de la muerte de jefes, oficiales y soldados: una falange de héroes, desde O'Higgins hasta el último combatiente, dispuesta á rendir la vida en aras de la patria. Con tales defensores, no era posible desesperar del porvenir. El puñado de vencidos de Rancagua se transformaría en legión, al soplo de ese huracán de independencia, que

sacudía á la América entera. Además, observaba el tribuno, los españoles, con sus horrendas crueldades al entrar á la plaza desamparada, habían hecho imposible toda reconciliación entre realistas y patriotas. La bandera negra de los mártires de Rancagua, tendría que ser el signo de la guerra futura entre los dos bandos: la guerra á muerte, sin cuartel y sin piedad.

— Los llegados de Rancagua, dijo, hablan de un capitán San Bruno, del regimiento de Talavera, como el inspirador de las atroces crueldades cometidas. Por su orden se fusilaban á las mujeres y á los niños. Por su orden se puso fuego al hospital de sangre de los sitiados y se impedía salir, con grande algazara, con golpes y atroces insultos, á los heridos que ahí habían sido dejados, hasta que todos perecieron entre las llamas. ¡Las manos calcinadas de muchos de esos infelices habían sido encontradas en las rejas de las ventanas del edificio!

Un clamor de venganza y de maldición eterna, continuaba diciendo Rodriguez, se levantaría de un confín á otro del país y tendría que hacerse sentir tarde ó temprano. El deber de los verdaderos patriotas era impedir que el tiempo y el terror de la opresión hicieran adormecerse, ó cobardemente ocultarse, el encono que los hermanos de las víctimas debían alimentar en el pecho, como una herencia de odio inextinguible contra los verdugos y encendedores de hogueras.

Más osado que la generalidad de sus contemporáneos, Rodriguez condenaba la política de aparente obediencia al rey de España. Se debían empuñar las armas, no con el pretexto hipócrita de conservar á los Borbones las perlas de su corona de Indias, codiciadas por Bonaparte, sino al grito franco y electrizador de independencia y de patria libre. No era la causa de los que habían oprimido á la América durante siglos, lo que podía, á su juicio, encender el entusiasmo, infundir el valor de la resistencia y exaltar los ánimos, hasta el paroxismo del sacrificio, como se necesitaba, para arrostrar los peligros de la lucha, abandonar los intereses materiales y llevar con ánimo entero y corazón sereno á los pies de la patria, familia, afectos, tranquilidad y existencia. Las palabras brotaban de sus labios en la forma ampulosa que revestía el lenguaje patriótico de aquella época; pero el tono de la voz, la acción enérgica y convencida, les daba el sello de una inspiración profunda

y conmovedora. Malsira lo miraba con entusiasmo y comprendía entonces la ruidosa popularidad de que gozaba el tribuno.

— Vamos galopando, dijo Rodríguez. Dió suelta rienda á su montura, como si corriese á reunir nuevos combatientes, cual si buscase en la rapidez de la marcha, un modo de acercar el tiempo en que debían, según su fe profunda, surgir del suelo, las huestes vengadoras y libertadoras.

Al cesar el galope, pusieron al paso sus caballos, para dejarlos respirar. Manuel Rodríguez, abandonando las alturas de la declamación, se tornó familiar y confidencial. Su propósito, al emigrar á Mendoza, era el de buscar recursos para volver pronto á Chile y empezar una campaña de montoneras. Dejar á los españoles en tranquila posesión del país, era desalentar para siempre al patriotismo, cegar la fuente de toda esperanza á los que quedaban bajo el dominio de los conquistadores y hacer estériles completamente, los sacrificios consumados, la sangre vertida en cien combates gloriosos para los patriotas. Un alzamiento de montoneras era indispensable para mantener vivo el amor á la independencia, alentando las esperanzas ocultas. Sin ese pábulo, el fuego, el sagrado fuego del amor á la libertad, tendría que extinguirse. Él se creía llamado á llenar esa misión de sacrificio por el bien común.

— Tu padre, dijo á Malsira, comprenderá mi plan y podrá secundarlo, como lo secundará Luisa, tu prima, manteniéndome al corriente de la situación de Chile, mientras yo me encuentro del otro lado de la cordillera. Este es el motivo que me lleva á Los Canelos. Ahí existe un depósito de algunas armas y yo necesito saber dónde encontrarlo á mi vuelta, aun en el caso que no me fuera posible entonces ponerme en comunicación con don Alejandro.

Un nuevo galope, más largo esta vez, los hizo llegar á las inmediaciones de Talagante. Al doblar un recodo del camino, divisaron cuatro jinetes á cierta distancia, uno de ellos solo, en medio, los otros tres, detrás como á diez varas del primero. Los cuatro permanecían inmóviles, como en facción, esperando algo que debía venir. Naturalmente, la presencia de los jinetes despertó la curiosidad de los jóvenes. El traje militar que vestían, les dió el presentimiento de que no los dejarían pasar sin un interrogatorio suspicaz. Mientras avanzaban hacia ellos, Rodríguez y Malsira tuvieron tiempo de comunicarse sus impresiones. Se-

gún Rodríguez, aquellos cuatro militares, apoderados así del camino, tenían misión de detener á alguien especialmente.

— No será á nosotros, puesto que yo no estoy perseguido, y que nadie puede figurarse que tú andas por aqui, dijo Abel.

— Pero los que te han dado el pasaporte saben que tú debías pasar hoy por este camino, y han podido muy bien suponer que, valiéndote de la mención de un sirviente, hecha en ese pasaporte, tú te hayas prestado á sacar de Santiago, y á facilitar la fuga de algún patriota comprometido activamente en la revolución.

— ¡Quién sabe!

— En las actuales circunstancias eso y mucho más es posible. En todo caso, el encuentro, por lo menos, parece sospechoso y es menester mantenernos en guardia. Por lo que hace á mí, te diré que si me quieren detener por violencia, me defenderé y haré todo lo posible para escaparme.

Habían hablado rápidamente y avanzaban al paso, fumando, para darse aire de tranquilidad. Cuando se encontraron á poca distancia de los militares, Abel Malsira reconoció al capitán de Telavera, cuya fisonomía lo había profundamente impresionado la noche anterior.

— El de adelante es San Bruno, dijo á Rodríguez en voz baja, pero que traicionaba la sorpresa.

— ¡Qué te decía! le contestó su compañero. Si quieren apresarnos defendámonos. Somos tres contra cuatro. Estamos armados, y si tu mozo no tiene pistolas debe tener cuchillo.

— Seguramente.

Cuando la distancia entre unos y otros se había reducido á unos pocos pasos, San Bruno dijo con voz de mando:

— ¡Alto!

Los dos amigos continuaron su marcha, como si no hubiesen oido. Rodríguez llegó á volver la cabeza hacia atrás, como para ver si esa orden se dirigía á otras personas.

— ¡Alto! repitió San Bruno, acompañando esta vez su mandato con la más enérgica interjección de la lengua.

Los jóvenes se detuvieron y Rodríguez exclamó fingiendo gran sorpresa:

— Yo creia que esa orden era para algún otro que viene detrás.

— ¿Quiénes son ustedes? preguntó San Bruno, sin hacer

caso de la exclamación con que Rodríguez parecía querer disculparse.

— Y usted, ¿quién es para preguntarlo? contestó Rodríguez.

La voz, al decir esto, tenía un acento de energía, que no dejaba de formar contraste con la contextura en apariencia delicada del joven.

El Capitán lo miró con desprecio: la mirada del pugilista de profesión, que se ve desafiado por un enano. Sus labios descoloridos dibujaron una sonrisa de orgullo, que contrajo con feas arrugas las mejillas pálidas á las que la trasnochada y el viaje habían puesto lívidas.

— Yo, señor curioso, soy el capitán San Bruno, un servidor de su majestad el Rey de España y señor de esta tierra, á quien Dios guarde.

El semblante del revolucionario sufrió una metamorfosis completa. La vista, altanera hacía un instante, tomó una expresión casi de humildad, que pareció iluminar todas sus facciones con el reflejo de una súbita satisfacción.

— ¡Ese es otro cantar! dijo sonriéndose con inimitable candidez: si le sirve al Rey nuestro señor, estoy con usted; yo me figuraba que era... cómo le diré, pues... En estos tiempos de guerra, ¡caramba! no hay que descuidarse con los ladrones. Por eso yo dije, pues: vamos hablando con *prosa* para que vean que no tenemos miedo.

— Á todo esto, replicó San Bruno con áspero acento, ustedes no han contestado á mi pregunta: ¿quiénes son ustedes?

— Yo me llamo Juan Argomedo, un servidor de usted, contestó Rodríguez, levantándose el sombrero por un lado como los hombres del campo.

— ¿Y el otro? preguntó San Bruno designando á Malsira, que se había quedado en silencio, sin comprender el plan que se proponía seguir Rodríguez.

— Este otro es conocido mío, pues, contestó Rodríguez con aire bonachón.

— Eso no pregunto yo. ¿Cómo se llama usted? dijo San Bruno á Malsira.

Este respondió con su nombre.

— Á ver los pasaportes, dijo San Bruno.

Los dos jóvenes entregaron sus papeles al Capitán. Después de examinarlos atentamente, dijo devolviéndolos:

— Están bien.

Volvióse entonces hacia Villalobos, que había permanecido á algunos pasos de distancia, conteniendo los bríos de su corcel.

— ¿Qué punto es el más cercano de aquí? le preguntó.

— Talagante, mi Capitán.

— ¿Qué es eso? preguntó San Bruno.

Un pueblecito de indios, respondió Manuel Rodríguez, como quien dice, aunque ya no hay más que españoles.

— ¿Qué población tiene?

— Cuando dejarán de haber como doscientas almas, ¿no? dijo contestando Rodríguez y dirigiendo su interrogación al cabo Villalobos.

El cabo le miró sin desplegar los labios.

— Allá nos iremos, dijo San Bruno, dirigiéndose á los dos jóvenes.

— Como nosotros vamos para Melipilla, por ahí hemos de pasar, dijo Rodríguez con aire de indiferencia.

No se había, sin embargo, escapado á su penetración, que las palabras de San Bruno envolvían una especie de orden. Con una mirada interrogó á Malsira, para ver si éste había hecho la misma observación.

Abel no hizo signo ninguno que manifestase haberle comprendido. Saliendo del silencio que había observado hasta entonces picó las espuelas á su caballo.

— Vamos andando, dijo, porque se está haciendo tarde.

En la manera decidida como el joven había hablado, se dejaba ver que Malsira no entendía recibir órdenes de San Bruno.

— Muy de prisa parece que va el señor Malsira, dijo San Bruno, animando su caballo y poniéndose junto al de Abel.

— Deseo llegar á la hacienda de mi padre antes de que anochezca, contestó éste.

Rodríguez se mezcló en la conversación que iniciaba San Bruno.

— ¿No ve, pues, que los caminos no están buenos ahora? Dicen que los derrotados de Rancagua andan salteando que da miedo.

— Muy propio es eso de insurgentes, observó San Bruno.

— Para eso están buenos, añadió Rodríguez, no se contentan con faltar el respeto á Su Majestad, sino que se ponen á saltear. ¡Vaya con la gente, señor!

San Bruno lo miró, como para descubrir si aquel lenguaje era sincero.

Sabia que muchos chilenos se conservaban fieles todavía al gobierno del Rey. El Argomedo del pasaporte podía ser uno de ellos. Sin admitirlo como seguro, sin embargo, el Capitán pensó que para cumplir su misión de detener á Malsira, las opiniones que manifestaba su compañero le ganarían por lo menos la neutralidad de éste, si llegaba á tener que emplear la fuerza.

— ¿ Y usted le tiene miedo á los salteadores, amigo ? le preguntó con tono protector, como interesándose por él.

— ¿Yo ? para que es mentir, pues ; no me gustaría que me asaltasen. ¿ A quién le gusta, pues ? ¿ Á nadie, no ? Y yo no me tengo por *falso*, la pura verdad.

Rodriguez, al hablar, ponía su tono y su pronunciación en armonía con su lenguaje. Cualquiera habría creído estar oyendo á un hombre del campo, con más medios de fortuna que cultura intelectual.

— ¿ Falso ? preguntó San Bruno, que no comprendía la acepción en que la gente del pueblo emplea esa voz.

— Sí, pues, falso, cobarde, si quiere, contestó Rodríguez.

Aquello pareció á San Bruno una jactancia del joven.

— ¡ Ah ! Usted no es falso, asi deben ser los súbditos de Su Majestad.

Rodríguez se puso á referir historias de salteos, más ó menos imaginarias, y con el propósito de adormecer la suspicacia del Capitán realista, encontraba medio de hacer alarde de grandes sentimientos monárquicos.

San Bruno, empeñado también por su parte en inspirar confianza á los jóvenes, se fingía cautivado poco á poco por el monarquismo de Rodríguez.

Llegados frente á la casa de Contreras, San Bruno detuvo su caballo y los demás siguieron su ejemplo. El posadero, de pie, en la puerta, los miraba con la indiferente frialdad, característica de la gente del campo, que desdeña, como los araucanos, de quienes tal vez lo han heredado, el descender á manifestar curiosidad.

— Vea, cabo Villalobos, si ese buen hombre puede darnos de almorzar. Dígale que somos del ejército del Rey.

El cabo se acercó á Contreras, mientras que San Bruno, dirigiéndose á los jóvenes y casi con una sonrisa de amabilidad :

— Espero que ustedes me harán el favor de almorzar conmigo, les dijo.

— Yo, Capitán, estoy de prisa y siento no poder aceptar, dijo Abel.

— Yo también, contestó casi al mismo tiempo Rodríguez, quisiera llegar pronto á Melipilla; ¡no ve que si se nos oscurece en el camino nos pueden saltear!

En el rostro del Capitán la sonrisa había desaparecido. Sus mejillas pálidas se tiñeron de súbito encarnado. El poblado entrecejo se había contraído al mismo tiempo. Todo en él anunció una violenta irritación. Sus ojos tomaron una expresión agresiva y mala.

— ¡Vaya! exclamó, no se hagan ustedes rogar, que no son mujeres bonitas, ni creo que sean insurgentes para desairar á un soldado del Rey, mi amo, y el de ustedes dos también.

No había medio de equivocarse. La invitación se había convertido en mandato. Rodríguez pensó que San Bruno, para hablar de tal modo, debía contar con una fuerza superior á la que ellos y el mozo de Abel representaban. Su naturaleza, flexible y serena al mismo tiempo, le aconsejó apelar á la astucia. Trabar la lucha en aquellas condiciones, sin conocer el número de sus enemigos, sin haber podido siquiera prevenir al sirviente, era comprometer la situación y exponerse á una catástrofe. Mientras reflexionaba de este modo, dirigía una mirada significativa á Malsira para decirle « aceptemos ». Al mismo tiempo le decía en voz alta:

— Yo me quedo, señor Malsira. Como habíamos de separarnos en Melipilla, lo mismo da que lo hagamos aquí. El señor Capitán me prestará después uno de sus soldados para que me acompañe, ¿no es así, Capitán? Yo prefiero almorzar con usted.

— ¿Qué dice usted señor Malsira? preguntó San Bruno al joven.

— Yo no quiero desairar á usted, Capitán; ya que usted lo desea, me quedaré también.

— Bien hablado, exclamó Rodríguez.

El sargento Villalobos había vuelto, mientras tanto, con la contestación afirmativa del posadero. Todos entraron al patio, separado del camino por una pared alta de adobón, y se bajaron de sus caballos. Contreras, con el sombrero en la mano, condujo al Capitán y á los dos jóvenes á una pieza que servía de comedor para los viajeros. Era ésta un cuarto grande, situado en una ala del edificio,

que formaba un ángulo recto con el cuerpo principal. Éste comprendía las habitaciones del posadero y de su hija y la sala cocina, donde habían sido hospedados el Mayor Robles y su asistente. Todo rústicamente edificado, con las vigas de álamo al aire, el suelo virgen por piso y sobre las paredes, revoques de barro y paja. El comedor para viajeros tenía su puerta sobre el patio y recibía además la luz por una ventana pequeña, con toscos barrotes de madera, colocada á cierta altura del suelo.

La mesa, de tablas de álamo, torpemente ensambladas, era un espécimen curioso de ebanistería primitiva. Las sillas eran de las llamadas de paja, obra del mismo posadero, que empleaba en fabricarlas los prolongados ocios en que la poca frecuencia de alojados, lo dejaba. Sobre algo que representaba el mantel, y que por lo sucio parecía datar de la fundación de la posada, Contreras puso tres platos hondos de loza lugareña, mal que mal, flanqueados de vasos, de cuchillos *belduques*, mellados en su largo servicio, y de tenedores, como boca de niño que está mudando la dentadura, desmolados. Pan candeal, oscuro como cara de indio, sal gruesa y húmeda, semejante á cascajo llovido, y ají en polvo, tan colorado como la irritación que ha de producir en el estómago, completaban los accesorios de la *mesa puesta*.

San Bruno, con afectada oficiosidad, señaló á los jóvenes los asientos que debían ocupar. Ellos se sentaron simulando indiferencia y tranquilidad absolutas, bien que no se las inspirase en manera alguna, la enigmática actitud del extraño huésped que les hacía los honores del festín. Contreras entró y puso sobre la mesa una gran fuente, de la la que el abundante vapor subía al techo en ondas provocadoras de apetito. Á uno y otro lado de la fuente colocó grandes jarros de chacolí y una botella de aguardiente.

— El valdiviano, dijo Manuel Rodríguez, aspirando el vapor de la fuente, debe estar de chuparse los dedos.

San Bruno les sirvió platos rebozando y llenó después el suyo. Los tres se pusieron á comer, soplando primero sobre sus cucharas y observándose sin hablar. Parecía que el silencio dejaba oir vagamente un ruido sordo de desconfianza, como el zumbido confuso de un moscardón, que en una pieza oscura cuenta á los ecos misteriosos la imposibilidad mortificante de no encontrar una salida.

X

Contreras había continuado insistiendo en que el mayor Robles y su asistente no esperasen en su casa la vuelta de San Bruno. Por más que sus simpatías lo inclinasen hacia los patriotas, sus intereses le aconsejaban una prudente neutralidad, que la presencia de los dos defensores de Rancagua podría seriamente comprometer.

— Y si el Capitán vuelve con más gente y llega á saber que ustedes son de los *redotados* de Rancagua, capaz que los *afusile*, les decía, como último argumento.

— Y ¿por qué ha de saber, pues? arguía Cámara, á no ser que nos vendan, y usted no es capaz de eso, ño Contreras.

— Yo no sé, pues, alguno de los que estuvieron aquí ayer, cuando mi Mayor y usted nos contaron lo del sitio.

— Pierda cuidado, amigo, ninguno de ellos tenía cara de traidor, replicó Robles, terciando en el debate.

Contreras acabó de confesar que temía por él mismo. Los españoles lo tratarían como insurgente si descubrían que hospedaba dos militares del ejército de la patria; lo tomarían preso, cuando menos le darían lo que él llamaba una vuelta de azotes, y le arruinarían su negocio. Él, hombre con familia, no quería exponerse á todo eso. Le gustaba servir á los amigos, pero no quería tampoco *fregarse* por ellos, según su propia expresión. Visiblemente amilanado ante los males que la presencia de sus huéspedes podía acarrearle, Contreras pasó de los argumentos á las súplicas, representándoles que no era posible que lo expusiesen á tremendas desgracias por haber tenido la bondad de hospedarlos.

El Mayor, casi vencido, consultaba á Cámara con los ojos. El asistente se había puesto serio. En su semblante juvenil, generalmente risueño, todas las facciones revelaban una intensa contracción del pensamiento.

— ¡Buena cosa, ño Contreras! exclamó, fijando en el posadero una mirada aguda y penetrante, como la punta del puñal que llevaba sujeto al ceñidor, sobre los riñones; ¡con que quiere que perdamos la ocasión de matar siquiera un godo!

— ¡Matar! ¡matar! gimió Contreras desesperado, arro-

jando al suelo su bonete maulino de *pan de azúcar*; ¡entonces quiere que nos *afusilen* á todos aquí mismito! ¡Vaya, mi Mayor! ¿cómo ha de permitir eso su merced? Y yo que los he alojado, ¡cuándo iba á pensar que me habían de pagar así!

La mirada encendida de Cámara había persuadido al posadero que aquél estaba resuelto á aprovechar, como él decía, la ocasión, y temblaba por las represalias. Su apelación al Mayor, que alzaba la frente, adusto como un juez del crimen y requería el atado, como para inspirarse en el contacto de sus charreteras, encontró un eco compasivo.

— Pierda cuidado, amigo, contestó. Cámara no matará á nadie; es mi subalterno y tiene que esperar mis órdenes. Yo mesmo me respeto mis mesmas *charrateras*, añadió, golpeando el atado con la diestra, y aunque no las llevo puestas, siempre soy el mayor Robles, y el mayor Robles, con ó sin charrateras, no tiene más que una palabra. No mataremos á nadie.

Contreras, tranquilizado, iba á recoger su bonete, cuando el asistente observó:

— Con la venia de mi Mayor, ¿y si los godos nos atacan?

— ¡Ah! ¡si nos atacan! esa es harina de otro costal.

— ¡No Contreras querrá que arranquemos cuando menos!

— ¡Ah! eso sí que no, amigo, el mayor Robles no arranca nunca, ¿entiende? Ningún enemigo le ha visto la espalda al mayor Robles. Yo mesmo me respeto mis mesmas charrateras, ¿oye?

El Mayor se dirigía á Contreras, como si éste lo hubiera insultado, como si él hubiese realmente dicho que debían arrancar ante los españoles, á los que de antemano parecía desafiar con la mirada.

El posadero, desesperado, se tiraba el pelo, que, como buen pelo de roto, no había miedo que se le quedara entre los dedos.

— Pero mi Mayor, ¡yo no he dicho eso! yo digo que si su merced y ño Cámara se fuesen ahorita, estarían más seguros que quedándose.

— Mi Mayor se queda por curiosidad no más de ver á los godos, dijo Cámara: no se aflija ño Contreras.

— Eso es; me quedo por curiosidad no más, hizo eco el Mayor.

— ¡Vaya! ¿quiere que le diga? repuso el asistente, nos

esconderemos allí en su cuarto para verlos por una endija cuando vengan, y si *dentran* al cuarto nos haremos que estamos durmiendo. Apenas se pongan á almorzar nos mandaremos cambiar al corral.

— ¿La purita verdad?

— La purita ¿no le digo?

Robles aprobó con la cabeza. El posadero, persuadido de que nada más podría conseguir de sus terribles huéspedes, se fué rezongando, á ver si divisaba á los militares realistas.

— Cuidado con hacer de las suyas, asistente, acuérdese que he prometido por mis charrateras que no hará ninguna diablura, dijo el Mayor cuando estuvieron solos.

Cámara, militarmente cuadrado, oyó la observación con aire de pasiva obediencia. Poco después, mientras su jefe encendía un cigarro, salió de la pieza. Para consolarse de no poder matar algún godo, iba en busca de Marica. Su más grave preocupación no lo alejaba jamás enteramente de la idea de lo femenil. Instinto de varón, con su ruda y robusta poesía, sin refinamiento ni sentimentalismo, invencible anhelo de la hembra, el fluido magnético que allá en las selvas hace lanzar al toro su mugido soberano, llamando á la compañera, buscando el complemento de su ser incompleto.

Marica, en la cocina, preparaba el valdiviano y la cazuela para los que debían volver. Sin preámbulo de ningún género, se inclinó hacia ella y le dió un ruidoso beso en plena boca.

— ¡Sosiéguese no más! ¡tan fresco que lo han de ver! exclamó ella, dando un feroz empujón al galán y riéndose á carcajadas, al verlo casi estrellarse contra la pared. ¡Tome! ¿no le gusta besar?

— Vea no más como recibe á los amigos; ¡qué enterada que es!

— ¿Pa qué me besa, pues? ¿pa qué es atrevido?

— Buena cosa; ¿y pa qué es mujer entonces si no quiere que la besen?

Más clemente después de esa manifestación de su fuerza, Marica no apartaba sino con flojo ademán los brazos de Cámara, que le habían rodeado la cintura.

— Hágase á un lado, mire que puede venir mi *tatita*, decía, defendiéndose, con una mirada, al mismo tiempo que no tenía nada de imperativa.

Cámara, que no se cuidaba de hacerse sorprender por Contreras en tan comprometente ocupación y satisfecho con el suave tono de súplica de la hermosa:

— Vea, le dijo, ¿quiere hacerme un servicio?

— Según y cómo, pues, ¿qué servicio?

— Présteme la llave del cuarto de ño Contreras.

— ¡La llave! ¿Para qué la quiere?

— Para esconderme con mi Mayor cuando lleguen los godos: está ya convenido con su tatita.

— ¿No me engaña? ¿ ciertito?

— Se lo juro.

Marica sacó una tosca llave de su bolsillo y la pasó al soldado. En ese instante llegó corriendo Contreras:

— Ya vienen, ya vienen, exclamó dirigiéndose á Cámara.

Los dos hombres salieron precipitadamente de la cocina y se dirigieron á la pieza donde el mayor Robles seguía fumando un cigarrillo tras otro, orgullosamente apoyada una mano sobre el atado que encerraba sus charreteras.

Esto sucedía pocos momentos antes que llegase San Bruno con su escolta, en compañía, ó más propiamente dicho, custodiando á Rodríguez, á Malsira y al mozo de la hacienda. El Capitán había resuelto detenerlos en casa de Contreras, empleando la fuerza si fuese necesario.

Contreras había vuelto á la puerta de calle antes que la comitiva hubiese llegado hasta ahí. Cuando todos entraron al patio, los dos militares patriotas, ocultos tras de la puerta de la pieza donde se hallaban, pudieron verlos uno á uno. El Mayor, impasible hasta entonces, miró á San Bruno y á los soldados con rabia. Al mismo tiempo el asistente, que con intensa curiosidad observaba á los recién llegados:

— Mi Mayor, exclamó en voz baja, uno de los de poncho es mi patroncito don Abel, y el mozo es ño Neira, un inquilino de la hacienda.

— ¿Y el otro?

— ¿El otro?...

Cámara repitió la pregunta, como el que quiere ganar tiempo para adivinar algo que vagamente sospecha, algo que se presenta medio velado á su espíritu, pero que siente que va á poder aclarar:

— ¿El otro? Aguárdese, mi Mayor... yo lo conozco... ¿dónde lo he visto? ¡ah, en la hacienda! pues, es don Manuel Rodríguez, pero está disfrazado.

— ¡Buen patriota! dijo Robles, mirando con simpatia al tribuno.

— Mire si hicimos bien en quedarnos, mi Mayor, repuso Cámara.

— ¿Pero qué andan haciendo esos caballeros con el godo San Bruno y sus soldados?

— Quien sabe si los llevan cautivos, mi Mayor. Sabrian que iban á pasar por el camino para Los Canelos y han venido á pillarlos á la pasada, ¿no le parece?

— Así será, dijo el Mayor, con la tranquilidad del que no gusta de martillarse el cerebro con grandes reflexiones.

Esto hablaban mientras los jinetes bajaban de sus cabalgaduras. Vieron que San Bruno y los dos jóvenes entraban al comedor, guiados por Contreras, y que el cabo, los dos soldados y el mozo que Cámara habia llamado ño Neira, se ocupaban de poner los caballos en unas pesebreras rudimentarias, que habia en el lado del patio opuesto al edificio de mediagua que ocupaba el comedor.

— Mi Mayor, dijo Cámara, que con grande atención habia observado todos esos movimientos, con la venia de usted, yo tengo mi plan.

— Á ver el plan, asistente.

— Como ño Contreras ha de traer aquí á los soldados á almorzar, usted, mi Mayor, se queda en el cuarto de dormir, aguardando. Yo me voy por el corral y vengo como si llegase de afuera, y me pongo á platicar con los godos. Si dicen que llevan presos al señor don Abel y al señor don Manuel Rodriguez, en un descuido me voy encima del cabo Villalobos y le ajusto una puñalada en el pecho para que no se mueva y damos al mismo tiempo la voz de alarma. Entre usted y yo, ¿cómo no hemos de ser bastantes para los dos soldados? *contimás* que ño Neira, que no es nadita falso, se ha de poner de nuestro partido, apenas me conozca. Con la griteria, es seguro que don Abel y su amigo caen tambien sobre el capitán San Bruno. Si ño Contreras quiere ayudarlos lo encerraremos, en su cuarto, para eso tengo aquí la llave. Entonces dejamos amarrados á todos los godos y nos mandamos cambiar en sus mismos caballos. ¿Qué le parece, mi Mayor?

Á medida que hablaba su asistente, Robles se maravillaba del ingenio con que habia improvisado aquel plan. Sin detenerse á examinar la verosimilitud de las suposiciones que le servian de base, no dudaba un instante de que todo

se realizaría punto por punto, tal cual Cámara lo había arreglado. Como todos los entusiastas por una causa, sólo veía el resultado: una victoria segura. Sería aquello un desquite, en miniatura, de la jornada de Rancagua, ofrecido á los manes del alazán tostado, muerto con la aureola de los héroes. Aquello de huír al fin en los mismos caballos de los enemigos, le parecía una diablura de genio. Pero de súbito le pasó por las mientes una sombra, que vino á nublar su satisfacción optimista. Con aire magistral del que ha descubierto algo muy importante:

— Pero asistente, lo de la puñalada no me gusta. Usted se olvida mi promesa al posadero. Mi palabra está dada y yo no puedo manchar mis propias charrateras.

— ¿Y usted, mi Mayor, le va á hacer caso á ese gallina? Quien no quiera ver lástimas no vaya á la guerra. ¿Entonces dejaremos que los godos se lleven cautivos á mi patrón don Abel y á don Manuel Rodríguez, un patriotazo como es? ¡Vaya, mi Mayor! Y todo para darle gusto á ño Contreras, que no es carne ni pescado, porque está con los godos y con nosotros al mismo tiempo.

El fuego con que Cámara defendía el punto de partida de su plan, la puñalada al cabo Villalobos, paralizaba el criterio del Mayor. Viéndolo vacilar el asistente añadió:

— Usted le prometió, mi Mayor, á ño Contreras que no le pegaríamos á nadie con cuchillo si no nos atacan. ¿Y si se llevan presos á los caballeros, porque son patriotas no más, es como si nos atacasen, pues, mi Mayor, no le parece?

— ¡Ah, si nos atacan, hay que defenderse, no hay remedio! dijo Robles, enteramente tranquilizado con el sofisma del asistente.

Los hombres del patio habían acabado de dar el pienso á los caballos, después de quitarles el freno, de aflojarles la cincha y de amarrarlos con cabestros en la caballeriza.

— Ya está, ahí vienen, mi Mayor, escóndase, dijo Cámara, que se escurrió con la agilidad de un acróbata, por la puerta que daba al corral, donde se hallaba la cocina. Marica, que espumaba el valdiviano, vió llegar al soldado como un proyectil de cañón y darle un tremendo beso al pasar:

— Adiós, lindura; ya vienen los godos, yo no los aguardo, pero vuelvo. ¡Cuidado con decirles quiénes somos mi Mayor y yo!

— Pierda cuidado, yo no soy hija de Judas, alcanzó ape-

nas á decirle Marica, evidentemente subyugada por la galantería expresiva y accionada del alegre rotito.

El mayor Robles, mientras tanto, se había ocultado en el cuarto del posadero, llevándose su atado y, con arreglo al plan de Cámara, aguaitaba.

Entonces vió entrar en la pieza que él acababa de abandonar á los que venían del patio. Precedíalos Contreras, con mirada y rostro inquietos, temiendo siempre que Cámara, á despecho de la promesa del Mayor, armase «una de Dios nos asista». Esta era la forma como traducía su pensamiento, algún atentado temerario del asistente. Con marcada deferencia por el cabo Villalobos, le dió la silla que había ocupado el Mayor. El cabo tomó la silla, dándose aire de importancia jerárquica delante de los soldados, que se quedaron de pie. Neira, el mozo de Abel, se sentó sobre el suelo, por allá, en un rincón. Echaba al descuido miradas torvas sobre los españoles, miradas que no decían nada de bueno. Momentos después pasó Contreras por la pieza, llevando la fuente de valdiviano para el comedor de los patrones, como llamaba la estancia donde se hallaban esperando el almuerzo el capitán San Bruno y los dos jóvenes patriotas. Marica entró tras de su padre, con otra fuente para el cabo y los demás de la comitiva, á los que se puso á servir, con movimientos graciosos de muchacha bien formada, que hacían valer la cintura flexible, los brazos redondos y carnudos, quemados por el sol. Y el rebozo se le desprendía á veces del hombro, revelando el busto arrogante, mal cubierto con una tosca camisa de tocuyo. Villalobos dió el ejemplo y todos se pusieron á comer. Durante algunos momentos, sólo se oyó el ruidoso soplar sobre las cucharas desbordantes y el afanoso engullir, con los ojos saltados, porque el valdiviano quemaba y el ají, que había puesto colorado el caldo, aumentaba el calórico de aquel alimento nacional, en proporciones superlativas.

De repente todos levantaron la vista hacia la puerta de entrada. Cámara, de pie en el umbral, con una pala al hombro, como un peón que vuelve del trabajo, interceptaba la luz. Con semblante risueño, dirigiéndose á Marica, que cortaba pan sobre la mesa.

—¿Alcanza para este roto? preguntó, señalando la fuente de valdiviano.

—Como no, pues, entre no más, contestó la chica, sin mirarlo.

Cámara entró, puso su pala en un rincón de la pieza y se acercó á recibir el plato que le servía Marica. Aquella evolución del asistente era un enigma para ella; pero esto no la turbaba. Suponía que Cámara tenía un plan y que por eso le había recomendado que no lo reconociese. ¡ Era tan diablo !

El cabo Villalobos miró al que entraba: un verdadero peón, en el que nadie habría podido reconocer al combatiente de Rancagua, y siguió comiendo. Igual cosa hicieron los soldados, después de echar una mirada distraída al recién venido, por no apartar mucho la vista de Marica, que los electrizaba. Pero no sucedió lo mismo con Neira. El mozo de Malsira abrió tamaños ojos, cuando pudo ver el rostro de Cámara, mientras aguardaba su plato de valdiviano. Reconocía en él indudablemente, al que había sido muchas veces compañero de faenas en Los Canelos, « donde su patrón » don Alejandro Malsira. Pero sabía que Cámara había sentado plaza de soldado y que andaba en la guerra. Hasta llegaba á suponer que hubiese muerto, porque no se había oido nada de él durante los últimos meses en Los Canelos. Su presencia le imponía, por esto, un gran esesfuerzo de reflexión. Vió entonces que el que era para él un enigma viviente, venía con su plato y un pedazo de pan á sentarse á su lado, y que por un movimiento expresivo de los labios, acompañado de una mirada, llena de expresión también, parecía recomendarle un silencio absoluto, no dar indicio de que lo reconocía. El huaso entendió muy bien, se quedó impasible y siguió comiendo con feroz apetito.

Vaciado el primer plato, todos aceptaron un segundo y empezó poco á poco, en frases cortadas, la conversación.

También se hablaba á la sazón, en el comedor de los patrones. San Bruno, más observaba que comía. El que era según el pasaporte, Juan Argomedo, tenía constantemente la palabra. Contaba que había venido del sur á vender animales. Afectando un lenguaje inculto, se quejaba de la revolución que había puesto los negocios por los suelos, y que á fuerza de contribuciones y de empréstitos forzosos, los insurgentes habían dejado el reino más pobre que una cabra. Como incidentalmente, contó algunos episodios de la última compaña, todos desfavorables á los patriotas y por gradaciones maestramente escalonadas, llegó á hablar del sitio de Rancagua, el gran acontecimiento del día.

— Pero nadie mejor que usted Capitán, sabe lo que allí pasó, dijo á San Bruno, interrumpiéndose.

El Capitán realista, mientras hablabla Rodriguez, se había puesto á combinar la manera de detener á Malsira sin parecer que ejecutaba una orden. Cuando lo había esperado en el camino, suponía que el joven vendría únicamente acompañado de un sirviente, según lo autorizaba el pasaporte, que él mismo había extendido y enviado á Malsira la noche anterior, de orden de Laramonte. En tales condiciones, el cumplimiento de su comisión le parecía fácil. Llevarlo á la posada y significarle ahí que no podría continuar su marcha. Abel y su mozo no habrían ofrecido una resistencia seria. Nadie, por otra parte, hubiese podido llevar la noticia á Los Canelos. La presencia del supuesto Argomedo había complicado el asunto. ¿Con qué pretexto impedir que éste siguiera su marcha y fuese á llevar la alarma á la familia de Abel? El pasaporte de Argomedo estaba perfectamente en regla y el hombre parecía de buena fe en su lealtad al soberano. No había más arbitrio que promover una querella. Argomedo, con el gran temor á los salteadores, que había manifestado al principio, no parecía de lo más notable en achaque de heroísmo. Además, aun en caso de resistencia seria, el mayor número tendría que triunfar. Él y su gente serían cuatro contra dos. San Bruno no hacía figurar en su cálculo á Contreras ni al sirviente de Malsira, un huaso que le parecía manso como un cordero. La pregunta de Rodríguez, lo encontró, tras de esas reflexiones, decidido á tocar el arbitrio de la provocación y de este modo, suscitar por lo menos una disputa, que le daría pretexto para enfadarse y hacer uso de la fuerza.

— La fiesta fué divertida, dijo con sarcasmo. Los insurgentes se encerraron en la plaza, figurándose que el miedo á las fuerzas que avanzaban de Santiago, nos haría ofrecerles una capitulación sin combate y con los honores de guerra. Olvidaban, los muy villanos, que el crimen de haberse levantado en armas contra la sagrada autoridad del Rey nuestro señor, tenia que recibir un castigo ejemplar y tal lo recibieron, los perros insurgentes.

Abel, que hasta entonces había parecido indiferente á la conversación, miró á San Bruno con encono. Las palabras del Capitán le parecieron un insulto cruel á su dignidad de chileno. En sus ojos azules de soñador, brilló un relám-

pago de entereza, que Rodríguez no había tenido nunca ocasión de observar. Fué como las chispas del pedernal herido por un golpe del eslabón. Rodríguez temía que su amigo lo comprometiese todo con alguna respuesta altanera y creyó necesario evitarlo, con algo de conciliador, que calmase á Malsira, sin ofender al oficial realista.

— Pero confiese Capitán, para ser justo, vamos, confiese que los chilenos son bravos también. Dicen que pelearon como tigres.

San Bruno hizo un gesto de desdén con la cabeza y con un movimiento de hombros. Hubiérase dicho que recibía la pregunta de Manuel Rodríguez como la estocada de un adversario poco temible. Después de barajar con desprecio el golpe, atacó á su vez, lanzándose á fondo.

— Como tigres que, encerrados en una jaula, tienen por fuerza que defenderse, para que no los maten. Hasta los más cobardes sacan valor de la desesperación en esos casos. ¿Por qué huyeron si eran valientes?

— Eso que usted llama fuga, Capitán, dijo Malsira con tono violento y casi provocador, fué un acto de heroísmo incomparable.

San Bruno fingió no advertir el acento altanero de aquella réplica.

— Los que quedaron tuvieron que saldar la cuenta de los que se habían ido sin pagarla, dijo con ironía: todos fueron despachados á filo de cuchillo.

Y antes que hubiesen podido contestarle, añadió:

— Los heridos del hospital tuvieron mejor suerte. No hubo para que tocarlos. En el ataque, el edificio se había incendiado, y veintiocho de ellos murieron entre las llamas. ¡Qué suerte más feliz que la de ser mártir de la patria!

Y con una risa histérica, destemplada, se celebró él mismo este chiste, sacudiéndose sobre su silla, como si nunca hubiese oído nada de más jocoso.

— ¡Quemados! ¿Y nadie les socorrió? preguntaron los jóvenes con horror. La risa de San Bruno les parecía el delirio de un hombre loco, tan extraña á todo sentimiento humano era la alegría diabólica que le producía al parecer, el espantoso acto de barbarie de que hablaba con feroz jactancia.

— ¡Que alguien se hubiese atrevido! exclamó recobrando su aspecto adusto, ¡pobre de él! En las rejas de las ventanas, añadió volviendo á su risa nerviosa, algunos dejaron

las manos quemadas. Sin duda quisieron salir para acompañar á los del acto de heroísmo y poner pies en polvorosa, con el llamado general O'Higgins.

Los dos jóvenes se miraron consternados. Creyendo en los grandes sentimientos humanitarios y de confraternidad universal, de los que la filosofía del siglo XVIII había hecho, por entonces, llegar sus ecos á todos los confines del mundo, ellos sintieron tornarse en generosa indignación, el espanto que les había causado la revelación de San Bruno y su siniestra alegría. Rodríguez, sin embargo, avezado á las luchas de la vida, enteramente dueño de sí mismo, pudo dominar su emoción, con la calma admirable que le había servido ya para conjurar tantas veces los peligros en su agitada existencia. Sin responder, se contentó con agitar los pies bajo la mesa, haciendo sonar sus grandes espuelas, para engañar la turbulenta impaciencia que amenazaba desbordarse.

Abel, por lo contrario, tan apacible en apariencia, rugió como un león flagelado por el látigo del domador.

— ¡Sí, lo de O'Higgins y los suyos fué heroísmo! y el acto de quemar á los heridos, ¡una cobardía infame! exclamó, levantándose con violencia de la mesa.

— ¡Ola, señorito! muy alto está ese tono, bájelo usted un poco. Tome usted un vaso y acompáñenos á beber por el triunfo de las armas reales en Rancagua, dijo San Bruno, mirando burlonamente á Malsira.

El joven, pálido de emoción, con voz ligeramente turbada, pero con enérgica resolución en la vista :

— Nadie me hará beber por la muerte de mis compatriotas, dijo, hablando con la rapidez del que siente que la emoción lo coge por la garganta.

— Vamos, vamos, no hay que acalorarse, exclamó Rodriguez, tratando siempre de no dar pretexto á San Bruno para la ejecución de algún plan siniestro, que le suponia, después de la provocante actitud que poco á poco había ido asumiendo.

Y añadió con tono alegre y campechano :

— Vamos bebiendo, ¡qué diablos! Hemos almorzado como buenos amigos y no debemos pelear al separarnos.

— ¡Oh! yo no me acaloro, dijo San Bruno con perfecta sangre fría, y voy á dar á ustedes una prueba de que siempre procedo con reflexión y método. Usted, señor Argomedo, habla de separarnos : yo, capitán de los ejércitos de Su

Majestad, declaro que ustedes no saldrán de aquí, mientras el señor de Malsira no me haya dado plena satisfacción, por el insulto que acaba de inferirme, al calificar de cobardía infame un acto de guerra, del que yo asumo toda la responsabilidad.

— ¡Caramba, Capitán! ¡Qué *guapo* está usted! ¿Es un desafío? preguntó Rodríguez con sorna, convencido ya de que era imposible evitar una ruptura.

— Ustedes van á verlo, exclamó él precipitándose hacia la puerta y llamando á voces :

— ¡Cabo Villalobos! venga usted acá con su gente.

Para decir esto, le había sido preciso entreabrir la puerta que el posadero había medio cerrado, y sacar la cabeza del lado del patio, volviendo la espalda al interior de la pieza. Antes que hubiese podido cambiar de posición, dos manos rígidas, como garfios de fierro, lo cogían por el cuello y con un poderoso empuje, lo arrojaban al medio del cuarto, donde fué á estrellarse contra la mesa.

Quien había ejecutado ese rápido y atrevido ataque, era Rodríguez. En él, la resolución y la acción se producían casi conjuntamente. Ver á San Bruno, abalanzarse á la puerta y arrojarse sobre él, había sido instantáneo. En ese momento había tenido tiempo de conocer que se realizaba su presentimiento sobre las intenciones del Capitán y de resolverse á la lucha por la fuerza, ya que la del ardid había sido infructuosa.

San Bruno, con la velocidad del impulso que lo había arrojado contra la mesa, casi perdió el equilibrio y estuvo á punto de caer; pero por un movimiento poderoso de reacción sobre sí mismo, pudo contenerse. Mientras tanto, Rodríguez se sacaba la manta y la arrojaba á la cabeza de su adversario, gritando al mismo tiempo á Malsira :

— ¡Cierra la puerta y sosténla para que nadie pueda entrar!

Abel, á quien el inesperado movimiento de San Bruno y el brusco ataque de Rodríguez no habían dejado casi tiempo de darse cuenta de lo que ocurría, cumplió con admirable rapidez la indicación de su amigo. Saltó sobre la puerta y se apoyó con fuerza sobre ella. Durante este tiempo, San Bruno daba un salto hacia atrás, evitando la manta, que en forma de proyectil le había lanzado Rodríguez, y sacando del cinto una pistola, disparó sobre su agresor. En el propio momento, Malsira, imitando á Rodríguez le

lanzaba también su manta á la cabeza y desviaba con ella la dirección de la bala, que se perdió en la pared, á espaldas de aquél á quien iba destinada.

— Bien apuntado, Abel, buen artillero, exclamó el tribuno, y arremetió sobre su enemigo con tal velocidad, que no le dió tiempo de sacar del cinto la otra pistola que en él llevaba, debajo de su capote.

Una lucha cuerpo á cuerpo se trabó entonces entre los dos hombres. Nadie acudía, entre tanto, á pesar de las voces que el Capitán seguía dando. Ni el cabo Villalobos ni sus soldados traían el auxilio tan ansiosamente pedido. Sólo llegaba hasta el teatro de aquella lucha un eco de voces apagadas, que venían del edificio donde almorzaban los soldados.

Furiosos, entre tanto, los dos combatientes, hacían cada cual, violentos esfuerzos para dar en tierra con su adversario. Antes de dos minutos de tremendo forcejear, la pujanza de San Bruno superaba visiblemente á la del patriota. Ya, una vez, las rodillas de éste habían flaqueado por un brevísimo momento y lo jadeante de su respiración, daba indicio de que la fuerza empezaba á traicionarlo. En tan crítica situación, Abel Malsira abandonó el puesto que su amigo le había señalado, corrió sobre la manta de éste que estaba sobre el suelo y envolvióla en torno de la cabeza de San Bruno. El oficial al verse sin luz, y al sentir que le faltaba el aire, soltó la presa por querer destaparse. Rodriguez, libre entonces de sus movimientos, lo cogió de las piernas, y entre él y Malsira, echaron al suelo al terrible Capitán. Con el eco apagado por la manta, San Bruno, lanzaba imprecaciones contra sus adversarios, apostrofándolos de cobardes y de perros insurgentes.

— Sí, sí, ¡ Canta no más, pícaro godo ! le decía Rodriguez, sin olvidar su lenguaje de campesino ; aquí te vamos á poner las peras á cuarto.

Y con su ingenio avezado á sacar partido de todo, le ataba sólidamente las piernas con su ceñidor, mientras que Abel, sosteniendo con las rodillas las puntas de la manta, para que San Bruno no pudiese destaparse la cabeza, le sujetaba los brazos contra el suelo. Terminada la ligadura de las piernas, Rodriguez sacó el ceñidor que llevaba Malsira envuelto al rededor de la cintura, y volviendo, entre ambos, boca abajo al Capitán, le ataron con prolijo cuidado las manos á la espalda.

Todo esto había pasado con rapidez sorprendente, y entre voces de provocación, de ira, de burla; entre frases principiadas y no concluídas, con ruido de muebles que se empujan, de pies que resbalan, de respiraciones ruidosas, entre todo ese desconcierto confuso y extraño de una riña cuerpo á cuerpo, en la que los contendientes eran igualmente esforzados. Á pesar del uso que San Bruno había hecho de su pistola, tirando casi á boca de jarro sobre Rodríguez, ninguno de los dos jóvenes chilenos había usado de tal medio de combate.

— Nosotros no asesinamos, ¡Capitán quemador de heridos y de prisioneros! gritaba Rodríguez, al tener por tierra á su adversario. Si usted nos hubiese dejado seguir en paz nuestro camino, no estaría usted en la incómoda postura en que vamos á dejarlo.

Mientras decía ésto, los dos jóvenes se disponían á salir de la pieza.

— ¿Y tu manta? preguntó Abel á su amigo, señalando la cabeza del oficial realista.

— ¿Qué hacer? tendremos que dejarla al Capitán con los ceñidores.

Y dirigiéndose á San Bruno, que mal podía oirle, agregó en tono de chanza:

— Usted entregará esas prendas al posadero, cuando no las necesite. Ya ve usted que somos generosos. Ahora, señor de San Bruno, quede usted con Dios.

Al salir, Rodríguez vió la llave por el lado de afuera, la torció al cerrar la puerta, y púsola en su bolsillo.

En el cuarto donde almorzaban los soldados, Cámara y Neira, la paz se había turbado al mismo tiempo que en el comedor de los patrones. Mientras las exigencias del apetito y el donaire provocador de Marica absorbian completamente al cabo Villalobos y á sus subordinados, Cámara, con su plato de valdiviano había ido á sentarse no lejos del mozo de Malsira, y poco á poco, acercádose á él hasta poderle hablar en voz baja.

— Mire ño Neira, ¿se animaría conmigo para los godos?

— Dejuro, pues, contestó el huaso, ¿qué me cree falso?

— ¿Tiene cuchillo?

— ¡Las cosas suyas! ¡Como no, pues!

Entonces le refirió en frases breves, cómo se encontraba él ahí con su Mayor, que venían *redotados* de Rancagua. « Y se la he jurado á los godos, cada y cuando pueda, he

de matar alguno ». Él y su Mayor habían querido seguir su camino para Los Canelos, donde iban á pedirle caballos y *algún socorrito* á su patrón don Alejandro, para irse á la otra banda; pero habían sabido que iban á venir á almorzar, un oficial y tres individuos de tropa de los maturrangos, ahí mismo. Después los habían visto llegar con el patroncito don Abel y otro caballero. « Seguro, mi Mayor, que los llevan presos, que le dije yo á mi Mayor, y nos quedamos para sacarlos en libertad ». Mi Mayor está escondido allí, ¿no ve? detrás de aquella puerta, y en cuanto yo dé la voz de ¡Viva Chile! él y yo vamos á caer sobre los godos ».

¿Entonces, usted es de los nuestros?

— Como no, pues, dijo Neira con resolución y con tanta tranquilidad, como si contestase á una invitación para beber un trago de vino.

— Yo voy primero á meterle conversación al cabo, y cuando vea que es tiempo, le haré la seña. Vámonos derechito á ellos á quitarles el sable, hasta que los hagamos rendirse.

Luego, como para calmar un escrúpulo de conciencia, dijo, entre risueño y fastidiado:

— Á mi Mayor le ha dado la tontera de que no los matemos, ni que los vamos á herir siquiera; pero si ellos se defienden con sus armas, ¿qué le hemos de hacer, no le parece?

Neira se sonrió maliciosamente:

— Yo, si me pegan, *caliento* también, para que son godos; que se amuelen!

Con esta filosófica argumentación se puso á torcer un cigarro, mientras que Cámara, so pretexto de dejar su plato sobre la mesa, se había acercado á los militares realistas.

El mayor Robles, mientras tanto, con un gran machete, que había encontrado en la montura de Contreras, observaba, inmutable, por la estrecha línea que dejaba la puerta entreabierta, lo que pasaba en la pieza.

Contreras y su hija se habían ido á almorzar á la cocina. Cuando salían, Cámara hizo señas á Marica de quedarse atrás y le deslizó al oído, con disimulo consumado:

— Si oye bulla por acá, sujete á su *taita*, no lo deje venir por nada.

De este modo se preparaba el campo, metódicamente, sin olvidar ninguna precaución. Su robusta organización

de roto chileno, había recibido de la madre naturaleza el instinto de la lucha, como á otros se les desarrolla la afición á la carpintería, á la herreria y á no pocos, cual herencia de los árabes, aquellos de Guadalete, la inclinación invencible á la ratería. Cámara se apercibia al combate, como se dice ahora, en *diletante*, en aficionado, en conocedor. Saboreaba, como el gastrónomo el perfume de un buen guiso, la expectativa palpitante de la lucha próxima, de los golpes dados y barajados, porque él contaba con su destreza, con su agilidad y su fuerza, una fuerza que hoy se compararía á la de un martillo movido por vapor, algo de irresistible, que tritura ó aplasta lo que toca.

El cabo Villalobos y sus dos soldados encontraron simpático al rotito, que en un abrir y cerrar de ojos se echaba al cuerpo, ellos decían, un vaso de chacolí, y que los hacía beber de otro jarro, un chacolí « con mucha malicia », es decir: cargado de aguardiente, suplemento embriagador que Marica, conforme á su expresa recomendación, había añadido en el jarro.

Cámara, que se decía peón de Talagante, « no todos habian de hacer loza », decía él, hablaba de las siembras que empezaban á *verdear*, de la buena chicha vieja y de lo escaso del pan. No sabia una palabra de lo que dividia á realistas y patriotas, y contaba, con colores que hoy se llamarían naturalistas, algunos chascarrillos de amor, muy salados, que hacían mostrar los dientes, ignorantes del uso del cepillo, y brillar de alegría los ojos de los defensores del Rey. Establecida asi lo confianza, empezó á traer la conversación sobre los patrones, los que almorzaban en el otro comedor. Villalobos, sobre este punto, se mostró reservado: hacía rayas en el suelo con su sable, que para mayor comodidad, habia desprendido de los tiros.

— ¿Y ustedes van con los caballeros para Los Canelos?

— Eso, ¿que le importa, amigo? contestaba Villalobos.

— Entonces los llevan presos.

— ¡Quien sabe!

En ese instante se oyó sonora y clara la voz del capitán San Bruno, que gritaba: « Cabo Villalobos, venga usted acá con su gente ».

El cabo se puso de pie, electrizado por la voz de su jefe, comprendiendo que había llegado el momento de hacer uso de la fuerza, y gritó á sus soldados, en vez de hablarles, para dar mayor énfasis á su orden:

— ¡ Alerta, muchachos, síganme !

Pero al tiempo que daba el primer paso hacia la puerta, Cámara, con un salto de hiena que se arroja sobre su presa, le cerró el paso, presentándole al pecho su afilado cuchillo y gritando:

— ¡ Viva Chile! ¡á la carga los patriotas!

Del cuarto vecino apareció al instante el mayor Robles, blandiendo el machete del posadero, y repitiendo á grandes voces, como si arremetiese al enemigo, montado en el difunto alazán:

— ¡ Á la carga! ¡á la carga!

Y simultáneamente, al paso que el Mayor atacaba á uno de los soldados, el mozo Neira, *chibateando* como los araucanos en el combate, se lanzaba sobre el otro y le quitaba el sable de la vaina, antes que el agredido se hubiese dado cuenta de lo que pasaba.

Aquel ataque inexperado, aquel gritar atronador, mezclado con las voces de ¡ mueran los godos!; aquel surgir de tres agresores furibundos, donde Villalobos y su gente solo veían, un minuto antes, un peón gañán alegre é inofensivo y un huaso de aire estúpido, desmoralizaron en el primer momento á los militares realistas. El cabo, que era valiente, se repuso pronto, sin embargo, y asumió la ofensiva, dirigiendo un golpe de filo á la cabeza de Cámara. Pero Cámara, desatándose el poncho, que llevaba amarrado hacia atrás á la cintura en la forma de los trajes de los mineros, que la decencia no permite nombrar, se había envuelto con él el brazo izquierdo y barajó el golpe con destreza.

El mayor Robles alzó entonces la voz, y en tono conciliador dijo á los realistas:

— Ríndanse, y serán bien tratados.

— ¡ Ustedes, traidores, serán los que se rindan, vociferó furioso el cabo Villalobos, agregando la más castellana de las interjecciones.

No bien pronunciadas estas palabras, Cámara, sintiéndose con ellas desligado de la restricción que le había impuesto su jefe, se precipitó sobre el cabo, resguardándose con el brazo izquierdo la cabeza, y asestóle una puñalada sobre el brazo derecho, en el momento mismo en que Villalobos le descargaba un segundo sablazo, que se embotó entre los dobleces del poncho.

El combate, en ese instante, se hizo general. El Mayor

atacó denonado, con su machete, al soldado que tenía en frente. Neira perseguia á sablazos al que había desarmado hasta que éste consiguió escurrirse por la puerta del cuarto del posadero y sustraerse así á la tremenda furia del huaso. Cámara, redoblando de osadía con el éxito de su primera embestida, confundía y desesperaba á Villalobos, saltando en su derredor y embistiéndole con ímpetu tan feroz, que á cada entrada, conseguía hacerle alguna herida más ó menos grave. Y todos se provocaban con la voz y con el gesto, se dirigían sangrientos insultos, sazonados con un vocabulario tan contundente como los golpes, y comentaban con voz agitada por el movimiento de la lucha, los mandobles y las puñaladas que creían cada cual haber acertado sobre su adversario.

— Toma, cabo maturrango, decía Cámara, ¿no te gusta servir al Rey? Y vos no sois godo siquiera, vos sois de la chimba, allá donde el diablo perdió el poncho, *hijo de una grandísima*; ¿querís probar cuchillo chileno? ¡toma!

Y cada *toma* era una nueva embestida, ó un golpe barajado, ó un puntazo de su puñal, todo con una velocidad vertiginosa, como un fuego graneado de acciones y de palabras.

Neira, entre tanto, viéndose sin el que había elegido para adversario, quiso venir á reforzar á Cámara, porque advertía que el cabo se defendía con mucho más vigor que el soldado á quien Robles acosaba. Pero Cámara no admitía que le prestaran auxilio. La refriega, ayudado por otro, habría perdido para él todo su valor.

— No, no, hágase un lado, déjemelo á mí solo, gritó á Neira: yo soy capaz de amarrarme un brazo para este maturrango. Ahora verá como voy á ensartarlo como pollo.

El cabo replicaba con insultos variados, hablando al mismo tiempo que Cámara y trataba á cada momento de asestarle un sablazo, ó de herirlo con estocadas directas, usando de su sable como si fuese florete. Pero aquello duró poco. La herida del brazo comenzó luego á paralizárselo y la defensa empezó á flaquear rápidamente, hasta que el sable se le fué de la mano. Villalobos, sintiéndose desfallecer, buscó un apoyo en la mesa, abandonando toda resistencia.

— ¿No ve, pues? ya está *fregao*; ¿qué le decía yo? exclamó el roto cayendo sobre él, cogiéndole la garganta con mano de fierro y levantando en el aire su puñal, para enterrárselo en el pecho con más fuerza.

Mas en ese instante, cuando ya el júbilo del triunfo le agolpaba la agitada sangre al cerebro, cuando sus ojos veían rojas llamaradas, cuando sus oídos creían escuchar la voz de su enemigo en un estertor de agonía, se sintió detener el brazo, y oyó la voz imperiosa de Robles:

— ¡Qué va usted á hacer, asistente! ¡ese hombre está ya vencido! ¡á enemigo en el suelo se le perdona!

Cámara miró al Mayor casi con odio; vaciló un momento como si allá, en lo recóndito de su cerebro encendido, se levantara una protesta de rebelión, una queja amarguísima contra la autoridad del jefe, cuya generosidad no comprendía. Robles le arrancó el puñal de la mano, y él, bajando la frente, se retiró con paso tardo y con la penosa resignación de un perro, al que el amo impone su voluntad, arrancándole la presa con que empezaba á saborearse.

En esos momentos, Neira se ocupaba de amarrar con un lazo al soldado que había opuesto una resistencia floja, y que al verse con dos adversarios al frente, el Mayor y Neira, no tardó en decirles:

— ¡No me maten, estoy dado! Al mismo tiempo tiraba su sable por el suelo en señal de sumisión absoluta.

El otro soldado había desaparecido del cuarto del posadero, saltando por la ventana. Esta fué la conclusión á que llegó Neira, cuando entró á la pieza en su busca para amarrarlo también.

Pocos instantes después, Manuel Rodríguez y Malsira contemplaban maravillados el campo de aquel combate, que les daba una victoria tan completa. Todo se explicó con precipitadas preguntas y atropelladas respuestas. El Mayor mostró sus charreteras como piezas justificativas de su rango. Cámara se quejó de una manera impersonal y como teórica, de que no se le hubiera permitido *despachar* al cabo realista, manifestando la esperanza, como una compensación, de que los patroncitos no habrían dejado vivo al Capitán con el que habían almorzado. Neira se sonrió al recibir los elogios que se le hicieron por su valiente cooperación en el combate, y Rodríguez dió fin á todas las explicaciones, manifestando que era menester ponerse en marcha sin tardanza.

— No ve, mi Mayor, dijo Cámara á Robles, reconciliado ya con su jefe, ¿no ve cómo vamos á tener caballos en qué irnos? Y ensillados: los *mancos* de los godos.

Y salió con Neira de la pieza á traer las cabalgaduras.

Pero en la caballeriza faltaban dos caballos de los que allí habían sido puestos á comer. Neira después de contarlos:

— Aquí está el de mi patrón, y el de don Manuel, y el del Capitán y el del cabo. Entonces faltan los de los soldados.

Cámara acompañó esa conclusión del huaso con una carcajada.

— ¿No ves, hombre, que es el soldado que dejó el sable, el que se ha arrancado con los dos *pingos?*

El rasgo de viveza que atribuía al soldado prófugo, fué para Cámara un motivo de grande alegría. Y luego hacía sus reflexiones:

— ¡Bueno el soldadito, hombre! Seguro que ese no era maturrango. Alguno de los maulinos pela-cara, cuando menos, de los voluntarios amarrados, que han traído los godos desde *abajo.*

Y volvía á reirse, acompañado por Neira, que, entrando en el razonamiento de Cámara, hallaba que la jugada era *superior.*

— Cuando se vea bien lejos, añadía el asistente del Mayor, venderá su caballo, ¿no ve? y con plata se vuelve en el otro á saltear, allá, en su tierra, como buen maulino.

— Seguro, apoyaba Neira. ¡Vaya, ese sí que la supo hacer!

— Maulino pela-cara, ¿no le digo? ¡Cuándo había de ser godo! ¡Y qué poco leído que les salió el soldadito á los sarracenos!

Comentando así lo que les parecía un rasgo digno de envidia, ponían el freno á los caballos, emparejaban los pellones de las monturas, apretaban las cinchas y desataban los cabestros que aseguraban las bestias á la pesebrera.

En el patio, Rodríguez, Malsira y Robles los esperaban ya. Cámara contó á su Mayor lo que él llamaba la gracia del soldadito, y entró después á contársela al compañero de éste, que yacía ligado de pies y manos sobre el suelo.

— ¿No ves, pues, tonto? le dijo; ¿por qué no hiciste tu lo mismo, en lugar de pelear contra tus paisanos? ¡Así te ha ido, amuélate por leso!

Mirando después al cabo Villalobos, al que, á pesar de sus heridas, Neira había amarrado también:

— Y lo mismo le digo á usted; eso le pasa por andar con los godos.

Mientras tanto, todos se preguntaban por el dueño de la casa, que no se habia mostrado todavia.

— Apuesto á que se ha ido á esconder al pajar, dijo Cámara.

Contreras, en efecto, habia juzgado prudente, desde que oyó las voces de la reyerta, ir á buscar un refugio apartado para no comprometerse. Allí lo encontró el asistente y lo convenció con facilidad de que, para que los realistas no vengasen en él la derrota que acababan de sufrir, debia dejarse encerrar, haciendo, por supuesto, un simulacro de resistencia.

El posadero, hombre práctico en la vida y *tejedor* en política, convino perfectamente en la justicia del razonamiento, y se dejó conducir por Cámara y Neira, con protestas bien simuladas, hasta que lo encerraron en un cuarto, en presencia del cabo y del soldado prisioneros, que lo miraron como un compañero de infortunio.

Al tiempo de montar á caballo, Abel Malsira, que parecia preocupado, llamó aparte á Rodríguez.

— Voy á pedirte un servicio.

— ¡ Á mi ! ¿ qué cosa ?

— No puedo conformarme con la idea de dejar á ese diablo de San Bruno, ahogándose bajo del poncho ; dame la llave, voy á destaparle siquiera la cabeza.

Rodríguez le pasó la llave sonriéndose :

— Agradece que el triunfo me ha puesto magnánimo ; pero te aseguro que el Talavera no merece esa piedad de sentimentalismo. ¡ Cuidado con aflojarle las ligaduras !

Abel entró al comedor de los patrones acompañado por Neira. Entre ambos libertaron al Capitán de la tortura del poncho. Con la falta de aire y con la ira que rugia en su pecho, el rostro de San Bruno, ordinariamente pálido, estaba carmesí.

— Capitán, le dijo Malsira, no es nuestro propósito martirizar á usted, sino impedirle que nos detenga.

San Bruno lo miró sin contestar : una mirada profunda de odio eterno, de maldición exasperada, que quisiera tener la propiedad del rayo, para pulverizar, y un gruñido entre dientes fueron su respuesta.

Abel y su mozo salieron, dejando la puerta con llave.

Mientras que Malsira ponia en ejecución su obra humanitaria, Cámara habia desaparecido del patio. Ya que no se le permitia *despachar* á alguno de los prisioneros, habia

pensado en ir á despedirse de Marica. Atravesó corriendo la pieza que acababa de ser teatro del combate y llegó á la media agua de la cocina, llamando á la hija del posadero. Marica no respondió. Cámara, buscándola afanoso, se preguntaba: « Dónde se habrá metido esta *tal por cual?* » El silencio de los ecos locales le daba la fiebre de la impaciencia. Mientras su pensamiento temerario llegaba á presentarle como posible, la idea de que Marica hubiese emprendido una fuga inconsulta y descabellada, en compañía del soldado prófugo, que era para él, á no dudarlo, un *maulino*, su imaginación le representaba á la chica embellecida por el temor de tener que irse sin verla. Una voz apagada llegó por fin á sus oídos, cuando se halló cerca de uno de los ángulos del corral, donde se encontraba el horno para cocer el pan. La lozana hija de Contreras, espantada con la lucha que se había trabado entre los huéspedes, y no encontrando seguro el asilo elegido por su padre, había entrado en el horno con la destreza del miedo; pero no hallaba cómo salir.

— ¡Vea qué cosa, dónde se ha ido á encajar! exclamó el soldado patriota, entre mohino y risueño. Le contrariaba encontrar á la hermosa en tan angustiada situación, cuando esperaba verla con el semblante alegre y prometedor, ufana de la victoria que él había alcanzado y dispuesta á darle francamente un buen abrazo de despedida.

— *Ei* es, ¿y ahora cómo sale? preguntó, oyendo lamentarse á Marica de la inutilidad de sus esfuerzos.

Ella, que en su aprieto había ya meditado en la manera de volver al aire libre, le indicó donde había una barreta. Cámara trajo ese utensilio y empezó con gran destreza á ensanchar la boca del horno. Con la expectación de operar sin tardanza el salvamento, había recobrado su buen humor.

— Usted sabe, ña Marica, el pan se ha de comer calientito, al salir del horno.

Marica suspiraba:

— No esté con bromas, sáqueme de una vez.

Los ladrillos, maestramente empujados con la barreta de adentro para afuera, caían con rapidez. En muy pocos minutos la boca del horno presentó el espacio suficiente para dejar salir con facilidad á Marica. El estado en que el horno la devolvía á los requiebros de su galán era naturalmente deplorable. Cámara no pudo evitar una exclamación poco galante:

— ¡Ave María, si tiene la cara como pinta-monos!

Pero no por esto dejó de estrecharla entre sus brazos, añadiendo:

— Pero así, tiznadita y todo ¡harto que la quiero!

Marica estaba afligida. La exclamación primera de Cámara le había hecho un rasguño profundo en su amor propio femenil.

— ¡Ríase no más! bueno que está, no le he de volver á hacer caso, dijo apartando con vigor los brazos del soldado.

En ese momento se oyó la voz del mayor Robles, que produjo al enamorado, el efecto de un grito recibido en la oreja, de sorpresa.

— Asistente Cámara, ¿qué se ha hecho usted? Lo estamos esperando.

— Allá voy, mi Mayor; allá voy, gritó, y después, refunfuñando:

— ¡Vean qué apuro, como si estuviera casado conmigo!

Acercándose de nuevo á Marica:

— ¿Entonces nos vamos á separar enojados? No esté tonteando. Venga para acá. ¡Tan poco que la quiero!

Y uniendo la acción á la palabra, con la tosca osadía popular, estrechó entre sus brazos á la enojada, como si fuese suya, dándole repetidos y ruidosos besos en las tiznadas mejillas, hasta hacer convertirse en risa el gesto descontento que le contraía los labios.

— Y para que vea que la quiero, repuso él, tome la llave del cuarto donde encerramos á su taita. Hágase que la ha encontrado por ahí, en cualquiera parte, y cuando eche de ver que nosotros vamos lejos, póngalo en libertad.

La comitiva de los victoriosos salió pronto del patio y emprendió á trote largo la marcha, camino de Los Canelos. El mayor Robles montaba el caballo de San Bruno, y Cámara clavaba las espuelas al de Villalobos, llamándolo godo pícaro y haciéndolo dar furiosos corcovos, para distraer á su Mayor del melancólico recuerdo del alazán tostado.

XI

Las épocas producen los hombres como las estaciones del año las plantas que les son propias. El coronel Laramonte era hijo de su época. La generación en medio de la cual le había tocado nacer y desarrollarse, mecida por el

estruendo de los combates, era principalmente una generación de hombres de guerra. Pero hombres de guerra con más fe en el sable y en la pólvora, que en las combinaciones científicas de la estrategia, inclinados á usar del método de impetuosa agresión en todos los actos importantes de la existencia. Así los ponía en práctica el joven coronel en los lances de amor. Desde su llegada á Santiago, su primer cuidado, ya que la victoria le permitía dejar colgada del cinto la espada vencedora, fué buscar un pretexto para acercarse á Trinidad Malsira. Con ese objeto se había hecho conferir la misión de ir á recoger las armas que pudieran tener, ó haber dejado los insurgentes en el cantón de Melipilla, al que pertenecía la hacienda de Los Canelos. Ver á Trinidad, la dulce enamorada, cuya imagen comparaba él á un amuleto prestigioso, que lo había seguido y protegido en todas las peripecias de la última campaña, era entonces su pensamiento dominante. Con la ausencia y los azares de una vida cercada de peligros, su juguete, su capricho de los primeros días, había ido pasando por las graduales cristalizaciones del amor. En todas las ambiciones humanas, la proximidad del fin deseado redobla las fuerzas del anhelo. Lejos, la brutal razón de lo imposible le daba resignación para esperar. Cerca, un ímpetu invencible le hizo precipitar su acción, hasta llegar al propósito temerario de ir á ver á Trinidad en la hacienda, á pesar de la vigilancia de su familia. Por medio de Juan Argomedo, antiguo aliado suyo para su correspondencia epistolar con Trinidad, desde que don Alejandro Malsira le cerró las puertas de su casa, Hermógenes había hecho llegar una carta á la joven, anunciándole que en la noche siguiente al baile de la presidencia se encontraría en Los Canelos, hacia las nueve, en un punto de la arboleda de ambos conocido.

«Desde ahora, decía la amorosa misiva, imploro mi perdón por este paso temerario, que puede comprometer á usted gravemente. Pero, ¿cómo resistir al inmenso deseo de ver á usted después de tan cruel y larga separación; de hablarle de viva voz de mi amor, centuplicado por el sufrimiento; de oír de los labios de usted que su corazón ha guardado nuestros juramentos, y que me espera usted, dispuesta como antes, á sacrificarlo todo por ser mía?»

Después de esa frase, en que tomaba posesión de su querida, por derecho de conquista y le preparaba el ánimo á las resoluciones descabelladas, de las que los amantes contra-

riados, como los jugadores, están siempre al borde, la carta admitia la hipótesis de que no pudiese la joven acudir á la cita en la arboleda. Para ese caso, apelando á sus recuerdos topográficos de las casas de Los Canelos, que había conocido en tiempos mejores, cuando, con la franca hospitalidad chilena, era convidado en la estación de verano á pasar algunos dias en la hacienda, señalaba la ventana baja de una pieza que daba á la misma arboleda. Se proponía entrar por ahí á esa pieza, si la ventana cedía á un empuje discreto.

« Si resiste, decía, será indicio de que usted no puede esperarme ahí. Mas, como de ningún modo renunciaré á la dicha de ver á usted, aun cuando tenga que privarme de hablarla, no me faltará pretexto para presentarme abiertamente á su familia, entrando por la puerta principal. »

Esta carta hizo en el corazón de Trinidad el efecto del agua del cielo, en un campo agostado por el sol de verano. Al beso de esa lluvia, todo revive y sonríe. Sus esperanzas marchitas se alzaron de nuevo como flores gallardas. Una alegría infinita le hizo resonar en el alma su canto de ventura, sin dejarla medir en esta primera emoción los peligros de que iba á encontrarse rodeada. Que al dia siguiente lo veria, fué en el primer instante el punto luminoso que le concentró exclusivamente el pensamiento. La separación entre los que se aman, es una especie de muerte transitoria, que desgarra el pecho y anonada con desconsuelos que parecen eternos. Pero es una muerte con resurrección, con el milagro inefable de la nueva presencia del ser querido. Ella volveria á oir esa voz, que la había hecho sentir el gran misterio de la vida, bañaría su alma en la luz de esos ojos, que la hacían soñar en una existencia de ventura inmortal. Todo el cortejo de las ambiciones de amor, alimentadas en el silencio de los insomnios, saludadas en la mañana, como las aves que llegan á cantar la pura fiesta del alba, fueron otras tantas visiones mágicas, que le impidieron divisar en el fondo de tanta dicha realizada, la amenaza de una catástrofe.

Era una de esas poéticas organizaciones femeniles, en las que el amor, como alguien lo ha dicho, generalizándolo con exagerado entusiasmo á todas las mujeres, es la historia de la vida entera, cuando es sólo un episodio en la del hombre. La suerte, como madrastra cruel, había puesto á dura y prolongada prueba esa facultad de su naturaleza.

Desde los primeros tiempos de su amor, el destino había sido para ella muy avaro de sus rayos de luz. Pero las grandes pasiones reciben de las lágrimas su temple de fuerza inquebrantable, como las espadas del mejor y más flexible acero, adquieren el suyo al sumergirse en el agua á cierta temperatura. Hasta entonces, la de su amor había sido una doliente historia. Su padre, patriota adusto, había reprobado desde su origen la inclinación de Trinidad hacia el oficial español. El antagonismo entre patriotas y realistas desempeñaba entonces en las relaciones sociales, el papel que el drama y la comedia han dado tantas veces á las rivalidades y á los odios de familia. Don Alejandro Malsira, revolucionario, mas no republicano, amante de la independencia de su patria; pero autoritario severo, practicaba la doctrina social, entonces casi la única, de la autoridad absoluta del padre en la familia y en el hogar. Con la mejor buena fe, se figuraba que al persistir en alimentar un amor que él había condenado, su hija le faltaba al respeto. Trinidad vivió desde entonces sujeta á la infernal tortura de la hostilidad de los suyos. Semblante adusto de los padres, glacial silencio en la mesa y en las veladas eternas de la noche, indirectas oprobiosas sobre el ausente, caritativos consejos de las tías solteronas, prima Catita y prima Cleta; todo el Calvario, sembrado de alfileres y de agujas, de una opresión sorda y latente; nada le faltó para poner á prueba su fe y su constancia, que salieron más sólidas y más puras de ese tratamiento á fuego lento.

Hay chicas que encuentran un consuelo á sus cuitas de amor en el regazo materno. Trinidad carecía de ese supremo recurso. Doña Clarisa, su madre, había vivido doblegada por la autoridad marital desde el día de las bendiciones, de tal suerte, que su espíritu había tomado insensiblemente el pliegue de la obediencia, como esos árboles del llano, que á fuerza de inclinarse al soplo del viento, llegan á conservar su inclinación constantemente. No la quedaba entonces en esa especie de orfandad moral, otro refugio que el de su propio corazón. Concentrada en su amor y en su pena, llegó á esa elaboración de la voluntad, que engendra una obstinación parecida á la de los inventores para perseguir un descubrimiento. Nada la desalentaba. En medio de esas tristezas, un golpe tremendo vino á herirla. Por aquellos días ocurrió la muerte del conde de la Conquista, el primer presidente chileno, cerca del cual Laramonte había

sido enviado por el virrey del Perú, para negociar en favor de la bamboleante autoridad del soberano español. Nuevas instrucciones llamaron á Hermógenes á Lima, donde el Virrey juzgaba más útil su presencia, para ayudar á la organización de la fuerza, que desde entonces se creaba, con la mira de invadir al revoltoso Chile. Todos los esfuerzos del joven para despedirse de Trinidad en una entrevista, se estrellaron contra la incesante vigilancia que la rodeaba. Lo único que logró conseguir para calmar su desesperación, fué el dejar asegurada su correspondencia epistolar con Trinidad, por la benévola intervención de ña Peta, la vieja nodriza de Juan Argomedo, á quien este hijo de su predilección la entregaría con el celo que Hermógenes tendría cuidado de estimular mediante generosos envíos de numerario.

Con la desaparición del amante, don Alejandro dejó relajarse en algunos grados su severidad y su vigilancia. Las relaciones entre la madre y la hija recobraron una parte de la ternura sacrificada en aras de la autoridad del esposo, y la vida del hogar volvió á reanudarse, pero como tela mal remendada, que siempre deja sentir las asperezas de la zurcidura.

La invasión de Pareja en 1813, á la cabeza de un pequeño cuadro de oficiales, entre los que se distinguia Hermógenes de Laramonte, vino á despertar de nuevo en torno de Trinidad, la vigilancia adormecida. La sorda lucha doméstica principió de nuevo. Como toda herida que mal curada vuelve á abrirse, la desconfianza era más acre, la suspicacia más inquieta y observadora. En medio de la agitación de las noticias que llegaban del sur y de la parte activa que tomaba en preparar la defensa de la patria, don Alejandro Malsira había visto lucir la esperanza en el rostro de su hija. Se sabía el nombre de los oficiales que acompañaban al jefe invasor. Trinidad no había podido impedir que el fuego de la emoción, al saber que Hermógenes pisaba el suelo chileno, encendiera con un destello de alegría el arrebol de sus mejillas. Los progresos de la hueste española hacían resonar su eco de alarma en la capital. Pronto se supo que Concepción había abierto, por traicionero ardid, sus puertas al enemigo. En presencia de la ola creciente, don Alejandro tomó una decisión á la usanza del tiempo, para quedar tranquilo del lado de la familia y poder consagrarse con espíritu despreocupado, á la gran

causa. En pocas palabras significó á su mujer la resolución que había tomado:

«Si Trinidad no jura renunciar á ese amor, la encerraré en las Carmelitas. Mi prima, la abadesa, se hará cargo de ella mientras dure el estado de inseguridad en que nos encontramos.»

Los sucesos de la guerra fueron, entre tanto, sucediéndose con fortuna, ora próspera, ora adversa, para los patriotas. Don Alejandro se había retirado con su familia á la hacienda, desde donde podía contribuír con inquilinos y otros enganchados á la organización de un escuadrón de lanceros, que se formaba en Melipilla. Ahí lo sorprendió la noticia del desastre de Rancagua. Los realistas en posesión del país entero; los descompaginados restos del ejército patriota trasmontando los Andes; la confusión y el desconcierto en todas partes. Sobre el cadáver sangriento de lo que después se llamó la Patria Vieja, los reconquistadores del reino llegaban á reanudar el hilo de una dominación, apenas interrumpida, de tres siglos. Era menester decir adiós á ese sueño de independencia, á esa aspiración de todos los patriotas, confesada solamente por los más atrevidos, y que germinaba en el suelo agitado de la colonia, como esas simientes que al brotar hinchan y rompen la tierra que las sustenta.

Don Alejandro Malsira pensó todo esto con tristeza profunda; pero como el campesino que guarda los instrumentos de labranza en los días de temporal, él se apresuró á ocultar en lugar seguro las armas destinadas al escuadrón que no había alcanzado á organizarse, y no tuvo ya que pensar sino en lo que era para él el peligro doméstico: la presencia del coronel Laramonte en la capital, á una sola jornada de los Canelos. Su hijo Abel había salido para Santiago de orden suya, con el fin de recoger algunos papeles importantes dejados en la casa, traer el dinero que ahí se había guardado oculto y recoger noticias sobre el estado del espíritu público en la capital. Sin descubrir francamente su propósito, don Alejandro había hablado al joven de la conveniencia de que recogiese todas las noticias que le fuera posible sobre el general Osorio, los planes que se le atribuían y el personal que lo rodeaba. «Bueno será, le había dicho como incidentalmente, que te informes si se encuentra entre los oficiales *ese* coronel Laramonte, que estuvo antes aquí y qué puesto va á ocupar en la nueva ad-

ministración.» Abel comprendió el alcance del encargo, lo que explica en parte la facilidad con que él, hijo de patriota, había aceptado el convite de Violante de Alarcón, para una fiesta en que se celebraba el triunfo de los realistas.

Mientras Abel estaba ausente, su padre había tomado todas las precauciones de seguridad, de que un hacendado no podía dispensarse en aquel tiempo. Á favor de los disturbios públicos, para poner sin duda en práctica el adagio sobre el río revuelto, numerosas partidas de bandoleros infestaban los campos. Don Alejandro había organizado un servicio de vigilancia en torno de su casa. Algunos inquilinos armados de sable, venían en la noche á reforzar la servidumbre, y debían hacer rondas, para dar la voz de alarma en caso de presentarse alguna gente sospechosa.

Aquel día en que se esperaba el regreso de Abel, la familia de Los Canelos había visto trascurrir las primeras horas con esa especie de alegría inquieta con que se aguarda cualquier acontecimiento, siquiera tenga la promesa de alguna impresión agradable. El temor es instintivo en la pobre naturaleza humana, y son muy escasos los que pueden mirar al porvenir con perfecta placidez. Porvenir y temor, son dos ideas que casi siempre se despiertan á un mismo tiempo en el espíritu, así como todo sonido y su eco resuenan simultáneamente en el espacio. Pero la preocupación de cada cual era diversa. Don Alejandro y su mujer pensaban en la llegada próxima del hijo. Trinidad en la dicha, para ella milagrosa, de ver á Hermógenes, á pesar de las dificultades, como él se lo decía en su carta. Y los tres, no obstante la seguridad de los hechos anunciados, sentían á veces cruzarles por la imaginación, el vago temor de dificultades imprevistas, que podrían cambiar el curso de los sucesos. Sobre todo en Trinidad, esa sensación se cambiaba por instantes, hasta tomar la forma de un presentimiento doloroso. Eran los pesares de largos meses de expectativa desconsolada, que se alzaban á turbarle su seguridad. Luego, en el seno, del lado del corazón, entre el corpiño y el vestido, una cartita, cómplice atrevida, la llamaba á cada instante, con sus líneas desiguales, en las que había depositado la esencia de su alma, contestando á la carta de Laramonte. Con la fe de la juventud, que siempre aguarda algo del acaso, ella esperaba que se presentaría una ocasión de poner esa respuesta en manos del joven. Llegar á escribirle, había sido vencer di-

ficultades infinitas, capaces de desalentar á cualquiera que no fuese una chica enamorada. Sustraer papel y pluma del escritorio de su padre; escribir á hurtadillas, en los momentos que pudo burlar la vigilancia de doña Clarisa; confiar al papel, con enfadosas dudas ortográficas, con el pudor de una educación casi monacal, esas palabras imponentes que una chica piensa, pero que no se atreve á pronunciar, palabras que todas conducen á decir « amor » como todo camino lleva á Roma, fué para Trinidad una obra inmensa. Y á medida que pasaba el tiempo, el papel le quemaba el seno y le torturaba el pensamiento. « ¿Si habría dicho demasiado? ¿Qué pensaría Hermógenes de ella? » Por momentos se figuraba todo lo contrario. Las frases que le repetía su memoria eran confusas y frías. « ¿Si él fuese á figurarse que no lo amaba? » ¡Un mundo de angustias contradictorias!

Pero á medida que pasaron lentas y monótonas las horas, la inquietud, como huésped importuno, se apoderaba de los padres y de la hija. Para ellos la tardanza de Abel empezaba á forjarles sombríos presentimientos. Para Trinidad, la hora decisiva avanzaba, no ya con la dicha suprema de verlo, sino con las amenazas de lo que podría sobrevenir. La imposibilidad material de poder acudir á la cita en la arboleda, no le dejaba más alternativa que buscar un momento de distracción de sus padres cuando llegase Abel, para ir al cuarto donde Hermógenes le anunciaba que vendría á empujar la ventana, ó si ese momento no se presentaba, resignarse á esperar que él entrase por la puerta principal, como lo decía. En el primer caso, era casi seguro que la sorprenderían con el joven. Quedaría así perdida para siempre, separada de él y encerrada en un convento, según su padre lo había ya dejado entender. Á esa tremenda probabilidad, ella debía añadir la de algún acto de violencia de parte de don Alejandro, sea sobre Hermógenes, sea sobre ella misma. No sólo el miedo de estas consecuencias, sino el temor de perder á Laramonte para siempre, le aconsejaban no arriesgar tan desesperada aventura y resignarse á esperar. El se presentaría y podría verlo por lo menos. No era tampoco imposible que pudiera darle su cartita, que seguía quemándola, que redoblaba sus perplejidades, á punto de darle á veces ímpetus de destruirla, para cerrarse toda tentación de correr el riesgo de perderse al entregarla.

Las casas de la hacienda de Los Canelos eran una de esas moradas de estilo primitivo, sin un solo rasgo de gusto arquitectónico, sin una sola señal de sentimiento artísco, que creó el coloniaje, en su constante preocupación de sórdida economía. Un vasto cañón de edificio bajo, con techo de pesadas tejas, dividido en un gran número de piezas: las del centro, para habitación de la familia; las de las extremidades, para graneros y otras exigencias del servicio de la hacienda. Tras del edificio un gran patio con piezas de mediagua, con lagar para la vendimia, alambique, destilador de aguardiente, despensas y guarda-frutas. Más atrás, la arboleda, cerrada por tapias bajas de adobón. Al frente de las casas un corredor mal enladrillado, con algunos escaños para sentarse, y delante una especie de plazuela, un *llanito*, por el que pasaba el camino real. En ese llanito, á los lados de las casas, algunos viejos espinos, vestigio de la antigua selva, en los que los inquilinos y los visitantes amarraban sus caballerías antes de venir á hablar con el patrón.

Pero esa habitación sin arte, ese edificio pesado, con sus puertas macizas y sus ventanas sin vidrieras, con su techo aplastado, su alero bajo y sus toscos pilares sobre basas de piedra mal canteada, tenía sin embargo, el suave encanto de la poesía ambiente, que se desprende, como una emanación armoniosa, de los paisajes de Chile. El llano parecía enviar á las casas, desde sus grandes potreros cubiertos de espinales, la paz de las cosas que ignoran la marcha devastadora del tiempo. En una quebrada vecina, un bosque de canelos, que daban su nombre al fundo, alzaba sus ramas elegantes, con sus plateadas hojas de magnolia. Frondosas pataguas al lado de ellos, levantaban sus verdes copas, donde venían á buscar sombra y misterio las tórtolas y las torcazas. En la vega, á la derecha, el agua brillaba entre las finas espigas de la totora, devolviendo sus reflejos al sol, con diáfana y cambiante luz, como las alegrías de la niñez. Allá distante, un cordón de cerros dibujaba en la atmósfera rosada, la sinuosa línea de sus crestas caprichosas, y acentuaba con majestad, el tinte sombrío de sus faldas erizadas de espinos y de trébol. Todo bañado en la luz apacible de un cielo sin nubes, como dormitando en la inocencia campestre, con vibraciones quedas, con ecos familiares que, sin turbar el silencio, reúnen en un concierto sencillo el vuelo de las aves que pasan, el mu-

gido perezoso de las vacas, el lamento lejano de sus terneros, que sueñan con el aprisco y el porfiado y estridente grito de los queltegües, siempre alarmados y medrosos.

Aunque exento del sentimentalismo enfermizo, que hace buscar una secreta analogía entre los pesares ó los desalientos del espíritu y el aspecto de la naturaleza, don Alejandro Malsira comparaba, con envidia, la quietud solemne del paisaje y la ansiosa agitación que lo dominaba. El sol entre tanto, retiraba ya su luz del llano y encendía una inmensa hoguera de celajes en el horizonte. El silencio, la inmovilidad y las sombras del crepúsculo de la tarde, se apoderaban de la tierra, dejando caer sobre ella un manto de tristeza opresora, semejante á la melancolía que invade el alma en la despedida de un ser querido. Don Alejandro extendía su vista ansiosa á lo largo del camino y no divisando aparecer á nadie, volvía á su contemplación del paisaje, que se borraba gradualmente, y tornaba enseguida á sus paseos á lo largo del corredor, mientras doña Clarisa y Trinidad, sentadas cerca de una mesa en la sala, engañaban mal sus preocupaciones con el movimiento mecánico de la costura.

Poco después oyó Trinidad á su padre, que daba en el corredor sus órdenes al mayordomo, para la custodia de la casa durante la noche. Solo en ese instante la realidad de los peligros que iba á correr Laramonte para acercarse á la casa, tomó una forma precisa en su imaginación. Al oír hablar de dos hombres que guardarían la arboleda, le pareció imposible que el joven pudiese llegar hasta la ventana que él había designado, sin ser sorprendido por los guardianes, que indudablemente lo atacarían. Ese pensamiento le nublaba la vista y un temblor nervioso, que ella se figuraba ser visible y denunciador, del pánico que esas reflexiones le infudían, discurría por su cuerpo, como los escalofríos de la fiebre.

Don Alejandro mientras tanto, después de dar sus órdenes, había entrado en la pieza. La noche cubría ya con sus sombras hasta los objetos más cercanos de las casas.

— Ya no vendrá, dijo, con el tono contrariado del que se rinde á una mortificante evidencia y renuncia á una esperanza. ¿Qué puede haber sucedido? añadió, buscando una explicación tranquilizadora.

Doña Clarisa respondió con un suspiro ahogado, no queriendo aumentar con su pesimismo de madre, los presagios

inquietadores que revelaban el rostro y el tono de voz de su marido. Éste, como para huír de su zozobra, empezó á examinar en voz alta las hipótesis que se le ocurrían sobre la tardanza de Abel. Estaba perfectamente convenido que debía llegar en la tarde de aquel día. En caso de impedimento imprevisto, habría mandado á Neira con una carta para tranquilizar á la familia. Bien que Abel no hubiese tomado parte alguna en el movimiento revolucionario, era de temerse que el nombre que llevaba hubiese podido acarrearle algunas dificultades con los nuevos gobernantes.

De súbito se oyó distintamente un silbido lejano y prolongado, que terminaba como en un llamamiento. La madre y la hija fijaron una mirada interrogando á don Alejandro.

— Ese silbido es de Manuel Rodríguez, exclamó éste, casi como haciéndose una pregunta, más bien que respondiendo á las miradas que lo interrogaban.

Casi al mismo tiempo entró el mayordomo, anunciando que se sentía ruido de cabalgaduras del lado de Melipilla.

— Adelántese por el camino, y diga usted á los que llegan, que pueden venir con toda seguridad.

Cuando salía el mayordomo, don Alejandro explicó el motivo que le hacía dar esa orden. La participación activa del tribuno en las agitaciones políticas de los últimos tiempos, lo había hecho objeto, con frecuencia, de encarnizadas persecuciones. En ciertas épocas no había podido sustraerse á la vigilancia de sus enemigos, sino ocultándose y tomando infinitas precauciones, como la de cambiar de habitación á menudo. Á veces había venido á pedirle hospitalidad en Los Canelos. En esos casos llegaba casi siempre en la noche y era convenido entre ellos, que Rodríguez anunciaría su presencia con ese silbido, que le era peculiar.

Poco después se oyó el ruido de gente de á caballo que se bajaba cerca del corredor. Abel Malsira, seguido de Rodríguez y del mayor Robles llegaron á la pieza, á cuya puerta había salido á recibirles don Alejandro. Los saludos, las preguntas y las respuestas sobre la tardanza de Abel, ocuparon los primeros momentos. El Mayor fué presentado como uno de los héroes de Rancagua. Cámara, por respeto, se había quedado en el corredor. Pronto fué llamado é interrogado por don Alejandro. Toda la casa, entre tanto, se había puesto en movimiento. Trinidad, que temía

á cada instante verse traicionada por su turbación, salió con gusto de la pieza con acuerdo de su madre, á dar órdenes para la preparación y el aumento de la cena. La presencia de los huespedes con que llegaba Abel, exigia un viaje á la despensa, cuidado de administración domestica, que solamente podia atender una de las dueñas de casa.

Las escenas de Talagante, contadas por Rodriguez, fueron un enigma para don Alejandro. No acertaba á explicarse el propósito de la conducta de San Bruno. Y como Abel callase la certidumbre que él tenia, su padre tuvo que atribuir la actitud del capitán de Talavera á un plan de persecución política contra él, á virtud de algún denuncio hecho al Gobierno de Santiago.

— Lo que hay de muy probable, observó Rodriguez, es que muy pronto, tal vez mañana mismo, el Capitán español se presentará aqui con fuerza suficiente en busca nuestra. Hoy no le habrá sido posible encontrar tropa para esta expedicion. Pero el hombre no me parece de los que se resignan á sufrir, sin vengarse, una humillación como la que le hemos hecho pasar. Él, amarrado ignominiosamente, y de su tropa, el cabo fuera de combate, uno de los soldados amarrado tambien, el otro prófugo, y cuatro caballos perdidos. No puede darse una empresa mas desastrosa.

— Un ligero consuelo por lo que nos hicieron sufrir en Rancagua, dijo Robles con satisfacción evidente.

— Siquiera han pagado el alazán, mi Mayor, dijo Cámara, admitido en la intimidad de la conversacion.

— ¡El pobre alazán tostado! añadió el Mayor, como si todos conocieran el lamentable fin de su caballo de batalla.

Rodriguez apuntó la conveniencia de que Abel, el Mayor, Cámara y Neira, no se quedasen en Los Canelos á esperar la visita, según el inevitable, de San Bruno. La prudencia aconsejaba que despues de la cena, todos continuasen su marcha. Por lo que hacia á el, su proposito al salir de Santiago, habia sido el no detenerse en Los Canelos sino el tiempo necesario para hablar con don Alejandro y descansar ahi una noche. Despues de lo acaecido en Talagante, su plan no sufria otra variación, que la de disminuir las horas que habia consagrado al reposo en medio de sus amigos. En vez de detenerse ahi hasta el dia siguiente, continuaria su viaje para la hacienda de un amigo, donde

tenia que arreglar asuntos concernientes á planes futuros, para continuar la guerra á los opresores. Los contrastes no habian abatido su fe en el triunfo de la gran causa dentro de un porvenir, lejano talvez, pero indudable para él. Á medida que hablaba, la gravedad y el calor del discurso habian reemplazado el tono alegre con que habia referido lo que él llamaba « el descomunal combate de Talagante ». Los demás lo escuchaban con recogimiento. Habia en aquellos hombres de muy diversa fisonomía, algo del convencido y ardoroso entusiasmo de los primeros cristianos, por el dogma á que habian consagrado su existencia en medio de las persecuciones. El ardor patriótico del tribuno, les infundía una confianza serena en la independencia futura de la patria y les comunicaba, como un fluido magnético, la fuerza de alma que prepara á la lucha y al sacrificio.

Todos convinieron en que los recién llegados acompañarían á Rodríguez en la primera jornada del viaje que iba á emprender antes de dirigirse á los Andes, para trasmontar la cordillera en dirección á Mendoza. Rodríguez, siguiendo su sistema de cambiar frecuentemente de fisonomía para desorientar toda persecución, pidió á don Alejandro que le condujese al cuarto de los alojados, una pieza que casi nunca falta en las casas de campo, á fin de ir á ponerse otro disfraz que el que llevaba. El mayor Robles quedó en la sala con doña Clarisa mientras que Abel salió en busca de Trinidad. Cámara, aprovechándose de esta dispersión de los combatientes de Talagante, corrió al patio de atrás, donde se hallaban las habitaciones de las sirvientes, que, según la práctica constante entonces, estaban separadas de las de los varones de la servidumbre doméstica. Una tal Manuela, Mañunga, como todos la llamaban en la casa, que habia hecho latir su corazón, como tantas otras y más que todas las otras, era en ese momento la esperanza que lo hacía relegar al olvido el recuerdo de la picante Marica de Talagante. Por ese tiempo varios mozos de la hacienda habian ido á los potreros, en busca de caballos de repuesto para los viajeros, á fin de que pudiesen emprender la marcha después de la cena.

Cámara se presentó en la cocina, en momentos en que se hallaban allí reunidas todas las sirvientas de la casa. La llegada del que ellas llamaban don Abelito y de sus compañeros, las habia hecho acudir á ese salón de la servidum-

bre de toda casa chilena, presurosas y curiosas, en busca de noticias. Ña Pascuala, la más antigua criada de la familia, que compartía con su hija Mañunga las funciones de criada de manos, había averiguado ya de Neira algunos de los incidentes del viaje del *caballerito* y los refería á las otras, que la escuchaban maravilladas. Mañunga, dos nodrizas, que en calidad de *mamas* de los dos últimos chiquillos de don Alejandro, habían quedado en la casa para cuidarlos, y la cocinera ña Gervasia, eran las oyentes. Las dos *mamas* se pasaban el mate sin descanso y abría tamaños ojos la cocinera, una mulata rolliza, que había sido regalada á doña Clarisa, joven aún, por una amiga, porque sabía hacer muy bien el chancho arrollado, y otras delicadezas por el estilo, que la generación de entonces, ignorante de la dispepsia, digería mucho mejor que la nuestra.

Al presentarse el asistente del mayor Robles, ña Pascuala interrumpió su narración.

— ¡ Ay ño Cámara ! ¿ como le va pues ? entre á sentarse, exclamó.

Mañunga, en la que de preferencia se habían fijado los ojos de Cámara, respondía á su mirada, con otras de esas que las mujeres reservan, como pan bendito, para el hombre del que están, ó quieren aparecer enamoradas.

El soldado, al mismo tiempo, contestó á la invitación de entrar:

— Á toditas les voy á dar un buen abrazo, para que ninguna se enoje.

Este anuncio galante fué recibido con fórmulas de protesta, que las miradas y las risas desmentían.

— ¡ Aquí viene el atrevido !

— No había de ser él, pues, con su cara de Pascua.

— ¿ Qué no tiraban con bala los godos, que lo han dejado vivo ?

Estas y otras amabilidades le decian, mientras él, con su táctica de bruscos ataques, había empezado por dar un fuerte abrazo á ña Pascuala, seguido después con las *mamas*, haciendo botar el mate y quemarse con la bombilla á la que estaba tomándolo. Continuó después con la cocinera, que daba estruendosas risotadas, por lo que llamaba la *frescura del maldito* roto, y terminó por Mañunga, agregando esta vez un ruidoso beso y exclamando :

— Para el postre se deja lo más sabroso, ¿que les parece? No dirán que agravio á nadie.

Este acto de galantería hizo estallar el buen humor en la cocina. Las risas descompasadas y los chistes populares, daban un aire de fiesta á la llegada de Cámara y dejaban sentir lo contagioso de su buen humor y de esa cualidad indescriptible de *ligero de sangre*, que poseía en alto grado. Mas no podía durar mucho aquella escena. Las criadas conocían demasiado la rigidez de la señorita, ó *misiá* Clarisa, para olvidarse largo rato en aquel paréntesis de la vida claustral que llevaban en Los Canelos. Era preciso que ña Pascuala y Mañunga fuesen á poner la mesa, que la mulata cuidara de que no se quemasen las lentejas y el guachalomo salpreso de la cena, y que las dos mamas volviesen al dormitorio, para ver si los niños no se habian destapado, ó sucedídoles algo de más urgente reparo.

Mañunga, al salir de la cocina con su madre, había dirigido á Cámara una mirada larga y expresiva, que él bien vió que decía: « espérame, que ya vengo », casi con tanta claridad como si hubiese hablado. Y en efecto, pocos minutos después, volvía ella á entrar en la cocina, turbada y confusa, como en busca de algo. El asistente la estrechó entre sus brazos; pero no como hacia un momento, como de broma y entre risas, sino con cierta emoción sencilla y ruda, que hizo bajar los negros ojos á Mañunga y apartarlo con un ademán de esfuerzo, más simulado que verdadero.

— ¡ Déjeme, no vayan á venir !

— ¡ Y así me recibes, cuando te quiero tanto ! ¡ pícara, ingrata !

— *Dejante* no, ¡ mucho que me quiere ! si fuese cierto no se habría ido á la guerra.

— ¿ Entonces quieres que sea un falso, y que no defienda á la patria ? ¡ buena cosa !

— El que promete casamiento, lo cumple.

— ¡ Y todavía te lo prometo ! ¿ qué crees que me arrepiento ?

— ¿ Y por qué no se casa entonces, en vez de hacerme vivir avergonzada ?

— Me casaré ¿ cómo nó, pues ? apenas se acabe la guerra.

— Bonito plazo ¿ y si lo matan ?

— ¡ Ah ! si me matan te casais con otro, ¡ vean que gracia !

La voz de ña Pascuala cortó este diálogo, que por lo rápido y nervioso, por el calor concentrado de la voz, el fue-

go de las miradas, lo agresivo de parte de ella y la prudencia de las réplicas de él, habría semejado á un juego de esgrima entre dos combatientes de igual destreza, ansiosos cada cual de arrebatar al otro la victoria. Cámara, con su desplante imperturbable, pudo triunfar, gracias á la turbación en que la voz de su madre puso á Mañunga, y pidió con atrevimiento una cita para la noche. La criadita, con cierta dignidad melancólica, algo como el sonido de una cuerda del alma destemplada por el desengaño, opuso á ese ataque una redonda negativa.

— ¡ Hasta que me cumpla su palabra ! ¡ Entonces me verá sola !

Respondiendo después á un segundo llamado de ña Pascuala :

— Ya voy, mamita, ya voy.

Y salió corriendo de la cocina, donde Cámara se detuvo todavía un instante á encender un cigarro, pensando : « pobre Mañunga, harto que la quiero á pesar de lo taimada ».

XII

Después de dar las instrucciones para la cena, Trinidad había aprovechado el momento en que se encontraba libre para dirigirse á la pieza donde debía entrar Hermógenes, como lo anunciaba en su carta. Asaltado entonces de mil perplejidades, su espíritu flotaba penosamente en la incertidumbre, como flota al embate de las olas del mar, una ave cansada. La llegada de su hermano en compañía de huéspedes inesperados había hecho crecer su angustia. Antes de esto, una vaga esperanza de que, llegado Abel, todos se recogerían temprano á sus habitaciones, la sostenía contra el desfallecimiento del temor que la dominaba. La presencia de Manuel Rodriguuez y del Mayor le arrebataba esa tabla de salvación. La cena se prolongaría hasta tarde, y todo iba á descubrirse. Sería mejor cerrar la ventana. Hallándola así, Hermógenes desistiría tal vez de su intento y ella se salvaría — ¡ sin verlo, es verdad, pero se salvaría ! En el desconcierto de todas sus facultades se resignaba á abandonar la inmensa dicha de verlo, á trueque de salvar su honor, como se arroja por la borda en un temporal deshecho, hasta lo más precioso del cargamento, por salvar

la nave. Al entrar al cuarto iba resuelta á trancar la ventana.

Pero antes de que hubiese podido llevar á efecto esa resolución, Abel entraba en la pieza. Nada de fraternal, nada de afectuoso en la mirada que se dieron, una mirada de personas extrañas, que tratan de descubrirse mutuamente las intenciones. Abel habló primero, con la precipitación del que sabe que el tiempo es angustiado.

— Es preciso que hable contigo. Ya oíste lo que nos ha pasado en el camino; pero delante de los demás yo no podía decirte que el ataque de ese capitán San Bruno era premeditado, y que yo estoy seguro que él obedecía á órdenes superiores.

Trinidad lo miró con la expresión de las personas nerviosas, que después de ver lucir un relámpago, esperan con semblante amedrentado el estallido del trueno.

— ¡ Ah ! exclamó, tratando de ocultar su turbación.

— Estoy persuadido de ello; ¿ y sabes de quién proceden esas órdenes?

— ¿ Cómo quieres que lo sepa? No comprendo por qué me lo preguntas.

— ¿ Me comprenderás si te digo que esas órdenes venían de Laramonte?

Trinidad miró de frente á su hermano, buscando algún indicio que le hiciese adivinar el alcance de sus palabras. Abel se acercó á ella y le tomó cariñosamente las manos.

— Te lo pregunto porque es preciso que tengas confianza en mi. Yo siempre he sido tierno contigo y ahora necesito que me hables con toda franqueza. Yo estoy seguro que es Laramonte, quien ordenó á ese subalterno que no me dejase llegar esta noche aquí, porque él supo que yo estaba instruido de su viaje. Se ha hecho dar una comisión que le sirve de pretexto para acercarse á ti. Si él viene, si persiste en verte después de tan larga ausencia, debe habértelo hecho saber, debe estar de acuerdo contigo. ¿ Has pensado en las terribles consecuencias á que te expones tú, y á que lo expones á él mismo?

— Tú sabes entonces más que yo, dijo la chica, disimulando mal su turbación.

— Sé que él, no pudiendo negarme un pasaporte para salir de Santiago y teniendo interés en que yo no trajese la noticia de su venida, ha intentado impedirlo por la fuerza. Lo demás es fácil inferirlo; ¿ cómo no suponer que él ha

debido anunciarte su llegada, y tal vez darte una cita, al ver que ha echado mano de un medio tan violento, para asegurar el secreto de su viaje? Si así no fuese, lo habría dejado para después, para mejor ocasión.

— Bueno, pues, supón lo que te parezca, replicó ella, tratando de parecer serena.

Su terror, entre tanto, le oprimía la voz en la garganta. Á cada instante se le figuraba ver que la ventana se abría, cediendo á un puje de afuera.

— Si tú no tienes confianza en mí, ¿quien podrá protegerte? Dime si tengo razón en mis suposiciones y yo saldré con cualquier pretexto, ó enviaré un sirviente, para prevenir á Laramonte y evitar que te exponga con alguna imprudencia. Bien conoces el carácter inflexible de mi padre, y sabes que reprueba con la mayor energía que tú no hayas renunciado á ese pretendiente.

— Ya lo sé que lo reprueba. ¿Tú me aconsejarás tal vez que finja querer á otro, para que mi padre se tranquilice?

— No te pido tal cosa. Te pido y te conjuro que renuncies á ese amor. Si Laramonte, por medios que ignoro, consigue acercarse á ti, ¿no es lo más seguro que mi padre llegue á saberlo? ¿Qué no puede temerse entonces del odio que le profesa? No olvides que ahora él es de los vencedores y mi padre de los vencidos. Laramonte querrá vengarse. Te confieso que entre él y mi padre, yo no puedo vacilar. Mi deber de hijo me obligará á ser enemigo declarado del que lo es de mi padre.

— Mi padre le cerró nuestra casa, únicamente porque es realista.

— Y porque conocía su conducta. Nadie creía, mi padre mucho menos que los demás, que el amor que te manifestaba Laramonte fuese una pasión verdadera.

— Eso no importa, con tal que yo lo creyese.

Trinidad, en este diálogo, había ido pasando poco á poco de la timidez á la serenidad. Defendía su bien supremo, y la insistencia de su hermano la irritaba. El último argumento empleado por Abel para justificar á don Alejandro, hacía renacer en su alma la fuerza con que había luchado largo tiempo contra la hostilidad de los suyos. Á ese sentimiento venía á unirse la desesperación que le impedía llevar á efecto el propósito con que ahí había venido. Sin dejar de seguir los raciocinios del joven, otro orden de ideas cruzaba al mismo tiempo por su pensamiento, y la

obligaba á no entregarse, revelando su secreto, á la protección que Abel le ofrecía. Figurábase que si éste salía á prevenir á Laramonte, él dudaría de su amor y creería que ella se valía de ese pretexto, para evitarse las contrariedades que podría acarrearle su visita. No habiendo podido contestar su carta á Hermógenes, por no tener con quien hacerlo, suponía con razón que cualquier acto de parte de ella, que pareciese indicar que no se atrevía á arrostrar ningún peligro por volver á verlo, después de la larga ausencia que los había separado, justificaría en el joven la suposición de que ya no debía contar con su amor. De los tremendos temores que en aquel momento la asaltaban, éste era para ella el más intolerable. Estaba dispuesta á arriesgarlo todo, por no dar lugar á que su amante se creyese olvidado.

Malsira, entre tanto, se sentía invadido por un sentimiento de profundo cariño y de profunda simpatía hacia su hermana. La tenacidad con que ésta defendía su amor, el fuego y la energía de ese corazón de mujer, encerrado en un cuerpo frágil y ondeante, al parecer impropio á todo acto de vigor y de entereza, era para él una revelación. Siempre había conocido á Trinidad tímida y suave. Siempre la había considerado, por su belleza diáfana, por su talle flexible, por la mirada de sus grandes ojos azules y la aureola de ideal que el abundante cabello rubio daba á su frente, tendiendo sobre ella un velo de pudor y de dulzura, como un ser de sensibilidad exquisita, incapaz de luchar con valor contra los duros escollos de la vida. Seis años mayor que ella, la había visto crecer, como las blancas azucenas del jardín, con las que en su imaginación de niño la comparaba, incapaces de resistir al soplo del viento devastador. Y ahora, al adivinar en la melancolía de sus ojos, una de esas violentas resoluciones, que sólo son capaces de inspirar á las organizaciones tímidas, los largos pesares devorados en silencio, Abel, irresistiblemente, volvió á acercarse á ella y á estrecharle las manos con ternura.

—¡Pobre hermanita! ¡cuánto te compadezo! Ten confianza de mí, ¡no vayas á cometer alguna locura! ¡mira que el pesar y el aislamiento son muy malos consejeros!

La ternura de esa voz penetró al fondo del alma adolorida de la chica. Su desconfianza y su espíritu de resistencia se doblegaron, como cede al calor del fuego un metal

que parecía irreducible. Se estrechó contra el joven y humedeció sus manos con las lágrimas que brotaron de sus ojos.

En este instante se oyeron voces en las piezas vecinas. Abel y Trinidad distinguieron entre ellas, dominándolas, la voz de don Alejandro y la de Rodriguez, que se acercaban. Al mismo tiempo, en el patio, en la arboleda, los perros se habian puesto á ladrar furiosamente. En los ranchos de los inquilinos, cerca y lejos, otros ladridos respondian. Aquello formaba un lúgubre concierto, que conmovía y enervaba los nervios al hermano y á la hermana.

« Todo va á descubrirse », pensaba ella.

Y se puso á temblar. Sus ojos, que el miedo agrandaba, se fijaron con aire de extravío en Abel.

— Sálvame, le dijo, implorándolo con voz ahogada, ¡estoy perdida!

— ¿Cómo? ¿por qué? preguntó el joven sin comprender el terror que se reflejaba en las facciones de Trinidad.

— Hermógenes debe entrar de un momento á otro, por esa ventana.

No hay más que trancarla, exclamó Abel, lanzándose sobre la sólida tranca con que entonces se acostumbraba cerrar puertas y ventanas, sobre todo en las casas de campo.

Precisamente en el mismo momento se abrió la puerta de la pieza y apareció en ella don Alejandro Malsira. Con una escopeta de largo cañón, marcialmente colocada sobre el hombro derecho, con el *guarapón* de paja de anchas alas, calado hasta las cejas, con esa mirada de sombría serenidad de los hombres violentos, que parecen tornarse calmosos ante el peligro, don Alejandro apareció á sus hijos como una amenaza, como si sospechase el secreto que los traía turbados y tímidos en su presencia.

— Los andaba buscando, les dijo. ¿Saben ustedes que la casa está rodeada de soldados? Es preciso que nos juntemos todos en la sala.

— Será bueno trancar esta ventana, ¿no le parece? observó Abel, recobrando su presencia de espíritu.

Trinidad temblaba, sacudida por el espanto. Toda su alma estaba concentrada en ese punto por donde podía aparecer su amante. Era ya la hora que él había indicado. ¿Cómo sacar de ahí á su padre? ¿Por qué Abel tardaba ¡tanto, tanto! en coger la tranca? ¿Por qué no acertaba á

colocarla inmediatamente en los hoyos practicados en la pared de un lado y de otro? ¿Por qué fatalidad, después de tener ya puesta una de las extremidades de la tranca, se caía ésta ruidosamente, al tiempo de colocar la otra? ¡Oh! ¡aquellos segundos que parecían horas eternas! ¡Dios, indudablemente, quería castigarla! ¡Qué de promesas á la virgen, ofrecidas como en delirio! Su oído, mil veces más agudo que en su estado habitual, le hizo percibir distintamente que una presión exterior empujaba con suavidad, como con gran cautela, la ventana, y que esa presión se acentuaba un poco más la segunda vez, al punto que llegó también á notarlo don Alejandro. Esas sensaciones de Trinidad habían sido instantáneas, el corto espacio de tiempo que Abel había empleado en la muy sencilla operación de colocar la tranca.

— Creo que están empujando de afuera, dijo don Alejandro acercándose á la ventana, de la que se hallaba distante.

— Tal vez alguno de los mozos que están de guardia, dijo Abel con viveza: andará sin duda viendo si todo está bien cerrado.

Los tres se quedaron después de esta respuesta en profundo silencio. Trinidad bendecía con el pensamiento á su hermano, como á su salvador. Don Alejandro esperaba para ver si volvían á empujar de afuera la ventana. Abel, completamente dueño de sí mismo, no quiso dejar prolongarse el silencio.

— ¿Y qué significará esa tropa? Tal vez la noticia de lo de Talagante habrá llegado á Melipilla y habrán mandado de ahí algunos milicianos para venir á tomarme, dijo con tono de chanza.

— Ahí veremos, vamos á la sala, contestó don Alejandro saliendo delante de sus hijos. Iba sombrío y como un hombre á quien inquietan las sospechas de algo que no acierta á formular.

Al pasar por el umbral de la puerta, Trinidad estrechó una de las manos de Abel, en un arranque de inmensa gratitud.

En la sala, Rodríguez, inconocible, con el mismo disfraz de roto que había usado en Santiago, explicaba á doña Clarisa, al Mayor y á Cámara, que la gente armada cuya presencia en derredor de las casas pero á cierta distancia, había venido á anunciar el mayordomo, debía ser tro-

pa de Melipilla pedida por San Bruno á las autoridades, para venir á capturar á sus vencedores de Talagante.

— Resistir sería una locura, dijo dirigiéndose á don Alejandro, que entraba como en son de guerra con su escopeta al hombro. El capitán español, que ha visto que somos pesados de mano, no habría podido aventurarse en esta expedición, sin traer un fuerte destacamento y bien armado. Nosotros no podemos ofrecerle ni la fuerza del número ni la del buen armamento. Con los pocos huasos que hay en la casa, una tentativa de resistencia no haría sino justificar las tropelías y los insultos de que serían víctimas las señoras, cuando hubiesen concluído con nosotros. Además, no sabemos si van á atacarnos, y como no nos queda otro recurso que el de la astucia, apelemos á él.

— ¿Qué se te ocurre, á ver? preguntóle Abel.

— Yo supongo, dijo, que San Bruno vendrá sin el cabo que quedó herido, y sin el soldado que habrá dejado en Talagante cuidando al cabo. Como no vió ni á Cámara ni al Mayor, éstos no corren ningún peligro. Cámara se pondrá una manta y unas espuelas y pasará por uno de los inquilinos de la hacienda. El mayor Robles dirá que él es el administrador de don Alejandro. Quedamos Abel y yo que fuimos vistos por San Bruno. Somos los que debíamos ocultarnos.

— Yo no debo ocultarme, porque el Capitán sabe que yo venía á la hacienda y no puede suponer que no haya llegado. No viéndome aquí, me hará buscar por todas partes. Tu caso es muy distinto. Desde el principio le dijimos á San Bruno que tú no venías á Los Canelos, y no se extrañará, por consiguiente, de no verte. Tú sí que debes ocultarte.

— Abel tiene razón, observó don Alejandro. Además él no principió el ataque al Capitán, y después fué á quitarle el poncho de la cabeza. Esto debe haberlo dispuesto en su favor, mientras que todo su encono debe ser con usted.

— Entonces, dijo Rodríguez, si Abel no se esconde, yo tampoco lo haré.

Don Alejandro y su hijo combatieron calorosamente esa resolución, que calificaron de temeridad inútil. Aun suponiendo que San Bruno quisiese tomar preso á Abel, ¿que ganaría con que lo llevasen á él también?

— No solamente sería un sacrificio inútil de tu parte, observó el joven Malsira, sino que además tú me perjudi-

carias. Al fin y al cabo San Bruno no puede acusarme sino de un acto de legítima defensa. Él, antojadizamente quiso oponerse á nuestra marcha y no invocó para ello otra razón que su voluntad. Nosotros nos defendimos sin causarle ningún mal. He ahí mi disculpa, y como tenemos amigos é influencias poderosas en Santiago, todo quedaría en nada. Si me toman contigo, el caso cambia completamente. Tú eres el revolucionario Manuel Rodríguez, el más encarnizado enemigo de los españoles. El asunto se vuelve entonces una causa política, porque tu participación en él le dará ese carácter. Me juzgarán como cómplice tuyo en un acto de ataque á la fuerza pública.

Este argumento hizo callar los escrúpulos generosos del joven tribuno, y admitió la necesidad de ocultarse, al oír á don Alejandro abundando en el argumento de su hijo:

— Claro es que si usted se deja sorprender aquí, todos nosotros quedaremos comprometidos por ocultar á un revolucionario perseguido.

Quedaba el problema de la elección del escondite. Ninguno parecía seguro. Cámara propuso las grandes higueras que cubrían un espacioso rincón de la arboleda, comprometiéndose él á llevar hasta ahí á Rodríguez, aunque la arboleda estuviese ya ocupada por la tropa española. Pero don Alejandro y Abel declararon peligrosísimo ese arbitrio. Si eran sorprendidos antes de llegar al rincón de las higueras, la situación de Rodríguez se agravaría doblemente, por el hecho de ser cogido en un acto de fuga. Varios otros medios propuestos parecieron igualmente poco seguros.

El mayordomo entró á la sazón, anunciando que varios jinetes avanzaban por el camino y se acercaban á las casas. Todos en la sala sintieron que era indispensable tomar una determinación en el acto sobre el escondite de Rodríguez. Éste se había quedado pensativo. En sus ojos lucía la expresión del que ha concentrado el pensamiento en busca de una idea. Sin mucho tardar, miró á don Alejandro con el triunfo del famoso *eureka*:

— Dígame, ¿todavía tiene el cepo donde antes?

— Sí, al lado de mi escritorio.

— Pues ahí voy á esconderme.

— ¡En el cepo!

— Sí, en el cepo. Su mayordomo me pondrá de los pies. Si llegan ahí los españoles, yo estaré durmiendo una tre-

menda borrachera y usted me habrá castigado por desórdenes, ó cualquier otro motivo. ¡ Vamos ! ¡ vamos ! no hay que perder tiempo.

Perfectamente sereno, Rodríguez tranquilizaba á los demás, con el aire risueño con que proponía su idea tan singular como atrevida. Sin perder momento, salió seguido por el mayordomo. En el cuarto del cepo se restregó el rostro con el polvo del suelo, se hizo colocar como lo había indicado, de los pies, y pidió al mayordomo le fuese á buscar un vaso de aguardiente. Después de beber algunos tragos, despidió al hombre, recomendándole guardar con los sirvientes el más absoluto secreto sobre lo que hacía.

Todo aquello había pasado con suma rapidez. Cuando los jinetes anunciados por el mayordomo llegaban al patio exterior de las casas, don Alejandro, su familia y el mayor Robles se encontraban reunidos en la sala y se empeñaban en parecer perfectamente tranquilos. La madre y la hija cosían cerca de una mesa, sobre la que dos velas de sebo, puestas en palmatorias de latón amarillo, dejaban caer una luz opaca. Los hombres, no lejos, sentados en taburetes de madera, hablaban sobre siembras y cosechas, fumando. Pero cada cual tenía el oido, ó más bien el corazón, puesto del lado de afuera, donde alcanzaron á sentir confusamente el ruido de cabalgaduras que llegaban, y de gente que se bajaba en el corredor.

El coronel Laramonte y el capitán San Bruno eran los primeros de los recién llegados que habían puesto pie á tierra. Venían escoltados por cinco carabineros, dos de los cuales se bajaron con rapidez al hacer alto, y cogieron por la rienda los caballos.

El jefe y el oficial, que así llegaban juntos á Los Canelos, se habían reunido en Talagante. El Coronel, desde su salida de Santiago, había calculado su marcha para llegar á inmediaciones de la hacienda de don Alejandro entrada ya la noche. San Bruno le había salido al encuentro en el villorrio famoso por su loza. El Capitán refirió su aventura sin ambajes, cual hombre que sabe que la guerra, como la fortuna, es inconstante. La única reflexión que emitió en su defensa, fué que el Coronel mismo le había encargado especialmente no cometer acto alguno de violencia. Pero la orden se había fundado en el supuesto de que Malsira no tendría más compañero que el sirviente mencionado en el pasaporte. Las órdenes del Coronel no preveían

la presencia de una especie de demonio astuto y atrevido, que acompañaba al joven, con pasaporte en regla, bajo el nombre de Juan Argomedo.

— ¡Juan Argomedo! ¿qué dice usted, Capitán? ¡no es posible! Yo conozco perfectamente á Juan Argomedo: es un ebrio consuetudinario, incapaz de un acto de energía como el que usted me refiere. Es muy capaz sí de haber vendido su pasaporte á algún insurgente de nota.

San Bruno se encogió de hombros, como diciendo: «es todo lo que yo sé; así rezaba el pasaporte»; y continuó su narración. Él no podía explicarse el ataque de que habían sido víctimas el cabo Villalobos y sus dos soldados, porque él, al llegar, no había visto gente sospechosa en la posada y porque Villalobos tenía perfecta confianza en el posadero. La hija de éste, que se había ocultado en un horno durante la refriega, había sacado á su padre de la pieza en que los asaltantes lo dejaron amarrado, y entre éste y la chica lo habían desligado á él, San Bruno, á Villalobos y al soldado. El otro soldado no aparecía, no se sabía qué era de él. ¡Los perros insurgentes se habían llevado los caballos!

Mientras el Capitán narraba los funestos incidentes de su desgraciada expedición, Laramonte sentía furiosas tentaciones de dar una carcajada. La aventura le parecía cómica en extremo para un vencedor en Rancagua. El aire asendereado que tenía don Vicente, con su rostro pálido, su pelo desgreñado y sus pantalones acortados por las rodilleras, le parecía lamentablemente ridículo. Nunca le había inclinado un sentimiento de simpatía hacia aquel fraile, que había arrojado la sotana á las ortigas en algún huerto de Zaragoza. Él, hombre impetuoso y franco, de una alma levantada, ajena á todo espíritu de venganza, amante de su patria pero amante de la justicia, que como tal, absolvía en el fondo de su pecho las aspiraciones de los patriotas, experimentaba una repulsión instintiva contra el sombrío y adusto Capitán, implacable con el enemigo, sordo á todo sentimiento generoso y dispuesto á sacrificarlo todo en aras de su fanatismo monárquico.

Contúvose, sin embargo, el Coronel, y se quedó muy serio. Pensó que al fin de cuentas no era una desgracia la desventura de San Bruno, y como las heridas de Villalobos, lavadas y vendadas por las robustas manos de Marica, eran leves, no había por qué desesperarse. Peor habría sido al-

gún acto de crueldad cometido sobre Malsira, que habría llegado á saberse en Santiago y comprometídolo á él, responsable de la misión confiada al Capitán. Y otra razón lo hacía, en verdad, casi alegrarse de lo sucedido. Puesto que San Bruno no había tenido la habilidad de impedir, con maña, el viaje del hermano de Trinidad, sagrado para él, así estaba mejor, incluso los rasguños recibidos por el cabo, puesto que un acto de violencia ejercido con éxito sobre Malsira, habría justificado y aumentado la enemiga de la familia, y sobre todo de don Alejandro, contra él. Esta última reflexión y el involuntario buen humor que le daba el singular espectáculo del maltratado don Vicente, lo llenaron de indulgencia. Con cierta ironía, sin embargo, tranquilizó á San Bruno.

— No todo ha de ser laureles en el campo de Marte, le dijo, apelando para consolarlo y reirse de él al mismo tiempo, á una metáfora con el sabor mitológico, muy usado entonces; no todo ha de ser laureles, Capitán. Usted ha cumplido fielmente mis órdenes. Yo apruebo sin reserva su proceder. Usted me acompañará en la comisión que traigo. Pero antes de seguir la marcha, será bueno que averigüemos, si es posible, quién es ese tal Juan Argomedo, para saber á qué atenernos.

Entraron á la posada, dejando fuera la tropa. El miedo de que se tratara de reclutamiento había hecho el vacío en derredor de los defensores del Rey. Ni los chiquillos se habían atrevido á acercarse á ver á los dragones. En la posada, Calixto Contreras y Marica recibieron al Coronel, que principió sin tardanza su interrogatorio. El posadero, desconfiado y deseoso de no traicionar á sus compatriotas, contestaba evasivamente las preguntas de Laramonte, mientras que San Bruno, ofuscado por la rabia que le causaba su humillante percance, y ofendido por la indulgencia burlona de su jefe, se había aferrado del nombre del pasaporte y presenciaba con desdén los esfuerzos de Hermógenes, para descubrir que Juan Argomedo no era Juan Argomedo.

— Entonces, ¿usted no había visto nunca al que acompañaba al señor de Malsira? preguntaba, resumiendo lo dicho, el Coronel al posadero.

Y como el tono era imperioso y la mirada severa, ño Calixto empezó á balbucear un subterfugio.

— Yo no sé, pues, patrón, si no lo habré visto antes...

— Capitán, dijo Laramonte volviéndose hacia San Bruno, haga usted venir tres soldados que refresquen la memoria á este buen hombre con algunos palos.

Contreras se puso lívido, y Marica, temblando de miedo, acudió en su auxilio:

— ¿Que no se acuerda, tatita? Si ese caballero ha pasado otras veces por aquí con don Abelito, ¿que no es don Manuel, pues?

— ¡Vea, señor! ¡Ave María! Ahora que *ésta* me dice vengo á caer. Y no lo había conocido nadita. ¡Cómo no, pues, es don Manuel Rodríguez!

Hablaba el posadero con voz almibarada, pareciéndole que ya sentía el fuego de alguna varilla de mimbre ó de algún látigo, caerle con fuerza más abajo de las espaldas. No era su vocación la de mártir de ninguna causa, y su amor á sus compatriotas no iba hasta el heroísmo. Cogió con presteza la vara de salvación que tan á tiempo le tendía Marica y supo fingir la admiración, con la maestría de comediante que da el miedo, concluyendo por repetir:

— Ciertito, patrón, que no lo habría adivinado si *ésta*, señalando á Marica, no me lo dice: es don Manuel Rodríguez, pues, así no más es.

— Ya ve usted, Capitán, yo no me equivocaba. No hay tal Juan Argomedo. Usted ha tenido que habérselas con el muy conocido revolucionario Manuel Rodríguez, agitador infatigable, uno de los más activos y más atrevidos enemigos de nuestra causa.

San Bruno se mordía los labios. Que fuese Manuel Rodríguez ó Juan Argomedo, eso no le quitaba á él lo que le había pasado. De encontrarlo y de vengarse tenía rabiosa sed; así fué que procuró evitar que Laramonte continuase su interrogatorio, para que ordenara la marcha. El Coronel pensaba del mismo modo. Él tenía necesidad de un buen pretexto para poder entrar en casa de Trinidad: el de recoger armas no era bastante plausible para invocarlo en la noche si llegaban á sorprenderlo, al paso que á un revolucionario se le persigue precisamente en la noche, para tratar de apresarlo. De acuerdo sobre la conveniencia de seguir camino de Los Canelos, dió la orden de marcha y la tropa se puso en movimiento. San Bruno trotaba al lado de Laramonte, saboreando su venganza.

— Espero, mi Coronel, que usía me dejará tomar mi des-

quite de esos dos valientes, el señor de Malsira y su amigo, cualquiera que sea su nombre.

— Tengo mis razones, Capitán, para sustraer al joven de Malsira á las justas represalias de usted, razones políticas, que debo respetar; pero le entrego al Rodríguez, alias Argomedo, como diría un auto cabeza de proceso.

— Entonces, ese pagará por los dos.

Después de esa amenaza, caminaron en silencio la mayor parte del camino. Llegados á inmediaciones de Los Canelos, Laramonte distribuyó su fuerza á alguna distancia de las casas, y bajándose de su caballo, se dirigió á pie hasta la pared de la arboleda. Los guardianes colocados en ese punto se habían dormido profundamente, allá por aquel rincón de las higueras, que Cámara había propuesto como aparente escondrijo para Rodríguez. El Coronel, conocedor de la localidad y favorecido por la noche, subió sobre la pared, que no era muy alta, y caminó ocultándose entre los árboles, hasta la ventana de la cita, después de explorar en varias direcciones y de persuadirse que Trinidad no lo esperaba á la luz de las estrellas. « Con la llegada de su hermano, pensó entre sí, no era posible que viniese ». Cerca de su objetivo, se detuvo un instante, lleno de emoción. Ahí, tras de esa ventana, estaba ella sin duda, palpitante de emoción como él, con sus grandes ojos azules fijos, como los suyos, en esas tablas de alerce, que á pesar de su poco espesor, eran tan poderosas para no dejarle ver á su querida, como la inmensa distancia que por más de un año los había separado.

Era el momento en que Abel ponía la tranca en los hoyos de la pared. Laramonte empujó con cautela, suavemente, para que la ventana no hiciese ruido al abrir; pero las hojas no cedieron á su presión. El Coronel pensó: « Tampoco habrá podido venir al cuarto. Si este bruto de San Bruno hubiese detenido al hermano, mi plan habría salido bien ». Por convencerse más, por alejar toda duda, volvió á empujar con mayor fuerza esta vez. « Nada, el muy animal de don Vicente tiene la culpa ».

Convencido de que nada había que esperar de la primera parte de su proyecto, volvió por el camino andado; pero sin tomar ninguna precaución para ocultarse, salvó la pared y volvió á montar sobre su caballo, que un asistente sujetaba de la rienda. Al reunirse á su gente, ordenó á San Bruno que la hiciese avanzar hasta rodear las casas.

Cuando este movimiento estuvo ejecutado, se adelantó por el camino á trote corto, con el Capitán y algunos soldados, hasta llegar al corredor, donde se bajaron.

El mayordomo hacia la guardia delante de la puerta del cuarto en que se hallaba la familia. Hermógenes le ordenó que entrase y dijera á su patrón que el coronel Laramonte pedía ser recibido. Apenas el hombre obedeció, entrando con su recado á la pieza, siguiéronlo al interior los dos militares sin esperar la respuesta.

Los hombres que allí estaban se pusieron de pie, no en señal de cortesía, sino de gran sorpresa y desconfianza. Doña Clarisa y su hija, sin moverse de sus sillas, dejaron caer la costura y miraron á los que entraban. Los ojos de Trinidad y de Laramonte se encontraron al momento, como dos electricidades que se buscan. Fué instantáneo y fugaz el encuentro de esas dos miradas, que dijeron con su brillo, la inmensa felicidad de la esperanza cumplida. La poca luz que arrojaban las dos velas de la mesa no había bastado á impedir que esas miradas se encontrasen, aunque los demás no lo notaran. El Coronel se descubrió, sacándose la galoneada gorra de los oficiales de entonces, con su elegancia cortesana, á la usanza de los salones aristocráticos de Madrid. San Bruno se quedó con la suya encasquetada, pareciéndole que era una falta de respeto al Rey su amo, el hacer acto de cortesía en presencia de insurgentes.

El movimiento hecho por Laramonte había sido como un acto de respeto á las señoras. Ninguno de los tres hombres contestó el saludo. Don Alejandro alzaba la frente con arrogancia casi provocadora; Abel, sin afectación alguna, conservaba su aire indiferente y el mayor Robles fijaba una mirada curiosa en el Capitán, contemplándolo al recuerdo de los terribles días de Rancagua, en los que el nombre de San Bruno había penetrado, con siniestra nombradía, al través de las trincheras de la plaza.

No hubo sino un instante de brevísimo silencio después de la entrada de los dos españoles. Laramonte habló al mismo tiempo que se descubría :

— Siento en el alma que al volver á presentarme en esta casa no sea en calidad de huésped y de amigo como antes, sino en cumplimiento de una penosa misión.

Para alguien, ¡qué armoniosa! ¡qué llena de majestad conmovedora! había resonado esa voz que tenía la delicadeza de evocar tiempos mejores.

Juntamente con esa impresión consoladora, sintió Trinidad la de un profundo reconocimiento al joven, que en vez del lenguaje altanero de los vencedores, se mostraba casi humilde por ella; ¡oh! ¡estaba seguro que por ella!

Don Alejandro no sentía ni pensaba como su hija. Su orgullo de patricio le hacía intolerable la invasión de su hogar, capitaneada por el hombre á quien había cerrado su puerta tiempo había.

— Muy imperiosa misión debe ser esa, caballero, para venir á turbar una familia á estas horas, dijo con acento altanero, mirando de frente á Hermógenes.

— De la importancia de mi misión, el juez es mi gobierno, y de la hora conveniente para ejecutarla, yo.

La voz de Laramonte tuvo para decir esto el énfasis de la altivez ofendida. Su sangre de hijodalgo castellano le había subido al cerebro, por la manera descortés con que el dueño de casa correspondía á su saludo y á sus palabras conciliadoras. Era eso sin duda lo que buscaba don Alejandro, porque añadió, al replicar, á lo altanero de su tono la ironía en la expresión :

— No había por qué darse el trabajo de afirmarlo, puesto que usted se ha hecho acompañar del mejor argumento para tener razón : el de la fuerza armada, cuando se discute con gentes que no tienen cómo defenderse.

Trinidad, con una mirada de súplica, imploraba la magnanimidad de su amante. El joven sintió, más bien que vió, esa mirada, al través de la nube con que su orgullo impaciente le turbaba la vista. Conociendo que cometía una gran falta de tino en dar pretextos á su interlocutor para poner á prueba su paciencia y hacerle perder su calma en presencia de las señoras, se dominó con un esfuerzo enérgico de la voluntad.

— No he venido aquí con carácter hostil, señor de Malsira, dijo con calma. Tengo, por el contrario, un vivo deseo de desempeñar mi deber en condiciones de la recíproca cortesía que cumple á gentes de nuestra clase. No me haga usted creer que me he equivocado al contar con que aquí se haría justicia á mi hidalguía, cuando traigo el propósito de suavizar en cuanto de mí dependa, la dureza de que siempre parecen revestidos los actos del adversario.

Hizo una pausa. Don Alejandro, por no darse el papel odioso de provocador se quedó callado, con lo que se imponía un enorme sacrificio.

— Mi comisión abraza toda esta comarca, y tiene, entre otros objetos, el muy importante, á juicio del señor Capitán General, de recoger las armas que pudieran servir contra el Gobierno de Su Majestad, hoy restaurado. Habria podido detenerme en Melipilla, y empezar mañana á la luz del día el cumplimiento de mi encargo; pero ahí se nos hizo saber que el revolucionario Manuel Rodriguez, contra el cual hay orden de prisión, debía hospedarse esta noche en esta casa. Así se explica y justifica, me parece, nuestra presencia á tales horas, y como soy enemigo de todo acto de fuerza y de violencia, ruego á usted diga con franqueza, si lo que se nos ha informado es verdadero.

Cuidadosamente evitaba el Coronel pedir á don Alejandro su palabra de honor al hacerle esta pregunta. Contento de haber hallado un buen pretexto para presentarse en la casa y ver á Trinidad, lo demás era para él secundario, y bien sabia que aun siendo cierta la presencia de Rodriguez, no habría de ser el dueño de casa ni ninguna persona de su familia quien lo denunciase. Don Alejandro, como era de esperar, confirmó con su respuesta la justa suposición del Coronel.

— Aun cuando lo que han dicho fuese la verdad, contestó, pienso que usted solo cumple una formalidad al preguntármelo, y que ni por un instante me hace la injuria de suponer que yo sería capaz de hacer el papel de denunciador.

— Justo, lo he preguntado por fórmula y á fin de poder ordenar, sin que parezca una tropelia, el registro de la casa.

— Puede hacer como guste.

El Coronel se volvió entonces á San Bruno :

— Capitán, proceda usted á registrar todas las habitaciones, y mande algunos hombres á explorar los patios y todas las dependencias de la casa.

— Yo mismo mostraré las piezas, dijo don Alejandro.

Trajéronse luces, y precediendo al dueño de casa, siguióle el Capitán con dos soldados.

— Acompaña á tu padre, dijo doña Clarisa á su hijo, que siguió tras la comitiva.

La señora habia comprendido que el objeto de don Alejandro al ofrecerse para ser el guia de los perseguidores, era el estar presente al encuentro de éstos con Rodriguez, y le parecia que acompañado por Abel, su marido estaria

más seguro, que encontrándose solo en ese instante que exigía tanta serenidad para no dejarse sorprender. Viendo todavía de pie á Laramonte, doña Clarisa se sintió como avergonzada de corresponder de tan poco culta manera á quien acababa de dar muestras de una delicada cortesía.

— ¿Por qué no se sienta, señor? le dijo en un tono natural, como si hablase á una persona que veía en su casa por la primera vez.

Hermógenes dió las gracias y tomó una silla en situación de poder mirar á Trinidad, sin parecer que lo hacía. Y para darse una actitud y un pretexto de iniciar conversación:

— Señora, dijo, ¿me permitirá usted preguntarle quién es este caballero que se ha quedado aquí?

Robles, así designado, contestó con arreglo á la prevención hecha por Rodríguez.

— Soy el administrador de la hacienda, caballero.

— ¡ Ah ! muy bien, dijo el Coronel, sin insistir en averiguar nada más, y muy contento de cambiar á hurtadillas algunas miradas con Trinidad.

La enamorada chica se sentía ya más serena. Los trances de su espanto se habían calmado paulatinamente en su agitado espíritu, como se pierden poco á poco en el espacio, los ecos retumbantes de una campana de alarma. Nada había ocurrido de trágico cual se lo representaban sus temores. Según ella, Hermógenes había estado admirable de tacto y de generosa condescendencia. Evidentemente que todo peligro había pasado. Y él estaba ahí, delante de ella, y ella podía ver otra vez el aire marcial de su bigote crespo, que realzaba con singular majestad la completa armonía de sus facciones. Le era dado admirar, como antes, su noble cabeza, que debía haber corrido tan grandes peligros en aquella espantosa guerra, y sus ojos, sus ojos que veía siempre en sueños y á cada instante despierta, que hablaban otra vez de amor, y su voz avasalladora le volvía á hacer sentir que ella había nacido para amarlo sobre todo, y á despecho de todo. Un ímpetu violento de sacrificio la invadía. ¡Cómo había podido temblar! ¡Si él lo supiera, si llegase á sospecharlo, la dejaría de amar tal vez! En su despecho de recordar el terror de que había dejado dominarse, llegaba á querer desafiar el peligro, se sentía protegida por la presencia de su amante, y se desesperaba ante el pensamiento que se iría sin haberle podido decir una

palabra. Si pudiese al menos entregarle su cartita que esperaba oculta en el seno, al lado del corazón, como una parte de éste, porque ¡contenía su gran secreto de amor!

La conversación, difícil al principio, había tomado una animación relativa, gracias á los prodigios de ingenio que había hecho Laramonte. El Mayor, por representar á lo vivo su papel de administrador de la hacienda, se lanzaba en explicaciones agrícolas, que contenían más disparates que palabras. Hablaba de un toro *aguanes* que tenía *charraterás* «dos manchas, color bayo», explicaba, al ver la admiración de sus oyentes, «una á cada lado del lomo». Por momentos corría el riesgo de traicionarse. La tímida señora, á pesar del susto que tenía, pensando en los que registraban la casa, casi se reía con las disertaciones desatinadas de Robles. Pero Trinidad no alcanzaba oir más que el ruido de las voces, sin parar mientes en lo que decían. La voz del Mayor, gruesa y profunda, voz de fumador inveterado, que le hacía el efecto de los ruidos exagerados que llegan al que tiene la cabeza debajo del agua, la mortificaba, porque le cortaba á cada instante el hilo de sus reflexiones. Ese problema: ¿cómo entregar la carta á Hermógenes? se complicaba con la voz gruesa y profunda y con la impresión vertiginosa de que los otros podían volver de un momento á otro y hacerle perder la ocasión. La calma que sintiera durante algunos minutos, se tornaba esta vez en impaciente desesperación. De súbito, le acudió una idea tan atrevida como sencilla, que no le dió tiempo de reflexionar. Fué como una inspiración de sonámbula, un impulso de hipnotismo espontáneo, lo que la ciencia moderna admite como fascinación; un ímpetu que enciende el cerebro, concentrando todo su poder en un solo punto luminoso, á la manera como se reúnen en el foco de un lente los rayos del sol, hasta producir el fuego; inspiración que saca de quicio al ser humano y lo lleva, con fuerza irresistible, á un objeto determinado, sin ver ni pensar en otra cosa, venciéndolo todo sin reparar en obstáculos, sin desviarse de la idea fija, con la rigidez y la precisión automática del barreno movido por la fuerza del vapor. Mientras Laramonte estimulaba al mayor Robles en sus disertaciones agrícolas, Trinidad se levantó de su silla diciendo con mucha naturalidad:

— ¡Ay, las velas!

Y se acercó á la mesa, donde la luz de las dos de sebo,

que nadie había pensado en despabilar, luchaba con muy mal éxito, en derredor de la pavesa larga y humeante, por iluminar aquella escena. Con movimientos regulares y bien calculados, aunque con el rostro cubierto de palidez, colocóse frente á su madre y al supuesto administrador, que miraron instintivamente lo que iba á hacer; tomó con la mano derecha las despabiladeras de una de las palmatorias, y mientras despavesaba las velas, arrojó tras de sí, con la izquierda, la quemante cartita, que recogió con destreza el Coronel. Tranquilamente volvió en seguida á su asiento, cogió de nuevo la costura y resumió su labor, inclinando sobre ella la frente, para ocultar el carmin que tornó violento á sus mejillas. Ese movimiento, en que la chica jugaba la honra y la tranquilidad de su vida, duró unos cuantos segundos. Había sido como una prueba atrevida de cubiletes, en la que el amor le dió la maestría de una admirable ligereza de manos.

Entre tanto, el capitán San Bruno había empezado su pesquisa, recorriendo con severo escrúpulo cada una de las piezas por donde lo guiaba don Alejandro. Cada rincón era examinado, cada mueble removido, llevándose la prolijidad hasta en puntos donde habría sido imposible que un hombre pudiera ocultarse. Á veces San Bruno se detenía para interrogar al dueño de casa. Su tono, nada conciliador, contrastaba con el que había empleado Laramonte.

— No hay nadie, ya lo veo, dijo á la tercera pieza infructuosamente registrada. Pero ustedes tienen que saber dónde se oculta ese perro insurgente, puesto que él viajaba en compañía de usted, añadió hablando á Abel.

— En la mesa dijimos á usted que Argomedo, que es apenas conocido mío y que encontré en el camino al salir de Santiago, debía seguir su viaje para el sur, después de ir á Huechun, una hacienda que no está lejos de aquí.

— ¡ Ah ! ¿ Usted insiste en llamar Argomedo á ese hombre, que es el revolucionario Manuel Rodríguez, un insurgente tan canalla como todos los insurgentes ?

— No lo conozco con otro nombre, llámelo usted como quiera.

— Y ¿ por qué, si no es su amigo, se coaligó usted con él contra mí ?

— Usted nos obligó á defendernos, cuando quiso impedir que continuásemos nuestro viaje.

— Bien está, allá veremos quién se ríe el último.

Dicho esto, sin disimular su despecho, San Bruno se dirigió á don Alejandro, como si diese una orden á un soldado :

— Siga usted.

La comitiva pasó á otra pieza. Era la que precedia á aquella en que se encontraba Manuel Rodríguez.

— Esa es la pieza del cepo. Ahí tengo castigado á un hombre por ebrio. Es uno de los peones de la hacienda, dijo don Alejandro.

— No importa, abra usted.

Todos entraron al cuarto que seguia. San Bruno vió un hombre tendido de espaldas sobre el suelo, aprisionado de los dos piès en el cepo. Cubria á medias su rostro con la *chupalla*, uno de esos sombreros ordinarios de paja, de copa baja y medio redonda, que han usado siempre los peones chilenos. Extendia los brazos en cruz, roncando ruidosamente, inmóvil, con ese aspecto de anonadamiento completo del sueño de los ebrios, que parece suprimir el alma del ser humano y dejar solamente el animal.

El Capitán ordenó á don Alejandro y á los soldados que lo alumbrasen. Él mismo, con la punta del pie, echó á rodar la chupalla lejos del durmiente.

Cesó el ronquido ; pero el hombre, sin moverse, siguió dormitando. El rostro sucio, el pelo desgreñado sobre la frente, su traje desaliñado, contribuian á darle la completa apariencia de un roto. San Bruno lo examinaba atentamente. Don Alejandro y Abel, en sumo grado inquietos, trataban, con cuidadoso disimulo, de leer en el rostro del Capitán la impresión que le causaba el del cepo.

Con las luces, su respiración dejó de ser ruidosa. Por momentos parecia suspender su curso, como la de una persona que vuelve poco á poco, de las profundidades lóbregas del sueño, á la conciencia de la vida : el nadador en ese piélago insondable, que sube del fondo, buscando el aire y la luz. Viendo don Alejandro que aquella situación no podia prolongarse por más tiempo sin peligro, y queriendo indicar á Rodríguez el nombre que iba á darle delante del español, dijo, llamándolo como para despertarlo, haciendo uso del primer nombre que les vino á mientes :

— ¡ Eh ! Carreño, despierta, hombre.

Carreño hizo un esfuerzo para abrir los ojos, que apenas entreabrió. San Bruno le dió entonces un puntapié en un brazo.

El hombre, con un movimiento rápido trató de incorporarse, restregándose los ojos y exclamando con alarma:

— ¿Qué hay? ¿qué hay? Dejame, hombre.

— ¡Ah! ¡ah! despiertas al fin; ¿cómo te llamas? díjole San Bruno.

— Pedro Carreño, contestó el preguntado, con voz soñolienta, fijando en el español la mirada incierta del ebrio, que oye los sonidos medio apagados y ve indecisamente cuanto mira.

— ¿Y por qué te han puesto en el cepo?

Rodríguez pareció reunir sus recuerdos, buscándolos en torno suyo, con aire de perfecta estupidez. San Bruno repitió su pregunta con impaciencia. Entonces, con voz destemplada, variando continuamente de tono, haciendo frecuentes pausas en persecución de las palabras, y empleando la pronunciación de los hombres del pueblo:

— Yo soy un hombre honrao, su *mercé*... honrao soy, pues ¿cómo no?... y entonces, ¿por qué me ponen en el cepo? Yo bebo con mi plata, pues, y si se me antoja gritar ¡viva el rey!, ¿por qué no, pues? ¿no le parece su mercé? Para eso yo gasto mi plata, y si tengo sed, ¿por qué no he de beber un vaso de chicha? ¿Á quién se la robo, no le parece? Y soy dueño de gritar también...

— Bien, bien, exclamó San Bruno interrumpiéndole impaciente, y añadió hablando á Malsira:

— Saque usted ese hombre del cepo.

Don Alejandro cogió una llave que pendía de un clavo colocado en la pared y se puso á abrir el candado, con el cual quedaban unidos los dos maderos que forman ese instrumento de la justicia campesina. Durante esta operación, San Bruno fijaba en el reo su mirada inquisidora, tratando de sacar de aquel hombre la figura del que lo había echado por tierra en Talagante. Su espíritu se perdía en esa reconstrucción mental. Vagaba entre las dudas, pareciéndole, por ciertas inflexiones de la voz, que era su hombre, y por otras variaciones de tono, perdiendo esa sospecha. Como el que en una noche oscura divisa una luz, y por acercarse á ella deja de verla á cada sinuosidad del terreno, el Capitán miraba en vano al roto beodo, puesto de pie delante de él, sin poder asir la verdad que perseguía con rabia.

— Vamos donde el Coronel, dijo, él decidirá.

Hizo señas á don Alejandro y á su hijo de pasar adelan-

te. Tras ellos siguió Rodríguez, sostenido por los dos soldados, y él cerraba la marcha. Cuando llegaban á la sala donde se encontraba Laramonte, entraban á la misma pieza por la puerta que daba al patio interior, todos los sirvientes de la casa, hombres y mujeres, rodeados por los carabineros destacados á registrar las piezas de ese patio.

Hermógenes y Robles se habían puesto de pie. Las criadas, como ovejas asustadas, se agruparon tras de doña Clarisa y Trinidad, buscando protección. Los sirvientes, andando de mala gana, con aire taimado, se alinearon á lo largo de la pared. Cámara supo colocarse á espaldas y muy cerca del Mayor. En el medio de la estancia quedaron los que venían delante de San Bruno. Las velas que había encendidas sobre la mesa y las que traían algunos de los que acababan de entrar, arrojaban bastante luz sobre aquel cuadro, para darle con sus claros y sus oscuros el carácter de sombría inquietud que agitaba los ánimos y que se retrataba en el semblante de la mayor parte de los que allí estaban. Hay silencios opresores, como hay atmósfera pesada. Así era el silencio que siguió á la entrada y colocación de toda aquella gente. San Bruno tomó la palabra, designando á Rodríguez, del que la mirada y los movimientos eran de un completo borracho.

— He encontrado este hombre en el cepo, y como me parece sospechoso, lo traigo ante usía, para que se sirva interrogarlo ó que me permita hacerlo yo en su presencia.

— ¿Qué encuentra usted de sospechoso á este hombre, Capitán? preguntó Laramonte.

— Le encuentro cierta semejanza con el hombre de Talagante, que acompañaba al señor de Malsira.

— ¡A este peón! ¿Qué dicen estos caballeros?

— Este hombre, como acabo decirlo al Capitán, es un peón de estos contornos, ebrio consuetudinario y por ebriedad estaba castigado en el cepo; se llama Pedro Carreño, dijo don Alejandro, adelantándose á dar esta explicación, para que sirviera de advertencia á los demás que no estaban prevenidos del disfraz, ni del nuevo nombre que, con ese cambio de traje, tomaba Manuel Rodríguez.

— Ya ve usted, Capitán, observó Laramonte, tratando de mostrar deferencia por la explicación de don Alejandro.

— Lo que diga el señor, interesado en salvar al amigo de su hijo, está muy lejos de ser artículo de fe para mí, replicó San Bruno. Yo sometería este hombre á prueba, como

usía amenazó hacerlo con el posadero de Talagante. Se le podrían dar unos azotes ahí fuera, al fresco, para principiar, y si no confiesa, se doblaría la ración. Después veríamos.

San Bruno explicaba su arbitrio en tono natural, como si estuviese en conferencia á solas con el Coronel, sin preocuparse en lo menor de los que le oían. Mientras hablaba, todos tenían la vista fija en Rodríguez. Ni un solo músculo de su fisonomía había dado señal de la tremenda emoción que lo agitaba. Las mujeres todas se habían puesto lívidas con este anuncio de flagelación. Don Alejandro permanecía impasible. El mayor Robles hacía tan violentos esfuerzos para contener su ira, que sus mejillas, pálidas en su estado ordinario, se habían puesto de un rojo encendido.

Laramonte parecía reflexionar.

No bien San Bruno hubo hablado de azotes, Cámara se había acercado con disimulo al Mayor, murmurándole al oído: «Si quieren azotarlo nos vamos á la carga, mi Mayor».

Y Robles, volviéndose apenas hacia su asistente, que le había hablado de atrás, le contestó como en un suspiro de desahogo:

—¡Al tiro!

Fué como un murmullo imperceptible de una y otra parte, que nadie alcanzó á oír.

Brillaron de marcial contento los ojos del jefe y de su asistente. La idea de la lucha próxima recompensaba al Mayor de los penosos esfuerzos de imaginación que había tenido que hacer para representar su papel de administrador de Los Canelos. Tenía furiosos deseos de vengar de esa humillación sus gloriosas charreteras, que estaban por allá en un rincón de la pieza donde él había puesto cuidadosamente al entrar, el atado que contenía su escasísimo equipaje de derrotado prófugo. Cámara, jubilante con la esperanza de *despachar* un par de godos, requería con amor su *belduque*, bien aguzado, sostenido por atrás en el ceñidor, y calculaba el punto del cuello de San Bruno donde lo clavaría *hasta la cacha*, cuando la orden de los azotes fuese pronunciada.

Á ese mismo tiempo, Laramonte, en un fugaz instante de reflexión, pensaba que él no había venido ahí para ser el instrumento de las venganzas del capitán San Bruno; que él no podía sancionar un atentado atroz, teniendo en el bolsillo la cartita de la dulce enamorada, que era un talismán de benevolencia y de paz. No respondía, sin embargo,

en el acto, porque quería fingir que luchaba entre su deber y sus sentimientos de humanidad, y habló solamente cuando en una mirada furtiva, leyó en los ojos de Trinidad una dulce y elocuente súplica, que habría enternecido á una roca, según la impresión del Coronel.

— No, Capitán, dijo tras breve silencio; pero silencio de tremenda angustia para todos; no es justo flagelar á ese hombre por una simple suposición: que lo vuelvan al cepo, ahí acabará de dormir su borrachera.

Todos respiraron. Rodríguez, que estaba resuelto á descubrirse antes que someterse á la prueba infamante propuesta por San Bruno, siguió, siempre con aire inconsciente y titubeando al andar, á los soldados, que lo llevaron á cumplir la orden del Coronel.

San Bruno tenía demasiado dominio sobre sí mismo para dejar pintarse en su semblante la tempestuosa cólera que le hizo sentir la resolución de Laramonte. Más bien fingió un remedo de sonrisa, que dió á sus facciones la conformidad del que sabe esperar su hora. Para no manifestarse de ningún modo afectado ni humillado, asumió la iniciativa de la investigación, que Laramonte le dejaba gustoso. Quiso saber quién era Robles y quiénes cada uno de los sirvientes. Por el Mayor respondió Hermógenes, mostrando una persuasión absoluta sobre su carácter de administrador, y por los sirvientes respondió don Alejandro. Otro interrogatorio tuvo que sufrir Abel Malsira, y repetir que Juan Argomedo había tomado el camino de Huechun. En cuanto á los que habían atacado al cabo Villalobos y á los soldados, él no los conocía, ni los había visto, ni sabía, por supuesto, qué rumbo habían tomado.

En suma, el resultado de la visita á Los Canelos era deplorable para el feroz Capitán. Su venganza se le desvanecía, no como un sueño, sino como una sombra que se oculta, que se pone tras de un obstáculo, el obstáculo que le había opuesto la, para él, imperdonable mansedumbre del coronel Laramonte. Pensaba con furia, y sólo se contenía por ciego espíritu de disciplina, que con cincuenta azotes dados al hombre del cepo, y una congruente ración á cada uno de los criados, y aun á los patrones, si hubiera sido menester, se habría alcanzado amplia confesión de todo: de dónde estaba el revolucionario Rodríguez, y dónde los hombres que habían herido al cabo y robádose los caballos. En cambio de esto, tuvo que contentarse con haber reco-

gido algunos sables viejos y mellados, que servían á los inquilinos de la hacienda para las rondas de noche, y una tercerola encontrada en el cuarto del dueño de casa. El coronel Laramonte no insistió en mayores averiguaciones. Quería despedirse, dejando una buena impresión entre los dueños de Los Canelos, y un recuerdo de gratitud en el corazón de Trinidad.

En el camino, de vuelta á Melipilla, Hermógenes explicaba á don Vicente, que seguía á su lado al trote de su caballo, las razones de la actitud que había tenido en Los Canelos. El general Osorio quería tranquilizar los ánimos y conquistarse los rebeldes con una política de conciliación, después de haberlos condignamente castigado en Rancagua. Él perseguía un fin político de grande importancia, al hacerse dar la comisión que lo había llevado á aquellos parajes, y para alcanzar ese fin le había dado á él, San Bruno, el encargo de impedir la llegada de Abel Malsira á Los Canelos. Frustradas sus expectativas con el mal éxito de este arbitrio, era preciso no hacer ruido y esperar una ocasión más propicia. De aquí llegaba el Coronel á la conclusión de que era conveniente para todos no divulgar la aventura de Talagante. Él compraría tres caballos baratos para reemplazar los perdidos.

Don Vicente se callaba durante esta explicación. No creía una palabra de las razones con que su jefe disfrazaba la verdadera, que lo había llevado á Los Canelos. La chica Malsira era muy bonita, pensaba él; Laramonte había sido amigo de la familia, y él no era un papanatas para comulgar con ruedas de carreta. Muy bien sabía lo que significaban las ojeadas, que había sorprendido, y los ojos de confite de la chica, al momento de la despedida. Lo que le indignaba, era que se empleasen los servidores de su majestad en favorecer correrías amorosas, como si hubiera mujer que valiese un maravedí, siendo que todas ellas, bonitas y feas, tenían más parentesco con el diablo que con san Miguel. Don Vicente exacerbaba su despecho con estas reflexiones; pero, como hombre que sabía esperar, se guardaba de manifestaciones exteriores y seguía su camino, otorgando con su silencio un crédito, aparente, á las invenciones del Coronel.

En Los Canelos, mientras tanto, todos habían sentido quitárseles un peso enorme con la partida de los realistas y así lo expresaron, más ó menos vivamente, con ese ¡ah!

de alivio inmenso, con que los espectadores menos refinados de un drama patibulario, ven salvarse á la víctima, en el momento supremo en que el traidor está á punto de triunfar. Á las congratulaciones con que cada cual lo felicitaba por su incomparable sangre fría y su profunda habilidad para sostener su papel de roto borracho, Rodríguez respondía que estaba resuelto á revelar su nombre antes que haberse sometido á la flagelación de que, con tanta naturalidad había hablado San Bruno. El peligro había pasado su nivel igualitario, por un momento, entre los habitantes de Los Canelos, patrones y sirvientes. Todos se congratulaban de haber escapado de las garras del capitán San Bruno, y era voz general, que ello se debía á la moderación de Laramonte.

— Ese sí que es caballero, decían todos á una voz, dejando pensativo con esta observación á don Alejandro Malsira.

El mayor Robles y su asistente parecían menos contentos con la manera como había terminado la visita de los españoles.

— La cosa era no haberlos dejado salir, mi Mayor, decía Cámara, y haber hecho aquí una matanza de godos.

Robles opinaba con la cabeza, adhiriéndose al parecer de su asistente. Se sentía, en verdad, apesarado de haber inferido una humillación á sus charreteras, aunque no las llevaba, con haber representado la comedia del administrador.

Durante la cena, Rodríguez comunicó su buen humor á los demás y se burló del visible despecho con que San Bruno había tenido que renunciar al placer de azotarlo. Al levantarse de la mesa, don Alejandro llevó á Rodríguez á la arboleda y le mostró un punto del rincón de las higueras, donde tenía ocultos varios cajones que contenían en todo quince tercerolas. Las municiones para estas armas, como doscientos cartuchos á bala para tercerola, convenientemente empaquetados y encajonados, habían sido enterrados en el rincón opuesto de la arboleda.

— Aquí encontrará usted todo cuando vuelva, nadie tocará estas armas. Yo y Neira solamente conocemos este secreto.

Quedó convenido en que corresponderían por medio de Luisa Bustos, y que Cámara quedaría con este objeto en casa de don Jaime, como sirviente. El mayor Robles, que in-

sistía en emigrar á Mendoza, donde se esperaba vagamente que los chilenos pudiesen con el tiempo organizarse para invadir á Chile, partiría con Rodríguez, que no había modificado su primer propósito, de continuar su viaje en la misma noche.

Como á las doce todo se encontró preparado para la partida. Cámara había conseguido, como un favor especial, acompañar á su Mayor hasta los Andes, de donde volvería á Santiago. La despedida, sin ningún aparato, tuvo, sin embargo, un visible sello de tristeza. ¡ Cuándo se volverían á ver ! En medio de aquella noche oscura, el porvenir les aparecía tan oscuro como la noche. Rodríguez y don Alejandro esperaban, no obstante, que vendrían días mejores para la patria. Al estrecharse por última vez las manos, Rodríguez reiteró su promesa de volver de Mendoza con algunos recursos para organizar montoneras, que mantendrían en continua alarma á los realistas.

— Seremos los primeros relámpagos, dijo con exaltación. La tempestad que ha de barrer á los opresores, vendrá más atrás, y si no viene, ¡ nosotros moriremos por la patria ! ¡ Alguien nos vengará después !

Cámara, al despedirse de Mañunga le reiteraba sus promesas matrimoniales.

— No seais tonta ¿ para que son esos llantos, cuando he de volver á casarme contigo ?

Al decir esto estaba casi enternecido, pero media hora después, regalaba la comitiva, durante la marcha, con un variado repertorio de canciones populares.

Al volver á la pieza donde se encontraban su mujer y sus hijos, don Alejandro los sorprendió con el anuncio de esta resolución :

— Mañana mismo nos iremos á Santiago. Aqui no hay la menor seguridad para nosotros, y el señor de Laramonte, so pretexto de comisiones militares, puede tener el desplante de introducirse en esta casa, cuando le dé la gana.

Sobre este tema siguió hablando algún tiempo, paseándose á veces á lo largo de la pieza, reforzando sus reflexiones con ademanes sentenciosos y dominadores. El no había sido embaucado por las explicaciones del *coronelito*. Se veia muy claro que por hacer el generoso delante de las *señoras*, por darse los aires de vencedor magnánimo, había solamente detenido al otro godo, en su furia de hacer uso de los azotes. Don Alejandro concluía de sus con-

jeturas, que á todo aquello debia ponerse remedio. Hablando al techo, como reflexionando en alta voz, deslizó algunas frases sobre la seguridad que ofrecen los conventos y la necesidad de que él hiciese una visita á su prima, la Abadesa de las monjas del Carmen Alto.

Las dos mujeres bajaban la frente sobre la costura. Á pesar de la avanzada hora de la noche habian vuelto á tomarla por darse una actitud, por dejar pasar el torrente de frases en que don Alejandro formulaba su indignación, contra lo que él llamaba el atrevimiento del coronelito.

Abel conservaba una actitud trabajosa. No quería humillarse como mujer, ni provocar la fácil exasperación de su padre, con aires de independencia varonil, que hubieran podido hacer caer sobre él alguna expresión correctiva y autoritaria. Su conciencia le decia que él también era acreedor á los reproches que caian sobre su pobre hermana, puesto que había tenido la debilidad de enamorarse de una española, y admiraba al mismo tiempo como un heroismo envidiable, la resignación silenciosa de aquella chica, que á pesar de la amenaza del convento, seguia cosiendo, al parecer tranquila, con la fuerza inconmovible de su corazón de mujer enamorada.

Ella, Trinidad, oia apenas la voz de su padre. Pensaba que Hermógenes iba á leer su carta, á saber que ella le entregaba su destino, que su imagen estaba grabada en su alma, á todas horas, sin otro pensamiento que él, y que su amor era inextinguible, como ese prestigioso fuego griego, cuyo secreto está perdido en los misterios del tiempo, del que había oido hablar en las conversaciones de su casa sobre las guerras antiguas, fuego que nada puede apagar y que lleva por doquiera el incendio voraz de su llama irresistible.

XIII

En Santiago, la resignación de los vencidos era sombria y recelosa. Á pesar de la voceada politica de conciliación y de olvido, con que el reconquistador del reino pretendia iniciar su gobierno, las familias de los patriotas chilenos se mantenian alejadas del poder. El que ha prendido la mecha de una mina y se mantiene guarecido contra la ex-

plosión, aunque vea que la mecha se ha apagado, da una idea de la actitud de los patriotas con respecto á los victoriosos de Rancagua. Ninguno de los afiliados con franqueza en el partido patriota, daba fe á las promesas magnánimas del vencedor. Todos, por lo contrario, vivían persuadidos de que la garra aterciopelada, que les tendía risueño el león de Castilla para acariciarlos, no tardaría en clavarles las uñas, apenas los viese rendirse á la confianza. Ese sentimiento se hacía sordamente sentir en todos los hogares enlutados por la derrota. Sin medios de comunicación ni de publicidad, amordazados por el miedo los unos, por la prudencia los otros, los desconsolados patriotas, no tenían otro recurso que los conciliábulos familiares, para comentar la situación y buscar, en la crítica casera y cautelosa, un desahogo á la opresión moral que los agobiaba.

Con el estímulo de esa necesidad, la tertulia en la tienda de don Francisco Carpesano, había entrado en plena ebullición por aquel tiempo. So capa de jugar malilla, los tertulios acudían diariamente, con metódica puntualidad, á la trastienda de la calle del Estado. Don Francisco entraba y salía de aquel cuartito, oscuro con el humo de los cigarrillos de hoja, para atender á los clientes, á los caseros, y medirles, después de un porfiado regatear, algunas varas de tocuyo, de cotón ó de rayadillo. Las piezas de paño, colocadas unas sobre otras y cubiertas con una tela ordinaria para preservarlas del polvo, sólo bajaban al mostrador en las ocasiones solemnes, cuando algún rico magnate á vuelta de graves consultas en el hogar doméstico, decidía mandar hacer, al sastre Toro, ó á cualquiera otro *pichiruche* de su clase, una levita, ó un pantalón, cada tres ó cuatro años. Don Manuel Cardenillo llegaba al toque de las cuatro en el reloj de la Compañía, después de haber empleado no menos de media hora en dejar arreglados sus papeles, y en quitarse y doblar cuidadosamente las mangas de duradera, con las que salvaba las de la chaqueta de paño negro de diario, del roce destructor del escritorio. Ya encontraba instalado, fumando y tosiendo, á don José María Reza, al hombre de fierro, que pasaba las mañanas en su chacra cerca de Apoquindo, en la que iba siempre á refugiarse cada vez que algún peligro, ó algún compromiso político, amenazaba su egoísta tranquilidad. Otros tertulios de menos nota, contribuían con su presencia y sus cigarrillos á condensar y á hacer más densa la atmósfera de la tras-

tienda. Algunas veces, en ocasiones especiales, solía también honrar con su asistencia aquel nido de descontentos, de patriotas timoratos y disimulados, el oidor jubilado de la Real Audiencia don Anacleto Malespina, oráculo solemne, que los demás consideraban como un pozo de ciencia jurídica, profundo en filosofía, del que hablaban con miradas de común acatamiento, con movimientos de cabeza de subentendida importancia; delante cuya opinión en cualquiera materia, todos se inclinaban, excepto el inflexible don José María Reza, que no podía soportar la autoridad dogmática de aquel pariente. Don Jaime Bustos hacía número en la tertulia con sus eternas indecisiones y temores, cuando la situación política era clara y no había riesgo de comprometerse.

Motivo de graves conjeturas, de profundas suposiciones y hasta de alarma, que los unos á los otros se ocultaban, había sido para todos aquellos magnates de la sociedad santiagueña, la salida del general Osorio al frente de algunas tropas, pocos días después de la llegada á Santiago de don Alejandro Malsira y su familia. Decíase oficialmente que el nuevo mandatario iba en persecución de los últimos restos del ejército insurgente, que no habían alcanzado á ponerse en salvo del otro lado de la cordillera.

— ¡Qué han de quedar tropas, hombre! decía el enérgico don José María Reza. Algún otro objeto tiene esa expedición de Osorio. ¿Cómo puede concebirse que el General mismo salga á campaña, acabado de entrar á Santiago, donde tendrá mil atenciones importantes, y no encomiende el cuidado de perseguir los dispersos á cualquiera de los jefes que tiene bajo sus órdenes? Algún otro objeto debe tener esa expedición, digo yo, ¿para que nos estamos aquí haciendo los tontos?

— El objeto es el que se ha dicho. El General quiere destruír él mismo, para coronar su grande obra, la cola de la víbora á la que se cortó la cabeza en Rancagua.

En tono solemne, don Anacleto Malespina había dado esta contestación. Sentado en la única poltrona de la trastienda, el antiguo oidor había condescendido, por excepción, aquel día, en tomar parte en la conversación. Al oir el escéptico razonamiento de don José María, no pudo refrenar el deseo de ponerlo á raya con aquella metafórica declaración, á la que precedió un importante aclarado de pecho, y un ruido especial, como de corneta, que don

Anacleto sabía hacer al sonarse, para preparar el espíritu de sus oyentes á los aforismos que caían de su boca.

Los demás se miraron impresionados por la figura retórica con que el Oidor confirmaba la versión oficial de la salida del Capitán General del reino.

Don José María Reza, llamado al orden de tan dogmática manera, protestó á su modo, diciendo á su vecino en voz muy baja, sin embargo de que él se jactaba *de no callárselas á nadie.*

— Así será, pues; pero lo cierto es que la cabeza que cortaron en Rancagua se fué á la otra banda con casi todo el cuerpo, por delante de las narices del General.

El vecino se quedó consternado con el desacato de aquella réplica, mientras que don José María daba con el eslabón sobre el pedernal y encendía su mechero, diciendo entre dientes : « Toma, ¿te gusta hablar de la víbora? trágate esa ».

Don Manuel Cardenillo suspiraba, mirando al cielo, y don Francisco Carpesano se salió de la trastienda, so pretexto de arreglar una pieza de cotonía, desdoblada sobre el mostrador. Los demás tertulianos tosían ó escupían sobre la estera de la pieza, para evitar que llegase á oídos del antiguo magistrado, lo que el terrible don José María vaciaba con prudente precaución en la oreja de su vecino.

El Oidor se consideraba demasiado importante para darse por entendido que alguien había hablado en voz baja, y repetía en su lenguaje altisonante, con la mano proféticamente alzada :

— Sí, señor, la cola de la víbora. Esperemos que gracias á la brillante campaña en que acaban de cubrirse de gloria inmarcesible las armas del Rey nuestro augusto soberano, hemos anonadado para siempre la hidra revolucionaria.

— ¡Oh! sí, para siempre, la hidra, para siempre, exclamó don Jaime Bustos, haciendo eco, con aire de deferencia al orador que sorbía una *narigada* de polvillo.

— Todas esas doctrinas venenosas, repuso don Anacleto, que los franceses han sacado de Voltaire y de Rousseau, son la perdición de los pueblos, porque atacan el gran principio salvador del derecho divino de los reyes.

Los nombres de los dos filósofos, que los circunstantes conocían de oídas y que Malespina pronunciaba á la española, *Voltaire* y *Rousseau*, resonaron en el silencio gene-

ral, como un argumento sin réplica. Habia para ellos mucho de importante en la magistral actitud con que el Oidor condenaba aquellos famosos autores, que sin duda, pensaban ellos, debian serle tan familiares como las siete partidas de don Alfonso el Sabio. Continuó entre tanto, en el mismo tono don Anacleto, pulverizando, según él creia, el dogma revolucionario, lanzando anatemas contra los empecinados insurgentes y asegurando que la gloriosa reconquista venia á consolidar para siempre, sobre base de diamante, el trono de los reyes legítimos, en Chile y en toda la América. Dejando á su auditorio profundamente impresionado, se retiró triunfante, aclarándose de nuevo el pecho, dispensando un benévolo saludo á los tertulianos en general, y uno especial á don Francisco, que lo condujo hasta la calle.

— No se puede negar que es un hombre muy instruído, dijo el empleado de hacienda con un suspiro, al que dió una entonación admirativa, cual convenía á sus palabras.

— No esté hablando, señor, replicó don José María Reza, asi fuéramos á ver sus libros, ¿á que están muchos con los hojas sin cortar? Y se pone á citar á Voltaire y á Rousseau como si los hubiese leído, cuando no sabe francés.

Casi todos se rieron. « Las cosas de don José María, á nadie se las niega », se decían los unos á los otros muy contentos en realidad de verse libres de la opresora superioridad del magnate, que todos, en el fondo, encontraban insoportable, sin atreverse á confesárselo á los demás. El tímido don Jaime, que abrigaba una gran rivalidad á las dotes oratorias del Oidor y á la manera como lo eclipsaba con su importancia, con su elevada estatura, con la manera de sorber la narigada de polvillo, hizo coro ruidosamente, y por congraciarse con el inflexible don José María, llegó á decir :

— Asi no más es, no será mucho que no haya ni siquiera leído á su Voltaire y á su Rousseau.

Una nueva voz se oía en aquel momento, ruidosa y risueña, que alternaba en la tienda con la de don Francisco Carpesano.

— Ahí está Callana, exclamaron algunos en la trastienda.

José Retamo apareció en la puerta y miró al interior, con una mano puesta á guisa de visera sobre las cejas, aparentando que le costaba distinguir bien á los que allí

estaban envueltos en el denso humo de los incesantes cigarrillos.

— ¡Ah! señores Condes y Marqueses, exclamó saludando; qué honra para un mulato como yo el hallarse en compañía de sus mercedes; solamente siento no distinguirlos bien con tanto humo.

— Entra, Retamo, ven á *pitar* un cigarro.

— No tendría ese atrevimiento, sus mercedes; un humilde mulato como yo no fuma delante de caballeros que tienen sangre azul; pero si me ofrecen una copa de algo, como de buena mistela, ó un vaso de aloja para quitar *la* calor, seguro que no le hago asco.

Hablando, se sentaba familiarmente en el taburete que había ocupado el Oidor, se enjugaba la frente con un gran pañuelo de algodón de vistosos colores, levantando, con el movimiento, los tupidos crespos de su negra y crespa cabellera abundantísima, y mostrando su alba dentadura. En sus movimientos volvía el risueño semblante hacia cada uno de los tertulios con un aire de familiaridad y de desparpajo, que desmentía la decantada humildad de que hacía alarde en sus palabras.

— Vaya, don Francisco, sáquele aloja á Retamo, dijeron algunos.

Carpesano abrió una alacena en un rincón de la pieza y sacó uno de esos grandes jarros de cristal con su tapa de corcho, en los que se ponía ese brevaje nacional. Al través del cristal, la rubia bebida, casi trasparente, hacía brillar de contento los ojitos negros de Retamo, que tendió el vaso á don Santiago.

— Eche sin miedo, patrón.

Bebió á grandes tragos, interrumpiéndose para hacer sonar la lengua contra el paladar, con señales de viva aprobación.

— Esta es de las monjas del Carmen, se conoce.

— Cierto, es de las monjas, dijo don Francisco.

— Se necesita estar en gracia de Dios para hacer una cosa tan buena, exclamó Retamo, tragando con avidez lo que quedaba en el vaso.

— Retamo, que anda en palacio, va á sacarnos de una curiosidad, dijo don José María Reza.

— Lo que quiera, mi señor, pregunte no más, yo soy gaceta viva.

— ¿Dónde ha ido el general Osorio con tropa?

Todos callaron, curiosos, para oir la respuesta.

Retamo miró á su auditorio con malicia. Sus ojitos chispeaban de ingenio.

— Señores Condes y Marqueses, dijo, ustedes me piden un secreto de Estado.

— ¿Y para qué eres mayordomo de palacio si no conoces los secretos de Estado? le dijo Reza.

Al mulato Retamo todos se creían con derecho de tutear. El pueblo lo tuteaba por familiaridad y cariño, los caballeros por altanera familiaridad.

— ¿Y quién le ha dicho, señor Mayorazgo, que yo no conozco los secretos de Estado? ¿De qué me serviría, como dice su merced, ser mayordomo de palacio? No faltaba más que los sarracenos, aquí no hay godos, ¿no es cierto? preguntó riéndose, para explicar el calificativo que había dado á los españoles; ¡no faltaba más que me ocultasen los secretos de Estado! El señor don José María tiene razón: me los cuentan todos, y la prueba es que que voy á contar lo que sus mercedes me preguntan.

— A ver, diga, pues, exclamaron algunos, porque el mulato se había callado, como para hacer desear más vivamente su respuesta.

— ¿Quieren que les diga?... pero no se lo cuenten á nadie. El secreto está en la *Gaceta del Gobierno* en letras de molde. El señor General ha salido en persecución de los mulatos Carreras, porque son mulatos ahora; ¡para qué se dejaron vencer! y del *gringo* O'Higgins. Es seguro, por supuesto, que lo están esperando en el camino, para que los mande de muestra al Rey nuestro amo, á Madrid.

Terminó con una ruidosa carcajada, agitando su gordura sobre el taburete; levantando con la risa los pies, que lo corto de sus piernas no dejaba tocar fácilmente al suelo; sacando su gran pañuelo de algodón para secarse la frente y repitiendo, entre carcajadas, divertidísimo con el mohino semblante de sus oyentes:

— ¡Seguro que ellos lo van á esperar! ¿no les parece á sus mercedes? ¿cómo no han de querer ir á Madrid? ¿como no han de querer que los vea Su *Sacarreal* Majestad?

— Anda, mulato, te estás riendo de nosotros, exclamó don José María, procurando seguir la broma, pero muy disgustado en realidad.

— ¡Yo reirme de ustedes! ¿Cómo habia de tener ese

atrevimiento? ¿Qué quieren que les diga, pues? Sus mercedes me preguntan por una cosa que todos saben y yo les respondo que está en letras de molde en la *Gaceta;* pero para que vean sus mercedes que soy buen muchacho y que los quiero, les voy á contar una cosa que no se sabe en el público.

— Alguna otra picardía tuya, mulato, le dijo don Jaime Bustos, en tono de protectora indulgencia.

— No, señor Marqués, una noticia que no se ha publicado todavía y que les voy á contar antes que nadie.

Los tertulianos se agruparon en derredor de Retamo, que hablaba con perfecta seriedad.

— Pues han de saber sus mercedes, que el señor gobernador, don Jerónimo Pizana, va á publicar un bando de orden del señor General, por el que manda que vuelvan á la capital todas las familias que se han retirado al campo antes y después de la restauración del gobierno legítimo.

— ¿Cierto? ¿Tanto cariño nos tienen que no pueden vivir lejos de nuestras familias? preguntó don José María, con actitud de importante independencia.

— Como les digo, mis señores. Así tendremos el gusto, señor Mayorazgo, de ver á sus ocho hijitas en Santiago, en vez de que estén fastidiándose en la chacra.

Retamo celebraba con grandes risas su propio chiste, lo que hacia agitar su abultado abdomen con movimientos convulsivos. Don José María Reza tenia cinco hijas grandes « en estado de merecer », según la expresión familiar; chicas casaderas, como un ciudadano es elegible cuando es mayor de edad. El mulato sabía que el Mayorazgo se sentía avergonzado en lo íntimo del pecho, de no haber tenido más que *chancletas*, como llama en estos casos nuestro pintoresco lenguaje casero, á las que llegan á representar á Venus en este valle de fealdades.

La única compensación de amor propio que don José María encontraba, para responder á las bromas de sus amigos sobre esta abundancia de hembras en su hogar, era repetir que ninguna había nacido sola, sino que habían llegado *de á pares:* « mellizas no más », decía con jactancia. Otras veces buscaba consuelo en esta reflexión, que habia llegado á serle familiar: « ¿A que no me quedo con ellas? » como diria un comerciante por una mercancía de dudosa venta, y aludía entonces á sus cuantiosos bienes de fortuna, agregando: « Novios no les han de faltar ». Pero

nada de esto borraba de su ánimo la idea de las chancletas, ni le hacía sobrellevar con suficiente filosofía, las gruesas cuchufletas de los que ponían en duda de que él fuera *hombre de calzones*. El malvado mulato sabía todo esto, y como su popularidad le había hecho llegar á poder tomarse toda especie de libertades con los caballeros de sangre azul, daba rienda suelta á su espíritu picaresco y á la latente rivalidad del hombre de color con los blancos, aprovechando toda ocasión de decir una gracia á costa de algún noble, como plantan los picadores sus banderillas sobre el lomo del toro, con gran contentamiento del público.

Retamo bebió dos vasos más de aloja, felicitó de antemano á don Jaime Bustos por el día de su santo, que tenía lugar en dos días más y que siempre celebraba el magnate con una fiesta. Después de esto, salió de la tienda, prodigando saludos y dando títulos nobiliarios á todos, aun á los que no los tenían.

— Señor Conde, señor Marqués, señor Mayorazgo, á las plantas de ustedes.

— Qué diantre de mulato, ¿si será cierto lo que dice del bando del Gobernador?

Esta era la pregunta que se hacían los tertulianos alarmados. Para ellos una medida de esta clase, después de las declaraciones y promesas conciliadoras con que Osorio había iniciado su administración, sonaba como una campana de alarma. Les parecía ver surgir de la atmósfera de esperanzas en que empezaban á mecerse, la torva faz de la reacción, con sus persecuciones, con su opresión y sus venganzas. Al retirarse de la tienda, todos llevaban la turbación en el pecho y la preocupación en el semblante. Así se tornan cenicientos y opacos los transparentes arreboles, apenas se hunde el sol en el ocaso, dejando sobre la tierra la tristeza de la noche.

Desde su regreso á Santiago, don Alejandro Malsira había perseguido su idea de encerrar á Trinidad en el convento del Carmen Alto. No que tuviera la esperanza de apagar así la llama que ardía en el pecho de la chica, si no de miedo á las terribles incertidumbres del presente, á las amenazas del porvenir oscuro, al desamparo en que podía quedar su familia, si el torrente de la reacción llegaba á arrebatarlo de su hogar. Los contrastes engendran el pesimismo, aun en los ánimos más bien templados. Don Ale-

jandro sentía la necesidad de la lucha, pero le faltaba la fe ardiente del sectario en la proximidad del triunfo. Para arrostrar los peligros que divisaba cercanos, tenía necesidad de crearse, del lado de la familia, siquiera una tranquilidad relativa. Su mujer sabría sufrir, mas no sabría defender á su hija contra una obstinada y enérgica persecución. El convento era el puerto abrigado, donde no llegaría el embate de las olas agitadas del tiempo. Abel cuidaría de su madre, y después, más tarde, si venía el triunfo, todos podrían celebrarlo reunidos. Si no, Dios los ampararía. Con fe robusta y con carácter entero, podría mirar de frente esa perspectiva temerosa. Templada por el estudio de Plutarco, que él había aprendido á traducir en las aulas, en aquel tiempo de fanatismo latino, su alma se levantaba á la altura de los sacrificios sublimes. Heredero de las doctrinas autoritarias de su época y de su raza, no se le ocurría, por supuesto, que alguien pudiera poner obstáculo á su resolución. La autoridad del padre era autocrática, venía de los patriarcas. La libertad de los pueblos y la libertad en la familia eran en aquel tiempo, dos tesis sin correlación de ningún género. Todos aquellos patriotas, que exponían vida y hacienda para sacudir el yugo del monarca de derecho divino, eran en el hogar, soberanos absolutos. Don Alejandro no había consultado á su mujer su resolución; se la había notificado, simplemente, para que ella y Trinidad estuviesen preparadas á la separación. En la atmósfera de profunda y sorda melancolía que reinaba en la casa, todos aquellos seres se movían inquietos, como fantasmas que buscan á tientas su camino, en una penumbra de limbo.

Los arreglos materiales estaban terminados. Don Alejandro había hecho una visita á su parienta, la abadesa del Carmen Alto. La absorción absoluta del ser por las prácticas de la vida claustral, no habían alcanzado entonces á sustraer á las monjas, enteramente, á las agitaciones del siglo. Era el fragor del trueno que va á retumbar en las concavidades apartadas. Había monjas patriotas y monjas monárquicas, casi siempre según las relaciones de familia.

La abadesa, sin decirlo, era de las últimas, bien que tuviese parientes patriotas como don Alejandro. El Rey, para ella, recibía su investidura del Papa, como el Papa la recibía de Dios. Sublevarse contra la majestad terrestre, era el orgullo de Satanás que pretende luchar con la Majestad Divina. Argumento sencillo, especie de silogismo

político-religioso, que para aquella inteligencia flotante entre los vapores del misticismo, tenía todo el prestigioso poder de un principio dogmático. Fué convenido que se prepararía una celda separada para Trinidad, y que podría llegar el día que su padre lo desease.

De todo esto no se hablaba en las tristes conversaciones de la familia. El padre anunciaba á doña Clarisa los pasos que iba dando. Ella estaba encargada de trasmitir estas noticias á la hija. Dos ó tres palabras en voz temblorosa y ellas se separaban. La madre ahogaba sus sollozos en su pañuelo. La hija, con paso rígido, con el semblante pálido, con los ojos encendidos por la fiebre de una resolución inconmovible y dolorosa, se retiraba á su cuarto á llorar, á implorar la piedad del cielo, á enjugar después las lágrimas en el violento rencor de las protestas impotentes.

Así habían transcurrido los días. Imposible comunicarse con Hermógenes. La vigilancia incesante había desbaratado todas las tentativas del joven para escribir á su querida. En vano Juan Argomedo había enviado á ña Peta, con carta del Coronel á casa de doña Clarisa. Ña Peta no había sido admitida á hablar con los otros sirvientes. Era algo de la vigilancia oriental lo que aprisionaba á la infeliz enamorada. El terror de la secuestración claustral, hacía, sin embargo, pensar á Trinidad, que sus padecimientos actuales llegarían á parecerle llevaderos. Era preciso tentar un esfuerzo supremo para tratar de conseguir que su padre renunciase á su desapiadada resolución. La única persona que podía encargarse de esta tentativa era Luisa Bustos. Ella haría valer su poderoso influjo en el ánimo de don Alejandro, y tal vez conseguiría un aplazamiento á lo menos, del inhumano propósito. Luisa se encargó de interceder en primera oportunidad. La idea loca pasó por el pensamiento á Trinidad, de pedir al mismo tiempo á su prima, que hablase á nombre de ella con Laramonte. Pero la frente altiva de la joven, su mirada serena de mujer inaccesible á los impulsos del corazón, helaron la súplica en los labios de la chica. Para eso hubiera sido menester que hubiesen hablado el mismo lenguaje, el que habla la afinidad de sentimientos, el que crea las confidencias, y Luisa, con su naturalidad majestuosa y fría, si bien era capaz de inspirar una violenta pasión á un hombre, no habría arrastrado á otra mujer á echarle al cuello los brazos para contarle sus cuitas de amor.

Se limitó por este motivo Trinidad á su primera petición, y como al siguieute día iba á presentarse una ocasión propicia para la tentativa, ambas acordaron que Luisa aprovecharía la reunión que iba á tener lugar en la noche siguiente para la celebración del santo de don Jaime, y hablaría con su tío Malsira. Aquello, según el parecer de una y otra, era mejor que hablar del asunto ahí, en casa de don Alejandro. « Eso sería muy ceremonioso, observó Luisa, tendría que pedirle que hablásemos á solas ó que él viniese á casa, todo lo cual prevendría ya su ánimo y no lo dejaría ceder á un movimiento espontáneo. » Después de comer, don Alejandro estaría más expansivo y no lo encontraría preparado para la resistencia. Trinidad abundó en este modo de pensar. La idea de encontrarse sola en su cuarto, esperando la vuelta de su prima mientras que sabía que se estaba decidiendo de su suerte, le causaba una inquietud febril, como si ya se encontrase en ese trance. Y volvía á pensar con mil tentaciones: « Qué lástima que no me atreva á pedirle también que trate de hablar con Hermógenes. » Tentación que le acudía á cada instante mientras hablaban de otra cosa, como vuelven ciertos dolores *neurálgicos* con insistencia que desazona. Por fin, Luisa se marchó, y el dolorcito fué calmándose, calmándose poco á poco, con el bálsamo de una esperanza tímida, muy tímida; pero al fin, una esperanza de que Luisa llegase á conseguir que no la encerrasen en el convento del Carmen Alto.

Otros también hacían acopio de esperanzas para la fiesta de don Jaime. Entre ellos Violante de Alarcón y Hermógenes de Laramonte, eran conspicuos. Sabían, por pública fama que don Jaime era de los que nunca dejan de celebrar su santo, de los que se regocijan de haber nacido en tal día, y convidan á los otros á participar de ese fausto acontecimiento. Entre los que contribuían con más poder á esa pública fama estaba el mulato Callana, José Retamo. Desde ocho días antes, por lo menos, andaba diciendo: « En casa del Marqués *gaudeamus habemus* el día de su santo ». Así es, que todos sabían ya de antemano, que aquel año, como de costumbre, habría fiesta de familia en casa de don Jaime Bustos.

Fiesta de familia únicamente, lo que preocupaba en gran manera al Coronel, porque sabía que aquella sería una ocasión de oro para ver á Trinidad. Hablando sobre esto

con Violante, le confiaba los furiosos deseos que tenía de ser convidado.

— Pero es únicamente una fiesta de familia, le observaba risueña la viudita.

Y Laramonte replicaba en el mismo tono con su pronunciado y puro acento de Castilla:

— Justo, nosotros queremos ser de la familia.

— ¡ Ay ! ¡ querer no es poder ! suspiraba Violante.

Pero ella estaba segura de ir al gaudeamus.

— Prima Catita y prima Cleta me convidaron hace días al salir de misa. Si usted fuese á misa lo habrían convidado tal vez. Yo me he dado el trabajo de cultivar la amistad de prima Catita y prima Cleta.

— Confieso humildemente que no he tenido esa previsión.

— Esa es la palabra : previsión.

— Para ello es preciso tener esa linda cabecita de mujer, con sus quilates perfectamente distribuídos y de nadie sospechados, bajo la abundante y sedosa cabellera con que usted enamora á las gentes, sin gritarles : ¡ cuidado ! Pero se me ocurre una idea tan luminosa como sencilla. Si usted está convidada, podría llevarme : ¿ qué tal ? Cuando se trata de un asalto hay que vencer obstáculos, por supuesto, y no es posible someterse servilmente á las fórmulas. Usted y yo tenemos intereses análogos, vamos al mismo fin.

— ¿ Quien ha dicho á usted eso ?

— Nadie ¡ ca ! lo he visto con estos ojos. El joven Malsira es cada día más asiduo cerca de usted, y no tiene necesidad de confiarnos su secreto para que lo sepamos. No haga usted conmigo la disimulada. ¿ No ha oído usted decir á las gentes de esta tierra « arrieros somos, por el camino andamos ? » Esto quiere decir que vamos usted y yo al mismo fin. Usted que es generosa, va á tenderme la mano y á hacerme beneficiar de la previsión que ha tenido, de conquistarse á esos dos vestiglos de prima Catita y prima Cleta...

— No se burle usted de ellas. Donde usted las ve, son una potencia social.

— Ya lo sé, las dos juntas tienen la potencia hablativa, que aplican siempre al mismo tiempo.

— Y con ella, sépalo usted, hacen y deshacen reputaciones, rompen casamientos...

— ¡ Ah ! si es así, les haré una corte asidua. Lléveme usted á la fiesta y me verá á la obra.

Violante se dejó convencer. Con los quilates de su cabecita, que acababa de elogiar Laramonte, había pesado muy luego el pro y el contra de la petición del Coronel. Si bien se corría el riesgo, de que al verlo entrar á la sala, quisiese el señor de Malsira llevarse á su familia, no era probable que lo siguiese Abel, mayor de edad, que tendría más libertad, en tal caso, para hablar con ella. Por otra parte, Laramonte era un amigo útil, cuya influencia podía servirle más tarde, y como su grado militar y su valimiento personal le asignaban un puesto muy importante cerca del general Osorio, era evidente que don Jaime Bustos y sus dos hermanas, prima Catita y prima Cleta, se darían por muy bien servidas con que ella tomase la libertad de forzar la consigna, llevándoles tan guapo mozo.

— ¡Cómo! exclamó para dar más precio á su condescendencia, ¿no sabe usted que las primas me dijeron muy recalcadamente que hacían por mí una excepción?

— Y yo seré otra. Usted la excepción femenina, yo la masculina.

— No pueden convidar á nadie fuera de la familia, me dijeron...

— ¿Al mismo tiempo las dos?

— Por supuesto, al mismo tiempo, porque tienen, dicen, una infinidad de parientes.

— En esta tierra todos lo son, ó parientes ó condiscípulos.

— Ellas dicen también que si convidan otras personas, se resentirán las no convidadas, y que además la fiesta perderá su carácter de confianza. Según esta cuenta, nosotros seremos los únicos extraños.

— Usted ha dicho « nosotros », y yo digo: « tanto mejor si somos los únicos ».

— Vaya, pues seremos los únicos, cuento con su gratitud.

— Eterna, viva usted cien años y verá. Entonces, ¿me lleva usted?

— Pero no iremos juntos, no, señor; yo llegaré antes y diré á las primas que me he tomado la libertad de convidar á usted, para que así no digan las malas lenguas que se ha querido excluír á los españoles.

— ¡Siempre la cabecita! ¡Qué decía yo! ¡Un prodigio de ingenio! Usted verá que con ese último argumento acabarán por dar á usted las gracias.

— Asi lo espero.

Se despidieron hasta la noche, riéndose de lo ingenioso de la intriguilla, y del desenfado de la viudita para convidar á casa ajena.

— ¡ Toma ! ¿ Qué mérito tendría yo si convidase á usted á la mía ?

Sus dientes de perla brillaban con la picaresca sonrisa de los labios. El Coronel pensaba, á pocos pasos de ella: « ¡ Lo que es á ésta, san Antonio se rendía ! »

XIV

Habían ido llegando desde medio día, los variados dulces de almíbar, las tostaditas de las monjas, los pastelitos de masa real, los grandes frascos de aloja, los panales rojos y blancos, los castillos de almendra con pajaritos de alcorza, las torres de almendrado y las pirámides de naranja confitada. Cada uno de los aristocráticos parientes mandaba su regalito, y como *ninguno quería ser menos*, los sirvientes de todos ellos, en largas filas, temblando de dar un traspiés, caminaban por las angostas veredas de las calles, llevando en las manos las bandejas enormes, cargadas de dulces y manjares, cubiertas con servilletas caladas, guarnecidas de miñaques, ó con anchos velos de gasa, para salvar aquellos primores de los ataques aleves, al par que de las injurias bochornosas, de las moscas. Los transeúntes miraban admirados aquella marcha triunfal de *mulatos* y de esclavos, criados de confianza que erguían la frente con ingenua dignidad. Cerraban la marcha los pavos fiambres con el pico dorado y en el cuerpo banderillas metálicas de todos los colores del arco iris; seguían los chanchitos arrollados con su trompa al aire, como regocijándose de los placeres gastronómicos que estaban llamados á satisfacer, y en pos de esto, brillaban á la luz del día los jamones, cubiertos con una capa de caramelo, ostentando en la punta del hueso alguna orla de papel picado. Como complemento final iban las frutas de la estación, y detrás seguían las flores y la *mixtura* embalsamando el aire con sus suaves emanaciones. Toda aquella pompa de ostentoso señorío, cruzaba el patio en orden y majestad, y llegaba á la sala á dar el *recado* clásico, que se encomendaba al más elocuente y bien hablado de la comitiva.

Así llegaban de cada casa. Prima Catita y prima Cleta los recibían y daban alguna propina, con el *recado* de vuelta. Era día de grande agitación para ellas. Había que dirigir la postura de la mesa donde iban á alinearse los comestibles y los dulces. La aloja y los panales quedaban para tentar á las visitas en el día. Las flores llenaban los jarrones y los maceteros, y la mixtura, en canastillos de filigrana de plata, añadía su reflejo de fiesta y de contento á la casa solariega, que despertaba por unas cuantas horas del monótono sueño colonial de todo el año.

Durante el día, las visitas de cumplimiento venían á felicitar al dueño del santo. Prima Catita y prima Cleta, mal peinadas con la agitación de la mañana, las recibían. Á las tres entraba el gobernador Pizana, escoltado por José Retamo, que se arrogaba de motu propio esta comisión para darse importancia. El mulato hablaba del gaudeamus, comía de todo lo que ofrecían, sin dejar de echarse al cuerpo grandes vasos de aloja con numerosos panales. Era el momento de inquietud de las dos hermanas, que temían todos los años que la insaciable voracidad del mulato, hiciese aparecer como poco abundante la mesa de refrescos y dulces, á las visitas que vendrían más tarde. Por fin, el Gobernador se marchaba con su oficioso edecán. Éste se despedía haciendo votos por que el gaudeamus del año entrante pudiera celebrarse en tan buenas condiciones como lo era el presente. Y á manera de cumplimiento especial, volviendo hacia prima Catita y prima Cleta, mientras se alejaba el Gobernador, les decía con su risa de gordo alegre:

— ¡Niñas, y que baje el Espíritu Santo!

— Anda, mulato intruso, que el diablo te lleve, quedaban murmurando ellas, á manera de exorcismo.

En la comida, la gravedad de los convidados cedía al fin á la expansión de los brindis. Lo más granado de la familia había podido sentarse únicamente á la mesa, porque solo había lugar para treinta cubiertos. Los chiquillos de los convidados comían, metiendo bulla y quebrando vasos y platos, en los cuartos de adentro. Al salir de la mesa se comentaban con veneración los brindis del oidor, que casi no había dejado hablar á nadie más. Cuando empezaron á llegar los otros parientes convidados para la noche, las mesas de malilla estaban ya en plena función en uno de los salones laterales. Don Alejandro Malsira con el Oidor, con Carpesano y Cardenillo, jugaban ya el segundo *solo*. Otros parien-

tes ocupaban una mesa con don José María Reza que siempre huía de jugar en la de don Anacleto Malespina, á quien acusaba de tener una suerte desesperante. En su temeridad, y porque él no se las callaba á nadie, llegaba á decir á veces al oído de algún vecino:

— Yo creo que don Anacleto hace trampas.

Pronto la sala principal fué llenándose. Doña Francisca Tomillo de Reza, la mujer de don José María, con seis hijas, dos de ellas todavía de vestido corto y de trenza, había llegado de las primeras. El embarazo, avanzado ya, la sofocaba.

— Estas chiquillas, pues, que me han apurado tanto, exclamaba al sentarse, agitada con la marcha, abanicándose.

Las hijas, todas de baja estatura, «pero bien proporcionadas», como decía de ellas don José María, se apoderaron de uno de los rincones de la sala, donde se proponían jugar juegos de prendas, cuando estuviesen allí los tres hijos de don Francisco Carpesano.

— ¿Lucho no ha llegado? preguntaba una de ellas.

— ¿Ni Beno? decía la otra.

— ¿Ni Pepe?

Prima Catita y prima Cleta, que se incomodaban con ese eterno buscarse y desearse de la gente joven, contestaban con una risita irónica, más bien que amable.

— No se apuren niñas, no sea que les reviente la hiel.

Las chicas, entre ellas, cuchicheaban risueñas:

— Estas dos viste-santos, están siempre como perro con arestín.

Seguían llegando parientes. Entre ellos, doña Rosa Severa de Cardenillo entró con sus hijos Manuelito y Rosendo, dos mozos tímidos que habían heredado de don Manuel, su padre, la costumbre de suspirar en diversos tonos, según la materia de que se tratase. Las chicas Reza les tosían para que fuesen á reunirse con ellas; pero los dos jovencitos fingían no oirlas y hablaban con prima Catita y prima Cleta que siempre decían de ellos:

— Son los jóvenes más cumplidos de Santiago.

Un ruido de voces en el patio hizo exclamar á las del rincón:

— ¡Ahí vienen los Carpesanos; nadie podría meter tanta bulla!

Al mismo tiempo, prima Catita y prima Cleta se dijeron entre ellas:

— ¡Á qué vienen esos malditos!

Entraron haciendo grandes y grotescos saludos, y fueron á inclinarse delante de las dos hermanas, uno tras otro, por orden de edad: Lucho, Beno y Pepe, altos y flacos los tres, con corbatas exageradas, con levitas y pantalones del mejor paño de la tienda del padre. Eran muy *petimetres*, según el veredicto del jurado del rincón, que se había aumentado con varias otras chicas, todas de la familia; un foco de juventud y de alegría, desde el cual partían como voladores de luces, alegres y relucientes miradas en dirección de los jóvenes.

Los tres hijos de don Francisco Carpesano tenían fama universal de traviesos. Desde muchachos habían sido el terror del barrio de la catedral, donde tenía su casa el acaudalado comerciante. Era común conversación, en aquella sociedad tan escasa de incidentes, las gracias de Lucho, de Beno ó de Pepe, en la forma de alguna insoportable pesadez, de que algún pariente ó algún vecino había sido la víctima. Eran inagotables para inventar pegatas, entonces muy usadas en las no muy cultas costumbres del coloniaje.

— Y los que más los celebran, decían en las tertulias caseras, al referir las invenciones de los mozos Carpesano, son sus padres.

En los últimos días, una buena pegata de Lucho, Beno ó Pepe era la novedad de Santiago. La campaña emprendida por Osorio en persecución de los últimos restos de las fuerzas patriotas, el bando reciente de Pizana y los recuerdos que había dejado la procesión con que fué celebrada la reconquista del reino, pasaban al segundo plano de las preocupaciones en la crónica de la capital. Tomando mate, en cada casa se hablaba de la buena pegata.

— Ustedes saben, decía el orador ó la oradora del corrillo, que prima Catita y prima Cleta, cansadas de darle sombreros al mulato calesero, le mandaron hacer, sin que lo supiese don Jaime, un sombrero de hoja de lata, que pintado color café como la librea y con su escarapela azul parecía, ni más ni menos, sombrero de pelo. En los días de sol, cuando las primas van en su calesa á pasearse al tajamar, el pobre negro suda la gota gorda. Hace pocos días, prima Catita y prima Cleta fueron de visita donde doña Javiera. Los muchachos salieron á la puerta de calle y convidaron al negro al cuarto de uno de ellos á tomar horchata, en la que habían puesto por lo menos un tercio de *malicia*.

El negro, que conoce á los hijos de doña Javiera Retamales de Carpesano desde chicos, empezó á contarles cuentos, después de cada trago de horchata. Entre tanto, Pepe había desaparecido con el sombrero, que el negro al entrar al cuarto había dejado en un rincón. El maldito muchacho, que estaba de acuerdo con Lucho y con Beno, le había encargado á uno de los criados que calentase el sombrero en la cocina y que cuando viera que prima Catita y prima Cleta se despedían lo trajese bien calentito, y lo pusiese en el rincón. Dicho y hecho. Cuando se despidieron las primas los muchachos le hablaron fuerte al negro, que estaba ya medio alegre con la horchata, para que no las sintiese salir. De repente se oyeron las voces de prima Catita y prima Cleta, que llamaban al negro desde la puerta de calle. El negro se levantó á escape, corrió al rincón de un salto, tomó precipitadamente el sombrero y se lo caló al salir al patio; pero al instante sintió como una corona de fuego, se quitó desatentado el sombrero y lo tiró sin saber lo que hacía, sobre las primas, que empezaron á dar gritos, creyendo que el negro se había vuelto loco. ¡Los muchachos reventaban de risa!

Todos aplaudían. Jamás habían oído nada parecido. Los malvados muchachos tenían invenciones que no se le habrían ocurrido al maldito.

En voz baja, muchos se contaban esta pegata en el salón de don Jaime aquella noche, aunque todos la sabían y la habían referido cien veces. Era cosa admitida ya como una convención social que todos debían reirse y encontrar graciosísimas las pegatas y las invenciones de los Carpesanos.

— Herencia de familia, decían; todos han sido lo mismo en la familia de doña Javiera.

Mientras tanto, los tres jóvenes habían arrastrado á los jovencitos Cardenillo á jugar juegos de prendas en el rincón de las chicas. Las mamás habían delegado á las *niñas* prima Catita y prima Cleta para presidir, como dueñas de casa y solteras, aquel pasatiempo infantil, el único permitido en las severas costumbres de la colonia.

Luisa y Trinidad se habían excusado de formar parte del bullicioso rincón. Las Rezitas, como llamaban familiarmente en sociedad á las hijas de don José María Reza, y las demás chicas que con ellas formaban lo que los Carpesano habían bautizado con el nombre de «locutorio», miraban á las dos primas con disimulada envidia. La suave indiferen-

cia de la una, y el prestigio de misteriosa poesía, que realzaba para ellas la delicada belleza de la otra, con su historia desgraciada de amor, más bien sospechada que sabida, les daba cierta conciencia de inferioridad que les removía su orgullito femenil. Mirando desde lejos conversar á las dos jóvenes, aun cuando en el juego se tratase de apurar una letra ó del tira y afloja, que habría debido absorberles toda la atención para no dar prendas, las Rezitas y sus compañeras de «locutorio» no dejaban de lanzar, de cuando, en cuando su alfilerazo á las dos bellezas del salón.

— Se creen tan bonitas, decían unas á otras, que temen que no las vean bien si viniesen á jugar.

— No, hijita, no es eso, contradecía alguna, olvidándose del juego; no vienen aquí porque tienen miedo de reírse y de que se les hagan arrugas en la cara.

Abel Malsira, inquieto y distraído como había estado también en la mesa, conversaba apenas con Trinidad y Luisa, de cosas ajenas á su pensamiento. Sabía que la de Alarcón debía llegar de un momento á otro y se sentía nervioso. Desde que había vuelto de la hacienda con su familia, el joven había multiplicado sus visitas en casa de Violante, como que medía el tiempo con reloj de enamorado que siempre adelanta. Pero en lo que iba á buscar se encontraba con su maestro. Nada de más científicamente calculado que las dosis de esperanza que la viudita le administraba para su fiebre amorosa. Era evidente, para cualquier otro que no hubiese sido el interesado, que ella marchaba con suma cautela, que no quería comprometerse, que como quien, para coger una flor, tiene que atravesar un terreno movedizo, se adelantaba con suma cautela y no avanzaba un pie sin estar segura de que el otro pisaba en tierra firme. Claro estaba que conociendo por la historia de Trinidad los escollos y arrecifes que podría encontrar, si se embarcaba en la empresa de llevar al joven Malsira hasta las bendiciones nupciales, ella no quería lanzar la barca con tal fuerza que llegara á estrellarse y á partirse en la dura roca de la voluntad de don Alejandro. Era fría para calcular, sin que por esto le faltasen dotes de sensibilidad que realzaban sus atractivos y la constituían en suma en una personita muy seductora, llena de buen criterio y de sentido práctico. Vivía en la realidad, se guiaba por la cabeza y no permitía que el corazón, que casi siempre es traicionero con las mujeres, tomase parte

en ninguna de sus impresiones, hasta no haberlas admitido como buenas, después de un examen detenido. En la contienda del temor y de la esperanza, que se libra en el corazón de los enamorados, la última ganaba terreno en el de Abel Malsira; pero siempre le quedaba la duda, que á fuerza de dar vueltas como una rueda de la máquina eléctrica, produce el rayo incendiario de las grandes pasiones. Algunas veces, esas dudas, lo hacían buscar á Luisa como un refugio. ¡Ah! ¡si pudiese enamorarse de ella! pensaba en esas ocasiones. Algo lo atraía hacia la joven, siempre igual y tranquila, á la que sentaba tanto su airecito de desdén natural. Él, en su sentimentalismo impresionable, llevado de su imaginación adolorida, se figuraba que el que pudiese inspirar amor á aquella chica, tan armoniosamente formada, moral y físicamente, con su alma altiva y severa, con su cuerpo esbelto, su cabeza pequeña, de profusa cabellera, erguida sin orgullo, como un signo de superioridad solamente, ese llegaría á convertir en realidad el miraje de dicha completa de un amor seguro, sin dudas ni agitaciones á que él parecía, á que él se sentía condenado.

Las del locutorio, después de sus picaduritas de alfiler á Luisa y á Trinidad, habían comentado la actitud de Abel.

— Está muy pensativo al lado de Luisa, ¿qué, estará enamorado?

— ¡Qué ha de estar! es por hacerse el interesante.

— Se cree tan buen mozo, que se figura que todas lo están mirando.

— Niñas, si no atienden, tienen que dar prenda, decía uno de los Carpesanos á las murmuradoras.

Las conversaciones se suspendieron de repente en la sala, haciendo reinar un silencio análogo al que sufre la vista cuando en una sala de teatro se apaga la luz de un golpe. Una curiosidad instantánea y general había interrumpido las conversaciones.

Era que entraba, con su elegancia suprema y sus monerías de mujer bonita, Violante de Alarcón. Se adelantaba risueña, llevando en torno de sí como una aureola particular de luz y de prestigio, la atmósfera peculiar de la belleza que, como los astros, irradia luz y calor en torno suyo. Ya prima Catita y prima Cleta habían prevenido á muchos, como en confidencia, que la viudita estaba convidada. Al verla, se apresuraron ambas á recibirla, dejando precipi-

tadamente el rincón y los juegos de prendas. Violante tuvo una amable sonrisa para cada cual, una palabra oportuna para los hombres, algún cumplimiento bien aderezado de lisonja, para las mujeres. En pocos momentos se había conquistado la simpatía general.

— La godita es una sirena, decían los varones graves, que sentían bajo la peluca, correr el fuego impetuoso de los años juveniles.

— Gallina que no he de comer, no la he de cocer, murmuraba don José María, barajando el naipe y negándose á mirar á la de Alarcón, que sus compañeros de malilla devoraban con los ojos y con el pensamiento también.

Luisa Bustos, al ver que Violante venía hacia ella, dijo á Abel, risueña y apenas con algo de indefinible en la voz, algo que no era natural :

— Vaya, Abel, ya tiene con qué alegrarse.

Ella y Malsira se habían puesto de pie. Violante marcó con un saludo la diferencia. Á Luisa, un afectuoso apretón de manos con irresistible zalamería. Á él un saludito corto semifamiliar, como cosa secundaria, y un relámpago fugaz, casi imperceptible, en sus grandes ojos dominantes. Tenía, dijo, un inmenso placer de ver á Luisa. Nunca le había parecido más hermosa, aunque siempre lo era. Cada vez que se encontraba con Luisa, no podía dejar de envidiarle su estatura, su lindo porte, ella que se creía tan baja. ¡Y cuidado que ella nunca envidiaba á nadie! Todo esto lo dijo con su voz más melodiosa, con un acento de amable ingenuidad, estrechando las manos de Luisa, como para dejar entre ellas el cetro de la belleza que le estaban dando las miradas de todos, que le ofrecía el himno de admiración codiciosa reflejado en los ojos de Abel. Luego dejó caer su mirada sobre Trinidad, una mirada cariñosa como un beso de amiga. « Bien le había dicho Luisa, murmuró, que la hermana del señor de Malsira era una de las más lindas chicas de Santiago, donde hay tantas guapas. Ya lo sabía ella también, porque muchas veces la había visto, ó en las tiendas, ó en el tajamar, en el paseo de los domingos. ¡Tenía tan vivos deseos de conocerla! Le encontraba mucho aire de familia con su hermano. » « ¡Cuidado! no se ponga usted orgulloso, exclamó volviéndose hacia Abel, porque con el parecido, le hago á usted un favor muy grande ». Hablando, se había sentado entre las dos chicas y se arreglaba las anchas mangas, la pollera

del vestido; dejaba entrever á los perspicaces un piececito muy bien calzado y una media de seda, sobre la que dibujaba sus losanges el atacado de cinta negra y angosta, que la imaginación seguia cruzando para arriba, más allá del ruedo de la pollera.

Las conversaciones habian vuelto á reanudarse El rincón resonaba otra vez con la algazara de los juegos de prendas. Las penitencias impuestas por Lucho Carpesano hacian sacudirse de risa á las chicas. Lucho asignaba las más pesadas á los mocitos Cardenillo, que suspiraban para protestar. Uno de ellos habia tenido que rebuznar *como burro*, y el otro, Rosendo, que se ponia carmesi para hablar, estaba en ese momento condenado á pronunciar *un discurso accionado*, en el que Pepe Carpesano, tras el y con los brazos pasados por entre los del orador, ejecutaba la mímica más grotesca que podia inventarse, sin traspasar demasiado los limites de la decencia. Hasta algunos de los jugadores de malilla se habian acercado para presenciar aquel indescriptible sainete y se reian no menos ruidosamente que las chicas, al ver la desesperación del penitenciado, á quien Pepe, sacudiendo su pañuelo de narices, sonaba sin compasión apenas decia alguna palabra. De cuando en cuando entraban los criados con grandes bandejas á servir los refrescos. Los platillos de cristal con dulce de almibar, flanqueados de vasos de agua; las tostadas de las monjas; los dulces de pasta y los helados, circulaban lentamente. En el rincón del locutorio las bandejas sostenian un asalto formidable. Los Carpesanos comian y bebian por diez cada uno, y cuando suspendian esta ocupación, lanzaban sus bromas á prima Catita y á prima Cleta, que nunca habian podido sufrirlos.

Coman no más, niñas, no tengan miedo de perder casamiento.

Prima Catita, que siempre tomaba la iniciativa de las respuestas, decia, sin mirar al que habia hablado de los tres hermanos :

— ¡Ahi está el pierna de Judas con sus tonterias!

Y prima Cleta, que al oir « casamiento » creia ver una alusión directa al muy vago y muy lejano proyecto de enlace, que según ella y su hermana, no pudo llevarse á efecto porque el novio habia muerto de viruelas, bajaba púdicamente la vista y cambiaba un suspiro con prima Catita, que le correspondia con una mirada de inteligencia.

Durante aquel tiempo la conversación había continuado también entre Luisa, Violante y Trinidad. Hubo un momento en que la viudita, tomando un tono confidencial, sin dejar su aire festivo, había dicho á las otras dos jóvenes :

— Vean ustedes lo atrevida que soy; no sé si prima Catita y prima Cleta me perdonarán. En fin, ustedes pedirán mi gracia si ellas me condenan. ¿Saben la noticia que les dí cuando los dos vinieron á recibirme? Como ustedes son tan buenas y cumplidas, les dije, me van á perdonar que les traiga un conocido, ¿adivinen quién? ¡el coronel Laramonte! Figúrense ustedes que nos encontramos ayer en la calle ¡y me manifestó tantos deseos de venir á visitar á ustedes! que él encuentra tan simpáticas, y de venir á felicitar al señor don Jaime, que yo me tomé la libertad de decirle : « Pues hombre, vaya usted en la noche, no siendo convidado, nadie tendrá que decir que han hecho con usted una excepción, y siendo usted quien es, en todas partes será bien recibido ».

Trinidad, sobrecogida de emoción, miraba á la viudita con repentina simpatía, al mismo tiempo que Luisa preguntaba :

— ¿Y qué dijeron ellas?

— ¿Ellas? Contentísimas; yo no sé lo que dirán despues.

Don Jaime se acercaba á las tres jóvenes, punto de mira de los demás, aunque lo disimulasen. Estaba radiante con su fiesta, con ser el héroe de aquella reunión de familia. En la mesa, á los postres, había podido decir, á pesar del ruido que hacía para sonarse el Oidor, el brindis que había compuesto en largas elucubraciones, y se jactaba de no haber herido las opiniones políticas de nadie. Después de la mesa, ufano con su éxito, se acercaba particularmente á cada uno de los parientes, so pretexto de ofrecer un cigarrillo. « ¿Qué le pareció mi brindis? No dejaba de tener su dificultad para evitar disgustos. Alejandro es tan intratable en la cuestion política. Yo creo que en mi improvisación estuve feliz ». Todos le habían contestado con un cumplimiento. Don Manuel Cardenillo le había estrechado las manos, mirado al cielo con un suspiro de entusiasmo. Únicamente don José María lo había dejado un tantico desazonado. « Yo que usted, le dijo con ímpetu, moviendo jactanciosamente la cabeza, no me habría andado con tapujos y les habría hablado pan, pan, vino, vino ».

Don Jaime no comprendía bien de qué tapujos ni de qué pan y vino quería hablarle el terrible hombre de fierro. Esto lo desconcertaba y le acibaraba el triunfo. ¿Y usted, por qué no brindó, pariente? « ¡Ah! porque cuando yo brindo, ¿no ve usted? yo no se las callo á nadie », exclamó Reza con el dedo índice de la mano derecha sentenciosamente alzado. « ¡Ah! yo no me ando con tapujos ». Aunque no satisfecho, puesto que no veía, en las exaltadas exclamaciones de don José María la respuesta á su pregunta, no insistió don Jaime, porque estaba seguro que le volvería á contestar que « él no se las callaba á nadie » y le repetiría su enigma de los tapujos. Para consolarse fué á buscar los sufragios de su sobrina y pupila, de cuya opinión estaba siempre pendiente.

— ¿Qué te pareció mi brindis, chiquilla? le dijo poniéndose frente á las tres jóvenes. No dejaba de tener su dificultad para evitar disgustos. Yo creo que en mi improvisación estuve feliz.

Antes que Luisa hubiese podido contestar, Violante tomó la palabra, con la arrogancia invasora tan común en las mujeres bonitas mimadas por los homenajes de los hombres, que se figuran que ellas no más deben ocupar la atención.

— Yo no oí su brindis, Marqués. Ahí me lo dirá usted uno de estos días. ¿Sabe la noticia que acabo de dar á sus hermanas?

— Nada me han dicho, siendo de usted debe ser buena.

— ¿Qué les parece á ustedes, señoritas? Yo siempre digo al Marques que él había nacido, por lo fino y galante, para vivir en una gran corte.

Don Jaime saludaba, encantado, y hacía sonar los sellos de su cadena de reloj, con más vigor que de costumbre.

— La noticia, á ver la noticia, me tiene usted lleno de ansiedad.

— Que me he tomado la confianza de traerle un convidado, y no tardará en llegar.

— ¡Un convidado! ¡qué buena es usted! Siendo amigo suyo, señora, será él bien venido.

— Como era para venir á casa de usted, no lo dudaba.

— ¿Y quién es? vamos á ver...

— Ahí lo tiene usted, contestó la viudita, radiante.

En ese momento se mostró en la puerta Hermógenes.

Venía vestido de gran parada, con su elegante uniforme de húsar. Semejaba á un dios del Olimpo, habría dicho Homero, en aquel tiempo en que los oropeles transformaban á los hombres en divinidades. Por lo menos tal le pareció á Trinidad, y no fué mucho menor la impresión que el apuesto Coronel produjo en los corazones femeniles. Todas las jóvenes sintieron el golpecito de la emoción que les causan los hombres hermosos, al verlo adelantarse á saludar al dueño de casa y hacer una rendida cortesía á prima Catita y prima Cleta. Éstas no pudieron menos que bajar los ojos con timidez, prima Cleta sobre todo, en presencia de tanto donaire y al oír la voz de Laramonte, que disparó á los dueños de casa un cumplimiento como una bala de veinticuatro, según dijo después.

— Vamos, se me figura estar en Madrid, en palacio, en una noche de gala. Bien me decía usted, Violante, que estas señoritas y este caballero, son en Santiago, los herederos de las grandes tradiciones de elegancia de nuestra corte.

Don Jaime se empinaba de orgullo, le parecía que estaba más alto y agitaba sus sellos frenéticamente.

— Nos honra usted mucho, Coronel. Y usted es buen juez, su opinión es muy lisonjera para nosotros, decía, procurando lucir ademanes cortesanos.

Prima Catita y prima Cleta trataban de tomar una actitud de dignidad y de amabilidad al mismo tiempo. La conversación siguió en ese pie por algunos instantes Las demás personas que estaban en la sala habían vuelto pronto á sus conversaciones y evitaban mirar hacia el grupo donde brillaba Laramonte, para no parecer *huasos*.

Felizmente para Trinidad y para el joven realista, la mesa de malilla en que se hallaba don Alejandro Malsira estaba en un rincón de la otra sala, desde donde no habría podido verlos. Doña Clarisa, que conversaba con otras mamás, no era un obstáculo para el intrépido Coronel. Éste saludó á Trinidad y á su hermano con desenvoltura. Trinidad, cubiertas las mejillas de rubor, turbada con aquella aparición inesperada, creía soñar; pero un sueño delicioso, sin las incoherencias de los sueños verdaderos, y sin ese desvanecerse de la dicha cuando va á alcanzarse, como acontece en ese mundo fantástico. Es cierto que la conversación era general y que nada podía decirle Hermógenes de lo que ella habría querido oír. Mas sea como fuere, lo

cierto es que lo veía cerca de ella y podía recibir otra vez como en la hacienda, mejor aún que en esa noche memorable, su mirada vencedora y ver la sonrisa de sus labios, esa sonrisa de caricia, bajo el sedoso y crespo bigote.

En el rincón, los jóvenes Carpesano decidieron hacerle *buen tercio* al Coronel. Lo hallaban muy sin ceremonia y buen muchacho, aunque godo. Ellos no eran ardientes en las cuestiones políticas que dividían aquella sociedad. Lo mejor era divertirse.

— Coronel, niñas, dijeron desde lejos, ya han conversado bastante, vengan á jugar juegos de prendas.

— Buena idea, vaya por los juegos de prendas, exclamó Laramonte, con su genial alegría y su poco miramiento por la etiqueta.

— ¿Vamos? preguntó Luisa á Trinidad.

— Vamos, contestó ésta, admirándose ella misma de su resolución.

— Y nosotros nos quedamos como personas serias, dijo Violante haciendo señas á Malsira y á don Jaime de sentarse á su lado.

Lucho Carpesano, como director del juego, hizo sentarse al Coronel entre Trinidad y Luisa. A la derecha de ésta prima Catita y prima Cleta. En un corto conciliábulo con sus hermanos, les había confiado á cada uno una comisión distinta.

— Tú, Beno, anda á ponerte con disimulo de modo que doña Clarisa no alcance á ver para acá, y tú, Pepe, á la llave de la puerta de la calle.

Y dió principio al juego, procurando hacer todo el ruido posible para que Laramonte y Trinidad pudiesen hablar. Un diálogo en voz baja, con frecuentes interrupciones, se entabló pronto entre ellos. El Coronel no perdió un momento en comenzar. Habló á la chica, que seguía creyendo tener un sueño encantado, de la inmensa felicidad que había tenido con la lectura de su carta, y le dijo que allí, dentro del guante, había traído una para ella con la esperanza de hallar una ocasión de dársela.

— Aquí es imposible, dijo Trinidad con voz apagada. Todos nos observan.

Se figuraba que así era, mientras que la animación que Lucho Carpesano había dado al juego, la rapidez con que hacía apurar una letra, no dejaba á los demás mucho tiempo para ocuparse de los otros. El Coronel seguía el juego

y la conversación sin confundirse. Ya que no podía darle la carta, dijo á Trinidad, le repetiría su contenido. Toda entera era un continuo juramento de amor. Ella se había adueñado de su corazón para siempre. El tiempo y la distancia que los había separado, le habían hecho ver que no podría vivir sin ella. De esa tremenda prueba se alegraba ahora, al encontrarla como antes, al ver que le había guardado su fe. No había obstáculo que lo arredraría, no habría dificultades que pudieran desalentarlo.

Lo singular de la situación y el riesgo que corrían á cada instante, de verse obligados á separarse, les hacía encontrar en aquella conversación un encanto extraño, medio fantástico. Era un capricho inaudito de la suerte el que los reunía así, de repente, y los dejaba aislarse y hablar en medio de tantas personas, cuando habían suspirado cerca de dos años, siquiera por volverse á ver. Estaban ahí, el uno al lado del otro, contándose, por decirlo así, los latidos del corazón, y cada latido era una promesa de amor, un himno siempre repetido, con mil novedades en esa repetición. Trinidad habló de la amenaza de su padre, que temía ser de un día á otro encerrada en el convento del Carmen Alto. Con franca sencillez, dijo que á ella tampoco nada sería bastante para arredrarla, que podrían hacerla sufrir pero nunca olvidar. « Desde que nos separamos, he vivido para usted únicamente, y si á veces ¡ oh !, muchas veces tal vez, he temido ser olvidada, jamás me ha venido la idea de que yo pudiese olvidar también. » Hasta el momento de esa separación, « el día más triste de su vida », dijo ella, había sido tímida y sumisa. No conocía otra autoridad que la de sus padres. Mas desde aquel día, una fuerza desconocida había nacido en ella. Sin sentir en nada disminuído su respeto ni su amor filiales, conocía que su ley no podía venirle de ellos, que no podía recibirla de otra persona que de él. Aunque sin experiencia, no dejaba de pensar que tal vez no debía decirlo así, tan francamente, sabía que hacía mal de confesarle que no tenía ya voluntad, que él podía ordenar y que ella obedecería.

— Ya ve usted, añadió fijando en el joven su dulce y poética mirada, que no me pertenezco, que usted es todo para mí.

Si se hubiesen encontrado solos, Laramonte, que tenía un desdén instintivo por esas demostraciones apasionadas, que después se han llamado romanticismo, se habría puesto

de muy buena fe de rodillas delante de la chica, que le pareció adorable. Hasta entonces, en su existencia accidentada de hombre buen mozo, el amor le había parecido una contienda de ataque y de defensa. Al principio de todas sus aventuras de corazón, la desconfianza instintiva de la mujer, mal encubierta con las severidades ó con la timidez del recato, habia enardecido su inclinación, hasta llevarlo á tomar sus deseos de triunfo por el impulso de la pasión. Si hubiera vivido en nuestros días, habría comparado el recato, ese manto protector de la virtud, con las redes que la marina moderna emplea para proteger las naves contra los torpedos. El, sin la noción de esos aparatos, lo comparaba á la concha de la tortuga. Pero lo que oia en aquel momento lo impresionaba seria y profundamente. Aquel lenguaje de íntima ingenuidad, sin el menor artificio, era una gran novedad que, realzada con la belleza notable de la chica, lo avasallaba. Los lindos ojos azules, esa alma tangible, que decian lo mismo que los labios murmuraban; la suave voz, turbada como la de un niño con susto; la inclinación apasionada de la frente; todo aquel conjunto de juventud, radiante de gracia, vibrante de emoción, ofreciéndole, con un acento de verdad profunda, que dispusiese de su suerte, que mandase para ser obedecido, le hizo sentir, por la primer vez de su vida, como si una onda de fuego, el fuego de la abnegación, le abrasase el alma. Esa debilidad transformó con imperio irresistible, en su corazón varonil y altivo, el amor que le inspiraba Trinidad, en una pasión tan grande, tan única y exclusiva, como la que ella le revelaba en su adorable abandono. Los espíritus más positivos no están exentos de ceder en ciertas ocasiones á la poesía del momento, á la embriaguez del aire ambiente. Á Laramonte se le figuró que la voz de la chica, descorriendo un velo ante sus ojos, le mostraba un mundo luminoso de exaltación, que ella sola hacía resplandecer, con la mágica virtud de su presencia.

Esa metamórfosis de su alma no había necesitado mucho tiempo para realizarse. El lenguaje universal del sentimiento hace improvisar palabras que equivalen á un discurso. Unas pocas bastan á veces para forjar el anillo que anuda para siempre el destino de dos corazones. Las circunstancias habían favorecido aquella conversación. Lucho Carpesano, por divertirse, por jugar una buena pasada á sus tíos don Alejandro y doña Clarisa, se había empeñado

en hacer buen tercio, como él decía, á su primita y al Coronel. Contando al día siguiente esta escena, decía á sus hermanos, en el lenguaje pintoresco de los hombres del pueblo:

— El Coronel no es nadita lerdo, y ella que tiene buena rienda, al tiro se pusieron á platicar.

Y así había sido. Pronto habían olvidado el resto del mundo, conservando, empero, las precauciones instintivas de reticencia y de disimulo, que son el pudor de los enamorados, en presencia de los profanos y de los curiosos. Mientras Lucho decía á prima Cleta que estaba en la berlina por *enterada*, por curiosa y por *picada de peste*, poniendo esto último de su cuenta, como alusión al lamentable fin del fantástico novio, siempre recordado por las dos hermanas, Hermógenes y Trinidad entraban como de la mano olvidados de todo, en ese mundo luminoso de exaltación, que, según el joven, ella sólo hacía resplandecer con la mágica virtud de su presencia.

Pero esos momentos, de suyo fugaces, tenían que ser breves en las circunstancias en que los amantes se encontraban. Por más que Beno Carpesano hubiese desempeñado perfectamente su misión de impedir á doña Clarisa la vista del locutorio, la noticia de la entrada del Coronel había circulado poco á poco en el salón de malilla, hasta resonar en los oídos de don Alejandro Malsira. Un violento despecho se había apoderado del adusto patriota. Encomendando su asiento á uno de los fumadores que seguía las peripecias de una *bola* de oros, había interpelado con vehemencia al dueño de la casa, que, justamente, al verlo ponerse de pie, se acercaba á él para preguntarle la impresión que le había causado su brindis.

— ¿Qué te pareció mi brindis? No dejaba de tener sus dificultades... había empezado á decir don Jaime; pero su cuñado no lo dejó continuar.

— ¡Cómo! ¿Qué me dicen? ¿Tú has convidado á tu casa al coronel Laramonte? ¡Eso era lo que faltaba!

Don Jaime trató de explicar. No era él quien había convidado. Sus hermanas habían encontrado á Violante de Alarcón al salir de misa...

— ¡Qué me importan á mí tus hermanas! Tú has hecho muy mal en dejar que esas dos viejas presuntuosas se pongan á convidar gente que no es de la famlia. ¡Y realistas ¡Dirán que yo me he puesto á hacer la corte á los realis-

tas! Pero yo voy á probarte que no podrán decirlo con razón, porque voy á marcharme inmediatamente con mi familia.

Don Jaime oyó esta amenaza aterrorizado. ¡Él, que un momento antes agradecía como un gran servicio á la de Alarcón que le hubiese traído al Coronel, pensando que así su crédito de buen realista iba á tomar grandes proporciones en palacio!

— ¡Hombre! ¡irte en estos momentos! Sería un escándalo que me pondría á mí y á toda la familia en una deplorable situación; dirán los del gobierno que todos somos insurgentes, que queremos hacer gala de inferir agravios á los españoles.

— ¡Y que lo digan! ¡qué me importa!

Don Jaime acudió á las súplicas. Felizmente para él, hablaban en voz baja, separados de los demás. Su tono fué tan persuasivo que al fin don Alejandro se calmó. Lo hecho no tenía remedio, pensó él, y no quería aparecer que huía del Coronel, como si su autoridad de padre no bastase para ponerlo á raya en todo caso. Luego pensó que la persecución de Laramonte iba pronto á tener un fin. Al día siguiente Trinidad sería encerrada en el Carmen Alto.

— Lo haré por ti, dijo á don Jaime, y porque el godo no se figure que su importacia es tal, que yo tiemblo de que se encuentre con mi hija.

— Por supuesto, tienes muchísima razón, exclamó don Jaime penetrado de agradecimiento, es preciso que ese godo no se imagine que tú tienes miedo de que tu hija se encuentre con él.

Con la versatilidad y la debilidad de su carácter, se puso al instante del lado de don Alejandro, jactándose de ser tan patriota como él. Sólo guardaba las apariencias con los sarracenos, decía, por la tranquilidad de toda la familia. Sin él, ¡qué sería de sus pobres hermanas y de Luisa! Él personalmente nada temía por supuesto; pero vendrían las contribuciones sobre todos y la familia entera quedaría arruinada.

— ¡Una tontería! ¿no te parece? Por ahora ellos están arriba, lo mejor es disimular y tener prudencia. ¿Qué ganaría nadie con que él, y con él toda la familia, se sacrificase? fué su reflexión final.

La voz de alarma llegó entre tanto al rincón de los juegos de prendas, apenas don Alejandro abandonó la mesa

de malilla. Beno trajo inmediatamente la noticia á Lucho y éste la comunicó en secreto á Trinidad. Luego, acercándose á Laramonte.

— Coronel, ¡moros en la costa! el patrón se nos viene encima, ¡cuidado!

Bruscamente interrumpió el juego, pretextando que ya estaba cansado. Laramonte advertido de que podía comprometer á Trinidad, abandonó su asiento. Cuando don Alejandro, en su conversación con don Jaime, se hubo acercado á la puerta de la sala principal, Hermógenes hablaba con Violante y otras personas que la rodeaban.

XV

Poco después Hermógenes se despedía del dueño de la casa y de prima Catita y prima Cleta,

— Llevo la más agradable impresión de los momentos que aquí he pasado, dijo á las dos hermanas, y de la exquisita finura con que ustedes representan la hospitalidad santiagueña.

La primera parte de la frase, dicha con intención, fué á resonar en los oídos de Trinidad. Las Rezitas y las demás la tomaron como una galanteria del Coronel, á todas con las que habia jugado los juegos de prendas. Con la segunda parte, prima Catita y prima Cleta, quedaron encadenadas al carro del espléndido militar realista.

Á la salida de Laramonte, un coro de alabanzas en su favor, resonó en cada uno de los grupos que poblaban la sala. Todos admiraban su donaire, su desenvoltura elegante, su natural señorío. De parecer unánime, se veía que era un hombre que había frecuentado la corte de los reyes.

— ¡Qué facilidad para expresarse!

— ¡Qué finura de modales!

— ¡Qué elegancia para saludar!

Don Jaime, tomando su sombrero, quiso imitar la entrada y la salida del Coronel. Los jóvenes Carpesano aplaudían é instaban á otros á seguir el mismo ejemplo. Con la mistela, el *gloriado* y otros estimulantes espirituosos que habían circulado con frecuencia, el buen humor, la risa fácil y ruidosa, habían contagiado hasta los más serios. Á instancias de Lucho y Beno Carpesano, se convino en hacer un juego de la imitación del saludo. Pepe, que había

salido un momento, volvió á la sala trayendo un segundo sombrero, para facilitar las imitaciones. La algazara era general, y á medida que se sucedian los grotescos saludos, las risas subían á un diapasón de trueno. Lucho y Beno, imitaron, caricaturándolo, á don Jaime, so pretexto de copiar las maneras cortesanas de Laramonte, y tuvieron un éxito fenomenal. Algunos de los jóvenes, envidiosos del éxito del Coronel, sobre todo entre las mujeres, aplaudian ruidosamente. Esto les dió á los Carpesano cierta autoridad para exigir que los mozos Cardenillo tomasen parte en el juego. Manuelito, el menos tímido de los dos hermanos, no pudo resistir y se preparó á funcionar. Pepe Carpesano le pasó el sombrero que habia traído, y el joven se adelantó hacia prima Catita y prima Cleta andando tímidamente con el sombrero en la mano. Siguiendo lo que los otros habian hecho, se inclinó como para despedirse y al volverse hacia la puerta de salida se caló el sombrero, del que cayó, cubriéndole el rostro y el cuerpo, un baño de harina, que voló como una nube en torno suyo. Manuelito no acertaba á sacarse el sombrero que le habia entrado hasta los orejas. Aquella sorpresa produjo una carcajada homérica en los espectadores de ambos sexos.

— Ese ha sido el pierna de Judas de Pepe, exclamaron prima Catita y prima Cleta, indignadas.

Pepe Carpesano habia desaparecido en ese momento. Aunque algunos decian que la broma era muy pesada, muchos la celebraban con risa mal contenida. Casi todos acabaron por confesar que la pegata era muy graciosa y bien improvisada. ¡Una buena diablura! decian.

Para evitar que el incidente diera lugar á discusiones, el dueño de casa anunció que habia llegado Venancio Zúñiga, « por otro nombre Guitarrita », añadió uno de los Carpesano. Zúñiga era el cantor de fama, á quien se llamaba á alegrar las tertulias de mucha confianza. Dividia su repertorio en tonadas y canciones. Las tonadas, de un movimiento algo rápido, eran la música familiar, pobrísima de invención, con algo que en lugar de melodia y de harmonía, puede llamarse con más propiedad, sonsonete. La canción tenia más altas pretensiones. Sobre versos sentimentales, no siempre respetuosos de la métrica, desarrollaba sus melodías trabajosas y amaneradas. Representaba la infancia de un arte que nunca alcanzó á la pubertad, en el que ni el sol resplandeciente de Cl ile, ni la majestad de

los Andes, ni el esplendor de una naturaleza risueña y desbordante de amor, han podido jamás encender el fuego sagrado de la inspiración.

Guitarrita fué colocado en medio de la sala, y empezó á pulsar el instrumento al que debía su sobrenombre, mientras que cada una de las chicas le pedía que cantase su tonada ó su canción favorita. Al fin, de común acuerdo, se convino en que cantaría, para principiar, el *Cisne*, una canción de contorsiones musicales disparatadas, que había mecido el sentimentalismo de varias generaciones. Guitarrita, con esa voz nasal, que ha sido siempre el distintivo de los cantores populares de nuestra tierra, cantó:

Cual solitario cisne que mirando
Próximo de morir el trance fuerte.

Todas las chicas tomaron un aire sentimental, idealizando el cisne, dándole la forma de algún guapo mozo de mirada lánguida, al propio tiempo que las mamás, al son de las pretenciosas melodías de la canción, veían renacer los tiempos en que les hacían la corte, los que eran ahora sus maridos, ú otros que no habían llegado á serlo.

Fué el momento que Luisa Bustos juzgó el más oportuno para abogar por Trinidad, como se lo había prometido. Guitarrita, como Orfeo, con el encanto de su música, había atraído á los jugadores de malilla, que, dejando las combinaciones del *abarrote* y de la *runfla*, llegaban de la otra sala con pasos menudos, casi en puntillas, para no hacer ruido. La pieza había quedado desierta. Las velas ardían sobre las mesas del juego, y los *puchos* de los innumerables cigarrillos fumados, amontonados en el borde de las palmatorias, ó esparcidos sobre la estera, daban á la estancia un aspecto peculiar de fiesta que se acaba. Luisa detuvo á don Alejandro Malsira que iba á salir, como los otros, al oir los acordes de la guitarra.

— Tengo que hablar con usted y aquí estaremos muy bien, le dijo familiarmente, haciéndolo sentarse al lado de ella. Se trata de Trinidad.

El caballero meneó la cabeza como si dijese: « harto me da que sufrir, ¿ que es lo que hay? »

— Vengo á pedir á usted toda su indulgencia, á nombre del cariño que siempre me ha manifestado. ¿ Es verdad que usted va á encerrarla en el Carmen Alto?

— Mañana mismo, así lo espero.

— Pues yo vengo á rogarle que no lo haga.

Don Alejandro hizo un ademán de sorpresa.

— Y cuento con su cariño para conseguirlo. Nunca he recordado á usted la promesa de protección y de afecto paternal que me hizo cuando murió mi pobre padre.

— Yo menos la he olvidado. Usted hallará en mí, ya que no las grandes prendas que lo adornaban, á lo menos su ternura y su solicitud por la felicidad de usted. Y si no he tenido hasta ahora ninguna ocasión de dar á usted pruebas de la sinceridad de mi promesa, no es por cierto que me haya faltado el deseo, sino la ocasión de hacerlo.

— Ahora se presenta esa ocasión. Concédame usted lo que le pido. No lleve á efecto su propósito de poner á Trinidad en el convento.

— Yo creo que cuando usted oiga mis razones, me hará la justicia de reconocer que no debo dejar sin cumplimiento ese propósito. Algunos me acusan de severo con mis hijos. Yo estoy, en conciencia, persuadido, de que esa severidad es mi deber. Deber duro, bien lo sé, y que me obliga á refrenar, á esconder en el fondo del pecho la inmensa ternura que tengo por ellos. Yo he crecido en medio de ideas á este respecto, que no puedo sacrificar ahora, porque las estimo justas y necesarias. El amor paternal no consiste en plegarnos al deseo ó á la voluntad de nuestros hijos, so pretexto, de no aumentarles por nuestra culpa, las amarguras de que está llena la existencia. La misión del padre es más elevada: consiste en hacer uso de su autoridad para no dejarlos desviarse del buen camino. En las actuales circunstancias, ese camino no puede ser el que nos lleve á unirnos con los enemigos de nuestra causa. A nuestra generación le ha tocado el austero deber de posponerlo todo á la independencia de la patria. Nuestros hijos recogerán el fruto de los sacrificios que ese deber nos imponga. Por mi parte, yo lo acepto con todas sus consecuencias, y me parece indispensable que para cumplirlo empiece por mi casa, esta patria en pequeño. Consentir en que Trinidad sea la esposa de un español, sería una triste prueba de mis convicciones de patriota. Aun cuando como padre amante admitiese su rebelión contra mi autoridad, mis severas obligaciones de ciudadano me lo prohibirían, porque en esta colonia, sin nacionalidad propia hasta ahora, la causa privada y la causa pública no pueden separarse. Y si no puedo ni debo tolerar el descarrio de mi

hija, yo cometería una falta imperdonable ante mi conciencia, en no hacer cuanto esté de mi parte para ponerla en la imposibilidad de perderse. Estas ideas, que ciertamente me ocupaban desde que cerré la puerta al oficial español, han llegado á ser para mí una condición vital, un mandato ineludible y sagrado, después del desastre de Rancagua y de la reconquista de los españoles. ¡ Abandonarlas hoy que nuestra causa está de luto, sería una traición y una cobardía !

Se había puesto de pie, fijando en Luisa la mirada vaga del hombre que sigue una idea en su cerebro y articula sonidos para darle una forma perceptible. Su tono había salido de la explicación familiar, y tomado, aunque sin declamación, el acento de las convicciones calorosas y profundas. La joven lo contemplaba con vivo interés. Una simpatía innata por todo sentimiento elevado, la hacía olvidar el objeto con que ahí se encontraba, por admirar el ardiente patriotismo del hombre que un momento antes, ella, en su pensamiento y con sus nociones de mujer, calificaba de tiránico.

Don Alejandro, que sólo se había callado un breve momento, se sentó otra vez al lado de Luisa.

— Dejarla al lado de su madre, prosiguió diciendo, le parecerá á usted que es lo mejor. Nosotros debemos bastar ¿ no es así ? para velar sobre ella y sustraerla á la persecución del español. Porque hay persecución, ¿ no es verdad ? ¡ Cómo ! ¿ Apenas llegado á Chile, él lleva su osadía hasta presentarse en nuestra familia que está retirada en el campo ? Y esta noche misma, usted lo ha visto, se hace el convidado sin serlo, abusando del carácter débil de mi cuñado. ¡ Y esa persecución es hecha en presencia mía ! ¿ No tengo derecho para suponer, que si yo faltase de aquí, el atrevimiento del señor Laramonte no conocería límites ?

— En todo caso ahí estaría Abel para proteger á Trinidad y á mi tía.

Don Alejandro, con un movimiento nervioso, tocó el brazo de la joven.

— Mire usted, Luisa, le dijo con voz sofocada, mostrándole á su hijo, que en la sala principal hablaba en ese momento con Violante, ; ¿ cree usted que me puedo confiar á él ? ¿ No ve usted que una fatalidad pesa sobre mí, y que Abel está en vía de seguir el ejemplo de su hermana ?

Luisa había seguido con la vista la mirada de don Alejandro. Allá, en el fondo de la bulliciosa sala, Violante y Abel animadamente conversaban. La viudita, alegre y coqueta, hacía brillar ante su adorador el fuego de artificio de su risa argentina, el esmalte relumbroso de sus dientes, la fulgurante fascinación de sus ojos. Retirando su silla de la de Abel, que al pronunciar algunas frases apasionadas se había acercado á ella, exclamaba:

— Más lejos, más lejos, ¡que corte luz!

Luisa no oía la frase, pero veía el movimiento y la mirada intensa de Abel, que se sonreía sin poder ocultar su turbación.

— ¡Oh! dijo Luisa contestando á don Alejandro, Abel es hijo demasiado respetuoso para dar que sentir á usted. Ella es tan bonita y coqueta que todos le hacen la corte; mas no crea usted que Abel pierda la cabeza.

Decíalo, pesando sus frases, apenas con un temblorcillo de voz imperceptible, sin apartar sus ojos altivos de la hermosa pareja, como esforzándose por buscar en ese cuadro, de coquetería por una parte, y de amor ingenuo y sin artificio de la otra, la confirmación de sus palabras.

En ese mismo momento, la voz relamida y nasal de Guitarrita principiaba después de las canciones, y á petición general, una tonada:

> Tengo el alma en mil pedazos
> Por tus desdenes partida,
> ¡Y nada podrá soldarlos
> Sino tu amor, *vida mida!*

Lucho, Beno y Pepe, con voz formidable, imitaban los gorjeos del cantor.

> ¡Sino tu amor, *vida midaaaaa!*

— Échale *gorgoritos*, Guitarrita, gritaban después, mientras Zúñiga punteaba sobre su instrumento, alzando al techo los ojos, como inspirado.

Con los trinados de Guitarrita, con el coro y las exclamaciones de los mozos Carpesano, llegaba á los oídos de Luisa la voz de don Alejandro, que proseguía:

— Ya varias personas han venido á contarme las asiduas visitas de Abel á esa mujercita — empleaba esta voz con cierto tono de desprecio — y eso me ha confirmado en

mi resolución tocante á Trinidad. Abel no me ofrece las garantías que yo necesito para el caso de faltarle yo á mi familia, y esto puede ocurrir de un dia á otro. La conciliación con que se ha querido atraernos al régimen monárquico, no es sino un ardid para preparar las persecuciones. Me cuentan que entre los realistas sólo se habla de represalias y de venganzas. El bando de Pizana es una prueba de que algo se prepara contra nosotros. Se vocea la conciliación y el olvido, al mismo tiempo que se nos coarta la libertad y se nos obliga á vivir en Santiago semi-prisioneros.

Luisa tenía la apariencia de las personas que no prestan una atención exclusiva y sostenida á lo que se les está diciendo. Su mirada se perdía lejos, en el fondo de la sala vecina. Hubiérase dicho que se irritaba de ver que Abel Malsira desmintiese con su obstinado hablar á la viudita, las palabras con que ella acababa de defenderlo delante de su padre. También era visible que le incomodaba la voz nasal y la pronunciación empalagosa de Guitarrita, que cantaba la segunda estrofa de su canción:

Y si á vivir sin tu amor
Tu gran desdén me condena,
Mi alma, por más que yo viva,
Será siempre un alma en pena.

— Siempre será una alma en pena... a...a... a, gorgorea Guitarrita, no tengas miedo, gritaban cantando los tres Carpesano.

Lucho, que había tenido serias, aunque desgraciadas pretensiones cerca de Luisa, repetía con el cantor, lanzando una mirada lánguida hacia la joven :

Mi alma, por más que yo viva,
Será siempre un alma en pena.

Por su parte, Beno y Pepe cantaban también sin pronunciar muy claro, poniéndose la mano sobre el corazón y mirando con aire sentimental á prima Catita y prima Cleta :

Desde que le dió la peste,
Yo me he vuelto un alma en pena.a.a.a.

—¡Canten no más, caballos del Apocalipsis! gruñían irritadas las dos hermanas.

Don Alejandro se había callado. La algazara de la otra sala no dejaba llegar su voz hasta los oídos de Luisa, aunque se encontraban tan próximos el uno del otro. Ella volvió entonces la espalda á la sala del canto con un movimiento de resolución, levantó la frente cual si desechara un pensamiento importuno y fijó en el caballero una mirada tranquila de persona que quiere atender, exclusivamente atender lo que dicen.

—¡Dios mío! ¡qué bulla tan insoportable! exclamó medio sonriéndose, no me dejan oir lo que usted me habla.

Don Alejandro perseguía su idea. Para él no cantaba Gritarrita ni parodiaban el canto los Carpesano. Su pensamiento lo había aislado de todos, menos de Luisa.

— Usted sabe que en los últimos tiempos, desilusionado con las rivalidades que dividían á los jefes patriotas, yo me había retirado á la hacienda, y que sólo el desembarque de los españoles en Talcahuano me hizo volver á tomar parte activa en los negocios políticos. Mientras la lucha era interna, querella doméstica por decirlo así, entre los que se disputaban el poder, mi propósito de abstención era inquebrantable. Usted recordará que mis relaciones con Manuel Rodríguez eran ya menos frecuentes y cordiales, porque yo me negaba á abanderizarme en ninguno de los partidos rivales. Había resuelto consagrarme á mis intereses y á mi familia y esperar que renaciera la concordia entre los que se disputaban el mando. Pero tratándose de los opresores y explotadores de Chile, amenazada de nuevo la independencia de la patria, el aislamiento y la prescindencia son un crimen. Mi conciencia me impone el deber de luchar contra los invasores y preparar el terreno en lo que pueda, para combatir juntamente con los que vengan del otro lado de los Andes y arrojar del país á los reconquistadores. ¿Me reprueba usted esta determinación?

— No, ciertamente; usted conoce mis ideas, contestó la joven, alzando la frente con cierta majestad sencilla.

Parecía, como su interlocutor, haber olvidado lo que pasaba en la otra sala. Las circunstancias, que forman los caracteres, desarrollando cualidades morales que en otra ocasión habrían permanecido inactivas é ignoradas, habían encendido la imaginación de muchas mujeres chile-

nas, infundiéndoles, como un contagio moral, la viril exaltación de los que luchaban por la independencia. Luisa Bustos era de ese número. Á pesar de su juventud, don Alejandro la había visto abrazar con ardor la causa de la patria, y aun llegaba á figurarse que ese culto había reemplazado en ella la incesante preocupación de la mujer, por todo lo que toca más directamente al corazón. Por ese motivo le hablaba sin reserva, como habría hablado á un amigo. Sabía que en el alma de la joven la fibra patriótica vibraría al par de la suya, y confiaba en esa comunidad de ideas, para convertir á Luisa á su favor, en el punto que discutían.

Mientras tanto, en la sala, habían pasado de las canciones á la zamacueca. Una de las señoras de la familia se había unido á Guitarrita para cantarla. Lucho iba á tamborear y Beno bailaría. Pepe tenía por misión de apoderarse de la llave de la puerta de calle, para impedir que nadie pudiera irse y de deslizársela en el bolsillo de la levita de don José María Reza, que era siempre en las reuniones de familia, el primero que hablaba de irse á acostar.

Había llegado el momento de las negativas. Guitarrita tocaba los acordes introductores del baile popular, Beno se esforzaba por encontrar una compañera de *cueca*. Todas las chicas tenían vergüenza, como era de estilo en tales ocasiones. Una contestaba no haber bailado nunca.

— ¡Cómo! ¡cuando la ví bailar el año pasado!

— Sí, pero eso fué por jugar; saque á otra, si yo no sé.

Una segunda alegaba que le dolía mucho un pie. Otra indicaba que sacasen á la fulanita, « que baila tan bien ». Por fin, alguna daba el ejemplo, dejándose sacar casi á tirones, de su asiento.

Beno Carpesano se hallaba ya frente á su compañera, en medio de la sala, ambos pañuelo en mano, aguardando las señal de partida, las primeras notas del canto. La señora llevando el alto y Guitarrita el bajo, cantaron :

Es tanto lo que padezco
Suspirando por tu amor,
Que aunque no visto sotana
Soy mártir y confesor.

Beno y la chica se lanzaron, borneando al aire el pañuelo, en las vueltas cadenciosas de la zamacueca. Él acer-

cándose, como si tuviese un secreto que decirle, ella reculando ó volviéndole la espalda, todo al compás de la música y con ese paso que cada cual hace *ad-libitum* según su inspiración y sus facultades musculares; pero con gran seriedad en el rostro y compostura en los movimientos, como ha de ser la zamacueca de sociedad. Lucho Carpesano tamboreaba sobre la guitarra, ora con la punta de los dedos, ora con las coyunturas, y animaba á los bailarines con voces de jaleo, que no siempre correspondian por su decencia, al rigorismo de los oyentes y que hacían mirarse ruborizadas á prima Catita y prima Cleta.

Al tiempo del cambio de tono, que marca el momento de la gran vuelta, se oyeron resonar grandes voces en el patio.

— ¡Yo quiero entrar! ¡déjame entrar! exclamaba una voz de hombre, mientras que algo parecido á una lucha se oia, en los intervalos de silencio que dejaba la repetición de aquellas palabras por la misma persona.

— Sigan no más, sigan bailando, dijo don Jaime con el rostro demudado, saliendo al patio.

Continuó la danza; pero la mayor parte de los concurrentes trataba más bien de oir lo que pasaba en el patio, que de admirar la zandunga con que Beno Carpesano, alentado por las vociferaciones y los tamboreos de Lucho, empezaba á sacar los pies del plato, según observaba don José Maria Reza.

En el patio, Juanito Argomedo, *entre dos luces* como siempre, y sin poder conservar muy bien el equilibrio, luchaba por desasirse de las manos de un sirviente que el dueño de casa, temiendo una intempestiva irrupción de aquel hijo del pecado, habia puesto de guardia á la puerta de entrada. Juan había aparecido momentos antes que Pepe Carpesano hubiese podido apoderarse de la llave de aquella puerta.

— ¡Suéltame, hombre! gritaba el borracho, haciendo vanos esfuerzos por desprenderse del criado.

Pepe, que encontraba que habría sido muy divertido hacer entrar á Juanito á la sala, argumentaba para que el criado lo soltase. En ese momento llegó don Jaime y trató de parlamentar. Juan Argomedo, á la primera intimación de retirarse, le había contestado:

— Si me quieren llevar por mal, no le hago caso tampoco. ¡Por qué no me he de divertir yo también, pues! Yo sé

que han de estar tomando ponche y mistela y no me dan nada. Hasta aquí llega el olorcito.

Esa idea de los espirituosos licores, que suponía hubiese en el interior de la casa, le daba una tenacidad de perro hambriento, que aunque se le pegue, vuelve al hueso.

En vano argumentaba don Jaime y le prometía que al día siguiente le daría plata y todo cuanto quisiese. Juanito no abandonaba su estribillo:

— Yo quiero entrar, yo quiero entrar.

Pepe se encargó de zanjar la dificultad, trayendo una botella de aguardiente anisado y un vaso, con lo que Juanito se apaciguó al instante.

— Llévatelo al cuarto, dijo don Jaime al criado, que lo arrastró al zaguán sin esfuerzo. Juanito, como hipnotizado, seguía tras la botella. Pepe cerró entonces la gran puerta y guardó la llave, mientras que don Jaime, seguro ya de que Juanito no volvería á dar señales de vida, regresaba á la sala donde se bailaba la segunda zamacueca.

Durante la escena del patio, los corrillos de la sala cuchicheaban. Todos habían adivinado la causa del ruido, y como buenos y caritativos parientes, se comunicaban sus impresiones. Don Jaime había sido demasiado débil con ese guacho cuando estaba chico. Había cometido la *lesura* de criarlo como caballero, mientras que el guacho era el mismo maldito.

— Jugador, bebedor y enamorado. Tiene todas las de la ley, hijita, decía doña Panchita, la mujer de don José María Reza, á la señora que tenía al lado.

Ellas y las otras matronas hablaban en voz baja, para que no oyesen las hijas, que por su parte, sabían muy bien á qué atenerse sobre el origen de Juan Argomedo y sobre sus deplorables calaveradas.

Don José María Reza no había ocultado su indignación. Inclinándose hacia don Manuel Cardenillo, que tenía al lado en ese momento, y tomando un aire de juez del crimen que da una lección de moral al delincuente:

— Cuando se tienen guachos, amigo, le decía, se les manda á trabajar lejos, ¿no ve? y si son viciosos como el de don Jaime, se les mete á la cárcel. ¡Para qué andarse con debilidades! ¡A mí me había de pasar eso! ¡Y no esté creyendo que no se lo digo á Jaime! Le canto la verdad bien clarito, ¿no ve? ¡Ah, yo no me ando con tapujos!

El pacífico empleado, á quien siempre le tomaba de sor-

presa la vehemencia con que don José María expresaba sus opiniones, creyó que debia contestar, para calmarlo, alguna frase conciliadora, que hizo preceder de un suspiro filosófico esta vez:

— ¡Qué quiere usted, mi señor don Pepe; guachos ó legítimos, los hijos hombres siempre dan que hacer!

Y terminó su aforismo con otro suspiro de resignación, mirando al cielo. Pero don José María, en vez de calmarse se figuró que Cardenillo, que él acusaba de hipócrita por sus suspiros, había querido burlarse de él, haciendo alusión á que sólo tenía hijas mujeres.

— ¡Ah, le parece! ¿no? ¿Usted cree que yo no sé lo que digo porque no tengo hijos hombres? Pues sépase, amigo, que se equivoca. Aquí donde usted me ve, antes de casarme, tuve dos hijos naturales; para qué le digo más. ¡Mire si sabré cuando hablo!

Don Manuel se confundió en satisfacciones, asegurando que no había pensado en tal cosa, y manifestando con otro suspiro la pureza de sus intenciones.

Mientras hablaba así, Pepe había maniobrado mañosamente hasta deslizar con suavidad en el bolsillo de don José María la llave de la puerta de calle.

— Así no más es; usted tiene razón, tio; le dijo por hablar algo y justificar así su permanencia cerca de ellos.

— ¡Quien te mete hablar á ti, mocoso! le contestó don José María; los muchachos no deben dar su opinión donde no se la piden.

En la otra sala, don Alejandro habia continuado tratando de persuadir á Luisa.

Siendo tal su propósito, ¿era posible, preguntaba, dejar á Trinidad al lado de su madre mientras que su libertad de el estaría quién sabe por cuánto tiempo amenazada? Los temores que le daría la idea de verlas abandonadas á sí mismas la madre y la hija, bastarían para quitarle la entereza y la tranquilidad de que habría menester en la hora de la prueba. ¡Ah, si su hija renunciase á su funesta pasión, si le jurase que renunciaba á ella para obedecerle! Él podría así consagrarse á la misión que se había impuesto. Pero de esa obediencia, ¿qué prenda podría darle Trinidad? ¿Cómo podría él tener fe en su juramento, cuando había visto resistir su amor al tiempo y á la ausencia?

— Si usted obtiene de Trinidad la promesa que yo necesito y encuentra algún medio de ofrecerme garantías de que

tal promesa no será burlada, yo no insistiria en mi propósito. De otro modo, ya lo ve usted, es imposible.

Cuando don Alejandro pronunciaba esta ultima frase fué cuando resonaron en el patio las voces de Juanito, que queria entrar á la sala. Luisa fué arrancada violentamente de la atención que prestaba al caballero y miró hacia la sala, donde un pronunciado movimiento de curiosidad habia suspendido la zamacueca. Don Alejandro se puso de pie. No tenía nada más que decir. La joven, respondiendo á su mirada interrogativa, le contestó con prisa, cual si quisiese poner fin á la conversación.

— Yo hablaré con ella. Francamente, yo le encuentro razón á usted. ¡Pobre Trinidad! Usted sabe lo que la quiero. En fin, veremos lo que me dice.

El acento era nervioso. Sus frases cortas, casi como exclamaciones, se habian sucedido agolpándose las unas sobre las otras, y al pronunciarlas no miraba á su interlocutor. Miraba á la otra puerta de la sala que daba al patio, miraba con ojos inquietos, perdida su serenidad habitual, cambiado su aire altivo de diosa pagana, en uno de impaciencia y temor que le contraía las cejas. Una palidez repentina hacia pronunciarse la poca regularidad de sus facciones. Pero aquello duró solamente un momento. Al ver entrar á don Jaime á la sala, cuando volvia del patio, la nubecilla se disipó rápidamente. El mismo don Alejandro, que estaba al lado de ella, no alcanzó á notar lo que habia pasado. Luisa entró á la sala principal con su semblante de indiferencia reflexiva, como si no se diera cuenta de la gracia armoniosa de su persona, desdeñosa de parecer bien, descuidada de su atractivo de mujer interesante más cautivador que el de la mujer bonita.

La zamacueca continuaba. Los tres Carpesano clamaban por «otro y otra», apenas una pareja concluia sus borneos de pañuelo. Hacia buen rato ya que Violante de Alarcon habia despedido á Abel Malsira de su lado. Por más que la pasión le aguzase el ingenio, el joven no habia podido hacer la clasica declaración. Risueña y coqueta, la viudita se le escurria, le sacaba lances como los muchachos, cuando juegan a «la barra». Usaba de su abanico como los toreadores de la muleta. Oia con poca atencion, acomodándose las mangas del corpiño, dando golpecitos á los pliegues de la falda, para hacer lucir la pequeñez y la blancura de las manos. Tenia los ademanes de la mujer que parece dar

más importancia á su traje y á su belleza que á las amarteladas frases que provoca; que dice con sus monerías, sus reticencias, sus miradas maliciosas: «sí, ya estoy; usted quiere decirme su secretito, espetarme su declaración, en vez de admirarme en silencio, en vez de estarse ahí quedo, como un perrito que espera que le den un bizcocho». Abel, inexperto, caía en el lazo; sentimental, poetizaba todas esas tretas femeniles. Al mismo tiempo tenía que observarse. La mal disimulada atención de los parientes, las vueltas que en derredor de la viudita daban los demás hombres, atraídos por el brillar de sus ojos, por ese aspecto tentador de fruta vedada, que ejerce una fascinación magnética en los hombres maduros, lo ponía en el estado de molestia que hace cometer imprudencias. Vió muy bien cuando su padre y Luisa, desde la otra sala, lo miraron. Le quedó sobre todo el recuerdo de la mirada de la chica. Una mirada profunda y enigmática. «¿Es curiosidad ó interés? se preguntó. ¿Será acaso cierto lo que me dijo Manuel Rodríguez?» Pero la viudita, con alguna banderilla en forma de chiste, no lo dejaba pensar. Ó con cierta afectación de seriedad, evitaba contestarle á toda tentativa de cortejo, hablándole de cosas serias ó haciendo observaciones sobre lo que pasaba en la sala. En su cabecita bien peinada, bajo su exterior de frivolidad, germinaba el pensamiento ambicioso, el cálculo frio de la conveniencia. No bastaba un amor como fogata de sarmientos que se inflama con rapidez y se consume del mismo modo. Abel era un buen partido, hijo de uno de los magnates más acaudalados de Santiago. Era menester irse con tiento, emplear el sistema de las dosis graduales, infiltrarle la calenturita de amor, hasta que todo su ser estuviese saturado de ella, hasta apoderarse de su voluntad, al punto de que ella con sus manecitas delicadas, pudiese dirigir esa fuerza según el impulso de su ambición, para vencer las resistencias, fáciles de preverse, del adusto patriota, autor de los días de su adorador.

— ¿Sabe usted? Yo creo que hemos hablado bastante, dijo al joven, sonriéndole, acariciándolo con la vista. No me comprometa usted por más tiempo; bueno será dejar algo para otro día.

— ¡Pero si apenas he hablado con usted! protestó Abel.

— Ya, apenas me ha hablado usted; pero hace mucho rato que lo tengo al lado, lo que es casi peor para las malas lenguas: dirán que usted ha estado en contemplación.

— La contemplación no puede comprometer á usted. Se puede contemplar á una persona sin su consentimiento.

— No, no; los aires estáticos no pueden usarse sino con las santas, y yo soy una pobre pecadora.

Abel quiso replicar, pero no podía hacerlo en el tono alegre y burlón de la viudita. Su sentimiento era demasiado serio para entrar con ella en una lucha de agudezas y de chistes. Al mismo tiempo sentía que colocada la conversación en ese tono, si él hablaba seriamente de amor, sus frases iban á resonar huecas y ridículas, como sonaría un sermón en una sala de fiesta. La ley de la homogeneidad, tan esencial en las cosas del alma, se imponía instintivamente á su espíritu y le impedía cometer tal desacierto. Pero tuvo bastante viveza de imaginación para no darse por derrotado.

— Á lo menos, déjeme usted llevar siquiera una esperanza.

— Lleve usted las que quiera; nada hay para todos en mayor abundancia.

— Hablo de una esperanza positiva: la de ver á usted mañana en su casa y poder hablarle, no como aquí, en medio de tantas personas.

— ¡Una cita, entonces!

— No; tan sólo una visita.

— Venga usted, venga usted; yo estoy siempre visible á las tres.

En su sonrisa afectaba cierta turbación, la suficiente para hacer dar un vuelco al corazón del joven, que se retiró emocionado.

Algunos empezaban ya á querer retirarse. Don José María Reza declaraba que él tenía que ir á la chacra temprano y urgía á su familia para que se despidiese. Otros lo imitaban y se ponían en busca de sus sombreros y de sus capas. Los jóvenes y las chicas pedían prórroga. Los Carpesano organizaban una cueca y confiaban á muchos, en secreto, que don Jaime esperaba que se fueran algunos para comer, con los que quedasen, un pavito asado y un guachalomo salpreso. Esta confidencia calmaba en general el deseo de retirarse. En medio del movimiento, Abel se había acercado á Luisa Bustos.

— Mucho habló usted con mi padre, ¿estaban conspirando?

— Justamente, y contra usted.

— ¡ Cómo ! ¿ usted ? ¡ Yo la creía mi amiga !

— Y usted no se engaña, puesto que estuve defendiéndolo.

— ¡ Ah ! ¿ cómo así ?

— Su padre teme que usted enpieze á seguir el camino de Trinidad.

— ¿ Por qué hablaba con la señora de Alarcón ?

— Por eso.

— Y usted, ¿ qué piensa ?

— ¿ Yo ? Nada. No me he fijado ; pero á pesar de eso lo defendí.

Abel no encontraba la profunda mirada que le había quedado impresa en la memoria. La joven le hacía esta confidencia con perfecta naturalidad. Sus ojos no decían nada, su actitud, de afectuosa indiferencia, de mujer inaccesible al amor, lo desconcertaba. Aquella chica era para él otro enigma. No hablaba con ella como con las otras mujeres. Le parecía que encontraba una sorda resistencia á toda expansión amistosa, como esos obstáculos invisibles que nos impiden, en sueño, la realización de un deseo. Una reserva que lo irritaba, sin poder explicárselo ; pero que picaba su curiosidad y lo entristecía. Al mismo tiempo una atracción inexplicable lo detenía á su lado, le hacía experimentar una sensación de sosiego y de paz, en la atmósfera que ella respiraba. Aunque profundamente enamorado de Violante, se imaginaba que el amor de la chica que tenía á su lado podría ser para él la mayor felicidad de su vida. Pensando en los vaivenes de esperanza y de desconsuelo con que las coqueterías de la viudita lo sacudían, se comparaba junto á Luisa, al contemplar su frente altiva y serena, al encontrar su mirada segura y franca, inalterable y límpida como la luz del espejo, al que en una ensenada sin olas y sin viento, va á poner el pie en un barco que ha de conducirlo, por una imperiosa fatalidad, sobre las encrespadas olas que se divisan no lejos de la orilla, á una región de tempestades y zozobras.

— ¡ Si ella quisiese, se decía con tristeza, podría salvarme !

Salvarlo, es decir, darle la fuerza de detenerse en la pendiente ; darle la energía que le faltaba para resistir á la pasión que lo invadía ; sacarlo de esa atmósfera de fiebre en la que sentía flaquear su voluntad, como cede y se arranca de raíz, la rama de que quiere asirse el hombre

arrastrado por una corriente impetuosa. Aunque había dejado transcurrir un momento sin decir nada, engolfado en estos pensamientos, replicó como si Luisa acabase de hablar.

— Aunque la respuesta es dura, le doy las gracias.

La chica lo miró sorprendida.

— ¿ Dura ? ¿ y por qué !

— ¡ Revela tanta indiferencia de su parte !

— Diga usted más bien, discreción.

— Así será. Yo al oirle decir que no se había fijado, tomé su respuesta por una indiferencia que me sería penosa.

— ¡ Qué injusticia ! Usted me obliga á repetirle que he sido su defensora. ¿ Qué mejor prueba de buena amistad puedo darle ?

Decía esto con una convicción tranquila, pero sin la fuerza de acento que se emplea para convencer, con la voz familiar con que se habla del tiempo, y esa voz hacía contraste con el tono casi sentimental con que Abel había hablado. El deseo de ir más adelante, de vencer « esa resistencia á toda expansión amistosa que lo irritaba », hizo replicar al joven.

— Entonces, si usted me defiende, es porque no me reprueba.

Luisa no contestó. Su mirada se había perdido en el espacio, como si no hubiese oido.

— ¿ Usted sabe ? Quien calla otorga, dijo sonriéndose Malsira.

— Yo no lo juzgo á usted, ni tendría por qué hacerlo. No dé usted tampoco á mis palabras un alcance que no tienen. La defensa que hice de usted, tenía por *único* objeto calmar la inquietud de su padre, muy afectado ya con lo de Trinidad.

Abel conoció que la chica se asilaba en una reserva estudiada, donde no podían llegar ni galanteos ni confidencias. Pero lo hacía sin afectación, sin dar la menor importancia al asunto, sin querer discutirlo, envuelta en su manto de suprema indiferencia, de frialdad inconmovible. La ensenada sin olas y sin viento, parecía arrojarlo de su orilla, empujar su barco á la región de las olas encrespadas y no lejanas. Un vago temor de las tempestades posibles, de la influencia absorbente que irradiaban, aun en recuerdo, los ojos de la viudita, lo hacía buscar el plácido refugio, cuando todavía era tiempo.

— Sea como fuese, y aunque usted lo haya hecho, como dice « con el único objeto » de calmar la inquietud de mi padre, yo se lo agradezco muy de veras Luisa, bien que sintiendo que lo que me concierne le sea á usted tan indiferente.

— ¿Por qué insiste usted con eso? ¡ yo no he dicho tal cosa!

— Casi lo ha dicho y yo no tengo derecho, bien lo sé, de hacerle por ello un reproche, apenas el de hacer la observación con sentimiento.

Ella parecía mortificada. La voz de Abel, voz armoniosa de hombre sentimental, que vive mucho de las cosas del corazón, parecía impresionarla penosamente. Se quedó en silencio. Volvió su mirada á perderse en el espacio, pensativa, buscando lejos, fuera de donde se hallaban, algo de invisible para los demás.

El joven prosiguió.

— Y ese sentimiento no es de ahora, viene de antes. Por circunstancias que nada tienen de extraño, nos hemos visto con poca frecuencia, á pesar de nuestro estrecho parentesco. Desde que concluí la vida de colegio, he pasado la mayor parte del tiempo en una ú otra de las haciendas de mi padre, viniendo poco á Santiago. Esto ha sido causa de que mientras usted ha vivido en la intimidad con mi hermana, yo, casi he pasado á ser un extraño para usted y he perdido así el derecho de tratarla con la familiaridad con que la trataba en su niñez, ¿se acuerda usted? con la superioridad protectora que me daban los años que le llevo. Después, cuando he querido recobrar ese derecho de parentesco, es cuando he notado, lo que me causa un pesar verdadero, la indiferencia con que usted se ha sustraído á mi amistad, el cuidado, irreprochable sí, pero manifiesto, con que usted ha sabido evitar toda insinuación mía á otra clase de sentimiento, que hubiera podido inspirarme.

Mientras él hablaba, la chica no había cambiado de actitud. La voz de Abel continuaba causándole una penosa impresión. Por momentos su vista volvía de su contemplación lejana, y miraba hacia el cielo, buscando conformidad, pidiéndole fuerza para callarse. « ¿Por qué insistía él en hablar de eso? ¡Qué mortificación! ¿Por qué no adivinaba que ella no quería hablar, que ella tenía su secreto, su línea de conducta perfectamente trazada? Por qué venir

á insinuarle algo sobre « otro sentimiento », como si pudiera jugarse con tales cosas, él, que no podía disimular su amor por Violante, á ella, que nada pedía, que nada había tratado de inspirarle? » Pensando así, su fisonomía había perdido su calma habitual. Una turbación penosa la ponía impaciente, casi agitada. Con voz que la emoción hacía temblar ligeramente quiso justificarse. Él se había forjado la idea de esa supuesta indiferencia. Era así con todos. Nadie podría decir que ella lo hubiese tratado con distinción especial.

— Y en cuanto á esos « otros sentimientos » á que usted hace alusión, dijo con la mirada vaga de antes, buscando lo invisible, volviendo á su serenidad de estatua, nunca he tenido ocasión de percibirme de ellos, tal vez porque nunca, tampoco, he tenido ni deseo ni intención de inspirarlos.

Se quedaron ambos silenciosos, visiblemente contristado Abel, impenetrable y majestuosa ella, con su aire de divinidad pagana, bella, más que por la belleza ordinaria, por la armoniosa proporción de su cuerpo, por ese espléndido conjunto de líneas que se completan y parecen un himno triunfal á la fascinación de la materia, hecha mujer.

— Buenas noches, prima.

— Buenas noches, primo.

Sintieron uno y otro al separarse, como si diesen vuelta la espalda á la felicidad, como si pudiendo unirse en la dicha, huyesen de ella, por una fuerza misteriosa que los hacía tomar caminos diversos, alejando más bien sus corazones que sus personas, separándolos sin poderse llamar, renunciando á comprenderse y á explicarse: ella, porque tenía su secreto y nunca habría consentido en hablar; él, porque desistía de toda veleidad de buscar en ese amor un refugio de paz á la agitación de su alma. Ambos, al estrecharse la mano, formularon su pensamiento interiormente.

— Nada hay que esperar de ella, debe estar enamorada de alguien, pensó Abel.

— ¡ Lo que son los hombres ! pensó Luisa.

Su inexperiencia no le permitía sospechar el complejo problema del hombre enamorado, que busca un salvamento en otro amor. Juzgaba al joven con la estrecha medida de la filosofía casera, con la lógica que deriva su fuerza de las generalidades é ignora los casos complicados, de que las almas sentimentales dan numerosos ejemplos.

Mientras hablaban, las zamacuecas se habían sucedido

de nuevo. Pero, á poco rato los que se habían quedado con la expectativa del pavito asado y del guachalomo salpreso, anunciado en secreto por los Carpesano, empezaban á murmurar. Nadie se atrevía, sin embargo, á dar la señal de la partida, hasta que don José María Reza, reuniendo su prole, dió las buenas noches y salió con ella de la sala, declarando entre dientes que él no entendía de contemplaciones. Otros lo siguieron. Mas, un instante después todos aparecieron de nuevo y corrió la voz entre los grupos de convidados, que la puerta de la calle estaba cerrada.

Todos pedían á don Jaime que la hiciese abrir, y el dueño de la casa, que se desesperaba de no poder complacerlos, daba satisfacciones y disculpas, y ponía en movimiento á toda la servidumbre, para buscar la malhadada llave,

Don José María Reza empezaba á dar señales de exasperación, sobre todo al oír la voz de Guitarrita, que instado por la parte juvenil de la concurrencia, había vuelto á su repertorio, y cantaba con su voz nasal :

Mi alma, por más que yo viva
Será siempre una alma en pena

— Bien se la podía llevar el diablo su alma en pena, decía don José María exasperado.

Algunos habían improvisado lo que llamaban una colación, con las restos de los fiambres de la comida, mientras que los más alegres hacían circular bandejas con mistela, ponche y *gloriado*. Por lo bajo, los Carpesano habían dicho á algunos, que el ocultador de la llave era don José María Reza, y como la voz corrió con rapidez, aun los más serios de la concurrencia le pedían que no prolongase la broma por más tiempo.

— Á don Jaime se le ha perdido la llave, gritaba Lucho Carpesano.

— ¿Pues quién la tiene? preguntaba Beno, como en el juego del *gran Bonetón*.

— Don José María la tiene, contestaba Pepe.

El pobre Reza, agitado con tan general reclamación que parecía convenida, se paseaba rápidamente en una extremidad de la sala, lanzando á cada cual sus respuestas aceradas. Pero algo lo impacientaba además de eso, algo que, á medida que se movía, le daba golpes por atrás, que no podía explicarse. Fastidiado con la repetición de ese fenó-

meno, se detuvo de repente y echó mano al bolsillo de la levita, del lado de donde el golpe venía. Una expresión de sorpresa y de cólera se pintó entonces en su rostro, al mismo tiempo que del bolsillo sacaba la llave de la puerta de calle. La concurrencia saludó este incidente con una risa general.

— ¿No ve, pues? y decía que no tenía la llave, exclamaron aquellos á quienes don José María había hecho callar con sus más acres contestaciones.

Él, con la llave en la mano, fulminó su acusación contra alguno de los hijos de don Francisco. Lucho, Beno y Pepe le preguntaban si él los había visto cometiendo el crimen, y protestaban de su inocencia. Para cortar la discusión, casi todos intervinieron, diciendo que la cosa debía echarse á la broma en noche de *gaudeamus*, y declarando además que la pegata había sido jugada en regla.

— Estos muchachos son el mismo demonio, decía don Francisco Carpesano á su mujer, celebrando más tarde las chistosas ocurrencias de sus hijos. Igualito era yo á la edad de ellos.

De aquí infería el aristocrático tendero, que el talento y el ingenio, como todo lo demás, son hereditarios.

Su conversación con Abel no había dado tiempo á Luisa Bustos de instruír á Trinidad del mal éxito que había tenido cerca de don Alejandro.

— Nada he podido conseguir, le dijo al despedirse, mañana, después de misa iré á verte y hablaremos.

Pero esta noticia, que en otras circunstancias habría causado una violenta desesperación á la triste enamorada, no produjo en ella sino el efecto atenuado del anuncio de una desgracia esperada de antemano, para la cual el ánimo ha podido ya prepararse. Su corta conversación con Laramonte mientras asistian á los juegos de prendas, había cambiado para ella la faz de la existencia. En el horizonte de sus expectativas, donde antes no divisaba sino nubes amontonadas y sombrías, presagio de tempestades seguras, brillaba ahora una luz. Estaba segura del amor de Hermógenes, y en su alma resonaban todavía, como una promesa de inefable dicha, las palabras que el Coronel, al separarse de ella, le había murmurado al oído.

— « No importa que la pongan á usted en un convento, yo sabré hacer llegar mis cartas hasta usted, y si usted me

ama y tiene confianza en mí, moveré cielo y tierra hasta que consiga sacarla ».

XVI

Era el común achaque de los amantes felices: se figuraba que su amor correspondido, podría, como la palanca de Arquímedes, remover el mundo y destruír los obstáculos más insuperables. El Coronel hablaba sinceramente, y ella, arrebatada por ese soplo de entusiasmo, le había jurado que cuando él la llamase, estaría pronta á seguirlo. Exaltada por la resistencia, despertando como de una pesadilla, de su largo sufrimiento de dos años de lágrimas y desesperanza, la chica creía vivir en un mundo fantástico donde no tenían ya fuerza alguna las pesadas cadenas del temor y de la ciega obediencia, de que hasta entonces había sido esclava sumisa. Sentía en su pecho el fuego extraño de la rebelión, arrojaba sus temores como un fardo insoportable, entraba resuelta, con espíritu indomable, con ansia de sacrificios, á la lucha por el amor, este vellocino de oro de la juventud.

En esa disposición de espíritu la encontró Luisa al día siguiente. El fuego de las resoluciones extremas brillaba en sus ojos. Los argumentos en que su padre apoyaba su resolución, expuestos por Luisa con ingenua y franca convicción, fueron calificados por ella de pretextos, inadmisibles, para hacer triunfar una autoridad despótica.

— Tú que no conoces el amor, le dijo, puedes hallar todo eso muy justo, y aconsejarme que renuncie al mío, como si la voluntad, el corazón, el pensamiento todo, pudiesen someterse á una regla invariable, y debieran esperar para pronunciarse, la voluntad de nuestros padres.

Luisa se convenció muy pronto de la inutilidad de todo esfuerzo. La exaltación de su amiga la llenaba de sorpresa. Su timidez, cambiada en febril energía, la impresionaba profundamente. Veía que la inflexibilidad de la hija no era menos tenaz que la del padre. No quiso, sin embargo, abandonar la causa de don Alejandro, sin hacer una tentativa final.

— Me parece, no obstante, observó, que una hija puede sacrificar algo á la tranquilidad de sus padres.

— Sí, sacrificar todo lo que dependa de ella: sus gustos,

sus inclinaciones, sus deseos, su personalidad, todo lo que tú quieras; pero no puede sacrificar lo que no es de ella, lo que está fuera del alcance de su voluntad. Yo podría, hipócritamente, fingir que renuncio á mi amor y que estoy dispuesta á todo lo que mi padre exija de mí; mas prefiero ser franca y sufrir. Sufrir por él, guardarle mi fe que le he jurado, será todavía un consuelo. En fin, ¿qué quieres? estoy resuelta á todo. Que me pidan que espere un año, más aún, lo comprendo; pero que renuncie para siempre á él, ¡eso es imposible!

Luisa, por toda respuesta, suspiró tristemente. Un suspiro enigmático. ¿Era que compadecía la triste situación de Trinidad? ¿Ó que pensando en ella misma, mirando dentro de su alma, comparando su existencia descolorida y sin amor, á la magnífica tormenta que rugía en el pecho de su amiga, la envidiaba?

Bastó ese suspiro, sin embargo, para cambiar el rumbo de las ideas de Trinidad. Á la exaltación, á la fiebre de sacrificio, sucedió el enternecimiento. El rocío de las sombras del crepúsculo, después del sol abrasador de un día de tempestad. Afligida, con los ojos húmedos por una tristeza súbita, rodeó con sus brazos á su amiga.

— No te figures que no me atormenta horriblemente la idea de separarme de mi madre, dijo con acento conmovido. ¡Qué irá á hacer la pobrecita tan sola! Ella no comprende nada de esto, creerá tal vez que no soy una buena hija, porque no me resigno á obedecer á mi padre á trueque de quedarme al lado de ella.

Y después de breve pausa, entre sollozos que le cortaban la voz, con el estremecimiento convulsivo de la lucha en que se trata de dominar la aflicción para poder hablar, añadió:

— Tú harás lo posible para consolarla, ¿no es así? ¡Yo no tengo valor para hablar con ella! ¡Cómo ha de ser!

Estas últimas palabras fueron un gemido de resignación con el que se desprendió de Luisa, y fué á arrojarse desesperada sobre otra silla, ocultando entre sus manos el rostro, con el cuerpo sacudido por el llanto.

Durante el día, los preparativos para trasladar á Trinidad al convento, se hicieron silenciosamente. Según las explicaciones dadas por doña Clarisa á los criados y trasmitidas por éstos á los vecinos del barrio, se trataba de una corrida de ejercicios en el convento del Carmen Alto, á la

que la abadesa, prima de don Alejandro, había convidado, por un favor especial, á Trinidad. El día había sido de una tristeza cruel, para doña Clarisa y su hija principalmente. No se atrevían á hablarse, por ese convenio tácito de los grandes dolores, que temen avivarse con la menor comunicación de ideas. En la casa reinaba el silencio de las moradas donde ha muerto una persona, cuando han cesado ya las agitaciones de los cuidados, las conversaciones en voz baja, el tragin afanoso con los remedios. Toda esperanza había desaparecido. La resolución de don Alejandro, comunicada como irrevocable después del almuerzo, había sido para las atribuladas mujeres, la sentencia definitiva de separación, cuando una y otra esperaban todavía, sin saber por qué, como se espera contra lo imposible, que aquella resolución fuese á última hora abandonada. Don Alejandro y Abel habían pasado fuera de casa una parte del día. En la tarde, el esclavo Francisco, que cuidaba la casa en ausencia de la familia y servía de calesero cuando ésta se hallaba en Santiago, había puesto la mula á la calesa, y cabalgando sobre la primera, había conducido á doña Clarisa y á su hija al Carmen Alto. La separación, tristísima en el fondo, tuvo lugar sin manifestación exterior de ningún género. Nada que revelase en aquella despedida, que había ahí un padre torturado por el cumplimiento de lo que era para él un deber imperioso; una hija que dejaba el hogar como hija rebelde, para ir á sepultar sus dolores y sus esperanzas entre las paredes de un claustro. Los sirvientes vieron al patrón acompañar á la señora y á Trinidad hasta el patio, á don Abelito que seguía detrás; vieron á la señora subir con su hija á la calesa; Francisco dobló la escalerilla, cerró la puerta del pesado vehículo, y montando sobre la mula, le dió un latigazo con el *rebenque* para estimularla á dar el trote. El caballero y el patroncito habían entrado después á la sala tranquilamente, como si las señoras hubiesen salido á hacer visitas. El *qué dirán*, con su mirada escrutadora de Argos, no había tenido nada qué observar ni qué comentar. Esa escena sombría de un drama de familia, se había pasado en el corazón de sus actores. Los sirvientes nada adivinaron, y las pocas personas que pasaban por la calle, gente de poca condición, admiraron, tal vez con envidia, la calesa aristocrática, y se hicieron algún saludo discreto con Francisco, que con las piernas desmesuradamente abiertas, como el

coloso de Rodas, á causa de las varas del carruaje, daba de cuando en cuando de rebencazos á la mula.

Durante el día, Abel Malsira había acudido presuroso y lleno de emoción á casa de la viudita. Por una de esas contradicciones del espíritu, hijas sin duda del *atavismo* de que por fuerza han de ser esclavos los hijos del pecado original, nunca es más tentador el hacer un disparate que cuando hay que luchar con los remordimientos. Y era lo que le acontecía á Malsira en su camino. Iba resuelto á declarar su amor categóricamente, á pesar de que la situación de su hermana le estaba mostrando lo que tendría que ser la suya. Hijo amante y hasta entonces sumiso, la perspectiva de entrar en riña con su padre, de agravar los pesares que ya le atormentaban por la funesta pasión de Trinidad, le daba un gran dolor y remordimientos sinceros. Pero también, ¿qué hacer con la tentación, la terrible enemiga, que nos toma en la pubertad y no nos vuelve á dejar? ¿Cómo renunciar á las esperanzas confusas y fascinadoras de las que la mujer querida posee el secreto y el poder? Abel, que no se picaba de resolver problemas sicológicos, no se hacía estas preguntas; pero iba movido por ellas, como van hoy, bajo el agua del mar, lanzados por una fuerza que ellos no conocen, los torpedos. Iba ciegamente á su objeto, sin que fueran parte á detenerlo, ni sus temores ni sus remordimientos anticipados, esa expiación á priori, que emponzoña los goces vedados de cualquier género que sean.

Violante lo esperaba emocionada también. No de amor, por supuesto, bien que el mozo le pareciese guapo y capaz de inspirar algo más que amistad. Emocionada, porque sabía que iba á sufrir el primer ataque directo, al que no podría sustraerse, y del que era indispensable triunfar. Abel Malsira era el *mejor partido* de Santiago por alcurnia y por riqueza. Pero la alcurnia sin la riqueza no era suficiente y la última podía perderse, si el padre del joven ponía su veto, ese privilegio de los reyes en sus estados y de los padres de familia en su hogar, al gran proyecto. Era menester, por consiguiente, ante todo, conducir las cosas de modo á evitar una ruptura de hostilidades de parte de la patria potestad.

Hizo esperar al joven en la sala algunos minutos. El tiempo suficiente para darle la fiebrecilla de la impaciencia. Aguardarlo en esa pieza habría sido decirle: « Yo es-

taba tan ansiosa como usted de esta entrevista », lo que no habría hecho nacer la fiebrecilla y podría darle la seguridad de que era amado. « ¡Los hombres son tan fatuos! » se decía, echando una última mirada al espejo. Y entró tras esto radiante de gracia, envolviendo al mancebo con la mirada, acariciándolo con la sonrisa, pasándole su manecita suave y alabastrina. Y todo ese aparato de seducción, desmentido en cierto modo con la naturalidad de la voz, cual si hiciese un saludo á un amigo de confianza, con el que no se tienen etiquetas ni coqueterías.

— ¿Qué tal?

Abel tomó la manecita, desconcertado. Le pareció que pasaba del sol á la sombra. Un frío vago se le deslizó por la espalda. Aquel saludo familiar, cuando él temblaba de emoción, lo volvió á poner en presencia del contraste que, en la noche anterior, lo había hecho quedarse con su declaración en la garganta. En realidad, él había dado de antemano á la entrevista las proporciones de una cita de amor, mientras que ella parecía no atribuírle más importancia que á una visita ordinaria. Él, sin embargo, cabalgaba en su Pegaso, porque todo enamorado vuela en plena poesía, y ya no podía bajarse de él. Así fué, que apenas la viudita se hubo sentado muellemente sobre un sofá, haciendo valer los contornos mórbidos de su busto, la redondez de su talle, aprisionado por una cintura de moaré color rosa, con una grande hebilla de metal en el medio; cuando después de arreglar rápida y artísticamente los pliegues de un sencillo vestido blanco, le volvió á dirigir su mirada enigmática de tentación que se ignora, Abel, como quien cierra los ojos para resolverse á dar un salto :

— ¡Tengo tantas cosas que decir á usted! murmuró; anoche estuve desesperado de no poder hablar sin que á cada paso me interrumpiesen.

— ¡Ah! ¡yo no tuve la culpa! ¿Qué quiere usted? en sociedad es menester hablar con todos.

— Eso es lo que me atormentaba, y usted no parecía darse cuenta de mi suplicio.

— Ya ve usted que sí, puesto que no hice objeción ninguna á su deseo de venir hoy á verme.

— Y se lo agradecí á usted en el alma.

— ¡Vamos, usted exagera! usted no habla el lenguaje de este país. Aquí todo es mesurado, casi frío. La reserva es el estado ordinario de las gentes, y usted me habla de

« suplicio » y de agradecerme « en el alma » la más trivial condescendencia. Si quiere usted que le crea, es preciso que se exprese en verdadero lenguaje chileno; nada de exageraciones, nada de entusiasmos imaginarios.

Abel, mientras ella hablaba, iba protestando de su sinceridad con el ademán, con monosílabos expresivos, con admiraciones diseñadas por los ojos. Pero la viudita no quería permitirle que entrase así, tan ex abrupto, en el terreno del sentimiento, y ponía la chanza de por medio, como un escudo de coquetería. Mientras hablaba, sus monadas, sus labios rojos como flor de granado, sus ademanes graciosos, que hacían lucir en las menudas manos los anillos, turbaban las ideas del joven y lo aguijoneaban á ser osado, á descifrar ese enigma de mujer provocadora y burlona al mismo tiempo.

— De todo lo que usted me reprocha, le dijo procurando sonreírse también, para seguir la conversación en el tono que ella le imponía, lo último únicamente es verdadero: confieso que padezco en este caso lo que usted llama « entusiasmo exagerado ».

— ¡Ah! ya ve usted, ¡no puede negarlo!

— Sí; pero lo exagerado de mi entusiasmo no proviene, como usted parece pensarlo, de que yo dé en realidad mayores proporciones que las verdaderas á lo que siento...

— Á lo que sentía, diga usted... hablábamos de anoche, de lo que ya pasó.

— Á lo que sentía, si usted prefiere; no, no proviene de eso, proviene, por el contrario, de que mi entusiasmo me ha llevado hasta la alucinación, puesto que me hizo suponer que al permitirme usted anoche que viniese hoy á verla, convenía en cierto modo en que le hablase seriamente del sentimiento muy serio que usted me ha inspirado.

— ¿Sabe usted que me está haciendo una declaración? exclamó ella entre risueña y turbada.

— ¿Se ofende usted por esto?

— No, no es que me ofenda, ¡Dios mío! si eso hubiese de ofenderme, estaría constantemente riñendo con las gentes. No es eso, sino que el sentimiento serio de que usted habla, me impone á mi vez el deber de contestar también á usted seriamente.

Abel tembló de haber llevado su obstinación al exceso.

— La escucho á usted lleno de inquietud.

— Pues bien, seriamente diré á usted que si hubiese

creído que usted me iba á hablar como lo hace, poniendo los puntos sobre las *íes*, me habria negado á recibir á usted hoy.

Y como el rostro del joven reflejase la tristeza que le causaba esa revelación...

— Entendámonos, repuso Violante con viveza, acentuando sus palabras con una naturalidad llena de abandono, cual si quisiera devolverle la confianza y la tranquilidad. Usted no se extrañará si le digo que una mujer joven y que no sea mal parecida, llega á connaturalizarse con esa persecución de los ojos, con la solícita atención, con los requiebros disimulados ó francos, tímidos ó atrevidos, que por todas partes la persiguen.

Se interrumpió un instante en este punto y como para quitar á esta observación todo sabor de jactancia ó de presunción, dijo sonriéndose:

— Nos acontece lo que á las beatas, que pasan su vida en la iglesia y que ya no perciben el olor al incienso. Esa continua lisonja acaba por no impresionarnos. No digo tampoco que nos gustaría que la tal lisonja nos faltase enteramente, no; digo que á fuerza de ver arder esos fuegos de estopa, se nos figura que todos han de ser así, y que cuando llegamos á sospechar que sin quererlo, hemos encendido uno más consistente, nos ponemos al instante en guardia, é instintivamente evitamos avanzar, antes de ver de qué materiales, de qué pábulo se alimenta la llama.

— En mi caso, es tan viva como será duradera.

— Usted lo dice, y como no estamos todavía á la prueba del tiempo, la única que hace fe en esta clase de juicios, no puedo yo contradecirle, y admitiré que sea duradera.

— Esa respuesta es adorable.

— Ya lo sé, y por eso la doy; pero, escúcheme usted: admitida esa lisonjera hipótesis de que sea viva y duradera como usted asegura, eso no me excusa á mí de ser precavida, ó más bien, de hablar á usted con una franqueza de que me abstendría precisamente, si no creyese lo que usted me dice.

Su rostro, iluminado hasta ese momento por la luz picaresca de los grandes ojos, radiante de juventud y alegria, su tono de amable chanza, todo cambió al decir las últimas palabras. Con un suspiro de esos indescriptibles, con que la experiencia parece decir todo lo que sabe, toda la ciencia que ha adquirido con el roce de la vida, continuó:

— ¡Ah, qué diferente situación la del hombre y la de la mujer en estos casos! Todo en nosotras nos obliga, por instinto, á la defensa. Á ninguna nos es permitido olvidar que nuestra reputación es de vidrio; todo puede empañarla, todo puede romperla. Si un sentimiento franco nos invade, debemos refrenarlo. Todas podemos conocer á primera vista si hemos inspirado amor; pero ¿de qué clase es ese amor? Ninguna lo alcanza á adivinar, y como en la partida se juega el todo por el todo, mientras que el hombre no arriesga nada, ¡qué precaución, qué tino, qué cautela para dar un paso, para pronunciar una palabra, para autorizar una esperanza! Y al fin de cuentas, y aun cuando tuviésemos mil veces más sagacidad que la que, para estos casos, nos ha dado la naturaleza, nunca podremos evitar de entregarlo todo á un acto de pura confianza en la lealtad del hombre á quien lleguemos á decir: sí, yo también lo amo á usted y estoy dispuesta á confiarle mi destino.

— Así, en este momento, ¿usted no está segura de haberme inspirado un amor sincero y profundo? Mi emoción no le dice á usted que se ha apoderado de mi pensamiento y de mi voluntad, que miraría su desdén ó su indiferencia como la mayor desgracia que pudiera sucederme, que no ambiciono sino ser correspondido y que con esas palabras que usted acaba de pronunciar, haría de mi su esclavo?

Coquetamente ella se había replegado en el silencio. Lo dejaba hablar mirándolo pensativa, y mientras pensaba, oyéndolo, que los ojos azules del joven eran muy decidores y parecían sinceros; que su barba rubia le daba un aire varonil muy seductor y que su cuerpo delgado y esbelto tenía una elegancia natural de hombre de buena raza, meditaba su respuesta, calculaba la gradación de sus argumentos, recorría el tejido de sus redes, pero no sin sentir con cierta melancolía, que allá en el fondo de su alma, un temblorcito de emoción sincera la hacía decirse:

— ¡Ah, si yo fuese rica, sería capaz de enamorarme de este mozo!

Era preciso refrenar esas veleidades del corazón, dejarse de amor y de bobadas, sofocar el temblorcillo traicionero y sacar la conversación de la resbaladiza pendiente del sentimentalismo.

— ¡Jesús! exclamó volviendo al tono alegre con que había principiado. ¡Usted reincide, usted vuelve á los su-

perlativos de intención! ¡Cómo! ¿es usted ya mi esclavo? Y si yo lo tomase á lo serio.

— Póngame usted á prueba.

Ella pareció vacilar, y después, con aire grave:

— Voy á continuar hablando á usted con la franqueza que acabo de emplear. No sigamos en este juego. Tengo plena confianza en la lealtad de sus palabras, bien que me parezca, se lo digo con la mayor seriedad, que usted se exagera lo que está sintiendo por mí.

Abel hizo un ademán de negación.

— No importa; esa es mi impresión. Digo pues, que tengo plena confianza en la lealtad de sus palabras. Pero esto no basta. Supongamos, fíjese usted bien que es un raciocinio sobre una simple suposición; supongamos que yo me sintiese inclinada á autorizar esos sentimientos, siempre lisonjeros para una mujer; pues bien, no lo haría. Ya veo que usted pregunta con curiosidad ¿por qué? Voy á decírselo: por pura honradez de conciencia, porque nos separan obstáculos insuperables.

— Pero ¿qué obstáculos? ¡Yo no los diviso!

— En primer lugar, usted y yo estamos en bandos opuestos, y en los tiempos que alcanzamos, esto constituye un obstáculo que no puede despreciarse.

— Confieso que para amarla á usted, no me he preguntado en qué bando se encuentra. Yo he vivido alejado de nuestras divisiones políticas.

— Así me han dicho; pero, veamos, dígame usted: ¿se abanderizaría usted entre los realistas, por conquistar mi amor?

— Por Dios, ¿por qué me hace usted esa pregunta? Sabe usted que es casi cruel, permítame decírselo. ¿Por qué me pone usted frente á esa eventualidad? Por conquistar su amor no sé lo que haría, en verdad, no lo sé. Á lo que sería capaz de hacer, no diviso otros límites que los del honor. Dentro de ellos, sería capaz de todo; pero usted no me ha de imponer esa prueba; eso sería una crueldad.

— Por supuesto que no, dijo Violante casi conmovida por la exaltación con que él había hablado. Yo quise señalar á usted el obstáculo, y para que pudiese tocarlo le hice mi pregunta. Usted olvida, añadió con su voz calmante, con su acento cariñoso lleno de hechicería, usted olvida que estamos en terreno de suposiciones. ¡Ya! No es que lo olvide, pero se aprovecha usted de ello para introducir en el cam-

po su contrabando, sus declaraciones incendiarias, que yo no he autorizado.

—No, sea usted seria; no me hable más de ese obstáculo porque en realidad no lo es. Dejemos eso en la duda, entre las indecisiones del porvenir.

— Hay otro, repuso ella, riéndose francamente esta vez. Somos casi de la misma edad: yo tengo ya veinticinco años, y usted solamente veintiséis. ¡Mi juventud concluye y la de usted empieza! ¿Qué contesta usted á eso?

Abel no pudo menos que reirse también, y respondió en el mismo tono:

— Su edad, no importa; eso corre de mi cuenta; no se inquiete usted por lo avanzado de ella.

— No se ría usted; esa desigualdad de edades tiene á la larga sus inconvenientes graves; así lo ha reconocido la experiencia del mundo, de la que usted y yo carecemos. Mas, le confieso que he empleado ese argumento sin mucha persuasión de su fuerza, y únicamente con el propósito de quitar á usted la enojosa impresión que le produjo el primer obstáculo.

— ¡Ah! Si es así, es usted mil veces encantadora de darme ese consuelo.

— Y lo hice también para preparar el tercer obstáculo.

— ¡Ah! ¿Hay un tercero? Con tal que no sea más importante que los otros dos...

— Por desgracia es el más serio de todos, replicó Violante, abandonando el tono de chanza.

— ¿Cuál es ese? ¡Me llena usted de inquietud!

— La voluntad de su padre de usted, que aborrece á los españoles.

Un vivo encarnado cubrió las mejillas de Abel al oír estas palabras. Su amor propio dió un violento brinco, como un potro indómito que recibe un guascazo. La viudita lo trataba como colegial, como á un mancebo que no ha salido aún de la patria potestad.

— Mi padre, dijo con acento de mal disimulado despecho, puede tener sus opiniones y yo las mías. Soy el primero en sentir el respeto y la deferencia que le debo. En el punto de que usted y yo estamos tratando ahora, le reconozco sin duda el derecho de darme consejos, de manifestarme amistosamente su opinión; pero nada más. Y ciertamente que no sería cuando se tratase de usted, que yo dejaría de ejer-

cer ampliamente y sin restricciones la independencia absoluta de mi voluntad.

El mozo sentimental y suave, se había trasformado en un ser altivo y enérgico, que la viudita no sospechaba. Abel le aparecía con el prestigio de la fuerza moral, que ejerce en el alma femenil una fascinación extraña, una aspiración indefinida de sentimiento. Ella se sintió por segunda vez al borde de la emoción á la que no quería dejarse arrastrar. Por un movimiento de reacción voluntaria, rechazó ese síntoma de interés hacia el joven, diciéndose enfadada, descontenta de sí misma : « ¡No faltaba más sino que yo fuese también á enamorarme! »

Esta reflexión no le impidió decir, con cierto tono de quien se disculpa, de quien teme haber desagradado :

— Dispénseme usted que haya sido tan franca; pero es usted, con su demasiada franqueza también, quien me ha puesto en el caso de hablarle así.

La nube se había borrado del rostro del joven. Sus ojos habían recobrado la dulzura particular, que daba á su fisonomía el aire de sentimentalismo que principalmente le caracterizaba. En perfecta armonía de voz, con esa expresión de su semblante, reconoció que ella tenía razón; que él no había sabido dominarse al hablarle de amor, sin haber sido alentado á ello.

— Pero si usted me opone los obstáculos de que acaba de hablar como un medio de hacerme desistir, como una advertencia de que debo abandonar toda esperanza, sin duda que le agradeceré el haber acudido á un arbitrio indirecto, por consideración á mi amor propio y aprovecharé la lección sin el menor resentimiento.

— Usted no me comprende. Nada de eso, señor desconfiado. No me haga usted arrepentirme de haberle dicho todo lo que pienso. Pero si usted desea conocer mi pensamiento, no puedo hablarle de otro modo. Usted me habla de amor, ya ve usted que llamo las cosas por su nombre y que no empleo subterfugios; al hablarme de amor está usted en su derecho; pero yo también estoy en el mío al contestarle en nombre de la razón. Es el único medio como podamos entendernos. Entre un caballero como usted y una señora como yo, si se habla de amor, se subentiende, ¿no es así? que no puede tratarse de una intriga clandestina, que usted no aspira á hacerse corresponder para que yo olvide mi decoro.

— Jamás lo he imaginado.

— Entonces tropezamos con el famoso obstáculo, no podemos eludirlo, á lo menos yo no consentiría á eludirlo, y creo que con ello doy á usted una prueba muy elocuente de... aprecio. Jamás admitiría yo el ser causa de ruptura entre un padre y un hijo. Ya ve usted que con toda lealtad le dejo ver á usted el fondo de mi pensamiento.

— De su pensamiento, sí, pero no de su corazón.

— ¡Ah! ¡es usted muy ambicioso! Venza usted primeramente las dificultades y hablaremos.

La voz y la fisonomía dieron á la última palabra un alcance más pronunciado, dicho con mucha gracia, con un efecto más turbador que si hubiese pronunciado : « nos entenderemos ».

Así lo sintió el joven. Fué un bálsamo, sobre la inquietud que durante la mayor parte de la conversación lo había torturado. Se separaron ambos contentos. Como aquellos generales que después de un combate publican uno y otro un boletin de victoria, la viudita y Malsira tomaban cada cual por un triunfo, el resultado de la entrevista. Ella quedaba dulcemente impresionada. Sentía en el espíritu un calorcillo calmante, que le daba un sosiego de confianza en el porvenir, semejante al bienestar de placidez que recorre el cuerpo después de una picadura con morfina. Su enamorado sabría triunfar de la resistencia del adusto patriota. Con la fuerza de voluntad que creía haber descubierto en él y con el amor violento que estaba segura de haberle inspirado, saldría triunfante de la prueba. El padre y toda la familia acabarían por abrirle los brazos, y no sería ella, ciertamente, la que agravaría la resistencia que pudieran hacerle, con su calor por la causa monárquica, á la que al fin y al cabo ella no podía sacrificarse. Conquistado el beneplácito paterno, Abel pasaba á ser un brillante partido, puesto que desaparecía el riesgo que habría indudablemente de que fuese desheredado, si asumía por casarse con ella, la responsabilidad de ser un hijo rebelde. Ella había hecho muy bien en mostrarle, como premio de su amor, el deber cumplido de hijo sumiso. Y lo que particularmente la hacia congratularse, era que encontraba en su conciencia la completa certidumbre de haber usado en todo y por todo, una lealtad irreprochable, porque estaba persuadida que se enamoraría de Abel apenas estuviese

segura de no comprometer el porvenir, por dejarse guiar por el corazón.

El también iba triunfante. La atmósfera embalsamada que habia respirado cerca de ella lo seguía. Su propio contento de haber podido hablar de amor á la que su fantasía y sus aspiraciones daban la forma poética de la mujer que no puede alcanzarse, lo hacia sentir la primera embriaguez de la esperanza cumplida. Su imaginación, mientras caminaba por la calle para dirigirse á su casa, forjaba imágenes tan grandes como su entusiasmo. El amor le había dado la osadía de aquella águila que, elevándose más alta que los Andes, tenía la temeridad de acercarse al sol. Su alma también se sentia majestuosamente elevada á las alturas, desde donde todo se nivela, desde donde desaparecen los obstáculos que cierran el paso á nuestros deseos. La condición que le imponía Violante para confesarle que su amor era correspondido, lejos de parecerle una exigencia intempestiva, la enaltecía en su espiritu y, por otra parte, no lo inquietaba. Su padre, que con razón se oponía al amor de Trinidad, no podía pensar del mismo modo respecto á él, por razones que no acertaba á formular de una manera definida, pero que le parecían muy convincentes. Él era hombre, Violante no tenía compromisos de honor, como Laramonte, con el partido realista, y abrazaría en poco tiempo las opiniones y los intereses de su marido. Todo esto le parecía claro y concluyente, y sin duda que su padre, preparándole con tino el espiritu, acabaria por pensar del mismo modo.

Ese estado de alucinación le duró hasta su casa. La vista de los preparativos que ahí se hacían para la traslación de Trinidad al convento, lo despertó, como vuelve á la razón un hombre ebrio, al choque de una gran emoción. Su madre, con los párpados enrojecidos por el llanto á duras penas enjugado; su hermana, estoica en su dolor, mostrando una serenidad más imponente que las lágrimas; los objetos familiares de la casa, testigos de días de paz y de indiferencia, lo pusieron frente á su situación propia, con la fuerza brutal de la realidad. Así asistió testigo mudo á los momentos de la separación. El espectáculo de su padre, hondamente impresionado, á pesar de su porfiada entereza, le llenaba el pecho con tumultuosas oleadas de pena. Él se creía con fuerzas para otra clase de luchas; pero esas escenas del desmoronamiento de la dulce existencia del hogar,

que había hasta entonces formado la parte principal de su felicidad, le quitaba toda energía. Su sentimentalismo le invadía el ánimo, como esas neblinas heladas, que á veces oscurecen la atmósfera y enfrían con rapidez la temperatura. Su padre sombrío, su triste hermana, su madre, siempre suave, con esa resignación de planta débil que no puede resistir al viento, le daban una compasión inmensa. Una fuerza misteriosa, tan intangible como despótica, una pasión adueñada del alma de la que antes era la gala de aquel hogar, bastaba para derrumbar el santuario de tan puras alegrías, para romper la armonía de los afectos más puros, y verter la desconfianza y el resentimiento envenenados, en corazones formados para amarse y protegerse. Esa inmensa catástrofe lo hacía pensar en sí mismo, en que él iba tal vez á ennegrecer más aún las sombras de ese cuadro, á clavar otro dardo envenenado en el pecho de los que veía en ese instante reprimir su acerba tristeza con mal disimulados esfuerzos.

Cuando la calesa emprendió su marcha majestuosa y empezó á saltar y á estremecerse sobre el empedrado, en rudimento, de aquel tiempo, el padre y el hijo cruzaron en silencio el patio y entraron en la sala. La atmósfera en que gravitaban sus ideas estaba cargada de electricidad. Uno y otro sentían que si el silencio era embarazoso, hablar era lleno de peligros. Abel se preguntaba qué respondería si su padre, por alguna alusión á sus visitas donde Violante, lo ponía en la necesidad de explicarse. Evidentemente que el momento aquel era el menos propicio para empezar la conquista de don Alejandro en favor de la viudita. Por su parte, el señor de Malsira había resuelto, sobre todo después de lo que había observado la noche anterior, alejar á su hijo de Santiago, con buenas razones si era posible, interponiendo su autoridad, si fuese menester. Pero la idea de entrar inmediatamente en lucha con el hijo, después de las escenas que acababan de pasar, lo ponía vacilante, le hacía buscar algún medio de no añadir un nuevo dolor á los pesares del día. La inflexibilidad de su propósito, no excluía el empezar por los medios conciliatorios. El común temor, desvió el rumbo de la tormenta que ambos presagiaban. Don Alejandro habló de sus intereses abandonados en la hacienda; del bando de Pizana, que lo ponía en la imposibilidad de ir á atender esos intereses en persona, y enunció, para dar más carácter de conversación familiar, y

casera á la entrevista, las faenas que debian emprenderse, y el orden en que convenia distribuirlas. Abel sintió ensanchársele el pecho con la ocasión que se le ofrecia de evitar las temidas explicaciones y reclamó para él el cuidado de ir á Los Canelos á poner en ejecución aquellas indicaciones.

— Si te fueses mañana, seria lo mejor, dijo amistosamente don Alejandro.

Al día siguiente, Abel explicó á Violante en una visita de despedida, que con el fin de empezar la conquista de su padre en favor de sus proyectos, habia encontrado la excelente ocasión de ofrecerle sus servicios, para ir á hacer ejecutar en la hacienda trabajos de grande urgencia. Por supuesto, él no dejaría prolongarse por mucho tiempo ese destierro.

— No podia usted, le dijo ella con sus monadas hechiceras, dejándose estrechar la mano que habia tendido á Malsira al despedirse, darme una prueba más pronta y elocuente de la sinceridad de sus palabras de ayer.

— ¿Entonces puedo esperar?

— Sí, puede esperar que por esa via, va usted á obligarme á abreviar mucho más de lo que yo pensaba, el término de la prueba.

XVII

En palacio, cierto aire de misterio, ciertas conversaciones en aparte, ciertas frases de alcance subentendido, quitaban su aspecto de importante monotonía á la malilla nocturna del Presidente. Se susurraba entre los tertulios privilegiados, entre los que poseian la confianza del general Osorio, que las últimas comunicaciones del virrey del Perú contenían órdenes terminantes y severas, para castigar con penas proporcionadas, á todos los que hubiesen tomado parte, más ó menos activa, en la vergonzosa cuanto criminal rebelión, contra la autoridad del monarca. La restauración en el trono de sus mayores, del que los documentos públicos llamaban entonces el « Gran Fernando », « el monarca más benético del orbe », « el sol hermosisimo », debía dar nuevo vigor y nuevos brios á la política colonial. La magnanimidad con los vencidos insurgentes, era una debilidad peligrosa. Así pensabaan entre los asidos á palu-

cio, os intransigentes sostenedores del triunfo, que se agrupaban en torno del victorioso, como los insectos alados que surgen de las oscuridades de la noche, donde se enciende una luz. Entre ellos se quejaban de la conciliación proclamada por Osorio. Unos cuantos fusilamientos, muchos destierros á Juan Fernández, y poblar las cárceles de insurgentes, siquiera fuese para que se los comiesen ahí las pulgas, haría un efecto mil veces más saludable que las risitas y las dulzuras, con que se figuraba el reconquistador del reino poder desarmar á los pérfidos enemigos de Su Majestad. Una camarilla de magnates, encabezada por el obispo electo, acosaba al General para que abandonase lo que ellos llamaban « los paños tibios » y aplicase cáusticos en regla, á aquel pobre cuerpo social, tan sacudido y amilanado por los desastres de las armas patriotas. Osorio se dejaba poco á poco forzar la mano. Desde fines de octubre de 1814, los tribunales de vindicación empezaban á funcionar. Aunque instituidos en su origen, por real orden, para que ante ellos vindicasen su conducta los empleados que hubiesen prestado sus servicios al usurpador intruso José Bonaparte, el Obispo y su camarilla obtuvieron del presidente que por analogía, los fundase en Chile, bien que no existiese aquí funcionario alguno con nombramiento, del que los chuscos de la Península llamaban « Pepe Botella ». De este modo se tenía la magnanimidad de ofrecer á los patriotas un medio forzoso de renegar su conducta pasada y de hacer una nueva profesión de fe, sin perjuicio de aplicárseles las multas, las contribuciones, las prisiones, á los que sus antojos de libertad los hacían acreedores. La instalación de los tribunales había sonado en Santiago como la trompeta del juicio final. Los vivos y los muertos serían juzgados. Los primeros pagarían por sí, mientras que por los segundos, declarados en rebeldía, tendrían que responder sus familias. De tal suerte, un saludable terror, que pasaba á ser el estado normal de las poblaciones, sellaría definitivamente la pacificación del reino y enterraría bajo siete estados, como en los cuentos populares, la hidra inmunda de la revolución. Así hablaban los cortesanos de palacio.

En la trastienda de don Francisco Carpesano la preocupación, por estos motivos, era grave. Bien que ni él, ni sus tertulios ordinarios, tuviesen que reprocharse ningún acto ostensible de patriotismo, no dejaban de sentirse culpables

en su foro interno, porque sus simpatias habían estado con los patriotas, y les podía caer encima un proceso de tendencia.

— ¡ Ah ! ¡ nadie está libre ! suspiraba don Manuel Cardenillo, á quien la política conciliadora de Osorio, no había privado aún de su empleo en la Contaduría.

— Y usted menos que nadie, don Manuel, respondíale don José María Reza, con su afán de decir claridades; ¿por qué no hizo su renuncia, pues, durante el gobierno de la patria?

Estas palabras dieron lugar á una discusión político-administrativa, que resumia muy bien los sofismas corrientes, con que los atribulados funcionarios públicos, pretendían justificar su conducta. Don Manuel Cardenillo, apoyado por don Francisco Carpesano y algunos otros, sostenía con su voz naturalmente melancólica, que el haber servido al Estado durante el tiempo pasajero de la revolución, era un acto de fidelidad al gran Fernando, de fidelidad al derecho divino que éste representaba, puesto que así no se reconocían los derechos de soberano, que pretendía abrogarse sobre las Américas el intruso Bonaparte, usurpador del trono de España.

— Ni más ni menos, replicaba irónicamente don José María, que si yo me llevase la capa de don Francisco y me sirviese de ella, so pretexto de que podrían robársela. No nos andemos con tapujos; los que han servido á la revolución, tienen que ser revolucionarios, ó si no, ¿qué quiere decir cristiano?

Con aire de triunfo don Jose María se terciaba la capa y encendía su mechero.

En medio de discusiones de esta clase, que habían venido á turbar la paz de la tertulia, José Retamo, que había pasado un dia á refrescarse á la trastienda, dejó caer, entre chanzas, de sus gruesos labios de mulato, unas palabras siniestras.

— Señores, Condes y Marqueses, ninguno de ustedes es lampiño, ¿no así? pues ya que ven hacerse la barba á su vecino, echen la suya en remojo.

Los tertulios se quedaron preocupados, mientras que el mulato los saludaba al salir, poniendo el índice de la mano derecha verticalmente sobre la boca, en señal de discreción.

— Algo más debe saber este malvado mulato, se decían,

mientras que don Manuel Cardenillo, más tétrico, suspiraba otra vez.

— ¡Ah! ¡nadie está libre en estos tiempos!

Cada uno de ellos sentía vagar su pensamiento entre temores indefinidos y traicioneros, como los niños, cuando les cuentan cuentos de apariciones y de fantasmas.

Para distraerse, se habló discretamente de lo que acontecía en casa de don Alejandro Malsira.

— Han mandado á Trinidad á una corrida de ejercicios al Carmen Alto, dijo don Francisco.

— Bonitos ejercicios. ¡No estén comulgando con ruedas de carretas! exclamó don José María; ¡no sean buenos! ¡Á qué andarse con tapujos! La han llevado ahí para alejarla del godito, que se las estaba enamorando.

Nadie se atrevió á replicar. El terrible hombre de fierro, terciándose de nuevo la capa, agregó:

— ¿Y qué mejor querrían? Un mozo que es coronel graduado á los treinta años, noble, y en muy buen predicamento con el virrey Abascal.

Don Jose María esperaba, que haciendo el elogio de uno de los jefes realistas, algún eco de su opinión había de llegar á palacio.

Sin contradecirlo ni apoyarlo, los otros parientes de Malsira, convinieron, en el curso de la conversación, en que irían al día siguiente á casa de don Alejandro. Una especie de visita de pésame para consolarlo en su desgracia.

Por aquel mismo tiempo, el capitán don Vicente San Bruno, era uno de los hombres más ocupados de Santiago. Mientras sus compañeros de armas de la misma graduación, sacaban sus compañías á hacer el ejercicio militar á los alrededores de la ciudad, don Vicente concentraba en sus manos, por la confianza del Presidente, el servicio de orden y de policía de la capital con todas sus ramificaciones, aparentes y secretas. Un cuerpo de vigilantes y serenos, organizado por él con admirable celeridad, podía recoger los borrachos durante el día, y dormir en la noche contra las piedras de esquina, regadas por los perros vagos, muy abundantes entonces, mientras los ladrones abrían sus foradas, ó con llave ganzúa se introducían en las tiendas y despachos de los descuidados comerciantes. Al lado de esos guardianes de la propiedad y del orden, San Bruno se había creado algunos auxiliares secretos, delatores y espías de profesión, encargados de vigilar las ca-

sas de los patriotas, de relacionarse con la servidumbre de estos, y de mantenerlo al corriente de todo lo que pudieran maquinar, de hecho ó de intención, contra la autoridad del gran Fernando. Entre esos servidores ocultos, que á falta de hechos positivos que denunciar, inventaban delitos imaginarios para ganar el estipendio cuotidiano, encontrábase Juan Argomedo, al que las deudas y la embriaguez habian llevado á la oficina del feroz Capitán, en un momento de penuria extrema. San Bruno, que en su vida de fraile y de confesor, habia aprendido á leer en el embrollado libro de la conciencia humana, conoció muy pronto el partido que podia sacar de aquel ebrio consuetudinario, cuyo sentido moral, en el tumulto de sus desordenadas pasiones, se habia desvanecido, cual se pierden en el aire y van á caer quién sabe donde, los objetos que arrastra en su carrera un violento remolino. Juanito, cuando estaba *oreado*, como él decia, habia hecho valer ante San Bruno su importancia social: hijo de don Jaime Bustos, marqués de Roca Parda, y las facilidades que este origen, aunque espurio, le podia procurar para recoger noticias, indagar secretos y penetrar en las casas de los insurgentes. Sin hacerse muchas ilusiones sobre la eficacia de esos servicios, de parte de un hombre del que la embriaguez era el estado normal, don Vicente habia afiliado á Juanito en su banda de espias, con la esperanza de aprovecharlo en un momento oportuno.

Que ese momento habría de llegar en dia no lejano, era para San Bruno una perfecta certidumbre. En su cerebro educado por la disciplina y las meditaciones del claustro, las ideas de un vasto plan de venganzas para la mayor gloria del soberano, se habian ido metódicamente clasificando. El antiguo fraile, al arrojar la sotana para vestir el traje militar de los defensores de Zaragoza, en el famoso sitio de aquella plaza, no se habia despojado del sombrío fanatismo con que predicaba, la tea de la inquisición en la mano, el exterminio de los herejes. Los herejes, para San Bruno, eran los insurgentes. En su ardor de persecución, no admitia graduaciones de crimen. La casuística no tenia aplicación á los casos de conducta política. Todo insurgente era criminal, todo insurgente debia ser perseguido y ahorcado. Sobre esa base habia desarrollado los detalles de su plan, apoyándolos en las órdenes de persecución llegadas de Lima.

En los conciliábulos de palacio, que tenían lugar en una pieza apartada de la sala principal, los consejeros del Presidente, el obispo electo Rodríguez Zorrilla, el oidor don Anacleto Malespina y los otros personajes que componían la camarilla, discutían con gravedad solemne la urgencia de dar cumplimiento á las órdenes del virrey del Perú, para escarmentar con el mayor rigor á los insurgentes. La única voz que se levantaba en favor de los súbditos descarriados de su majestad era la del coronel Laramonte. Él defendía con calor la política de conciliación que en los primeros días de la reconquista, había formado el programa de gobierno del presidente interino.

— El rigor, sostenía Laramonte, nos dará un país conquistado y amilanado, pero no una colonia amante de la madre patria. Los castigos harán olvidar á los chilenos los desastres de la anarquía, en que han vivido últimamente por causa de las rivalidades de sus cabecillas, en vez de hacerles apreciar los beneficios de la paz, que un trato suave y conciliador les haría sentir, como una prueba del cariño paternal de nuestro augusto soberano.

Osorio envidiaba al Coronel en esos momentos, porque podía expresar su opinión con independencia. Se lamentaba en su interior, con su espíritu inclinado á la benevolencia, que fuese otro el abogado de su propia política, mientras él, esclavo de la camarilla, que podía denunciarlo al Virrey como tibio y pusilánime, se veía forzado á hacerse el ejecutor de la tremenda reacción que se ordenaba desde Lima.

El obispo, y principalmente don Anacleto Malespina, combatían la opinión de Laramonte. El Oidor, que se picaba de elocuente y de hablar en periodos redondos, apelaba á un ardid que siempre le había producido buen efecto para ahogar la voz de los otros oradores y poder apoderarse de la palabra. Después de sorber una ó dos narigadas de polvillo, sacudía en el aire su gran pañuelo de seda de variados colores y empezaba á sonarse con un ruido atronador. Esta vez, cuando el Obispo había empezado á oponer algunas objeciones dogmáticas al argumento del Coronel, don Anacleto le arrebató la palabra, después de regalar al auditorio con un solo de su música nasal y entró con frases, metódicas, á rebatir lo que él llamó una política de emolientes. elevándose hasta inventar aforismos legales, que emitía con énfasis.

— Es un principio inconcuso de derecho penal, dijo, que el castigo debe seguir á la falta. Todos los tratadistas están de acuerdo en que la sanción penal debe ser proporcionada al delito; que la pena debe ser condigna. Yo no conozco, señores, mayor delito que el de rebelión contra el soberano, y sin correr el riesgo de parecer temerario, puede decirse que los insurgentes de América en general, cometen por el hecho de insurreccionarse, un crimen civil y religioso á un mismo tiempo: civil, porque turbando la paz pública, atraen males sin cuento sobre la comunidad, y religioso, porque atacan la soberania de los reyes, que gobiernan por derecho divino, proclamado en numerosas bulas por el jefe de la Iglesia.

El Obispo aprobaba con la cabeza, los otros magnates se miraban comunicándose su convencimiento, y Osorio y Laramonte, esforzándose por parecer graves, pensaban que el Oidor era un solemne é insoportable majadero.

— Y á usted qué le parece, Capitán, dijo el presidente á San Bruno, en una pausa que habia hecho don Anacleto.

— Yo creo que fusilando algunos, encarcelando á otros y enviando los más viejos á Juan Fernández, pronto tendríamos el reino como una taza de leche.

— Eso es hablar en plata, exclamaron los consejeros que no habian podido tomar la palabra.

El tono decidido, la voz penetrante y ardorosa con que el Capitán habia dado su respuesta, hicieron pasar un soplo de energia sobre los prohombres de la camarilla. Todos abundaron en su opinión. La férrea voluntad de San Bruno se impuso desde ese momento, y el General tuvo que seguir la corriente. Ahí mismo se convino en que don Vicente era el hombre á quien debia confiarse la dirección del gran movimiento destinado á purgar el suelo chileno de insurgentes. Una especie de San Bartolomé realista, templada por las costumbres menos sanguinarias de la época, pero análoga, en sus tendencias de anonadamiento radical de los enemigos.

El Obispo presentó listas de los frailes contagiados de patriotismo. Las autoridades civiles las enviaron de los seglares infestados de la misma epidemia. Sobre ellos formó don Vicente la nomenclatura de las víctimas con que debia empezarse la santa obra de la regeneración del reino. En esa obra, el Presidente y su sombrío ministro de ven-

ganzas públicas, emplearon varios días. Era menester designar los que serían enviados á Juan Fernández, los que deberían, pagar fuertes multas y los que quedarían en las cárceles para disponer de ellos, según fuera conviniendo al servicio de Su Majestad.

Durante ese tiempo, los tertulios de la malilla presidencial veían al Obispo, al grave oidor Malespina y á los otros de la camarilla, conversar á veces misteriosamente, dirigirse signos y alusiones en el juego y asumir aires de reserva entendida, acompañadas de tosidos llenos de importancia, que á veces degeneraban, sin quererlo ellos, en trabajosas y ruidosas expectoraciones. El oidor jubilado se distinguía siempre por su modo de sonarse, después de sorber largas narigadas de polvillo, que lo colocaban á una altura considerable en el respeto de los tertulios de menor cuantía, cortesanos diligentes del restaurador de la felicidad nacional.

Desde la antesala, José Retamo, encargado de recibir los sombreros, los bastones ó los paraguas de los visitantes, en su calidad de mayordomo de palacio, observaba inquieto aquellos síntomas de alguna catástrofe latente, que pasaban desapercibidos á los ojos del común de los tertulios. Dispuesto á servir en todo lo que fuese honrado y legítimo á los patriotas, como había servido á los realistas, en la medida de su modesto influjo, durante el triunfo de aquéllos, Retamo prodigaba todos sus chistes á los de la camarilla cuando iban llegando, con indirectas más ó menos atrevidas, según fuese la categoría del personaje que le pasaba el sombrero, para ver de sonsacarles algo de lo que se confabulaba en el más apartado retrete presidencial. Pero los magnates depositarios del gran secreto de estado no estaban dispuestos á la charla sobre el tema de sus conciliábulos, y se encerraban en una reserva llena de dignidad, que lejos de tranquilizarlo, era una confirmación de sus temores para el mulato. Por lo demás, la presencia diaria de San Bruno en las reuniones del Presidente y de su camarilla, era para Retamo un indicio seguro de que algo siniestro se preparaba contra los vencidos. Por esto fué que no pudiendo encontrar una prueba que diera certidumbre á sus sospechas, ni nada tampoco que bastase á desvanecerlas, no halló otro medio de aconsejar la prudencia y la cautela á los patriotas, que las palabras enigmáticas con que se había despedido en la tertulia de la calle del Estado.

— Señores Condes y Marqueses, ya que ven hacerse la barba á su vecino, echen la suya en remojo.

Don Vicente, entre tanto, sabiendo que el hierro debe machacarse mientras está en ascua, no perdió tiempo en hacer firmar á Osorio las distintas órdenes de prisión, que extendió de su mano, para conservar el secreto de la gran medida. Unas eran para Santiago y otras para las provincias. Tomó también sus precauciones, con el fin de tener tropa segura que lo ayudase á operar en la capital, é hizo alistarse con plausibles pretextos los piquetes de caballería, destinados á apoyar la acción de las autoridades en los alrededores. Con igual precaución alistó los *propios* portadores de las instrucciones destinadas á los departamentos. Libre ya, de este modo, de sus ocupaciones oficiales, pudo tranquilamente consagrarse al complemento del plan que venía meditando en la abstracción de sus meditaciones. Ahí estaba el postre que estimulaba, como un licor espirituoso, su apetito de venganza en el festín de la reacción. El sacrificio de la familia de Malsira debía coronar su obra y darle ese placer, que por su exquisito sabor, se supone ser el de los dioses. El joven Malsira había sido causa de la mayor afrenta de su vida y había contribuido á ella en la escena de Talagante. La chica, con sus lindos ojos, era causa de que el coronel Laramonte no le hubiese permitido vengarse de aquella afrenta. El padre, insurgente activo, ex-comandante de milicias en Melipilla, había beneficiado también del poder de su hija sobre el Coronel. Todos debían pagarle la humillación de que eran responsables. Tal era el raciocinio de don Vicente.

Fecundo en invenciones, cuando se trataba de satisfacer sus odios, su imaginación le había sugerido una idea genial, para dar una forma práctica á su venganza. Dueño de la situación, él haría desarrollarse los acontecimientos, él haría caer sobre aquella orgullosa familia de patricios insurgentes las desgracias, como el fuego del cielo. La comparación era de don Vicente, que gustaba de dar un sabor místico á sus conceptos. Los medios de llegar á ese propósito se resumían en la preparación de dos acontecimientos, que deberían verificarse fatalmente, como las evoluciones regulares del tiempo.

Contento con la obra preparada, cuya ejecución debía realizarse en la noche, San Bruno envió al cabo Villalobos, repuesto ya de sus heridas, con un oficio del general

Osorio para la madre abadesa del Carmen Alto. El Presidente, en términos del más rendido comedimiento, rogaba á la santa señora, en forma humildemente compulsiva, que ordenase al portero del convento se pusiera á la disposición del capitán don Vicente San Bruno, á quien debía obedecer en todo lo que éste dispusiese, « por convenir así al real servicio de Su Majestad en asuntos meramente temporales, del todo extraños á los intereses de esa santa comunidad, de la que el que suscribe será siempre el más fiel y respetuoso defensor ». La madre abadesa, protestando *in petto* contra aquella autoritaria invasión del vencedor de los patriotas, tuvo que conformarse á la obediencia y media hora después llegaba el portero, en compañía de Villalobos, al cuartel de los Talavera, donde era introducido á la presencia de San Bruno. Todo aquello era muy imponente para el humilde guardián de las puertas del Carmen Alto. Al traspasar la entrada del cuartel, delante de la cual se paseaba un centinela con fusil al brazo, el portero sintió el sobresalto con que los niños miedosos entran en un cuarto oscuro. Á la vista de San Bruno, que la leyenda popular pintaba ya con los sombríos colores que le ha conservado la historia, ese vago sobresalto se cambió en el frío turbador del miedo.

El Capitán lo miró de hito en hito, con ojos profundos, que le parecieron lanzar rayos metálicos y punzantes, como los del diablo en uno de los altares de la iglesia.

— ¿Usted es el portero?

— Sí, su merced.

— Sabrá usted ya, que en adelante usted no tiene que recibir órdenes de nadie sino de mí.

— Así será, su merced.

— Así es, dejémonos de « así será ». La madre abadesa debe haber dicho á usted que desde hoy se encuentra á mi disposición. Es decir, que si usted no me obedece ciegamente, ó si me traiciona revelando mis órdenes, debe estar seguro que empezaré por hacerle dar cincuenta azotes ó por cortarle las orejas.

— Así es, su merced.

El portero exhaló una especie de gemido, cual si sintiese ya el ardor de los azotes donde se dan por lo común, y el frío de enormes tijeras, como las de tusar caballos, en las orejas.

— Pues bien, oiga usted y cuidado con olvidar ó equivocarse.

Del cajón de la mesa sobre la que estaba escribiendo cuando entró el portero, sacó San Bruno dos pedacitos de suela que, puestos el uno al lado del otro, coincidian exactamente y formaban lo que entonces se llamaba una *seña*. La seña suplia, entre los bodegoneros, la moneda de vellón. Era el billete de cambio primitivo con que el comercio al pormenor daba el vuelto. Su valor reposaba en la solvencia del que lo emitia y su circulación se limitaba á las operaciones de cambio entre éste y el comprador. Don Vicente habia cortado por la mitad la seña que presentaba al portero.

— Aquí tiene usted una seña en dos pedazos, le dijo. Usted se llevará uno y yo me quedaré con el otro. Cuando alguien presente á usted este pedazo, eso le indicará que va de mi parte y podrá tener confianza en él, ¿me entiende?

— Sí, su merced.

— Ahora, dígame usted, ¿ha visto á la señorita Malsira desde que la dejaron en el convento?

— Sí, pues, su merced, cuando voy á regar el jardín y cuando voy á sacar agua del pozo.

— ¿Y podrá usted hablar con ella y entregarle una carta sin que lo vean las monjas?

— No sé, pues, su merced; tal vez, pues.

— ¿Se ha presentado alguien á verla ó á llevarle alguna carta?

— Naide, su merced.

— Entonces usted tendrá cuidado de que nadie de fuera hable con ella sin que yo lo sepa, y si le llevan cartas, usted no se las dará, sino que vendrá á traermelas. Es muy seguro que alguno irá con el pedazo de seña para mostrarle á usted que va de mi parte. Si esa persona pide á usted que entregue una carta á la señorita Malsira, usted tomará la carta, le dirá que va á tratar de entregarla, que vuelva dentro de dos dias por la contestacion y me la traerá al instante.

Reiteró estas instrucciones en formas diversas, hasta convencerse de que el portero las comprendia perfectamente cuidando de reforzar sus explicaciones con nuevas amenazas de azotes y de cercenamiento de orejas, que conven-

cieron al hombre de que cualquiera infidencia le acarrearía los más terribles castigos.

Apenas despidió al portero con un « vaya usted con Dios », que bien sonó en los oidos de éste como una amenaza final, el Capitán se dirigió á casa de Violante de Alarcón. Sabia que la viudita, medio emparentada con el virrey Abasbal, podía tener influencia en la corte de Lima. Era persona cuya amistad convenía cultivar. El mismo general don Mariano Osorio tenía por ella especiales miramientos. San Bruno llevaba, además, un propósito determinado. Violante era uno de los resortes que debia concurrir á la preparación de su venganza. Don Vicente le habia asignado la función de intermediaria en el desarrollo metódico de sus designios. Al verla sentarse después de saludarlo y tomar sobre su silla una actitud de genial coqueteria, moneda que la viudita gastaba sin contar, San Bruno midió, con pensamiento enconoso, la distancia que lo separaba de aquella graciosa criatura. Él era feo y oscuro, ella hermosa y aristocrática. Pensamiento de hombre que no puede ver una mujer bonita sin desear apropiársela. Pero eso pasó con rapidez. Había aprendido en el claustro á sofrenar la bestia, en sus continuos arranques, que amenaza desbocarse. Y volvió á su idea preconcebida, propósito que por entonces dominaba en su espiritu.

— Mis ocupaciones, señora, le dijo, no me han permitido hasta hoy venir á presentar á usted mis respetos.

Hablaron de muchas cosas indiferentes. Murmuraron de los criollos, tan atrasados, con ínfulas de grandes personajes y figurándose que Chile estaba tan adelantado como España. San Bruno decía que era un destierro atroz y que el único consuelo que podia buscarse al fastidio, era castigar la insolencia de los insurgentes. Sobre este tema se ponía locuaz, á tal punto, que Violante pensaba que era muy injusta la reputación de taciturno y caviloso que se daba por muchos al Capitán. Gradualmente llegó San Bruno á las noticias sociales.

— Ya sabrá usted que la chica Malsira ha sido encerrada por su padre en el convento del Carmen Alto.

— Así dicen, ¿ es cierto ?

— Muy cierto, señora.

— ¡ Jesus, qué crueldad !

— Y cuentan que el señor coronel Laramonte es la causa de esa medida.

— Pobre Coronel, debe estar furioso.

— Para dar una buena lección al viejo insurgente, alguien debería facilitar al Coronel los medios de entrar en correspondencia con la chica.

— Esa es una buena idea, Capitán.

— Todo entra en la guerra.

— Sí, pero, ¿cómo?

— Ah, yo no me atrevo á sugerirlo al Coronel. Es claro que á él le disgustaría que un subalterno se mezclase en sus asuntos privados.

— Sin embargo, fuera del General, usted es la única persona que podría prestar este servicio á Laramonte, puesto que tiene á su cargo el servicio de la ciudad en todos sus ramos, y aun puede, según me han dicho, hasta entrar en los conventos.

— Es verdad; pero, ¿que quiere usted, señora? los hábitos de subordinación... el respeto á un superior, ¿qué se yo? Me gustaría sin duda prestar un servicio semejante al Coronel; mas no directamente, de algún modo que él no lo supiese.

— Yo soy muy amiga del Coronel ¿quiere usted confiarse de mí?

— No pediría otra cosa, señora. Al fin y al cabo, haciéndolo, creo trabajar por nuestra causa, puesto que se trata de humillar á un insurgente.

— Pues Capitán, decídase usted y yo le guardaré el secreto.

— Señora, nada de más sensillo. Yo tengo á mis órdenes el portero del convento, y por ahí verá usted que con ese auxiliar, nada más fácil que hacer llegar una carta á la chica.

Explicó entonces su sistema, y mostró á la curiosidad de la viudita, la mitad de la seña que debía presentarse al portero. Violante acogió con femenil entusiasmo la idea de secundar aquella intriga amorosa y aplaudió el ingenio del Capitán. Le parecía que el empleo de la seña daba á la empresa un carácter particularmente sabroso.

— Pierda usted cuidado, dijo á San Bruno, que le recomendaba la discreción, el nombre de usted no tiene para qué figurar. Yo diré á Laramonte que el portero ha sido sirviente mío y que soy yo quien ha ideado este medio de introducir el contrabando en el convento.

Chanceaba y se reía muy agradablemente del ardid. Su

espíritu picaresco se deleitaba con la idea de jugar esa mala pasada al inflexible patriota, que había hecho alejarse á Abel, y que era el único obstáculo para que ella pudiese ser feliz y rica, asegurarse ya una posición tranquila y opulenta, que le permitiría tal vez volver á España, su sueño dorado.

San Bruno la dejó penetrada de estas ideas, que ella callaba por supuesto, asegurando que iba á prestar el servicio á Laramonte por pura amistad.

— Y porque á todas las mujeres nos gusta favorecer á los amantes contrariados. Una obra de caridad, Capitán.

— Y en este caso señora, una obra benéfica á la causa de Su Majestad, porque se trata de castigar á un insurgente.

— ¡ Ah, Capitán ! Á propósito de castigar á insurgentes, ¿ sabe usted lo que empieza á susurrarse muy por lo bajo ? Que algo se está preparando contra los patriotas.

— ¿ Usted se interesa por alguno de ellos, señora ? preguntó San Bruno, fijando en la viudita una mirada inquisidora que la hizo enrojecer.

— No, por ninguno, lo preguntaba por pura curiosidad.

El Capitán hizo un gesto en busca de una sorisa maliciosa.

— Dispense usted si he sido indiscreto.

— Pero usted me deja en mi oscuridad, ¿ hay algo de cierto en lo que se dice ?

— Nada, señora, nada, contestó San Bruno, revestido de su impenetrabilidad oficial.

¡ Quien pudiera creerle ! se dijo para sí Violante, al contestarle su saludo de despedida.

XVIII

Mortificada con esta idea y en posesión de un talismán para forzar las puertas del convento, la de Alarcón se apresuró á llamar á Laramonte.

— ¿ Qué diría usted si yo le diese los medios de entrar en correspondencia con cierta personita, que suspira por allá, en el fondo de un claustro.

— Diría que usted es tan hechicera de espíritu, como lo es de cuerpo

— Pues aquí tiene usted el talismán que puede producir ese milagro.

— ¿ Ese pedacito de suela ?

— Este, que es simplemente la mitad de una seña de bodegonero.

— ¿ Y vale ?

— Como moneda, un cuarto.

— ¿ Y como talismán ?

— Un tesoro.

— ¿ Que pone usted á mi disposición ?

— Á trueque de un ligero servicio.

— Es decir, entonces, que usted me lo vende.

— ¡ Ah ! muy barato, en comparación de lo que vale.

— Veamos el servicio.

— Muchos de los que asisten á palacio sospechan que algo de muy serio se está preparando, y como si esto es cierto, la cosa no puede ser nada de bueno para una familia de patriotas por la que usted y yo nos interesamos, deseo saber qué hay de efectivo en lo que se supone.

— Mire usted, mientras usted hablaba, la he estado admirando.

— No, no se escurra usted con galanteos.

— No es un galanteo, va usted á ver. Decia que estaba admirándola y diciéndome que solamente unos lindos labios de mujer, pueden pedir una enormidad, con la expresión encantandora de pedir un fruslería.

— ¡ Una enormidad ! ¿ qué es lo que he pedido á usted de tan enorme ?

— Nada, una fruslería ¡ que le revele un secreto de estado !

— ¿ Hay secreto de estado entonces ? ¡ No ve usted !

— No digo tal; pero si lo hubiese y yo lo supiese, cometería indudablemente una falta gravísima, una enormidad como dije, revelándolo á usted.

— Pues ahora soy yo la que estoy admirando á usted al oirlo, y me digo que es preciso ser hombre para dar á todo proporciones colosales, para convertirlo todo en asunto de estado, para ser en todo absoluto, cuando en la vida todo es relativo, y todo tiene su término medio.

— ¡ Magnífica teoría ! Vamos á ver, convénzame usted de que no me pide la revelación de un secreto de estado.

— Voy á explicar á usted mi pensamiento con un ejemplo. Una puerta, dicen los hombres, debe estar abierta ó

cerrada. Las mujeres decimos que puede estar entreabierta. Ustedes están por lo absoluto y nosotras, como le decía á usted, por lo relativo. Lo mismo puede decirse de los secretos. El dar un indicio no es revelarlos. Deje usted la puerta entornada y así me permitirá ver algo de lo que deseo ver. ¿Me entiende usted? Yo no le pido la revelación de las medidas que el gobierno está preparando, yo solamente pregunto: ¿corren algún peligro las personas que nos interesan?

— Es usted muy persuasiva. Ya lo sabía, con esos ojos no puede ser de otro modo; pero restablezcamos, señora mía, la verdad de las expresiones. Entre esas personas á que usted alude, lo que es á mí, sólo me interesa la chica; y, ¿qué peligro quiere usted que corra en el convento?

— Yo no tendré para nada en cuenta los elogios que usted me prodiga, y le diré sencillamente que usted es insufrible. ¡Ah! usted cree que no puede correr ahí ningún peligro. Pues señor, puede correr uno, y es el de quedarse sin cartas y sin noticias de una persona que le interesa.

— ¡Vengativa! ¿Y para esto me ha hecho usted venir?

— ¡Toma! He llamado á usted para ofrecerle un buen servicio en cambio de otro menor. Creo que no puede hablarse con más llaneza.

— Pues yo daré á usted el ejemplo de la generosidad. Usted desea saber si los señores de Malsira, padre é hijo corren algún peligro. ¿no es así?

— Justo.

— Lo que puedo decir á usted es que esos señores estarían mejor fuera que dentro de Santiago, é indudablemente más seguros aún, fuera que dentro del país.

— Eso me basta.

— ¡Entonces, al talismán!

Violante puso la seña en manos del Coronel.

— No tiene usted más que presentarla al portero, sin decir de parte de quien va usted. El hombre tiene la otra mitad y después de reconocer que las dos se juntan, no hará ninguna dificultad para recibir una carta y tratar de entregarla á quien usted le indique. Por supuesto que lo de entregarla no será soplar y hacer limetas; habrá sus dificultades y la respuesta no llegará tan pronto como usted podrá desearlo, pero en fin, no hay otro medio.

— Es usted adorable. Siempre he pensado que habíamos nacido para entendernos.

— Sin duda y por eso no debía usted ser tan enigmático. ¿Qué le cuesta á usted decirme si el peligro de que hablamos es inminente ó lejano?

— Todo lo que puedo decir á usted tocante á eso es el viejo refrán: no dejar para mañana lo que puede hacerse hoy.

— ¡Ah!

— Y en cuanto á mí, yo voy á seguir esa máxima, y de este paso, ahora mismo, me pongo en viaje para el Carmen Alto.

Mientras el Coronel atravesaba el patio en dirección de la puerta de calle, Violante se preguntaba:

— ¿Qué hacer?

Su posición era la de un viajero que explora una comarca desconocida y se encuentra con la conjunción de dos caminos. Podía prevenir á la familia de Malsira, ó dejarla ignorar el peligro cercano que la amenazaba. Lo primero, sería un servicio, por el que sin duda ganaría el agradecimiento de la familia; pero tal agradecimiento no bastaría para quitar al obstinado patriota su enemiga contra los realistas y admitirla un día como nuera. Con el grano de inteligencia maquiavélica que existe en el cerebro de toda mujer sagaz, la viudita llegó á una conclusión más complicada. En cuanto á Abel, enviarle un expreso para avisarle la alarmante noticia, á fin de que no fuese sorprendido en las casas de su hacienda. Por lo que hace á don Alejandro, prevenirlo también; pero un poco tarde, de suerte que no alcanzase á ponerse en salvo. Sin duda lo llevarían á la cárcel, puesto que no podía tratarse de otra cosa. Cuando estuviese preso, ella emplearía su valimiento cerca de Osorio, lo haría recobrar la libertad, y haría así el hermoso papel de salvadora del jefe de la familia. Con este golpe maestro se abriría las puertas de la aristocrática mansión de los Malsira. Admitida de ese modo, ella se encargaría de hechizarlos con toda su amabilidad y sus gracias, y si después era preciso, para entrar en la familia, desertar la causa monárquica y hacerse patriota, ella pasaría el puente del abismo. Varias veces había oído contar en su niñez, allá en España, que el rey protestante Enrique IV de Francia, no había tenido escrúpulo de oír misa y hacerse católico por conquistar á París. Hay inte-

reses que deben tener el paso sobre las convicciones, pensaba ella.

Recordando las palabras de Laramonte, que bien claro demostraban lo próximo del peligro, alistó en pocas horas un hombre á caballo para enviarlo á Los Canelos, obtuvo para él un pasaporte, á fin de qne pudiese salir de Santiago, y escribió su carta á Abel.

« Por una gran casualidad, pero de origen completamente seguro, acabo de saber que hay orden suprema de prender á usted y á su padre como reos políticos. ¿Cuándo? No he podido averiguarlo; sospecho sí que será pronto. Póngase usted en salvo, y no se deje sorprender ahí. Estando libre podrá usted hacerse oír y justificarse con mucha más facilidad, que si habla tras de las paredes de una prisión. Hágame usted saber el punto donde se oculte, para que pueda tenerlo al corriente de lo que suceda. No cometa usted, por ahora, la temeridad de venir á Santiago, hasta recibir aviso mío de que puede hacerlo. Piense que con cualquiera imprudencia se inhabilitaría para servir á su familia, sin contar con que esto formaría un nuevo *obstáculo*, que lo separaría de la persona que le escribe estas líneas. »

Sin firma. La palabra subrayada *obstáculo* era suficiente, como indicación segura y clara para Malsira. Lo demás de la carta contenía alusiones, que no dejarían duda en el espíritu del joven, sobre la autenticidad de aquel aviso. Despachado el mensajero, Violante esperó la noche, suponiendo que las misteriosas medidas que se preparaban, no habrían de llevarse á efecto con la luz del día.

No dejó correr el tiempo, como ella, el coronel Laramonte. Siguiendo la máxima de que siempre es prudente en viaje y en campaña tener una comida adelantada, él era de opinión, que en el viaje de la vida y en las campañas de amor, es siempre conveniente tener una carta pronta. Ningún esfuerzo le había costado para observar esta sabia doctrina, desde que había sabido la secuestración de Trinidad. La última conversación con la chica, en medio de la algazara de los juegos de prendas, le había grabado ese rastro de fuego, que por lo menos una vez en la vida, deja el verdadero amor en el alma humana. Separado de ella por las paredes y las rejas de un convento, aquello de escribirle para cuando se presentase una ocasión que él estaba decidido á encontrar por todos los medios imagina-

bles, era elemental. Correr de la casa de Violante á su habitación de la calle del Puente, hacer ensillar un caballo y trotar hasta el Carmen Alto, fué obra de poco tiempo.

Era la hora de la siesta. El sol reverberaba en el patio del convento y le daba una alegría mundana, un aspecto de recinto discreto y apacible. Un airecillo fresco, de ese que hace encumbrarse con facilidad los *volantines*, mecía suavemente las yerbas que se alzaban en los rincones, como una muestra de la feracidad del aquel suelo. Hermógenes, que había dejado su caballo del lado de afuera, encontraba que el patio parecía recibirlo con cariño. Nada de adusto en sus paredes blanqueadas con cal, ni en su corredor hospitalario. Sin duda que el sol prodigaba también tesoros de luz en los patios del claustro, y que las monjas sentirían esa caricia de vida, que reconcilia con la existencia hasta á los más ascéticos y desengañados. Entre ese suave rebaño de ternuras perdidas para el mundo, estaría Trinidad, con su triple aureola de belleza, de melancolía y de amor. Como Hermógenes no era hombre de engolfarse en ideas sentimentales, sólo pensó así durante un rápido momento. Un momento fugaz, en que la poesia de la esperanza le envió su onda embalsamada, como nos sorprende á veces en primavera, el soplo pasajero de una ráfaga de aire que ha bañado sus alas en los perfumes de algún jardín.

Todo estaba callado. En un rincón, bajo el corredor, dormía sobre los ladrillos gastados del piso, un campesino de manta y *guarapón*. Á su lado, una canasta con huevos y tres pollos atados, en manojo, de las patas, ofrenda destinada á las penitentes del convento. El Coronel se acercó al hombre y lo sacó del sueño, removiéndolo.

— Diga usted, buen hombre; ¿con quién podré hablar que sea de la casa?

El huaso lo miró atónito.

— Cuando sé yo, pues, patrón, si soy de Renca.

— De más lejos soy yo, que soy de España, replicó riéndose Laramonte, deseando amenizar aquel principio de diálogo, con algo tan incoherente como la respuesta típica del huaso.

Luego añadió, sin que el otro comprendiese el buen humor de aquel militar, que él hallaba muy *respetuoso*,

— Pero aunque usted sea de Renca, amigo, ¿á quién está esperando aquí?

— Al sacristán, mi 'amo, que está *hei*, durmiendo la siesta.

El huaso indicaba la dirección y el alcance de su desfigurado adverbio de lugar, señalando con su ademán una puerta baja, que se encontraba en la extremidad opuesta del corredor.

Acercóse á ella Laramonte, y dió redoblados golpes sobre el tablero de alerce, que en algún tiempo lejano debía haber sido pintado de verde. Al mismo tiempo, entreabriendo la puerta, lanzó al interior este saludo:

— *Deo gratia.*

Á la voz varonil de Hermógenes, que había dado una entonación de mando á la piadosa fórmula, otra voz de durmiente que despierta sobresaltado, respondió:

— Por siempre.

Restregándose los ojos, se presentó entonces á su vista el portero. Sin otros preámbulos, Hermógenes le mostró la mitad de la seña:

— ¿Conoce usted esto?

El portero buscó en sus bolsillos, sacó la otra mitad, y examinó la exactitud del corte.

— Cabalito, dijo.

— Esto quiere decir que usted está dispuesto á llevar una carta á la señorita de Malsira.

— Sí, pues, su merced.

— Aquí tiene usted esa carta. ¿Cree usted que podrá entregársela pronto?

— Apenas pueda, pues, su merced.

— Eso no dice mucho; yo volveré mañana para ver si usted ha podido entregarla, y me tiene contestación.

— Mejor será pasado mañana, su merced.

— Vaya por pasado mañana.

Y entregando dos reales de *carita* al portero:

— Aquí tiene usted para que beba un trago á mi salud. Si me tiene pasado mañana una carta de la señorita, se la pagaré con un peso fuerte.

El portero se inclinó maravillado. No contaba, por cierto, después de las amenazas de San Bruno, con aquel maná reconfortante. Dado el valor de la moneda en aquel tiempo, la promesa del peso fuerte lo había ofuscado.

— Su merced cuente conmigo, no más; lueguito voy á regar el jardín y le haré señas á la señorita, a ver si me entiende.

Hermógenes salió triunfante.

Una hora después, el portero se presentaba en el cuartel de los Talavera, y ponía en manos de San Bruno la epístola del Coronel. Con un cortaplumas abrió don Vicente la carta, dividiendo en dos la oblea que la cerraba. Habia hecho salir antes de esto al portero, diciéndole que esperase en el corredor, y se puso á leer:

« Nunca olvidaré los preciosos momentos, que tuve la dicha de pasar al lado de usted en casa de su tio. Una á una resuenan todavía en mi oido las palabras que usted me dijo. Cuando me encontré solo me parecia todo un sueño. Su presencia, su voz, sus juramentos de amor encantadores, todo eso era una felicidad inmensa, que se me figuraba haber perdido para siempre. ¿Es cierto que no volveremos á renovar esa dicha? De usted, de su constancia y de su valor, depende nuestro porvenir. Nuestros juramentos de unir en una sola nuestras existencias, no deben ser únicamente el resultado de una exaltación momentánea. Digame usted que está dispuesta á seguirme y no descansaré un instante, hasta conseguir sacarla de ese encierro atroz en que se encuentra. Ha hecho usted de mi, con el poder de su belleza, con la suave dulzura de sus ingenuas palabras, el más rendido, el más apasionado adorador. Repitame usted, como me dijo de viva voz, que me entregaba su suerte, y sabremos triunfar de su padre y de todas las dificultades con que pretenden separarnos. »

El Capitán siguió leyendo y encontrando cada vez más huecas y sin sentido, esas frases de la eterna cantilena de amor, que no tienen armonia sino para el corazón que las entona y para el corazón que las inspira. Mas para él, que vivia sobre dos fanatismos : como antiguo fraile, el de Dios; como guerrero, el del Rey, todo aquello le parecia soberanamente ridiculo. Hablar á una mujer de adoración y de consagrarle la existencia, eran herejias dignas de castigarse con una buena vapulación. Pensando en esto, su vista se habia detenido maquinalmente en un oficio, escrito de su puño en sólido papel de hilo, que tenia delante de si sobre la mesa :

« Santiago, noviembre 1.º de 1814.

Se pondrá usted en marcha esta noche mismo, á las ocho, para Melipilla. Sin detenerse en ese pueblo, seguirá cami-

no de la hacienda de Los Canelos, perteneciente á la familia de los Malsira, insurgentes notorios, y tratará de sorprender y apresar en las casas de ese predio, ó donde se encuentre, al llamado don Abel Malsira, que conducirá usted á Santiago, con esposas y grillos, bajo buena custodia, juntamente con los demás insurgentes de la misma región que constan de la lista adjunta. Los nombres señalados con una cruz designan las personas que más importa prender. Si el citado Malsira hiciese resistencia ó pretendiese fugarse, ó si alguno de los que llevan una cruz en su nombre, cometen un desacato análogo, usted empleará la fuerza para constreñirlos á obedecer esta orden, y si se empeñasen en su intento de resistencia ó de fuga, deberá usted pasarlos por las armas, cuidando de traer sus respectivos cadáveres amarrados, sobre una mula, á esta capital, donde se presentará usted á darme cuenta de su comisión.

Dios guarde á usted muchos años.—De orden suprema, *Vicente San Bruno.*

Al Alférez del regimiento de Talavera, don Pantaleón Curasota.»

¡Un poema para el alma del Capitán! Con orgullo comparaba lo sonoro y perentorio de sus frases, con los almibarados rendimientos de la epístola amorosa de su Coronel. Su vanidad de autor lo llevaba hasta olvidar los respetos de la jerarquía. Se encontraba muy superior á su jefe. La expresión «cuidando de traer sus respectivos cadáveres», le parecía un hallazgo de laconismo y de entereza militar.

Pensando así, se puso á copiar, con bien imitada letra, la carta de Laramonte. Concluida esta operación, llamó al portero y le entregó la copia, guardando el original.

— Lleve usted la carta y procure entregarla pronto á la señorita. ¡Cuidado con que alguna monja lo vea! Cuando reciba usted la contestación, tráigamela aquí inmediatamente.

Volvió á su mesa, y mientras clasificaba sus papeles, entreteníase con un goce maligno, en mezclar frases de la carta de amor con otras del oficio al Alférez. «Una á una resuenan todavía en mi oído, las palabras que usted me dijo», «cuidando de traer sus respectivos cadáveres amarrados sobre una mula».

«Sobre una mula», indicaba en su mente el vilipendio con que debía tratarse á los insurgentes. El caballo le pa-

recía demasiado noble para soportar semejante carga. Esta mezcla de las frases amorosas con las órdenes de prisión y de muerte, tenía un sabor extraño para su imaginación. Un sentimiento de desprecio por el Coronel se levantaba en su alma. Laramonte había estado irónico con él al oír la aventura de Talagante y se había mostrado flojo en la persecución del revolucionario Rodríguez. No podía perdonarle ni esa insolencia ni esa debilidad. Luego, ocuparse de fruslerías de amor en tiempo de guerra, cuando los insurgentes no estaban aún castigados, se le figuraba una falta grave, como bailar en cuaresma, ó algo de irreverente por el estilo.

Felizmente él estaba ahí, para rescatar con su energía esa flaqueza de un soldado de Su Majestad. Los actos iban á probarlo sin tardanza. Para esto llamó al cabo Villalobos.

— Aquí tiene la lista de los insurgentes que debe usted llevar esta noche mismo á la cárcel. De las nueve á las diez todos ellos deben estar ahí encerrados. Los que resistan, palo con ellos, y si se defienden con arma, se les despachará de un buen bayonetazo. Cuando alguno se oculte, y no digan las personas de la casa donde se encuentra, emplee usted los azotes, empezando por los sirvientes y siguiendo con los patrones, hasta que confiesen.

Villalobos, rígidamente cuadrado, escuchó con religiosa atención aquella orden. La voz del Capitán vibraba con entonaciones metálicas. Había detallado cada frase con pausa, cargando el acento al fin de cada una, para hacerlas pasar de sus labios á la inteligencia del cabo, como con un martillo. Los dos hombres se entendían por la vista. Los reflejos ardientes de la de San Bruno encontraban la obediencia ciega y entusiasta en los ojos de Villalobos. Con un signo de la mano para despedirlo:

— Llame usted al que sigue, le dijo.

Un sargento entró poco después. San Bruno le repitió con más detalles las instrucciones que acababa de dar al cabo. No teniendo, sin duda, con respecto al sargento la misma aventajada idea que le inspiraba el celo de Villalobos, agregó al fin esta advertencia solemne:

— Cuente bien los insurgentes que tiene que prender. Por cada uno que falte, veinticinco azotes para usted y veinticinco para cada uno de sus soldados. Vaya usted con Dios. Llame al que sigue, ¡y cuidado con hablar!

Así, otros tres, recibieron sus instrucciones y el apéndice conminatorio con que fué despedido el sargento. Era ya de noche y la oscuridad casi completa. San Bruno se ciñó la espada y salió al patio. En el fondo se distinguía confusamente una línea de hombres de pie, con fusil en descanso. El Capitán caminó hacia ellos hasta llegar al lado del que parecía mandarlos. Este se cuadró, haciéndole un saludo militar. Los soldados, al ver acercarse á San Bruno, habían tomado la posición de «firmes» sin esperar la voz del jefe. En tono bajo, San Bruno preguntó á éste:

— ¿Repartió usted los cartuchos?

— Veinticinco á cada hombre, mi capitán.

En ese momento el reloj de la Compañía daba las ocho. San Bruno pareció contar atentamente las campanadas. En seguida se alejó de la tropa, atravesó el patio y se dirigió al cuerpo de guardia. Al verlo, el oficial que la mandaba se acercó á él con el saludo militar:

— No hay novedad, mi Capitán.

— El piquete de tropa que está en el patio va á salir conmigo. Los otros piquetes que se hallan en el segundo patio, seguirán de cinco en cinco minutos. Para cada uno hará usted abrir y cerrar la puerta, sin voces de mando, sin ruido ninguno. Después del último piquete, pondrá usted mismo llave á la puerta. No consienta usted en que ningún hombre haga comentarios sobre el movimiento de tropa. Reitere usted á cada cambio de centinela, las más severas órdenes de vigilancia. Cada piquete de los que van á salir debe dar á la vuelta el santo y seña, para ser admitido al cuartel.

Dadas estas órdenes se fué al segundo patio, donde pasó una revista minuciosa á cada uno de los piquetes de tropa, mandados, uno por Villalobos, y los demás por los sargentos á quienes había impartido ya sus instrucciones. El cuidado con que San Bruno velaba sobre todos estos detalles, manifestaba la grande importancia que atribuía á la acción á que esa tropa estaba destinada.

Cuando el reloj de la vieja y majestuosa iglesia de los jesuítas daba las ocho y cuarto, el capitán llegó de nuevo al piquete del primer patio.

— Alférez, en marcha, dijo al oficial.

Apagando la voz, el oficial dió sus órdenes.

— Al hombro, flanco derecho, hileras á la izquierda, paso redoblado! ¡marchen!

Y se puso al frente de su tropa, siguiendo al Capitán, que la precedía de algunos pasos.

San Bruno se había reservado la casa de los Malsira. La captura de don Alejandro le parecia demasiado importante para confiarla á un subalterno.

La viudita había esperado también la noche. Estaba contenta de su combinación. Impedir que Abel cayese en manos de los que irian á prenderlo y dar aviso á don Alejandro Malsira; pero á una hora en que no tuviera tiempo de huir. Hacerlo después recobrar su libertad, conquistándose ella, con este golpe maestro, la gratitud del adusto patriota y de toda su familia. La única dificultad que encontraba, era acertar con la hora oportuna, con el momento sicológico, se diría hoy, para dar ese aviso. Pensando en resolver el problema, vió llegar las oraciones, esa hora indecisa y triste como una despedida. Era menester no esperar demasiado, no exponerse á llegar con una noticia que nadie le agradeciese. Esta reflexión la hizo decidirse, y acompañada de su sirviente, se dirigió á casa de don Jaime Bustos. Eran las siete y media. En la puerta encontró á ña Peta, que con sus privilegios de criada antigua y de mujer vieja, tomaba el fresco en la puerta de la calle, sin que las señoras de la casa se preocupasen de su virtud, como sucedía con los sirvientes jóvenes.

— Voy á avisarle á las señoritas, dijo la vieja, al anunciarle Violante que venia á visitarlas.

La familia estaba reunida en la pieza lateral, al lado de la gran sala. Don Jaime acostumbraba dormir una media hora sobre un gran sillón de baqueta después de comer, lo que él llamaba *echar un morronqueo.* Prima Catita y Prima Cleta, envueltas cada una en su rebozo, tomaban mate en un rincón. Una negra al lado de ellas, esperaba de pie, para recibir el mate cuando hubiese *sonado.* Luisa, junto á una mesa con dos luces, cosía. El anuncio de la visita rompió al momento la tranquilidad de ese cuadro de familia. Don Jaime despertó azorado. Las dos hermanas se levantaron y salieron corriendo de la pieza para ir á *componerse*, es decir, para arreglarse el desgreño del traje casero. Luisa se puso de pie, tranquilamente risueña, sin manifestar extrañeza, y tendió la mano, con afable cortesía á la que llegaba.

Mientras tanto don Jaime formulaba algún cumplimiento insípido :

— Dichosos los ojos que ven á usted por acá, señora mía.

Violante dijo á Luisa en voz baja:

— Vengo á dar á usted una noticia urgente y de alta importancia; trate usted de alejar al señor don Jaime.

— Tío, díjole la chica, vaya á arreglarse, usted sabe que nos esperan en casa de mi tío Alejandro.

Don Jaime repitió al salir su cumplimiento de los dichosos ojos. Apenas hubo desaparecido, Violante refirió lo que sabía sobre el inminente apresamiento de don Alejandro Malsira, sin hablar de la persona de quien tenía la noticia. La joven pareció sorprendida y turbada al oír esta revelación. Se dominó al instante, sin embargo, y con voz perfectamente natural:

— Y á Abel, ¿también van á tomarlo?

— Pienso que sí. La persona á quien oí esto se expresó con muchas reticencias y no era posible preguntarle ningún detalle.

Luisa pensó que sería necesario mandar aviso á Abel en la misma noche; pero no lo dijo. Violante, con igual reserva, se guardó de hablar de la carta que acababa de enviar al joven. Algo de invisible les imponía ese espíritu de desconfianza. Ambas sentían que ese algo las separaba.

— Precisamente, dijo Luisa, esta noche debemos ir á casa de don Alejandro, de modo que nada diré á mi tío Jaime. Él hallará muy natural que lo apure para que nos vayamos.

En ese momento entraron prima Catita y prima Cleta acicaladas y vestidas como para visita. Don Jaime, que había hecho desaparecer el desorden causado por el *morrongeo* en su peluca, entró también tras de sus hermanas, risueño y haciendo como siempre sonar los sellos de su cadena de reloj. La conversación se hizo general. Aunque Luisa se esforzaba por cortarla, Violante la prolongaba, contestando á los cumplimientos de don Jaime y á la locuacidad de las dos hermanas. Estas encomiaban con entusiasmo la elegancia de la mantilla de encaje con que la viudita se había medio cubierto la cabeza. Don Jaime, balanceándose sobre los pies, repetía como un refrán lo de los dichosos ojos. A las ocho, por fin, se despidió Violante. So pretexto de acompañarla un poco, Luisa persuadió á don Jaime que debían irse á casa de los Malsira. Prima Catita, apenas salieron, corrió á buscar una blonda negra

para ensayar en la cabeza de Cleta la postura de la mantilla, que acababan de admirar en la de Alarcón.

— Tú te verás mejor, decia prima Catita en su solicita ternura por su hermana, ella es bonita, ¡como no! ¿no se te figuraba una gata con cofia? ¡Tiene la cara tan chica!

XIX

La tertulia en la tienda de don Santiago Carpesano terminó aquella noche á las siete. Los compradores eran muy escasos en la noche. La venta á esa hora, según la opinión de los tertulios, dejaba raras veces con que pagar las velas, de las que habia tres de sebo sobre el mostrador, alineadas á gran distancia las unas de las otras. Despedian una luz vacilante, como si hiciesen el duelo del marasmo comercial de aquellos tiempos. Otras dos habia en la trastienda, que nadie se acordaba de despabilar en medio de las discusiones y comentarios políticos, que eran el pan cotidiano de la reunión. Los tertulios se mostraban muy agradecidos á la generosidad de don Santiago, que abria en la noche y gastaba así cinco velas casi exclusivamente por ellos. Mas como se trataba en aquella noche de ir á hacer una manifestación de simpatía á don Alejandro Malsira, la tienda se habia cerrado temprano, y los tertulios, con grave paso, precedidos de un criado con un farolillo, se habían puesto en marcha.

Don José María Reza, que se consideraba el hombre de nteligencia superior entre los tertulios de la trastienda, habia persuadido à sus parientes, don Francisco Carpesano y don Manuel Cardenillo, que era menester convertir á don Alejandro Malsira á las ideas monárquicas.

— Dejémonos de bromas, decia mientras caminaban por las solitarias calles, la revolución es una tontería y no tiene vuelta de hoja. ¿Quién va á poder echar á los españoles de aquí? ¡Y nosotros, por hacernos los patriotas, nos vamos á estar encerrados en nuestras casas como niños taimados! No, señor, es preciso no ser tontos y no estar metiéndonos en camisa de once varas.

Carpesano y Cardenillo le encontraban razón. Era indispensable catequizar, decian, á don Alejandro.

— Así todos estaremos con la autoridad, decia don Francisco.

Estar con la autoridad era su credo político. Sus principios no iban más allá. Las ideas revolucionarias le parecían cosas de otro mundo, ideas de filósofos, de esos personajes de cabeza dislocada, verdaderos predicadores en desierto. « Eso está bueno para don Juan Egaña, que siempre está hablando de Rousseau y de los derechos del hombre ».

— Y Rousseau no me ha de dar con que comer si me quitan mi empleo, observó, suspirando, don Manuel Cardenillo, cuando hablaban entre los tres, confidencialmente, en la trastienda.

En el camino, que era largo, habían repetido estas mismas observaciones en apoyo de la tesis de don José María.

La casa de los Malsira se hallaba lejos del centro, en lo que es ahora el elegante Paseo de las Delicias, llamado también, con menos pretensión á la poesía alegórica, la Cañada. Aquellos parajes formaban el deslinde de la capital con lo que era entonces el árido llano de Maipo, convertido más tarde, lentamente, en los risueños campos que rodean hoy á Santiago, como con una guirnalda de espléndida vegetación y de primorosa cultura.

Los visitantes encontraron á don Alejandro y su mujer en una de las salas laterales. La conversación fué trabajosa al principio, puesto que no era posible aludir directamente á la ausencia de Trinidad; así como en una visita de pésame, sólo se habla con frases indirectas del difunto. Don José María Reza, únicamente, con su manía de hablar siempre con franqueza, se atrevió á decir mientras encendía un cigarrillo:

— ¿Y de las monjas, buenas noticias?

— Muy buenas, contestó doña Clarisa con voz triste.

Don Manuel Cardenillo había suspirado, como si hubiera querido decir: « ¡ Cuánto lo siento ! » mientras que su objeto había sido insinuar á don José María, que no siguiese con alguna gran claridad de las de su amaño. Movido por aquel temor, don Francisco Carpesano llevó buenamente la conversación á la política, preguntando á don Alejandro:

— ¿Nada sabe de nuevo?

— No, nada ¿por qué?

— ¿Sabe usted que el mulato Retamo nos dejó con mucha curiosidad el otro día? Vino á la tienda y se puso á conversar. Á cada momento parecía querer contar algo, y después se callaba. A veces decía frases oscuras que no se

entendían. Por fin, al despedirse, entre broma y broma nos dijo: « Cuando vean hacerse la barba al vecino, echen la suya en remojo. »

— ¿Y que creen ustedes que quería anunciar con eso?

— Algo de grave, cuando menos, observó en tono fúnebre don Manuel Cardenillo, siempre pesimista.

— ¡Qué ha de querer decir! exclamó don José María, nada, una broma no más; ustedes saben que al mulato, por pura vanidad, le gusta chancearse con la gente.

— Tal vez sabe algo y no se atreve á revelarlo por no comprometerse, replicó don Alejandro.

— Lo que es á mí no me mete miedo, dijo en tono jactancioso don José María; nunca hemos estado más tranquilos que ahora, á nadie se persigue. No hay más que conformarse. Lo pasado, pasado. Al fin de cuentas lo que más necesitamos es tranquilidad y buenas cosechas.

— Aunque nos tengan el pie en el cuello, observó sardónicamente don Alejandro.

— Á usted le habría gustado más entonces, que hubiéramos seguido destrozándonos entre nosotros, replicó don José María. ¡No ve lo bonitos que nos estaban poniendo los mandatarios patriotas! Una revolución cada dos ó tres meses y todo dado al diablo. Si todos hubieran apoyado al presidente Carrasco en 1810, en vez de meterse en cabildos abiertos y en juntas, y en los mil disparates que se han llevado haciendo desde entonces, seríamos más felices, ¡para qué estamos hablando!

— Y el comercio andaría mejor, apoyó don Francisco.

— ¡Y la vida que hemos tenido los empleados! suspiró don Manuel, ¡ni un día seguro, y no sabiendo á quién obedecer!

— Mientras que ahora sí que empezamos á respirar, repuso don José María; cada uno duerme tranquilo en su casa, la paz se afianza de día en día, y los caballeros estamos seguros que hemos de ser mandados por caballeros, y no que el día menos pensado viniese á mandarnos un huacho como O'Higgins.

— Un huacho que vale más que todos nosotros, replicó don Alejandro con calor. Los he dejado hablar por ver si tenían ustedes algún argumento nuevo en favor del detestable régimen colonial, pero veo que no tienen más razones que las muy estrechas de la conveniencia personal y

las del acatamiento al poder, porque es poder, y no porque represente beneficio alguno para nuestro país.

Don José María Reza procuraba interrumpirlo á cada instante, don Francisco hacía sonar el mate, y don Manuel Cardenillo suspiraba en forma de protesta.

Con acento caloroso y convencido, don Alejandro los obligaba á oirlo. El régimen monárquico, á su juicio, era un oprobio para la dignidad de los chilenos, que no saldrían nunca, si no tenían virilidad y patriotismo, de la triste condición de colonos. En tres años, aunque de agitaciones y de fiebre, inevitables en todo pueblo que empieza á despertar de un letargo de sumisión y de ignorancia, los patriotas habían hecho más que sus dominadores en tres siglos, por la ilustración, por la dignidad y por el progreso de los chilenos. El título de ciudadano de un país libre, valía más que el de esclavo de un soberano extranjero, aunque se tuviese que conquistar ese título con sacrificios y con sangre. Entrando en consideraciones de conveniencia personal, don Alejandro sostuvo que todas las ventajas estaban del lado de la causa de los patriotas.

— Ustedes tienen hijos, y ninguno de ellos puede aspirar á un puesto público, porque todos son para los españoles. El simple hecho de haber nacido en la Península es una superioridad. Á los ojos de nuestros explotadores, nosotros somos de condición inferior. Si producimos, es para el soberano, para nuestro amo, como dicen los lacayos realistas. Ustedes hablan del comercio. Nuestro comercio se reduce á consumir los productos españoles, diez veces más caros que lo que valen, porque España, como señora nuestra, tiene el monopolio de la venta. Un gobierno nacional nos abriría el camino á otros países, para enviar nuestros productos, y abriría nuestros puertos á las mercaderías de todas las grandes naciones del viejo mundo, que vendrían á competir en nuestro mercado, y por consiguiente, á vendernos más barato. Así, su trigo, don José María, que hoy vende usted á dos pesos poco más ó menos, lo vendería usted hasta tres, si tuviéramos un poco de libertad comercial, y todo lo que compra usted para su consumo y el de su chacra, le saldría á un precio muy inferior al que ahora paga.

— ¡Eso no me importa! exclamó triunfante don José María, porque lo que yo compro aquí y en Valparaíso para mi chacra, se lo vendo más caro á mis peones, ¿no ve?

— ¡ Eh ! los peones son chilenos como nosotros, y para mí valen más que los españoles, replicó don Alejandro indignado.

Entró en nuevas consideraciones, consideraciones de sentimiento y de conveniencia. Era menester sacudir el yugo ominoso, ser hombres al fin y no esclavos, tener una patria y no ser infelices habitantes de una oscura colonia. La fraseología del tiempo, forjada al calor de la lucha, con sus metáforas retumbantes, adquiría un extraño vigor al salir de sus labios. Lanzándose en las elevadas abstracciones del patriotismo, con la embriaguez moral del entusiasmo, sostenía que cada generación tiene sus deberes, una misión inevitable que llenar en el mundo. Á ellos les tocaba la lucha y el sacrificio. Negarse á ese destino por consideraciones de estrecho egoísmo, de vacilaciones pusilánimes, era semejante á lo de ciertos propietarios de campo, que no plantan árboles, ni hacen mejoras de largo plazo, so pretexto de que no alcanzarían á recoger sus frutos. El fuego de su palabra, su actitud de hombre decidido, arrastrado por el ardor de una idea generosa, conmovía á sus oyentes. Don Francisco se creía en su tienda, midiendo géneros á los numerosos parroquianos que veía acudir en los mirajes de actividad comercial que la palabra inflamada del patriota hacía surgir de las ruinas de la monarquía. Cardenillo suspiraba, como si sintiera levantársele del pecho el inmenso peso del pesimismo, de la mala suerte que persigue á los melancólicos, y hubiera ya obtenido un buen empleo para Manolito y Rosendo, que apenas ganaban para comprarse zapatos, en casa del escribano. El trigo á tres pesos hacía resplandecer á los ojos de don José María, la abundancia de las siete vacas gordas de la escritura. Mas como para él, toda idea debía salir de su cerebro, á fin de ser buena, y como él no se las callaba á nadie, no dejaba de interrumpir á veces al orador, con su nota prosaica, que sonaba como un silbido, en medio de un concierto de música.

— ¡ Las cosas del pariente ! Como si los patriotas que han vivido como perros y gatos nos hubieran de traer la breva pelada á la boca ! Déjese de filosofía, amigo, estémonos al sol que más calienta. ¡ Nadie ha de poder echar de aquí á los españoles, no estemos con cuentos !

Don Jaime y su sobrina, entretanto, caminaban apresurados hacia la casa de los de Malsira. Era la chica la que

apresuraba el paso, impaciente por llegar, inquieta de que algo hubiese podido ya ocurrir. Don Jaime no acertaba á explicarse la razón de la prisa con que lo hacia correr sin el menor miramiento por su gordura. Aquel paso redoblado echaba por tierra su propósito, siempre latente, de declararse una vez por todas, de librarse de ese silicio moral de la idea fija, del deseo nunca realizado. Habia pensado al salir de casa, tal vez por la milésima vez: « ahora si que le digo », y ya llegaban á mitad del camino, sin encontrar la frase adecuada, sin hallar la fuerza suficiente, para echarse al hombro ese peñasco de Titán, que es una declaración de amor de un viejo á una mujer joven.

— Pero hijita, hazte cargo, á este paso me vas á dejar en el camino.

Estaba jadeante. Soplaba como un fuelle de fragua, con ruido, con precipitación afanosa.

— Cierto, tío, dispénseme, iba distraida.

— « Ahora si que le digo » pensó él y añadió en voz alta: si pues ¡ como yo no te importo nada!

— ¡ Tío, por Dios! Como puede decir eso, ¡ yo que lo quiero como una hija!

— Sí, ya lo sé, siempre me dices que soy tu padre, ¿ qué, me encuentras tan viejo?

Ella conocía ya la indirecta, divisaba la celada como una ave sospecha el lazo que le han tendido.

— No, lo encuentro al contrario, joven para su edad.

— ¡ No ves! ¡ para mi edad! porque no me dices que soy Matusalén, á mí que me gustaría que me quisieses.

— ¡ Cómo que lo quisiera! ¿ de dónde le vienen esas ideas? Ya le he dicho que si fuese usted mi padre, no creo que lo querría más.

Apuró el paso y don Jaime no pudo contestar. « Siempre es así, pensaba, cuando le voy á decir, ¡ tas! que se me saca un lance y se me escabulle. »

Entraron al patio, cuando don José María, para triunfar, agregaba:

— Para qué buscarle tres pies al gato, amigo don Alejandro, siempre hemos vivido como buenos súbditos del Rey, sigamos así, yo le prometo que nadie nos ha de molestar ¡ soy yo quien se lo dice amigo!

Entraron á la sazón Luisa y don Jaime.

— Tío, dijo la chica a don Alejandro, apenas se hubieron

sentado, le traigo una noticia alarmante. Hay orden de prisión contra usted y contra Abel.

Estas palabras, pronunciadas por Luisa con acento del que anuncia algo de que está seguro, produjeron entre los circunstantes una profunda emoción. Doña Clarisa pareció aterrada, y poco menos lo parecieron don José María, don Santiago y don Manuel. Únicamente Malsira, con semblante sereno y voz tranquila preguntó:

— ¿Estás segura? ¿Cómo lo has sabido?

— Lo tengo de muy buen origen; pero dispénseme de revelárselo, he prometido el secreto.

— ¿Qué le parece á usted don José María? ¿Qué dice usted de las seguridades de tranquilidad, que usted nos estaba dando?

— Y se las repito, amigo. No tenga usted el menor cuidado. Son invenciones con que han engañado á Luisita. Que me lo vengan á decir á mí. Por lo demás, si algo hubiese, aquí estamos nosotros para responder por usted. ¿No es así amigo don Jaime?

— Así es, dijo éste con voz apagada. Luego, como luchando por darse cuenta de algo que no podía comprender:

— Pero hijita, dijo á Luisa ¿Cómo no me dijiste nada en el camino?

— Porque usted no habría querido acompañarme, respondió la chica sonriéndose.

— Yo habría ido á palacio á saber si es cierta esa noticia, repuso don Jaime con aire de importancia; ustedes saben la confianza con que me trata el General. ¡Pero hacerme correr así! estoy empapado.

— Nadie suda más que yo, amigo don Jaime, cuando ando ligero, y no me quejo, exclamó don José María, que ni aun en punto á la transpiración, quería ser inferior á persona alguna.

— ¿Y te dijeron cuándo piensan tomarme? preguntó Malsira á la chica.

— No me dijeron cuándo, pero se me dejó entender que sería muy pronto.

Doña Clarisa dijo entonces á su marido con alarma:

— Esta noche tal vez. Debías ocultarte.

— ¡Eh señora! ¡Un hombre no se oculta! exclamó con ademán heroico don José María, mientras que don Alejandro dijo con sencillez:

— Nada tengo que temer, ¿para qué ocultarme?

Don Jaime, que quería tranquilizarse y mostrar al mismo tiempo que él era hombre influyente cerca del general Osorio, agregó :

— Además, el Presidente no puede haber dado semejante orden, yo lo conozco muy bien. Es el hombre más pacífico del mundo, y me repite cada vez que me ve, que su política es de conciliación y de olvido.

Se trabó entonces una animada discusión sobre este punto. Doña Clarisa, suplicante, insistía en que su marido se pusiese en salvo. Para esto indicaba el sencillo medio de pasar á la casa vecina, por una puerta oculta de comunicación, como eran muy comunes en aquellos agitados tiempos de disturbios políticos. De esa casa, don Alejandro podría ir en la misma noche á ocultarse donde algún amigo, y se le procurarían después los medios de salir de Santiago y esperar los acontecimientos. Don Jaime se mantenía en una reserva prudente, y hablaba de que lo que más urgía por el momento, era que él fuese á palacio á tomar lenguas. Con este pretexto quería ponerse en salvo desde luego para no estar expuesto, quedándose allí, á que lo tomasen también como insurgente. Don Francisco y don Manuel proclamaban su adhesión al Rey y hablaban de acompañar á don Jaime á palacio. Don José María, que continuaba negando la veracidad de la noticia, encontraba que el momento era oportuno para manifestar superioridad y entereza.

— ¡ Adiós ! ¡ ya les entró miedo ! Exclamaba con ademanes de senador romano, defendiendo, desde su silla curul, las libertades de la patria. No señor, aquí está nuestro puesto para responder por don Alejandro. Nosotros haremo ver á los que vengan, que un caballero chileno no se amedrenta, y tiene confianza en la justificación de las autoridades. Los criminales pueden ocultarse, pero no los hombres honrados ni los ciudadanos pacíficos.

Sintióse entonces como el ruido de una persona que atravesaba el patio corriendo y llegaba á la puerta de la sala. Abrióse ésta precipitadamente. Francisco, el esclavo, se presentó en el umbral.

— Amito, dijo, con voz cortada por lo emoción, dirigiéndose á don Alejandro, ¡ están rodeando la casa con soldados !

— Si preguntan por tu amo, responde que no está en casa, díjole doña Clarisa.

Hubo un movimiento general de sorpresa. Cada uno hablaba sin hacerse oir. Luisa y don Alejandro eran los únicos que conservaban su serenidad. Doña Clarisa, lívida de temor, imploraba, casi de rodillas, á su marido para que se ocultase. En esto era apoyada por la chica.

— Sería un sacrificio inútil el dejarse prender así, decía ésta, yo creo que usted debe á su familia, y á sus partidarios, el conservarle sus servicios.

Mientres la señora y la joven reiteraban sus argumentos y sus ruegos, los otros seguían en la más completa confusión. Don Jaime, Carpesano y don Manuel, buscaban sus sombreros apresuradamente y los confundían en la precipitación medrosa de sus movimientos. Don José María, convencido ahora del peligro, había perdido toda su arrogancia y pretendía tener que irse á tranquilizar á su mujer.

— La Panchita está tan embarazada, decía con temblosa voz, que yo debo evitarle todo susto. ¡Si no fuera por la Panchita, ustedes verían!

Mientras tanto, doña Clarisa y Luisa habían conseguido que don Alejandro consintiera en ocultarse.

— Bueno, pero si se esconde nos llevarán á nosotros, exclamaba con lastimosa voz don Jaime.

— ¡Bonita cosa! decía don José María, de modo que nosotros seremos los *fregados* al fin y al cabo. ¡Era lo que faltaba!

— Y usted que nos iba á defender, suspiraba don Manuel Cardenillo, ¿porqué no saca la cara por todos?

— Sáquela usted si se atreve; tan poco brutales que son los soldados. ¡Ah! ¡si fuesen caballeros como nosotros, no sería á mí á quien le meterían el resuello! ¿no ve? pero yo no me entiendo con soldados. Al fin y al cabo yo nunca he sido militar.

Casi empujándolo, Luisa y la señora, hicieron entrar á don Alejandro en el cuarto vecino, desde el cual podía ir á buscar la comunicación con la casa contigua.

— ¡Bonita cosa! seguía exclamando exasperado don José María; ¡se esconde y nos deja en el pantano!

Don Jaime, demudado y lleno de turbación se acercó á Luisa.

— Vámonos, vámonos, ¿qué estamos esperando aquí? yo tengo que ir á palacio. Si no fuese por por ti, yo no me vería en estas andanzas.

— Lo siento mucho, tio, pero yo no podía dejar de traer la noticia á don Alejandro. Váyase usted si quiere, yo me quedo aquí, para acompañar á mi tía.

— ¡Cómo, y yo tendré que irme solo!

Esta idea desesperaba á don Jaime; pero viendo que Luisa estaba decidida á quedarse, su inquietud no le permitió insistir. Cada momento perdido les parecía, á él y á los demás caballeros, que era aumentar el peligro para ellos.

— Á ustedes nadie los persigue, les decía vanamente Luisa para serenarlos.

— Yo me voy entonces; adiós, pues, dijo don Jaime.

— Nosotros también, dijeron con él los demás.

Los cuatro se dirigieron al patio. Don José María iba el último, porque esperaba ver lo que les pasaba á los otros. Apenas los tres primeros salían de la sala, una voz imperiosa les gritó, haciendo sonar la culata de un fusil sobre el empedrado:

— ¡Atrás; nadie sale!

Despavorido y con una agilidad que él mismo ignoraba tener, don José María se lanzó á la sala principal, que estaba obscura, y sin darse cuenta de lo que hacía, se deslizó bajo el sofá más grande de la pieza. Don Jaime, don Francisco y don Manuel, recularon aterrados y volvieron donde estaban doña Clarisa y su sobrina.

Antes que hubiesen tenido tiempo de dirigir la palabra á las señoras, el ruido acompasado de tropa en marcha se dejó oir en el patio. Los tres caballeros se esforzaron por parecer serenos. La tranquilidad de Luisa, que se hallaba de pie, esbelta é inconmovible, como protegiendo á doña Clarisa, los hacía avergonzarse de su miedo. Don Francisco Carpesano, el menos afectado de ellos, procuraba darles ánimo.

— ¡Alto! dijo del lado de afuera, una voz de mando.

Cesó la marcha y el capitán don Vicente San Bruno entró, sin descubrirse, en la sala. Lentamente, su mirada profunda examinó á cada una de las personas que allí estaban. Los tres caballeros y doña Clarisa bajaron los ojos ante la tenacidad metálica de la vista del Capitán. Luisa, por el contrario, sostuvo impasible y majestuosa, con su frente erguida de divinidad pagana, la inquisitiva mirada. En el espacio de un instante fugaz, esos ojos, que se encontraron, sostuvieron el combate mudo de dos voluntades enérgicas. En San Bruno, la mirada que reflejaba el odio y la con-

ciencia de la fuerza. En la joven, la suprema tranquilidad, que ignora las angustias del miedo.

Doña Clarisa no era desconocida para el Capitán. Su fisonomia, como la de todas las personas que había visto en la hacienda de Los Canelos, había quedado grabada en su memoria. Sin preámbulos, sin sombra de urbanidad, con su voz áspera de mando, dirigióse á ella:

— ¿Dónde está su marido?

Haciendo grandes esfuerzos por no parecer turbada la señora contestó:

— Ha salido; no sé donde esté ahora.

— Eso no es cierto. Mis hombres vieron entrar aquí á su marido esta tarde y no lo han visto salir.

— Yo no sé dónde está, repitió doña Clarisa, con voz apagada.

— Yo lo sabré pronto, y aunque usted no quiera, replicó él, con movimientos de cabeza irónicos, con un retintín de burla. Mirando entonces á Luisa:

— Y usted, chica, ¿tampoco sabe?

Esa voz familiar de «chica» encendió de carmín vivo las mejillas de la joven. Miró á San Bruno con aire altanero y esa fué toda su contestación.

El Capitán no pareció afectarse con esa actitud de desprecio.

— ¿Quién es usted? le preguntó.

Don Jaime pensó con terror que Luisa iba á callar todavía; se apresuró á contestar con ademán solícito, buscando las entonaciones más suaves de su voz:

— Es mi sobrina, Capitán, Luisa Bustos, mi sobrina. ¿No la reconoce usted? He estado con ella en casa del señor Presidente.

— ¡Ah! ¿Y por qué no contesta?

— Porque usted me ha hablado con una familiaridad á la que no tiene derecho, dijo Luisa con perfecta calma.

— Poco importa; yo no vengo aquí á hacer de cortesano: responda usted, ¿dónde está el dueño de casa?

— No lo sé; ha salido, respondió secamente la joven.

— Y ustedes, ¿qué dicen? preguntó entonces San Bruno interrogando á los caballeros.

— Tampoco saben, porque acaban de llegar, dijo Luisa anticipándose á contestar por ellos.

Había pensado que era menester ganar el mayor tiempo

posible para que pudiese huír don Alejandro, y cambiaba en locuocidad su silencio del principio.

El Capitán, en vez de detenerse á discutir esa respuesta, llamó al oficial que mandaba el piquete.

— Registre usted toda la casa, le dijo, y traiga aquí á todo el que encuentre.

El oficial empezó por encender varias velas, que tomó de manos de un soldado. Distribuyó después su gente en grupos, á los que envió en distintas direcciones á ejecutar la orden. San Bruno se sentó sin la menor señal de impaciencia. Las dificultades, lejos de parecer molestarlo, le daban una calma singular. Se sentía dueño de la situación, y la idea de los castigos de que haría uso mientras mayor fuese la demora en encontrar á don Alejandro, le traía un agradable contentamiento al espíritu. Eran los preliminares de su venganza y los saboreaba como el preludio de mayores satisfacciones, de la humillación de todos aquellos insurgentes, que tanto había tardado en tener á la mano, bajo su voluntad de fierro.

No habían transcurrido muchos minutos cuando el oficial comandante del piquete, que había principiado por la sala principal, dijo desde ahí, casi gritando:

— Mi Capitán, aquí hay uno escondido debajo del sofá.

Mientras esto decía, los soldados que lo acompañaban, asiendo de los pies al infeliz don José María, lo sacaban con feroces tirones de su escondite. Conducido como un reo, delante de San Bruno, procuraba tomar la actitud de la dignidad ofendida, para rescatar delante de las señoras y de sus tres amigos, la vergüenza que le causaba su situación. San Bruno lo hizo declinar su nombre y apellido.

— Buen insurgente será usted cuando empieza por ocultarse antes que lo persigan.

— Soy bien conocido, y todos saben que no he tomado parte ninguna en los movimientos políticos.

— Mal hecho; debió usted tomar siempre parte en defensa de los derechos de su majestad. ¿Por qué se ocultaba usted, entonces?

— Por broma; para ver qué dirían estos caballeros.

— Estoy seguro que dicen que usted es un tonto, cuando ven que quiere hacerme comulgar con ruedas de carreta.

— ¡Ah, Capitán; si usted me insulta no hablaré más entonces, dijo don José María, haciendo un supremo esfuerzo por manifestar dignidad.

— Ya veremos si usted hablará cuando se le aplique el San Martín, como á los chicos en la escuela.

Al oír la amenaza del San Martín, nombre que se daba á la férula de los maestros de escuela, don José María y los otros magnates se pusieron á temblar. Les parecía que la risita con que el Capitán hacía esa broma siniestra, era diabólica. La idea de la flagelación les daba las ansias del pánico.

— Ahora, diga usted dónde se encuentra el dueño de casa, repuso San Bruno, ¡y cuidado con mentir!

Don José María sintió que un hielo penetrante discurría por sus venas. Si hablaba, se cubría de oprobio. Si callaba ó mentía, ahí estaba el terrible San Martín, cerniéndose entre las sombras espantables de la amenaza. Felizmente para él, apenas el Capitán había formulado su pregunta, un grito agudo y lastimero resonó en el segundo patio. El negro Francisco entró corriendo á la sala y fué á arrojarse á los pies de doña Clarisa. Imploraba con gemidos y sollozos el auxilio de su señora y traía en la frente una herida, de la que le corría la sangre sobre el rostro. Tras él, siguiéndolo, entró con espada en mano el oficial, que después de dejar á don José María Reza delante de San Bruno, había salido á continuar su pesquisa.

—¿Por qué ha herido usted á ese hombre, le preguntó el Capitán.

— Mi Capitán, para hacerlo hablar; se hacía el mudo y no me contestaba.

— Bien hecho; así debe tratarse á estos perros insurgentes, dijo San Bruno.

Después, con su gesto que parecía sonrisa y dirigiéndose á don José María:

— Ya ve usted que no faltan medios de hacer hablar á los reacios, á los que quieren hacer los discretos.

Reza perdía toda posesión de sí mismo. Al mirar á sus amigos, buscando algún aliento en sus miradas, los veía tan amedrentados, tan lívidos como él. Ante el negro herido, en medio del aparato militar que lo rodeaba, con el ruido siniestro que hacían los pesquisadores, que más saqueaban y quebraban muebles, que lo que buscaban al dueño de casa, el pánico y el egoísmo soplaron como una ráfaga de aire frío en el cerebro del atribulado patricio, borrando de su espíritu toda noción de generosidad y de abnegación. Semejante al que en un naufragio sólo piensa en

salvarse, aunque sea con el sacrificio de los demás, don José María no habría ya vacilado en confesar el escondite de don Alejandro, á trueque de salvarse del sable ó del San Martín.

San Bruno, entre tanto, sin ir más allá en su amenaza, pareció haber cambiado de pensamiento.

— Estamos perdiendo tiempo con este registro de la casa, dijo al oficial, llame usted su gente y fórmela en el patio. Cuando el oficial hubo salido de la pieza :

— Señoras mías, añadió, ya ven ustedes que he sido muy paciente y que he dado á ustedes y á estos señores el tiempo necesario para reflexionar y para ver á lo que se exponen callándose. No me ocuparé más del dueño de casa. Todos ustedes vendrán como rehenes al cuartel, hasta que él se presente. En el cuartel, las señoras serán tratadas con la consideración que todo buen español tiene por el sexo débil. Ustedes, los caballeros, tendrán esta noche antes de acostarse su ración de azotes, la que se repetirá mañana hasta que se les desate la lengua.

— Pero, Capitán, yo soy amigo de su excelencia el señor General, dijo suplicante don Jaime.

— Ya lo sé, y por eso quedará usted libre, dijo San Bruno; todos los demás vendrán al cuartel.

— Pero, Capitán, estas señoras y estos caballeros son inocentes, se atrevió á decir don Jaime, que con la idea de quedar libre, cobraba una vislumbre de entereza.

— ¡ Eh ! calle usted ¡ si no quiere que también lo lleve al cuartel !

Don Jaime pidió perdón, aseguró que sus intenciones eran puras, protestó de sus principios monárquicos, é invocó las distinciones con que lo honraba el Presidente.

El oficial anunció á San Bruno que la tropa estaba ya formada en el patio.

— Vamos andando, dijo el Capitán con imperiosa voz, todos fuera, al patio.

— Usted abusa de su autoridad sobre mujeres indefensas, exclamó Luisa con indignación.

— Cállese hijita, el señor General lo arreglará todo, le dijo don Jaime en tono de súplica.

— ¡ Silencio, gritó San Bruno, si alguien vuelve á hablar, se le pondrá una mordaza en la boca y un par de esposas en las muñecas. ¡ Al patio, al patio ligero !

Sus últimas palabras resonaron con el acento gutural de

la cólera, sus ojos despedían relámpagos de impaciencia. Hubo unos segundos de silencio absoluto, profundo, como si todos hubiesen desaparecido. En ese instante, abrióse ruidosamente la puerta por donde había pasado don Alejandro Malsira, para ocultarse, y él mismo apareció en el umbral.

La frente erguida, la mirada resuelta, el continente determinado, con voz entera :

— Aquí me tiene usted, es inútil que moleste usted por mí á todas estas personas.

— No andará muy limpia la conciencia cuando se mantenía usted oculto, díjole San Bruno triunfante.

— No tengo que dar cuenta á usted ni á nadie de mi conciencia. Usted tiene misión de conducirme preso, cumple usted con ella, y deje á estas señoras y á estos caballeros en paz.

— Yo haré lo que se me antoje, replicó secamente San Bruno. Y volviéndose hacia el oficial :

— Ponga usted un par de esposas á ese insurgente.

El oficial cogió las prisiones de manos de un cabo de escuadra, y las puso él mismo á los puños de don Alejandro.

Silencioso, con estoica impasibilidad se sometió él á la humillante operación. Á la vista de su marido tratado de ese modo, los escasos restos de energía con que doña Clarisa había podido dominar las terribles emociones de aquella hora de prueba, la abandonaron, y se arrojó llorando en brazos de Luisa Bustos, sacudida por violentas convulsiones.

— Luisa, usted la acompañará, vele sobre ella, dijo don Alejandro á la joven.

— Lleven ustedes ese hombre, dijo San Bruno al oficial y al cabo, que habían quedado en la pieza. Designando además á don José María Reza que ya se creía en salvo :

— Y á ese otro también. Los demás quedan libres.

El terror embargó por un instante la voz de don José María. Sus ideas empezaban á turbarse y le faltaba el valor para protestar. Apenas, con lamentable aflicción, alcanzó á decir :

— ¿Pero por qué me lleva á mí? Capitán, yo no he hecho nada.

— Usted estaba escondido, ya se explicará usted sobre esto ante quien corresponda.

— Pero Capitán, ya le dije que era por broma.

— Así aprenderá usted á ser menos truhán otra vez.

Don José María volvió con angustia los ojos hacia don Jaime y sus otros amigos, que en silencio imploraban al cielo y hacían mandas de mortificaciones y de ayunos, por que se fuese cuanto antes el terrible Capitán con sus prisioneros. No encontrando en ellos ningún aliento, el pobre Reza, desfalleciente, levantó los ojos en busca de un defensor más apiadado que los hombres.

— ¡Sea por Dios, señor! ¡Y la Panchita que está tan embarazada!

Un flujo de palabras, un furor de argumentación le vino entonces, para convencer á San Bruno de su inocencia, para explicarle que él era y había sido siempre un súbdito leal del Rey, que jamás se había mezclado en política; que era un padre de familia pacífico, con ocho hijas y otra en embrión; que si lo dejaba en libertad se iría á su chacra en la misma noche, y nadie lo volvería á ver en Santiago. Otros argumentos incoherentes, otras súplicas y protestas, salían de sus labios, como si se embriagase con sus propias palabras, pareciéndole que en el gran número de éstas estaba principalmente su esperanza de salvación.

San Bruno no lo escuchaba.

— Calle usted, calle usted, insurgente que se esconde, le decía por toda respuesta.

El oficial sacó á los dos reos de la pieza y los colocó en medio de su tropa. Don Alejandro, incontrastable, exhortaba á Reza á tener resignación. Don José María se quejaba y argumentaba sin cesar. El oficial dió la voz de mando y la comitiva se puso en movimiento hacia la calle. Al pesado ruido de la marcha que se alejaba, los que habían quedado en la sala, oían unirse, debilitada también rápidamente por la distancia, la voz del infeliz don José María que seguía invocando en su abono, para que el Capitán se doliese al fin de su situación, el estado interesante de doña Panchita.

— ¡Eh! deje usted, si Panchita aborta, habrá un insurgente de menos. ¡Tanto mejor! la mala semilla debe extirparse en yerba, le contestaba San Bruno, que se había puesto jocoso y de humor picaresco, á su manera, con las escenas que había presenciado y las amenazas que había tenido ocasión de hacer.

XX

En grupos confusos, lentamente, rodeados por tropa, los prisioneros iban llegando al cuartel de Talaveras. En aquella noche del 7 de noviembre, que dejó marcada su siniestra sombra en la historia de Chile, la pesca de insurgentes había sido abundante. Toda la nobleza patriota, que la fuga del ejército vencido no había alcanzado á arrastrar, los hombres que en el escenario de los últimos cuatro años habían sido protagonistas ó auxiliares en el gran drama de la revolución, venían ahí, empujados por sus apresadores, insultados con calificativos humillantes, que el duro acento peninsular hacía más provocador, más imperioso para sus oidos, á confundir su azorada sorpresa y mezclar sus atroces aprehensiones, en medio de las tinieblas y del aparato militar. Cada uno de ellos traía en la memoria, estampadas con vivos caracteres, las escenas desgarradoras ó espantables, del hogar de que acababan de arrancarlos. La invasión de los piquetes lanzados por San Bruno á todos los barrios de Santiago, había sido en cada casa tan inesperada como violenta. La servidumbre huyendo despavorida por patios y corredores; la familia atribulada, acogiéndose al amparo de los padres, como buscan los polluelos el ala protectora, al aproximarse al ave de rapiña; la soldadesca, insolente, entrando á saco las piezas y venciendo á filo de sable toda resistencia; el ruido de muebles despedazados, de martillos que rompen las cerraduras, de fusiles que abren á culatazos las puertas; el grito de dolor de los que reciben una herida; los llantos de niños y de mujeres, todo se atropellaba en la memoria de los prisioneros, todo resonaba con ecos lastimeros en sus oidos.

Empezaban poco á poco á reconocerse, á la escasa luz de las estrellas, bajo los corredores del gran patio, donde se les obligaba á reunirse en un espacio reducido, como un rebaño destinado al matadero. Ninguno sabía por qué estaba allí. Todos se preguntaban ansiosos la suerte que les esperaba. Se referían en voz baja las escenas del hogar invadido, con suspiros de descontento los unos, con voces de protestas y de maldición los más enérgicos. Entre éstos, la frente erguida, los brazos estoicamente cruzados sobre

el pecho, don Alejandro Malsira descollaba. Como á un faro de luz y de consuelo, volvian hacia él la vista y la esperanza los que se hallaban en su derredor. Su firmeza de ánimo, incontrastable, los alentaba, les traía al corazón el calor de la esperanza. Con voz grave, en tono bajo, examinaba la situación y encontraba argumentos para tranquilizar á los amigos más que para tranquilizarse él mismo. Sin duda que el temor de un movimiento político, algún denuncio mal intencionado, era el origen de la medida violenta de que se les hacía víctimas. Casi todos los que veía á su lado habian desempeñado algún puesto público desde 1810. Pero como todos los gobiernos que se habian sucedido desde entonces, habían acatado los derechos de la corona de España y aun defendídolos contra el usurpador francés, ninguna acusación fundada podía formularse contra ellos.

— Pero yo no estoy en ese caso, yo no he ejercido ningún puesto público ni me he metido en política, exclamaba don José María Reza.

— ¡Oh! á usted lo pondrán en libertad mañana, le contestaban algunos.

— Así lo espero, porque si no, ¿qué va á ser de la pobre Panchita, que está tan embarazada?

Era su estribillo lo del estado interesante de su esposa. No hablaba en esos momentos de su franqueza impertérrita, ni de que él no se las callaba á nadie; pero en su manía ingénita de singularizarse, sostenía que él era ahí el más digno de consideraciones, y esperaba que sus compañeros de infortunio declararían, como un acto de justicia, que el haberlo conducido á él como preso era un enorme atentado.

— Yo no tengo ningún pecado politico ni grande ni chico que purgar, decía, aludiendo á la participación de los demás en los sucesos revolucionarios; yo estoy limpio como patena, ¿no ve? Entonces, ¿por qué me toman preso? Únicamente porque me encontraron en casa de don Alejandro. Pero eso, ¿qué quiere decir, pues? ¿No le parece, don Alejandro? Usted es testigo que yo no me he metido nunca en política.

La argumentación tocaba siempre los mismos puntos, como un animal encerrado, que busca en vano por donde abrirse paso. Los demás no lo oían ya. En grupos, según sus amistades, comentaban las ocurrencias de la noche y

acababan por encontrar alguna tranquilidad en la consideración de que, siendo tantos los apresados, era aquello únicamente para amedrentarlos y hacerlos declararse por la causa del Rey.

Nuevas partidas de prisioneros continuaban llegando. Los corredores comenzaban á ser estrechos para contenerlos. Con la oscuridad, con los gritos de alerta de los centinelas que se reproducían como un eco de lamento por los patios, en medio del silencio de la noche, las sombras de un punzante desconsuelo envolvían, con pliegues de sudario, á los detenidos. Todo era para ellos tétrico en aquellas horas angustiadas de incertidumbre y de temor. Por fin, un movimiento se hizo entre la tropa. Los oficiales dieron la voz de « firmes » y un grupo de bultos humanos avanzó poco á poco. Tras de San Bruno algunos soldados seguían con faroles, cuyas luces arrojaban sobre el suelo sus rayos vacilantes y dejaban en la oscuridad el busto y la cabeza de los que los llevaban.

— Á la sala, resonó la voz de don Vicente, imperiosa, con su áspero acento.

Sin orden, sin distancias suficientes, como manada de animales que se atropellan en un *corral de rodeo*, los prisioneros fueron llevados, ó más bien empujados, dentro de una inmensa sala, algún dormitorio del antiguo convento. Las paredes guardaban vagos vestigios del blanqueado de cal que las había cubierto, y algunos ladrillos del suelo que el uso secular no había reducido á polvo enteramente, quedaban en los rincones. San Bruno, con los que llevaban los faroles, ocupó el centro de la espaciosa estancia y empezó á pasar lista de los prisioneros, como si se tratase de sus soldados, después de la retreta. Á ciertos nombres de patricios, don Vicente tomaba un farol y examinaba al llamado minuciosamente, haciendo observaciones en alta voz. Algunos, altivos y dignos, protestaban.

— El que conteste cuando no se le interrogue, recibirá veinticinco azotes.

Con el gesto parecía desafiarlos á que hablasen. En el silencio profundo que produjo esta amenaza, don Vicente observó sardónicamente :

— ¡Qué tal! ¡así debe ser! El loco por la pena es cuerdo.

Todos, á medida que se les nombraba, iban pasando á una extremidad de la sala. Así duró cerca de media hora la lista de los apresados. Únicamente don José María

Reza, que no figuraba en las listas, quedó en la extremidad que había ido vaciándose.

— ¿Y usted qué hace ahí, insurgente?

— Yo, Capitán, aquí estoy, pues, yo no sé por qué me han traído, yo soy inocente.

San Bruno recordó entonces las circunstancias que habían motivado el apresamiento de Reza.

— ¡Ah! ya estoy. Usted es el de doña Panchita, que está tan embarazada; pues que espere la tía. Usted se justificará mañana y dirá por qué estaba escondido.

Tomándolo violentamente de un brazo, lo lanzó á reunirse al grupo de prisioneros, del otro lado de la estancia.

— Ahora, añadió con sorna, buenas noches. No se permite hablar á nadie. Si alguno se desmanda, veinticinco azotes. Si alguno intenta salir de la sala, cincuenta. Todo acto de rebelión, será reprimido á balazos.

Salió de la sala, dejando un silencio de muerte, seguido por los hombres de los faroles. En la puerta, un piquete de tropa quedó formada, descansando sobre las armas.

Una noche de insomnio atroz, de fatigas indescriptibles, de anonadamiento absoluto, noche de horas eternas. Como murciélagos de mal agüero, las ideas pavorosas de la libertad perdida, de la familia abandonada, de las horribles humillaciones de una cautividad cruel, cernieron sus alas diabólicas por los ámbitos de la desnuda estancia, rozaron las frentes encendidas por la fiebre de la angustia, hicieron resonar con misteriosas entonaciones, en todas aquellas almas arrancadas á la libertad, como en un coro de voces que se aleja, las alegrías de otros tiempos. La luz del día les trajo por fin la realidad palpable, haciendo desvanecerse esas visiones de delirio. La separación de los prisioneros se hizo con metódica regularidad. Unos eran destinados á Juan Fernández, otros irían en destierro á provincias lejanas, otros, por fin, los considerados como hombres de acción, como más temibles entre los que figuraba don Alejandro Malsira, fueron trasladados á la cárcel principal de la plaza de armas, para ser procesados. Don José María Reza purgó con una multa de quinientos pesos su delito de haberse ocultado al presentarse la tropa en casa de Malsira. Su juicio había sido sumario y característico del tiempo. Apresado por el capricho autoritario de San Bruno, éste había dictado también la sentencia. Vuelto á

su hogar, don José María no tardó en recobrar su arrogancia de hombre de fierro.

— Así no hubiese estado la Panchita tan embarazada, un buen demonio que les habría aflojado un centavo, decía á los amigos que acudieron á felicitarlo.

En palacio, durante aquella noche memorable, una sorda agitación, una agitación de golpe de estado, mantenía preocupados al Presidente y á la camarilla. Las frases, al barajar las cartas, al hacer sonar el mate, al *pitar* apresurados cigarrillos, eran alusivas y llenas de reticencias. Osorio, salía de cuando en cuando de la sala, y allá en su dormitorio iba á pedir de hinojos, á la virgen del Rosario, la patrona de su devoción, el éxito completo de la gran medida. Durante las afanosas ocupaciones del día siguiente, iba con frecuencia de su despacho á la sala, donde las visitas y las congratulaciones habían empezado á llegar desde temprano. En la antesala José Retamo charlaba con los edecanes y con los que iban llegando. Los galones de su levita de mayordomo principal de palacio, hacían un extraño contraste de color con sus mejillas cenicientas. Su jocosa facundia no tiraba los cohetes de su chiste como de costumbre. Los acontecimientos de la noche lo tenían contristado. Todo sufrimiento le inspiraba simpatía. Un sentimiento de fraternidad, un impulso irresistible de alivio, lo arrastraban donde se sufría. Había pasado la mañana buscando camas, ropas y comestibles, para hacer llegar á los prisioneros, con el permiso del mismo Osorio.

— Estos pícaros insurgentes, decía, son de carne y hueso como nosotros, y no deben estar sufriendo la pena antes de la sentencia: es como hacerlos comulgar antes de la confesión.

« Pícaros insurgentes » sonaba entre sus gruesos labios con un dejo de ironía, como si dijera á los oficiales que ahí estaban, ufanos de su victoria y de la humillación de los patriotas :

« Así los llaman ustedes », pícaros insurgentes. « Yo los llamo infelices que sufren ».

Los oficiales arrastraban sus sables, riéndose á carcajadas de los arranques filantrópicos del mulato.

— ¡Pepito! quien no quiere ver lástimas, no vaya á la guerra.

— Lástimas hay en todas partes, sin ir á la guerra, mis amitos. Hoy por mí, mañana por ti. Las obras de caridad

no las inventaron en España. Dios también se asoma por esta tierra.

— ¡ Las obras de caridad ! ¡ Favorecer al insurgente ! Esas están en el catecismo revolucionario. Tú no sabes, Pepito, otra obra de caridad : « al enemigo, con lo más duro ».

— Esa es del catecismo de los que están arriba y tienen el chicote, mis amitos; yo, como no tengo enemigos, no tengo para qué saberla. Á mí me bastan con las que aprendí en la escuela.

Y se reía con sus contradictores, siguiéndoles la broma con su ironía suave, sin comprender los odios ni las crueldades, dispuesto siempre á perdonarlo todo, á estar bien con todo el mundo, y á decir las verdades sin aparato, con su sencilla inteligencia de filósofo práctico, de humanitario desinteresado.

— Quien no quiera ver lástimas, no vaya á la guerra, le decían.

Las visitas que llegaban á palacio traían el eco de las profundas emociones que habían venido á turbar el reposo de la ciudad. Los peninsulares estaban radiantes. Al fin se entraba en la vía de los castigos, único modo de quitar á la canalla insurgente, toda veleidad de nuevos pronunciamientos. Era menester hacerles sentir su negra ingratitud con la madre patria y con el magnánimo Fernando. Era preciso también extirpar de raíz las ideas revolucionarias, esa ponzoña venida de Francia, que infatuaba á los criollos hasta hacerles creer que eran iguales á los españoles, como si pudiesen ellos tener iguales derechos que la raza de los Cortés, de los Pizarro, de los Almagro, que había luchado durante siglos por mantener viva, en aquellas apartadas regiones, la luz del evangelio. Fecundos en ideas de represión, cada uno de ellos proponía alguna nueva medida de rigor para mantener á los pícaros insurgentes bajo el peso de un terror saludable, el régimen higiénico de toda reacción autoritaria.

En la ciudad, el pánico se había apoderado de los ánimos. Las calles estaban desiertas. El grito de algunos vendedores ambulantes resonaba como en una población dormida. Muchas puertas de calle permanecían cerradas en señal de luto. El estupor de una calamidad pública, el viento helado de terrores amenazantes, gravitaban en la atmósfera. En las casas, las familias heridas por el apresamiento de

sus deudos, comentaban aterradas mil suposiciones pesimistas, sobre los propósitos del Gobierno. Las tiendas, apenas entreabiertas, parecian convidar con timidez á los compradores. En la de don Francisco Carpesano, muy pocos de los tertulios se habían presentado en la trastienda. Se hablaba de la multa impuesta á don José María Reza. ¡Quinientos pesos! ¡Pobre don José María! Alguien lo había visto irse temprano para su chacra. « No es para menos », suspiraba don Manuel Cardenillo. « Si empiezan con las contribuciones forzosas, nos arruinarán á todos », observaba don Francisco. Se miraban inquietos y recordaban la predicción del mulato José Retamo.

— El maldito mulato todo lo sabe, observaba alguno.

— Ahí anda, como el ojo de la Providencia, metiéndose en todas partes.

— Pero es caritativo; á casa fué á pedir camas para llevar á los presos.

— Y á casa fué á pedir cosas que comer para llevarles también.

Don Francisco refería á cada nuevo tertulio que llegaba, las ocurrencias de casa de don Alejandro Malsira.

— En la misma noche, *la* Luisita, que se quedó acompañando á doña Clarisa, despachó un propio para Los Canelos, donde está Abel. Yo lo sé, porque yo le presté el mozo.

Don Francisco contaba esto al oido de alguno de los amigos de más confianza.

Luisa Bustos no había perdido tiempo, en efecto, apenas se encontró sola con su tía, después de la salida de San Bruno y de sus prisioneros, en pensar en la salvación de Abel.

— No será extraño que manden prenderlo á la hacienda, es urgente prevenirlo, dijo á doña Clarisa.

Con esta idea arrancó el atribulado espíritu de la señora, de la atróz aflicción que la embargaba, para lanzarla en otra vía, en la del temor de ver apresado también á su hijo. Así neutralizaba ese gran dolor y quedaba ella un momento libre para pensar. No obstante el poder que tenía sobre sí misma, su turbación era inmensa. En los primeros instantes, esa agitación violenta del que oye venir un temblor y siente crujir los techos, como si fueran á undirse, la había sobrecogido. Se le figuraba que aquella casa se desmoronaba, que algo crujia en ella, con amenazas de des-

trucción; que un soplo devastador se llevaba, como despojos de un naufragio, en medio de un mar furioso, los miembros de esa familia desventurada. Pero su natural energía, no le permitió dejarse anonadar por funestos presagios. El espectáculo de aquella madre abandonada, sin otro recurso que el de las lágrimas para hacer frente á su aciago destino, le devolvió la fuerza de la voluntad, le infundió un ardiente deseo de protección, una ansia de abnegación filial, que la hizo sentirse fuerte para la acción y para la lucha. Era menester escribir á Abel. Ante este pensamiento, á pesar de la reacción que acababa de operarse en ella, vaciló al tomar la pluma. Jamás le había escrito. ¿Cómo principiar? « Querido Abel » la hizo ruborizarse. Le pareció demasiado expresivo. « Estimado Abel ». La frialdad vulgar de ese participio, le parecía un saludo ceremonioso, hecho de propósito para marcar la indiferencia y la distancia. Optó, no obstante, por lo último. Vencido ese obstáculo, que á pesar de la solemnidad del momento, fué para ella de grande importancia, refirió, en estilo fácil y animado, la escena que acababa de presenciar. Con frases delicadas, con palabras consoladoras, procuró tranquilizar al joven, asegurándole que ella no abandonaría por un momento á su familia. Á nombre de la tranquilidad de su afligida madre, lo conjuraba de no venir á Santiago. Sin hablar del abandono de los intereses que su apresamiento traería consigo, si él se exponía á ser apresado, su familia perdería el único apoyo que le quedaba. Debía, pues, abstenerse, por el momento, de presentarse ante los perseguidores, conservarse para mejores tiempos y no inutilizarse para la noble tarea de libertar á su padre.

Apenas terminada esta carta, tomó resueltamente otra hoja de papel, y escribió :

Señor coronel don Hermógenes de Laramonte.

Distinguido señor :

Con razón se extrañará usted sin duda, de recibir esta carta. Las circunstancias no me permiten, sin embargo, detenerme ante consideraciones que, en cualquiera otra ocasión, me parecerían insuperables. Necesito indispensablemente hablar con usted mañana mismo, á las diez de la mañana, en casa de mi tío don Jaime Bustos. Se trata de una familia que debe inspirarle á usted el más vivo interés,

y que ignora, por supuesto, el paso que doy cerca de usted. Apenas necesito agregar que este paso es confidencial.

Su A. S.
Luisa Bustos.

La firma en grande y segura letra, como una expresión de confianza completa, en la hidalguía del hombre á quien la carta iba dirigida.

Mientras escribía la que estaba destinada á Abel Malsira la imaginación de la chica se adelantaba al porvenir y admitia la hipótesis, muy posible, de que el joven no atendiese á sus recomendaciones y volase al lado de su madre. Para ese caso era menester buscar un arbitrio que pusiese Abel á cubierto de la persecución. Un salvoconducto del Presidente arreglaría mejor toda la dificultad. ¿Cómo obtenerlo? Pensó en el grande influjo de Violante de Alarcón en las altas regiones de palacio. Pero, por un sentimiento que no acertaba á explicarse, su ánimo se resistia á tocar este arbitrio. « Se va á figurar que estoy enamorada de él », pensaba, poniéndose carmesí, como si ya estuviese pidiendo el servicio á la viudita. Tenía su orgullo de mujer insensible al amor, y no quería que otra mujer viniese á escudriñar su conciencia. « Y mucho más, una mujer como ella, que se pondría celosa », pensaba también, buscando la explicación de esa resistencia. Entonces le vino la inspiración luminosa de dirigirse á Hermógenes. « Los hombres son más discretos, es tanto más fácil entenderse con ellos, siempre que no se trata de galanteos. Y como el Coronel está enamorado de Trinidad, nada que temer por ese lado ». Con esta reflexión de femenil sencillez, despachó su carta, y esperó al día siguiente. Habia fijado las diez de la mañana, porque era la hora en que su tío y las primas estaban en misa.

Laramonte no se hizo esperar. Luisa recibió de pie su saludo de profunda cortesia. De una y otra parte la mirada fué franca y serena. Se acercaban sin reticencias del pensamiento, con una ligera emoción de curiosidad y de interés.

— Mil gracias, Coronel, por la puntualidad.

— Soy yo quien debo darlas, señorita, por haberme ofrecido usted la ocasión de presentarla mis respetos.

— Voy á explicar á usted, sin rodeos, por qué me he tomado la libertad de pedir á usted esta entrevista. Usted

sabe, sin duda, que don Alejandro Malsira, mi tío, fué apresado anoche.

— En efecto.

— No pretendo indagar los motivos de este acto, que también me abstengo de calificar. Pero con motivo de este suceso, muy doloroso para toda nuestra familia, deseo solicitar de usted un servicio.

— Mucho me honra usted con ese acto de confianza.

— Aunque mujer y joven, Coronel, me creo conocedora de los hombres. Tal vez será esto una gran presunción.

Aquí la chica procuró velar su emoción con una sonrisa. Á pesar de su entereza, la idea de recibir un rechazo la turbaba. Hermógenes, sonriéndose también, le contestó:

— Los conoce usted por intuición, por supuesto, porque es demasiado joven para que sea por experiencia.

— La experiencia es una cosa relativa. Son las circunstancias de la vida, más bien que los largos años, lo que la da muchas veces. Pero, en fin, será como usted quiera. Lo que iba á decir á usted es, que en virtud de esa ciencia, de esa intuición, como usted dice, he pensado, aunque jamás había hablado antes con usted, que puedo pedirle un servicio importante y fiarme completamente á su hidalguía. ¿Me habré engañado?

— Vamos á ver; póngame usted á prueba. De otro modo me será muy difícil contestar, porque me hallaría en la precisión, dura, por cierto, ó de alabarme por exceso de amor propio, ó de deprimirme por exceso de modestia.

Aunque Laramonte hablaba con naturalidad y hasta tomaba un tono de cortesía jovial, Luisa lo sentía reservado, en guardia contra cualquiera sorpresa. Antes de verlo, se había figurado que con pocas palabras, obtendría de él lo que deseaba. Al encontrarse cerca de él, las frases con que había pensado convencerlo, le parecían descoloridas. Temía haber procedido con precipitación, y haber juzgado fácil lo que ahora le parecía aventurado. Su carácter decidido la hizo, sin embargo, marchar derecho á su fin.

— Pues bien, lo someteré á usted á la prueba, y empezaré por decir á usted, que el servicio que deseo pedirle es en favor de un enemigo.

— Por eso no tenga usted temor ninguno, no me siento enemigo de nadie en este país. Adversario político, sí; soy español y fiel á mi Rey, por consiguiente, adversario franco de todo el que ha abrazado la causa contraria.

— Entonces diré en favor de un adversario.

— El señor de Malsira.

— No, su hijo.

El Coronel dejó dibujarse en su rostro una sonrisa de malicia; pero Luisa sostuvo impasible su mirada.

— ¿Lo han apresado también? nada sabia.

— No; pero le acabo de escribir, anunciándole lo que ha ocurrido en su casa, y como temo, que llevado de su amor filial, se olvide del peligro que corre él mismo, por venir á consolar á su madre, desearía tener algún medio de hacerle conservar su libertad; para esto, Coronel, he pensado en usted.

— Pero eso no puede llamarse un servicio. Al salir de aqui daré órdenes para que en nada se moleste á ese caballero.

— Mil gracias, no esperaba menos de usted; pero esas órdenes podrán ser obedecidas uno ó dos días, y luego violadas por cualquier subalterno que no esté al cabo de ellas. Lo que yo desearía es tener una especie de salvoconducto permanente, con la firma del general Osorio, que sirva de resguardo en toda circunstancia, un mandato que no pueda ser violado ni aún por el capitán San Bruno, á quien vi anoche abusar terriblemente de su autoridad.

— Tiene usted razón, pero eso es más difícil.

Laramonte se había puesto pensativo.

— Así lo suponía, y por esto he acudido á usted. Se me figura que si pone en ello su voluntad, usted debe poder vencer muchas dificultades.

— ¡Ah! no siempre, usted debe saberlo, exclamó sonriéndose el Coronel, alguien hay por ahi en un convento, por quien bien quisiera tener la virtud de vencer dificultades.

La chica temió verse cogida en sus propias redes, y pensó que Laramonte iba á pedirle su apoyo en favor de sus amores, á cambio del servicio que ella impetraba. Con su mirada resuelta, buscó en los ojos de su interlocutor la aclaración de esa duda.

Hermógenes pareció darse cuenta de ese pensamiento, y no quiso mostrarse como poniendo condiciones. Altivo en todo, le habría parecido indigno de él, valerse de las circunstancias para conquistarse un apoyo que no se brindaba espontáneamente. Como la chica lo miraba con su majestuosa serenidad, sin contestar á su alusión, él repuso con viveza:

— Sea como fuere, difícil ó no, yo prometo á usted que haré los mayores esfuerzos para obtenerlo.

— Ya lo ve usted, no me engañaba en el juicio que había formado de su carácter. Sale usted triunfante de la prueba.

— Esa opinión de usted me basta como recompensa.

La joven se había puesto de pie.

— En el acto voy á ponerme en campaña. ¿Me permitirá usted venir á comunicarle en persona el resultado de mis diligencias?

— No quiero molestar á usted más. Mi tío va todas las noches á palacio. Si usted consigue hoy el salvoconducto, le estimaré me lo envíe con él.

El Coronel comprendió que la chica, haciendo intervenir á su tío, le indicaba así que no daba un paso clandestino, que aquello no era un acto de mujer enamorada, sino una precaución de familia. Comprendió todo esto en la actitud, en el tono de naturalidad con que ella le respondió. Hizo un profundo saludo para despedirse. Un saludo á distancia respetuosa, sin afectación. La chica se acercó á él y le tendió la mano, con un ademán de franca cordialidad.

— Cuente usted con una amiga sincera, que será muy feliz de corresponder á usted alguna vez, la delicada prueba de generosidad que usted le da.

Laramonte, con una cortesía poco usual en las costumbres santiagueñas, besó la mano de la chica, y alzando después, risueño, la cabeza:

— Vamos, dijo con la alegría pintada en el semblante; yo me pago de antemano, con lo que me cierro el camino á toda disculpa. Quiera que no quiera, pronto he de volver con el salvoconducto.

— ¡Ah! Coronel, una advertencia; deseo que cuando usted obtenga ese documento, nadie, ni aún el mismo Abel, mi primo, conozca que tal salvoconducto existe.

— Por lo que á mí toca, nunca lo sabrá.

Al encontrarse en la calle, Hermógenes pensó:

— ¡Guapa chica! ¡caramba!

Y ella, al verlo salir:

— Tiene razón Trinidad y hace bien en sacrificarse por él. ¡Es interesante!

Esa visión de un amor profundo hasta el sacrificio, pareció absorberla y dejarla pensativa. Le producía una sensación de sueño melancólico, de pena indefinida, como la

que dejan las aves errantes, que el ojo sigue en su vuelo hasta que se pierden en el espacio, y que la imaginación continúa acompañando hasta las misteriosas regiones donde nos figuramos que van a buscar la felicidad, ¡siempre, siempre, tan lejana!

Tuvo entonces una vaga idea de que alguien atravesaba el patio, que penetraba en la antesala y golpeaba despacio, discretamente, á la puerta.

— ¿Quién es? preguntó distraída.

La puerta se abrió con suavidad, cual si la persona que asomaba lo hiciese con timidez.

— Soy yo, dijo Juan Argomedo.

Por una rara excepción, esta vez no parecía encontrarse bajo la influencia alcohólica de que era consuetudinario. La chica lo miró con asombro y se quedó de pie como estaba. La majestad de su porte parecía más imponente. Con un movimiento pausado de supremo desprecio volvió los ojos hacia la ventana, como si estuviese sola, como si no quisiese darse cuenta de que había otra persona en la pieza.

— Soy yo, que venía á pedirte un servicio, un gran servicio, repuso Juan casi balbuciente. El patrón no me quiere dar un centavo, y los alguaciles andan detrás de mí para llevarme á la cárcel si no pago. Consígueme con él algo siquiera, con dos mil pesos me dejarían tranquilo.

— Es inútil; ya sabes que mi tío no accede á esas peticiones.

— Á otros podrá negarse, pero no á ti.

— Á mí, como á todos.

Juan tomó un aire malicioso. En su rostro, desgastado por los vicios; en su mirada que había contraido la estupidez de los ebrios, su sonrisa hacía recordar el rayo de sol amarillento que pasa al través de una neblina, la sonrisa de un enfermo.

— ¡Ah, no! Á ti no; porque quiere casarse contigo.

Luisa le lanzó entonces una mirada de soberano desdén, y sin contestarle atravesó la sala en dirección á la puerta. Pero Argomedo no la dejó llegar hasta ahí. Resueltamente, sacudiendo la timidez que aparentaba al entrar, como el que arroja una capa de sus hombros, para tener más libertad de movimientos, se puso delante de ella.

— ¿Te figuras que voy á dejarte salir así no más, ahora que puedo hablar contigo? ¡Eso sí que no! Por ti me está cerrada esta casa. Al fin y al cabo, yo soy hijo del dueño y

tú no eres más que su pupila. Por ti, puedo decir que me encuentro en la miseria, lleno de deudas...

— Y de vicios, le interrumpió la chica, desafiándole entonces con la mirada, con la actitud altanera, con el gesto dominador, resuelta á hacerse respetar.

— Eso es cierto, de vicios también, y todo por ti. Si no me hubieses rechazado, si hubieses tenido siquiera compasión de mi amor, ¡yo habría sido otro hombre!

— Mientras tú fuiste respetuoso, yo fuí buena y compasiva; cuando quisiste ser infame...

— ¡Infame! ¡Vaya!

— Sí, ¡infame, infame! te lo diré mil veces, infame. Entonces fué necesario tratarte como tal, y arrojarte de la casa.

Su voz, sin perder el armonioso timbre, que tan bien cuadraba con la soberbia elegancia de las proporciones de su cuerpo, fué áspera y subió por grados, al repetir tres veces la voz «infame». Era más que una convicción, parecía el desahogo violento de un encono contenido por largo tiempo.

— Tú tienes la culpa; ¿por qué no me quisiste? replicó Juan obstinado, insistiendo con la tenacidad del que no tiene argumentos, de aquel cuyas ideas giran en un espacio reducido. Ahora ya es tarde, ya no hay remedio, ya me hice bebedor para olvidarte, jugador para olvidarte, tunante y enamorado para olvidarte. Siquiera podrías ayudarme ahora á salir de donde me encuentro y no lo quieres hacer para vengarte, porque tienes mal corazón, ¿me oyes? mal corazón. Bueno, pues, yo seré infame; pero tú tienes mal corazón y me dejarás llevar á la cárcel.

— Hazte á un lado, déjame salir, fué la contestación de la chica, sin mirarlo, impasible ya.

Una sirviente había pasado por la pieza vecina, y al oír la voz de Juan, había corrido al patio de adentro, hasta el cuarto donde se encontraba ña Peta.

— Mire, su regalón se ha metido á la casa, ahí está disputando con misiá Luisita.

La vieja, levantándose pesadamente de la silla baja sobre la que se hallaba fumando un cigarrillo, se dirigió tan rápidamente como su gordura se lo permitía, hacia la sala, con ese paso de pronunciada inclinación á uno y otro lado, que hace recordar el movimiento de una pata vieja, que se mueve con dificultad. Al mismo tiempo que ella llegaba

á la antesala, entraba don Jaime, acompañado de prima Catita y prima Cleta. Con el mantón rígidamente cerrado sobre la barba y cubriéndoles hasta las cejas, con la alfombra en la mano, las dos primas tenían el severo aspecto que toman en el teatro las actrices encargadas de los papeles de dueñas españolas. Ña Peta, dirigiéndose á ellas al mismo tiempo que á don Jaime, quiso explicarles:

— El niño Juan, que ha entrado no sé cómo, yo vengo á sacarlo.

Para ña Peta, Juanito Argomedo no había dejado de ser el niño Juan. Ella era, desde años ya, la providencia del tunante. Sus pobres economías, su salario de dos pesos al mes, todo pasaba á manos de su niño Juan, que á veces, en recompensa de su ciega abnegación, solía pagarle con una buena tunda de mojicones, cuando ella no tenía plata que darle. En su inculta inteligencia, ña Peta no veía sino una idea clara cuando se trataba de Juanito: ella lo había criado, ella le había dado el pecho, cuando el niño había llegado á turbar los ecos de un pobre cuarto clandestino, con sus chillidos de recién nacido. Después, cuando Juan había empezado sus gracias de manirroto y de bebedor como un embudo; cuando sus desórdenes y un drama de familia, un drama inaudito, lo habían hecho arrojar de casa de don Jaime, ña Peta había seguido viéndolo á hurtadillas, dándole sus economías, llevándole regalitos de aloja y de mote *pelado* por ella, para que el niño Juan se refrescase. Era uno de esos cariños que nada entibia, un afecto pasivo y animal como el de un perro, con algo de sublime, en medio de su ciega é infatigable tenacidad.

— ¡Sea por Dios, señor, á qué se habrá venido á meter aquí! dijo afligida al ver que don Jaime, con rostro airado, con aire dominador, y las dos *niñas* con semblante agrio y severo, entraban á la sala sin contestarle.

XXI

No mentía Juanito al decir que los alguaciles andaban tras él. Dos lo habían venido siguiendo, en efecto, hasta la puerta de la casa de don Jaime. Ahí les había dicho:

— Espérense aquí, y si no les traigo la plata, entonces me llevan; pero yo les voy á traer la plata.

Y había entrado, sin imaginarse que aquello era una mala pasada que le jugaba San Bruno. Era don Vicente de los fríos calculadores que combinan un plan y lo llevan á efecto, con la porfiada constancia de la hormiga, que carga á cuestas un pedazo de cáscara de pan mayor que ella misma. Había enganchado á Juan en su brigada de espias, y aunque los servicios eran nulos y las peticiones de dinero continuas, le daba de cuando en cuando algún *suple*, como á la tropa, á fin de mantenerlo fiel y á la mano, para el caso á que lo tenía destinado. Fácil le había sido entrar en relaciones con los acreedores de Argomedo, usureros de tomo y lomo, que aguardaban con la paciencia del gato que pasa horas enteras delante de una cueva, hasta que salga el ratón, á que su víctima hubiese triplicado sus deudas con intereses fenomenales, para llevarlo á la cárcel y obligar al patrón, al exasperado don Jaime, á abrirles por la centésima vez, la tapa de su gaveta. Con la autoridad dictatorial que se iba arrogando, y que era para él más preciosa que para el avaro el oro, don Vicente había combinado con precisión matemática su golpe. Un procurador, á nombre de los acreedores, había solicitado del juez en buena forma, en buen papel sellado, la prisión del deudor moroso. Á vuelta de traslados, de notificaciones y cedulones, el juez había concluído por decretar: «como se pide y se comete». Con ese «se comete» los alguaciles entraban al ejercicio de sus amables funciones. La liebre perseguida por los galgos, da una idea de lo que fué la existencia de Juan Argomedo con esos diligentes curiales á los talones. Al fin lo hubieron y se le pegaron como un mal olor. La postrimera esperanza era lo que había traído al asendereado deudor á casa de su padre. Sabía que á esa hora estaba en misa, y entró con la intención de hablar con su *mama*, arrancarle lo que tuviese y encargarle que le llevase sus regalitos á la cárcel. Al atravesar el patio había divisado á Luisa, su sueño dorado de otros días, el único ser humano que lo había iluminado con un rayo de poesía en el alma, y del que, sintiéndose indigno y á inmensa distancia, había intentado robar los favores por asalto.

Al ver entrar á su padre y las dos tías, Juanito se puso lívido de cólera. Un momento antes, bajo la mirada fascinadora de Luisa, sentía que á pesar de sus acusaciones y de sus quejas, iba á desplomarse de rodillas, á pedirle perdón, en un rapto de enternecimiento casi lascivo, por el

placer de besar su mano y el ruedo de su vestido, por el gusto rabioso de gritarle que siempre la quería, que se moría con sus desdenes, por la voluptuosa fanfarronada de hablar de amor á una chica involuntariamente tentadora. Pero la vista del patrón, «que lo tenia á la cuarta», según su expresión, y de las dos solteronas que siempre lo habian tratado «como perro de la calle», que siempre le habian puesto nombres burlescos, lo exasperó en sumo grado. Esa llegada intempestiva venia á quitarle la ocasión única de hablar á solas con la hermosa chica y de conseguir tal vez, á fuerza de ruegos y de reproches, de reproches torpemente injustos, la plata que necesitaba, para librarse de los galgos que lo aguardaban en la puerta.

Don Jaime se adelantó hacia él, furibundo. El estado de relaciones entre uno y otro, excluía ya la posibilidad de toda discusión, de todo parlamento, para ser sustituidos por el arbitrio empírico y sumario de los bastonazos.

— ¡Ah, pícaro! ¿cómo te atreves á presentarte? exclamó don Jaime levantando el bastón á medida que avanzaba.

El rostro de Juan se descompuso y tomó un aire malo, un gesto de rencor de fiera hambrienta. Jamás le habia visto don Jaime esa mirada enconosa de animal que se rebela. Pero el impulso estaba dado, y como Juanito, que habia sido siempre sumiso, ó por lo menos respetuoso, era la única persona con quien se atrevia á mostrar energía de carácter, el buen caballero creyó que podría impunemente descargar sobre él su bastón para « enseñarle á meterse en la casa contra su prohibición expresa ». Pero Juan, lejos de amedrentarse ante aquella saña justiciera, con una rapidez de acróbata se lanzó de un salto sobre el patrón y lo empujó con tal fuerza, que lo echó á rodar, tropezando, hasta la extremidad de la sala. Luego, como alentado por esta prueba de un vigor que él no creía tener, sin dar tiempo al grueso autor de sus dias para ponerse de pie, se arrojó sobre él, y arrancándole de las manos el bastón, iba á darle con él un golpe feroz, cuando Luisa, con decisión y rapidez extraordinarias, le cogió el brazo y lo hizo recular violentamente.

— ¡Qué haces, malvado! ¡á tu padre!

Durante ese tiempo, prima Catita y prima Cleta, con voces de espanto, como cuando se quiere apartar á gritos dos perros que pelean, vociferaban :

— Vean, no más, ese pícaro, cara de Señor de mayo.

— ¡Sin vergüenza! con su cara de tacho aboyado.

Y ña Peta hacía coro con ellas, aferrada de la ropa de Juanito, tratando de detenerlo:

— ¡Niño, niño! ¿qué te ha entrado? ¡habráse visto no más!

Mientras las tres daban voces, y acosaban á Juan con sus insultos y sus apóstrofes de sobrenombres y comparaciones las dos primas, Luisa tendió la mano al infeliz don Jaime, que no se atrevía á levantarse por temor de un nuevo ataque de su desnaturalizado vástago. Juan se mantenía en medio de la pieza, lanzando su mirada de odio ora á don Jaime, ora á las agitadas primas, luchando al mismo tiempo para desasirse de las manos de ña Peta, que no le soltaban de la ropa.

Con aquella algazara, la servidumbre había acudido en tropel. Ya la mujer que había anunciado á ña Peta la presencia de su regalón, había contado á los otros criados lo que ocurría y todos comentaban curiosos la aparición del guacho, cuando empezaron las voces, que siguieron tan pronto á la entrada de don Jaime y de sus hermanas á la sala.

Prima Catita y prima Cleta pedían que fuesen á llamar un vigilante.

— Para que se lleven esta peste, este aborto del infierno, este maldito disfrazado de gente, este pecado mortal, este Judas Iscariote, este resumidero de chicha, este...

Y seguían inagotables, lanzando sus denuestos á Juanito. Pero Juan no parecía oirlas y bajaba la vista ante la mirada profundamente desdeñosa de Luisa.

Mientras tanto, las criadas se habían lanzado á la calle en busca de un vigilante y dos sirvientes hombres entraban á la sala, para proteger á don Jaime en caso de un nuevo ataque.

Todo aquello pasó con rapidez extrema. Don Jaime, temblando de indignación ó de miedo, se había sentado sobre una silla. Las primas mermaban, por falta de réplica, el fuego graneado de sus insultos, como una fortaleza que ha apagado los fuegos del enemigo. Ña Peta, viendo que la calma se restablecía, soltó al niño Juan, recomendándole estarse quieto.

Los criados volvieron de la calle.

— No hay vigilantes; pero hay dos alguaciles que dicen que están esperando á don Juanito.

— Que se lo lleven, dijo don Jaime.

— ¡Que se lo lleven! ¡á la cárcel! ¡que se lo lleven! dijeron á un mismo tiempo prima Catita y prima Cleta.

— Y á ustedes que se las lleve el diablo, viejas pejegallos, vociferó Argomedo.

Fué el último estampido de la batalla. Las dos hermanas repitieron algunos de los insultos que ya le habían dicho y concluyeron llamándolo « guacho deslenguado ».

Ña Peta siguió tras Juan con el semblante descompuesto por la aflicción. En la puerta de la calle los alguaciles se apoderaron de su presa y se alejaron con él en dirección á la cárcel.

Entre tanto, Laramonte, al salir de su entrevista con Luisa Bustos, se apresuró á ir á palacio, con la esperanza de ver al General y conseguir si era posible el salvoconducto. Don Mariano había dado orden de que nadie le interrumpiese en su despacho. La persecución y apresamiento de insurgentes debía continuar esa noche y aun al día siguiente, si las listas no hubiesen sido agotadas. Esa grande obra lo absorbía completamente. José Retamo debía velar en la puerta, trasmitir los pliegos que llegasen al Presidente y no introducir cerca de él sino á las personas que él designase. En la noche no fué posible hablarle tampoco. El reconquistador hacía sus apariciones á la tertulia, con el aire de un grande hombre absorto por altas preocupaciones de estado, por combinaciones de un cerebro superior, agobiado por las grandes responsabilidades del poder supremo. Los tertulios llegaban á admirarse que se acercase á las mesas de malilla, buscando sin duda algún solaz á sus grandes pensamientos, y que tuviese bastante lucidez de espíritu para indicar algún *embarque* ó algún *abarrote* oportuno. Imposible hablarle ni dirigirle la palabra si él no daba lugar á esa familiaridad.

— Ya ve usted, el hombre está absorto en sus pensamientos; diga usted á Luisita que todavía no he podido hablarle y que espero el momento de hacerlo.

Esto decía Hermógenes á don Jaime, que llegaba temprano y lo interrogaba con la vista á cada momento. Estos mensajes, que se repitieron las dos noches siguientes á la aprehensión de don Alejandro, producían en el ánimo de Luisa una verdadera consternación. Llegaba á figurarse que Laramonte, arrepentido de su promesa, buscaba pretextos para excusarse de cumplirla. El tiempo trascurría,

pensaba ella con profunda inquietud, y Abel podía cometer la temeridad de venirse de la hacienda y exponerse á ser cogido por los esbirros de San Bruno.

Por fin, al tercer día, el Coronel, impaciente ya, se decidió á entrar sin ser anunciado al despacho del Presidente.

Encontró á don Mariano inquieto con su victoria, no obstante las felicitaciones de la camarilla. Aunque el obispo electo Rodríguez, había declarado que iba á aplicar la misa del domingo siguiente á dar gracias á Dios por el éxito brillante alcanzado contra los insurgentes en la noche del 7, Osorio, espíritu indeciso y supersticioso, rogaba á la virgen del Rosario, la santa de su devoción, para que las consecuencias de aquel atentado, al que por debilidad de carácter había consentido, no se hiciesen sentir entonces ni más tarde, de alguna manera desgraciada para él. En esa disposición de espíritu, la visita del coronel Laramonte, el único de sus consejeros que se había opuesto al apresamiento de los patriotas, le pareció una misteriosa indicación del cielo, en favor de las medidas conciliadoras.

Las primeras palabras de Hermógenes le confirmaron ese presentimiento.

— Mi General, vengo á pedirle un servicio, y como entre militares no hay necesidad de circunloquios ni rodeos, agregaré que es en favor de un hijo de insurgente.

— Insurgente él también entonces, dijo don Mariano con tono de buen humor.

— Pues no, indiferente; un señor que nunca se ha mezclado en política.

— ¿Se llama?

— Don Abel Malsira.

— Hay un Malsira entre los apresados.

— Justamente, el padre de mi protegido.

Aunque la petición de Hermógenes respondía perfectamente á sus deseos de volver á la política de conciliación, don Mariano creyó que debía mostrarse escrupuloso y enérgico, siquiera fuese para hacer acto de Jefe Supremo.

— Eso es grave, Coronel, eso es grave. Tengo noticias de que los Malsira son una familia de empecinados insurgentes, y que el que ha sido aprehendido es un hombre temible.

— Todo puede ser, y sin duda por ese motivo está en situación de que nada haya ahora que temer de él. Entre

tanto, el otro no es éste, es el hijo simplemente, y aquí no se trata del pecado original, que todos, inocentes ó pecadores estamos purgando. Entre el padre, que como coronel de milicianos en Melipilla, está sindicado de insurgente, y el hijo, que no se halla comprendido en las listas de prisión, y que en nada se ha mezclado, hay una enorme diferencia.

— ¡Cómo! ¿no está en las listas? ¿qué dice usted?

— No señor, no lo está.

El general tomó el legajo de las listas originales, de las que San Bruno había hecho sacar las distintas copias de que se había servido para dar las órdenes de prisión.

— ¡Ah! ¡ah! Aquí lo tiene usted, dijo mostrando al pie de la lista un nombre: Abel, hermano de Caín, ¿ve usted? Es de familia de rebeldes y no puede ser tan inocente como su tocayo el del Paraíso.

Y don Mariano, que era muy dado á las ocurrencia chistosas, se celebraba él mismo aquel rasgo de agudeza con una risita nerviosa y admirativa de su propio ingenio.

Laramonte examinó el nombre y levantó la vista con aire de triunfo, riéndose también:

— En efecto, está el nombre de Abel; pero escrito de puño y letra de Caín, mi General, vea usted: la letra no es la misma que la de toda la lista, es la letra del capitán San Bruno.

— ¿Ah?, ¿cree usted? ¿qué me dice usted, hombre?

— La conozco perfectamente. El Capitán ha agregado sin duda ese nombre, en su celo intemperante de aumentar el número de presos.

— ¡Vaya usted á ver! ¡Qué tal! ¡Como si tuviéramos pocos! ¡No hay donde ponerlos!

Hubo entre esos dos hombres una mirada, en la que sus pensamientos parecieron caer en una misma idea. Es el punto de intersección de dos líneas que se cortan, el punto en que la una se confunde con la otra. Los dos sentían á un mismo tiempo el peso incómodo de esa dominación sorda y porfiada del capitán de Talavera, el imperio invasor de esa voluntad absoluta, que empezaba á imponerse á todos, á dominar en las resoluciones gubernativas, á imprimir á todos los actos políticos la cavilosa intransigencia de su fanatismo contra los vencidos.

Laramonte, que vió el punto débil en el espíritu de su

jefe, hizo su ataque á fondo, con la franca impetuosidad de su carácter.

— Ya ve usted, mi General, aquí empieza á levantarse un jefe supremo, aunque no tiene más que los galones de capitán. ¿Con qué derecho, don Vicente San Bruno agrega nombres en una lista formada bajo la superior autoridad de vuecencia? Yo me permito aquí recordar la franqueza con que me expresé en el consejo contra estas prisiones en masa, que iban á poner el espanto entre los chilenos, en los momentos en que habría podido, con dulzura y magnanimidad, atraérseles al buen camino. Ahora, mi General, yo pido á vuecencia un salvoconducto en favor de ese joven, agregado arbitrariamente por el capitán San Bruno á la lista de los perseguidos, y hago esta solicitud en nombre de los mismos principios de generosa conciliación que alegué en el Consejo. Con un acto de esa naturaleza, algo se neutralizará la dolorosa impresión que agobia hoy á este pueblo. Al fin y al cabo, vuecencia es el que manda en este reino y á nadie tiene que dar cuenta de sus acciones.

Don Mariano se había paseado pensativo durante este discurso. La militar elocuencia de Laramonte le traía vigor al ánimo. Con sus frases palpitantes de energía, á las que la voz y el gesto decidido del Coronel daban un realce peculiar, el amor propio le enviaba al reconquistador de Chile su vaporcito de mostaza al cerebro.» El Coronel tenía razón al fin y al cabo, como él decía. ¿Quién era el jefe supremo de la nación? ¿Con qué derecho ese capitancillo asumía el papel de dictador y quería imponer en todo su voluntad, so pretexto de fidelidad al monarca? ¡Como si él no más tuviese el monopolio del amor al soberano! Era preciso poner á raya con tiempo esa invasión de su autoridad.» Pero en él las resoluciones no tomaban el camino directo de los espíritus vigorosos. Don Mariano no podía prescindir de disimular y contemporizar. Todo aquello, pensaba, era muy cierto; pero lo era también que tenía en San Bruno un auxiliar único, y capaz, igualmente, de vengarse de cualquiera ofensa, enviando, por lo menos, algún cuentecillo de su amaño á los consejeros del virrey de Lima. Lo último atemperaba lo primero, y todo podía conciliarse, pensaba Osorio.

— Coronel, contestó; ¿cree usted indispensable ese salvoconducto? Porque no se me oculta que si hay abuso en cierto modo de parte del capitán San Bruno, él tal vez ha

podido considerarse, vea usted, ha podido creerse autorizado, como si dijéramos, á proceder de esa suerte, en vista de las órdenes é instrucciones que yo le di para el desempeño de su delicada misión; porque, eso si, la misión era delicada, y ya se ve que era preciso concederle alguna latitud, ¿no ve usted?

— Mi General, ese salvoconducto es una mera precaución para el porvenir. ¿Qué necesidad habrá de hablar de ella al Capitán? Se recomendará al señor de Malsira que procure no mostrarse en Santiago; que sólo haga uso del salvoconducto en caso de que vayan á perseguirlo.

— Pues hombre, eso es lo que yo pienso. Usted lo ha dicho. ¿Qué necesidad, qué obligación tengo de hablar de tal medida á San Bruno? Es claro que ninguna, ¿no ve usted? Vaya, Coronel, escriba usted como le parezca, ya veremos si está bien.

Laramonte no se hizo repetir la indicación, y después de escribir, leyó, consultando al General:

« Sirva el presente de resguardo á don Abel Malsira, natural de este reino, de veintisiete años de edad, para que en ningún caso pueda ser aprehendido sin orden firmada de mi mano, y en esta virtud, mando que si, por cualquiera circunstancia, hubiese sido dicho don Abel Malsira apresado ó detenido por autoridad civil ó militar, sea puesto en el acto en libertad, en vista de este salvoconducto.

Dado en Santiago de Chile, á diez días del mes de noviembre del año de nuestro señor 1814. »

— Justo, justo; Coronel, ha interpretado usted perfectamente mi pensamiento.

Don Mariano se sentia satisfecho con un acto de autoridad que lo realzaba á sus propios ojos. La forma perentoria de la redacción lo halagaba, como una lisonja. Era él, don Mariano Osorio, jefe independiente y absoluto, quien hablaba asi, como soberano, y todos tendrian que obedecer, incluso el capitancillo de marras, que empezaba á desmandarse.

— Entonces, ¿puedo poner en limpio?

— Ponga usted, nada hay que cambiar, está perfecto.

Firmó, contento de su resolución, y volviendo á su trabajo con aire de hombre abismado por el peso de una tarea inmensa se puso á remover con importancia los legajos que

había sobre la mesa, mientras que Laramonte, no menos ufano de su éxito, salía del despacho presidencial.

El que debía beneficiar de ese salvoconducto, se ponía en marcha para Santiago, casi á la misma hora en que el Coronel salía de palacio. El primer anuncio, enviado á Los Canelos por Violante de Alarcón y la carta en que Luisa refería á su primo la prisión de su padre, llegaron á manos de Abel Malsira con pocas horas de distancia. Esta segunda noticia sacó al joven de la perplejidad en que lo había dejado la primera. Á su juicio, Violante se exageraba sin duda, la gravedad de la situación. Él había dejado á Santiago tranquilizado con la política conciliadora, que hacían esperar las promesas reiteradas de Osorio, propagadas y encomiadas ostensiblemente, por todos los realistas. No era posible que de un día á otro se operase tan violenta trasformación como la que la carta de la viudita parecía anunciar. No había para qué darse prisa, ni para qué ocultarse, como ella lo aconsejaba. Esa carta, no habría, por consiguiente, producido por sí sola otro resultado, que el de tener el joven en su soledad la intensa emoción de un agradecimiento de enamorado. Las frases escritas se animaban con el sonido de la voz de su hermosa autora, como resuenan las notas de una melodía en el oído de un buen músico, con la simple lectura de la página en que están impresas. Era la evocación del ídolo, sin necesidad de llegar al estado estático, en que los bracmanes tienen que entrar para sentir la presencia de la divinidad.

Pero la carta de Luisa no daba lugar á ninguna vacilación. Abel decidió no dejarse sorprender en Los Canelos y llamó á Cámara, á fin de ordenarle que se aprontase para acompañarlo. El asistente del mayor Robles, que se consumía en la inacción, sin los pasatiempos de Rolando en los bosques encantados de Armida, dió un enérgico «viva Chile» al saber que los españoles se hacían perseguidores, por que así podrían renovarse las aventuras y los combates. Cuando los emisarios de San Bruno se presentaron en Los Canelos, Abel y Cámara se habían refugiado en los ranchos de un vaquero de la hacienda, desde donde emprendieron su marcha al día siguiente para Santiago, por caminos poco frecuentados y viajando en la noche. Aunque impaciente por encontrarse al lado de su madre, de cuya aflicción la carta de Luisa le daba una idea atenuada, para calmar su natural inquietud, Abel estaba resuelto á no ex-

ponerse, por un acto de imprudencia, á caer en manos de los españoles. Quería consagrarse á la misión que la misma chica le señalaba en su carta, de trabajar por la libertad de su padre. De acuerdo con Cámara, cuya viveza natural de ingenio, le parecía de buen consejo, en vez de llegar directamente á Santiago, pensó que era prudente detenerse en las inmediaciones, hasta tener noticias del estado de la capital y de la posibilidad de presentarse sin riesgo en casa de su madre. Con este propósito, sus reflexiones mientras viajaba, le indicaron la chacra de don José María Reza, en Apoquindo, como el punto más adecuado para entrar en comunicación con su familia sin peligro alguno.

Desde ahí envió á Cámara para reconocer el terreno y prevenir á su madre que lo vería en la noche. Cámara podría desempeñar esta comisión sin ninguna dificultad y de este modo daba tiempo á doña Clarisa y á su prima para prepararse á recibirlo sin sorpresa, ó avisarle si corría algún peligro presentándose en su casa.

Don José María hizo todo lo posible para disimular que la llegada del joven le parecía la de un huésped importuno. Apenas empezaba á serenarse del terror que le había causado su aventura en la noche del siete. En los primeros momentos se encerró en una reserva estudiada, sin atreverse á preguntar el motivo de aquella visita. Indudablemente Abel estaba perseguido y el darle asilo era crear un peligro, como el de atraer el rayo con puertas abiertas y corrientes de aire en medio de una tempestad. Pero su índole comunicativa y jactanciosa, refrenada por el temor durante las primeras horas, volvió á galope, como vuelve «lo natural» en el arte poético de Boileau. Pronto refirió al joven, con reticencias que lo hacían figurar en primera línea, las escenas del apresamiento de don Alejandro.

— Yo me escondí debajo del sofá de la sala del medio, porque estaba seguro que me habrían de interrogar sobre el escondite de tu padre y yo habría dejado que me cortasen la cabeza antes que revelarlo. ¡ Ah ¡ yo soy así, ¡ primero morir que confesar ! Y así como me llevaron preso, bien podrían haberme fusilado, que nada habrían sacado de mí.

Todo lo demás de su actitud durante las horas penosas de su cautiverio, y aun el pago de la multa, lo explicaba por lo excepcional de su situación.

— ¡ Ah ! si la Panchita no hubiese estado tan embara-

zada, á buen seguro que yo no habría hecho el menor empeño, ni pagado un cuartillo porque me dejasen en libertad.

En la relación del triste acontecimiento todo giraba en derredor suyo. Las demás personas que en él habían figurado, aparecían en el segundo plano del cuadro; él, San Bruno y sus soldados, ocupaban, prominentes, el primero. Al terminar, sin embargo, con el aire doctoral de un perito que se pronuncia en un caso deferido á su ciencia, hizo justicia á la actitud de don Alejandro, con esta frase:

— Tu padre se portó bien, eso hay que decirlo, se portó bien.

Nada en la relación de don José María, arrojaba indicio alguno sobre los motivos que habían producido la aprehensión de los patriotas, ni sobre la suerte que les aguardaba. Abel presumía que su madre habría podido ya adquirir alguna luz sobre este oscuro negocio.

— ¡Qué ha de saber tu madre! ¡estaba más muerta que viva! exclamó don José María, al oirle una reflexión en ese sentido. ¿Se te figura que ella podría haber visto más claro que yo, que no perdí mi sangre fría ni un momento?

Á las oraciones, vió con inquietud que Cámara ensillaba los caballos para su patrón y para él. Aunque Abel le había hablado ya de sus propósitos de ir en la noche á casa de su madre, don José María esperaba haber podido disuadirlo de llevar á efecto lo que él consideraba una idea temeraria.

— Bueno, pues, le dijo al verlo montar á caballo, si te pillan, no vayas á decir que has estado aquí.

— Pierda cuidado.

— Porque de seguro que me vendrían á tomar, repuso, y si á mí me ponen preso, ¿quien quedará entonces para proteger á tu madre? No hay que ser tonto amigo, y andarse poniendo en la boca del lobo.

Abel no lo oía ya. Lanzando á galope su montura, bajó, seguido de Cámara, desde las alturas de Apoquindo hasta las goteras de Santiago, en tres cuartos de hora. En vez de seguir la dirección del tajamar, tomó á la izquierda, y llegó por callejones extraviados y solitarios, hasta cerca de su casa. Cámara quedó ahí con los caballos. Él marchó resuelto, perdido entre las sombras de la calle completamente oscura, anticipando en su imaginación la tristeza del hogar donde llegaba como proscrito.

Su madre y Luisa lo esperaban inquietas. En la estancia, alumbrada apenas, las dos mujeres conversaban en voz muy baja. En tres días, la desgracia había marcado sus sombras en el rostro de la pobre señora. La zozobra, como una fiebre, la minaba. Su cuerpo, antes esbelto, se encorvaba debajo del pañolón negro, sin fuerza contra la adversidad. En los párpados, las lágrimas habían dejado su rastro de fuego, y el mirar inquieto reflejaba ese estado de ánimo, en el que el temor de lo desconocido se hace crónico.

El primer abrazo entre la madre y el hijo tuvo la intensa melancolía y la ardorosa solicitud de dos corazones heridos por el mismo duelo. Luisa, discretamente, se había retirado á otro punto de la estancia. Ella y el joven se adelantaron después el uno hacia el otro, pálidos y conmovidos, mientras que doña Clarisa, en una crisis de llanto, ahogaba sus sollozos.

— ¡Qué imprudencia, dijo Luisa tendiendo su mano.

— ¡Ah! ¡deseaba tanto verlas! contestó Abel, dominado todavía por la turbación con que se había desprendido de los brazos de su madre.

Su exclamación las comprendía á las dos, á su madre y á Luisa. Él mismo no sabía si ese deseo de verlas nacía de idéntico sentimiento hacia ambas. En aquel instante de dolor tenía necesidad de rodearse de afectos, de sentir la atmósfera tibia, consoladora del cariño, como un enfermo con frío.

— Se ha mostrado usted tan buena, tan cariñosa con mi madre, añadió sin dejar la mano de la chica, que no sé, en realidad, cómo expresar á usted mi agradecimiento.

— ¡Qué idea, Abel! agradecimiento entre nosotros. Usted conoce el profundo afecto que tengo por su padre y por mi tía, un verdadero afecto de hija. ¡Ojalá pudiera hacer más por ellos!

Aunque su voz era segura, sus ojos no miraban al joven. Tenían su mirar vago, ese mirar de incomprensible altivez, de aislamiento sistemático, que le daba un aire de estatua inconmovible.

El joven la miraba sin comprenderla. El silencio amenazaba crear entre ellos la misma situación de otras veces, que Abel encontraba embarazosa, en que la proximidad á esa chica indiferente y fría, con su majestuosa arrogancia, le daba un deseo mortificante de hablarle de amor velada-

mente, como por alusiones tímidas ó casuales. ¿Por qué, en medio de tanta pena, cuando todo debía alejarlo de ideas frívolas, esa maldita manía de andar soñando poemas de corazón, venía á removerse en su alma, algo como un mal pensamiento que se despierta? Abel pensó aquéllo y se preguntó esto al mismo tiempo. Fué todo poco más que el momento que dura un relámpago. Luego, de súbito, un instinto de delicadeza, de respeto por los sollozos mal contenidos de su madre, que estaba ahí, á pocos pasos, lo hizo romper bruscamente esa especie de anhelo mórbido, que iba á dominarlo.

— ¿Y nada, nada han podido saber de mi padre?

Luisa le explicó las voces que corrían en Santiago sobre la persecución comenzada contra los patriotas. Órdenes recibidas de Lima, para aprehender á todos los que hubiesen servido en cualquier forma, á los gobiernos que se hubiesen sucedido en Chile desde el 18 de setiembre de 1810. Se decía que iban á iniciarse procesos por categorías. Los miembros de las juntas, de los cabildos, de todas las corporaciones políticas. Los que hubiesen prestado servicios militares, ya fuese en el ejército activo, ya fuese en la guardia cívica. Á todos se les seguiría una causa; pero hasta entonces, se les mantenía en la más absoluta incomunicación. Nadie había podido obtener la menor noticia sobre sus parientes apresados. Los que rodeaban al Gobierno, los empleados en la cárcel ó en los cuarteles donde había detenidos políticos, obedecían á una severa consigna de silencio absoluto. Aquel silencio aumentaba el pavor que los sucesos del 7, del 8 y del 9 habían dejado en los ánimos. El desconsuelo era profundo, nadie se atrevía á mirar al porvenir; cada cual se sentía amenazado. Tal vez los temores se calmarían en algunos días más. Por el momento, ella estaba convencida que nada podía hacerse.

— ¿Y Trinidad?

— Nada sabe de lo que ha ocurrido. Doña Clarisa ha encargado que se le deje ignorar la prisión de su padre y me parece que tiene razón. ¿Para qué mortificarla con nuevos pesares?

— Es verdad, ¿para qué?

Abel repitió las palabras con un hondo suspiro del alma. Sus ojos se humedecieron.

— Yo insinué á doña Clarisa que tal vez convendría que

la sacase del convento y la trajese aquí á su lado. Sin duda que esto le dará algún consuelo. Por mucho que mi tía me quiera y por grande que sea mi deseo de mitigar su amargura, nada puede reemplazar el amor de una hija. Pero ella responde que tiene que respetar la voluntad de su marido, ahora más que nunca, puesto que él está sufriendo. No he querido insistir porque parecería que es de mi parte el deseo de irme de aquí. Ayer estuvimos á verla. Mi tía soportó la emoción de la entrevista con más entereza de la que yo esperaba. Sin duda quiso disimular su dolor, para que Trinidad no sospechase la terrible situación. La pobre tía ha sido siempre así. Siempre deseosa, por ahorrar pesares á los suyos, de tomar para sí todo el sufrimiento.

— ¡Pobre madre, es una santa! dijo Abel, apoyando su frente cargada de cuidados y sinsabores sobre una mano.

En aquel instante, todo sentimiento extraño á la inmensa pesadumbre que lo agoviaba, había desaparecido. Ningún sueño de amor, ningún antojo insensato de hombre sentimental, revoloteaba en torno de su mente. Su madre, que ahí, en un rincón, los miraba conversar, figurándose, con la supersticiosa persuación de los débiles, que algo estaban imaginando para libertar al prisionero; luego su padre, sin noticias de los suyos, luchando en algún oscuro calabozo, con su estoica energía, contra los golpes del destino, y Trinidad, su dulce regalona, la tierna compañera de sus juegos de infancia, dócil y amante, relegada en un convento, secuestrada al cariño del hogar, arrebatada de las dichas apacibles de la familia por el huracán de un indomable amor; esas tres imágenes lo absorbían únicamente, le mostraban la vida con otra luz que la que siempre le había visto, con abismos profundos, con tinieblas encubridoras de nuevas, de tremendas desgracias.

— ¿Y cómo la encontró usted? preguntó al cabo de un momento alzando la frente, mirando á la chica con intensa melancolía.

— Más tranquila también de lo que esperaba. Preguntó por su padre, por usted, por cada uno de los niños con una naturalidad que llegaba á parecerme extraña. Se me figuraba que, aparentando una conformidad tan poco natural, había en ella como una especie de jactancia, como si se sintiese alentada por una fuerza interna, por una resignación amarga de persona decidida á luchar, á no rendirse, á poner una resistencia infatigable.

— ¡Y mi pobre padre, que se figura que puede arrancarle su pasión á fuerza de rigor!

— Yo creía, como él, que era un capricho al que las contrariedades daban las apariencias de un amor verdadero. Ahora me he convencido de que se trata, como usted dice, de una pasión.

Abel miró á la chica pensativo.

— ¡Pobrecita! Yo creo que no ha luchado nunca contra ese amor. En fin, ahora ya sería inútil. Ella tiene que seguir su destino.

Con ese fatalismo, el mozo parecía abogar por su propia causa. La chica dejó pasar en silencio esa observación sobre el destino. Él, entre tanto, buscaba alguna manera de preguntar por Violante sin hacerlo de un modo directo.

Doña Clarisa vino entonces á mezclarse en la conversación. Temía que se hiciese tarde para Abel, y sujería la idea de que se quedase en casa, en vez de volver á la chacra de don José María.

— Me parece más prudente que se vuelva, dijo Luisa. Mientras Abel esté perseguido y no tengamos algún modo de asegurarle la libertad, creo que corre aquí más riesgos que allá en el campo.

— Pero su situación será siempre la misma, objetó la señora; siempre estará amenazado de que lo tomen preso, desde que se procede por capricho y por puro espíritu de persecución.

Abel comprendió que la chica no decía la verdadera causa de la opinión que acababa de emitir. Indudablemente, ella no encontraba propio que él estuviese viviendo al mismo tiempo que ella en la casa. Ante los ojos de una sociedad de tan severas costumbres como la de Santiago, la presencia, bajo el mismo techo, de una joven como ella y de un mozo soltero, fuese ó no su pariente, no era admisible.

— Luisa tiene mucha razón, madre, dijo el joven. Yo no he tenido ni por un momento la idea de quedarme aquí. La presencia de ella al lado de usted, es mil veces más útil que la mía. Además, yo no puedo condenarme á una perpetua inacción. Es preciso que me ocupe de buscar algún modo como comunicar con mi padre, y esto no podría hacerlo si me vengo á encerrar en la casa.

Esta contestación hizo ver á la chica que Abel había

comprendido sus escrúpulos, y la decidió á mostrarse menos reservada.

— Espero que desde mañana tendremos ese modo, de que hablé hace un momento, de asegurar á usted la libertad, y que podrá usted ocuparse así, de buscar algún medio de entrar en comunicación con don Alejandro.

Pero no podia explicarle en presencia de doña Clarisa, que á fin de ponerlo á él á cubierto de toda persecución, había recurrido al arbitrio aventurado, y aún atrevido, de valerse del coronel realista. No dudaba de que Abel comprenderia fácilmente un paso de esa naturaleza, pero sabia también que los sentimientos que don Alejandro habia inspirado á su mujer contra los españoles en general, y particularmente contra Hermógenes, la harían reprobar el acto, por mucho que agradeciese el espíritu de interés á su familia que lo había dictado. La señora no comprendió la frase de su sobrina, sino en la parte que se refería á la posibilidad de tener noticias de su marido, mientras que Abel miró interrogativamente á Luisa, esperando alguna explicación sobre ese modo de asegurarle á él la libertad.

La chica supo interpretar esa mirada, y se alejó como á buscar su costura.

— Aquí, en presencia de mi tía, dijo al joven que se acercó á ella, no puedo explicarle el arbitrio que he tocado para conseguir un salvoconducto, á fin de que pueda usted mostrarse en Santiago sin temor de ser aprehendido. Otra vez, mañana, si podemos hablar á solas, se lo diré. Ahora espero á mi tío Jaime que debe traer el salvoconducto. Si lo trae, y usted quiere quedarse aquí, para empezar mañana sus diligencias y buscar algún modo de comunicar con don Alejandro, yo me iría á casa con mi tío; así, doña Clarisa, estaria de todos modos acompañada.

Esa confidencia creaba entre los dos un secreto que parecía acercarlos. El rostro de la chica había perdido indudablemente su impasibilidad ordinaria, al hablarla así en voz baja. Abel se figuró que las mejillas, pálidas, á pesar de la frescura y lozanía de la juventud, pálidas de una palidez sana y agradable á la vista, se habían teñido de un ligero carmín. Era la primera vez que ella le hablaba sin la fría naturalidad, que parecía poner entre ambos una gran distancia. Sus ojos negros y de altanero mirar, no buscaban, como otras veces, en algún punto del espacio un objeto invisible, un pensamiento, ó una visión, que sólo ella pare-

cía seguir como un objeto que se aleja. Una emoción turbadora, le hizo encontrar no sé qué encanto en la incierta oscuridad de la pieza, en el murmullo de esa voz de mujer, que parecía temblar, como si de algún modo, la que le hablaba de esa manera, hubiese alzado, en un momento de casto abandono, una punta del velo que cubría el secreto encantador de su alma.

— ¡Y usted me decía que no le hablase de agradecimiento, cuando se ha ocupado de mí como si yo valiese algo á sus ojos!

En esa exclamación, pronunciada á media voz, el joven puso más intención que la que había querido manifestar. Él mismo sintió al instante, que su voz y su emoción, que su peligroso sentimentalismo, lo habían traicionado. La chica le respondía con la mirada de la persona que oye algo de incomprensible, y le decía al mismo tiempo, con su habitual serenidad:

— ¿No tenemos que ocuparnos de su padre? Y si usted, el único que puede hacerlo con verdadero empeño, estuviese perseguido, ¿á quién podría confiar doña Clarisa el peligroso encargo de reemplazarlo? Como ella no habría tenido medio alguno de conseguir el salvoconducto, yo pensé que haría á todos ustedes un buen servicio tratando de obtenerlo.

Un verdadero balde de agua fría sobre la cabeza. Se cree generalmente que una gran emoción puede instantáneamente volver el juicio á un beodo. Así volvió al joven la razón. Se iba á lanzar, lleno de ambición insana, con el antojo de lo improvisado, en una vía oscura, sin preguntarse donde estaba la salida. La extrañeza que se pintó en los ojos de la chica, pareció decirle: «¡Yo creo que quiere usted hacerme una declaración!» al propio tiempo que el frío razonamiento con que le contestaba, le hacía ver que pecaba de presuntuoso.

Un ruido de pasos en el patio, y la voz de don Jaime Bustos, que saludaba á doña Clarisa, lo sacó de su penosa situación.

XXII

En su foro interno, don Jaime se lamentaba y gemía á causa de la misión que le confiara su sobrina cerca de col·

ronel Laramonte. Desde el apresamiento de don Alejandro Malsira, su ánimo había permanecido en continua alarma. La enfermedad moral de la timidez había alcanzado en su mente proporciones inauditas y complicadas, acaso inexplicables para los fisiólogos, sino por el sacudimiento eléctrico de los vaso-motores de los nervios, adivinados por el genio de Brown-Sequard, según dicen, y que por la contracción y la dilatación de los vasos sanguíneos, ponen en completo desequilibrio el pensamiento, dejando intacto, sin embargo, el ejercicio lúcido de la razón. En el origen de ese sacudimiento, está la incógnita del gran problema, con cuya solución podría tal vez llegarse hasta convertir los cobardes en valientes. Don Jaime había llegado á ese período agudo de la timidez irrazonable, en el que toda causa de temor aumenta en proporción aritmética, por decirlo así, las ansias espantables de esa tortura imaginaria. No era extraño, en tal estado moral, que al ver acercarse al coronel Laramonte en la tertulia presidencial, cada vez que venía á confiarle algún mensaje «para Luisita» tocante á su encargo del salvoconducto, pusiese al atribulado mayorazgo en estupendos trances de terror. Parecíale que con esto entraba en una conspiración contra el orden monárquico y que el capitán San Bruno, que con frecuencia andaba por ahí, y que según don Jaime, debía tener en perspicacia, punto menos que el don de adivinación, habría de surgir, en el momento menos pensado, como un gato de un escondite, para llevárselo á la cárcel, bajo el peso de una acusación de lesa majestad. Así era que los otros jugadores de malilla se miraban á veces con cierta consternación, sin comprender los gestos y los extraños movimientos con que don Jaime, cuando no se creía observado, pensaba dar mayor eficacia á las oraciones mentales, con que, aun en medio de un *solo*, invocaba el auxilio de la divinidad, para que apartase de él todo peligro.

Su inquietud se había renovado ya en las noches del 8 y del 9 de noviembre. En medio de las conversaciones con que los cortesanos comentaban y aplaudían el acto de ejemplar vigor, con que gran número de patriotas habían sido arrastrados á las cárceles, este diablo de Coronel, como entonces lo calificaba don Jaime, se le había acercado con terrible desembarazo, para encargarle de hacer saber á Luisita que nada había podido conseguir. Al despedirse, en la noche del 9, le había dicho con cierto misterio, que

esperaba que á la siguiente ya podría entregarle «el consabido papel». Este calificativo, pensaba don Jaime, sabía de á legua á maquinación tenebrosa. Salvoconducto, era ya bastante grave, tratándose del hijo de un insurgente que purgaba en prisión sus opiniones revolucionarias; pero «el consabido papel» tenía algo de preparado de antemano, de intento premeditado, que ponía en grave peligro al que en él tomase parte. Entró por esto temblando al salón principal de palacio, la siguiente noche, y rehusó por precaución, tomar parte en una de las mesas de malilla, donde el Presidente hacía celebrar sus ocurrencias y sus retruécanos con obsecuente complacencia.

La sala estaba poblada de visitas, todas deseosas de rendir homenaje al triunfador, que acababa de consolidar la reconquista, con la medida que ya calificaban de salvadora. Se fumaba y se hablaba con animación, de modo que fué fácil á Laramonte llevar á don Jaime á una de las grandes ventanas, que daban sobre el patio de entrada y entregarle ahí «el consabido papel» con cierto disimulo. Don Jaime lo recibió como una ascua, y arrojó á hurtadillas una tímida mirada en derredor suyo, para ver si alguien los observaba. Esa rápida investigación le dejó tranquilo. Nadie parecía haberse fijado en ellos. Casi todos los visitantes se agrupaban en torno de la mesa donde jugaba Su Excelencia, que estaba más chistoso que nunca. Don Jaime se alejó de Hermógenes como de un apestado y maniobró hasta encontrarse cerca del Presidente. Quería estar en primera fila, hacer acto de lealtad para que el General lo viese entre los más asiduos.

Osorio le echó una mirada distraída y siguió jugando. Don Jaime, con el poco disimulo de que era capaz, observó los semblantes en torno suyo, y no descubriendo nada que le pareciese extraño, se escurrió poco á poco, hasta salir de la sala. Había hecho acto de presencia en la corte presidencial y le tardaba separarse del «consabido papel», que sentía quemante y denunciador en el bolsillo. En la antesala, José Retamo se apresuró á pasarle la capa.

— Las noches son todavía frescas y es preciso abrigarse señor Marqués, le dijo el mulato.

— Y mejor es sudar que tiritar, Josesito, contestóle don Jaime, que se creía ya libre de toda observación y se sentía alegre, como aliviado de un gran peso, al pensar que nadie había notado su corta conversación con el Coronel.

Al embozarse, encontróse frente á frente de San Bruno que se mostraba, sin que él hubiese visto que lo había seguido.

— ¡Ah! señor Capitán, muy buenas noches, me alegro de ver á usted, le dijo don Jaime con un acento muy amable.

Don Vicente lo llamó á un lado y en tono entendido, cual si le hablase de algo que ambos conocian:

— ¿Dió á usted el pliego el Coronel?

— ¡Ah! si, como no, contestó el caballero, sorprendido.

— ¿Sabe usted, que después hemos pensado con el señor Laramonte, que le falta algo á ese documento?

Esa frase tranquilizó á don Jaime. San Bruno estaba de acuerdo con el Coronel, y de consiguiente, nada habia que temer. Para él, que habia presenciado los procedimientos sumarios de don Vicente, el Capitán era la autoridad más temible de la administración.

— ¡Ah!, le falta algo! poco importa Capitán, poco importa, contestó, pensando cortar de este modo las explicaciones.

— ¡Cómo, poco importa! Pues todo lo contrario: importa mucho. Veamos, déjeme usted cerciorarme.

Don Jaime sacó de su bolsillo el pliego que le había entregado Laramonte. San Bruno lo desdobló y leyó atentamente:

— ¿No ve usted? ¿qué le decia yo? El Coronel tiene razón. Falta el sello oficial y la toma de razón. Sin esos requisitos, este salvoconducto seria inútil. Déjemelo usted aqui, yo me encargo de los trámites y se lo enviaré á usted mañana.

— ¡Cuánta bondad, Capitán, mil y mil gracias, exclamó don Jaime, con sincero reconocimiento, por la atenta solicitud que le manifestaba San Bruno.

— No hay de qué, deje usted, mañana temprano tendrá usted el pliego en su casa.

Salió don Jaime, ligero y casi orgulloso de palacio. Sentia una intima satisfacción de encontrarse asi en relaciones tan cordiales con el terrible Capitán. Estando de acuerdo con él sobre el salvoconducto, lo que un momento antes era una mortificación, se convertia en una misión importante. Á su juicio, aquel ligero incidente establecia ciertas relaciones entre él y el jefe de la policia y del orden en la capital. No todos podrian decir igual cosa, y

desde ese instante nadie podria acusarlo de sospechoso, puesto que San Bruno se entendia con él directamente para un negocio oficial.

Estas reflexiones le hicieron encontrar más corto que de costumbre el camino hasta la casa de los Malsira, donde Luisa le esperaba impaciente. Don Jaime saludó á las tres personas que había en la sala con cierto aire de proteccion, con un tonito de hombre satisfecho y alegre.

— Muchacho, estamos ocupándonos de ti, dijo á Malsira dándole á estrechar su mano con paternal cariño.

— ¡ Ah !, exclamó Luisa con manifiesta alegría, ¿le dieron á usted el salvoconducto ?

— Sí, sí, me lo dieron, como no, me lo acaban de dar.

— Qué á tiempo llega, dijo la chica, mirando al joven, ¿qué le había dicho?

Luego agregó con viveza:

— Á ver tío, déme ese papel.

— Te he dicho que me lo dieron ; pero no que lo traigo, dijo el caballero con aire enigmático.

— ¿Cómo? ¿por qué no lo trae?

— Al tiempo de venirme vimos que le faltaban los trámites.

— No le entiendo ; ¿qué trámites?

— Los trámites, pues hija, le faltaba la toma de razón y qué se yo que otra cosa. Era inútil traerlo asi, y por eso lo dejé para que le pusieran esos trámites.

Luisa empezaba á temer que su tio hubiese cometido alguna barbaridad.

— ¿Y á quién se lo dejó tío, á quién?

— Al capitán San Bruno, pues, hija, él se ha encargado de todo, con la mayor amabilidad.

La chica no pudo contener su impaciencia. Veía en un instante destruída toda su obra, la obra de que acababa de vanagloriarse delante de Abel. En otras circunstancias habría tenido que disimular su risa, por la inocencia de su tio ; pero el desmoronamiento de sus esperanzas la sacó de quicio. Habría querido gritar al caballero, en claras palabras, que lo habian hecho tonto, que era inútil para todo, que jamás habria podido figurarse semejante necedad ; pero ella, bien que pensándolo, no podia expresarse en esa forma vulgar. Su naturaleza se resistia al empleo de las expresiones chocarreras del lenguaje familiar. Instintivamente sentia que lo ideal, lo delicado, la dominaba. Su despecho

se cambió en profunda pena. Le pareció que una fatalidad la perseguía, que ya nada podría hacer por don Alejandro, y que Abel sería de un momento á otro llevado á la cárcel. Desalentada, se dejó caer sobre una silla, y sus ojos, en los que un rayo de impaciencia y de cólera había brillado, al darse cuenta de la estupenda inocentada de su tío, se llenaron de lágrimas.

Don Jaime empezaba á comprender que había cometido una supina torpeza, pero era menester no confesarlo.

— Pero hija, ¿por qué te afliges? Yo te aseguro que mañana temprano tendremos en casa el salvoconducto; el capitán San Bruno me lo prometió formalmente.

— ¡Y usted le creyó, tío, por Dios! exclamó la chica, recobrando con rapidez extraordinaria su serenidad.

No quería mostrar su emoción delante de Abel, que la miraba pensativo. Ya se condenaba ella misma por aquel pasajero instante de debilidad, y había reaccionado contra ella como si se avergonzara de revelar sus sentimientos.

— No importa, dijo el joven afectando no haber notado el pasajero enternecimiento de la chica; si no hay salvoconducto, nos arreglaremos para dispensarnos de él.

— Y si no es ese, yo conseguiré otro, agregó don Jaime.

Para convencer á su auditorio habló de su influencia con el Presidente, y aun con San Bruno, de cuya sinceridad no dudaba. Él conocía muy bien cuando una persona era sincera ó no.

— Déjate estar, chiquilla; mañana tendrás tu salvoconducto, terminó diciendo, mientras que á cada momento aumentaba en él la convicción de que el Capitán lo había burlado.

Uno de esos fulgores de luz que traen al cerebro los recuerdos, le mostraba de repente la sonrisa con que San Bruno le había dicho con su acento gallego: «No hay de qué; deje usted, mañana temprano tendrá usted el pliego en su casa ».Y una sonrisa, que entonces le había parecido amable y bondadosa, le aparecía ahora sarcástica y burlesca.

Poco después se despidió, repitiendo á Luisa, para dejarle una buena impresión, que él sabría conseguir lo que deseaba.

Doña Clarisa observó de nuevo que se hacía tarde y que Abel debía irse.

— No sea que á ese feroz San Bruno se le antoje allanarnos la casa esta misma noche.

Al separarse de su madre y de Luisa, el joven anunció que tal vez no podría venir á la casa la siguiente noche. Tenía un proyecto del que les hablaría después, para llegar á tener noticias de su padre. Luisa adivinó sin dificultad, al oirle sus explicaciones llenas de reticencias, que se trataba de Violante.

— En fin, no se exponga usted, le dijo con una sonrisa enigmática; usted corre más peligros que los que se imagina.

Abel se fué buscando el significado de esa sonrisa y de esas palabras. ¿Era sólo interés por que él conservase su libertad, para evitar un nuevo pesar á su madre y no privar á don Alejandro de los servicios que él podría prestarle, ó era que había sospechado su proyecto de acercarse á Violante y esa idea la contrariaba?

Encontró á Cámara como lo había dejado: observando las obligaciones generales del centinela, según él decía. En su puesto, manteniendo los caballos por la rienda. En la calle, soledad, oscuridad y silencio.

— Patrón, ¿vió á la Mañunga? le preguntó, al pasarle las riendas.

— ¿Qué Mañunga? contestó el joven sin darse realmente cuenta de la persona á que aludía Cámara.

— La Mañunga, pues, la sirviente de *misiá* Trinidad, la hija de la cocinera.

— ¡Ah! no la vi.

— ¡Vaya, qué diantre! yo que pensaba que la hubiese visto.

Abel, acostumbrado á la familiaridad del rotito, se rió de su exclamación. Para excusarse de no haber pensado en Mañunga, hizo un esfuerzo á pesar de las tristes ideas que lo dominaban, por seguir la conversación.

— Y tú, ¿qué has visto? ¿Nadie ha pasado por aquí?

— Nadie, patrón; ni una *china* siquiera para haberle dado un buen abrazo.

En vez de reirse esta vez de la ocurrencia, Abel miró las estrellas, que en su eterna danza le parecieron tan agitadas como sus ideas en aquel momento. Oía resonar en sus oídos la exclamación de Cámara. Parecíale un eco de la constante aspiración humana, del inquieto anhelo de un ser por otro ser; la misma fuerza tal vez que lanzaba en

ese instante un celaje al través del espacio inmenso, en aquel firmamento de estrellas enamoradas. Sin duda, pensaba, emprendiendo el galope tajamar arriba, la aspiración de Cámara no era como la flor del jardín, que el cultivo ha pintado de colores varios, con sus pétalos delicados, con su tallo galano, con sus ojas diáfanas: los caprichos del amor poetizado por la civilización. Pero era de todos modos la hija fecunda de la naturaleza, la planta salvaje, lozana y exuberante, que se alza verde y robusta en busca de aire, de sol, con el ansia de cumplir la ley de su destino, de vivir y de reproducirse.

«Ya que usted ha cometido la inprudencia de no quedarse en la hacienda, le contestaba la viudita al dia siguiente, y que se encuentra usted tan cerca, sí, venga á verme; pero en la noche, cuando ya esté bien oscuro y no corra usted el peligro de ser visto. Yo no saldré; de modo que usted puede entrar á casa con la seguridad de encontrarme.»

Esas líneas borraron de su mente las visiones de una noche febril. En el estado de medio insomnio en que vienen á reflejarse como en un espejo empañado las preocupaciones del dia, Abel habia visto la imagen de Violante y la de Luisa, aparecer simultáneamente, como en el foco luminoso de una linterna mágica. La primera, siempre radiante de hermosura, de gracia y de alegría. La segunda, de contornos indecisos, de dudosa belleza, desteñida como un retrato de fotografía medio borrado; pero interesante con la armoniosa regularidad de los contornos, que él no veía bien, y que su imaginación dibujaba con una ansiedad indefinible.

¡Qué fuego de miradas, de mágicas entonaciones de voz, de actitudes voluptuosas que parecen casuales, de vida fresca y lozana, lo ofuscó al hallarse al lado de la viudita! Casi perdía la memoria de lo pasado, en presencia de aquella mujercita formada para incendiar el cerebro de los hombres. Como una luz rutilante, ella dejaba en la sombra para el que la contemplaba, todo lo que no era ella.

— Siéntese usted aquí, señor imprudente, y confiésese: ¿por qué no obedeció á mi consejo?

Abel le pintó, con la pasión de sus años, con el entusiasmo enamorado que esa mujer le infiltraba en las venas, sus horas de soledad pensando en ella, después la inquietud por la suerte de su padre que la carta le había dado. Por

fin, el desconcierto de todas sus ideas al recibir de su casa la noticia de la prisión de don Alejandro.

— ¿Quién le comunicó á usted esa noticia?

— Mi prima, Luisa Bustos.

— Que es para usted como una hermana, me ha dicho.

— Nos hemos visto desde niños.

— Eso no basta para crear sentimientos fraternales, entre una chica como ella y un mozo como usted.

— ¡Ah, qué idea!

— ¿La encuentra usted bonita?

— No, y aunque así fuese, yo solamente pienso en usted; no aspiro sino á usted.

Era perfectamente sincero al decir esto. ¿Cómo había podido tener siquiera curiosidad de saber qué clase de sentimiento inspiraba á Luisa? Secretamente, en presencia de tanta belleza, al lado de esa mujercita, cuyo amor le parecía un sueño realizado y fantástico, se avergonzaba de su necia y presuntuosa curiosidad. ¿Qué le importaba Luisa? que sin duda no era bonita; ¿qué le importaban las otras mujeres?

Ella había parecido impresionada, muy poquito, una nubecilla de emoción, tanto más encantadora cuanto había sido fugaz, y tras de esto lo miró con aire incrédulo, con sus monerías de mujer que se siente adorable. Con voz de confidencia, con la mirada sumisa del hombre que todavía no está seguro de su conquista, el joven le repitió su frase acentuándola, para ver brillar otra vez la pasajera chispa de aquella emoción tan mona y tan turbadora:

— No aspiro sino á usted; soy su esclavo, su adorador.

— Vamos, no juegue usted con fuego; no se pierda usted en las nubes; ya sabemos lo que significa esa esclavitud. Los hombres tienen en la cabeza sus frases dispuestas por orden, para hacer la corte y nosotras lo sabemos, y lo mejor es que, á pesar de eso, casi siempre nos dejamos prender á esa liga. ¡Ah, somos tan crédulas!

— No usted, por cierto, replicó el joven, procurando hacer amable con la voz ese desmentido.

— Yo, como tantas otras. ¿Qué quiere usted? Nos pierde la ingenuidad.

— Si es ingenua, dígame: ¿ha pensado usted en mí algunos minutos desde que nos despedimos?

— Constantemente.

— Demasiado, entonces, para que yo lo crea.

— No se ria usted; voy á darle la prueba de ello.

— ¡La prueba! ¿la prueba de que ha pensado en mí?

— Sí, señor, y constantemente, mantengo la palabra.

— Me hará usted caer de rodillas á sus pies.

— ¿Usted chancea? Pues prefiero eso á las exageraciones sentimentales, sobre todo ahora, que llega el momento de hablar con seriedad.

— Veamos la prueba.

— Pues hombre, aquí la tiene usted. En primer lugar, la diligencia con que avisé á usted y con que hice prevenir á su padre el peligro que ustedes corrian. En seguida, desde que supe que el señor don Alejandro había sido aprehendido, no he dejado de ocuparme de él y de usted por un solo instante.

— Es usted adorable, dijo el mozo con acento de conviccion, llamado con lo que oia á la realidad, al objeto, ó más bien al pretexto de su visita.

— Mi principal empeño fué buscar algún modo para que su madre de usted pudiese comunicarse con su esposo. He pasado dos dias sin poder encontrarlo; pero ayer creo haber conseguido mi objeto.

— ¿Cómo? Era precisamente lo que yo deseaba pedir á usted, que con su influencia lo consiguiese.

— ¡Ca! ¡mi influencia! Osorio se echó á reir cuando le hablé de eso. Si hubiese usted oido sus exclamaciones: « ¡Cómo, usted también viene á hablarme de los señores de Malsira! ¿Por cuál de los dos? ¿Por el viejo ó por el joven? No me diga que es por el joven, porque creeré que va usted á pasarse á los insurgentes, y advierto á usted que debe tener por ahi alguna rival, porque ya me han pedido un salvoconducto para ese feliz mortal. Pues señor, vaya, con padrinos como usted, yo soy también capaz de hacerme insurgente » y qué sé yo cuantas cosas me dijo. Mas, cuando yo le expliqué el objeto de mi empeño, el General se puso serio y dejó el tono de chanza. Dijo que eso no era posible, que habia causa iniciada y que era indispensable mantener la incomunicación para el señor don Alejandro y para todos. Imposible me fué sacarlo de ahí, se encastilló en su deber, en el servicio de Su Majestad, en la seguridad del Estado. Al despedirme le dije que le aborrecía y él se echó á reír.

— Y entonces, ¿qué hizo usted?

— Va usted á verlo. Es la cosa más curiosa del mundo,

una ocasión que he cogido por los cabellos. ¿Usted ha oído hablar del capitán San Bruno, no es verdad? Es ahora el todopoderoso, y figúrese usted que es él mismo, sin sospecharlo, por supuesto, que ha venido á proporcionarme el medio que yo buscaba. Desde el día siguiente del baile, se ha hecho muy asiduo de mi casa.

— Se ha enamorado de usted.

— Nada, ese antiguo franciscano no entiende de amores. Lo que hay, es que ha tenido noticia de mi parentesco con el virrey Abascal y ha pensado que por los santos se llega á Dios. En estos últimos días, sus ocupaciones no le han dejado tiempo de venir; pero en cambio, ha tenido la galantería de enviarme flores con un asistente, un español, que suspira por volverse á su país, donde ha dejado mujer y niños, según dijo conversando con mi doncella, española también. La segunda vez que vino entré en conversación con él y le dejé entender que yo puedo, gracias á mi parentesco con el virrey del Perú, conseguir que lo manden á España. El soldado me aseguró que me veneraría como una santa, y yo, para mantener su devoción, le dí una buena propina por el ramo de flores que me traía. En ese pie de inteligencia, á la tercera visita, que fué ayer, me comprometí á escribir al Virrey; pero á cambio de un servicio, que también ofrecí pagar en plata contante. El hombre está ahora enteramente á mi disposición. Como asistente de San Bruno, va con frecuencia á llevar órdenes á la guardia de la cárcel y me ha prometido que hallará modo de entregar una carta al prisionero que yo le designe y de traerme su contestación.

— ¿Y si ese hombre nos traiciona?

— No es probable; ¿cómo puede un pobre diablo como él, que nada tiene que esperar por estos mundos sino su miserable sueldo, preferir su triste condición á regresar á su patria con una buena suma, que podremos prometerle? Cuando hay tantos otros que se desertan, exponiéndose á los palos y á meses de calabozo, ¿qué tiene de extraño que éste quiera hacer un excelente negocio con un riesgo muy lejano y conseguir además el ser devuelto á su patria y á su familia?

El razonamiento era poderoso y el abogado irresistible. Abel, entusiasmado con la esperanza de comunicarse con su padre, escribió ahí mismo á don Alejandro para iniciar la correspondencia. Nada de reservado ni de comprome-

tiente habia en su carta. Era preciso proceder con cautela y hablar únicamente de la familia, hasta tener alguna seguridad de que no serian delatados. Violante se encargó de enviar la carta y de hacer que la respuesta viniese por su conducto.

— Mientras tanto, dijo, no es prudente que usted repita sus visitas, á menos, agregó con malicia, que se halle usted en posesión del salvoconducto de que me habló don Mariano.

Abel no juzgó necesario revelar lo que sabia sobre ese particular, ni Violante pudo decirle quién habia pedido el salvoconducto para él. De todos modos, punto era ese que le interesaba mucho menos, que el señalado servicio con que la viudita le daba una prueba de la solicitud con que habia pensado en él.

— Por ese camino, dijo alegremente encomiando lo hecho por ella, pronto me parece que venceremos el famoso tercer obstáculo de que hablábamos la última vez.

— Empiezo á temer, replicó Violante, que haya un cuarto obstáculo que yo no habia previsto.

— ¡Otro todavía! ¡Usted quiere desesperarme!

— No soy yo quien lo inventa, es la persona que ha solicitado el salvoconducto. Ya oyó usted la opinión de don Mariano. Él cree que yo tengo una rival.

— Pero usted no lo cree, ¿no es verdad?

— En todo caso, si no lo creo, eso no me impide temerlo.

Contestó de ese modo entre seria y risueña, tendiendo la mano al joven, que estaba ya de pie al lado de ella. Para él aquellas palabras fueron como el contenido de un frasco de esencia balsámica y embriagadora que le vaciaban sobre la cabeza. La idea de que la viudita pudiese estar celosa, hizo subir su esperanza, casi su convicción de ser amado, con la velocidad con que cruza el espacio hacia el zenit un globo aerostático, descargado de gran parte de su lastre. El corazón le dió un brinco impetuoso. Le parecia que un guerrero que sube al asalto, debia experimentar una sensación análoga á la suya al clavar el estandarte que lleva en la mano, sobre la trinchera del enemigo: la inmensa, la orgullosa satisfacción del primer triunfo.

XXIII

Bien distinto era el estado de ánimo de don Jaime, después de su desgraciada aventura del salvoconducto. Su sobrina le había impuesto como penitencia que se presentase á Laramonte y le refiriese lo ocurrido, rogándole que consiguiese del general Osorio otro documento análogo, para reemplazar el secuestrado por San Bruno. Antes de llegar á esa penosa extremidad, Bustos se armó de valor y se fué en busca del Capitán, con la esperanza bien quimérica, de que le devolviese el « consabido papel ». La idea del triunfo que le daría la recuperación de ese papel, le infundió alientos para presentarse á don Vicente. Esta ilusión no fué larga, sin embargo. El Capitán encontró la pretensión altamente peregrina.

— El documento está en tramitación, le dijo con su gesto cruel en forma de sonrisa, tenga usted paciencia. Ya lo recibirá usted uno de estos dias; pero no se tome usted la molestia de volver á buscarlo, agregó hablándole en tono confidencial, porque la insistencia nos haría creer que se está usted cambiando en insurgente.

Con esto hubo don Jaime de resignarse á confesar su desventura á Laramonte. El Coronel se rió de buena gana.

—Estratagemas de guerra, señor don Jaime, ¿qué quiere usted? Al mejor cazador se le va la liebre.

— Y tanto más á mí, que no soy ni guerrero ni cazador, dijo don Jaime, tratando de reirse también, para propiciar la voluntad del Coronel.

— Pero amigo, donde las dan las toman. Aseguro á usted que el capitán San Bruno no nos ha de burlar y que nada habrá conseguido con abusar de la credulidad, muy natural, de usted en este caso.

— Justamente, muy natural.

— Diga usted á Luisita que voy á emprender de nuevo mi campaña á la conquista de ese tesoro, y que ya le daré noticias mías muy pronto.

El general Osorio tomó su gran actitud, su actitud teatral de Jefe Supremo del Estado, cuando el coronel Laramonte le refirió el desacato cometido por el capitán San Bruno. Pero pronto, tras de ese movimiento de orgullo vino la reflexión del hombre débil de carácter, y fué una

sensación de fastidio, al verse frente á una dificultad, la que se pintó en su rostro. El Coronel, que conocía á su hombre de memoria, le presentó una puerta de salida.

— V. E. dijo, tiene encargado á San Bruno el servicio de policía y seguridad de la capital, de modo que él podría alegar, si se le llama á dar explicaciones, que, no estando seguro que el documento emana de V. E., ha querido cerciorarse personalmente de su origen, y talvez someter algunas observaciones respetuosas sobre el caso.

— Justo, dijo el General, moviendo sentenciosamente la cabeza.

— Pero puede observarse, que si tal hubiese sido su intención, ya se habría presentado á V. E. y le habría hablado del negocio.

— Justo, también.

— De consiguiente, no es temerario inferir, que el Capitán, contando con la impunidad, y acaso ensorberbecido con los poderes que hoy inviste, entiende, al apoderarse del papel que es un mandato de V. E., obrar de su cuenta y riesgo, oponiéndose á una orden suprema, ó más bien dicho, suprimiéndola.

— Justo, repitió don Mariano, con la nubecilla de fastidio, otra vez, sobre la frente.

No divisaba donde quería llegar Laramonte con su razonamiento, y se sentía ya mortificado con la perspectiva de una explicación con el Capitán, en la que él tendría, por supuesto, que hacer triunfar su autoridad.

— Pero como difícilmente podría V. E. reemplazar en sus actuales funciones á San Bruno, lo que indudablemente habría que hacer si se le llamase á cuenta, yo me atrevo á sugerir á V. E. con todo respeto, que le dé una buena lección indirectamente, otorgando, sin notificarlo á él, un nuevo salvoconducto, que siendo de fecha posterior al primero, tendría más fuerza, ó valdría tanto como un duplicado de aquél, que se consideraría como extraviado.

— ¡ Muy justo ! exclamó radiante el General, porque veía de esta suerte desaparecer todas las dificultades ; y para que vea usted que yo entiendo hacerme respetar de todos modos, añadió, tomando de nuevo su actitud de autoridad en ejercicio, siéntese usted ahí, Coronel, y escriba lo que voy á dictarle.

Laramonte tomó la pluma y un pliego de papel revestido del sello de Estado.

Don Mariano empezó á pasearse con las manos cruzadas á la espalda, y á dictar sentenciosamente:

« Don Mariano Osorio, Capitán General interino del Reino de Chile, etc., etc.,

« Por el presente, ordeno y mando al capitán del Regimiento de Talavera don Vicente San Bruno, encargado por decreto especial del servicio de policía, orden y seguridad de esta capital, y á toda autoridad militar ó civil, de cualquier grado ó empleo, que: en vista del presente, se abstengan de aprehender al súbdito de S. M. don Abel Malsira, ó que, si por cualquiera causa, se le hubiere aprehendido, en el acto de que este salvoconducto se les manifieste, procedan á poner en completa libertad al referido don Abel Malsira, sin que valga pretexto alguno para no dar exacto é inmediato cumplimiento á este mandato.

Dado en Santiago, á once días del mes de noviembre del año de Nuestro Señor mil ochocientos catorce. »

— Mil ochocientos catorce, repitió Laramonte al terminar.

— ¡Ah! ¡ah! Con esto veremos si don Vicente entiende que yo mando y que él debe obedecer.]

Tomó el papel y lo leyó en alta voz, alzando la frente llena de dignidad, saboreando cada una de las frases y recalcando la pronunciación, echado para atrás, en cada palabra imperativa:

— Ordeno y mando... de cualquiera grado ó empleo... se abstenga de aprehender... en completa libertad... sin que valga pretexto alguno... ¿Qué tal? me parece que es concluyente.

— Y sin réplica, mi General.

— Y sin réplica, repitió don Mariano. No hay duda que hemos tenido una buena idea, repuso, firmando con entusiasmo.

Al poner la rúbrica, exclamó con verdadera alegría:

— Y si á don Vicente se le antoja ir por lana, saldrá trasquilado y trajinado, sí, señor, trajinado. Que me baraje ese golpe si puede.

Laramonte lo dejó, riéndose del chasco que se llevaría San Bruno, si llegaba á poner mano sobre Malsira. Don Mariano, inclinado á lo picaresco, á pesar de su elevada posición, encontraba muy gracioso aquel modo de poner á raya las invasoras pretensiones del Capitán, que le parecía, en suma, antipático y terrible.

Pero esa disposición de espíritu le duró poco. Los inconvenientes de la situación que el salvoconducto le creaba con San Bruno, le aparecieron con proporciones mucho más pronunciadas, que las ideas de triunfo y de malicia que lo habían puesto tan contento. En su ánimo indeciso y fluctuante, las impresiones se sucedían con la regularidad con que brilla y desaparece la luz en un faro de lámpara giratoria. Empezó á recordar con cierta desazón, que el Capitán era uno de los pocos que habían combatido, en las horas angustiosas de la resistencia tenaz de Rancagua, su proposición de abandonar el sitio. Desde entonces se le había hecho San Bruno particularmente antipático. Le parecía siempre leer en su faz adusta, en sus ojos de torvo mirar, una constante crítica de aquel momento de debilidad. Ese hombre lo hostigaba, lo mortificaba como un remordimiento, como una amenaza muda de que él tenía un medio seguro de vengarse, si no le guardaba todo género de consideraciones. Si don Vicente llegaba á descubrir lo del salvoconducto, pensaba Osorio con inquietud, se declararía su enemigo, un enemigo encubierto, fecundo en ideas de venganza. Á pesar de cierto valor personal con que había sabido arrostrar el peligro en los campos de batalla, la idea del enemigo encubierto, lo ponía temeroso, le parecía la amenaza de un ataque por la espalda, una asechanza traicionera que le entró comezón por conjurar.

— ¡ Hola ! plantón, que llamen al capitán San Bruno.

Don Vicente entró después al despacho del General. Tras de su aire de respetuosa subordinación, Osorio se figuraba descubrir algo de irónico en la mirada siempre enigmática, en el gesto con que, en forma de sonrisa, respondía á su saludo.

— ¿Sabe usted, Capitán? de todos lados vienen á hablarme en favor de un tal don Abel Malsira, ¿quién es él?

— Un hijo del insurgente qué está preso en la cárcel.

— Yo no sé, vea usted, me dicen que ese mozo no se ha mezclado en nada contra el Gobierno de S. M. En fin, yo no sé, bueno será que por ahora no se le persiga. ¿No le parece á usted?

— Lo que V. E. ordene, mi General.

— Eso es, mejor será no perseguirlo por ahora, como decía. Hasta un papel he dado ¡hombre! una especie de salvoconducto para que lo presenten á usted en caso ne-

cesario. Bueno es que usted lo sepa. Con que entonces, quedamos en eso, ¿no es así? estamos perfectamente de acuerdo. No se perseguirá, por ahora, á ese don Abel. ¡Qué nombre! Peregrina idea la de llamar á un hombre Abel. Vaya, pues, no perseguiremos á ese Abel.

Había tomado un tono campechano, con el que esperaba ganarse la voluntad de aquel hombre, que le parecía una amenaza constante, y lo convidaba, con la vista, á reirse de su observación, á familiarizarse con él.

— Á menos, objetó, siempre respetuoso don Vicente, que V. E. tenga á bien exceptuar el caso de delito infraganti.

— ¡Cómo! ¡Por supuesto, Capitán! ¡Ah! en caso de delito infraganti, no rige la orden. Yo sé que usted es hombre avisado y no se lo decía por esto. ¡Ah! para delito infraganti tiene usted carta blanca, Capitán, no le digo á usted nada más.

Y sucedió que después de este corto diálogo, ambos se separaron satisfechos. El General estaba seguro de haber salido de la dificultad por un golpe de ingenio. Así quedaba bien con todos. Se había mostrado asequible y complaciente con el Coronel, y evitado para lo futuro todo motivo de resentimiento á San Bruno. Éste, por su parte, había entrado al despacho de su jefe decidido á mostrarse intratable, si le hacía algún reproche por haberse apoderado del salvoconducto. Y como el General nada había dicho sobre esto, don Vicente llegó á dos conclusiones igualmente satisfactorias para él; ó que Osorio no se atrevía á reprenderlo, por haberse adueñado de un documento enviado por él á otra persona, ó que ignoraba lo ocurrido, con lo cual quedaba libre de una explicación, en la que se habría defendido á nombre del interés del servicio, aun á riesgo de hacerse aplicar un castigo, y tener que reñir con el jefe supremo del Estado, el dispensador de los ascensos.

El coronel Laramonte, por su parte, se apresuró á prevenir á Luisa, por medio de una esquelita, que iría á las tres de la tarde á casa de don Jaime, á darle cuenta de su nuevo encargo. La joven llegó donde su tío en momentos en que él y sus dos hermanas, después de una abundante comida, en la que los garbanzos y la morcilla habían sido el mejor ornamento del puchero, se aprontaban para retirarse á dormir la siesta. Con el rostro animado por la mar-

cha, Luisa, al entrar, pasó á don Jaime el aviso de Laramonte.

— ¿Entonces va á llegar de un momento á otro? dijo el caballero después de leer.

— Por eso he venido, contestó la chica.

— ¿Qué te habia dicho yo? Viene á traerte el papel, que se lo habrá devuelto San Bruno.

— ¡ Ojalá !

— ¡ Ah ! ¡ y tú creías que el Capitán me habia engañado! Yo conozco á los hombres, ¿no ves? Estoy seguro que San Bruno me hablaba con sinceridad. Y además, ¿cómo crees que habría de querer engañarme así, cuando sabe la consideración con que me trata el General?

Don Jaime hablaba con aire de triunfo. Quería buscar un desquite de la humillación porque había pasado, al llegar á casa de doña Clarisa sin el salvoconducto.

— No se te figure, añadió, que el Coronel haya podido conseguir otro salvoconducto. El hombre es intratable sobre este particular porque quiere que la ley sea pareja para todos. No, no, es el capitán San Bruno que le ha entregado el que yo le dejé. Habría sido completamente inútil traerlo sin los trámites.

Mientras tanto, prima Catita y prima Cleta se miraban, frunciendo los labios, con remilgo. Todo lo que oian era un arcano para ellas. La curiosidad y el despecho de no saber de qué se trataba, les hacia cambiar miradas de violenta indignación. Cuanto venia de Luisa tenia la particularidad de irritarlas. Desheredadas de belleza, la fuerza mágica de su sexo; perdida la juventud, que tiene en sí tantos consuelos, las dos solteronas sostenian contra su sobrina esa guerra sorda y de alfilerazos, con que las mujeres se vengan en las otras de las crueldades del destino. Esa conversación para ellas enigmática, entre su hermano y Luisa, les hacia en el ánimo el efecto de las ortigas sobre el cutis.

— ¿Quién va á llegar? preguntó prima Catita, con aire indiferente.

— Catita, no seas curiosa, hija, le respondió don Jaime, figurándose que Luisa queria guardar entre él y ella, el secreto de la visita de Laramonte.

— Eso no es curiosidad, es por saber, replicó prima Cleta, saliendo á la defensa de su hermana.

— Dejalo que hable, yo no le hago caso, será algún secreto, pues.

— No tía, no es un secreto, replicó Luisa con aire afable. Se trata del señor Laramonte, que viene á hacerme saber el resultado de un encargo que le mandé hacer con mi tío.

— ¡ Ah ! el Coronelito, exclamaron con acento de malicia burlesca, las dos hermanas.

— ¿ Y tú no temes comprometerte ? preguntó á la chica tía Catita.

— Es ya la segunda vez que viene, agregó prima Cleta, con afectado recato en la actitud y en la mirada.

— ¿ Yo ? ¿por qué he de temer comprometerme? contestó Luisa.

Don Jaime, impaciente con el ataque de sus hermanas á la joven, tamboreaba una marcha con los dedos, sobre la mesa.

— Si ustedes temen comprometerse, no se queden aquí, dijo, tratando de quitar su dureza á esta réplica con una sonrisa.

— No tenemos para qué quedarnos, puesto que él no viene por nosotras, replicaron ellas casi al mismo tiempo. Prima Catita añadió:

— Y como ustedes no quieren decir qué encargo hicieron al Coronelito, creerían que nos quedábamos aquí para espiarlos.

— Bueno, pues, váyanse, nadie las sujeta, dijo don Jaime, que únicamente se atrevía á ser enérgico con sus hermanas.

Las dos salieron de la pieza con aire de dignidad ofendida, sin mirar á don Jaime ni á Luisa. Al lado de afuera prima Catita dejó estallar su indignación.

— Y este tonto, que se figura que la otra le ha de hacer caso porque lo emplea para todo, como criado. Ahora le va á servir de alcahuete con el oficial.

— ¡ Y ella ! Todo es por buscar modo de que Laramonte le haga la corte, agregó prima Cleta, que miraba con enconada rivalidad á su sobrina. ¡ Tan bonita que es para que todos los hombres se enamoren de ella !

Un momento después Hermógenes entraba en la sala donde Luisa y su tío lo esperaban. La joven se excusó de haberle causado tanta molestia. La amable prontitud con que él venía á darle cuenta de su encargo, empeñaba de

nuevo y doblemente su gratitud. La voz de la chica, al expresar ese sentimiento, tenía entonaciones sinceras, casi conmovidas.

— Soy yo quien debo dar á usted las gracias, por haberme ofrecido nuevamente la ocasión de venir á presentar á usted mis respetos, y de convencerme, por mi mismo, que usted no mira á todos los españoles como enemigos.

— ¡ Coronel ! ¿ quien le ha dicho eso á usted ? Aquí todos somos realistas y amigos de los españoles, exclamó don Jaime sin dar tiempo á Luisa de hablar.

El Coronel se había expresado en tono risueño, con acento de amistosa confianza, sin nada en su actitud ni en su voz, que acusase un propósito galante, obligando á la chica á decirle que hacía por él una excepción.

— Prevengo á usted, replicó ella en el mismo tono de confianza, que mi tío, al hablar en plural, hablaba por si y por mis tías sin duda. Yo no puedo decir otro tanto que él ; pero es una injusticia decir que soy enemiga de *todos* los españoles. Soy contraria á la dominación española, es cierto ; mas este modo de sentir, no me hace enemiga de los españoles indudablemente. La prueba de ello, Coronel, es que he acudido á usted para pedirle el servicio por el que vuelvo á darle las gracias.

Don Jaime se sentía en ascuas al oir la profesión de fe política, con que su sobrina daba una prueba de su inquebrantable dignidad. Pensaba que Laramonte iría á contarlo todo al General, quien haría recaer sobre él la consecuencia de las opiniones políticas de su sobrina. Un cambio de conversación inmediato le pareció de imperiosa necesidad, para distraer la atención de Laramonte y apartarlo de la cuestión política.

— Entonces, Coronel, exclamó con voz más alta que lo necesario y como si hablase á un sordo, usted nos trae el salvoconducto. Así le estaba diciendo á *ésta:* que el capitán San Bruno no podía haberme engañado y que le rogaría á usted que nos trajese el « consabido papel ». ¡ Ah ! ya ve usted que no he olvidado la fórmula « el consabido papel ».

Se reía, contento de su ingenio para dar otro rumbo á la conversación, orgulloso de su triunfo, orgulloso de que Luisa se convenciese de que él no se había equivocado, al contar con la promesa de San Bruno.

— Sí señor, aquí tiene usted el « consabido papel », dijo

Laramonte, dirigiendo á Luisa una mirada significativa.

— ¿Qué te decia yo, chiquilla! Á mi no me engañan asi no más. ¿Qué le dijo San Bruno, Coronel?

— ¿San Bruno? Nada.

— Pero en fin, le dió el papel, esto es lo principal.

— Tampoco me ha dado nada.

— ¿Cómo lo ha obtenido usted entonces? ¿Quien se lo ha dado?

— El general Osorio.

Lejos de extrañarse con esta declaración, don Jaime hizo el ademán de un hombre que lo comprende todo.

— ¡Ah! ¡Ya estoy! El Capitán llevó el salvoconducto, el « consabido papel », señor don Hermógenes, al señor Presidente, con motivo de los trámites, y Su Excelencia, que es hombre tan cumplido, en vez de devolverlo por medio del Capitán, me ha hecho el honor de escoger á usted, Coronel, para traérnoslo.

— Eso debe ser, contestó Laramonte. Mientras don Jaime hablaba, habia estado diciendo por señas á Luisa, que era mejor dejar al buen caballero en su engaño.

— Estos asuntos de estado, repuso Bustos, asumiendo un aire de importancia, son por otra parte, tan delicados, que no será extraño que Su Excelencia haya querido guardar secreto sobre el asunto, haciendo creer al Capitán que no daria curso al salvoconducto.

— Algo de eso insinuó, dijo Hermógenes, y por este motivo será conveniente que usted no vuelva á tocar este asunto con San Bruno.

— Por supuesto, ¿á quién lo dice usted? así lo habia pensado.

— Sea como fuere, observó Luisa, dirigiéndose al joven, con este servicio ha empeñado usted profundamente nuestra gratitud.

— ¡Oh! eso si; nuestra profunda gratitud, Coronel, exclamó don Jaime, á cada momento más ufano del importante papel que desempeñaba en la entrevista.

Laramonte fijó en la joven una atenta mirada.

— Cuento con esa gratitud, dijo, que puede algún dia serme muy preciosa.

— Cuente usted, cuente usted, interpuso don Jaime con aire protector : todo lo que usted quiera, Coronel.

Un ruido, como de un golpe dado en la puerta de la sala vecina, vino á interrumpir la conversación. Á ese ruido

siguió en la misma sala uno de polleras y de enaguas, como una precipitada carrera de mujer. Don Jaime se lanzó sobre la puerta y alcanzó por divisar por la espalda á tía Cleta, que se escurría tras de otra puerta de comunicación con los dormitorios de las dos hermanas.

— No era nada, sería el gato, dijo á manera de explicación, cerrando la puerta.

Cuando el Coronel hubo salido de la casa :

— ¿ Qué se te figura que era ? Adivina.

— Ya lo supongo, contestó Luisa sonriéndose. Vendrían á ver si me he enamorado del Coronel.

— ¡ Qué te parece ! Si las dos son capaces de ponerse en cuatro patas por oír lo que se conversa lejos de ellas.

Luego añadió, como sacando la moral de aquel incidente, en favor de sus galantes pretensiones.

— ¡ No ves chiquilla ! ¡ Por nada te quedes soltera !

Sobre este tema se empeñó en bordar sus amorosas insinuaciones, al acompañar á la chica á casa de doña Clarisa.

— No creas que es broma. Debes pensar en casarte con un hombre serio que pueda protegerte.

— Pero tío, ¿ qué necesidad tengo de casarme para que me protejan ? ¿No es usted mi protector ?

— Si ; pero no es lo mismo.

— No veo la diferencia.

— Un marido puede proteger más que un tutor. Así, suponte que yo fuese tu marido...

— No importa, yo no quiero casarme, ya se lo he dicho tantas veces.

El tono de reprimida impaciencia con que fueron pronunciadas estas palabras puso fin á la conversación. Don Jaime no se atrevió á insistir. Luisa se despidió en la puerta de casa.

— Hasta aquí no más, tío, váyase á su tertulia.

La puerta de calle estaba entornada. Al entrar al zaguán, ña Peta le salió al encuentro. Hablándole en voz baja, con aire y miradas de precaución en torno suyo.

— ¿Sabe, señorita? vengo de la carcel. Allá tienen, pues, al niño, como si fuese un criminal, porque debe unos cuantos pesos. Lo fui á ver, y le llevé una ollita de comida y unos dulcecitos. Y el pobre que es tan buenazo. Mire, mama, que me dijo, á mí no me gusta ser malo con los otros, y aunque ninguno de la familia ha sido capaz de pagar por mí, y han dejado que me traigan á la carcel, yo le

voy á hacer un buen servicio á doña Clarisa. Tome, que me dijo, le va llevar esta carta á Luisa para que se la entregue á su tía.

Al decir esto, ña Peta sacaba una mano de debajo del rebozo, y pasaba un papel doblado en forma de carta. La joven la tomó con viveza.

— Á ver, dámela, dijo reconociendo la letra de don Alejandro en el sobrescrito. Luego añadió, con cariñosa voz, echando sus brazos al cuello de la vieja.

— ¡ Ah ! ¡ no sabe el gusto que me da ! La pobre tía estará contentísima.

En los ojos de ña Peta, que se empezaban á nublar con lágrimas de enternecimiento, al hablar del niño, brilló una luz de alegría.

— No ve pues, señorita. ¡ Si Juanito es tan bueno !

La joven no la oía ya. Atravesó casi corriendo el patio, y entró al cuarto donde doña Clarisa, con el rosario en la mano, buscando su fuerza moral en la oración, imploraba el cielo por la suerte de los suyos. La joven se encargó de la lectura, porque la voz faltó á la señora desde las primeras palabras. « Mi esposa adorada ». Ese eco de un tiempo lejano, del tiempo en que el amor y la juventud, doraban con su viva luz, las cumbres de tanta esperanza desvanecida, de la ternura, que los años y el trato diario, habían borrado con su áspera mano, trajo á la señora, otro dolor, que los cuidados del momento le hacían olvidar : la pena intensa de sentir de repente, amortajado en el fondo del pecho, ese cadáver del primer amor, que toda mujer pura guarda avara, como el de un hijo al que quisiera devolver la vida.

— Toma, lee tú ; ¡ yo no puedo !

Luisa leyó con voz conmovida :

« Gracias á Juan Argomedo, espero que esta carta llegará á tus manos. Detenido aquí por deudas, este pobre mozo, en quien el corazón es muy superior á la cabeza, me ha colmado de atenciones desde su entrada á la cárcel. Su calidad de simple detenido, lo hace gozar de una libertad relativa, de que estamos privados los reos políticos ; de modo que miro como probable que él pueda llevar á cabo su promesa de servirnos de intermediario, para nuestra correspondencia. Aunque sus funestas pasiones lo han lanzado en una existencia degradante de desórdenes, veo, tratándolo, que no es sordo á los sentimientos elevados y que po-

demos confiarle nuestras cartas, sin temor de ser traicionados.

» La incomunicación de tantos días me tiene lleno de cuidados por ustedes. Argomedo me dice que sabe que ustedes están en buena salud. ¡Dios lo quiera! Por mí, no tengas inquietud ninguna. Todas mis reflexiones me hacen creer que la prueba por que atravesamos será corta. Pero si el cielo nos reserva otros padecimientos que el de una separación momentánea, confío en que tú no dudarás un sólo instante de mi entereza y de mi resignación para sobrellevarlos, y que en esa persuasión encontrarás una fuente de consuelo y la fuerza necesaria para combatir tu abatimiento.

» Hasta ahora, todos ignoramos la causa de nuestra prisión. No se nos ha sometido á ningún interrogatorio. Esto nos hace esperar que el gobierno tardará poco en convencerse de que, con un atentado como el de que somos víctimas se enajenará el cariño de los pueblos, y que persuadiéndose que por semejante camino le será imposible asentar sobre bases sólidas su triunfo, tomará la decisión de restituirnos á la libertad. Con esta esperanza me despido de ti y de nuestros queridos hijos, hasta luego.»

El estilo pintaba al hombre. Sereno ante las incertidumbres del presente, sobrio en sus expresiones de afecto, su principal empeño parecía el de tranquilizar el ánimo de su mujer, manifestando una confianza, que estaba lejos de poseer, en las futuras resoluciones de sus perseguidores. Luisa no participaba tampoco de esa confianza. Le inspiraba particularmente una inquietud instintiva la intervención de Juan Argomedo, como intermediario en la correspondencia. Guardóse, sin embargo, de comunicar sus temores á Malsira cuando, en la noche, el joven hubo leído la carta. Abel, tranquilizado en gran manera con la lectura, parecía tan feliz de pensar que su padre volvería pronto á encontrarse nuevamente entre ellos, que la chica no quiso enturbiar sus ilusiones con alarmas que podían ser imaginarias. Ambos se encontraban, además, en un estado peculiar de espíritu, creado en cada uno de ellos por una preocupación personal. El joven pasaba en esos momentos por la sensación de disgusto de todo el que llega á participar una nueva importante y encuentra que aquellos á quienes esperaba traer una grata sorpresa, se hallan ya enterados de lo que él viene á revelarles. Que su madre hubiese ya recibido una

carta del prisionero, cuando él venía ufano á anunciarle el servicio que debía á Violante, lo había desconcertado. Sentía una secreta humillación de traer solo una esperanza, donde ya se contaba con la realidad, y no se atrevió á hablar de su visita á la de Alarcón. Se le figuraba que Luisa encontraría muy pobre el resultado, de dudoso éxito, que había obtenido con la intervención de la viudita.

La chica notó la sombra indefinible que pasó sobre el rostro del joven después de su primera impresión de contento. Desde la tarde había aguardado su llegada con una impaciencia que no quería confesarse. Muy bien sospechaba que Abel debía haber visto á la fascinadora viudita. Aunque «esto le importaba muy poco», según se repetía ella misma con insistencia, una alegría de triunfo le aceleraba discretamente los latidos del corazón, al pensar que ella iba á dar al joven una prueba de interés «por don Alejandro y por él mismo», que la viudita seguramente no le había dado. En medio de las tristezas de la situación, este pensamiento era un punto luminoso, que la sorprendía á cada instante con sensaciones deliciosas de íntima satisfacción: el relámpago que ilumina el alma con la expectativa de un placer inmediato y seguro. Pero al observar como una nube de desaliento en el semblante del joven, no hallaba cómo hablarle del salvoconducto. Bien podría él figurarse que había exceso de solicitud por su seguridad. Al fin y al cabo, ella no tenía derecho de constituirse en guardián suyo y en manifestar tan vivo interés por quien no era su hermano. Violante, á quien él sin duda hacía la corte, de quien él estaba enamorado, podría arrogarse tal derecho. Pero ella, seguramente se exponía á que Abel interpretase de un modo desfavorable, su insistencia en buscarle un segundo salvoconducto, después de perdido el primero. Estas reflexiones la dejaron descontenta también, y ambos se quedaron como distraídos. Habían visto al mismo tiempo arder y apagarse con rapidez extrema, un fuego de paja que los dejaba en la obscuridad, silenciosos, cual si esperasen que la luz tornase á brillar y á volverles el calor del alma, que toda esperanza frustrada parece llevarse en pos de sí. El tiempo corrió así, lento y triste. La conversación rodó penosamente sobre la carta, que fué leída varias veces, sobre Trinidad, que había escrito también, ignorante de lo que ocurría. Abel se puso de pie para despedirse. Al cabo de algún rato dijo doña Clarisa:

— ¿Por qué no te quedas? Ahora, con el salvoconducto que ha conseguido Luisa, no hay temor, me parece, de que te pongan preso.

— ¡Ah! No sabía que Luisa hubiese conseguido un salvoconducto, contestó Abel, fijando su mirada en la chica.

— Sí, hoy me lo trajeron, dijo ella con indiferencia, como si hablase de algo secundario, que apenas valía la pena de mencionar.

Al mismo tiempo se dirigía á una mesa donde había guardado el papel.

— Guárdelo usted; yo podría perderlo, dijo Abel acercándose á la chica.

— Pero entonces, si yo lo guardo, ¿de qué puede servirle? Á menos que usted lo considere inútil.

El acento de desconsuelo que marcó la significación de las últimas palabras, resonó de un modo extraño, casi melancólico, en los oídos del joven.

El mismo problema de otras veces venía á excitarle la curiosidad, ó acaso un interés más vivo, más personal que la curiosidad. La esfinge se alzaba delante de él, con su misterio tentador. ¿Era el amor propio herido, era algún otro interés, un interés del corazón, lo que había dado esa inflexión de desconsuelo á las palabras que acaba de oír? Al mismo tiempo que, involuntariamente, se hacía esta pregunta, un sentimiento de severa lealtad, inspirado acaso por la inmensa tristeza que parecía cubrir la oscura estancia de un velo fúnebre, y seguramente también, por el recuerdo de su entrevista con Violante, apagó en su pecho esa ambición infinita y multiforme de amor, que se agitaba en su alma de sentimental, como un sueño de morfinado, cada vez que se encontraba junto á la prima.

— Usted no me ha comprendido, se apresuró á replicar.

Luisa, muy cerca de él, lo miraba ya con sus ojos serenos y altaneros, sin ninguna señal de emoción, como desmintiendo con su actitud, el desconsuelo que había revelado su voz.

— Estoy muy lejos de considerar inútil esa pieza; le doy mucha importancia, por el contrario. Mediante ella voy á poder consagrarme á trabajar por la libertad de mi padre. Y esto lo deberé á usted, únicamente á usted, á quien tanto debo ya por el cariño con que acompaña á mi madre. ¿Sabe usted por qué le dije que guardase ese papel? Ha sido por una especie de sentimiento supersticioso. Se me

figura que yo puedo perderlo y que si queda en poder de usted, yo estoy asi bajo su protección, y si llegan á tomarme preso, será de usted misma de quien me vendrá la libertad.

— ¡Qué importa que sea por mi intervención ó simplemente por la de este papel, que usted mostraria á los que quisiesen prenderlo! Lo esencial es que conserve su libertad, para conseguir la de su padre.

En vano buscó Abel en la voz segura que hablaba, un indicio de emoción oculta. La chica estaba perfectamente tranquila. Alzando un poco el sonido de su voz, quitaba á sus palabras hasta la más lejana semblanza de un sentimiento que no fuese natural. Su mirada vaga, buscaba más allá del joven ese pensamiento flotante, en el que se aislaba á veces, como rodeándose de su majestad de ser invulnerable á las pasiones humanas.

— Para mí no es lo mismo, replicó él. Hay en mi deseo una especie de superstición. Además, déjeme decirle el fondo de mi pensamiento. Si guarda usted ese papel, habrá un lazo de amistad entre usted y yo, un lazo distinto del parentesco, que hará revivir la confianza fraternal con que nos tratábamos cuando niños. Yo siento la necesidad de este afecto fraternal, del apoyo de una alma más elevada, más enérgica que la mía. ¿Me negará usted esa amistad? Tal vez encontrará usted extraño de mi parte, que dé esa forma á mi pensamiento; que le hable de una amistad especial, á usted que nos está dando pruebas de tenerla tan sincera por nosotros. Á mí mismo se me figura que lo que pido puede parecerle una puerilidad; pero, á pesar de eso, lo hago, y con la esperanza de que usted me comprenda. Tengo necesidad de una amistad leal y sincera, y creo que únicamente en usted puedo encontrarla.

— Tan leal y tan sincera como usted la desea; pero le aseguro que no tenía usted necesidad de pedírmela, porque la poseía de antemano. No hace usted una grande adquisición, por otra parte. De poco puede servir, una muchacha huérfana, sin valimiento de ninguna clase. Pero si la voluntad puede suplirlo, usted tendrá una cooperadora decidida para todo lo que quiera emprender.

Miraba de frente al joven mientras hablaba, y Abel, al ver sus grandes ojos francos y hermosísimos, creía leer en ellos el pensamiento sincero y noble que los animaba,

como se divisa el fondo, al través del agua, en una fuente cristalina.

XXIV

Como los mecánicos modernos forjan, con precisión matemática, las piezas de una máquina, así había urdido San Bruno los distintos elementos de su intriga. Calculador frío y metódico, sin los arranques visionarios con que los inventores comprometen á menudo el éxito de sus combinaciones, don Vicente ponía ahora en movimiento su maquinita, con la esperanza suave de hacerla producir un estallido espantable, que él comparaba, con su fantasía de guerrero, al de una mina que revienta en una plaza sitiada.

Así dejaba seguir su curso, entre las flores vistosas de la retórica amorosa, la correspondencia epistolar de Laramonte con la infeliz reclusa del Carmen Alto. Así, por medio de su intervención, se comunicaban sus esperanzas, sus desalientos y sus tristezas, don Alejandro Malsira y su mujer. Así, Violante de Alarcón, creía servir sus intereses, poniendo á su adorador en comunicación con un agente de San Bruno. Así quedaba Abel Malsira en libertad, para servir á los planes del paciente combinador de esta trama, que esperaba llevarlo, por camino seguro, hasta el caso de delito infraganti, que se había reservado para prenderlo. Las piezas de la maquinita se ajustaban y se movían con la precisión y facilidad de las coyunturas del cuerpo. Don Vicente las ponía en juego con su voluntad, este motor poderoso, y aceleraba ó reprimía sus funciones, según las exigencias del momento sicológico, que en sus recónditos designios había señalado.

Sometidos, de ese modo, al antojo de un agente invisible, los ímpetus del coronel Laramonte se habían hasta entonces estrellado contra resistencias insuperables. La correspondencia había sido desde el principio, trabajosa y lenta. Las cartas de Hermógenes, palpitantes de amor, desbordantes de la fogosa lozanía de sus aspiraciones impacientes; las contestaciones de la chica, que en su apasionada sencillez, alcanzaban hasta esa abnegación ideal, ambición de la mayor parte de los hombres, iban todas á mezclarse, antes de llegar á su destino, con las planillas de pago, las órde-

nes del día y los partes diarios del servicio, sobre la mesa del capitán San Bruno. Don Vicente se divertía con la lectura de esas epístolas, que encontraba soberanamente ridículas. « Con cada día que pasa, con cada nuevo obstáculo que nos separa, yo me encuentro más cerca de usted, porque siento mi destino más ligado al suyo, mi vida más dependiente de la de usted », decía en una de sus cartas, Laramonte. « ¿ Qué le diré yo, que no dejo su imagen apartarse de mí un solo momento, y que no sé cómo no apiado, con el llanto que vierto por usted, á las paredes y á las puertas que nos separan ? ». Hermógenes contestaba : « Esas paredes y esas puertas tendrán que ceder. Mi amor y mi constancia serán fuertes y más tenaces que ella. ¿ Cómo cederán ? no lo sé ; pero lo busco y tendré que encontrarlo. La idea de unirme á usted para siempre, me dará ingenio ».

Todo aquello era incomprensible para el capitán de Talavera. Al sentir, por decirlo así, día á día, los latidos de esos corazones jóvenes, delirantes de pasión, lo que él sacaba en claro era que la separación, y la dificultad de hacerla cesar, iban gradualmente preparando á los enamorados para el destino que les tenía asignado en su combinación.

La hija del noble don Alejandro Malsira, la hermana de uno de sus vencedores de Talagante, arrancada del convento, para caer en brazos del Coronel realista, le parecía un golpe maestro, asestado á esa familia orgullosa.

Sus convicciones sobre los principios morales de Hermógenes, no le dejaban la menor duda de que la muchacha sufriría la suerte que el antiguo fraile fanático hallaba se tenían muy merecida las mujeres en general, y esta hija de insurgente en particular : la seducción y el abandono. Esta idea le daba anticipadamente una emocioncilla deliciosa de venganza satisfecha, muy parecida á la que siente un glotón, al pensar en algún sabroso guiso, que lo espera en la mesa.

Pero él calcularía su tiempo y eligiría el momento oportuno, por más que el impetuoso Coronel hablase en sus cartas de rapto á mano armada, de amenazas al portero del convento, de cien proyectos de evasión más descabellados, más atrevidos, los unos que los otros. Aleccionado por San Bruno, calmaba el portero, á veces con explicaciones verosímiles, la ardiente impaciencia del joven.

— Cómo quiere, pues, patrón, le decía aquel hombre, yo no puedo exponer así no más mi pellejo. ¿No sería peor si somos *arrebatados?* Su merced perdería la señorita para siempre, y á mí me pondrían en la cárcel, quién sabe por cuánto tiempo.

En otra ocasión, algún tiempo después, le anunció que había dado un gran paso :

— La madre abadesa, guarda ella misma, en la noche, las llaves de los claustros, y se las da en el día á la hermana llavera. Yo no tengo más que la llave de la puerta de calle; pero ésta no serviría para nada, sin tener la que abre la puerta del primer patio del claustro. Una porción de tiempo me he llevado buscando cómo robarle una noche esa llave y avisárselo á su merced. ¡Imposible! La madre abadesa no la suelta. Entonces se me puso que en el día, tal vez puediese conseguirla, en algún descuido de la hermana llavera. Dicho y hecho. Hace dos días dejó las llaves escondidas en la iglesia, detrás del altar de Nuestra Señora. Ayer, yo que andaba aguaitándola con mucho disimulo, vi que las escondía otra vez en el mismo lugar. Entonces me fui á ver un compadre cerrajero que tengo por ahí, y le dije que viniese esta mañana. La hermana llavera volvió otra vez á la iglesia y metió la llave detrás del altar. Entonces la saqué ligerito y se la llevé á mi compadre que me estaba esperando ya en mi cuarto. Mi compadre sacó las medidas de la llave, y se va á poner á hacer una igualita. ¿Qué le parece patrón?

Aquella noticia valió á su autor una propina suplementaria. El Coronel anunció á Trinidad, lleno de emoción, la gran noticia. El portero debería avisar á la chica, por medio de alguna señal, si la llave salía bien, á fin de que estuviese pronta para la fuga. El Coronel vendría á buscarla entre la una y dos de la mañana.

» Usted pondrá su honor bajo la salvaguardia del mío. Ha llegado el momento de cumplirme sus promesas de absoluta fe en mi lealtad. Le juro á usted que la que ha de ser mi esposa ante Dios, será sagrada para mí. Del convento llevaré á usted á casa de mi amiga Violante de Alarcón. Ahí se encontrará usted en tanta seguridad como en su casa, y por el hecho de que usted se haya fugado conmigo del convento, su familia se verá obligada á consentir en nuestra unión ».

La respuesta fué tan corta como apasionada :

« Vuelvo á jurarle que mi vida le pertenece. Lo seguiré á usted cuando quiera y donde quiera ».

Esta última fué la única de las cartas de aquella correspondencia que sacó á San Bruno de su desprecio por las apasionadas frases de los amantes.

— Me gusta la chica por resuelta. Ésta no se anda por las ramas. Pues señor, la premiaremos, aunque es de semilla de insurgentes. Le daremos su Coronel. Don Hermógenes la hará renegar á los suyos.

Más le interesaba la correspondencia que por medio de sus dos agentes, Juan Argomedo y el soldado de Talavera, seguía desde el principio de su encarcelamiento, don Alejandro Malsira, con su mujer y con su hijo. Las ilusiones de la primera carta habían ido nublándose en el espíritu del prisionero, á medida que pasaban los días sin ver abrirse las puertas de la cárcel, como lo esperaba al principio. « Nada hasta ahora. Nuestros injustos perseguidores no se atreven sin duda á iniciarnos una causa, porque saben que de nada tendrían de qué acusarnos. Temen el fallo de la gente honrada é imparcial, que jamás justificará el atentado de que somos víctimas, y saben que puede llegar un día, en que tengan que dar cuenta de su inhumana arbitrariedad. Si piensan abatir mi ánimo con una secuestración indefinida, se equivocan. Nunca inclinaré la frente ante la arbitrariedad. No pido clemencia, sino jueces imparciales, que se pronuncien sobre mis actos ».

« En vano le pido á Dios nuestro Señor y á María santísima que se apiaden de nosotros, contestaba doña Clarisa, en ninguna parte encuentro cómo conseguir tu libertad. Abel pasa los días tocando empeños, para que siquiera se te permita comunicarte con nosotros. El Gobierno se muestra sordo á todos los ruegos. Si á lo menos pudiésemos verte y llevarte de viva voz los consuelos de nuestra ternura, la horrible situación en que nos encontramos no sería tan espantosa. Mis ojos, enfermos ya de llorar, me dejan apenas trazar estas líneas, que mis sollozos me obligan á interrumpir á cada instante ».

Uno y otro sufrían: esto era lo principal para don Vicente. La varonil entereza del marido y el desconsuelo profundo de la mujer, le ofrecían igual contentamiento. El patricio orgulloso tendría que humillarse. La agobiada esposa tendría que seguir llorando. Ambos servirían como ejemplo á los que tuviesen la tentación de rebelarse con-

tra la sagrada autoridad del monarca. Esa era la lógica de San Bruno. Estrecha como un instrumento de tortura, ella debía hacer trizas cuanto le resistiese. Y así seguía, saboreando su lectura :

« Me dices en tu carta que Abel ha tocado empeños para que permitan que podamos vernos. Por inmenso que sea mi deseo de ver á ustedes, no puedo admitir que se imploren favores para mí de quien está violando en mi persona todo principio de justicia. Que Abel cese toda diligencia en ese sentido. Quiero que cuando nos veamos sea con la frente erguida y con la satisfacción de no haber mostrado una debilidad indigna de un buen chileno. Es preciso que los españoles, aunque nos dominen, aprendan á respetar en nosotros la dignidad humana.

» Te dirijo esta carta por conducto del soldado que me trajo la primera de Abel, porque tenemos sospechas de la fidelidad de Argomedo. El empeño que ha tomado para sorprender nuestras conversaciones y ciertos indicios que no hay para qué explicar aquí, nos hacen temer que este mozo, que yo creí leal en los primeros días, nos esté traicionando. No vuelvas, pues, á enviar tus cartas por medio de él ».

Esta última frase hizo fruncir el entrecejo á don Vicente.

— Este borracho de Argomedo, pensó con disgusto, no ha sabido hacer su papel. Ya veremos cómo enmendarle la plana.

Tras de esta reflexión hizo llamar al cabo Villalobos y se puso á dictarle :

« Señor coronel don Luis Urréjola :

» El que suscribe, detenido en la cárcel pública por deudas, pero súbdito fiel de Su Majestad (á quien Dios guarde), pone en conocimiento de usía, para que lo haga llegar al del Excelentísimo señor presidente don Mariano Osorio, que los reos políticos que se encuentran en esta cárcel, se ocupan desde hace algún tiempo en fraguar una conspiración contra la seguridad del estado, y sobre la cual el infrascrito podrá comunicar al señor coronel interesantes pormenores verbales, si le hace el honor de venir á interrogarlo.

» Desde la cárcel de Santiago de Chile á 18 de enero de 1815 ».

— Lleve usted esa carta á Juan Argomedo y hágala firmar por él. Argomedo está ya prevenido por mi y sabe de lo que se trata. Después de firmada, la llevará usted mismo á la comandancia general de armas y encargará al portero que la entregue al coronel Urréjola en mano propia.

El cabo dobló cuidadosamente el pliego y lo puso en su bolsillo; pero en vez de salir á ejecutar las instrucciones que acababa de darle el Capitán, se quedó delante de él militarmente cuadrado.

— Hable, le dijo secamente San Bruno.

— Mi Capitán, anoche me mandó llamar doña Violante con Astudillo.

— ¿Y fué usted?

Voy á ir ahora, me espera á las dos. ¿Mi Capitán no tiene nada más que ordenarme?

— Nada más, cumpla usted mis instrucciones.

El llamado que anunciaba Villalobos á su jefe, era la consecuencia de otra de las combinaciones de don Vicente, una de las piezas de su maquinita, destinada á funcionar conjuntamente con las otras. Sabia que los prisioneros y sus parientes de fuera se cansarían, al cabo de algún tiempo, de la correspondencia epistolar, así como se cansan del amor platónico los amantes, y empezarían á agitarse, buscando algún medio de evasión. Para la correspondencia, habia puesto dos medios á disposición de los Malsira, con el doble fin de fiscalizar el uno por el otro. Así pudo ver por las cartas confiadas al soldado la desconfianza que empezaba á inspirar Argomedo. Con la paciencia del labrador, que espera la germinación del grano sembrado, leyó día á día las cartas cambiadas entre don Alejandro y los suyos. La aspiración á la libertad apareció en ellas al cabo de algún tiempo, cuando el prisionero dejó de esperar en que se le dieran jueces. Para ese momento habia reservado San Bruno la intervención de Villalobos. El soldado Astudillo era un instrumento ciego, bueno para principiar. Por medio de esos cambios graduales, estaba seguro de revestir el desarrollo de los acontecimientos que iba preparando, con las apariencias de natural verosimilitud, que debia alejar toda sospecha del ánimo de Violante y del de los Malsira.

La de Alarcón, durante aquel tiempo, habia perseguido, con la pasion que ponen las mujeres en sus propósitos, la idea de conquistarse, á fuerza de servicios, las simpatias y la gratitud de los padres de Abel. Queria entrar al matrimonio por la gran puerta, sin oposición de los padres, más bien agasajada que tolerada, con la seguridad de los beneficios de alta posición y de riqueza, que debia darle su enlace con un mozo de padres acaudalados. Su corazoncito tomaba en esto menos parte que su cabeza. Cuando el joven llegó á recibir de su mano la primera carta que esperaba, por conducto del soldado Astudillo, Violante sintió una profunda contrariedad, al saber que ya se tenian noticias de don Alejandro. El orgullo con que habia mostrado, como un trofeo, la contestacion del prisionero, sufrió una fuerte depresión con esta noticia. Su combinación caia por los suelos, desde que la gratitud que esperaba cosechar con haber roto la incomunicación del jefe de la familia, tenia que compartirse con otro. Era preciso hacer más. Este pensamiento le trabajaba el espiritu, como el de la necesidad del pago persigue al que se encuentra sin dinero con que cubrir el valor de un pagaré de plazo vencido. En el primer momento se le ocurrió poner en juego su influencia cerca del Presidente, para conseguir que don Alejandro pudiese ver á su familia. Pero este devoto de Nuestra Señora del Rosario, resistió, con la dignidad del que tiene cura de almas, á las inflexiones de voz, á las monadas y á las seducciones de la sirena.

— Imposible señora mia. Pidame usted que peque contra el cielo, porque del cielo puede obtenerse perdón. Mas no me pida usted un pecado contra los hombres, porque los hombres no perdonan al que está arriba.

— General, es usted intratable. Me voy furiosa.

Le dió su mano á besar, mostrándole, en una sonrisa, las perlas de su boca y salió persuadida de que era preciso recurrir á algún otro arbitrio, si queria conseguir algo de más importante que el simple cambio de correspondencia. Su ambición llegó hasta la idea de hacer fugar al prisionero. Entonces fué cuando se puso á sondear las intenciones del soldado y hasta donde podria éste serle útil. Según Astudillo, el auxiliar más importante para entrar en comunicación directa con los prisioneros, era un cabo de su regimiento, el cabo Villalobos, porque era el hombre á quien se confiaba con más frecuencia la guardia de la cár-

cel, y estaba encargado, además, por el capitán San Bruno, de hacer visitas á la prisión é inspeccionar las salas muy á menudo. El Capitán, según Astudillo, tenia más confianza en Villalobos que en los empleados de la cárcel.

— Pero si es el hombre de confianza de San Bruno será imposible servirse de él, objetó Violante.

— Pues señora, todo lo contrario. El cabo tiene más ganas que yo mismo de volverse á España; pero como no divisa la ocasión de hacerlo, sirve con empeño, porque al fin de cuentas, no hay otro medio de pasarlo bien, ya que lo demás es imposible. Yo sé que está muy disgustado del servicio, y como somos del mismo pueblo, no hay secreto entre los dos.

— Entonces usted cree que podría hablarle sin peligro.

— ¡Ca! estoy seguro!

En varias otras conversaciones sobre este mismo asunto, el soldado mantuvo sus aseveraciones tocante á Villalobos. Sin referirse á nadie, le había insinuado que tal vez las familias de los prisioneros patriotas, estarian dispuestas á pagar generosamente al que los ayudase á hacerlos escaparse. Villalobos había dicho que aquello le parecía muy difícil, y que él no se aventuraría en una empresa de ese género, si no con muchas garantías, y por una suma que le permitiese volverse á España. Al fin, Violante se decidió á entrar en comunicación directa con él, y dió la cita de que éste había hablado á San Bruno.

Villalobos empleó naturalmente, aleccionado por el Capitán, todas las fingidas precauciones que podían disipar las sospechas de la viudita. Empezó por pedir tiempo para pensar, y por hacerse repetir varias veces la promesa de los grandes favores que Violante estaba segura de conseguir para él, mediante su parentesco con el virrey Abascal. Ella no podía fijar la suma que la familia por la cual se interesaba especialmente, podría dar al libertador; pero desde luego estaba segura que esta suma sería considerable, porque la familia era acaudalada. Cuando el cabo, después de vacilaciones repetidas, hubo consentido en comprometerse á trabajar por la fuga de uno de los prisioneros, que todavía no se le nombraba, Violante comunicó su proyecto á Malsira. El joven tuvo varias conferencias con Villalobos en casa de la viudita, y llegó á persuadirse, como ésta, de la sinceridad del cabo. Nada más verosimil que creer que fuese sincero, un hombre arrancado á la

fuerza de su hogar, como lo eran la mayor parte de los soldados que España mandaba á la guerra de América; que suspira por volver á encontrarse al lado de los suyos, en vez de exponerse diariamente á las penalidades y á los peligros de una lucha interminable y lejana. Con lo facilidad con que el espíritu acepta todo lo que responde á sus deseos, Abel y la viudita, comprendían perfectamente que Villalobos se dejase deslumbrar por brillantes promesas, y consintiese en arrostrar los peligros de una empresa como la que se le proponía, por no continuar en el duro trato de la vida militar, sin esperanza alguna de reposarse algún día y con toda probabilidad de « dejar sus huesos en tierra extraña » según la expresión del mismo Villalobos.

Entusiasmado con la expectativa de libertar á su padre, Abel habló del nuevo plan á doña Clarisa y á su prima, encareciendo con su entusiasmo de enamorado, la habilidad de Violante en negociación tan delicada. No le pareció, sin embargo, que su voz, al pintar las grandes probabilidades de éxito con que contaba la empresa, y la importancia extrema del servicio que de este modo recibiría toda la familia, de la amistosa solicitud de su amiga, resonase en la espaciosa sala, con el sonoro acento de persuación, que él se había propuesto emplear para convencer, y apasionar, si fuese posible, á sus dos oyentes. Se figuró que sus palabras tenían un eco vacilante en los ámbitos de la estancia y que en los ojos de su madre y de su prima, no se reflejaba la luz del entusiasmo, que esperaba haber visto brillar en ellos.

— Tú eres mejor juez que yo, dijo doña Clarisa, tímida siempre, amilanada por el sufrimiento y sin energía para tener por sí misma una opinión, ni emitir un dictamen sobre ningún asunto grave.

Luisa se quedó silenciosa, y pensativa.

El joven, lejos de desconcertarse con esta fría acogida, sintió el aguijón del amor propio que lo espoleaba. Para él, dijo, la situación era muy crítica. La inacción del gobierno con respecto á los detenidos políticos de la cárcel, le parecía un síntoma sobremanera alarmante. Á otros de los apresados del 6 de noviembre se les había enviado á Valparaíso, en caballos detestables, era verdad, y escoltados por tropa que no los dejaba descansar un momento: se decía que iban desterrados á la isla de Juan Fernández. Pero al fin, esa crueldad indicaba siquiera una determinación del Go-

bierno con respecto á esos patriotas, mientras que nada se decía, nada se hacía tocante á los de la cárcel. ¿Por qué se les dejaba ahí, en lugar de desterrarlos con los otros? ¿Por qué se guardaba sobre ellos un secreto tan profundo? El joven sostuvo que esta extraña conducta de las autoridades realistas, justificaba, en los deudos de los prisioneros, las más graves alarmas. Él, por su parte, creería faltar á un deber sagrado, quedándose en la inacción, sin tocar ningún medio para salvar á su padre de los peligros, muy serios aunque desconocidos, que indudablemente lo amenazaban.

— Yo creo que Abel tiene razón, dijo tímidamente doña Clarisa, mirando á su sobrina.

Abel había mirado también á Luisa, mientras hablaba, tratando de llevar á su corazón el calor del convencimiento que lo asistía. ¿Por qué, se preguntaba, en vez de hallar un eco en el alma de la joven, no había encontrado sino su mirada enigmática de indolente indiferencia, esa mirada que á veces lo exasperaba, de persona que tiene el pensamiento en otra parte, en un mundo invisible, donde jamás le permitiría penetrar? ¿Por qué al verla así, majestuosa y fría, su maldita imaginación se ponía á vagar en un torbellino de ideas distintas de las que estaban expresando sus palabras? ¿Qué extraña fascinación había en esa chica, que no era bonita, en la acepción corriente de la palabra, para sacarlo así, violentamente, de sus dolorosas preocupaciones filiales, para romper la magia de la mirada con que Violante lo magnetizaba, y obligarlo á admirar la armoniosa proporción de su cuerpo esbelto, la plácida majestad de su frente, y llevarle la imaginación allá, á la ensenada pacífica, á orillas del mar tempestuoso á que lo lanzaba su destino? ¿Qué curiosidad extraña y hostigosa se apoderaba de su imaginación, como una manía, en presencia de esa chica, á la que había prometido una amistad sincera, para tratar de romper con lealtad esa especie de sortilegio, que llegaba á mortificarlo, á la manera de ciertos dolores físicos, que no se pronuncian, y causan, sin embargo, un malestar indefinible en todo el organismo?

— Nada dice usted, Luisa. Yo querría saber si usted aprueba ó desaprueba el plan que yo propongo.

— La verdad es que no me atrevo á pronunciarme. Ustedes tienen más derecho que yo de calificar los medios *que proponen á usted*, como capaces de conducir á un buen

resultado. Confieso que esos medios me parecen arriesgados y peligrosos.

Esas palabras « que proponen á usted », sonaron en los oídos del joven como un reproche. Le pareció que iban directamente destinadas á reprobar el medio encontrado por Violante, porque era de Violante y del que él se hacía el abogado caloroso. Prefería esa actitud agresiva de parte de Luisa, á su indiferencia y á su calma inalterables. Tenía deseos de reñir con ella, de crear una situación que lo curase de esa curiosidad de sondearle el pensamiento, de leer en su corazón, de sentirla vibrar como un instrumento sonoro, de convencerse, una vez por todas, si era capaz de las emociones de las otras mujeres.

— Si esos medios que, como usted dice, « me proponen », que me propone la señora de Alarcón, son peligrosos, ¿deberemos por esto abandonar toda tentativa y dejar que mi padre espere en la cárcel, la suerte oscura que le están preparando sus carceleros? Si no nos valemos de los hombres que ellos mismos emplean, de aquellos en que depositan su confianza, ¿cómo podremos llegar hasta la cárcel, entrar en comunicación con mi padre y concertar el plan que pueda darle la libertad? Son ellos, esos hombres, los únicos que pueden prestarnos un servicio de esa naturaleza. Son los únicos que pueden abrir las puertas de la prisión, porque son los encargados de guardarlas. No debemos suponerles una fidelidad religiosa hacia sus jefes, ni que por esa fidelidad resistan á conquistarse una posición de libertad y de fortuna, en la que jamás habían podido soñar, á la que sin duda aspiran, y por la que es seguro que serán capaces de entregarse á nosotros.

— Todo esto es muy justo; pero yo desconfío, replicó Luisa, con ese aire casi doloroso del que se ve obligado á contradecir, por no traicionar sus convicciones.

El joven la miró como si aquella respuesta le causase una sorda irritación. Un impulso secreto, inexplicable, lo incitaba á reñir, á buscar algún modo de poner entre él y la chica una valla moral, que no dejase espacio entre ambos ni aun para la amistad. Creía divisar en ella un propósito deliberado de contradicción. ¿Por qué no se rendía á la evidencia de sus argumentos? Indudablemente porque en su rigidez de convicciones políticas, no admitía nada que viniese de una persona realista. Esta reflexión tomó en su mente las proporciones de un reproche: á él, por su

fácil credulidad ; á Violante, por aconsejar un arbitrio peligroso :

— Diga usted más bien que la proposición le parece disparatada, exclamó con precipitación, buscando cómo hacer estallar su descontento.

— ¡ Cómo puede usted pensar eso !, replicó la chica, sin comprender aquella manifestación de injustificable desagrado.

Le había dirigido, al hablar así, una mirada rápida de angustiosa sorpresa. Sus ojos se velaron lentamente. Sin duda una lucha dolorosa se libró en esa alma solitaria, porque los párpados tomaron en los bordes el color encendido que anuncia la proximidad de las lágrimas.

Para doña Clarisa no pasó desapercibida la exclamación de su hijo, aunque la había dirigido á Luisa en voz baja, ni dejó tampoco de notar la aflicción que revelaron los ojos de la chica :

— El pobre está tan afectado con todo lo que nos pasa, que hasta se pone impaciente, dijo á la joven, procurando disculpar á su hijo. Acompañó estas palabras con una vaga sonrisa, que en vez de atenuar la melancolía intensa de su rostro, lo hizo aparecer como bañado por una luz amarillenta, cubiertas las mejillas de ese color de marfil de los que tienen el alma enferma.

Abel comprendió su error, sin pensar por eso que había hecho mal.

— Dispénseme usted, dijo á la joven. No me he expresado bien. Como dice mi madre, todo esto me tiene afectado dolorosamente. Lo que quise decir fué que : según la opinión de usted, nada debe tratarse de hacer por ahora.

Con voz suave, casi afectuosa, como para borrar la triste impresión de aquel incidente, ella contestó :

— Yo no puedo, en asunto tan grave, hacer que mi opinión influya en la resolución de ustedes ; pero si usted quiere saber lo que yo haría, le diré sencillamente que sometería la decisión al juicio de don Alejandro, sin influenciar su ánimo, ni en pró ni en contra de lo que se le proponga. Su recto criterio, su razón fría y su espíritu sereno, lo aconsejarán mejor que todo lo que podamos decirle nosotros.

Se convino en esto. Abel quedó de dar los pasos con tal objeto. Al oír hablar á la chica con tan fría lógica, se había sentido avergonzado de sus desvaríos. En vez de for-

jarse quimeras, en vez de querer descifrar arcanos que en nada debian afectarle, se dijo que á él le tocaba haber pensado como la joven. Ella le daba una lección de cordura y al mismo tiempo, con su perdón tácito, una prueba de la superioridad de su alma.

Al instruir á su padre, por medio de una carta confiada á Astudillo, de la posibilidad de encontrar un medio de que pudiese fugarse de la cárcel, Abel se guardó de mencionar el nombre de Violante. No se le ocultaba que don Alejandro habría rechazado todo arbitrio que viniese de una realista. Don Alejandro pidió que Villalobos buscase algún medio de ir á hablar con él. Sobre nada podía pronunciarse antes de ver al hombre, de estudiarlo, y de adquirir un concepto propio sobre sus verdaderas intenciones.

— No diga usted á mi padre cómo ha llegado á hablar conmigo, recomendó Abel al cabo; dígale que fué Astudillo quien lo trajo á casa. Si él llegase á saber que hemos tratado por medio de la señora de Alarcón, no querría oir nada sobre el asunto. Todo lo que venga de una persona realista le inspirará desconfianza.

Á pesar de esto, don Alejandro Malsira se mantuvo en una cautelosa reserva al hablar con Villalobos, cuando éste, que podia entrar en la cárcel á todas horas, le entregó, con precauciones bien simuladas, la carta de Abel. El cabo le explicó, en tono confidencial, los motivos de su odio á los españoles. Los medios de que los jefes y principalmente los oficiales, se valian, para mantener una disciplina tiránica, lo tenian ya desesperado. No negaba que toda su ambición era ganar de cualquier modo algunos reales, para volverse á España. Á él no le importaba maldita la cosa quien mandase. « Los pobres no tenemos partido, lo mismo nos han de matar en la guerra de un lado que de otro. » Y asi pensaba casi toda la tropa española; mientras que había guerra tenian que exponerse á la muerte por una miserable paga, y cuando se acababan los balazos, seguian recibiendo palos y comiendo frejoles *apercancados*.

Estos argumentos impresionaron al caballero, mucho más que si Villalobos hubiese hablado de ambición militar, ó de amor á la causa de los patriotas. Era el lenguaje de la conveniencia personal, fundado en buenas razones materiales, justificadas por una lógica indiscutible. Por lo demás, las quejas con que el cabo explicaba su deseo de

cambiar de condición, aunque fuese á riesgo de exponerse á tremendos castigos en caso de ser descubierto, se hallaban confirmadas, por lo que él y sus compañeros de prisión habían podido arrancar á fuerza de dinero y de astucia, á los distintos piquetes de tropa, que se relevaban día á día en la guardia de la cárcel. Todo contribuía, de este modo, á desvanecer su desconfianza. El deseo impaciente de libertad que se apodera del que la ha perdido, disipó las últimas vacilaciones del prisionero. Á su juicio, Villalobos proponía una negociación basada para él en un interés personal perfectamente demostrado. No había por qué vacilar, de consiguiente. El temple de su organización moral, dominado por un sistema nervioso de una solidez á toda prueba, lo alejaba, sin embargo, de las resoluciones precipitadas.

— Hombre, dijo, sin haber expresado por su parte ninguna opinión sobre las insinuaciones de Villalobos, ¿puede usted volver mañana?

— Mañana, ó pasado; no quiero que me vean hablar todos los días con los presos

— Bueno, entonces cuando pueda.

El magnate patriota no había querido empeñarse en una negociación tan seria, sin consultar á sus compañeros de prisión. Al darles cuenta de la entrevista que acababa de tener, declaró á sus amigos que él seguiría adelante si ellos lo autorizaban y tenían confianza en él; pero que si todos no podían, ó no querían buscar por ese medio la libertad, él, personalmente, renunciaría á ella por correr la suerte de los demás. Algunos aprobaron la idea de la negociación con entusiasmo. Otros, más tímidos, objetaban los riesgos de la empresa. Don Alejandro replicó con el viejo y profundo argumento de los valientes y decididos:

— ¡Ah! quien no se arriesga, no pasa el río.

Ante este razonamiento, todos sintieron renacer la esperanza, y por unanimidad lo encargaron de negociar con Villalobos.

Mientras tanto, la carta firmada por Juan Argomedo, y dirigida al coronel Urréjola, en su calidad de mayor de plaza, no había surtido el efecto que con ella iba buscando San Bruno. Urréjola tenía, como Hermógenes de Laramonte, una idea más elevada de su misión militar, que la que dominaba al sombrío capitán de Talavera. Las venganzas contra los vencidos le parecían un error político y

una falta grave de humanidad. La delación de Argomedo fué considerada por él como una de esas casas hechas con las cartas de un naipe, que el menor soplo desbarata. Argomedo no pudo convencerlo de que hombres indefensos, condenados á la más absoluta incomunicación, privados de toda influencia, pudiesen conspirar contra la seguridad del estado.

Pero el inspirador de la carta no era capaz de desalentarse por este grano de arena, que venía á turbar la marcha suave y regular de su máquina. En su tenacidad, era San Bruno una de esas fuerzas brutas, desencadenadas por la naturaleza: una tromba de mar ó un huracán, á las que nada resiste. Juanito recibió de él la orden de insistir en su denuncia, y dirigirse esta vez al mismo Presidente. El general Osorio creyó, ó no creyó, aquella invención de transparente inverosimilitud. El hecho fué que le dió las proporciones de un asunto de estado. Su camarilla no le habría perdonado tratar á la ligera, por improbable que fuese, una delación que podía servir de pretexto, para continuar la política de terror, iniciada con los apresamientos de noviembre. Además, pensó don Mariano, era más que probable que el capitán San Bruno tuviese ya conocimiento del paso dado por Argomedo, y habría sido muy imprudente, no contar con la tenebrosa fiscalización de su terrible auxiliar.

Á fin de dar una prueba de su celo por la causa del soberano, convocó á consejo á los coroneles Urréjola y Laramonte, al mayor Morgado del regimiento de Talavera y á San Bruno. Don Mariano, tímido siempre para asumir responsabilidades, quería compartir con estos consejeros, la del giro que debía darse á la denunciación de Argomedo. El Presidente había tomado su aire de primer mandatario. Su actitud y su tono eran solemnes. En la exposición del caso, trató de ser conciso y claro. Un tal Juan Argomedo, preso en la cárcel por deudor moroso, le avisaba que los reos políticos tramaban una conspiración, tratando de corromper á sus guardianes con promesas de dinero, y manteniendo comunicación con gentes de fuera, indudablemente con fines sediciosos. Dando el mayor colorido posible á las vagas insinuaciones del denuncio, don Mariano se dejó arrastrar, poco á poco, por el calor de la improvisación, que arrojó una siniestra claridad sobre el grupo de insurgentes de la cárcel, y las tenebrosas maquinaciones de que

debía suponérseles ocupados. Al fin de la exposición, las palabras « del rey nuestro señor, seguridad del estado, condigno castigo, lesa majestad », resonaron en el discurso de don Mariano tan sonoras, como los golpes dados sobre uno de esos grandes platillos asiáticos de bronce, un batintín, que los ingleses llaman *gong*. Siguiendo después la práctica de los Consejos de Guerra, el General pidió á San Bruno que expresase su opinión.

— Como leal servidor de Su Majestad, nuestro amo, mi opinión no puede ser otra que el pedir el pronto y ejemplar castigo de los culpables. Y que son culpables, ahí está la carta del denunciante para probarlo. Los insurgentes no han querido apreciar la generosidad del gobierno legítimo, porque como insurgentes, está en su naturaleza el ser ingratos. Han visto, además, que los procesos contra ellos siguen una marcha lenta, y atribuyen esto á debilidad ó miedo. Alentados así, no es extraño, que, tanto los insurgentes que están en la cárcel, como los muy numerosos que están, por desgracia, libres todavía, conspiren, desmoralizando la parte chilena de nuestro ejército, y amenazando así, como lo acaba de decir su señoría el Excelentísimo señor presidente, la tranquilidad del estado. Mi opinión, por consiguiente, es que no deben emplearse los términos medios. Opino por un castigo ejemplar, tremendo, que haga temblar á todo Chile, á la América entera, porque toda la América está infestada de insurgentes.

La voz cavernosa y monótona de don Vicente, no guardó armonía con la vehemencia de este discurso. Lo había pronunciado como plática, con metódica pausa, acentuando apenas la pronunciación, al hablar de « castigos y de insurgentes ». Al mencionar los « términos medios », sus labios habían hecho una mueca desdeñosa, como si aludiese á algo que le parecía muy despreciable, y cuando quiso hacer temblar á la América entera, su entonación resonó con los acentos graves del *de profundis*, acompañados por las notas más bajas de algún órgano de iglesia.

El mayor Morgado se adhirió al dictamen de San Bruno. Sabía que la férrea voluntad de don Vicente no toleraba contradicción. Aunque era su jefe, se habría guardado bien de combatir sus opiniones. Quiso, sin embargo, dar una ligera satisfacción á su conciencia, atenuando en algo las conclusiones.

— Que se agregue, dijo, el sumario indagatorio del de-

nuncio, á los autos del proceso que se ha iniciado contra los reos, que se continúe el juicio con la mayor actividad, y que se les castigue de una manera ejemplar.

Llegó el turno de Laramonte. Mientras hablaba San Bruno, su actitud había sido, ora desdeñosa, ora impaciente. Don Mariano lo observaba con inquietud, porque habría deseado que, como en las juntas de médicos, fuesen todos casi de la misma opinión.

— Yo pienso, señor General, dijo con voz segura, de una manera opuesta á estos caballeros. La ley de la guerra, debe suspender después del triunfo su imperio inexorable. Creo que no cumple, ni á la grandeza, ni á la justicia de nuestra causa, y todavía menos á la conveniencia del servicio de Su Majestad, el emplear la violencia ni el terror, que sólo pueden dejar cimiente de odio en el corazón de estos pueblos. Así, en el caso que nos ocupa, parece indispensable que, antes de pensar en el castigo, averigüemos si hay delito. Un denuncio, puede ser el eco de un corazón apasionado. En ningún caso lo es el de un sentimiento elevado de justicia. En el actual, tiene las apariencias de un dañado intento, con el propósito de recibir, en cambio, algún favor, ó alguna valiosa propina. No es inverosímil que los presos políticos ansíen recobrar la libertad, y que si se les provoca, intenten alcanzar su fin de alguna manera. Pero de ahí, á poner en peligro la seguridad del estado, la distancia es inconmensurable. Concluyo, pues, porque debe despreciarse el denuncio y renunciar á toda medida de severidad contra los detenidos.

El coronel Urréjola se adhirió al dictamen del preopinante con laconismo militar:

— El asunto no merece que el señor Presidente pierda su tiempo en ocuparse de él, y soy de opinión que V. E. arroje el denuncio al cesto.

Aquella divergencia de pareceres, mortificaba visiblemente al General. Habría querido oir sonar una sola campana, y evitarse así el desagrado de tener que pronunciarse por una ú otra opinión. Su falta de energía moral lo hizo decidirse por « el sistema de poner una vela al diablo y otra á san Miguel », según pensó Laramonte al oir sus conclusiones. Reconoció que sin duda era preciso empezar por buscar á los culpables, y que acaso, en otras circunstancias, habría sido la mejor política, la de despreciar el denuncio, como opinaba el señor Laramonte, y arrojar

el papel al cesto, conforme á lo dictaminado por el señor de Urréjola. Pero la autoridad se encontraba en posesión de datos propios, para infundir el convencimiento de que el abandono de toda indagación envalentonaría á los presos y los alentaría á conspirar. Lo conveniente en tal emergencia, era establecer una celosa vigilancia en la cárcel, adelantar con celeridad los procesos, y decidir prontos y severos castigos contra los reos, que, aunque no pudiesen ser convencidos de conspiración, siempre merecían un castigo por sus actos pasados, y por el simple hecho de querer fugarse.

— En resumen, señores, terminó el General mirando á los Coroneles con aspecto blando, y volviéndose después á San Bruno y á Morgado con aire inflexible, dispongo que en lo sucesivo, la guardia de la cárcel se cubra únicamente con tropa de Talavera. Sobre lo demás tomaré muy pronto las providencias del caso.

Saludó ceremoniosamente, para indicar que estaba terminado el consejo, é hizo señas á San Bruno, cuando los demás se retiraban, para que se quedase.

— Capitán, le dijo, todavía bajo la impresión de antipatía y de temor que le habían causado los razonamientos acerados de San Bruno, usted es un servidor del Rey como su majestad los necesita en estos países.

Don Vicente dió las gracias por este elogio con una simple inclinación. Su ceño duro, apenas se suavizó en una incierta sonrisa de respeto.

— En adelante, continuó don Mariano, el negocio que acaba de ocuparnos, correrá enteramente bajo la vigilancia de usted. Arregle usted todo para que esos reos no queden impunes y para que nadie, después de ellos, tenga la osadía de conspirar.

— Así lo haré, señor General.

— Vaya usted con Dios, Capitán.

La mirada que cambiaron al separarse, fué de perfecta inteligencia. «Haga usted como le parezca; yo me lavo las manos», dijeron los ojos del Presidente. En cuanto á San Bruno, su satisfacción era parecida á la del jugador, que tiene los principales triunfos en la mano. Sabía desde ese momento que nadie podría disputarle la partida.

XXV

En medio de ese concierto lúgubre de intrigas y de tristezas, los hijos de don Francisco Carpesano, hacian resonar de cuando en cuando la nota de su alegria. Indiferentes al movimiento político, ajenos á las pasiones que, como un huracán de fuego, habian lanzado á la familia chilena en los azares de la guerra, Lucho, Beno y Pepe sólo pensaban en divertirse, haciendo diabluras. Parodiaban las logias y sociedades secretas, que eran entonces un elemento casi indispensable en el sordo trabajo de las conspiraciones, organizando, por la iniciativa y bajo la presidencia de Lucho, una asociación de amigos con el nombre de «La cofradía del Buen Tercio».

«Artículo primero. La cofradía es una reunión de amigos que, tomando el título de compañeros, se compromete á hacerse buen tercio en todo lo que emprendan, particularmente en las empresas de casamiento.»

Por el artículo segundo quedaba establecido que «siempre que un compañero encontrase oposición de parte de los padres de una chica, otros compañeros designados por él, estarian obligados á acompañarlo en sus visitas á la casa «para *tener la pera*». Una nota, entre paréntesis, explicaba que esta locución de tener la pera, cuyo origen nadie habría podido explicar, significaba la obligación de distraer á los padres, tios ó deudos de la chica, que pudiesen vigilarla mientras el enamorado tenía sus coloquios con la «prenda». Este artículo era debido á la iniciativa de Beno, que desesperado con la constante vigilancia de don José María Reza y de su consorte, necesitaba tener fieles auxiliares que se consagrasen á su maniobra estratégica. Los asociados del Buen Tercio, debian también auxiliarlo en las tentativas que Beno quisiese acometer para arrancar á su tio por exceso de desesperación, su consentimiento. «Si no quiere por bien, tendrá que querer por mal», seguía Beno repitiendo, cada vez que trataba de este asunto con los de la cofradía. Comprometido con la quinta hija de don José María sus amores eran así del dominio público, y todos los compañeros tenian derecho de sugerir arbitrios para triunfar de la obstinación del papá recalcitrante. El retiro de éste con su familia á la chacra del Maiten, habia dado lugar á

ingeniosas disertaciones, sobre el modo de obligar á don José María á regresar con los suyos á Santiago. Beno había declarado que la ausencia de Quintiliana le quitaba el apetito y que era una mengua para la cofradía, el no inventar un medio de restituirle la chica, y las ganas de comer. Entonces Lucho había propuesto el plan de una buena pegata, infalible según él, para hacer que la familia volviese á su casa de la calle de las Monjitas. Cuatro compañeros con el disfraz de soldados de granaderos, bajo el mando de Beno, que iría vestido de cabo de escuadra, simularían un ataque á las casas de la chacra. Lucho, que bajo cualquier pretexto, habría ido á almorzar con la familia Reza, daría la voz de alarma, señalando la marcha del destacamento. Lo demás tendría su desarrollo según las circunstancias.

Este plan fué puesto en ejecución sin tardanza. Lucho, recibido en los Maitenes con grandes demostraciones de alegría, por las chicas Reza, segregadas ahí de todo trato de varón, lo que las alegres hermanas llamaban « purgar sus pecados», desempeñó su papel con singular seriedad. Durante el almuerzo, pintó el estado de postración profunda de la capital y mencionó las voces que corrían sobre nuevas prisiones de patriotas.

— Ya le han tomado gusto á la cosa, y dicen que después de los reconocidos como insurgentes, seguirán con los tejedores y los tibios.

— Yo nunca he tejido; yo no me ando con disimulos. Para mí, la franqueza, Lucho, ¿no ves? No hay como ser franco, dijo don José María que se figuraba aludido.

— No esté hablando, tío; no habrá tejido esteras, pero lo que es en política, ¡para qué está con cuentos!

Don José protestaba, agitando furiosamente el eslabón contra la piedra, para encender el mechero.

Así habían discurrido de sobremesa. Las chicas confundían al mozo á preguntas, sobre las amigas de Santiago y los *tiemples* de cada una de ellas. Lucho, en un momento de distracción de los padres, las había prevenido de la próxima visita de los dragones.

— ¡Ay, qué bueno! habían exclamado ellas en coro.

— Que no lo sospechen los tíos.

— Mi mamita estará muy contenta, porque no pide otra cosa que volverse á Santiago, dijo Primitiva la mayor de las hermanas.

— Y mejor sería decírselo para que no se asuste, agregó Segundina.

Trinidad, Cuartina y Quintiliana, fueron del mismo parecer.

Instruida del gran proyecto, doña Panchita lo aprobó con entusiasmo. Para disimular el gusto con que entraba en la conspiración, trató, sin embargo, de justificarse. Se quejó á Lucho de la obstinación de su marido, de no querer irse á Santiago, á pesar de que sabía lo avanzada que ella estaba.

— ¿Y sabes lo que me responde? Que para qué me apuro tanto, cuando no estoy todavía fuera de cuenta.

— ¡Qué gracia! exclamó Lucho. ¡Como no es él el que va á parir!

— Es lo que le digo: así fueras tú, verías como te apurabas.

Se habían trasladado al corredor del frente de las casas que dominaba, como punto de vista, el extenso valle de Santiago. Aunque las aguas del Maipo no habían transformado todavía la inmensa planicie que se extiende al sur de la ciudad, en la alfombra de rica verdura que hoy la cubre, la contemplación del paisaje absorbió por un instante el pensamiento de todos los del corredor. Don José María llegó á unirse á ellos, después de haber dado sus órdenes para las faenas del día. Lucho tuvo que resignarse á oirle las disertaciones con que los propietarios creen interesar al que les hace una visita. La parición en las ovejas había sido escasa. Él sabía por qué y se lo había dicho á ño Fulgencio, el mayordomo: habían trasquilado muy temprano al ganado. Eso pasa siempre así. Les entra frío á los carneros. Él se lo había vuelto á decir á ño Fulgencio. Sobre este tema, don José María entró en detalles que hacían sonrojarse á las chicas. «Los animales son como la gente, Lucho, ¿no ves? Quítales el abrigo antes de tiempo, no sirven para nada; ¿no ves?» Se engolfó después de esta observación, en una historia de potrancas, que criaba para madres y para yeguas trilladoras, y explicó después, cómo se forma esa raza bastarda de mulas.

— ¿Á qué te metes á hablar de todo eso? ¿Qué le importa á Lucho? observaba, escandalizada por las niñas, doña Panchita.

— Es bueno que aprendan estos mocitos, decía el marido.

Pero Lucho no parecía escucharlo. Toda su atención se

había concentrado sobre el camino que sube de Santiago á las alturas de Apoquindo. Á lo lejos, bajo los rayos del sol, se divisaba un grupo de jinetes.

— Cualquiera diría que aquellos que vienen son soldados de caballería, dijo mostrando el grupo á don José María.

Las chicas y la señora miraron en la misma dirección.

— Cómo no, pues, son soldados, exclamaron ellas, unas después de otras.

— ¿Qué les decía? Cuando menos vienen á llevarse á alguien preso de por aquí.

Don José María se había quedado pensativo. Una inquietud naciente se reflejaba en sus ojos.

— ¿Te parece? preguntó afectando tranquilidad.

— ¿Qué quiere que anden haciendo por aquí? No han de venir á cazar huanacos. ¿No le digo que el Gobierno quiere que todas las familias entren á Santiago?

— Pero aquí es como estar en Santiago, replió el caballero; además, yo tengo permiso del mayor Morgado, que me lo consiguió Jaime.

— Sí, pero usted no tenía permiso para alojar á Abel, que está perseguido como hijo de insurgente. Uno de mis amigos oyó decir á su padre, que se hablaba de esto entre los españoles.

— ¿De veras?

— Lo que le digo.

Don José María cambió visiblemente de color.

— ¿Entonces tú crees que vienen á buscarme?

— No sé; pero yo en su lugar no estaría tan tranquilo. Una cosa es el valor y otra es el dejarse tomar como tonto.

— Pero, ¿qué quieres que haga? exclamó el caballero, que veía por momentos acercarse, más y más á los soldados.

— ¡Que se esconda, pues, tío! Si no vienen á buscarlo, tanto mejor, ¿qué se pierde? Y si vienen por usted, nosotros les diremos que está en la ciudad desde esta mañana.

La señora y las chicas se abstenían de hablar. Don José interpretaba ese silencio como una manifestación de miedo, lo que redoblaba el suyo.

— Yo creo que tú tienes razón, lo mejor será que me esconda.

Todos apoyaron esta decisión.

— No espere á que se acerquen más, porque podrán contarnos antes de llegar y verán que falta uno, le dijo Lucho.

— Vaya, pues, ya que ustedes se empeñan, así lo haré, aunque más me gustaría quedarme aquí, para que vean que yo no les tengo miedo.

Decía esto sin ninguna convicción, y su semblante lo traicionaba.

— Bueno, pues, quédese, y lo secarán en la cárcel á pan y agua, replicó Lucho, sin contar los azotes, que no dejarán de menudearle.

No se hizo repetir los ruegos don José y corrió á ocultarse en un escondite que como todo hombre precavido en aquellos tiempos de revueltas y de encarnizadas persecuciones, tenía preparado en casa.

El piquete de tropa se había acercado entre tanto. Cuatro soldados, de los cuales era uno Pepe Carpesano, mandados por Beno, que á su traje militar habían agregado una grotesca barba postiza. El cabo mandó hacer alto á los soldados y se adelantó solo hasta llegar al corredor, donde se bajó del caballo. Con gran seriedad y remedando los aires marciales de un veterano, se acercó al grupo de las señoras. Pero antes que les hubiese dirigido la palabra, Lucho le interpeló :

— Usted, amigo, más bien parece un hermitaño que cabo de escuadra, con esa barba tan respetable.

— ¿Qué no está el patrón? preguntó Beno al ver que Lucho no respetaba su incógnito.

— Ha ido á esconderse por ahí, háganse que lo buscan.

El cabo se volvió entonces á su tropa :

— Muchachos, á la carga, á buscar al patrón, les dijo desenvainando el sable.

Al ver avanzar á paso de trote á los granaderos, las cinco chicas se dispersaron en todas direcciones, alarmadas realmente con aquel ataque de mozos disfrazados, que no les inspiraban gran confianza. Los soldados desaparecieron tras de ellas y se oyó inmediatamente en el corredor una bulla de carreras, de gritos y de risotadas.

— ¿Qué es eso, niño? ¿por qué meten tanta bulla? preguntó alarmada doña Panchita á Lucho, que se había quedado para acompañarla.

— Es la soldadesca que se desmanda, no le dé cuidado, tía, así es en todos los asaltos.

— Si no se sosiegan, me enojo y llamo á José María, dijo la señora amostazada.

Los mozos perseguían á las chicas, que conocedoras de la casa mejor que ellos, se les ocultaban, con las carreras y las risas que habían alarmado á doña Panchita. Beno alcanzó sin gran dificultad á Quintiliana en un pasadizo oscuro, hacia el cual ella había corrido intencionalmente. El cabo, tomando á lo serio su papel de asaltante, estrechó á la chica entre sus brazos, é iba á aplicarle un beso sobre los labios, cuando sintió que se le caía la barba. Del movimiento que hizo al sujetarla, se aprovechó Quintiliana para desprenderse de él y emprendió una carrera desesperada hacia el corredor, donde llegó sacudiendo en el aire su trofeo.

— La barba del cabo, mamita, tome, se la regalo.

Tras ella llegaba Beno, protestando contra la fuga de la chica.

Mientras tanto, Lucho había llamado al orden á los dragones, y las otras hermanas llegaban por orden numérico, al ver que había cesado la persecución.

— ¡Vaya con las niñas ligeras de cuerpo! dijo Pepe.

— Cuando menos íbamos á dejarnos pillar, contestaban todas ellas, á un tiempo.

Un poco apartado del grupo general, Beno formulaba sus quejas á Quintiliana.

— ¡Qué gracia! no me dejaste que te diera un beso.

— ¡No faltaba más! con el abrazo sobra. ¿Qué eres mi marido, acaso?

— Trabajando para eso estoy; tantas le he de jugar á tu padre, que al fin y al cabo, de aburrido, ha de consentir.

— Bueno pues, para entonces me besarás, contestó ella con alegría.

Lucho, entre tanto, daba sus instrucciones.

— Á ver, Beno, dame el oficio.

Beno sacó del bolsillo de su polaca de granadero un pliego lacrado.

— Bueno, ahora pueden ustedes retirarse. Es seguro que al leer el oficio, el tío ha de querer marcharse á la ciudad. Yo me encargo de acelerar el viaje.

Diciendo esto cambiaba con Beno y los del piquete miradas significativas, que las chicas observaban con curiosidad.

— Vaya, dense prisa, para que el patrón no se aburra y se nos aparezca aquí.

Beno formó su tropa, hizo presentar armas, en honor de doña Panchita y de sus hijas y emprendió, al trote, la retirada, en dirección á Santiago.

Todo aquello había pasado entre risas y comentarios, sobre la agilidad con que las hermanas habían sabido esquivarse á la persecución de los granaderos. Al verlos alejarse, algunas de ellas suspiraron. La escena les había parecido demasiado corta; en su interior, casi sin confesárselo, sintieron haber desplegado tanta ligereza, para sustraerse al ataque de aquellos alegres mozos.

Apenas desapareció el piquete en un recodo del camino, Lucho fué en busca de don José María y volvió con él al corredor.

— No valía la pena de esconderse, le dijo, esos soldados pasaron aquí solamente á dejar este oficio para usted. Andan en comisión. Yo creo que buscan á alguno de los vecinos para llevárselo preso.

El caballero abrió el pliego lleno de temor. Por sobre su hombro, Lucho leyó:

«S. E. con esta fecha ha tenido á bien expedir el siguiente despacho:

»Mariano Osorio, Brigadier de los ejércitos del Rey y Presidente interino del reino de Chile:

»Por cuanto, atendiendo á la probada lealtad y celo por la causa de S. M. (á q. D. g.), de don José María Reza, he venido en conferirle el empleo de Teniente Coronel de Milicias y Comandante del escuadrón de caballería cívica de Apoquindo y sus alrededores, que es de nueva creación.

»Por tanto: ordeno se le reconozca por tal, concediéndole las gracias, exenciones y prerrogativas que por este título le corresponden.

»Dado en Santiago de Chile á veinte días del mes de enero del año de N. S. J. 1815.

(*Firmado*) MARIANO OSORIO.»

«Lo que trascribo á usted para su conocimiento, recomendándole de orden suprema, que se presente á esta Comandancia General á la mayor brevedad, á recibir instruc-

ciones, para la pronta organización del escuadrón de su mando.

» Dios guarde á usted muchos años,

URRÉJOLA. »

Mientras don José leía, la familia le observaba. Pero no todas las emociones, principalmente si son complejas, alcanzan á reflejarse en el semblante. Las que agitaron el ánimo del caballero con la lectura del oficio, fueron tan rápidas y diversas, que las unas habian impedido á las otras el producir una alteración definida en sus facciones. Grande extrañeza principió por causarle esa lectura; pero luego los humos del amor propio, le cambiaron esa impresión en una de orgullo. La idea de mando, que tiene tan poderosa fascinación para el hombre, le trajo una satisfacción instantanea, una de esas satisfacciones, que van ensanchando los pliegues del espíritu, como infla poco á poco el gas, los dobleces del género con que está hecho un goblo aerostático. Si en el primer instante le pareció singular aquel nombramiento, luego empezó su vanidad á sugerirle explicaciones, para encontrarlo muy natural. Por lo demás, ninguna de sus impresiones se presentaba en su espíritu con detalles. Todo aquello se le agolpaba confuso y ruidoso en la mente y en los oidos, por esa doble acción moral y física, que agita al mismo tiempo el ser humano.

— Nos vamos á Santiago, dijo doblando el pliego y poniéndolo con cierta majestad en el bolsillo de su chaqueta de duradera, que el uso había puesto casi gris en los codos.

Ni las señoras ni las chicas se atrevieron á interrogarlo sobre el contenido del papel que así guardaba. Él, con aire de quien no debe revelar un asunto importante, quiso calmar, sin embargo, la curiosidad que veía en las miradas de su mujer y de sus hijas.

— El Gobierno me necesita. Se trata de un cargo importante. Vayan á prepararlo todo.

Su voz tomaba la misma gravedad que esas palabras enigmáticas revestian.

— ¿Entonces es urgente? le preguntó Lucho.

— Muy urgente, no hay tiempo que perder.

Todos se pusieron en movimiento. Don José María fué á dar órdenes á ño Fulgencio, el mayordomo, para que hiciese poner dos carretas, las carretas con toldo de la fa-

milia. Ordenó también que le ensillasen el picazo, su caballo favorito. Las chicas, al mismo tiempo, se habían lanzado á acomodar los baúles, con grande algazara, como colegiales que van á salir á recreaciones. Las hermanas menores, Sixtina, Septimiana y Octaviana, contribuían con sus carreras y sus gritos de alegría, al concierto de voces y á la agitación con que se hacían los preparativos de viaje. El deseo de volver á la ciudad y el temor de que el *tatita* fuese á arrepentirse y á dar contraorden, las hizo apresurarse de tal suerte, que una hora después, todo estaba listo cuando las carretas, tiradas por dos yuntas de bueyes, entraban lentamente al patio. En los vastos vehículos, todo fué entrando, como en el arca de Noé. Los colchones fueron extendidos sobre el piso. En la parte de atrás los baúles, los atados, las canastas con pavos y con gallinas, se apiñaron. Otras canastas con huevos, con legumbres y comestibles, fueron puestas encima. Los huecos que quedaban, recibían envueltos en pedazos de alfombras viejas, ó de frazadas aguejereadas, ciertos objetos familiares de uso nocturno indispensable. Y luego otros y otros atados: la jaula con tordos de Sixtina, la de los jilgueros de Septimiana y una de Octaviana, con tortolitas. Muchos utensilios de cocina completaban el cargamento. Una de las carretas, con las tres chicas menores y con las criadas, se puso luego en marcha. Sixtina y Septimiana, con los pies colgando, sentadas á uno y otro lado del pertigo, estimulaban á los bueyes, *Cernícalo* y *Tiuque*, con la picana, que habían quitado al carretero. La salida fué triunfal. Don José María, sobre un avío de *pellones* azules, vestido de manta y guarapón, con espuelas de grandes rodajas, presidía la marcha y ensayaba su voz, al hacer cualquiera indicación, para acostumbrarse á las de mando que tendría que dar al frente de su escuadrón.

En la otra carreta siguieron, media hora después, bajo la protección de Lucho, doña Panchita y las cinco hijas grandes, que habían retardado su salida para dejar todo en orden y cerrar con llave las puertas de las casas. Á fin de distraer á las viajeras Lucho empezó á contarles historias de salteadores. Según él, era una gran felicidad que se hubiesen puesto en marcha antes de la noche, porque los alrededores de Santiago estaban hormigueando con derrotados del ejército patriota, que suplían la falta del sueldo, con robos á mano armada. Las chicas ocultaban

la inquietud que estas historias les producían, aparentando incredulidad.

— Los salteadores serán como los soldados que vinieron á la chacra, decían tratando de reír.

— Si fuese de noche, no estarían tan *guapas*, contestaba Lucho.

— Vaya, niñas, no se estén riendo; no hay más que hablar del diablo para que muestre la cola, observó doña Panchita. La señora no se sentía nada tranquila con lo que contaba Lucho.

Se habían quedado en silencio, cuando oyeron tras de la carreta el ruido de carrera de caballos y voces que gritaban :

— ¡Paren, paren! ¡no hay que seguir adelante, alto ahí!

Cinco hombres á caballo rodearon la carreta. Todos ellos tenían el rostro cubierto con pañuelos de algodón, puestos á guisa de máscara, con agujeros, al través de los cuales se veían brillar los ojos.

— Bájense todos, ordenó el que parecía ser el jefe de la partida.

Lucho quiso oponerse, mandó al carretero que siguiese su marcha. El mismo que había dado la orden de bajar, sacó de debajo de la manta una pistola y la puso al pecho del carretero.

— Si te mueves, te rompo la crisma.

Otro de los asaltantes apuntó también, con una pistola, á Lucho.

Las chicas y doña Panchita, se cubrieron la cabeza, con lo primero que hallaron á la mano.

— Vamos, abajo todo el mundo, repitieron los asaltantes.

Lucho aconsejó á las chicas que bajasen de la carreta y les dió él mismo el ejemplo, pasando después la mano á cada una de ellas, para que saltasen á tierra. Doña Panchita obtuvo permiso para quedar en su puesto, en atención á su estado de extraordinaria corpulencia.

Se encontraban en un punto del camino que no estaba separado por pared ni valla alguna, del campo que cruzaban. El terreno era plano y cubierto de pasto natural bastante tupido. Apenas las chicas se hubieron bajado, los de la partida las rodearon con grandes saludos y el capitán tomó la palabra.

— Ya ven, señoritas, que les hemos tendido la alfombra, dijo señalando el pasto. Ahora vamos á bailar una *cueca*.

Al decir esto, aparecía tras del pañuelo que él mismo retiraba, el rostro risueño de Beno Reza. Los demás se descubrieron al mismo tiempo.

— Ya lo sabíamos nosotras que eran ustedes, dijeron triunfantes las chicas.

Doña Panchita, desde la carreta, se reía á carcajadas, al reconocer á los asaltantes.

— Malvados muchachos, ¡habráse visto no más! Vaya, déjense de bromas y sigamos andando.

Los jóvenes se rebelaron contra esta orden. Pepe sacó la guitarra de la carreta y la puso en manos de Primitiva. La señora tuvo que ceder, y allí, en medio del campo, principió la música y la danza, con el entusiasmo y buen humor de toda fiesta improvisada. Beno y Quintiliana, animados por los demás, se lanzaron en las acompasadas vueltas del baile nacional. Las otras chicas cantaban. Lucho tamboreaba con redobles de todas las coyunturas de los dedos, sobre la guitarra. Algunos huasos, que por ahí pasaban á caballo, se habían detenido á contemplar la danza, de modo que el cuadro, con la carreta, los danzantes, los cantores y los jinetes, había tomado en un momento todo el aspecto de una *chingana*.

Mientras tanto, Pepe se había subido á la carreta y sacaba de un bolsillo un tubo de hoja de lata, con el cual se puso á lanzar garbanzos, por medio de un fuerte soplido, al rostro de los huasos espectadores, desde una de las ventanas de la carreta, escondido tras de la cortina. Casi todos sus proyectiles daban en el blanco. Los huasos, sorprendidos con aquel granizo inesperado, miraban con disimulo en derredor, buscando cuál de los que allí se encontraban podría ser el autor de la diablura. No descubriéndolo, volvían á mirar el baile y nuevamente sentían los garbanzos darles en la cara, con una rapidez y precisión inauditas. Desesperados, al cabo de algunos momentos, volvieron riendas á sus caballos y se alejaron al galope. Pepe salió entonces de su escondite, blandiendo su tubo y gritando victoria.

Á cada pie de zamacueca, doña Panchita repetía sus órdenes de marcha, con tan infructuoso resultado como al principio. Entusiasmados los jóvenes con aquella *jarana* campestre, no querían obedecer y hablaban de hacer un

ponche, trayendo agua caliente de un rancho vecino, el mismo que les había servido para abandonar su disfraz de granaderos y poder asaltar la carreta. Pero al fin, condolido Lucho de la aflicción de su tía, hizo cesar la fiesta.

— No, pues, dijo, si nos quedamos aquí más tiempo, es capaz que el tío se nos aparezca á buscar la familia y lo descubra todo.

Los jóvenes obedecieron esta vez y se pusieron en marcha, después de alegres despedidas, de chanzas y de declaraciones de un amor tan improvisado, como la fiesta misma. La carreta pudo entonces continuar su camino lentamente, al tardo paso de los bueyes, sacudiéndose con pesadas contorsiones á cada piedra, de las innumerables del camino, sobre que pasaban las ruedas. Cerca de las oraciones, se paraba la carreta delante de la casa.

La primera carreta no había tenido tropiezo en su marcha. Don José María, figurándose que se hallaba al frente de su escuadrón, hacía caracolear su caballo, sin fijarse que las tres *menorcitas* de sus hijas, punzando con la picana incesantemente á Cernícalo y á Tiuque, los hacían trotar sin compasión. Mientras duró la marcha, la ilusión hacía flotar delante de los ojos del caballero, sus caprichosas fantasías. El trote del caballo, la brisa que le acariciaba las sienes, agitándole como un abanico las alas de su *guarapón* de paja; el sonido de las grandes rodajas de sus espuelas de plata, le daban ímpetus marciales, de los que él mismo no se sospechaba capaz. Pero al entrar en su casa, la vista de los objetos familiares, cambió con rapidez sus impresiones. La calma y la prosa de su existencia le contaron su muda historia de goces caseros y le oprimieron la garganta, con la sensación de tristeza que da una despedida. Pensó que era preciso renunciar á la tranquila independencia de su vida de vecino pacífico y entrar en las agitaciones de la carrera pública. Traidoramente, con aire burlón, un temor confuso lo aguardaba, como ocultándose tras de una puerta. La idea de combates posibles con balazos y sablazos, con el fragor del cañón y de la mosquetería, saltó al medio de la pieza, donde se había sentado. Era el reverso de la medalla, pulida y barnizada por su vanidad, de verse distinguido por el jefe supremo del estado. Un deseo de librarse de su peligrosa grandeza se apoderó de su espíritu violentamente. Sin darse tiempo de reflexionar, dejó á los criados en los afanes de la instala-

ción y salió á la calle. Le había ocurrido la idea de dirigirse á don Jaime Bustos. « Él tiene influencia en el gobierno y podrá conseguir que me eximan del servicio », fué su pensamiento.

Don Jaime acababa de recibir un despacho análago al que traía agitado á Reza. Los muchachos Carpesano, encontrando que la pegata de nombrar comandantes de cuerpos cívicos era una felicísima ocurrencia, habían dirigido á don Jaime un oficio, en el que se le anunciaba su despacho de Comandante del escuadrón cívico de Nuñoa. Pasado su primer estupor, había confiado su situación á Luisa, por cuyo criterio tenía un profundo respeto.

— ¡ Yo, Comandante ! ¿ qué te parece? Eso no puede ser, yo no he sido jamás militar. Es capaz que cambie de residencia y me vaya á vivir á alguna de mis haciendas.

Luisa examinaba atentamente el papel.

— Cálmese tío, yo apostaría que este oficio es una invención de los Carpesanos.

— ¡ Cómo !, ¿ se atreverían á falsificar la firma del Mayor de plaza?

— Muy capaces son de hacerlo.

— Después de todo, quién sabe, tal vez tú tienes razón.

Esto le había vuelto en parte la tranquilidad, pero no le daba la certidumbre completa. Don José María lo encontró preocupado, mientras él le exponía su situación. Para ocultar su inquietud se revistió de una estudiada reserva.

— Yo veré mañana á San Bruno, con el que tengo alguna influencia, dijo, cuando don José María acabó de hablar.

— En usted confío amigo, empéñese como si fuese usted mismo. Yo no sirvo para militar, no entiendo una palabra de milicia y además me pongo ronco apenas esfuerzo la voz : no podría mandar, nadie me oiría, ¿ no ve?

Entró en largas disertaciones sobre este tema. Se debían buscar hombres jóvenes para esa clase de empleos, y hombres ricos, que pudiesen ayudar á los gastos de equipo del escuadrón. Reiteró repetidas veces sus instancias, su confianza en la influencia de don Jaime y aseguró que se iba tranquilo porque á un partidario como lo era Bustos, el gobierno no podía negarle nada.

Don Jaime lo había escuchado con vivo interés. No porque le importara un bledo, según pensaba, la suerte de su pariente, sino porque don José María le estaba dando los

argumentos que él necesitaba para defender su propia causa. Pasó la noche clasificándolos en su memoria, como el boticario que pone letreros y coloca cuidadosamente en el estante las drogas, según su aplicación y su importancia.

Mientras tanto, al entrar en su casa don José María encontró á la familia en grande agitación. Los criados corrían apresurados por los corredores. Sus hijas, reunidas todas en la sala, cuchicheaban en voz baja, como contándose cuentos.

— Y tu madre, ¿dónde está? ¿Nada les ha pasado en el camino? dijo, dirigiéndose á la mayor.

— Nada, mi mamita está en su cuarto, vaya á verla, estaba preguntando por usted.

El airecito confidencial, de un secreto que no hay necesidad de decir, el airecito de quien habla á buen entendedor, con que Primitiva dió esta contestación, picó la curiosidad de su padre. Al dirigirse al cuarto de la señora, se encontró en el corredor con la criada de confianza, que llevaba algo en las manos.

— ¿Qué es eso, Rosario?

— Es una flanela caliente que le llevo á la señorita.

— Y ¿para qué?

— Creo que la señorita está con dolores.

Don José María precedió á ña Rosario y se acercó solícito á su esposa.

— ¿Mandaron llamar á la partera? preguntó con aire entendido, con la calma del hombre acostumbrado á esa clase de trances, y que siente la importancia de su misión.

La noche fué agitada. Los criados volvían diciendo que la matrona, detenida en otra casa donde se trataba de igual acontecimiento, vendría pronto.

— Dice que ya viene, que le falta poquito. Pero el tiempo pasaba sin que la mujer llegase. La angustia inquieta, la sensación helada del desamparo, traían sus tormentos de miedo al corazón del esposo. Para distraerse daba órdenes :

— Ña Rosario, dígale á las niñas que se vayan á acostar.

Poco después agregaba:

— Ña Peta, que me hagan mi cama en el otro cuarto; si no hay catre, que la hagan en el suelo, no importa.

Su agitación subía por grados, y como deseaba ocultarla á su mujer, salía al patio, se asomaba á la calle y se le figuraba que mirando fijamente en la oscuridad, iba á evo-

car la presencia de la matrona, « que no llegaba nunca ».

— ¡ Después que ha dicho que le faltaba poquito !

Mirando así, fijamente, para ver al través de las sombras de la noche, sus ideas perdían su coordinación de todos los días. El atraso de la matrona venía á ligarse, sin saber por qué, con su nombramiento de Comandante de caballería cívica. Indudablemente era aquella una hora de prueba para él. Por qué diablos se les había ocurrido nombrarlo Comandante en esos momentos. ¡ Bonito Comandante, que no puede mandarle á la matrona que llegue pronto! En vez de nombrarlo Comandante, el Gobierno debería ocuparse de tener más matronas en la ciudad. Cualquiera diría que el Gobierno, que tanto se ocupa de la guardia cívica, se figura que las *guaguas* se aparecen solas, dentro de una mata de coles, como se cuenta á los niños. Todo aquello le parecía desesperante. Mesándose de rabia el cabello, atravesaba el patio y llegaba á la pieza vecina, á la de doña Panchita. Ahí, tras de la puerta, tenía lugar el drama de la espiación eterna. La idea del sufrimiento que no podía aliviar lo enternecía. « ¡ Mujer, tú parirás con dolores! », decía dentro de sí. « Al padre Adán debieron hacerlo Comandante de algún escuadrón cívico y así la cosa habría sido completa. » Ese rasgo humorístico, que le vino sin quererlo, con la violencia súbita de un estornudo, le quitó la angustia con que se había quedado, sin atreverse á abrir la puerta que lo separaba de su mujer.

— ¡ Señor, señor, aquí está la partera! dijo una voz tras de él.

Don José María habría querido abrazar á la criada que le daba esta noticia. Seguíala, bufando de cansancio, la representante de la obstetricia, arte tan en mantillas entonces como las criaturas que entraban al mundo por su ministerio.

Continuó la agitación en la casa. Las criadas iban y venían. Ña Rosario se multiplicaba, haciendo, sobre los ladrillos de los corredores, con sus chancletas, ese ruido sordo que parece peculiar á las criadas. Las chicas, de Primitiva á Quintiliana, habían resuelto no acostarse, y hablaban agrupadas, sobre los incidentes del día. Don Pepe encontraba pretextos para salir á cada instante del cuarto, y llevaba fumados, hacia el fin de la noche, más de tres atados de cigarrillos de hoja. Nunca había encontrado tan largo el tiempo. Después de una expectativa que le pareció eterna,

la vista de una luz incierta, que empezó á marcar las rendijas de las ventanas, le pareció un mensaje de esperanza y de paz, con que respondía el cielo á sus plegarias mentales. Y he aquí que al concluir de fumar un cigarrillo, una vocecita, un vagido que no podía engañarlo, le ensanchó el corazón. No era solamente la luz un mensaje del cielo. Esa vocecita venía también de aquellas regiones incógnitas á herir el aire por la primera vez. Lanzóse entonces á la pieza de su mujer con la precipitación que infunde el gusto, la esperanza convertida en realidad, y oyó, no una, sino dos vocecitas, un concierto de vagidos.

— ¡Mellizos, patrón, y hombres los dos! le dijo la matrona, con tanto orgullo, como si aquel fenómeno se debiese á su ciencia.

Él sintió que lo levantaban del suelo, que una fuerza desconocida lo hacía crecer, casi tocar al techo. Sin saber cómo, turbada la razón, como bajo el influjo del alcohol, se puso á hablar con disparatada locuacidad.

— ¡Victoria Panchita, eso sí que se llama bueno! ¡Ah, ah, ahora no me dirán que no tengo sino chancletas! Á los dos los haremos comandantes, ¿no te parece? Unos buenos potrillos les he de hacer amansar desde mañana. ¡Y gritones, los diablitos!

La matrona le recomendó el silencio «para que no le dé dolor de cabeza á la señorita». Don José María salió de la pieza desaforado y fué á golpear al cuarto de cada una de sus hijas. Al través de la puerta les enviaba la estupenda noticia, «¡dos mellizos, hombres!»; «ahora sí que tienen hermanos». Quería salir á la calle y contarle al sereno aquel inaudito acontecimiento. Le daba una verdadera impaciencia la idea de que todos los parientes y amigos estarían durmiendo á esas horas y que no podía mandarles recado. Con la imaginación, se figuraba su entrada á la tertulia de la tienda y recibía las felicitaciones de los amigos en la calle, y por todas partes donde llegaba. Aquello era un triunfo, una ovación que él mismo se hacía, mientras circulaba la gran nueva por la capital. Se sentía rehabilitado á sus propios ojos, digno de las consideraciones que hasta entonces creía que le habían faltado, desde el nacimiento de Segundina, para adelante. Ya no vería esa risita burlesca con que le hablaban de sus *chancletas*.

Se le había despertado un apetito de trasnochado. Tomando dos tazas de chocolate, pudo encontrar paciencia

para soportar la lenta marcha de la mañana. Aunque encontraba, como todos los hombres ,que la vida era muy corta, la lentitud del tiempo le parecía en esos momentos insoportable. Cuando las cocineras empezaban á pasar para la plaza, ya salían sus sirvientes, hombres y mujeres, á llevar el anuncio del nacimiento de los mellizos á los parientes y amigos. Á todos ellos les decía:

— Si encuentran por ahí algunos sirvientes conocidos, cuéntenles también, para que avisen de mi parte á sus patrones.

El mismo se reservó el cuidado de participar á don Jaime Bustos el feliz acontecimiento. Al entrar al dormitorio donde el Marqués se hacía la barba, don José María estaba lejos del aire mohino, con que en la tarde anterior, había ido á pedirle que tratase de librarlo del servicio militar. Una reacción completa se había operado en su espíritu. Revelaba en su aire la conciencia que tenía de su importancia.

Después de comunicar á don Jaime su nueva y doble paternidad, habló de su visita del día anterior.

— ¿Sabe que he estado pensando, amigo, en lo de ayer? Me parece mejor que no dé usted los pasos que le pedía, no sea cosa que en el gobierno se figuren que lo hago por temor. ¡Ah, yo no quiero que crean eso! Yo no quiero que se diga más tarde, delante de mis hijos, que su padre no se atrevió á entrar en la milicia. En estos tiempos ese servicio es un timbre de honor, ¿no ve? Todos debemos estar en nuestros puestos como buenos caballeros. ¿No le parece?

Don Jaime se guardó de disuadirlo y mucho más de insinuarle las sospechas que Luisa había manifestado. Pensó, con su egoismo de tímido, que así no tendría más que empeñarse por él mismo, en caso que los nombramientos fuesen realmente oficiales. Don José María peroró algún tiempo sobre aquel tema, y sobre que sería una felicidad para Chile que todos tuviesen mellizos.

— Así se aumentaría con más rapidez la población, que nos hace falta, ¿no ve?

Después del almuerzo, don Jaime salió en busca de San Bruno. Antes de dirigirse al cuartel de Talavera, pasando por delante del palacio, entró á hablar con José Retamo. El mulato no sabía nada de los nombramientos, según vió por sus contestaciones á ciertas preguntas indirectas que le hizo. Contó que no cesaba de empeñarse con el Presidente

por la libertad de los presos políticos, y pidió á don Jaime que lo ayudase en esa obra caritativa.

— ¿Yo? ¡Para que me crean insurgente! contestó don Jaime.

— Tiene razón, Marqués; la caridad bien entendida principia por casa. Cuando yo me sienta caer, me arrimaré á su señoría.

San Bruno recibió á don Jaime con una mirada escrutadora.

— Capitán, dijo el magnate, vengo á pedirle un servicio.

— ¿Qué se ofrece, caballero?

Don Jaime le pasó el oficio con la firma de Urréjola, el Mayor de plaza.

— He recibido este oficio y vengo á rogar á usted que se empeñe con el señor Presidente para que me permita no aceptar el nombramiento. Yo no entiendo una palabra de milicia y no serviría absolutamente para ese mando.

— Este oficio es apócrifo: ¿quién lo ha entregado á usted?

— Mi criado me dijo que lo había dejado en casa un militar

El Capitán se había quedado pensativo examinando el documento. Don Jaime agregó:

— ¡Ah! ¿es apócrifo? Bien decía mi sobrina que esta debe ser una pegata de los muchachos Carpesano.

Sin contestar á esta suposición, San Bruno dijo secamente:

— Lo que hay de cierto es que este oficio es apócrifo.

— Entonces, este otro que recibió don José María Reza debe ser lo mismo.

— Lo mismo, repitió don Vicente, después de examinarlo, y añadió:

— Déjelos usted aquí, yo averiguaré qué significa esto.

Bustos salió radiante á comunicar la contestación de San Bruno á don José María. Cerca de la puerta del cuartel, le salió al encuentro Beno Carpesano.

— Lo andaba buscando, vengo de su casa, donde me dijeron que había salido.

— ¿Y para qué me buscabas? le preguntó don Jaime, tratando de tomar un tono severo.

— Era para advertirle que no haga caso del oficio que recibió ayer.

— Yo sabía muy bien que venía de ustedes; siempre están con esas bromas tan tontas.

— ¿Cómo lo sabía?

— ¡Ah! porque á mí no me la pegan asi no más.

— De todos modos, ya ve que lo he buscado para decírselo, porque no es usted á quien hemos querido hacerle la pegata.

— ¿Á quién, entonces?

— Á don José María.

— ¿Y por qué me mandaron á mí el oficio?

— ¡Ah! para que don Pepe no se enoje demasiado cuando descubra la jugada. Sabiendo que usted ha recibido un nombramiento como el de él, tomará la broma con más paciencia. Nuestro propósito era decírselo á usted todo primero, pero no lo encontramos en su casa.

— Lo mejor sería que dejen en paz al pobre don Pepe.

— Si quiere que cese la guerra, que me dé á la Quintiliana. Usted debía conseguirme eso, con el influjo que tiene sobre él.

Beno reforzó esta solicitud con grandes lisonjas, á las que sabía que don Jaime era sensible. Este se dejó persuadir poco á poco; pero recordó la condición impuesta por don José María, cada vez que le hablaba de las pretensiones de Beno.

— Pero si tú no trabajas en nada, ¿cómo quieres que te dé á su hija? Pídele á tu padre que te arriende uno de sus fundos.

— ¡Qué gracia! Si yo consiguiese eso, ¿qué necesidad tenía de empeños? Por eso es que pongo mi causa en manos de usted. Todos me dicen: don Jaime es el único capaz de conquistarte la muchacha.

— Veremos, veremos, dijo el caballero, revistiéndose de grande importancia, halagado con la lisonja de Beno.

Al saber que el nombramiento de Comandante de un escuadrón cívico era una farsa de los Carpesano, don José María empezó por enfadarse; pero el orgullo que le daba el nacimiento de los mellizos, lo inclinaba á la magnanimidad. Se hallaba en uno de esos momentos en que la satisfacción tiende su luz rosada y suave sobre todas las ideas.

— ¡Qué diablos de muchachos! dígales que se los perdono.

Don Jaime aprovechó del momento para iniciar su em-

peño en favor de las pretensiones de Beno. Era mejor ceder á tiempo, que tener siempre á esos mozos traviesos por constantes enemigos. Beno era un excelente muchacho, inteligente y deseoso de trabajar. Si él, don José María, le arrendaba su chacra, después de darle su hija, haría un excelente negocio. Además, cuando se tienen ocho hijas, es necesario no *regodearse* tanto, sin contar que cuando entra el espíritu santo en una familia, ya las otras chicas se casan con más facilidad.

— Vaya, mi amigo, le dijo al fin, viendo por las respuestas con que Reza recibía sus observaciones, que el espíritu de resistencia empezaba á ceder, es preciso celebrar el nacimiento de los mellizos y no dejar que se le *apercanquen* las *niñas* de tanto guardarlas.

Este último argumento decidió de la victoria. Casar una de las chicas, era una celebración digna del grande acontecimiento. En su interior, al consentir de este modo, don José María tomaba también en cuenta que así pondría término á la incesante serie de pegatas, con que los mozos Carpesano lo perseguían.

XXVI

Un día dejó pasar Villalobos, de orden de San Bruno, sin volver á la cárcel. « Déjelos que tasquen el freno », le dijo el Capitán, cuando el cabo le dió cuenta de su conversación con don Alejandro Malsira. Contaba don Vicente con lo que la impaciencia de un día de expectativas, debía hacer aumentar el ansia de los prisioneros por recobrar la libertad. Cuando el subsiguiente día se presentó en el patio, donde los detenidos se paseaban inquietos, en grupos de tres ó cuatro, Malsira esperó que el cabo fuese á buscarlo.

— Aquí me tiene, vengo por la contestación, le dijo Villalobos.

— Hemos hablado largamente de nuestra situación. Mis compañeros y yo estamos dispuestos á los mayores sacrificios por recuperar la libertad.

El cabo lo miró con extrañeza.

— Pero señor, el otro día hablamos de usted solo.

— Es verdad; pero yo dije que tenía que consultar con mis compañeros de prisión. Hice á usted esa advertencia,

porque de ningún modo consentiría en recobrar yo esa libertad, dejándolos á ellos en la cárcel. Esta debe ser la base de nuestro convenio.

— ¡ Ah ! yo no contaba con eso, replicó en tono de descontento Villalobos.

— Es decir que le ha entrado miedo, exclamó don Alejandro, sintiendo ese hielo en el corazón, que produce la pérdida de una esperanza querida.

El cabo se sonrió con aire de desprecio.

— ¡ Miedo ! ¡ no, señor, no es eso ! es que si se puede hallar modo de sacar á uno, no es lo mismo, tratándose de tantas personas.

— Ó todos, ó ninguno, contestó resueltamente don Alejandro.

— ¡ Qué lástima ! yo creía que íbamos á entendernos.

— Pero mientras más seamos los agradecidos, mayor será la recompensa, fíjese en eso. Entre todos le podremos dar una suma, que será para usted una fortuna.

— ¡ Á qué me dice nada, señor ! ¿ cómo no he de tener deseos de ganar con que irme á mi patria ? Ya le dije el otro dia que todos estamos descontentos del servicio, y que no nos desertamos porque, como españoles, encontraríamos enemigos en todas partes. Nos denunciarian, y en campaña, como estamos, la deserción se castiga con pena de muerte. Pero no basta con querer. Para sacarlos á todos ustedes de la prisión, sería menester comprar á todo el cuerpo de guardia. Aun suponiendo que esto se consiguiese, no tardarian en perseguirnos y es seguro que nos encontrarian, y nos fusilarian en las veinticuatro horas.

— Toda empresa arriesgada tiene sus inconvenientes, pero es preciso tener valor para arrostrarlos.

Villalobos parecía meditar.

— No me gusta alabarme ; pero no es valor lo que me falta. Si fuera eso no más lo que se necesita, no recularía. Pero yo me digo : ¿ qué ganaría con sacarlos de la cárcel, cuando es seguro que yo vendría á parar en ella ? ¿ De qué me serviria entonces la plata que ustedes me hubiesen dado ?

— Con miedo no se puede hacer nada, dijo impaciente Malsira.

El cabo alzó la frente con cierto orgullo.

— ¿ Quiere que le pruebe que no tengo miedo ? replicó en tono que parecia provocativo ; pues le voy á decir el

único modo como yo me atrevería á intentar el sacarlos á ustedes de la cárcel.

— Vamos á ver, hable no más, yo estoy resuelto á todo.

— La cosa tiene sus peligros, pero el resultado es casi seguro.

— Hable usted, no se figure que entre los chilenos, sólo tienen valor los militares.

— Tanto mejor; así se animarán ustedes á acometer la empresa. Ya le he hablado del descontento de la tropa. Yo estoy seguro que los Talaveras y el escuadrón de carabineros de Concepción, no piden sino que un jefe se ponga á la cabeza de ellos para sublevarse. Yo tengo muchos amigos en los dos cuerpos, con los que he conversado sobre esto: son gente resuelta y puedo contar con ellos. Si ustedes se animan, yo prepararía las cosas afuera y cuando esté seguro de todo, principiaríamos por dar el golpe aquí, en la cárcel, un día que yo esté de guardia, porque yo podré elegir los hombres del piquete. Á la cabeza de éstos, marcharíamos después sobre el cuartel de Talaveras, donde algunos compañeros míos amarrarían en sus camas á los oficiales. Al que se resistiese, ¡qué haremos! lo despacharíamos á balazos. De ahí nos iríamos al cuartel de los carabineros, donde no hay un solo hombre que no se declararía por nosotros. Después de esto sacaríamos los cuerpos armados á la calle y nos iríamos sobre el palacio. Nadie podría ponérsenos por delante. Dueños así de Santiago y con el Presidente y todos los jefes prisioneros, ustedes harían lo que quisiesen. Yo no pediría sino que me pagasen mi viaje á España y me diesen una buena suma adelantada.

— Le daríamos para principiar tres mil pesos, dijo Malsira inflamado de entusiasmo.

La idea de restaurar el gobierno patriota con un audaz golpe de mano, cruzó su cerebro como un miraje encantado, con llamaradas ofuscadoras. Perecer en la demanda, con tal que se llegase al triunfo, le parecía un sacrificio pequeño. El entusiasmo de los que saben dar su vida por las grandes ideas, por las convicciones profundas, le infundía la abnegación que mira más allá del instinto de conservación. « Si triunfamos, nuestros hijos serán libres, la patria nos deberá su felicidad », pensaba mientras oía el plan de Villalobos.

— Y los otros, ¿cree usted que se animen? preguntó el cabo.

— Yo respondo de ellos, son hombres valerosos y patriotas, contestó Malsira, con un movimiento afirmativo de la cabeza.

— Así jugaremos el todo por el todo, repuso Villalobos; mientras que si yo trato de hacerlos fugarse, ustedes no quedarán por eso seguros de que no vuelvan á tomarlos; yo caería en manos de mis jefes y pagaría por todos.

Este razonamiento pareció á Malsira muy poderoso. El vigor de su ánimo lo inclinaba, además, á la acción mejor que á la fuga; así fué que, sin vacilar un momento, aceptó el plan de la sublevación.

— ¿Y usted está bien seguro de su gente? preguntó fijando una profunda mirada en el cabo.

— Como si fuera yo. No hay uno solo que no esté descontento. Nosotros salimos de España destinados al Perú y no á Chile; así fué que cuando nos mandaron aquí, todos los soldados murmuraban por lo bajo. Piense usted además, de que muchos de nosotros hemos sido enganchados á la fuerza y que nadie quería venir á América. Si á lo menos nos tratasen como á gente, nos habríamos conformado; nos tratan á palos, y así es que no hay soldado en el cuerpo que no quiera vengarse de los oficiales.

Villalobos no tenía necesidad de insistir. Sus explicaciones parecían ya superfluas á don Alejandro. ¿Qué cosa más natural que ese descontento, en hombres condenados á una existencia de esclavos? Hombre tenaz y esforzado, una vez admitida la verosimilitud de los razonamientos del cabo, Malsira abandonaba toda idea de desconfianza y se lanzaba á la acción.

— ¿Y cuándo podremos dar el golpe? preguntó.

— Lo más pronto será lo mejor, ¿no le parece? Estas cosas, una vez resueltas, deben llevarse adelante, antes que algún cobarde se haga denunciador. Hoy mismo voy á tomar mis medidas y mañana traeré á usted noticias. Mientras tanto, usted podrá hablar con sus compañeros. Yo, en lugar de usted, no me confiaría sino de los más seguros, no sea que alguno, por tímido, lo eche todo á perder.

— No tenga usted cuidado, asegúrese de la tropa y todo marchará bien de nuestro lado.

Villalobos, que estaba á punto de retirarse, pareció buscar una idea que se le escapaba.

— ¡ Ah ! Dígame, señor, ¿están ustedes seguros de Argomedo? Ese hombre los espía y creo que ya los ha denunciado una vez.

— Desde entonces, jamás nos confiamos de él.

Cuando el cabo salió del patio, don Alejandro comunicó su conversación á los presos políticos, parcialmente, trasladándose de un grupo á otro, hablando con naturalidad, evitando en su actitud cuanto hubiese podido llamar la atención, sea de los soldados que por allí pasaban, sea de los reos de delitos comunes, que los miraban como una aristocracia altanera, y se alegraban de verlos humillados en la prisión. Cada uno acogía la grave confidencia según su naturaleza. Por ojeadas significativas, al cruzarse en sus paseos por el patio, los unos á los otros se comunicaban sus impresiones. La fe serena con que don Alejandro agrupaba sus argumentos, el calor con que expresaba su profunda convicción en el triunfo, acabaron por persuadir y por dominar á todos. Reunidos después en una pieza, la discusión se trabó en voz baja, con la solemnidad imponente de hombres que van á arriesgar su vida en la empresa de que hablan. Don Alejandro y dos ó tres de los más enérgicos acabaron por arrastrar á su opinión á los que todavía vacilaban, declarando que la adhesión era voluntaria, pero que ellos arriesgarían el golpe de todas maneras.

Desde temprano, al día siguiente, los presos de la cárcel vieron redoblarse las medidas de vigilancia con que hasta entonces se les había guardado. Los reos políticos, confinados en una gran pieza del primer patio, parecieron ser objeto de especial vigilancia. Entre los otros, alguien corría la voz de que iban próximamente á ser juzgados por un consejo de guerra, voz que para hombres del pueblo, como eran casi todos los detenidos por delitos comunes, equivalía á ser condenados, con seguridad, á destierro, ó á la pena capital. Á medio día, se presentó el cabo. Este rumor se acreditó en la cárcel al ver llegar á Villalobos y poner un centinela, frente á la puerta de la pieza donde se encontraban Malsira y sus compañeros.

Aquella medida inusitada, hizo creer á alguno de los reos que el cabo los había traicionado.

— ¿Qué hacer? se preguntaron llenos de inquietud.

— Nada, esperemos, dijo don Alejandro, que no consentía en ver desmoronarse de ese modo, el edificio de sus nuevas esperanzas.

Después de haber dado en voz baja sus órdenes al centinela, Villalobos entró en la pieza y cerró tras sí la puerta. Un profundo silencio siguió al ruido de la puerta que se cerraba. Don Alejandro se adelantó hacia el cabo. Veíase en su actitud la resolución del que pide cuentas en vez de esperar á que se las tomen.

— ¿Qué significa ese centinela? preguntó con voz que no revelaba la menor emoción.

Villalobos tuvo una sonrisa de malicia.

— ¿No ve usted que si los otros presos me ven entrar aquí y quedarme algún rato, pueden ponerse sospechosos y hasta denunciar nuestras conversaciones? Viendo que pongo un centinela, se figurarán que tengo orden de vigilarlos á ustedes y de someterlos á algún interrogatorio. Por eso traigo papel y pluma como ven ustedes.

Mostraba, en efecto, un cuaderno de papel que llevaba en la mano. Su explicación calmó la inquietud producida por la presencia del centinela. Los patriotas empezaron entonces á interrogar á Villalobos sobre el plan que había propuesto á don Alejandro. Algunos de ellos, con preguntas insidiosas, querían leer en el fondo del pensamiento del cabo; pero los razonamientos de éste acabaron por convencerlos. El descontento de la tropa, la crueldad de los jefes, el vivo deseo de volver á la patria lejana, eran argumentos que tomaban cada vez más fuerzas, en boca del agente de San Bruno. Como había sucedido el día anterior á don Alejandro, el deseo de la libertad, la nostalgia del hogar, sellaron la convicción de todos ellos. Según Villalobos, sus diligencias habían tenido el éxito que él había anunciado á Malsira. En el cuartel de Talavera contaba con más de veinte hombres seguros, que estaban en el secreto: los demás seguirían gustosísimos el movimiento. En el de los Carabineros, los hombres que cubrirían la guardia del cuartel les abrirían las puertas. Sabía además que los de Talavera, destinados á la guardia del palacio presidencial, serían de los comprometidos en secundar el movimiento.

— Yo vendré de guardia mañana, que es el día 6, concluyó diciendo, y el 7, antes de amanecer, daremos el golpe, si ustedes se animan.

Unánimemente, todos aceptaron. Lo más pronto sería lo mejor.

— Si no damos el golpe el 7, ya no sé cuando estaré otra

vez de guardia, dijo Villalobos, para afianzarlos en la resolución. Además, no sería posible combinar que cuando á mí me tocase, las guardias de Talavera, de Carabineros y la de palacio fuesen cubiertas por gente dispuesta á acompañarnos.

— No hay que vacilar, dijeron todos.

— Entonces, convenido; ustedes saben las condiciones.

— Ayer hablamos de tres mil pesos adelantados y tres mil cuando estemos libres, dijo don Alejandro. Mis compañeros me han hecho observar que de ese modo quedaríamos enteramente en manos de usted.

— Entonces, ¿tienen desconfianza?

— No es eso, dijo interponiéndose uno de los patriotas; si no tuviésemos confianza, no habríamos entrado en ningún trato con usted. Pero como nosotros no tenemos aquí dinero contante, tendríamos que dar á usted documentos que le serían pagados á la vista. ¿Y si lo denuncian á usted, como dicen que nos ha denunciado ya ese mozo Argomedo? Encontrarían en manos de usted los documentos y usted y nosotros estaríamos perdidos. No, no es posible eso de dinero adelantado. Pagaremos á usted los seis mil pesos apenas nos encontremos en libertad.

El cabo se sonrió con aire de incredulidad.

— Y entre tanto, ¿quién me responde que ustedes me paguen después?

— Somos caballeros y nadie puede dudar de nuestra palabra, dijeron algunos, con el orgullo aristocrático del noble que habla á un plebeyo.

— ¡Por supuesto! si le damos nuestra palabra de honor, esto debe bastarle, exclamó don Alejandro.

— ¡Nuturalmente! ¿Qué se figura usted? agregaron otros al mismo tiempo.

Villalobos se dió por convencido.

— Entonces me darán ustedes un documento al salir de la cárcel; si yo entro en la empresa es por plata, ¿no es así? Alguna seguridad he de tener.

— Entregaremos á usted el documento al tiempo de dar el golpe.

— Así, sí, convenido entonces.

La insistencia de Villalobos para asegurar el precio de su traición, afianzó la confianza de los patriotas en él. Algunos de éstos se habían apartado y hablaban en voz baja,

mientras Malsira daba la promesa de entregar el documento.

— No olvide lo de la misa, dijeron á Malsira.

— ¡Ah! ¡es cierto! contestó don Alejandro.

Luego, dirigiéndose al sargento, le explicó que sus amigos y él querrían consagrar con un acto solemne, el compromiso que acababan de contraer. Como católicos, nada podía, á juicio de ellos, tener más fuerza en la conciencia de todos, que jurar ante Dios, que guardarían entera y escrupulosa fidelidad, él hacia ellos y ellos hacia èl, en la empresa que iban á acometer. Para esto, deseaban que fuese convenido que al día siguiente, en la misa, cuando el sacerdote alzase la hostia, Villalobos pronunciase su juramento en voz baja, haciéndose oír del patriota que tuviese á su lado. Al mismo tiempo, todos los demás harían igual juramento y cambiarían entre ellos y con el cabo una mirada de inteligencia, que confirmaría el acto. Con la aceptación de Villalobos, los patriotas quedaron completamente tranquilos. La acendrada fe religiosa, que á pesar de cierto espíritu volteriano de la época, dominaba imperiosamente en ambos bandos de la sociedad colonial, alejaba toda sospecha de traición del ánimo de los conjurados. Para ellos, Villalobos sería irrevocablemente de los suyos, desde el instante en que pronunciase el juramento.

— Entonces, al salir de la misa daremos á usted los documentos de pago. Con algunos de ellos usted podrá cobrar mañana mismo los primeros tres mil pesos. Con el otro tendrá usted una garantía de recibir el resto, cuando estemos libres.

Esto había dicho uno de los patriotas, apenas el cabo se había adherido á la exigencia del juramento en el instante de la comunión. Don Alejandro agregó, consultando á los otros con la vista :

— Y si triunfamos, amigo, tendrá usted el doble.

Los otros aprobaron esta declaración.

— ¡Ah! ¡por supuesto! si triunfamos, usted asegurará su porvenir.

Villalobos se encargó de llevar á doña Clarisa una carta de su marido y salió, asegurando á los patriotas que él no se lanzaría en la empresa, si no creyese firmemente en el éxito.

De la cárcel se dirigió al cuartel de Talavera, donde entregó á San Bruno la carta de don Alejandro y le dió

cuenta del resultado de su entrevista con los prisioneros. Don Vicente recibió la noticia con su inmutable frialdad. No le admiraba más lo que oía, que el ver andar su reloj después de darle cuerda. Aquello debía ser. Los prisioneros patriotas eran para él los insectos encerrados en una pieza oscura, que tenían que venir á quemarse en la luz, en la esperanza de libertad, que él hacía brillar á sus ojos.

— Bien está, dijo al cabo que esperaba sus órdenes. Cuide usted de llevar mañana los hombres más seguros.

Una ligera pausa y agregó :

— Al salir, pase usted al cuerpo de guardia y ordene á alguno de los soldados que me traiga al portero del Carmen Alto, que debe estar ahí esperando. Dentro de media hora, vuelva usted á recibir mis órdenes.

El portero entraba al despacho de San Bruno pocos momentos después. Sin volverse, el Capitán, que ponía en orden algunos papeles sobre la mesa, preguntó :

— ¿Tiene usted la carta?

— Sí, su merced, aquí está, contestó el portero inclinándose con miedo, más que con respeto y pasando un papel al Capitán.

— Bien está, espere usted al lado de afuera.

Cuando estuvo solo abrió la carta y leyó :

« Febrero 5 de 1815.

» ¡Gran noticia, mi adorada! El cielo se compadece de nosotros. ¡Vienen á avisarme que ha llegado el gran momento! ¡Nuestro hombre tiene ya las llaves que necesita para abrir á usted las puertas de su prisión! Es menester, me dice, no dejar perder la ocasión que ahora se presenta. ¡Como si yo no estuviese desde el primer día de nuestra separación, clamando á todos los santos, porque llegase la hora de inefable felicidad en que podamos reunirnos. Mañana en la noche, á la una, me dice este hombre, deberé encontrarme en el patio del convento. Ahí estaré desde las doce. Él habrá entregado á usted esta carta y explicádole cómo tendrá que proceder, para llegar hasta mí. Todo esto, en verdad, me parece un sueño, después de la eterna expectativa á que hemos estado condenados. ¡Pero es un sueño de ventura, querida mía, mi dulce vencedora! De usted depende que al despertar no sea un espantoso desengaño para mí. Cuento con su decisión y su

energía. No vacile usted un instante. Piense en la felicidad inmensa que nos espera. ¡Unidos para siempre! Yo, rendido á sus pies, su esposo obediente y enamorado, juro á usted que jamás tendrá que arrepentirse de entregarme su suerte, de tener confianza en mi lealtad. ¡Hasta mañana, pues! La sensación de tanta dicha, no me permite escribir más. Al salir del convento, llevaré á usted á casa de la señora de Alarcón, que estoy seguro dará á usted una cariñosa hospitalidad ».

Don Vicente, después de dejar copia de la carta, llamó al portero.

— Llévela usted y entréguela sin falta á la señorita. Si hay contestación, no deje de traérmela. Usted me responde de que nada podrá impedir su salida. Cuando el Coronel salga con ella del convento, usted no tendrá que hacer nada más.

— ¿Y si mañana, su merced, la madre superiora me echa á la calle? preguntó con tono tímido el portero.

— No lo echará, y si lo hiciese, venga usted á decírmelo, yo le daré un empleo tan bueno como ese. Vaya usted con Dios.

Tomó después la carta que le había entregado el cabo.

— Veamos lo que dice este otro :

« Febrero 5.

» La persona que te entregará la presente, necesita que pongan á su disposición, mañana en la noche, *á las dos de la mañana*, dos caballos ensillados, que deberán esperarlo en la calle de la Nevería, á un cuarto de cuadra de la plaza. Encomienda este ancargo á Abel. Uno de los caballos debe ser el colorado mío, que supongo no hayan devuelto á la hacienda. El que traiga los caballos, debe ser hombre seguro y no ha de entregarlos sino al que le diga que va de mi parte ».

Don Vicente se rió en su interior del enigmático encargo, contenido en esta carta. Malsira quería ponerse á cubierto de una infidencia. Llamado á dar cuenta del significado de aquellas líneas, podría encontrarles una explicación plausible, sin comprometer á nadie, fuera de él

mismo. Ni la más lejana alusión al plan concertado con Villalobos, nada que pudiese alarmar á la familia, ni dar la menor sospecha de la proyectada sublevación.

—Tome usted y llévela á su destino, dijo, pasando la carta al cabo, que acababa de entrar.

Cuando doña Clarisa recibió esta carta se encontraba con Luisa Bustos, que seguía acompañándola diariamente. La señora pasó la carta á la chica y ésta la leyó en voz alta. Doña Clarisa no comprendía. Su espíritu, fatigado por el largo y continuo sufrimiento, había perdido la lucidez de la reflexión rápida. El dolor le llenaba el alma: su inteligencia guardaba apenas la comprensión para los asuntos caseros. Las palabras de su marido le parecían un enigma. Pero Luisa había comprendido. En la voz, que fué perdiendo la seguridod del acento, á medida que avanzaba en la lectura, se revelaba la turbación en que la iba arrojando la interpretación de lo que leía. Al pronunciar la última palabra, alzó los ojos y encontró la abatida mirada de la señora, que la interrogaba con ansiedad.

— Bueno sería que Abel leyese esta carta luego, dijo, sin participar á doña Clarisa lo que ella había comprendido.

La señora mandó llamar al joven, que raras veces entraba á ver á su madre durante el día, mientras Luisa se encontraba al lado de ella. Entre ellos, desde la noche en que Abel había propuesto á Villalobos, el recomendado de Violante de Alarcón, para tratar de la evasión de don Alejandro, una actitud de reserva se había establecido. En presencia el uno del otro, ambos parecían revestirse de frialdad, estudiada en él visiblemente, natural en ella al parecer. Se veía que el joven luchaba con lealtad contra la tentación de descifrar ese enigma de la orgullosa indiferencia, con que Luisa parecía querer aislarse en la vida. Sus ausencias de la casa no le imponían, por otra parte, ningún esfuerzo, los días que la viudita le permitía que la visitase, que no eran todos. Violante, guiada siempre por sus cálculos de interés, se empeñaba en evitar que la voz pública fuese á alarmar á la familia de Malsira, hablando de frecuentes visitas de Abel á casa de ella. Este obstáculo, que en la vieja ley del amor produce infaliblemente su efecto, enardecía al joven y centuplicaba el valor de las visitas, con el prestigio exitante de la dificultad. Pero los días vedados eran difíciles para él. Sin quererlo, las pala-

bras de Manuel Rodriguez le acudian á la memoria, y el deseo de aclarar el enigma, lo atormentaba de nuevo, como una obsesión, con la tenacidod de toda tentación insana. Para luchar y vencer, preferia entonces no verla. De aqui su alejamiento del lado de su madre, durante el dia. Al entrar á la pieza, Luisa le pasó la carta de don Alejandro.

— Una carta de tu padre, tú nos dirás lo que significa ese pedido de caballos, le dijo doña Clarisa, con inquietud.

Al mismo tiempo, al tomar el papel de manos de la joven, habia encontrado la mirada de ésta, que parecia hacerle una advertencia, como diciéndole: « tenga cuidado con lo que va á decir. »

— Él ordena que se lleven caballos mañana en la noche á la calle de la Neveria; nada más fácil, yo mismo acompañaré al sirviente que los conduzca, dijo Abel, sin explicar á su madre que, en realidad, se trataba de don Alejandro mismo.

Una mirada afirmativa de Luisa le hizo comprender que estaba en el buen camino. La señora, por su parte, empezaba á comprender, sin embargo.

— ¡ Y si los caballos fuesen para él ! exclamó con ansiedad.

— Pero él no lo dice, tia, esperemos, observó Luisa, que habia querido desde el principio, evitar á la señora la horrible tortura de la expectativa.

— Asi es, madre, esperemos, no empiece usted á atormentarse desde ahora. Puede ser que sean para él; tanto mejor si lo fuesen.

Asi, tácitamente, los dos jóvenes se habian entendido para dejar, á lo menos, la duda en el ánimo de la señora. Más tarde, en un momento en que doña Clarisa salió de la estancia, Luisa explicó su pensamiento:

— Ya que mi tia no habia adivinado á la primera lectura, me pareció que lo mejor era dejarla en la duda, y por eso hice señas á usted al darle la carta.

— Bien lo comprendi, respondió Abel. Usted tiene mucha razón, como siempre, agregó, fijando en ella una mirada de reconocimiento. ¿Á qué dejarla que empiece á atormentarse desde ahora? En casos como éste, en que hay que contar con la posibilidad de un fracaso, mejor es evitarle la tremenda inquietud, que le daria la certidumbre de que se trata, en realidad, de la evasión.

Doña Clarisa entró en ese momento. Abel pretextó para retirarse, las medidas que tenía que tomar, á fin de que nada faltase al día siguiente. Mientras hablaba, había creído encontrar en los ojos de Luisa la expresión indefinible que tantas veces lo había turbado, y que le traía á la imaginación el consejo de Rodríguez. «Yo creo que debías cambiar de rumbo». Mas, antes de ceder á la tentación de penetrar el enigma de esa mirada, prefería alejarse, sustraerse á su propia debilidad. Ya sabía que toda tentativa para sondear el corazón de la chica, la hacía replegarse, por decirlo así, en una reserva orgullosa, como esas flores que cierran sus pétalos, al contacto de una mano profana. Al cerrar la puerta, arrojó una mirada curiosa sobre su prima, la mirada del que busca cómo sorprender un indicio que corresponda á su deseo, uno de esos signos mudos, con que los ojos de las mujeres envían la esperanza al que se la pide del mismo modo. Luisa había tomado su costura. Sus grandes ojos, velados por los párpados, querían ignorar que otros ojos los habían buscado; querían decir, con su tranquilidad de estrellas que se reflejan en un lago, que no se preocupaban de quién salía; parecían decir también, que el alma que les enviaba la luz había vuelto á su obstinado aislamiento, á su indiferencia inalterable. Así pensó él por lo menos, en sus cavilaciones sentimentales, al cerrar la puerta, con un movimiento casi de despecho.

Al dirigirse á su cuarto, situado en una esquina del patio opuesta á la puerta de sala que acababa de dejar, se encontró frente por frente con don José María Reza. Venía de la tienda de don Francisco Carpesano, al que había tratado ya con el título de consuegro. Los tertulios de la trastienda lo habían recibido con una ruidosa ovación. Golpeándole el hombro con aire malicioso, cada uno tenía algún cumplimiento que hacerle.

— ¡Este sí que es gallo! le había dicho don Francisco, mirando á los otros, como un cubiletero que muestra algún objeto curioso:

— Se conoce que don Pepe se ha puesto los calzones.

— ¡Que lo vuelvan á pillar teniendo chancletas!

— Si sigue así, amigo, van á escasear las cunas.

Y él, con la emoción del vencedor que pasa bajo un arco de triunfo, entre los vivas entusiastas del pueblo, se balanceaba en una nube de incienso y llegaba á tomar por elo-

gios y plácemes, lo que los tertulios le decian con su puntilla de broma.

El entusiasmo que le infundió aquel coro de exclamaciones, á las que él se esperaba y que le parecieron una especie de triunfo vindicativo, habia aumentado en él su culto por su persona, esa propensión á hablar de sí mismo y de los suyos, común achaque del egoismo humano. Sin preguntar noticias del dueño de casa, cuya ausencia tenia sumida en profundo luto á la familia Malsira, don José María, al entrar á la sala donde se encontraban la señora y Luisa, y adonde habia obligado á Abel que lo siguiese, empezó por darles parte del compromiso de Quintiliana con Beno Carpesano; confirmó la noticia del nacimiento de los mellizos, con detallados incidentes sobre tan importante suceso, y contó, maravillado, que doña Panchita sufria de tal abundancia de leche, que los dos *cachorros* no bastaban para aliviarla. «¡Y son mamones, Ave María!»

— Y ¿á quién se parecen? le preguntó doña Clarisa, haciendo un penoso esfuerzo, para sacar á don José María de los detalles íntimos en que se habia lanzado.

— Dicen que se parecen á mí. Anoche nos llevamos con las chiquillas y Beno hasta las doce, buscando los nombres para bautizarlos. Ustedes saben lo traviesas que son las chiquillas. Todo se volvió risas, porque cada una proponía algún disparate. Yo creo que las risas se oirian hasta la calle.

Y siguió con su tema, sin advertir el contraste de su animación, con la tristeza pintada en el rostro de los que le oian. Al despedirse volvió al casamiento de Quintiliana.

— Á mí me habría gustado más que me hubiese pedido á Segundina, ¿no ve? No me gusta que se cambie el orden, y muchas veces, cuando empiezan por casarse las menores las mayores pueden *ahuesarse*. Así se lo dije á Beno, clarito, porque yo no me ando con tapujos. En fin, ya dí mi consentimiento, y yo no tengo más que una palabra.

Queriendo decir algo de chistoso antes de salir, se dirigió entonces á Luisa:

— Y tú, niña, ¿cuándo haces lo mismo? mira que no hay que quedarse para vestir santos.

Riéndose de este chiste, que le parecía muy nuevo y gracioso, iba ya llegando á la puerta de la sala, cuando se volvió exclamando:

— ¡Ah! ¿Y qué han sabido de Alejandro? ¿Cuándo lo

ponen en libertad? Ya ven cómo hice yo; un día no más estuve en la cárcel. Cierto fué que me costó mis buenos quinientos pesos, que tuve que aflojar. Ustedes debían hacer lo mismo. ¡Qué hacerle, pues, no hay más que aflojar!

No oyó lo que le contestaban, ni vió la mirada de íntima melancolía, que cambiaron entre sí las tres personas de que se despedía con tan filosófico consejo.

XXVII

Desde temprano los prisioneros patriotas se encontraban en pie. Con la impaciencia, que descuenta el curso del tiempo; con la inquietud, que puebla de fantásticas dificultades las horas de la expectativa, habían bajado al patio desde las primeras horas de la mañana. Encontraban sus cuartos demasiado estrechos, para los agitados pensamientos que los dominaban. Tenían necesidad de aire y de luz, como el capitán de la nave, que sube al puente para explorar el espacio, para interrogar el horizonte con los anuncios de la tempestad. Entre el momento presente y aquel en que Villalobos debía presentarse con su tropa á relevar la guardia de la cárcel, había para ellos un abismo espantable: el abismo de las dudas y de los temores. Cada ruido que venía á turbar el silencio, cada incidente usual, que antes no habrían considerado digno de atención, revestía á sus ojos en esos instantes la magnitud de un indicio, ó de un acontecimiento de capital importancia. Una aparición del alcaide de la cárcel, que no estuviese en los hábitos ordinarios de su servicio; la voz de algún preso que llamase á otro; los ruidos lejanos de la calle, todo les parecía un presagio de desgracia, un anuncio de que la conspiración estaba descubierta. Resueltos la mayor parte, á jugar la vida en una empresa temeraria, no eran los peligros ciertos, sino el temor de la traición, lo que los traía inquietos y amedrentados. Fácil era leer esa preocupación en el semblante de muchos de ellos. El carácter, la similitud de temperamento, los dividía, sin que lo pensasen, en distintos grupos. Había algo en esto del instinto de selección espontánea, con que los naturalistas modernos quieren explicar la formación de las especies. Al pasar los unos cerca de los otros, en los incesantes paseos á que la impaciencia y la inquietud servían de motores infatigables, se

estudiaban mutuamente la expresión del semblante; trataban de encontrar, los menos resueltos, en el rostro de los más osados, la fortaleza de ánimo que no hallaban en sí mismos.

Aguardaban así, en ese continuo movimiento de aves enjauladas, la hora de la misa. La fe religiosa les servía de bálsamo contra los punzantes amagos de la zozobra. Todos miraban como asegurado el éxito de la empresa, si el cabo Villalobos pronunciaba el juramento convenido. El pavor religioso del perjuro, en corazones templados por la onda vigorizadora de la fe profunda y de la hidalguía de raza, les daba esa confiada seguridad, para después de aquel acto solemne celebrado ante la presencia divina. Mirado al través de ese prisma moral, aquella confianza, que hoy parecería casi infantil, añade á la verdad del hecho sicológico los caracteres de verosimilitud que pueden explicarlo. Eran náufragos en el mar de la lucha política y cogían, en la tormenta, la única tabla de salvación que les deparaba el destino.

En aquella hora de prueba, don Alejandro Malsira era uno de los más animosos. Su fe robusta, su ardiente patriotismo, le inspiraban razones tranquilizadoras, que calmaban á los impacientes, y afianzaban la vacilante energía de los tímidos. Á medida que avanzaba la mañana, todos iban agrupándose en su derredor. Disimulando su exaltación para no infundir sospechas á los otros presos, que en el patio, sentados á lo largo de las paredes, tomaban el sol ó jugaban á las cartas, infundía su entusiasmo á sus compañeros, borrando la idea de los peligros, con las promesas deslumbradoras del triunfo próximo. En medio de esa escena, los conjurados oyeron retumbar al fin, en el silencio de su emoción profunda, los redobles del tambor de la guardia saliente, que pronto se confundió con los de la entrante. Al mismo tiempo vieron con interés, que empezaban del lado de la capilla, los preparativos de la misa. Era ya el principio de la acción, y las impaciencias, como la llama que se calma, dejaban en los espíritus oprimidos por la incertidumbre, el dulce calor de la esperanza.

Poco después, el cabo Villalobos entró al patio. De una sola y rápida mirada abrazó todo el espacio. Sin detener los ojos en el grupo que formaban los conjurados, distinguió la ansiosa observación con que seguían todos sus movimientos. Para que viesen los patriotas que tomaba

precauciones cautelosas, á fin de engañar la curiosidad y la suspicacia de los otros presos, el cabo se detuvo á interrogar á varios de éstos, y pasó en seguida á la capilla, donde empleó algunos momentos en la inspección de los preparativos de la misa. Todas esas precauciones, ostensiblemente tomadas por Villalobos, eran para los patriotas, otras tantas prendas que daban garantía á su lealtad.

Al salir de la capilla, como distraídamente, se acercó á ellos. En una corta conversación, que ninguno de los demás presos podía oir, les hizo una viva pintura de las medidas que había tomado para la ejecución del plan bosquejado el día anterior. Todo estaba listo. Había traído un piquete de hombres resueltos, que gozaban de prestigio entre sus compañeros de armas. Con una expresión característica, calificó la utilidad y la importancia de la elección de estos hombres. « Me servirán de *piño*; los compañeros que los vean sublevados los seguirán ». Las guardias de Talavera, de los Carabineros de los Andes y del Palacio, serían cubiertas por amigos seguros. « Todo lo haremos en un abrir y cerrar de ojos, y no tendremos que tirar un solo tiro ». La hora designada eran las dos de la mañana. No convenía dar el golpe antes, porque si transcurrían muchas horas de oscuridad después del pronunciamiento, podría reinar alguna confusión y darse lugar á que los menos resueltos empezasen á flaquear, ó tal vez á intentar una contrarevolución.

Después de estas explicaciones, el cabo hizo formarse á todos los presos para dirigirse á oir la misa. La marcha de pocos pasos que tuvieron que hacer para entrar á la capilla, fué para los patriotas un acto de viva emoción. Era la última vez que la arbitrariedad de sus opresores, les impondría la ominosa tortura de marchar confundidos con los criminales y con los vagos. Después, frente al altar, á esos pensamientos de altiva dignidad, sucedieron las austeras reflexiones del peligro cercano. Inclinados con reverencia profunda, sentían que las oraciones, pronunciadas desde la infancia, por un acto maquinal del pensamiento, adquirían en aquel instante una grandeza de significación desconocida. La voz del sacerdote les parecía también más majestuosa. Su bendición: « Dominus vobiscum » era un aliento, era una promesa de protección celeste. La campanilla tenía vibraciones de fiesta, les recordaba los días de la niñez, la paz del hogar, las alegrías pu-

ras de la familia. Muchos de ellos tenían la unción de los que acaban de comulgar. Don Alejandro, al lado de los cuadros familiares de los días perdidos, veía las escenas agitadas de la plaza pública, el júbilo del pueblo á la noticia del triunfo inesperado, la organización definitiva del gobierno nacional, generoso y magnánimo, que cicatrizaría, con su elevada y fraternal política, las dolorosas heridas de la patria.

El cabo se había colocado junto á él. Los demás patriotas le habían confiado la misión de recoger el juramento de Villalobos, y anunciarles, por medio de un signo convenido, que podían confiar en su palabra.

La campanilla del acólito anunció por fin la hora de alzar. El sacerdote, con la sagrada hostia en las manos, se había inclinado de hinojos, y se levantaba luego, con ese movimiento majestuoso de los brazos, que eleva hacia el cielo su signo redentor. El silencio que había reinado en la capilla, se hizo entonces más imponente. La campanilla lanzó notas agudas por los ámbitos de la sala, repetidas solemnemente por el eco vago de los ángulos más apartados. El cuerpo del crucificado dominaba la escena, con la majestuosa sencillez del milagro. En ese instante, Villalobos pronunció inclinándose hacia el oido de Malsira: « Juro fidelidad á nuestros compromisos, que cumpliré lealmente, para honra y gloria de nuestro Señor que nos mira ». Con suprema ansiedad, los demás patriotas esperaban la mirada de don Alejandro. Este inclinó lentamente la cabeza, y todos dirigieron entonces los ojos hacia Villalobos, que confirmó, con una inclinación igual, el juramento que acababa de pronunciar.

El pacto quedaba sellado irrevocablemente. Los patriotas volvieron á sus cuartos con el recogimiento de una resolución suprema. Graves, como neófitos de una nueva religión, sus pensamientos íntimos los dominaban. La duda no era ya permitida, y la lógica de las ideas los llevaba al pie de la realidad. En unas cuantas horas más serían libres, ó acaso tendrían que combatir. Esta idea los había dejado silenciosos en los primeros momentos. Pero á poco, la actividad del espíritu, la impaciencia de la acción, triunfó en algunos: á medida que éstos hablaban los demás fueron animándose al calor del entusiasmo. Don Alejandro Malsira estudiaba las hipótesis de que la situación le parecía susceptible. En la guardia de la cárcel, los

soldados estaban en la conspiración, según había asegurado Villalobos. No habría, por consiguiente, resistencia. Con esa base, lo demás era muy posible, aun cuando no llegara á realizarse la completa adhesión de los otros cuerpos de guardia, con que tan confiadamente contaba el cabo. Admitida la suposición de que en ninguna parte encontrasen una seria resistencia, los pareceres sobre la manera de proceder, para aprovechar la victoria, eran diversos. Los exaltados opinaban por una reacción de terrror, los moderados por los temperamentos pacíficos. El antagonismo de ideas y de sentimiento, donde quiera que se reúnan unos cuantos hombres. Los más decididos sostenían también, que el triunfo debía iniciarse con una actitud franca y resuelta de independencia nacional. La fórmula de una supuesta sumisión al monarca de España les parecía ya gastada. Era menester arrojar enteramente la máscara y tomar un puesto en la gran familia de las naciones. En la dilucidación de esas ideas, estudiadas á la luz de los hechos pasados, de lo que después se llamó la « Patria vieja », vieron correr, casi sin sentirlas, las primeras horas del día. Desde entonces principiaba á dibujarse la gran disputa nacional de carrerinos y de o'higginistas, que debía dividir en bandos encarnizados á los padres de la independencia y á las generaciones que inmediatamente les sucedieron. Después de esa excursión á la historia de la revolución naciente, los conjurados se ocuparon de distribuír los puestos de acción y, si era preciso, de combate, que cada uno debía ocupar, ejecutada la sublevación de la guardia de la cárcel. Don Alejandro hizo saber á sus amigos, que había tomado la precaución de pedir caballos á su casa, para tener desde los primeros momentos, cómo enviar órdenes de un punto á otro con rapidez, si llegase á ser necesario, antes de haber podido procurarse esos recursos. Con la confianza de que todo estaba previsto en lo posible, vieron con tranquilidad y llenos de esperanza aproximarse la noche.

En muy distinta disposición de ánimo habían visto trascurrir las horas doña Clarisa y su hijo. La carta de don Alejandro les había abierto un campo de terribles dudas. Las suposiciones alarmantes se habían sucedido, las unas á las otras, durante la noche y en las primeras horas de la mañana. ¿Cómo iba á verificarse la evasión? ¿Con qué seguridad contaba el prisionero para llevarla á cabo? ¿Qué género de peligros tendría que arrostrar para llegar hasta

la calle donde daba la cita? ¿Por qué no pedía en su carta ningún género de recursos, ni daba la menor luz sobre sus propósitos ulteriores? Mar de incertidumbres y de punzante inquietud, todas esas interrogaciones habían surgido en un largo y penoso conciliábulo, dejándolos, al fin, después de haberlas discutido y repetido hasta la saciedad, en las mismas martirizadoras perplejidades.

— En fin, madre, estaré con él y no lo abandonaré, no tenga usted cuidado, repetía con frecuencia Abel, para calmar la atroz agitación que destrozaba el alma á la pobre señora.

Por salir de ese estado de cruel incertidumbre y buscar alguna luz sobre el oscuro billete, el joven había hecho una visita á Violante de Alarcón. Ella le había puesto en comunicación con el cabo Villalobos

— Tranquilícese usted, le había dicho la viudita, con sus ojos picarescos iluminados por la satisfacción de dar una buena noticia; tocamos al fin al resultado. Villalobos vino anoche, á avisarme que todo está preparado para la evasión. Es muy natural que su padre de usted sea precavido, en una carta que podía caer en manos estrañas. Pide en ella dos caballos, porque él necesitará de uno y el otro servirá para nuestro auxiliar, este excelente cabo, que cada día estoy más contenta de haber recomendado á usted. Villalobos acompañará al señor don Alejandro hasta la hacienda de ustedes y continuará para San Antonio, donde hay un bergantín mandado por un amigo suyo, que los conducirá al Callao. Por supuesto, que Villalobos no podrá embarcarse hasta recibir el dinero que se le ha ofrecido. Esperará oculto en el buque. El señor don Alejandro le ha prometido enviarle la suma sin tardanza. Esto es lo que me ha dicho, contando con que yo podría comunicarlo á usted.

Apenas ella concluía de hablar, el joven, en un arrebato de loca alegría, se apoderó de sus manos y las cubrió de besos. Era la primera vez que se atrevía á tomarse esta libertad.

— Para dar las gracias no hay necesidad de ser tan expresivo, dijo ella, enrojeciéndose, realmente impresionada.

— ¿No acaba de decirme usted misma que tocamos al resultado? La libertad de mi padre, anunciada por usted, es un presagio de inmensa felicidad para todos. Libre, me-

diante la intervención de usted, mi padre no podrá negarnos su consentimiento.

— ¡ Ah ! ¡ quién sabe, suspiró ella, los hombres son tan ingratos !

Hizo esta exclamación entre risueña y convencida. Habíase inclinado sobre la cabecera del sofá, en el que el joven se encontraba junto á ella. Abel, subyugado por su gracia, sintiendo todavía en sus labios el contacto del suave y perfumado cutis que acababa de besar, se estrechó contra ella, cediendo á una fuerza irresistible, y la apretó con pasión entre sus brazos.

— ¡ Nadie podría ser ingrato con usted ! le murmuró al mismo tiempo al oído, con la voz apagada por la emoción, una emoción llena de timidez, á pesar de ese movimiento de osadía.

Una mujer menos experta, menos dueña de sí misma, se habría escapado violentamente de los brazos del mozo, por un movimiento instintivo de resistencia y de defensa. La viudita, con la rapidez con que otra habría cedido á ese instinto, sintió que cualquier indicio de pudor ofendido, de virtud que se siente atacada, podía ser un golpe atroz para esa naturaleza espontánea y profundamente sensible. Ese rapto de pasión le pareció simplemente un homenaje ingenuo al poder de su belleza.

— Basta de locuras, le dijo, como venciendo su turbación.

Pero había dejado, con un ligerísimo amago de resistentencia, que el joven le diese un beso en el cuello.

— Si usted me considera digna de ser su mujer, añadió con un acento que él no le había oído nunca, algo como una reconvención casi suplicante, cual si no se sintiese segura de su fuerza, es menester que no se olvide que todavía no estamos casados.

El joven se apartó de ella, escusándose del mejor modo que pudo. Había sentido su respiración, y, al estrecharla, el contacto del cuerpo de Violante le dejaba un recuerdo de contornos adivinados, de los que turban después todo propósito de olvido.

— Dé usted gracias de que se defiende ante un tribunal que adolece de parcialidad, dijo la viudita, tendiéndole una mano en señal de perdón. Al hacer ese ademán bajaba la vista : una muda confesión de debilidad, de esas que rodean de llamas el corazón del hombre.

Con esta escena fugaz, la dulce intimidad de los que ya no tienen que jurarse amor, porque están seguros de corresponderse, hizo entre ellos un gran paso.

Hasta entonces, Violante había mantenido el amor del joven con el estimulante de las dudas, reservándose, viviendo de los subterfugios de la coquetería, sin dejarse arrastrar jamás á una confesión de corresponderle completamente. Abel empezaba á sentir la resistencia de un cálculo irritante. Su amor, por momentos, se replegaba en sí mismo, como ofendido. Sin duda que la viudita, con su aguda perspicacia femenil, leyó en los ojos de su adorador, que la táctica de una resistencia sabiamente calculada, iba excediendo el límite necesario. Hay sentimentales que oponen más energía á los desdenes ó á la frialdad, que los orgullosos. Abel era de ese número en grado superlativo. El amor perdía para él su poder soberano, si tenía que conquistarlo á fuerza de paciencia. En el abrazo del joven, ella sintió esa verdad y cambió de conducta, con una maestría de intuición. Desde ese instante pareció entregarle su corazón sin reserva, sentir el contagio de la pasión como una fuerza contra la que es inútil luchar. La convicción de que así su dominio sobre él sería completo, la hizo encontrar acentos apasionados, palabras sencillas de las que tocan al alma; condescendencias encantadoras, más poderosas que un mandato. Hablaron del porvenir, de ese momento en que nada se opondría á su unión, miraje que los amantes evocan, como vuelve el estribillo de una canción, especie de pie forzado de ese dúo, siempre igual, en que todo hombre es poeta, más ó menos á su modo, en que toda mujer es una musa inspiradora.

De vuelta á su casa, Abel llevaba ese tesoro de emociones, que raras veces se repiten dos veces en la existencia: la convicción de ser amado. Su alma, absorta en los arrobamientos del platonismo, lo hacía moverse en una nube rosada. Todo saldría bien. La evasión de su padre, la gratitud hacia su libertadora, su consentimiento. En un porvenir cercano él podría unirse á Violante, á la mujer que acababa de revelársele como una aparición de luz, una criatura excepcional, que ocultaba tesoros de sensibilidad y de ternura, bajo su exterior de irresistible coquetería. En su casa, cuando vió á Luisa Bustos, casi en la misma actitud en que la había dejado, cosiendo junto á su madre, un remordimiento de haber buscado sus ojos al salir, lo hizo

acercarse á ella con cierto rubor. Despreciándose por su debilidad, prometiéndose, con la sinceridad de un alma naturalmente honrada, renunciar á su inconcebible manía de querer descubrir el secreto que se empeñaba en suponer al corazón de la chica, habló de la visita que acababa de hacer á Violante y de las explicaciones que ésta le había dado, sobre lo que parecía oscuro en la carta de don Alejandro.

— ¡ Por Dios ! ¡ y si lo sorprenden al salir ! exclamó doña Clarisa, aterrada, divisando ante todo una catástrofe, con la desconfianza que engendra el largo sufrimiento.

Abel encontró mil argumentos para tranquizarla. El cabo no jugaría su suerte y acaso su vida, si no estuviese muy seguro del éxito. Don Alejandro no era un iluso. Era claro que al decidirse á tentar la aventura, sería con la seguridad de que todas las probabilidades estaban en su favor. Después de oirlo largo rato, la señora se sintió más tranquila y salió á preparar alguna ropa y diversos objetos, que le parecía prudente mandar con Francisco á Los Canelos, á fin de que su marido los hallase á su llegada á la hacienda. Luisa encontró, aunque era todavía temprano, que tenía que irse á su casa. Prima Catita y prima Cleta la recibían furiosas cuando llegaba muy tarde. Durante su ausencia, cuando estaba de semana, como era el caso aquel día, « parece, dijo Luisa, que faltan mil cosas para el servicio y ellas no quieren ocuparse de nada cuando no les toca ». Doña Clarisa admitió, con su sonrisa de persona enferma y demacrada, que producía una penosa impresión, aquellas explicaciones.

— Bueno, pues, te dejo ir; pero ¿me prometes volver esta noche?

— Sin falta. ¡ Cómo no había de venir, cuando usted más lo necesita !

Cambió con Abel un saludo de despedida perfectamente natural, con la viveza de una persona que siente su ánimo ligero, á vuelta de una preocupación que la incomodaba, y se marchó, acompañada por una de las sirvientes de respeto de doña Clarisa. Bien que le pareciese singular el deseo que había manifestado Luisa de regresar tan pronto á su casa, Abel no quiso detenerse en pensar en ello. « Al fin y al cabo, qué le importaba ». Hasta llegó á parecerle ridícula, la manera cómo se había conducido con ella, desde su conversación con Manuel Rodríguez. « ¿ Qué idea le

había entrado en la cabeza entonces?» Si Rodríguez supiese la conversación que acababa de tener con Violante, seguro estaba que no le volvería á hablar de «cambiar de rumbo». Aquel extraño temor que le causaba su pasión por Violante, había desaparecido. Su amor le hacía olvidar la ensenada tranquila por la que antes, como por una sugestión de presentimiento, suspiraba.

En la noche Luisa había tenido que esperar hasta que sirviesen la cena á prima Catita y prima Cleta, que eran muy exigentes si ellas no estaban de semana. Cuando se preparaba á salir, con una sirviente y un criado, llegó don Jaime, que venía de palacio y se ofreció á acompañar á su sobrina. Así encontraría una ocasión, que nunca despreciaba, de lanzarle sus tímidas insinuaciones matrimoniales. Aunque, como enamorado tímido, lo esperaba todo del tiempo, convencido de que su perseverancia encontraría su premio, tarde ó temprano, creía que era indispensable, principalmente en amor, practicar la máxima de «ayúdate, que Dios te ayudará». Pero esta vez encontró á Luisa nerviosa y, casi violenta en sus respuestas.

— Pero hijita, ¿qué te ha entrado? parece que todo te incomoda, le dijo en tono de suave reproche.

— No sé, me duele la cabeza, ¡qué se yo! contestó ella como si hablase con desaliento.

Y se empeñaba en caminar ligero, contestando por monosílabos, no iniciando una sola vez la conversación. Al entrar á la sala, donde doña Clarisa y Abel la esperaban, se operó en ella una completa trasformación. La calma impenetrable volvió á cubrir sus facciones. En vez de su aire de suprema indiferencia, en lugar de la serena vaguedad de sus grandes ojos, la fisonomía de la chica parecía animada por el deseo de hacerse agradable, de manifestar una solicitud atenta y cariñosa con la señora, y una franqueza natural, casi alegre al joven.

— ¡Vaya! ¡se te ha compuesto el humor! en el camino venías intratable, le dijo don Jaime, en tono de broma.

Las mejillas de la chica se cubrieron de un ligero encarnado con esta observación.

— ¡Qué idea! ¡cosas de usted! estaba como siempre, replicó Luisa.

— No lo creas, no lo creas, repuso el caballero, dirigiéndose á Abel, ¡venía de un humor! Ni siquiera me contestaba.

Redobló el encarnado de las mejillas, al ver ella que el joven la miraba con curiosidad.

— No me extraña, dijo él, mi madre y yo hemos estado lo mismo. Usted sabe que Luisa participa de nuestras esperanzas y de nuestros temores, cual si le tocasen tan de cerca como á nosotros.

Con una sonrisa forzada y sin que se borrase el color encendido de su rostro, la chica dijo vivamente, fingiendo tomarlo todo como una chanza.

— ¡ Ya ve tío que tengo quien me defienda !

Pero no había mirado al joven al decir esto, sino á don Jaime, que preguntaba con curiosidad.

— ¿ Qué temores? ¿ qué esperanzas son esas?

— Mañana le contaremos, contestó Abel.

— Sí, yo le contaré mañana, es un secreto, dijo Luisa, afectando siempre mucha tranquilidad.

Don Jaime habló después de su visita á palacio.

— No estaba nada animada la tertulia. El Presidente parecía preocupado y salió varias veces de la sala. Yo veía que algunos hablaban por lo bajo, y cuando les oía, no les podía entender. Á don Manuel Cardenillo le pasaba lo mismo que á mí. Cuando le pregunté al salir, lo que pensaba, no me contestó si no con uno de sus suspiros. Algo hay, no tiene duda, algo hay.

Estas palabras hicieron palidecer á las tres personas que las oían.

— Le habrá parecido tío, ¿ qué puede haber? le dijo la joven.

— ¿ Qué se yo lo que hay? pero las demás noches no están lo mismo. Sólo cuando los apresamientos, me acuerdo de haber visto así la tertulia de Su Excelencia.

Aquello resonó como presagio fúnebre en los oídos de doña Clarisa. La joven había procurado hacerle alguna señal á su tío para que se callase, pero estaban tan cerca los unos de los otros, que no se habia atrevido á intentarlo. Felizmente, don Jaime notó que la hora era ya muy avanzada y se despidió. En el corredor del patio lo esperaba Cámara con un farolillo para acompañarlo. Estaba convenido que Luisa se quedaría para acompañar á la señora.

— Pero mándeme á Cámara, dijo la joven á su tío al despedirse.

Entre ella y Abel había sido arreglado, que Cámara vendría en la noche, para quedarse como guardián de la

casa, mientras Abel iría con Francisco, á llevar los caballos, al punto donde los pedia la carta de don Alejandro.

Cuando se hallaron solos, ella y Abel trataron de borrar del ánimo de doña Clarisa la siniestra impresión que le habian dejado las palabras de don Jaime. Nada podia serenarla. Atormentada por terribles pensamientos, se puso de pie, temblosa y lívida.

— Voy á rezarle á la Virgen, dijo, sin mirar á los jóvenes. Todo esto que ha dicho Jaime me ha dado miedo.

Abel y Luisa quedaron solos y silenciosos. En la gran pieza, escasamente alumbrada, la señora parecía haber dejado al retirarse, una inmensa tristeza. El joven, al verla salir, ahogó un suspiro. Para reaccionar contra las funestas preocupaciones que los oprimian, habria querido hablar de algo, que no fuese el pensamiento aterrador de una desgracia posible y próxima. La chica habia bajado la vista sobre su costura, como aislándose. Abel encontró una distracción á su tristeza, admirando la línea pura de su cuello, la serena majestad del rostro, la rica profusión del cabello, sobre la frente de divinidad pagana. Pero en su contemplación no entraba en ese instante, aquel confuso deseo de leer en el alma de la chica, aquella especie de rencor con que la veia tan indiferente, tan inaccesible á todo sentimiento tierno. Estaba persuadido que nada de esto le interesaba. Para darse una prueba de que Luisa le era completamente indiferente, habria querido hablarle de su amor correspondido, hacerle la confidencia de su felicidad, de sus esperanzas, de sus proyectos para el porvenir. Pero la actitud de la chica, que seguia cosiendo, que bajaba la vista, como olvidada de su presencia, le imponía silencio. Cuando iba á hablar, por decir algo, por romper aquel silencio embarazoso, doña Clarisa entró en la pieza

— Creo que es tiempo de que me vaya, dijo el joven. Era ya cerca de la una.

Llamó á Francisco, que debia acompañarlo con los caballos. Las dos mujeres y él mismo evitaban hablar. Con miradas furtivas, procurando disimuar, se comunicaban su inquietud. Estaban dominados por esa emoción de las despedidas, que quita la palabra, ¡ mientras que se querían decir cosas tiernas! ¡ hacer tantas manifestaciones de afecto! En el patio, las pisadas de las cabalgaduras resonaban, aumentando esa idea de viaje y de adiós, que se iba haciendo entre los tres profundamente penosa.

— Vaya, madre, hasta luego, dijo el mozo, estrechándola entre sus brazos, pronto le traeré la buena noticia.

— Me abrazas como si fuese una despedida, observó la madre, buscando en el fondo de su alma un rayo de energía, á fin de aparentar confianza.

— Es para darle valor, usted se alarma sin razón, todo saldrá bien.

— Dios lo quiera. ¡ No vayas á exponerte !

El joven miró entonces á Luisa, conmovido todavía por la emoción con que acababa de abrazar á su madre. Le pareció encontrar en la chica la mirada de otras veces, el misterioso fulgor de los ojos que, en ciertas ocasiones, lo había hecho pensar en las palabras de Rodríguez. « Yo creo que está enamorada de ti ».

— Prima, hasta luego, le dijo, sintiendo que el aguijón de la curiosidad le picaba de súbito, otra vez, el cerebro.

Se acercó, al decir esto, á la joven tendiéndole la mano, en la que ella colocó la suya. Abel la sintió temblar ligeramente.

— Hasta luego, contestó Luisa, sin apartar sus ojos, siguiéndolo con la vista, como quien quiere conservar grabada en la memoria la imagen del que se aleja.

XXVIII

Á la carta en que Hermógenes de Laramonte anunciaba á Trinidad Malsira, el cinco de febrero, que al siguiente día en la noche iría á esperarla á su salida del convento, la joven contestó, siempre por conducto del portero: « Usted dispone de mí, me confío á su lealtad y á su amor. Sé que de mi honra usted será el más seguro guardián. »

Estas líneas, que el portero tuvo cuidado de llevar primeramente á San Bruno, llegaron á manos del Coronel el seis por la mañana. Con su sencillo laconismo, ellas lo pusieron, sólo entonces, frente á frente de la situación que se había creado. Enamorar una chica, dejarse vencer por su pasión, enardecerse con las dificultades, hablar de rapto y de unión eterna, todo eso entraba en el torbellino de la vida, todo eso era la poesía soñada, la estrella que quiere arrancarse al firmamento, la petulancia del cerebro ofuscado. Las pocas palabras de la joven hacían sonar la hora de la realidad. Nunca, hasta entonces, había considerado el

alegre Coronel, la responsabilidad inmensa que echaba sobre sus hombros. Como noventa y nueve hombres sobre ciento, pensaba con pena, en que fuera menester á veces tan grandes sacrificios y tan costosas transacciones con la rígida ley de la delicadeza, para probar su amor á una mujer. La idea de sacar á Trinidad del convento, de hacerse así el autor de un escándalo, con mengua cierta de la reputación de la joven, le produjo de repente ese remordimiento desconcertador, que acude á toda alma noble al intentar una acción que la conciencia reprueba. No porque un destino fatal, por decirlo así, arrojaba la joven en sus brazos, podía él disimularse que combatía contra un hombre indefenso, y que iba á redoblar las angustias de una familia atribulada, y perseguida por una desdicha implacable. Pero el dado había caído ya sobre la mesa, la deuda era una deuda de juego, era menester pagarla. ¿Qué importaba el sacrificio de una familia, cuando su palabra de hombre galante, estaba comprometida? La extraña moral de los jugadores y de los seductores, lo dominaba. ¡Vacilar! Ni lo había imaginado. Con algo como un suspiro, enterró en el fondo del pecho sus escrúpulos, y salió de su casa, dirigiéndose á la de Violante de Alarcón.

Por una analogía propia del alma humana, ese mismo sonido de la hora decisiva, había hecho temblar á la joven. La realidad, en las grandes resoluciones, encuentra casi siempre el ánimo desprevenido. Ese porvenir que había invocado con toda la fuerza de su pasión, le daba miedo ahora, al entrar á él, pisoteando las convenciones que la severa educación de la familia le había impreso en el alma como dogmas religiosos. Un dolor agudo, un pesar de lo irremediable, le oprimía el alma al pensar en los suyos, que abandonaba. Pero al contrario de lo que había sentido Laramonte, su amor se aferraba más de su pecho, se le hacía más querido, en proporción del sacrificio inmenso que le exigía. Así era que se espantaba á la idea de ver llegar la hora decisiva, al mismo tiempo que le impacientaba la lentitud con que pasaba el tiempo que había de traerle esa hora.

Mas, Laramonte, entre tanto, no había enterrado tan completamente sus escrúpulos, como lo imaginaba al salir de su casa.

Mientras caminaba hacia la de Violante, tomaba cuerpo en su espíritu el propósito de hacer cuanto de su parte de-

pendiese, para que, aun saliendo del convento, no pudieran los padres de la chica reprocharle, el haberse conducido como un vulgar seductor. No conducirse como un vulgar seductor, era una idea que lo reconciliaba consigo mismo, después que con cierta amargura se había reprochado el haber llevado las cosas con demasiado ímpetu. Á fuerza de recorrer en la imaginación las relaciones que tenía en la sociedad de Santiago, decidió que nada mejor podía hacer que dirigirse á Violante. Ella le prestaría el servicio de asilar á la chica en su casa hasta que pudiesen casarse. « Casarse », esta voz aplicada á su persona, á él, que siempre había aspirado al celibato perpetuo, le produjo un efecto extraño: la desazón que coge al que recibe una corriente de aire cuando está transpirando. « Y como este es un sentimiento que las mujeres no pueden comprender, pensó, al repetirse la palabra, jamás Trinidad sabrá apreciar la extensión del amor que me ha dado este heroísmo. » Ante lo serio, ante lo irremediable de la situación, el Coronel prefería reírse de sus nuevas impresiones.

— ¡ Pero eso es imposible ! exclamó la de Alarcón, cuando el joven le expuso su plan, como una proposición que no tenía nada de extraordinaria.

— ¿ Imposible ? pero usted no se da siquiera el tiempo de reflexionar...

— ¿ Qué reflexión cabe en esto ? Usted quiere hacer una solemne locura y viene á proponerme fríamente, que yo me haga cómplice de ella.

— Locura, no digo que no. El casarse es siempre una locura, exclamó riéndose Hermógenes.

Acudió á ese chiste, para tranquilizar á la viudita que lo escuchaba pasmada de asombro. Pero recobrando enseguida el tono serio, añadió :

— Hay ciertas locuras, sin embargo, que no pueden evitarse, y desde que se llevan á efecto con bien meditado convencimiento, dejan de ser locuras y se convierten en un deber de honor.

— ¡ Oh ! ¡ deber de honor sacar una chica de un convento !

— Este es mi caso, por más raro que parezca. Y aquí viene ahora la necesidad de que yo reflexione por usted, ya que usted me está mirando, como si empezara á tener sospechas sobre el estado de mi razón. Con un simple ra-

ciocinio, voy á probar á usted que mi juicio conserva todos sus quilates. Usted se interesa vivamente por Abel Malsira, ¿no es así? ¡Ah! ¡no proteste usted! ¡no se haga la reservada conmigo! Yo soy juez en la materia. La honra del nombre que puede un día llegar á ser el de usted, no puede serle indiferente. Luego, debe usted hacer cuanto esté de su parte, para evitar que ese nombre sea mancillado en lo menor.

— Precisamente, y por eso digo que no puedo tomar parte en la locura que usted medita.

— ¡Ca! nuestro interés es común, por el contrario, y debemos unirnos, auxiliarnos mutuamente. Yo quiero que se sepa que el coronel Laramonte, si bien se ha resuelto á violentar á los padres de la mujer que ama, ha sabido rodear á ésta de todo el respeto que debe á la que ha de ser un día su esposa. Si la traigo aquí, y la coloco bajo la égida de usted, nadie se atreverá á poner en duda la pureza de la señorita Malsira. Así prestará usted la mano á una buena obra, y los padres de la chica acabarán por agradecer á usted esta intervención, tarde ó temprano.

— Me temo que muy tarde, mal ó nunca.

Pero al replicar así, la viudita estaba á medias convencida. «Este tronera de Laramonte» era capaz de llevarse á la chica á su propia casa, si ella no consentía. El furor de don Alejandro Malsira con semejante afrenta, no tendría límites. Bien pensado, era mejor consentir. Ella explicaría á Abel que Hermógenes le había forzado la mano, y que era el único modo de salvar la honra de Trinidad, ya que evitar el escándalo era imposible.

— Consiento, por salvar á esa pobre chica, pero con tres condiciones.

— Están suscritas de antemano.

— Primera: que diga usted á todo á quien tenga que hablar de este asunto, que no me ha prevenido de antemano, sino que se me presentó usted con la joven sin habérmelo anunciado.

— Como un ventarrón, abriendo puertas, perfectamente.

— Segunda: que yo quede autorizada para poner el hecho en noticia de la familia, desde mañana.

— Muy justo.

— Tercera: que si la familia reclama á la chica, yo pueda entregarla, sin que usted haga nada por impedirmelo.

— Si Trinidad consiente, tendrá usted mucha razón; pero, ¿si ella resiste?

— ¡Ah! si resiste, claro está que yo no he de ir á violentarla.

El pacto quedó sancionado de este modo.

Cuando en la noche, el reloj de la compañía tocaba las doce, el Coronel llegaba á caballo al convento del Carmen Alto, donde lo esperaba ya su asistente. Dejando á éste el cuidado de su cabalgadura, Hermógenes entró al patio.

Trinidad velaba inquieta, profundamente conmovida. Había oido apagarse, poco á poco, los ruidos del convento que le eran ya familiares. La vida que cesaba su afán, que iba á buscar en el sueño el olvido de sus preocupaciones, grandes ó pequeñas, le parecía, en su doloroso aislamiento, envidiable. Pensaba en las monjas como en seres privilegiados, que respiraban en una atmósfera de calma seráfica, sin pasiones, sordas al ruido mundanal, favoritas del cielo. Sin saber por qué, esto le hacía recordar su infancia, cuando tenía el alma tan pura como ellas, ¡cuando no sabía lo que era amor! Lentamente, algunas lágrimas se desprendian de sus ojos, con un suspiro al pasado, á la fiel poesía del recuerdo.

Las horas fueron sonando, despertándola de sus meditaciones, que la mecían como un canto de nodriza y engañaban su inquietud. Por momentos, temía haberse distraído y no haber contado bien las campanadas. Entonces se prometía fijar únicamente el pensamiento en la hora que sonaría después. Y así fué contando, hasta que oyó las doce. Latiéndole con violencia el corazón, salió al gran patio. La oscuridad, en la que su vista se perdía, le dió miedo en el primer momento; pero venció esa impresión con un esfuerzo de la voluntad, que en ella, era enérgica. Con la llave que el portero le había entregado, avanzó al principio cautelosamente, y fué poco á poco acelerando su paso. Al verla deslizarse por los silenciosos corredores, sombra vaga, hubiérase dicho, con la superstición infantil de aquellos tiempos, que esa sombra aérea, era el alma en pena de alguna monja impenitente, que vagaba por aquellos sitios, hasta que alguien redimiese sus pecados. Mientras tanto, la rapidez con que la chica marchaba, era un recurso de su imaginación, para huír del pavor de la oscuridad y del peligro de su descubierta en la fuga. Gracias á esto, en pocos minutos llegó á la puerta. Ahí sintió una

reacción del ánimo amedrentado, que le permitió respirar con menos sobresalto é introducir con gran cuidado la llave en la chapa de la puerta. La llave funcionó sin dificultad y la puerta se abrió, sin hacer el menor ruido. Al pasar el umbral, la chica se encontró frente á Hermógenes.

Un instante rápido de vacilación, de recato invencible de parte de ella. El joven, apasionado y respetuoso, le estrechó ambas manos, que ella le abandonó, buscando su mirada. El portero los trajo á la realidad de la vida bruscamente.

— Bueno, pues, si no se van lueguito, capaz que vengan de adentro y los pillen.

Salieron del patio y la gran puerta se cerró tras de ellos. En la calle, les pareció que el silencio, la quietud de la noche los envolvían en su manto de misterio. Era tambien misterioso lo que pasaba en el alma de uno y otro. Durante unos segundos, el pensamiento había detenido su curso. La realidad soñada, con su sencilla majestad, los embargaba. No había pasado, ni había porvenir; los dominaba, los absorbía el presente. Una presión apasionada de las manos fué en ese instante, para ellos el único signo de la existencia, la unión jurada tantas veces, y tan imposible de darle una forma, una consagración, de otra suerte que por el silencio. Pero el momento fué fugaz, unos cuantos segundos. La razón y el sentimiento de la vida cobraron instantáneamente su imperio. Sin abandonar las manos de la chica, Laramonte se apresuró á tranquilizarla sobre su situación.

— Antes de dar un paso, quiero repetirle que soy su esposo ante Dios; que al apoyarse usted en mi brazo, puede hacerlo con la frente erguida y el corazón sereno: toda mi existencia estará consagrada á manifestar á usted en cuanto estimo el tesoro de su amor.

La chica contestó confusamente, como en un murmullo. Le dijo que sus palabras le hacían olvidar todos sus pesares.

— Hasta casi no me dejan sentir mis remordimientos, añadió, con los ojos húmedos de ternura y de invencible melancolía, al mismo tiempo. Estoy segura que á usted no le parecerá mal que los tenga. No puedo pensar en mis padres, sin sentir cuánto los ofendo. ¡Juzgue usted de mi amor, cuando me ve aquí, á su lado, dispuesta á seguirlo donde usted me lleve!

Él, maravillado de tanta y tan ingenua ternura, le besó las manos, repitiéndole esas protestas de amor inextinguible, que son la pequeña moneda del gran tesoro, la que los hombres están siempre dispuestos á gastar como pródigos. Entonces se pusieron en marcha, alegres y ligeros, como si hubiesen ya conquistado la seguridad del porvenir, conversando en voz baja, iluminados, en medio de las sombras de la noche, por el sol radiante de su dicha. Violante los esperaba. Con esas manifestaciones de un cariño, que las mujeres no tienen necesidad de sentir para expresarlo, y que se traducen por mil palabritas admiradas, por caricias enlazadoras, Violante supo evitar á la chica, la dificultad del primer momento de confusión y de rubor. El Coronel, por su parte, con una naturalidad que excluía la idea de un propósito estudiado, impuso á Violante de que desde el convento, su asistente, de orden de él, los había seguido.

— ¡ Qué feliz idea ! exclamó la viudita, lo mandaremos á traernos noticias sobre lo que se pasa en la cárcel.

Trinidad oyó estas palabras sin comprenderlas. Mantenida ignorante, por encargo de doña Clarisa, de todas las ocurrencias acaecidas durante su permanencia en el convento, no era posible que llegase á imaginarse á lo que esas palabras hacían alusión. La mirada que dirigió á Laramonte, fué una revelación para él y para la viudita. Su calidad de españoles, les hizo comprender al momento, que no debían hablar á la chica de la prisión de su padre, aunque fuese para revelarle que en aquellos instantes se trataba de su evasión.

— Mándelo usted, ahí está á su disposición, dijo Hermógenes, como si se tratase de algo muy insignificante. La de Alarcón salió por un momento al patio y dió sus órdenes al soldado. Era ya como la una y media de la mañana.

El momento, indudablemente, era embarazoso para los tres. Á presencia de Violante, Trinidad se sentía humillada. En las mujeres, el amor es una gloria pudorosa, de la que quieren guardar únicamente para sí los misteriosos ardores. Todas se enorgullecen de hacerle sacrificios, ninguna desea revelarlos. Cada una quiere ser la única sacerdotisa del culto de su corazón. Les parece que descubrir á otros la existencia de ese culto, es profanarlo. Era lo que acontecía á la pobre chica en ese instante. Las asperezas de la prosaica realidad le chocaban. Se sentía avergonzada y triste

de su situación. Laramonte, que leía en sus ojos, se figuraba que el rostro de la joven había tomado desde su llegada, la expresión melancólica de una persona enferma de nostalgia. Su inmovilidad lo hizo pensar también en alguna ave aprisionada, que ha renunciado á buscar la salida de su jaula, se queda en la inmovilidad de la intensa tristeza, como engolfada en la doliente contemplación de la libertad y del espacio.

Á fin de distraerla, de quitarle la conciencia del acto de pasión, con que acababa de cambiar el destino de su vida, con que salía del recinto pacífico y respetado del deber, el Coronel y la viudita desplegaron grande actividad de ingenio. Su conversación animada, producía á la joven el efecto del ruido de un arroyo, que hace parecer más triste el paisaje que se mira con tristeza. Esas frases eran una manifestación de la libertad de espíritu que á ella le faltaba. Sin distinguir lo que decían, con el pensamiento fijo en lo irregular de su situación, hubo un momento en que le pareció que iba á estallar en llanto. Habría querido arrojarse en brazos del joven, que comprendería su pena y que, seguramente, tendría palabras para consolarla.

Violante comprendía sin dificultad lo que pasaba en el alma de la chica. Para cambiar la escena encontró un pretexto.

— Si ustedes me permiten, dijo á los jóvenes, voy á escribir dos líneas que debo mandar mañana temprano.

Uniendo la acción á la palabra, se sentaba al lado de una mesa y se ponía á escribir. Así dejaba cierta libertad á los amantes para que pudiesen hablar.

— ¿Qué es eso de la cárcel? ¿Qué es lo que creen que va á pasar?, preguntó Trinidad.

Las palabras de Violante, sobre enviar al asistente á traer noticias de la cárcel, le habían dejado cierta curiosidad en el espíritu. No que aquello le interesase sobremanera, ni le diese tampoco el menor presentimiento de la realidad. Pero había recurrido á ese recuerdo, como á un medio de disimular la turbación que sintió al ver acercarse á Laramonte, en presencia de la dueña de la casa. Pensaba, con la ingénita malicia femenil, que la viudita estaría observándolos « para ver qué cara ponían ».

— Se ha corrido que los presos meditan una sublevación, contestó el joven.

— Y ¿quiénes hay presos?

— No sé; sin duda algunos reos de delitos comunes.

Después de esta contestación, Hermógenes habló en voz baja.

— Comprendo muy bien que usted esté inquieta. Mientras conversábamos, leía esa inquietud en sus facciones. No crea usted que por un instante me haya figurado que se siente usted arrepentida de lo que ha hecho.

— ¡ Oh ! arrepentida, jamás !

Sus ojos confirmaban la energía apasionada de esta exclamación.

— Es natural que al verse usted comprometida en una situación tan seria, sienta, á pesar suyo, una gran tristeza de que esa situación no sea regular. No es culpa de usted, ni es culpa mía. En cambio, no olvide usted que el precio de su amor crece á mis ojos, en proporción del sacrificio que usted hace.

Con acento persuasivo, sin declamaciones sentimentales, habló del porvenir, de que, apelando á la intercesión de los parientes de la familia, ésta acabaría por aceptar lo inevitable. En todo caso, él la rodearía de tanta ternura, que le daría valor y felicidad para esperar mejores tiempos.

— Valor no me faltará, esté usted seguro de ello, dijo la joven.

Con la voz de Hermógenes, ella había visto teñirse de rosado la nubecilla opaca que tenía delante de los ojos. No era la misma voz que hablaba hace un momento con Violante. Eran las entonaciones reveladoras de un mundo desconocido, que estaban destinadas á ella sola, que la dominaban con una fuerza á la que nunca había intentado resistir.

Este diálogo fué interrumpido por la entrada de una sirviente.

— Señorita, el soldado que vino con el señor Coronel dice que necesita hablarle.

Hermógenes cambió una rápida mirada con Violante. En seguida, excusándose, salió al patio, de donde volvió pocos instantes después.

— Parece que ha habido algún desorden en la cárcel, dijo.

— ¿Cómo? ¿qué clase de desorden? preguntó la de Alarcón, inquieta.

— Mi asistente no sabe explicarse; algo de poca importancia, sin duda. En todo caso, ustedes me permitirán que

me retire; mi deber de militar me impone la obligación de ir á ver en persona lo que ha ocurrido.

Se despidió, afectando completa calma y fijando una hora para volver al día siguiente.

— Si es algo que haya impedido la evasión, cuento con que usted vuelva á avisármelo. Lo esperaré, le dijo rápidamente la viudita, al acompañarlo hasta la puerta.

Hermógenes, para ganar tiempo, aunque la casa ocupada por Violante distaba poco de la plaza, se dirigió á la cárcel á caballo.

Abel Malsira, por su parte, había salido de su casa seguido del negro, montados ambos en los caballos pedidos por don Alejandro. Aun cuando á esas altas horas de la noche las calles estaban completamente desiertas, el joven y su sirviente, en vez de tomar una de las del centro de la ciudad, que hubiera podido llevarlos directamente á su destino, subieron en dirección al cerro de Santa Lucía, por lo que hoy es el hermoso paseo de la Cañada. Su objeto era buscar las vías donde estaban seguros de no encontrar serenos curiosos, que hubieran podido detenerlos. Era la hora poco más ó menos en que Hermógenes y Luisa se alejaban del convento del Carmen Alto. Aun sin la intercesión de la casualidad, esa diosa de lo imprevisto, rodaje de los más importantes en la marcha de los destinos humanos, Abel Malsira habría podido encontrar á la pareja de enamorados, que á esas horas iba, como él, bien que en alas de distinta esperanza, en busca de lo desconocido. En vez de eso, la casualidad los hizo cruzarse á distancia en esa marcha nocturna y alejarse el hermano de la hermana, en rumbos diversos, pensando tal vez el uno en la otra, con esa interrogación medrosa y melancólica, con que los que une algún cariño y el destino tiene separados, se preguntan, cuándo volverán á verse.

Los dos jinetes marcharon al *tranco* de sus caballos, á los que, para evitar en lo posible el ruido, se habian quitado las herraduras. Á pesar de esta precaución, Abel se figuraba, en su inquietud, que la repercusión de la marcha despertaba á lo lejos los dormidos ecos á la extremidad de las largas calles, haciéndolas resonar sordamente, como presagios de alarma. Para asegurarse que aquello era sólo una ficción de su temor, deteníase con su sirviente á veces. Con el oido alerta y el corazón palpitante, esperaba que todo ruido, real ó imaginario, hubiese cesado. El eco se callaba

juntamente con la aprehensión de que nacía. Después de largo rato, llegaron á la plazuela de Santo Domingo, por la calle del mismo nombre. Desde ese punto redoblaron la precaución para avanzar por la calle de la Nevería, hasta encontrarse frente á los pies de la cárcel. Ahí se bajaron silenciosos y se pusieron á esperar.

También aguardaban entre zozobras y esperanzas, los patriotas. Poco después de oscurecer, el cabo Villalobos les había dado una prueba de lealtad, que fué para los conjurados casi tan elocuente y persuasiva como el juramento de la misa. Acercándose á don Alejandro Malsira, que con algunos otros se hallaban de pie, en la puerta de la vasta pieza donde se reunían comunmente, les dijo en voz baja:

— Voy á poner en seguridad al espía.

Señalaba al mismo tiempo á Juan Argomedo, que paseaba por el corredor á corta distancia. Los de la puerta repitieron á los que se encontraban al interior, las palabras de Villalobos. Todos se agruparon con curiosidad á ver lo que iba á pasar.

El cabo se acercó á Argomedo y le habló en voz alta de modo que los patriotas pudieran oir distintamente:

— Venga usted conmigo, camarada.

— ¿Á dónde? preguntó Juan con extrañeza.

— Menos curiosidad y más obediencia, exclamó en tono irritado Villalobos.

— Si le parece mal que me pasee por aquí, me iré á mi pieza.

— Lo que me parece mal, es que usted se atreva á discutir cuando recibe una orden.

Juanito replicó que él no era criminal; que como detenido por deudas solamente, tenía derecho á que se le tratase con más consideración, y aun pareció, con sus ademanes, mientras hablaba, apelar al parecer de los patriotas, que escuchaban con sumo interés aquel animado diálogo.

— ¡Todas esas tenemos! vociferó con tono exasperado el otro; sépase que usted es criminal porque es insurgente, como esos que ahí nos escuchan.

Á un soldado, que lo seguía con un farol:

— Ponga usted un par de esposas á este insurgente, para que aprenda á respetar á los que pueden mandarlo.

Las protestas de Juanito fueron vanas. Villalobos le previno que si hacía la menor resistencia, recibiría cincuenta

azotes. Ante esa amenaza se suavizó Argomedo y se dejó poner las prisiones.

— Siga usted ahora y á paso redoblado.

Villalobos precedió la marcha, en seguida el prisionero y tras él, el soldado con el farol.

Los patriotas se miraron con visible satisfacción. Aquel acto les hacía ver que Villalobos quería poner fuera de la posibilidad de denunciarlos y de oponerse al movimiento que meditaban, á tan peligroso testigo.

Otro signo de buen agüero, según observaron á medida que avanzaba la noche, era que las medidas ordinarias de vigilancia se habían relajado con respecto á ellos. En vez de hacerlos retirarse á sus cuartos, como siempre se había acostumbrado, nadie les había impedido continuar reunidos en la gran pieza de los altos. Ahí, mientras por turno uno de ellos permanecía en observación en la puerta, los demás discutían infatigables cada una de los fases del grave asunto, sus probabilidades de feliz suceso y las consecuencias del triunfo. El silencio, que paulatinamente había ido extendiéndose por la cárcel, los obligaba entonces á hablar en tono de confidencia, con precaución extrema. Las voces de «alerta» que cada media hora cambiaban los centinelas apostados en distintos puntos, los hacían interrumpirse y escuchar en profundo silencio la repetición de esas voces de distancia en distancia, hasta extinguirse á lo lejos. También, á medida que el instante crítico se aproximaba, algunos de los conjurados que se habían comprometido en el movimiento por espíritu de compañerismo, más que por amor á la causa de la patria, empezaban á flaquear. La resolución que en la mañana habían mostrado, vacilaba ahora al soplo del miedo, como una luz á impulso del viento. Ponían en duda la facilidad de vencer los obstáculos, con la que Villalobos los había, según ellos decían, alucinado. Unos cuantos hombres como los que componían la guardia de la cárcel, no podían bastar, aun en el caso de que todos siguiesen el movimiento, para adueñarse de los cuarteles, ocupados por tropas aguerridas y victoriosas y para llegar á apoderarse del mismo Presidente. Estas objeciones fueron expuestas más tarde al cabo Villalobos, que vino poco después de las doce de la noche, á tener una conferencia final con los patriotas. Villalobos, secundado por don Alejandro Malsira y los más entusiastas de los conjurados, desvaneció con abundantes razones aquellos argu-

mentos, que llegó á tratar de pretextos «para echarse atrás».

— Los que tienen miedo debieron haber hablado desde el principio, les decía; ahora ya no podemos recular. La tropa cuenta con nosotros, y si á las dos no damos el grito, ella lo dará sola y empezará tal vez por fusilarnos.

— ¡Justo, tiene mucha razón el cabo! apoyaban don Alejandro y los otros cabecillas exaltados.

Villalobos entró entonces al cuarto un cántaro con aguardiente y un canasto con vasos, que acababa de dejar en el corredor, al lado de afuera de la puerta.

— Aquí les traigo para que bebamos un trago á nuestro triunfo.

Casi todos acogieron la invitación con entusiasmo. Á poco empezaron á sucederse los brindis. Bebieron varias veces por el libertador Villalobos, «que la patria sabrá premiar condignamente», dijo, en el lenguaje afectado de aquel tiempo don Alejandro Malsira. Otros recordaban á los héroes de Rancagua y prometían vengarlos. Los más generosos, hablaban de magnanimidad cuando fuesen dueños del poder. Villalobos los alentaba más con la palabra que con el ejemplo de la bebida. Cuando daba la una, muchos se habían puesto locuaces; miraban el porvenir con la seguridad del éxito y se sentían con alientos para acometer la empresa, por muy arriesgada que fuese. Sobre todo los más tímidos habían buscado en frecuentes libaciones la energía que les faltaba. Los valientes habían sido más sobrios. Entre estos, Malsira descollaba por su reflexiva frialdad. Los demás empezaban á mirarlo como al jefe de la empresa. Villalobos se dirigía á él con más frecuencia que á los otros y le refería detalles sobre la tropa con que contaba, sobre la manera de apoderarse de las armas y de las municiones, hablándole en tono de confidencia, con estudiado aire de respeto, como si empezara ya á obedecerle.

— Ahora, dijo Villalobos después de hablar en particular con Malsira, voy á dar una vuelta al cuerpo de guardia y á ver si no hay novedad. En seguida volveré aquí y nos pondremos en marcha, tratando de no hacer ruido, para que los centinelas no se alarmen. Cuando estemos abajo, nos iremos sobre las armas y despertaremos á los soldados, que están todos durmiendo. Apenas nos vean armados, ninguno hará resistencia, porque está así convenido con los principales. Después de esto, cada uno de

ustedes saldrá con unos cuantos hombres á tomarse el puesto que le toque.

— Yo al cuartel de Talavera, dijo Malsira.

— Yo al de Carabineros, dijo otro.

— Yo, dijo Villalobos, á palacio. Es donde tal vez puedan hacer resistencia; pero cuento ahí con cuatro hombres resueltos á entregarme el puesto. No hay cuidado.

Salió, dicho esto, de la pieza, en medio de un silencio profundo, cambiando con algunos de ellos nuevas miradas de inteligencia y haciendo señas, para que ninguno se moviese.

Del lado de las autoridades, mientras tanto, el golpe había sido sigilosamente preparado, bajo la inspiración de San Bruno. El Capitán desplegaba en aquella ocasión los múltiples recursos de su fecundo ingenio para hacer el mal, con su método de ordenancista, que no deja nada á cargo de la casualidad. El general Osorio, dándose los aires de tener en todo la iniciativa, no hacia sino prestar el impulso de su autoridad á las indicaciones de su subalterno. Para desahogar de algún modo la humillación interior que le causaba la porfiada y opresora dominación de su consejero, no le quedaba á don Mariano otro recurso que el chiste, con que se consolaba muchas veces, de las espinas de su grandeza.

— Nadie podría figurarse, solía decir á sus familiares, que siendo don Vicente tan feo, se anide dentro de él la ninfa Egeria.

Esa vez, San Bruno había usado y abusado de su poder de inspirador cerca del Presidente. Habíale persuadido que era menester aterrorizar á los patriotas, para ahogar en la cuna todo espíritu de rebelión. Como víctimas expiatorias de los crímenes que podían meditarse, los infelices presos de la cárcel estaban ahí á la mano. El General había llegado á persuadirse que podían ser unos conspiradores temibles. En vano su conciencia, cuando se confiaba á la virgen del Rosario, le gritaba que los presos políticos no cometían otro crimen, que el crimen de los pescados: de morder al anzuelo, que les había tendido San Bruno, y que si no se les hubiese incitado á conspirar, para abrirse las puertas de la cárcel, en ella se estarían quedos, aguardando su justicia, la justicia de él, delegado de la Sagrada Majestad. Don Vicente aseguraba que había conspiración, y que habiendo conspiración, debía haber castigo tre-

miendo, para que todos los chilenos se curasen de la manía de querer declararse independientes.

Decidido este punto de política previsora, no bastaba la trama urdida para hacer enredarse en ella á los patriotas. Era menester que el pueblo reconquistado, no pudiera poner en duda la existencia de la gran conspiración que amenazaba la seguridad del reino. San Bruno presentó para esto al General su proyecto de escenario completo. El drama no se limitaría á lo que iba á pasarse en la cárcel, y sobre lo cual don Vicente reservaba algunas sorpresas al vencedor de Rancagua. Era preciso que hubiese una decoración imponente, que hiciese creer á los buenos santiagueños, que era grande el peligro y que la autoridad suprema no había descuidado ninguno de los medios de hacerle frente.

Con este objeto, desde la vuelta del ejercicio matinal, todas las tropas de la guarnición habían sido acuarteladas. Con aire misterioso, el Presidente y algunos de la camarilla dejaban sospechar que estaban preocupados. Á José Retamo, que no abandonaba su puesto en la antesala presidencial, como mayordomo de palacio, se le había dejado ver, para que corriese la voz por tiendas y por corrillos, que reinaba una sorda agitación en los consejos de Gobierno. Entrada la noche, se habían multiplicado las patrullas de tropa, sobre todo en los puntos apartados de la población, á fin de hacer creer que había serios temores de que estuviese en peligro la paz pública. San Bruno no olvidaba ningún detalle, para alcanzar el efecto escénico de la pieza que había preparado con tanta paciencia. Á todas esas medidas, puestas cuidadosamente en relieve, había agregado la de colocar tropa sobre los tejados de los cuarteles y en los del palacio, como para defender esas localidades con fuegos convergentes y al soslayo, de arriba para abajo, en caso de un ataque. Había ordenado que se exceptuasen de esta medida los tejados del cuartel, porque era elemental que debía evitarse que algún motivo de alarma turbara la confianza de los conjurados. Con este ingenioso aparato de precauciones aparentes, los vecinos que se recogían en sus casas, pudieron ver alarmados y medrosos, que algo de muy grave debía temerse en la capital cuando el Gobierno se armaba hasta los dientes y hasta los tejados.

Poco antes de las dos de la mañana daba principio la trá-

gica función. Pero al contrario de las representaciones teatrales, la que tuvo lugar en el interior de la cárcel de Santiago, mantuvo su telón corrido sobre el escenario por largo tiempo, y ha sido menester, para levantarlo, la paciente labor de los indiscretos historiadores. Poco antes de aquella hora, el capitán San Bruno, en compañía del mayor Morgado y de un alférez, llegaban, al frente de una compañía de Talaveras, y entraban en silencio á la cárcel. Era el momento en que Villalobos, proclamado el libertador de los patriotas, « á quien la patria sabría premiar condignamente », bebía con los conjurados al triunfo de la empresa preparada. El cabo había bajado después de esto al cuerpo de guardia y dado cuenta, en lenguaje de un parte oficial cualquiera, de las ocurrencias de la tarde y de la noche: Juan Argomedo y otros espías, encerrados de antemano en sus piezas, para que no pudiesen presenciar los hechos que iban á desarrollarse; los patriotas cada vez más confiados en la lealtad de su cómplice; el efecto producido por las abundantes libaciones de aguardiente, que algunos habían repetido hasta no sentirse muy seguros sobre sus pies; el recogimiento solemne en que los había dejado. Villalobos designó á don Alejandro Malsira y á dos ó tres más de los conjurados, como los únicos capaces de una resistencia seria.

— Pero no tienen otras armas que sus cuchillos, que no les he quitado por orden de mi capitán San Bruno, para que no se pusiesen sospechosos.

Aunque inferior en graduación á Morgado, San Bruno tenía el mando de las operaciones en aquella jornada. Se había adelantado sólo al medio de la pieza. Los soldados que componían la guardia se hallaban sobre las armas, del lado de afuera. Morgado y el alférez, al fondo del cuarto, inmóviles. San Bruno oyó la relación del sargento sin que ni un músculo de su rostro, sin que ningún destello de sus ojos revelase en él la más leve emoción. El hombre parecía tan rígido é insensible como su espada, que empuñaba desnuda, con la diestra. Sus ojos, clavados sobre el cabo mientras éste hablaba, tenían el poder de los del águila ó los del cóndor, que pueden mirar de frente al sol. Con la cabeza erguida, con las pobladas cejas contraídas hacia la nariz, parecía orgulloso de su misión de exterminio. La mezcla del antiguo fraile fanático y del militar sanguinario, que el destino había reunido en él, como están acu-

mulados en un volcán los elementos que producen las grandes erupciones y los temblores, imprimía á todo su ser un sello de fuerza obstinada y sin piedad, que lo rodeaba de sombras.

Cuando Villalobos concluyó de hablar, el Capitán se volvió hacia el mayor Morgado y al alférez. Sin decir una sola palabra, les mostró la puerta con la punta de la espada, é hizo después lo mismo con Villalabos. Todos comprendieron: « Marchemos ». Los tres oficiales, espada en mano, salieron de la pieza. El cabo tras de ellos. Acercándose á la tropa que habia llegado con sus jefes, dijo en voz muy baja, al que la mandaba :

— Adelante.

Todos estos rasgos de asunto secreto, daban ya un carácter siniestro á esa gente armada.

Fuera de la luz del cuerpo de guardia, lo demás de la cárcel estaba en completa oscuridad. Los oficiales y la tropa subieron la escalera á tientas, en medio de las sombras, apagando el ruido de sus pasos. Hubiérase creído, por tan cuidadosas precauciones, que iban á sorprender á un enemigo poderoso, al que no era posible atacar sino por sorpresa. En el corredor se formaron, para seguir adelante en grupo compacto. San Bruno, Morgado y el alférez al frente. Éste llevaba bajo su capote una linterna, cuya luz ocultaba con cuidado. Á retaguardia, colocóse Villalobos, con orden dada por San Bruno, de atravesar, de partir de un sablazo al que hiciese ademán de recular ó de traicionarlos.

Los conjurados mantenían su puerta casi cerrada. En el fondo, una sola luz. Algunos, dominados por el aguardiente, se habian recostado sobre el suelo, rumiando un valor ficticio. Cuando los asaltantes se acercaban, don Alejandro Malsira y tres otros que lo rodeaban, de pie, cerca de la entrada, percibieron el ruido y pensaron que el cabo Villalobos, como estaba convenido, llegaba á buscarlos. En voz sofocada Malsira y sus amigos dijeron á los otros :

— ¡Alerta! aquí viene el cabo.

Casi todos se pusieron de pie. En el mismo instante el alférez abrió la puerta, y sacando su linterna proyectó la luz sobre los de adentro. Trás él se adelantaron San Bruno y Morgado. Éste llevaba en la derecha una pistola amartillada. Ambos, al mismo tiempo, les intimaron con imperiosa voz :

— ¡ Ríndanse, canallas !

Morgado les apuntaba con la pistola. San Bruno sólo con su espada.

Un golpe de estupor paralizó, durante algunos segundos, el pensamiento de los conjurados y su voz. El fantasma de la traición se alzaba delante de ellos, cuando se creían ya completamente seguros. La traición como hecho consumado, ineludible, tremendo, con torva realidad de catástrofe. Unos cuantos segundos para divisar el lívido gesto de la muerte, sin combate, sin misericordia, sin gloria. En la naturaleza viril de Malsira y de dos ó tres de los que inmediatamente lo rodeaban, esa vacilación de la sorpresa, duró un suspiro y cedió en el acto, ante el instinto de conservación, á la explosiva pujanza de los valientes. Con cuchillo en mano, sin contar á sus enemigos, con la rabia del que se ve burlado, se avanzaron sobre ellos. Morgado derribó á uno descargándole su arma á quema ropa. San Bruno eligió á don Alejandro como blanco de su furia. Levantando con rapidez su espada, le asestó un golpe en la cabeza. Alguna sangre brotó de la raíz del cabello ; le tiñó de rojo el rostro. Rugiente, Malsira lanzó una imprecación formidable, blandiendo su puñal. La desesperación y el ejemplo de los que así defendían su vida, dió á casi todos los otros patriotas un ímpetu de energía. Uniéndose á Malsira y sus compañeros, arremetieron como una masa compacta contra los tres oficiales que no pudieron resistir la embestida. Algunos de los patriotas, don Alejandro, entre ellos, alcanzaron á salir al corredor. Otros, los tímidos, puestos de rodillas, imploraban perdón.

— No hay que dejarlos escaparse, gritó San Bruno.

La tropa, formada en el corredor frente á la puerta, tenía orden de no hacer fuego hasta oír la voz de mando. Tras de las palabras de San Bruno el mayor Morgado lanzó la orden :

— ¡ Fuego con ellos !

Algunos soldados dispararon sobre los que se habían escapado por los corredores. Los otros, en el mismo instante, defendían sus armas en una lucha de fuerza. Los patriotas con heroico empeño, tiraban para arrancárselas de las manos. Don Alejandro, lejos de huír, había exclamado dando el ejemplo :

— ¡ Á quitarles las armas !

Cogiendo con las dos manos el fusil de un soldado, hacía desesperados movimientos para arrebatárselo. Pero al instante San Bruno, á quien el empuje de los patriotas había desviado de su puesto, descargó un nuevo golpe sobre Malsira, y esta vez de estocada, por la espalda. Las manos del patriota soltaron su presa y el hombre, cual un toro tirado hacia atrás por un lazo, cayó, como resbalando sobre los talones.

Simultáneamente con ese ataque, resonaban las imprecaciones de furor de los soldados, los alaridos de los que recibían bayonetazos y estocadas, los lamentos de los que imploraban perdón. Un coro desconcertado, que llenaba el aire con su siniestra vocería. Los tiros disparados habían repercutido su eco alarmante hasta fuera de la cárcel. Las carreras en busca de los que habían conseguido perderse en la oscuridad, aumentaban la confusión. Todo formaba un cuadro pavoroso y fantástico, como una visión de cerebro calenturiento.

La escasa luz, la diversidad de las voces, el resonar de las carreras; las súplicas contestadas con horrendos reniegos; la sangre de los heridos y sus quejas; la inmovilidad de los muertos en su última contorsión de agonía, nada faltaba á la horrenda pesadilla. En esa cárcel de una colonia oscura, sobre los desgastados ladrillos, sobre las paredes mal blanqueadas, la historia de las atrocidades de la dominación española, sin la excusa de ser un « crimen solo de los tiempos », según cantó su absolución más tarde la poesía castellana, marcaba su huella de sangre, marchando á tientas por sostener una dominación imposible.

Mientras la soldadesca, con su encono de jauría hambrienta, azuzada por San Bruno y Morgado, desplegaba su actividad en la carnicería, oyóse el ruido de gente que subía á gran prisa la escalera y avanzaba corriendo, hacia el teatro de la lucha. Urréjola y Laramonte se presentaron entonces, en el rayo de luz que despedía la linterna del alférez.

— ¡Mayor Morgado! ¿Qué es esto?

— ¡Capitán San Bruno! ¿Qué hacen ustedes?

La voz de los dos Coroneles, dominando el tumulto, con resonante inflexión de reproche, se alzó al mismo tiempo, cuando ambos divisaron al Mayor y al Capitán de Talavera, que excitaban á los suyos á la matanza y al escarnio de los inermes patriotas.

— Castigamos como merece á esta canalla insurgente, contestó San Bruno, con un ligero acento de exasperación y de fastidio.

— Mayor, haga usted formar su tropa, dijo Urréjola á Morgado.

Volviéndose á San Bruno :

— Capitán, haga venir gente de la guardia y que recojan á los heridos.

El movimiento y el ruido se calmaron. Un sentimiento de horror se extendía de los recién llegados á la tropa, en presencia del cuadro trágico que podía entonces, con más gran número de luces, contemplarse en sus detalles desgarradores. Laramonte cogió la luz de mano de uno de los soldados y se acercó á examinar los que yacían por tierra. Dos de los que habían acompañado desde el principio á don Alejandro, no daban ya ninguna señal de vida. La bala de Morgado había herido á uno de ellos en medio de la frente. Era el primero que había caído. El otro, en un rincón de la pieza, atravesado el pecho por varias heridas, parecía no haber alcanzado á defenderse. Varios heridos, más ó menos gravemente, con voces descompuestas por el dolor, se quejaban. El coronel Urréjola mandó buscar un cirujano, dió algunas órdenes y se retiró con un ademán de disgusto profundo. Pronto, de orden suya, algunos soldados habían traido agua, y con pañuelos trataban de lavar las heridas. Los mismos que ciegamente las habían causado, buscaban ahora, como para borrar su crimen, con esos pobres recursos de cirugía elemental, los medios de aliviar á sus víctimas.

Laramonte, al mismo tiempo, había continuado su fúnebre inspección. En la sombra, á pocos pasos de la puerta, encontró en el corredor el cuerpo de otro hombre. Estaba vuelto hacia la pared y se oía, acercándose, su jadeante respiración.

— Este vive, dijo Hermógenes, dejando su luz en el suelo.

Con suavidad, compasivamente, volvió al herido hacia fuera. El reflejo de la vela cayó sobre el rostro de don Alejandro.

— ¡El señor de Malsira! exclamó el Coronel con espanto.

Púsose medio de rodillas y le levantó la cabeza. Hizo entonces que uno de los soldados se sentase sobre el suelo y tomase la cabeza de don Alejandro entre sus manos, como formándole una almohada. Él mismo, después de

esto, se puso á quitarle la chaqueta, buscándole la herida. Con la misma ropa de Malsira le formó un vendaje, y tras de esto, cuando ya pudo mantenerlo inmóvil, le hizo introducir un poco de aguardiente en la boca, con una cuchara traída del cuerpo de guardia. Todo aquello había pasado en pocos minutos, con empeño afanoso, con indicaciones breves. El Coronel parecía sinceramente conmovido. En todos sus movimientos se acusaba una sôlicitud cuidadosa de no hacer sufrir al paciente.

El alcohol, entre tanto, produjo su efecto. Los ojos de don Alejandro se abrieron con lentitud. Un esfuerzo visible del organismo, vigorizado por el licor, hizo levantarse los párpados, como los de un durmiente á quien ponen una luz muy cerca. La mirada, luz confusa de un cerebro embotado por una debilidad extrema, era vaga, con reflejos vidriosos. La atención de Laramonte fué turbada por el paso de gente que avanzaba por el corredor, con la pesada cadencia de la marcha militar. En ese momento el Coronel se habia quedado solo con el herido y el hombre que lo había ayudado en su operación. La tropa concluía su tarea de recoger los otros heridos, que eran colocados en una pieza vecina á la de los asesinatos donde sólo quedaban los muertos.

Los que llegaban venían presididos por San Bruno. Entre cuatro soldados que lo seguían, llevando uno de ellos un farol con luz, el coronel Laramonte reconoció, apenas creyendo á sus ojos, al hijo del hombre que tenía moribundo á sus pies. Por un movimiento rápido, Hermógenes anduvo dos pasos hacia adelante para ocultar el herido á los que llegaban.

San Bruno mandó hacer alto.

XXIX

Para Abel Malsira, que esperaba ver de un momento á otro á su padre, cada minuto, desde su llegada al punto de la cita, le parecía de inconcebible duración. Después de media hora, sin embargo, la impaciencia se tornó en inquietud y en inquietud tremenda. En el silencio de la noche, oyó de repente resonar la detonación de una arma de fuego, que le heló de espanto. En seguida, gritos confusos, que parecían venir de la cárcel. El negro, que tenía

los caballos de la brida, confirmó la observación de su amo. Él también había oido el tiro y las voces que herian el aire, como lamentos lejanos. « Como si estuvieran matando á alguien », fueron sus palabras, cuando habiéndose quedado ambos en silencio, para escuchar, resonaron nuevos tiros y nuevos gritos lastimeros.

El joven dejó el cuidado de los caballos al esclavo, recomendándole no moverse del puesto donde se encontraba y se dirigió, rozando las paredes, hacia la cárcel. Este edificio, muy conocido de los santiaguinos, se alzaba sobre el ángulo oriental de la plaza de Armas, en la línea que la cierra por el norte. Su frente, adornado más tarde con adiciones arquitectónicas de problemático gusto, tenia entonces la adusta severidad del régimen colonial. El pórtico estaba sostenido por anchos pilares cuadrados de granito, sin basamento ni chapiteles, como desdeñoso de todo refinamiento de estética. Ancho y mal blanqueado, con su puerta maciza al fondo, que daba entrada al zaguán y por ahí al patio de la prisión, su aspecto habría podido enorgullecer al arquitecto autor de aquella obra pesada, si tuvo realmente el propósito de darle la propiedad de infundir un sentimiento de tristeza. La gran puerta, reforzada con gruesos clavos de fierro, tenia en la parte superior, á la altura de la cabeza de un hombre de estatura ordinaria, una ventanilla con reja de fierro, por la cual se veia comunmente, en el dia, pasar y repasar al centinela, dando una idea de fiera encerrada en una jaula.

Á favor de la oscuridad de la noche, Abel Malsira pudo deslizarse hasta el pórtico, mientras continuaban repitiéndose en el interior de la cárcel los extraños ruidos que habían turbado la quietud de su expectativa. En aquel recinto, que ha visto después por tantos años agitarse con sus contorsiones grotescas ó sangrientas, la calorosa lucha de las votaciones populares, el joven se acercó cautelosamente hasta la puerta, y después de un momento de observación, ensayó dar una mirada al interior al través de la rejilla. Ahí, en ese punto, notó una completa quietud. Los ruidos de carreras, los gritos, las voces de mando, los lamentos, resonaban á lo lejos, en confusión siniestra, tras de la reja de fierro que separaba el zaguán del patio principal. No se veía el centinela ni se divisaba ninguna persona en el zaguán. El cuerpo de guardia, á juzgar por su silencio, debia estar desierto. « Todos deben

estar ocupados en lo que se pasa adentro », pensó el joven, en sus tétricas reflexiones. Un trote de caballo que oyó resonar en el empedrado de la plaza, lo hizo arrojarse al rincón más oscuro y agazaparse ahí, para hacerse menos visible. Delante del pórtico el caballo se detuvo y de él bajó un hombre, que se dirigió á la gran puerta y se puso á mirar por la ventanilla. Pocos instantes después, dos hombres llegaban á pie. Uno de ellos, que precedía de dos ó tres pasos al otro, caminó derecho al punto donde se encontraba en observación el que había bajado del caballo.

— ¿ Quién va ? preguntó éste, volviéndose, al ruido de los que llegaban.

— Mayor de plaza, contestó con voz entera el que marchaba adelante.

El de la puerta se acercó á éste, exclamando :

— ¡ Ah ! ¡ Coronel Urréjola, es usted !

— ¡ Cómo ! ¡ Amigo Laramonte, usted aquí !

La pregunta y la réplica, tenían un pronunciado acento de admiración.

— ¿ Qué es lo que ocurre ? preguntó Laramonte ; mi asistente, que pasaba por aquí hace poco, fué á decirme que hay sublevación en la cárcel, y he venido á ver lo que sucede.

— Es lo que han venido á decirme, repuso el Mayor de plaza.

— ¿Cómo pueden sublevarse hombres desarmados ? dijo Hermógenes.

— Á menos que los hagan sublevarse para concluír con ellos ; usted recuerda el empeño de San Bruno en hacer creer que existía una conspiración.

— Muy capaz de ello es el hombre.

— Vamos á ver, dijo Urréjola, y se acercó á la puerta, llamando al través de la rejilla :

— ¡ Centinela !

— Todo está oscuro y no parece haber centinela, observó Laramonte, al ver que nadie contestaba de adentro.

Ambos se pusieron entonces á dar fuertes golpes en la puerta, y á llamar :

— ¡ Cabo de guardia ! ¡ Centinela ! ¡ Cabo de guardia !

Pocos instantes después, una voz preguntó de adentro :

— ¿ Quién vive ?

— Mayor de plaza, contestó el coronel Urréjola.

El centinela que había hecho la pregunta, se puso entonces á dar voces, llamando al cabo de guardia. Llegó éste pocos minutos después, y habiendo recibido del Mayor de plaza el santo y seña, hizo abrir la puerta. Los dos jefes entraron en la cárcel seguidos por el asistente de Urréjola, que lo acompañaba al llegar.

Abel Malsira oyó todo el diálogo entre Laramonte y Urréjola. La observación de éste sobre la conducta de San Bruno, fué para el joven la revelación de los horrores que pasaban en la cárcel. Con la lucidez con que presienten las desgracias los espíritus apesarados, divisó pasar, como sobre la tela de una linterna mágica, los incidentes que habían preparado el sangriento drama. Villalobos, recomendado por Violante de Alarcón, la desconfianza de Luisa, la ciega fe con que él había creído en la lealtad del hombre. Su inteligencia no se detenía, naturalmente, á analizar todo aquello, á distribuír las responsabilidades, á dar libre curso á la atroz desesperación de haber caído en la pérfida celada. En ese instante, su corazón palpitaba demasiado fuerte para que el raciocinio tuviera cabida en el cerebro. El espanto del resultado dominaba todas sus facultades. En sus oídos vibraban todavía los ruidos que acababa de sentir. « Como si estuvieran matando á alguien », había dicho el negro esclavo: un presagio fatídico, un relámpago, en medio del incendio que ardía en su cabeza y le quemaba las sienes. El espanto, como un enemigo aleve, le oprimía la garganta y le cortaba la respiración. Á gritos, desde el fondo de su alma, su inmenso amor filial, centuplicado por el terror de la pérdida del ser querido, le pedía que entrase á la cárcel de cualquier modo, inmediatamente, aun poniéndose á pedirlo de rodillas. Su desesperación tomaba las proporciones del delirio.

Notó, sin embargo, que á poco de entrar los Coroneles, la calma se restablecía en la cárcel. Mientras ponía su imaginación en tortura, buscando algún medio de entrar, abrióse la gran puerta.

Dos hombres salieron del interior. Uno de ellos habló con acento severo :

— Un centinela no puede, por ninguna consideración, abandonar su puesto. El coronel Laramonte y yo hemos tenido que llamar repetidas veces, porque faltaba el centinela de la puerta. Mañana, después del relevo de la guar-

dia, ponga usted á ese hombre arrestado por dos días, á pan y agua.

El que así había hablado se alejó. El otro, que recibió la orden con la mano derecha delante del escudo de la gorra, dió media vuelta y entró á la cárcel. Abel oyó cerrar la puerta. Sabia, por lo que acababa de oír, que el que había hablado era el Mayor de plaza. Quedaba dentro de la cárcel el coronel Laramonte.

Arrebatado por su fiebre, se acercó resueltamente al postigo, y esperó el pasaje del centinela. Cuando el soldado vió el rostro de un hombre al través de la reja, hizo su pregunta de ordenanza.

— ¿Quién vive?

— Amigo, contestó el joven, á la buena ventura.

— ¿Qué quiere?

— Que me abra la puerta, tengo que hablar con el coronel Laramonte, que acaba de entrar.

La explicación pareció, sin duda, admisible al soldado.

— Aguárdese, voy á llamar al cabo.

El jefe del cuerpo de guardia hizo á Malsira las mismas preguntas que acababa de dirigirle el centinela. Mientras hablaban llegó San Bruno. Venía de cumplir la orden de Urréjola, para hacer subir al corredor los soldados de guardia, y se disponía á salir de la cárcel con el fin de dar cuenta á Osorio del buen resultado de la operación, que ambos llamaban escarmentadora. El cabo de guardia le dió cuenta de la pretensión de Abel Malsira.

— Hágalo usted entrar, le dijo San Bruno.

Cuando Abel se encontró frente al Capitán cayó en cuenta de lo difícil de su situación. Era imposible engañar á éste como á un soldado ignorante. El autor del atentado que acababa de cometerse, no consentiría, por cierto, en llevarlo al interior de la cárcel y dejarlo ver á su padre. San Bruno, por otra parte, no le dió tiempo de hacer muchas reflexiones, ni de imaginar un pretexto plausible para explicar su presencia en aquel lugar á semejantes horas de la noche.

— ¿Y á quién piensa usted que puede hacerle creer lo que dice?

Abel pensó que únicamente la audacia podría salvarlo.

— ¿Es verdad, si ó no, que el coronel Laramonte acaba de entrar aquí? ¿Cómo podría yo saberlo si no lo hubiese

buscado para hablar con él? Lléveme usted á su presencia.

San Bruno reflexionó un momento. No por complacencia, sino por ver qué clases de relaciones podían existir entre Malsira y el coronel Laramonte, le pareció aceptable la petición del joven. Le sonreía la idea de sorprender algún secreto entre esos dos hombres. El jefe altanero, que hablaba siempre de tolerancia con los insurgentes, que despreciaba sus opiniones en los consejos presidenciales, se le había hecho profundamente antipático. Luchador obstinado y rencoroso en el juego de la ambición, el Capitán no descuidaba ninguna carta, por aventurada que fuese, para aumentar su fuerza.

— Pues voy á llevarlo á usted delante del señor Coronel, dijo á Malsira.

Y lo condujo al corredor, donde se encontraba Laramonte.

Al ver llegar á San Bruno, seguido de Abel Malsira, á quien dos soldados servían de guardianes, Laramonte se había adelantado dos pasos, con la intención de ocultar la vista del herido á los que llegaban.

— Mi Coronel, dijo San Bruno, mostrando á Abel Malsira, *este hombre* ha sido tomado, tratando de entrar á la cárcel, y dice que ha venido en busca de usia.

La luz que había servido á Laramonte mientras asistía con sus cuidados á don Alejandro Malsira, se encontraba cerca de éste. Mientras hablaba San Bruno, Abel fijaba la vista en aquel hombre tendido sobre el suelo. La cabeza de éste, puesta sobre un capote qne se le había acomodado á guisa de almohada, se movía con esfuerzo, como para levantarse, sin conseguirlo. El movimiento hacía vacilar la luz de la vela sobre sus facciones. Abel, de una sola mirada, había creído reconocer las líneas del rostro y de la cabeza, con la intuición del recuerdo que suple los contornos, que completa las formas con la memoria. Una angustia opresora y violenta le atravesó el alma, angustia de casi certidumbre, mezclada de miedo y de ese deseo de equivocarse, que convierte la vaga esperanza en una tortura insoportable. Mientras tanto, al ver la dirección de esa mirada, Hermógenes se apresuró á distraer su atención del herido.

— Si usted me busca, caballero, ¿ en qué puedo servirlo?

El Coronel pareció haber recalcado sobre la voz « caba-

llero», como corrigiendo el desdén con que San Bruno había dicho «este hombre». Malsira conoció que tenía un protector en el que hablaba. El tono con que Hermógenes le había dirigido esas palabras lo alentaba á la confianza.

— Coronel, dijo con voz suplicante, déjeme usted acercarme á ese hombre que veo detrás de usted, después le explicaré cómo me encuentro aquí. ¡Ese hombre es mi padre! Por lo que tenga usted de más querido, permítame acercarme, ó asegúreme por su honor que me equivoco.

— Por desgracia no se equivoca usted, contestó Laramonte, haciéndose á un lado, para dejarle franco el camino y diciendo á los soldados: «Dejen ustedes libre al señor».

Abel se lanzó sobre el herido. Ansioso, buscó en su mirada la vida y la inteligencia. La fuerza vital no tenía otra manifestación que los movimientos maquinales de la agonía. Los ojos miraban el vacío, como buscando una luz que se aleja. La cabeza, que un momento antes luchaba por alzarse, en busca de aire, había perdido ya todo movimiento.

— ¡Padre!, ¡padre!, exclamó el mozo, con acento desgarrador, apoderándose de una de las manos del herido.

Esa voz de llamamiento desesperado, á la que el cariño y el dolor habían dado una modulación de vehemencia particular, llegó tal vez á despertar en el alma de don Alejandro el sentimiento de la existencia. Abel creyó que la mirada de su padre, volviendo de la región lejana en que se perdía, se fijaba en él; que la mano que tenía entre las suyas había temblado, en un vago movimiento de presión.

— He mandado buscar un cirujano, dijo suavemente Hermógenes.

Abel le dió las gracias con una mirada angustiosa.

— ¿Lo cree usted muy grave, Coronel?

— La herida debe haber tocado el pulmón, dijo Hermógenes, con un movimiento de los hombros, como si nada hubiese que esperar.

Abel espiaba con ansiosa atención todos los movimientos del paciente. Aunque sin ninguna experiencia sobre los fenómenos precursores de la muerte, no podía ocultársele que su padre se apagaba rápidamente. Con suaves palabras de ternura, con invocaciones al cielo, confusamente murmuradas en medio de la desolación, el joven se figuraba que podía sujetar esa vida que se escapaba, dar vigor al aliento que se extinguía, volver el calor á las manos que sentía helarse, poco á poco, entre las suyas. La llegada del

cirujano vino á sacarlo de la destrozadora contemplación de esa agonía. Pero la ciencia no podía nada ya en aquel caso. El cirujano, con la calma de los que están acostumbrados á ver sufrir, tomó con gravedad el pulso del paciente, y volviéndose hacia Laramonte, con voz apagada, como en secreto:

— ¡Ha muerto!

Mas ese tenue murmullo llegó como si hubiese sido pronunciado en voz alta á los oidos de Abel. Ocultándose el rostro entre las manos, ahogó un empuje de sollozos que vino á agolpársele á la garganta. No quería llorar ahí, no quería que San Bruno y sus soldados, los asesinos de su padre, pudieran gozarse en su atroz aflicción. El grito de la naturaleza, reprimido por un esfuerzo heroico de la voluntad, le sacudía el cuerpo convulsivamente, como el vapor comprimido, que hace temblar la máquina.

Hermógenes se acercó á él, buscando algunas palabras de consuelo que no encontraba. «¿Qué diablos podré decirle que no sea alguna fórmula convencional, indigna de tan terrible infortunio?», pensaba con rabia, con su rabia de soldado impetuoso. Su conciencia se rebelaba contra el sarcasmo de su situación. Ver morir, casi en sus brazos, al hombre al que acababa de arrebatar clandestinamente la hija, le parecía una crueldad de su destino; tener que consolar al hermano, lo irritaba y lo hacía enrojecerse al mismo tiempo, como si lo obligasen á un acto de hipocresía. Pero su misma conciencia le decía también, que en el rapto había procedido como hombre de honor, y que en lo demás, había hecho lo posible por evitar la catástrofe que se desplomaba sobre la infeliz familia de Malsira. «Después de todo, se dijo, resolviendo el problema sin más reflexiones, el mejor consuelo que puede ofrecerse á los afligidos es el dejarlos llorar.»

Al fijarse entonces sobre San Bruno, sintió una inmediata inquietud. El Capitán estaba inmóvil donde se había detenido al llegar, inmóvil contemplando su obra. Había seguido en *dilettanti* la agonía de don Alejandro, sin impacientarse por su duración, seguro del resultado, contento de la fuerza de su brazo, que había abierto la herida por donde iba á escaparse esa existencia de insurgente altanero. Veía doliente y sacudido por los sollozos, al hombre que lo había contemplado por tierra en Talagante, y que lo había insultado con su compasión, descubriéndole el ros-

tro, cuando se ahogaba de furor y de falta de aire. Con la memoria reconstituía la lucha de lo pasado. Saboreando su venganza, sentía el bienestar satisfecho del que recuerda, en medio de la seguridad, un peligro evitado. Sin duda que sus ojos decían algo de su contento, sin duda que el reflejo de su mirada tenía algo de malo, de amenazante, como el fulgor del acero que va á herir, porque Hermógenes tuvo el presentimiento de que Abel se encontraba en muy mala situación. Acercándose á él, en voz muy apagada, y como si le dijese algunas palabras de consuelo:

— En medio de esta terrible desgracia, le dijo, permítame que le haga una observación de lealtad, ya que no puedo decir de amistad. Es preciso que usted piense en los suyos y trate de salir de la situación peligrosa en que se encuentra. Ha llegado el momento de hacer uso de su salvoconducto.

Esas palabras sacaron al joven de su anonadamiento.

— ¿ El salvoconducto ? preguntó, cual si no hubiese comprendido bien á lo que aludía Hermógenes. ¡ Ah ! sí, lo tiene Luisa Bustos, mi prima.

— Me temo mucho que no permitan á usted salir de aquí. Vamos á hacer la prueba. Si el Capitán se opone á la salida, no queda más recurso que el que yo vaya á buscar ese papel. ¿Donde hallaré á su prima ?

— Se encuentra en casa á estas horas, acompañando á mi madre.

Malsira daba estas contestaciones con un profundo desaliento. Todas sus preocupaciones se habían concentrado en el cadáver de su padre. Inclinándose sobre él lo examinaba con la esperanza de que el cirujano se hubiese equivocado. Lo demás le parecía secundario. Después pensaría en eso. Su madre, su prima, estaban lejos de su memoria. ¿ Cómo podía haber cesado de existir, el que hacía poco tiempo había dejado robusto y lleno de vida ? Bien podía ser aquello un desmayo. Pero esas reflexiones se desvanecían en su espíritu, ante la rigidez cadavérica, que había extendido sobre el rostro de don Alejandro su tinte de marfil verdoso, su tensión marmórea de eterna inmovilidad.

— Vamos, señor Malsira, le dijo Hermógenes en voz alta, es una gran desgracia contra la que no hay remedio, venga usted conmigo, yo lo acompañaré á su casa. Usted necesita reposo.

Abel dijo algo sobre el abandono en que quedaba el cadáver. Sus esfuerzos por contener las lágrimas, daban á su voz un acento de intensa pesadumbre.

Hermógenes ordenó á dos soldados que transportasen el cadáver á una pieza vecina, donde lo hizo cubrir con una sábana. Malsira se arrodilló al pie y besó la frente de su padre con religioso recogimiento. Alzóse después con ceño adusto, como si divisase un gran deber más allá de su dolor.

— Vamos, repitió Laramonte, saliendo de la pieza.

Frente á la puerta se encontraba San Bruno.

— Este caballero, dijo acentuando la pronunciación en la palabra, no puede salir con usted, mi Coronel.

— ¿Por qué?

— Porque está preso.

— ¿De orden de quien?

— De mi orden y en obediencia á las instrucciones del excelentísimo señor Presidente.

— ¿Tiene usted esas instrucciones?

— En la memoria, perfectamente. Todo el que sea sorprendido infraganti, cometiendo algún delito, debe ser apresado. Este señor ha sido sorprendido á la puerta de la cárcel, pidiendo entrar, cuando en el interor estallaba una sublevación. El delito no puede ser más calificado.

Laramonte conocia al hombre y sabia que era inútil argumentar. Como jefe encargado de la custodia de la cárcel, San Bruno tenia indiscutible facultad de proceder de esa suerte con Malsira. Á él, jefe de alta graduación, le tocaba dar el ejemplo de la disciplina y del respeto al cumplimiento del deber.

— Si es así, dijo, nada tengo que observar.

Y se alejó, haciendo resonar su paso sobre los ladrillos del corredor, mordiéndose los bigotes de despecho, agitado, profundamente agitado el pensamiento con todo lo que acababa de presenciar.

San Bruno hizo conducir á Malsira al mismo cuarto que había ocupado su padre. Así, el dardo de abrumadora pena, que llevaba el joven en el pecho, seguiría enterrándole su envenenada punta. Sin duda que los ámbitos de la pieza, que sus desnudas paredes, que los miserables y escasos muebles, con su sórdida vetustez, le hablarían de su padre que acababa de ver expirar entre sus brazos. Don Vicente sabia que las almas sentimentales tienen esa enfermedad

dolorosa de los recuerdos punzantes. Contaba con esos recuerdos en la triste estancia que acababa de habitar el difunto, como auxiliares de su venganza, como cooperadores mudos, pero activos, para aumentar los sufrimientos horrorosos de aquel hijo de insurgente.

— Dejo á usted instalado en el cuarto que ocupaba su padre, le dijo al entrar. No dirá usted que lo tratamos como al vulgo de los presos. Aquí podrá usted meditar en lo que aguarda á los conspiradores contra el Rey, nuestro amo.

Abel se arrojó sobre una mala silla de paja. Apoyando un brazo en el respaldo y la cabeza sobre la mano, se puso vuelto hacia la pared, haciéndose sordo á los sarcasmos de su carcelero, tratando de perderse en su dolor, de pedir á la querida memoria del muerto, para soportar la prueba cruel de su martirio, la entereza viril que en vida lo animaba.

Don Vicente, al verlo callarse, estoico y altanero, sin un solo movimiento, sin dar ninguna señal de doblegarse con la desgracia, pensó en asestarle otro golpe, y lo obligaría á rugir de ira impotente, puesto que con su aparición á la puerta de la cárcel, le había proporcionado la ocasión inesperada de completar su venganza. En su refinamiento de odio á los insurgentes, San Bruno miró esta oportunidad como una indicación de la providencia. El exterminio de los enemigos de Su Majestad era para él un mandato dogmático. Mientras no podía exterminarlos, algo se adelantaba siquiera con martirizarlos.

— Y usted perro insurgente, dijo á Malsira, ¿cómo se encontraba á tan altas horas de la noche á la puerta de esta cárcel?

No le importaba que su víctima opusiese á esta pregunta su silencio obstinado. El no abandonaría su propósito. Su voluntad era la rueda de molino que ha de volver sobre el grano, hasta pulverizarlo.

— Mañana contestará usted sobre esto á sus jueces. Pero es bueno que sepa desde ahora, que mejor habría hecho usted de vigilar las puertas del convento del Carmen Alto, que venir á rodar por las puertas de la cárcel.

Notó que tras estas palabras, la actitud del prisionero era menos rígida, menos perdida en el anonadamiento insensible para lo que no era su dolor; que había un ligerísimo signo de atención, como del que está en profundo

sueño y oye un ruido, que le hace suspender momentáneamente la respiración.

— Mientras usted se estaba por acá, de acuerdo sin duda con los conspiradores, para prestarles auxilio desde afuera, las puertas del convento, mal vigiladas, daban paso á una chica enamorada, que caía en brazos de su seductor. ¿Qué tal? ¿Y qué diría usted si esa chica fuese su hermana?

Malsira había vuelto á la absoluta inmovilidad y hacía maravillosos esfuerzos para contenerse. Pensaba que sería una temeridad estúpida, arrojarse sin arma ninguna sobre su verdugo, bien armado, y con dos hombres tras él que lo habrían defendido. Pensaba también que Hermógenes podía volver, como se lo había hecho esperar, y que él lo sacaría de dudas sobre esa horrorosa calumnia.

— Medite usted sobre eso, señor insurgente. La hermosa chica en brazos de su raptor, mientras usted venía á caer aquí, en vez de vigilarla, en brazos de la justicia. Medite usted y buenas noches.

La puerta, al cerrarse, gimió sobre enmohecidos goznes; la llave, al torcer, hizo su ruido seco de despedida, de triste y sarcástica despedida, y los pasos, cadenciosos y pesados, con la regularidad de la marcha, se alejaron.

Don Vicente, contento de su obra, dejando la saeta clavada, salió de la cárcel, llevándose al cabo Villalobos, para dictarle el parte de los acontecimientos de la noche, que él arreglaría á su manera, con su método invariable.

Don Mariano tendría que hacer algunos gestos de indignación hipócrita, al saber que la fiesta costaba cuatro vidas de insurgentes; pero tendría que tragar esa gran píldora y hacerse solidario de todo, por miedo y por vanidad.

XXX

El coronel Laramonte, al salir de la cárcel, montó en su caballo y lo hizo trotar en dirección á la calle del Estado. Al acercarce á la esquina notó que había tropa formada frente al portal. En vez de tomar la calle, por donde pensaba dirigirse á casa de la familia Malsira, quiso ver lo que significaba la presencia de tropa en aquel punto. Halló que

había ahí dos compañías de Talavera sobre las armas y que el Presidente en persona, rodeado de algunos oficiales, se paseaba delante de la fila. Juntamente con su uniforme, Osorio había revestido su aire marcial. El vencedor de Rancagua, como extendiendo su protección sobre la capital amenazada, hablaba de la formidable conspiración descubierta. Hacía entender á su estado mayor que la presencia del General á esas horas de la noche, frente á los defensores del orden, debía servirles como argumento para manifestar á la sociedad al día siguiente, la magnitud del peligro de que la vigilante previsión del jefe supremo del estado había podido salvarla.

— General, le dijo Hermógenes, vengo de la cárcel.

— ¡Ah! ¿Y qué ha pasado? Venga usted á contarme.

Se adelantó hacia el punto donde Laramonte echaba pie á tierra. Dejó atrás, en respetuoso grupo, á los subalternos. Quería recibir solo la relación del Coronel, para que no oyesen los otros lo que dijese. El carácter independiente y levantado de Hermógenes, podía llevarlo á criticar lo que había presenciado.

— ¡Eh! mi General, ¡una carnicería tan espantosa como inútil! exclamó el joven, con acento de calorosa indignación.

— ¡Qué dice usted, Coronel! ¿Usted considera inútil que se reprima una conspiración alevosa, capaz de poner en peligro la estabilidad del gobierno de Su Majestad?

Hermógenes vió que el Presidente tenía su plan y no daría, como dicen, su brazo á torcer. Se había subido á las alturas del lenguaje oficial y quería que todos creyesen en la conspiración alevosa. Con los laureles de Rancagua, que algunos le disputaban, era claro que deseaba entrelazar los de salvador de la sociedad. Que la *Gaceta* lo llamase el baluarte de la autoridad real, el celoso defensor de las instituciones soberanas. Que llegase más tarde á Madrid el papel con la noticia, envuelto en el olor á incienso, que habría de quemarse en loor del que la *Gaceta oficial* llamaba « nuestro sabio gobierno ».

Por impetuoso que sea, todo hombre tiene sus momentos de resignación filosófica. Son los granos de oro que se encuentran en la mayor parte, aun de los menos maleables de los metales. Laramonte supo reprimir su impaciencia para oír las declamaciones del General. « La hidra debía sofocarse en el nido. De otro modo, sus mil cabezas se levantarían,

amenazando el orden social en todas las ciudades del reino. El gran secreto de la sabiduría política era prevenir los peligros, en vez de esperar á combatirlos ». Cada una de estas verdades de Pero Grullo, eran dichas sentenciosamente, con ademanes de aforismos indiscutibles.

— Pero, mi General, todo pudo hacerse sin quitar la vida á cuatro infelices indefensos, dijo, sin conseguir refrenarse Hermógenes, desesperado de oir tantas vaciedades dogmáticas.

Don Mariano pareció turbarse.

— ¡Cuatro muertos! ¿Usted ha dicho cuatro?

— Por lo menos. Ahí estaban los cadáveres, dispersos por los corredores. Lo peor es que los muertos son de los más prominentes entre los presos. Entre ellos, por ejemplo don Alejandro Malsira, uno de los jefes de la aristocracia del país.

El tono ardiente con que hablaba, resonó como amenazante en los oídos del General.

— Sin duda que cuatro cadáveres es mucho. ¡Cáspita! ¡cuatro hombres muertos!

Esto le amargaba el placer del triunfo. San Bruno había excedido la medida; pero toda la responsabilidad recaería sobre él, el supremo mandatario.

— Á propósito de Malsira, dijo Hermógenes, ¿había dado orden V. E. de apresar al hijo de ese caballero?

— ¿Yo? no.

— Pues el capitán San Bruno, acaba de encerrarlo en la cárcel y dice que lo ha hecho en virtud de órdenes de V. E.

— Es decir que no recuerdo esa orden. Probablemente se la habré dado, puesto que él lo asegura.

Don Mariano se buscaba una salida. No quería ponerse en el caso de tener que improbar los actos del vengativo Capitán. En vano Laramonte le recordó que él mismo le había dado un salvoconducto en favor de Malsira. En vano aseguró que Abel no había cometido otro delito que el de acudir á la cárcel, sabiendo que ahí se habían oído tiros y grande estrépito.

— En fin, mañana veremos, Coronel; mañana veremos. Yo tengo que leer el parte de San Bruno. No corre prisa. Mañana averiguaré el caso. Mientras tanto, que quede ese mozo detenido. Algún motivo grave habrá tenido San Bruno para prenderlo.

En presencia de tal resolución, no había nada que esperar. Laramonte buscó un pretexto cualquiera para retirarse. Él no abandonaría su propósito de libertar al joven. Se lo debía á su conciencia. Se lo debía también á Trinidad, que le había confiado su suerte, ignorante de las inauditas desgracias que habían venido, como un torrente de fuego, á desencadenarse sobre los suyos. Al galope llegó á casa de los Malsira muy pronto. Cuando se detuvo en la puerta, un sirviente le abrió sin que él hubiese golpeado.

El que abría la puerta de calle era Cámara. El antiguo asistente del mayor Robles, dejado en Chile para llevar á Mendoza cualquiera comunicación que hubiese que dirigir á Manuel Rodríguez, vivía en casa de don Jaime Bustos, al lado de ña Peta, su madre, y pasaba por uno de los sirvientes de la familia. Prima Catita y prima Cleta le hacían contar á veces algunos episodios de sus campañas, en los que el travieso rotito mezclaba algún salado episodio amoroso, que hacía enrojecer á prima Cleta y reír á carcajadas á las sirvientes, reunidas todas en torno á las señoritas, tomando mate. Cámara, que desdeñaba como indigno de un guerrero el servicio doméstico, acompañaba en la noche á don Jaime y á su sobrina, cuando iban de visita á casa de los Malsira, ó á otra parte. Á indicación de Abel, Cámara había sido dejado aquella noche para ser el guardián de la casa de su madre, mientras él iba con el esclavo Francisco, á llevar los caballos pedidos por don Alejandro.

Desde que Abel había salido de la casa, el asistente del mayor Robles, á quien quedaba encomendada la guarda de la puerta de calle, se había llevado imaginando algún medio de penetrar al segundo patio, que era entonces, como el gineceo de los musulmanes, la habitación exclusiva de la parte femenina de la servidumbre. Allá, en ese segundo patio, estaba Mañunga, con la seducción de su resistencia, después de no haber sabido resistirle al principio de sus amores: una virtud retrospectiva, con la desconfiada perspicacia del gato escaldado y la tenacidad de los indios. Pero como las puertas de comunicación permanecían cerradas desde las oraciones, Cámara, al tiempo de la llegada del Coronel, se torturaba todavía el magín en busca del arbitrio para acercarse á su antigua víctima, convertida en tirana. En su velada, con el oído alerta, y con la fantástica suposición de que tal vez pudiera aparecér-

sele Mañunga en el cuarto, el ruido hecho por el caballo de Laramonte lo hizo salir á la puerta.

— ¿Qué se le ofrece? preguntó con insolencia, al encontrarse frente al militar que se bajaba del caballo.

— Vengo de parte de don Abel Malsira y necesito hablar al instante con la señorita Luisa.

— ¿Y quién es usted, pues?

— Diga usted á la señorita, que el coronel Laramonte necesita verla al instante.

— ¿Y cómo, pues? ¿Y si la señorita está durmiendo?

— Vea usted, replicó Hermógenes con impaciencia: le advierto que se trata de la suerte de don Abel Malsira, que no hay tiempo que perder y que si usted sigue inventando dificultades pasaré sobre usted; pero hablaré con la señorita Luisa.

— Eso de pasar sobre mi lo habíamos de ver, contestó Cámara con la vista encendida. Si no fuese por don Abelito, ni me movía de aquí, ni lo dejaba pasar á usted tampoco. Por don Abelito voy á llamar á la señorita; pero si es algún engaño, ¡sépase que aquí estoy yo; no le digo más, y verá bueno!

Cuando había dado dos pasos hacia las habitaciones, murmurando entre dientes « ¡godo tal por cual... no más!! »

— Diga usted, le dijo el Coronel; si puede usted evitar que la señora vea que usted llama á la señorita, tanto mejor, para que no se asuste *misia* Clarisa.

Con esta advertencia, Cámara se acercó en las puntas de los pies á la sala. Luisa se hallaba sola en ella. Doña Clarisa se encontraba en oración, en su cuarto. Era la única manera que la triste señora había encontrado para no escuchar los presentimientos fatídicos, que la asaltaban en su atroz expectativa, desde la salida de Abel. Luisa, no menos inquieta, se imponía, para dominarse, la atención de la costura. Al ligero ruido que hizo Cámara en la puerta, vino hacia él.

— Ahí hay un militar, que dice que se llama el coronel Laramonte, que quiere hablar con la señorita; está esperando en el zaguán.

Profundamente turbada, Luisa salió de la sala y siguió á Cámara. Al verla llegar, Hermógenes se adelantó hacia ella :

— Tengo que comunicar á usted algo de mucha importancia y le agradeceré que aleje á este hombre.

La joven se acercó al antiguo soldado:

— Te vas á poner en la puerta de la sala, le dijo, y si mi tía llega ahí, ven al momento á avisármelo.

Volviéndose entonces á Laramonte, añadió:

— No me atrevo á hacer entrar á usted á la sala, porque mi tía puede llegar ahí. Por Dios, ¿qué es lo que hay?

Sólo entonces pensó el joven que no había reflexionado cómo instruir á Luisa de la catástrofe y de la prisión de Abel. Cualquier modo de principiar le parecía demasiado brusco. Pero como en él toda vacilación pasaba con rapidez, sin preámbulo de ningún género preguntó á la chica:

— ¿Tiene usted el salvoconducto para su primo el señor Malsira?

— Sí. ¿Qué, lo han tomado preso?

— En este instante, por una grande imprudencia.

Á pesar de la poca luz de la noche, Hermógenes vió palidecer á la joven, que le preguntó conturbada:

— ¿Y don Alejandro?

— ¡Don Alejandro! en la cárcel... y, por desgracia, herido gravemente.

Esta contestación, que dió Laramonte con reticencias, sin atreverse á decir toda la verdad, causó una inmensa alarma á la chica.

— ¡Cómo! ¿Qué ha pasado? exclamó temblándole la voz y con una expresión de espanto en la mirada.

— Ha habido ahí una lucha cuyos detalles ignoro. Los de la guardia dicen que los prisioneros políticos se habían sublevado. Yo llegué ahí advertido por mi asistente. Después referiré á usted lo que sé y lo que he visto. Por ahora, lo que más importa, es que, sin perder momento, yo vuelva á la cárcel, llevando el salvoconducto. Si me detengo aquí temo mucho llegar demasiado tarde.

— Al instante voy á traerlo, dijo la chica corriendo hacia dentro.

Un intenso interés, unido á una dolorosa compasión, se había apoderado de Hermógenes durante el breve diálogo. Ser el mensajero de inauditas desgracias, y el autor de una de ellas, le hacía sentir un sufrimiento de pena y de rubor al mismo tiempo. Su conciencia volvía á sublevársele. Pero ya no encontraba, como al lado de Abel, excusa para callarse. Su secreto lo mortificaba como un

remordimiento. Se sentía rebajado á sus ojos, al pensar que, presentándose como el salvador de Abel, venía á sorprender traidoramente la gratitud de una familia, cuya reputación no había vacilado en sacrificar. Cuando vió á Luisa cerca de él, que le tendía el pliego, esos escrúpulos desbordaron del cerebro á los labios, excitado ya poderosamente por las escenas de la cárcel.

— Señorita, dijo resueltamente, cuando entregué á usted este pliego, hace poco tiempo, usted me ofreció dispensarme su bondad, si yo llegaba á necesitarla. En este momento tengo de ella gran necesidad y voy á solicitar su indulgencia para mí y para otra persona muy querida de usted.

Con una elocuencia breve y decidida, haciendo pesar sobre él toda la responsabilidad, reveló entonces á la joven el rapto de su prima. La fatalidad había hecho que aquello tuviese lugar la misma noche en que los prisioneros de la cárcel, meditaban su evasión. Hermógenes manifestaba un gran sentimiento por tan triste coincidencia.

Luisa quedó aterrada.

— ¿Qué puedo hacer yo? dijo con aflicción sincera.

— Reconciliarme con la familia, hacer que se me acepte por marido de Trinidad, usando usted de la grande influencia que tiene en esta casa.

— No me toca juzgar á usted, dijo la chica con tristeza. Todo esto me deja tan consternada, que, en verdad, no puedo decir lo que haré. Sea lo que fuere, sin embargo, esté usted seguro que no será sino en favor de Trinidad y de usted también. Por ahora, lo más urgente es salvar á Abel. Si usted lo consigue, me dará con ello un poderoso argumento en favor de su causa.

Hermógenes protestó que lo salvaría, aun cuando fuese á costa de sí mismo. La joven le tendió la mano con un movimiento de franca amistad, que le pareció arrancado por el calor de lo protesta. Un momento después, al oir en la calle el trote del caballo en que se alejaba Laramonte, le pareció á la chica que la esperanza volvía á nublarse, que la noche era más oscura, más solemne y melancólico el silencio que reinaba en todas partes. En vez de volver á su costura, se quedó pensativa al entrar á la sala, de pie, absorta en la elaboración espontánea de las ideas que le acudían al pensamiento. No era posible, pensaba, dejar á Trinidad en una casa extraña. El paso temerario con que

había burlado la autoridad de su padre, podía remediarse aun, si ella volvía en la noche misma al lado de su familia. Era indispensable ir á buscarla inmediatamente. Llegada á esta conclusión, las emociones porque había pasado desde el principio de la noche, le parecían ahora casi la tranquilidad del espíritu, comparadas con las que le causaba la nueva situación. Su triunfante presencia de ánimo amenazaba abandonarla, en los momentos en que más necesidad tenia de ella. Las circunstancias le imponían ahora con más imperio el deber de consagrarse á la familia á la que la unían tantos lazos de cariño, todos sus afectos de infancia. Consternada, pareciéndole que las horas iban á deslizarse si no tomaba una pronta resolución, se dirigió al cuarto de su tía, sin querer pensar más, para no dejarse el tiempo de pasar por la peligrosa tortura de las vacilaciones.

— Mi tío Jaime me manda llamar, dijo á doña Clarisa, no sé si es que se haya sentido enfermo, ó que tenga que comunicarme algo que nos interesa. Voy á casa con Manuela y nos acompañará Cámara. Tardaré lo menos posible, no tenga cuidado por mí.

Sin dar tiempo á la señora de formular las preguntas que mientras ella hablaba, había visto brillar en sus pobres ojos escaldados, Luisa entró al segundo patio, de donde volvió acompañada de Mañunga. Todos los criados de la casa, en aquella noche de inquitud, se habían quedado en pie. La chica dió orden á Cámara de ir con ella y Mañunga, para servirles de protector. En la calle, las dos mujeres anduvieron muy deprisa, manteniéndose á algunos pasos delante de su guardián. Éste, por su parte, tenía cuidado de que la distancia no fuese muy considerable. De cuando en cuando el rotito tosía, según él con mucho disimulo, para entrar en tácita comunicación con Mañunga. Obstinadamente, la criada conversaba con su señorita, sin parecer oir las insinuaciones del pícaro roto « que ya la había engañado », se decía ella, mientras que el ex-asistente del mayor Robles, le enviaba al diablo por su disimulo y juraba que la « malvada china se la habría de pagar no más, cuando la pillara ».

El coronel Laramonte, por su parte, se había separado de Luisa Bustos llevando la resolución de no detenerse ante ningún obstáculo para abrir á Abel Malsira las puertas de la cárcel. Á trote largo, salvó en muy pocos minu-

tos la distancia que debía recorrer. En la puerta de la prisión, hizo llamar al cabo de guardia y le dió el santo y seña.

— Aquí tiene usted, le dijo entrando al cuerpo de guardia, una orden del general Osorio, para que se ponga inmediatamente en libertad al señor Malsira, el caballero que tomaron preso hace poco rato.

Dijo esto con ese tono de autoridad militar que se adquiere en el servicio, tono perentorio y breve, destinado á imponer la obediencia sin réplica, á los que han pasado por la máquina de aplanchar voluntades, que se llama la disciplina.

El cabo se inclinó con respeto al recibir el papel, se acercó al farol, en el que ardía una vela negra y humeante y se puso á descifrarlo con atención.

Laramonte pensó que aquella lectura era peligrosa. El cabo tendría tiempo de deliberar, podia venirle la veleidad de hacer valer los poderes despóticos que la ordenanza del ejército concede á los jefes de un puesto de guardia. Aun si esto no sucedía, el peligro no dejaba de existir en todo caso, porque la lectura importaba pérdida de tiempo, la posibilidad de que volviese á la cárcel el capitán San Bruno y que se negase á obedecer el salvoconducto. Tras estas reflexiones, en parte por cálculo, en parte por verdadero enfado de jefe, exclamó con irritación :

— ¿Qué significa esa lectura? ¿Va usted á hacerme esperar como á un subalterno?

— Estaba leyendo la orden, mi Coronel, dijo el cabo, con timidez.

— Guárdela usted para su resguardo. Eso basta y obedezca usted en el acto.

El cabo, intimidado, no hallaba qué decir. Sin esperar su resolución, el Coronel repuso en tono cortante :

— Que venga conmigo un soldado de guardia y traiga la llave del calabozo.

El tono imperioso produjo su efecto. Sintiéndose sin valor para tomar sobre sí la responsabilidad de desobedecer á un jefe de tan alta graduación, el cabo mandó á un soldado, para que hiciese entrega del prisionero al Coronel.

Vuelto en sí, poco después, de la paralización que el respeto de la jerarquía le produjera, el cabo encontró en su propia alarma un ingenioso medio de poner á cubierto su responsabilidad.

— Corre al palacio, dijo á uno de los soldados, y pregunta por mi capitán San Bruno. Si no está ahí, lo irás á buscar al cuartel y después á su casa, y le dirás de mi parte que aquí hay necesidad de él.

Al formular de este modo su mensaje, el cabo se encastillaba en su dignidad de jefe de la guardia y se abstenía de confiar al soldado el objeto de la misión que le encomendaba.

Aquel tiempo había durado una eternidad para Malsira. En su imaginación, una distancia inmensa lo separaba del momento en que había salido de su casa. Ese momento le parecía por instantes como un recuerdo lejano, á causa de la alucinación que en las grandes crisis morales, nos inclina á medir la duración del tiempo, por la intensidad del sufrimiento que acongoja el espíritu. La trágica impresión que lo había herido en medio del pecho, le hizo perder, desde que se encontró solo, en la oscuridad y el silencio del calabozo, toda noción de tiempo y de lugar. Mas, aunque lentamente, el pensamiento empezó á recobrar su imperio. Al desconsuelo aterrador de la horrenda impresión, sucedió la conciencia de la vida. La reflexión, como la luz del alba, iluminó por un instante con su claridad la noche en que el dolor había envuelto su mente. Pensó en su madre, pensó en Trinidad, con una pena enternecida. Un mundo se desquiciaba. En un abismo insondable de dolor, su alma se perdía, sin poder encontrar el fin de su desventura. Por todas partes le parecía divisar las ruinas de su existencia. Un volcán había estallado, con su sacudimiento de parto monstruoso, arrojando á los vientos de la desolación sin remedio, sus ideas admitidas, sus esperanzas acumuladas en el curso natural de los años.

En medio de esa oscuridad, en el fragor de ese derrumbamiento de su vida, su memoria se iluminó, sin embargo, con la última mirada de Luisa. Recordó la desconfianza con que la chica había acogido desde el principio, la intervención del recomendado de Violante, y entonces se levantó en él una idea de acre incertidumbre, una duda que le oprimió el corazón, como una mordedura venenosa. ¿Por qué le había aconsejado Violante confiarse en Villalobos? ¿Qué parte de responsabilidad le cabría á ella en la horrenda trama, obra de San Bruno y del subalterno de que su padre y sus compañeros de prisión habían sido víctimas?

Sin resolver ese espantoso problema, que venia á clavarle un nuevo dardo en el pecho, el mozo se sintió agitado por un violento deseo de venganza. Algo se rompia en su alma á fuerza de sufrimiento. Pasaba por una transformación de su ser. Una inmensa aspiración de devolver á los españoles las torturas atroces en que se revolvia desesperado. Esa aspiración crecía en ardor, ante la impotencia á que lo condenaba su prisión. Lo hacía imaginarse una guerra sin cuartel, inventar martirios más crueles que los que acababa de presenciar, sacrificios desapiadados, ciegos hasta la monstruosidad de la injusticia. Soñaba después en la libertad, conseguida sin saber cómo. Por uno de esos milagros que imagina el deseo, se veia ya pasar en el porvenir incierto, como un azote de exterminio, convertida su venganza en una misión austera, en un sacerdocio de venganzas, al que desde ese instante juraba consagrar su existencia.

El ruido de la puerta que se abria, lo sacó de su febril engolfamiento. Hermógenes con una luz en un farol, entró precipidamente.

— Traigo á usted la libertad; pero no hay tiempo que perder. Es preciso salir inmediatamente.

En pocas palabras, con la respiración apresurada por la rapidez con que habia subido la escala, refirió las dificultades opuestas por el cabo de guardia para obedecer al salvoconducto.

— Salgamos pronto, antes que ese hombre se arrepienta de haber obedecido. Mientras estemos aquí nos encontramos bajo su autoridad.

Unicamente al concluir esta frase notó la actitud de Abel. Lo miraba con una fijeza hostil, con la expresión dura, con el aire de un juez severo, que va á dirigir al reo una pregunta decisiva.

— Coronel, hace un momento, el capitán San Bruno, al salir de aquí, me ha dicho algo que me parece una calumnia, inventada para mortificarme. Asegura que usted ha sacado á mi hermana Trinidad, esta misma noche, del convento donde la habia puesto mi padre. Apelo á la hidalguía de usted para saber la verdad.

Temblando de emoción, la voz tenia acentos casi guturales; pero la mirada era altiva, la actitud de una arrogancia sobria. Un rápido instante, los dos jóvenes se contemplaron en silencio. Sus ojos, como dos espadas que se cru-

zan para el combate, tenían una fijeza de ansioso esperar. Aunque la pregunta venía á sorprender á Laramonte cuando no podía aguardarla, su primer movimiento, el de la inspiración genial que precede á la reflexión, fué el alzar con altanería la frente, al oir la voz conminatoria que le hablaba. Pero la conciencia, siempre su conciencia de hombre leal, con su comezoncilla intolerante, le envió su soplo apaciguador, un sedativo moral, que lo hizo templar el orgullo de su actitud. Por otra parte, la idea de apelar á un subterfugio, ó á una mentira, no le ocurrió ni lejanamente. Sin esquivar la ardiente mirada de su interlocutor, con tono de noble franqueza que no puede fingirse, contestó:

— Yo ignoraba lo que iba á ocurrir en esta cárcel. Lo que han dicho á usted es verdadero. Créame usted, que deploro con toda la fuerza de mi alma esta triste coincidencia. Por lo demás, en cuanto al acto mismo, yo asumo toda la responsabilidad de lo hecho. Amando profundamente á la señorita Trinidad, no me quedaba otro recurso para unirme á ella, sino sacarla del convento.

— Sea como fuere, eso que llama usted una triste coincidencia, abre un abismo de separación entre mi hermana y usted. Sería monstruoso pensar en que ella llegara á unirse á un español, tendiéndole la mano por sobre el cadáver de su padre, traidoramente asesinado por los españoles. Prefiero la deshonra de mi hermana á semejante unión.

Lejos de sentirse ofendido, Laramonte simpatizaba con ese dolor altivo y vibrante. Comprendía la indignación que arrancaba al joven aquel estallido de soberbia. Su franqueza impetuosa lo arrastró á exclamar:

— ¡Ah! ¿Y qué puedo hacer yo, sino ofrecer la reparación de un hombre de honor? No creo que nadie tenga derecho de exigirme que reniegue mi nacionalidad. Condeno con indignación lo que ha pasado, pero no puedo remediarlo. Créame usted, no convirtamos en una cuestión de partido, lo que es una cuestión independiente de toda nacionalidad, una cuestión de corazón y de nobles propósitos.

La voz del Coronel, conciliadora como sus palabras, parecía calmar á Malsira. Rápido en la observación, movido por un sincero deseo de borrar la justa irritación que su conducta provocaba, Laramonte aprovechó ese ligero cambio en el ánimo del joven para continuar persuadiéndolo

Alegó la pureza de sus intenciones, refiriéndole la manera cómo se había conducido, llevando á Trinidad á casa de Violante de Alarcón. Si se hubiese encontrado con Abel en otras circunstancias que aquellas en que lo había visto llegar á la cárcel, delante de su padre moribundo, sin duda que se habría anticipado á confesarle leal y espontáneamente, el acto de desesperación á que lo había arrastrado su amor á Trinidad, y aun habría implorado para ella su perdón y el de sus padres. El simple hecho de haber revelado este secreto á Luisa Bustos, como acababa de hacerlo, sin que nada lo compeliese á esta confidencia, era una prueba elocuente de que él no entendía ocultarse, ni esquivar las consecuencias del rapto.

— Entre tanto, dijo al terminar, estamos perdiendo un tiempo precioso. Salgamos de aquí y discutiremos este asunto estando afuera. Después de la espantosa catástrofe que hemos presenciado, usted se debe á los suyos, y si por desgracia pierde usted esta oportunidad de salir, nada podrá hacer por ellos desde su prisión.

— Mi primer deber en este instante, replicó Abel, es velar por la suerte de mi hermana. La locura que ella ha cometido, puede tal vez repararse todavía si vuelve al lado de mi madre. No faltaría un pretexto para justificar su salida del convento. Mi prima Luisa puede decir á mi madre, que ha ido ella misma á buscarla, al ver que yo no volvía.

Laramonte estaba nervioso. Todas aquellas dilaciones lo impacientaban y lo hacían temblar de que algún obstáculo viniese á impedir la salida de Malsira. Este, sin atender á esa inquietud, que el Coronel no se daba el trabajo de ocultar, continuó:

— Usted me puede dar la mejor prueba de la pureza de sus intenciones y del respeto que le inspira la honra de mi hermana, contribuyendo á que ella se vaya al lado de mi madre esta misma noche.

— ¡ Pero yo no puedo ir á proponerle tal cosa ! exclamó el Coronel, paseándose, para moderar su descontento, ese sería el colmo del ridículo ; á ella le toca, en vista de estos acontecimientos inesperados, tomar la determinación que le parezca. Yo, desde ahora, me someto á lo que ella decida.

Malsira se acogió presuroso á esta declaración. La actitud de Laramonte hallaba un eco en su corazón de joven. En el fondo de su alma él se decía : que no era humano juz-

gar el acto de los dos enamorados con una ley inflexible. Lo que importaba por el momento, era tratar de que se sofocase el hecho y se salvase el honor.

— Entonces, Coronel, repuso en tono de conciliación, como yo no puedo ahora comunicar con Trinidad, ¿consentiría usted, como caballero, en llevarle unas líneas mías en que le aconsejo que vuelva al lado de nuestra madre?

— Las circunstancias en que usted me pide este sacrificio, no me permite rehusarlo. Haga usted lo que le parezca, pero salgamos pronto.

Abel sacó una cartera, y con lápiz, escribió apresuradamente algunas líneas sobre una hoja, que desprendió del cuaderno.

— Confío en su palabra, dijo pasando el papel á Hermógenes, y espero que usted considerará esta hoja abierta como una carta cerrada.

— Bien, bien, tiene usted mi palabra y sígame antes que todo esté perdido.

En el cuerpo de guardia, el cabo veía trascurrir el tiempo, sin que llegasen, ni su emisario, ni San Bruno.

El capitán de Talavera había salido de la cárcel, después de haberlo dejado todo en un orden perfecto. Los muertos dispuestos en fila, con metódica simetría, « para que se presenten al diablo bien formados », había dicho á Villalobos, que los tiraba de los pies por indicaciones de su jefe, hasta que todos estuviesen sobre la línea recta. Los demás insurgentes, todos más ó menos heridos, apiñados en una pieza demasiado estrecha para contenerlos. Iba á dar cuenta al general Osorio del éxito brillante de la jornada.

El Presidente acababa de volver á palacio, después de su aparatosa facción en la plaza, donde Hermógenes de Laramonte lo había encontrado. Con aire profético de hombre seguro de lo que dice, don Mariano había regresado á su despacho, asegurando que el orden estaba restablecido. Él sabía explorar el horizonte político, decía. Se comparaba al marino, que sabe si aquellas nubes traen la tormenta, ó se han de disipar en lontananza.

— El peligro ha sido muy serio, dijo á los oficiales que le acompañaban; pero ya lo hemos conjurado. Señores, pueden ustedes retirarse.

San Bruno entró á la sazón al despacho. Los edecanes le cedieron el paso. Algunos, con movimientos de hombres que no quieren rozarse con un perro que tiene arestín.

otros con manifestaciones de respeto hacia el valido del General, el hombre que siendo subalterno, tenía ante el Presidente el favor de un jefe de alta graduación.

— ¡ Qué oigo capitán ! ¡ Qué me dice el coronel Laramonte ! ¡ Cuatro muertos ! ¿ Cómo es esto ? ¡ No puedo comprenderlo !

Con estas exclamaciones lo recibió el Presidente. Don Mariano, no podía despojarse de un instante á otro de la autoritaria importancia con que acababa de hablar á sus edecanes sobre la revolución, « que él, él por sus medidas previsoras, había sofocado ».

San Bruno se quedó impasible. Su mirada de puñal que va á herir, ó de hiena que va á saltar sobre su presa, disipó los humos de orgullo que habian subido al cerebro del General. Dejó pasar un momento, para que don Mariano reflexionase. Sabía que la reflexión es como el baño de agua tibia, que calma el fuego de la sangre. Y luego después, con su voz sin vibración, su voz de pésame eterno, contestó :

— Y habriamos tenido que matar otros más si hubiese continuado la resistencia. ¡ Cuatro insurgentes menos, mi General ! Poca cosa. Así no podrán decir más tarde en Lima que V. E. no ha sabido afianzar el triunfo.

— ¡ Cierto ! muy cierto, exclamó el Presidente, que se desazonaba con esas amenazas encubiertas de delación ante el Virrey, del que tenia celos ; ¡ cierto ! Eso pondrá espanto á los insurgentes. Nadie podrá decir que carezco de celo por el servicio de S. M. nuestro señor.

— Justo, mi General, esta es una buena lección que V. E. da á las gentes de esta tierra.

— Una buena lección, es lo que yo digo, Capitán. Redacte usted un parte razonado de las ocurrencias de esta noche. La conspiración fraguada lentamente, los propósitos alevosos, los planes proditorios ¿ entiende usted ? los planes proditorios, la resistencia obstinada. En fin, ya sabe usted cómo hacer eso. También será menester iniciar desde mañana mismo un nuevo sumario.

— Mi General, ¿ qué se hace con los cadáveres ? preguntó San Bruno, con tan indiferente naturalidad, que dió frio á don Mariano.

— ¡ Pues, hombre ! ¿ Los cadáveres ? ¡ Ca ! enterrarlos, por supuesto.

— Yo pensaba que Vuecencia se proponía aprovechar la ocasión para dar un buen ejemplo.

— No digo que no. Sin duda, esa es mi idea. Por supuesto, enterrarlos después, como es justo. Pero eso sí, dar un buen ejemplo antes.

— Si Vuecencia los hiciese colgar en la plaza, sería un buen modo de escarmentar y amedrentar á los insurgentes.

— De eso no hay duda. Yo he pensado en colgar dos solamente, nada más que dos. Es preciso, ¿no ve, Capitán? es preciso que un mandatario piense en todo. En este caso hay que guardar un término medio, un justo término medio, entre lo severo y lo humano. Colgar los cuatro cadáveres sería demasiado. ¡Dos! dos es el término medio. Tome usted sus providencias para esto. Cuide usted de que los dos cadáveres aparezcan al amanecer colgados del rollo, un rollo para cada uno.

El Presidente se habia entusiasmado con su propia iniciativa. Nada le gustaba como tener iniciativa y manifestar energía.

— Vaya usted, Capitán. Dos rollos, ¿oye usted?

Y al tiempo que San Bruno hacía ademán de retirarse, don Mariano, como iluminado por una feliz inspiración, le dijo:

— ¡Ah! otra cosa. Esos cadáveres deben servir de ejemplo y de espanto. Pues, señor, será menester hablar por medio de ellos al pueblo. Les pondremos á cada uno un letrero. Vamos á ver, un letrero con algunas palabras. Siéntese usted, Capitán, y escriba.

Púsose á pasear agitado, buscando la inspiración, mirando al techo, contando después las rayas de la alfombra, una de aquellas alfombras de bandas de distintos colores, que se tejian en el sur, en telares rudimentarios.

— ¿Está usted? Escriba, y en letras gordas, bien gordas, que puedan leerse desde abajo:

« Por conspiradores contra el Rey y perturbadores de la pública tranquilidad. »

Don Mariano repitió dos veces la misma frase. Esperaba que el Capitán se diese cuenta de su facilidad de improvisación. Este era para él un punto importante. Casi olvidaba que era cuestión de infelices asesinados alevosamente, de cadáveres que no estarían fríos todavía. Lo que á él le importaba muy particularmente, era que el feroz censor que

escribia, admirase su celo por el servicio de Su Majestad y su talento para tomar medidas de grande hombre.

— Deje usted copia, Capitán, y haga usted imprimir esas palabras, mañana, en la *Gaceta*. « Por conspiradores contra el Rey. ¿ No ve usted ? Primer crimen. Con eso sólo merecían la muerte ; « y perturbadores de la pública tranquilidad », lo más sagrado en la vida de un país, después de nuestro soberano, « ¡ y perturbadores de la pública tranquilidad ! » Eso suena como un castigo.

Á fuerza de repetir este producto de su ingenio, de declamarlo con acciones de juez implacable, alzando el indice y la frente en busca del concurso del cielo, don Mariano llegaba á persuadirse que las matanzas de la cárcel eran no sólo un acto justo, sino un acto inevitable de salvación social. San Bruno apoyaba con la cabeza, y aplaudia con su mirada de siniestra satisfacción. Los dos hombres parecian, en aquel momento, celebrar alguna ceremonia de un culto misterioso, de algún exorcismo de brujos, con sus evocaciones satánicas, como las de un cuento de viejas supersticiones.

El Capitán se dirigió después al cuartel del regimiento de Talavera, donde ocupó algún tiempo en disponer lo necesario para cumplir la orden del Presidente sobre la exposición de los dos cadáveres en la plaza. Habia un palo en medio de ésta, que servia de rollo; pero era preciso buscar y hacer plantar otro. Al mismo tiempo hizo preparar al cabo Villalobos un cartel, copiado sobre el que había escrito en el palacio. El cabo debia dirigir la vergonzosa operación de colgar los cadáveres y de ponerles al pecho los carteles con que el reconquistador del reino queria hablar por medio de las victimas, como él mismo habia dicho, al pueblo amedrentado. Después de esto, don Vicente esperaba descansar una media hora con la dulce satisfacción del deber cumplido. Cuando iba á recostarse sobre su cama, golpearon á su puerta, y le avisaron que un soldado de la guardia de la cárcel deseaba hablarle.

— ¿ El cabo no ha dicho para qué me necesita ? preguntó al oir el mensaje que le trasmitia el soldado.

— No, mi Capitán.

— Está bien, espere usted y vendrá conmigo.

Al salir encontró en el patio del cuartel á Villalobos con su gente, que iban á emprender la marcha, después de ha-

ber reunido los elementos necesarios para la faena tenebrosa de que estaban encargados. San Bruno, con su minuciosidad de ordenancista, inspeccionó en detalle cuanto los hombres llevaban, y se aseguró de que el cabo, su segunda alma diabólica, no había olvidado los carteles. Hecho esto, se puso en marcha.

En la cárcel, durante aquel tiempo, el prisionero patriota y su libertador realista, bajaron presurosos de los altos y se presentaron al cuerpo de guardia. El cabo buscaba cómo detenerlos.

— Abra usted pronto, le dijo Laramonte, que llegaba temiendo encontrar en el jefe de la guardia la actitud desconfiada que creía notarle.

El cabo tomó la llave, colgada de un clavo á la entrada del cuarto de guardia, y caminó hacia la reja de la entrada con movimientos perezosos, con la indecisión estudiada del que quiere ganar tiempo. Pero como la distancia que tuvo que recorrer era de pocos pasos, hubo de tomar una decisión al encontrarse junto á la reja.

Aquella evolución de roto taimado, que pretende desobedecer por algún medio indirecto, tenía en ascuas al poco paciente Coronel.

— Mi Coronel, dijo el cabo, sin introducir la llave en la chapa, yo no sé, pues, si el preso puede salir.

Laramonte llegó, con esto, al colmo de la irritación.

— ¡ Cómo ! ¿ Qué es esto ? exclamó. ¿ Y la orden del General ? ¿ Y mi propia autoridad ? ¡ Cuidado, cabo, no se exponga usted á un tremendo castigo !

— Pero yo no tengo orden de mi capitán San Bruno, observó el cabo con timidez.

— Yo no reconozco al capitán San Bruno como mi jefe, ni á usted tampoco el derecho de discutir conmigo. Abra usted la puerta inmediatamente.

Echó mano á la espada al decir esto. Sus ojos, centelleantes de ira, eran más amenazadores todavía que aquella acción. El cabo conoció que su interlocutor era hombre de atravesarlo en el acto, si demoraba en obedecer. También pensó que llamar á los hombres de la guardia para resistir habría sido un acto de rebelión, que no tenía valor de acometer. Su ánimo de subalterno, doblegado por la férrea ley de la obediencia militar, flaqueó ante la imperiosa actitud del Coronel.

— Bueno, pues, usía será responsable, dijo entre dientes, humillado; pero sin energía para resistir.

Y abrió la puerta.

— Lo seré, no tenga usted cuidado, replicó con altanera voz Hermógenes.

Al mismo tiempo, con una cortesanía de salón y la elegancia de su esbelto porte, volviéndose hacia Abel :

— Pase usted, caballero, dijo, siguiendo tras de Malsira, sin volver á ocuparse del cabo que cerraba la puerta.

Apenas estuvieron en la plaza, Hermógenes aconsejó á Malsira que se pusiese en salvo sin perder tiempo.

— No piense usted, le dijo, en volver á su casa. San Bruno lo hará buscar por todas partes. Salga usted de Santiago lo más pronto posible. Puede usted disponer de mi caballo. Usted tiene sin duda algunos amigos en los alrededores, donde ocultarse. Después hará usted lo que más conveniente le parezca. Mas, por ahora, habría gran peligro en que usted se dejase prender.

Abel contestó explicando, en pocas palabras, el objeto con que había ido á la cárcel, y habló de los caballos que había dejado á cargo del esclavo, en la calle de la Nevería.

— Pues huya usted con su sirviente : éste puede mañana entrar á Santiago, sin llamar la atención y traer noticias de usted á su familia.

Mientras hablaban, se habían encaminado á la calle de la Nevería. El negro, al ver llegar al joven, tuvo la alegría del perro fiel, que vuelve á encontrar á su amo, después de haberse perdido. Felizmente, ningún sereno había pasado por ahí en toda la noche. San Bruno había alejado el servicio de policía de las inmediaciones de la cárcel, para distribuir más gente en los barrios apartados y hacer pensar al vecindario de aquellas localidades, que algo de grave se debía temer en el gobierno, cuando se había reforzado la vigilancia en la ciudad. Esto entraba en el plan de justificar los temores de una gran conspiración.

— Pues á caballo, señor de Malsira, dijo el Coronel, interrumpiendo la relación, que el negro había empezado, de los temores en que la ausencia de su *amito* lo había mantenido durante aquel tiempo.

— Acepto el consejo, dijo Abel, saltando sobre el caballo que había destinado á su padre, y ordenando á Francisco montar en el otro.

La empeñosa solicitud con que Hermógenes contribuía

á su fuga, había causado á Malsira una sincera impresión de agradecimiento hacia su protector. El calor de esas simpatias rápidas que suelen desarrollarse entre hombres jóvenes, le hacia olvidar que aquel mismo hombre era el raptor de Trinidad. Contento de verse libre, agitado el pecho con las violentas impresiones de tristeza y de sed de venganza, que lo habian dominado en la prisión, no pudo resistir, al separarse de su libertador, á un movimiento de simpatia, que otro menos joven habría refrenado tal vez. Tendiendo su mano al afianzarse sobre los estribos:

— Aunque enemigos politicos, Coronel, dijo con franca cordialidad, podemos estrecharnos la mano como caballeros.

— Adiós, respondió Laramonte, correspondiendo con efusión al saludo; esperemos que en tiempos mejores, nuestras divisiones habrán de desaparecer.

— Cuento con su promesa de entregar ahora mismo mi carta. Adiós.

Volvía riendas á su caballo, cuando del lado de la plaza resonó una voz gritando:

— ¡Alto! ¡Nadie se mueva!

Los dos jóvenes reconocieron la voz de San Bruno. Seguido de cuatro soldados, el Capitán, desembocando por la esquina de la plaza, se dirigia sobre ellos á paso de trote.

— ¡Sálvese usted; sálvese usted ligero! exclamó Laramonte.

Abel y su criado emprendieron la carrera en dirección al río. La voz de «¡alto!» gritada por San Bruno y la apresurada exhortación de Hermógenes, se habian producido con rapidez extrema. De una y otra parte, el tono de la voz habia indicado la violenta ansiedad de conseguir el fin: aquél, de impedir la fuga, éste de burlar tal intento.

Casi al mismo tiempo que los dos jinetes echaban á correr, San Bruno, con la rápida decisión del hombre acostumbrado á los trances difíciles, mandó á su tropa en voz sonora:

— ¡Alto, preparen; apunten, fuego!

Juntamente con el eco de la orden, resonó en el aire tenue del alba que empezaba á nacer, el estampido de cuatro tiros, uno tras otro, como en un fuego graneado que principia.

Los dos hombres que huian se perdieron, como en una

penumbra de linterna mágica, por la calle de Santo Domingo, á la derecha.

San Bruno y su gente, tomando de nuevo el paso de trote, siguieron su marcha hasta el punto de donde habían visto huir á los de á caballo. Al llegar, encontraron únicamente al coronel Laramonte, que parecía hacer grandes esfuerzos, asido de la reja de una ventana, por mantenerse de pie.

— ¡Ah, Capitán! ¡Con mil diablos! exclamó al ver llegar á don Vicente, buena captura hace usted con su maldito empeño de persecuciones.

El capitán de Talavera se quedó perplejo. Conoció que Hermógenes estaba herido y temió haber extralimitado sus facultades. Nada, en efecto, lo autorizaba para suponer que el Coronel hubiese hecho valer de mala fe el salvoconducto en favor de Malsira. En cuanto á la forma, la orden estaba en regla. Fingiendo grande interés, se acercó á Laramonte:

— ¿Está usted herido, mi Coronel?

— Así parece, contestó éste, sintiendo la pierna derecha paralizada.

— ¡Qué desgracia! dijo con hipócrita compasión don Vicente.

— ¡Cáspita! Capitán. ¡Qué terrible hombre es usted! ¿Cómo? ¿usted hace fuego y se expone á matar á las gentes por simples suposiciones?

San Bruno, conociendo su falta, se calló, taimado y enfadado. Algo de incierto murmuró entre los dientes, como para escusarse.

— En fin, yo no pienso pasar aquí la noche, exclamó con impaciencia Hermógenes. Haga usted traer de la cárcel una angarilla con un colchón, algo en que sus hombres puedan transportarme á casa. ¡Ah! que llamen á mi asistente, que está ahí con el caballo.

El Capitán repitió la orden, y los soldados, corriendo, se dirigieron á la cárcel. El jefe y el subalterno quedaron solos. Éste no hallaba qué decir. El jefe, desdeñoso, pensativo, miraba las estrellas, que empezaban á palidecer con los lejanos albores de la mañana. Pero el dolor de la herida se hacía sentir, y disipaba las ideas que se habían agrupado en el pensamiento de Laramonte. Abel que huía, Trinidad que esperaba, se borraron casi de su imaginación. Entonces rompió el silencio.

— Tome usted mi pañuelo del bolsillo y véndeme la pierna. Ahí, sobre el muslo... apriete usted... más fuerte... bien, un nudo ahora.

El Capitán iba ejecutando las indicaciones en silencio. En lugar de interesarse por el herido, sólo oía el acento imperioso, que le ordenaba como subalterno, con pronunciación rígida, con un dejo humillante de superioridad y de impaciencia. Poco después llegaron los soldados. Traían una especie de cama de campaña, formada de una ancha tabla puesta sobre una angarilla y cubierta con un colchón. Con respetuoso cuidado colocaron á Laramonte sobre esa cama y emprendieron, por su orden, la marcha, en dirección á su casa.

— Mi Coronel, voy á buscar el cirujano, dijo San Bruno separándose del grupo.

Pronto llegó el herido al término de su viaje. La casa del Coronel, en la calle del Estado, distaba tres cuadras de la plaza. Hermógenes, apenas hubo llegado, despidió á los hombres que lo habían conducido y se hizo dar recado de escribir por su asistente. En el camino había reflexionado. No podía, en el estado en que se hallaba, presentarse en casa de Violante. Algo de delicado le decía, en su lógica varonil, que su aparición teatral, postrado por una herida, habría parecido como un recurso de que aprovechaba para conmover el corazón de la chica y coartar su libertad, en la decisión que tendría que tomar después de leer la carta de su hermano. No podía saber tampoco qué consecuencias iba á tener la herida, y no era posible que expusiese á Violante á hospedarlo en su casa, mientras durase la curación. Escribir á Trinidad y anunciarle en pocas palabras lo que había ocurrido, le pareció la mejor solución del caso singular en que los acontecimientos de la cárcel lo habían colocado. También, las emociones profundas de aquella noche, habían templado en él la exaltación amorosa que precipita á las acciones violentas. La tragedia de que acababa de ser testigo, cambiando profundamente la situación, le hacía mirar su porvenir y el de Trinidad con más confianza. La muerte del padre de la joven y el servicio que había prestado á su hermano, allanarían considerablemente, los obstáculos que en la mañana parecían imposibles de vencer. ¿Por qué no aprovechar de estas circunstancias que el destino le había deparado? ¿Tal vez podía silenciarse, como lo esperaba Abel, la sa-

lida del convento? Todo le aconsejaba un acto de moderación, que era también un acto de hidalguía.

Tomada su resolución, escribió :

« Señorita :

» Por su prima sabrá usted muy pronto los terribles acontecimientos de esta aciaga noche. Yo habría ido ahora mismo á referírselos si, por consecuencia de esos mismos acontecimientos, no me hallase en la imposibilidad material de poder hacerlo. Me encuentro herido, y aunque espero que el mal no será grave, lo es bastante, sin embargo, para privarme de la felicidad de ir á ponerme á los pies de usted. Felizmente su hermano está libre, lo que no es poco, en medio de otras tremendas desgracias. Me ha encargado hacer llegar á manos de usted la carta abierta que le envío dentro de ésta y que no he leído, lo aseguro á usted con mi palabra de caballero.

Apenas me atrevo á mezclar las protestas de mi profundo amor, á la triste noticia que sólo tengo tiempo de insinuar en esta carta y que recibirá usted demasiado pronto. Pero siento ese amor más vivo y más invariable que nunca. Consérveme usted el suyo y tendremos fuerza, unidos en tan puro sentimiento, para triunfar de la dura prueba á que nos somete el destino ».

Después de firmarla, incluyó en esta carta la de Abel para su hermana y la envió con su asistente á casa de la de Alarcón.

XXXI

Trinidad Malsira y la viudita, vieron con sorpresa extrema, llegar á Luisa Bustos, cuando cansadas ya de esperar la respuesta de Laramonte, la inquietud de una y otra empezaba á convertirse en desesperación. El primer momento fué penosísimo para las tres. Hubo un instante de dolorosa excitación, de confusión púdica para Trinidad. La presencia de su prima era el vivo reproche de su falta. Llegó á sentir hacia ella un secreto despecho. La bondad fraternal de la mirada, la placidez serena de la mujer impecable, la humillaban. Un sentimiento confuso, semejante á la envidia del enfermo al contemplar una persona llena de salud, cruzó también su corazón. Luisa no dejó

durar sino unos cuantos segundos la embarazosa turbación de que las tres se vieron sobrecogidas. Avanzó con rapidez hacia su prima y la estrechó entre sus brazos con sincera emoción. Los corazones latieron unidos. La distancia moral que separaba á las dos chicas, desapareció en esa efusión calorosa de fraternal simpatía. Violante, conociendo que su presencia era importuna, se había retirado. Entonces, con voz suave, las manos entrelazadas, una conversación murmurada como una confidencia, empezó entre las dos primas. Con un tacto delicado, hijo de su cariño, Luisa evitó al principio la abrumadora revelación de lo que acababa de oír á Laramonte, sobre los acontecimientos de la cárcel.

— Te habrá parecido extraño verme llegar á estas horas de la noche, le dijo, y más extraño te parecerá todavía saber que al venir aquí, estaba segura de encontrarte.

Trinidad bajó los ojos ruborizada.

— ¿Cómo lo sabías? preguntó.

— Te lo diré después. Solo te hablaré por ahora de mi espanto al saberlo. No te figures que he venido á hacerte reproches. Te quiero demasiado, para agravar con ellos el pesar con que, estoy segura, has dado un paso tan grave como el de salir del convento. Quería, sí, preguntarte, ¿cómo tú, casi mi hermana, conociendo mi gran cariño, has podido tomar una determinación tan decisiva sin confiarte á mí? Esta es una de las cosas que me han dado mas pena, al saber la posición tan difícil en que te has colocado.

— No era un secreto mío. Además, tú no me habrías permitido hacer lo que he hecho.

Trinidad se poseía ya. Mientras hablaba su prima, ella había conseguido vencer la turbación de los primeros momentos. La respuesta reflejaba la voluntad firme, que la soledad y los pesares habían creado en ella. No era ya la chica tímida, acostumbrada á doblegarse ante la autoridad de los demás. Como los retoños de un árbol, que sólo llegan á su desarrollo, cuando se les planta separados del tronco que los alimenta y cobija, la chica, separada de los suyos, había adquirido la personalidad que le faltaba. Lo sintió así su prima en el tono decidido de la respuesta, en la actitud de resignación tranquila que le adivinó en los ojos. Esta observación decidió á Luisa á marchar más ligero que lo había creído necesario, en la vía de las confidencias.

— En eso tienes mucha razón; me habría opuesto por todos los medios posibles á lo que has hecho.

— ¡Ya lo ves! Tú misma me hallas razón de no haberte consultado.

— ¿Consultado? No precisamente. Yo sólo habría querido que no me tuvieras ignorante de tus proyectos.

— ¿Y para qué, puesto que sabia que te opondrias á ellos?

— Para que yo te hubiese mantenido al corriente de lo que pasaba en tu familia. Sólo con eso, estoy segura que jamás te habrías atrevido á salir del convento, de la manera en que has salido.

— ¿Qué ha pasado? Ni tú ni mi mamita me han dicho nada cuando iban á verme.

— Para evitarte nuevos pesares; pero ahora es preciso que lo sepas. Al día siguiente de tu salida de la casa, tu padre, con muchos otros patriotas, fué apresado por el gobierno y encerrado en la cárcel. ¿Comprendes ahora lo gravísimo del paso que has dado? Mientras los españoles, los enemigos de tu patria y de tu familia, cometian con tu padre un atentado injustificable, tú has parecido sancionar ese acto, darles la razón, abandonando el convento con un oficial español.

Sin bajarse, los ojos de Trinidad se habían llenado de lágrimas. La luz de esa revelación, le hacia entrever un abismo.

— ¡Pero yo no lo sabia! exclamó con dolorosa sinceridad.

Grito del corazón, grito de hija que perdona la tirania paternal, para acordarse solamente de su ternura.

— ¡Pobre padre! añadió, dejando rodar las lágrimas que brillaban, como temerosas de caer.

— ¡Ya ves! Es lo que te decia. Si lo hubieses sabido te habrías quedado en el convento, sin necesidad de mi oposición ni de mis consejos.

La otra bajó los ojos. Una pena profunda la invadía. El remordimiento, que velaba sordamente en su pecho, cubierto por su amor dominante, por la subyugadora influencia del hombre á quien había entregado su vida, se alzaba ahora con sus punzantes ardores. Luisa sospechó esa transformación en el ánimo de su prima. En su semblante, en sus ojos, no habia ya la resignación tranquila de las firmes resoluciones.

— ¡Ah, si ustedes me lo hubiesen dicho! ¿Por qué no me lo dijeron?

Buscaba en su mente, como todo el que ha cometido una falta, algo que calmase su conciencia. La invariable inclinación humana, de hacer pesar sobre los otros la responsabilidad de nuestros errores, le hacía encontrar una disculpa en el silencio de su madre y de su prima.

— Por no aumentar tus pesares, ya te lo he dicho. Pero, en fin, ahora lo sabes y es tiempo todavía de reparar el mal. Vuelve conmigo á tu casa. Le diremos á tu mamita que yo te fui á buscar al convento y así no se sabrá lo ocurrido.

Trinidad se levantó de su asiento agitada. No podía resolverse á abandonar el sueño acariciado durante tan largo tiempo. No podía volver la espalda á la única felicidad que le hacía querida la existencia. Felicidad mezclada de amargura y de remordimientos, es verdad; pero al fin, la única dicha, la única aspiración de su alma, más embriagadora tal vez con esa mezcla de amargura y de remordimientos. Estas emociones vivas, exigentes, atropelladas en su cerebro, como las olas que sacuden un frágil esquife, le quitaron la facultad de raciocinar. No encontró qué responder á su prima y fué á arrojarse sobre una silla, lejos de ella, en un rincón oscuro de la estancia, ocultando entre las manos su rostro, inclinada sobre sí misma, temblorosa de llanto, como una flor á la que el huracán doblega y agita sobre su tallo.

— Comprendo que mi consejo empieza por hacerte sufrir. Pero, piénsalo bien: no hay otro medio de reparar el mal. ¿Por qué no tener un poco de resignación y de paciencia? Tú eres muy joven y tienes tiempo de esperar. Tu pobre madre, que ya parece no poder resistir á sus amarguras, no soportará el espantoso golpe de verte deshonrada. ¿No es mejor que la venzas á fuerza de cariño, ahora que tiene tanta necesidad de estar rodeada de ternura?

Las palabras resonaban en sus oídos desiguales y vacías de significación. Los argumentos no tenían fuerza ante el imperioso egoísmo del amor. «Ella daría su vida por su madre; siempre había sido una hija amante y sumisa; nunca le había faltado su ternura. Pero, ¿por qué pedirle más que su vida? ¿por qué condenarla á un eterno dolor por un capricho? ¡Qué le importaba á ella que unos fueran realistas y que otros fuesen patriotas! ¡Cuántas chilenas, hijas de

padre y madre nacidos en Chile, no habría casadas con españoles! Hermógenes no le impediría seguramente ser buena hija. Que sus padres le prometiesen admitirlo en su casa y consentir en su matrimonio: ella volvería entonces á la casa. Mas, empezar otra vez la vida de antes, renunciar á su amor, á todos sus juramentos, so pena de no recibir jamás una mirada cariñosa en su familia, de jamás oir de ella una palabra de simpatía y de cariño, ser tratada como un ser rebelde y casi despreciable, ¡oh, no! Prefería que la creyesen deshonrada; prefería, no sólo eso, no sólo las recriminaciones de todo el mundo; prefería morir! »

— ¡Morir! ¿Oyes? Nada es comparable á la vida que he llevado hasta que entré en el convento. Nada tampoco es comparable á la humillación, á la horrorosa vergüenza de verme encerrada como una criminal. ¡Ah, eso no se me olvidará nunca, nunca!

Repetía exasperada la última palabra. Se había embriagado con su propio razonamiento. Sus quejas, aumentadas en su fantasía á medida que hablaba, lucían en su imaginación, con los colores de pesar enfermizo que tienen las amarguras devoradas largo tiempo en silencio. Había olvidado á su padre prisionero, á esa madre desfalleciente de dolor. El estupendo egoismo de su amor de mujer la ofuscaba. Al través de un prisma de aumento y de confusión, su vida le parecía como un largo y cruel sacrificio, que no soportaría por más tiempo. Consejero audaz, su amor le cerraba el corazón á los antiguos y naturales cariños; llegaba á endurecerle el alma para todo lo que se había opuesto á él, para todo lo que pudiese amenazarlo.

Su prima hizo vanos esfuerzos para triunfar de ese delirio. La chica se defendía con singular calor. En sus ojos lucían por momentos algunos resplandores extraños, como los que brillan en la vista de los infelices poseídos por la manía de la persecución. La gracia femenil no guiaba sus ademanes. Quería dar más fuerza, más persuasión á ese destemplado estallido de su alma. Sus acciones, á veces, parecían movimientos varoniles. Por esa chica rubia y delicada, esbelta y frágil, pasaba en aquel momento algo de desgarrador. Hacía pensar en una víctima que se defiende, al verse arrastrada á algún suplicio espantable. La discusión se hacía cada vez más penosa. Trinidad interrumpía á Luisa á cada momento. En sus réplicas, los sarcasmos acudían por momentos, rápidos y cortantes como golpes de hacha.

Convencida de la inutilidad de sus esfuerzos, Luisa recurrió al arbitrio de callarse. Pensaba que la exasperación de la chica era demasiado aguda, para no terminar en la postración y el desaliento, si no hallaba resistencia. Fué lo que sucedió poco después. Al ver á Luisa impasible, con la calma de los fuertes que no se irritan, con el digno silencio de los que confían en la razón que les asiste y desdeñan de continuar una lucha vana, Trinidad volvió á la razón. Su amor, sus remordimientos, la conciencia de la dureza que acababa de manifestar, descargaron sobre ella con violencia irresistible, la pesadumbre inmensa de un desconsuelo desgarrador. Su voz perdió las duras inflexiones de la exasperación, la modulación inflexible de la intransigencia, y empezó á decaer en su vigor, á encontrar notas vacilantes, hasta degenerar en los sollozos de la pena vencedora, en la desolación del llanto reprimido, que acude con mucha rapidez, cerrando al pensamiento toda vislumbre de tranquilidad, ya que no de dicha, en el porvenir.

Luisa, mientras tanto, permanecía inmóvil. No quería turbar ese trabajo de la naturaleza. Nada, por otra parte, podía desalentarla en su propósito de vencer la resistencia de Trinidad. Mientras ésta, distante, replegada sobre sí misma, sollozaba, ella veía al través de la ventana que una vaga claridad, apenas perceptible, iba disipando las sombras del patio, y pensaba que una luz también, la luz de la reflexión y de la calma, iría iluminando el corazón de la afligida chica.

« ¿Para qué aumentar su aflicción, revelándola las terribles noticias que Laramonte acababa de comunicarle? Ella esperaba triunfar sin el auxilio del terror. No quería que más tarde, la chica, con una reacción hacia el bien perdido, se arrepintiese de haber vuelto al hogar de sus padres. Era mejor dejarla serenarse, dejar que ella misma se persuadiese que su deber y su esperanza no eran incompatibles. Aquella alma sana no podía aspirar sino al bien; lo que le faltaba era la fuerza de sacrificarle la larga aspiración convertida en realidad. El dolor, ese maestro inflexible, le enseñaría la ciencia del sacrificio. En el fondo de toda resignación, hay siempre una esperanza. »

Así pensaba, mirando á Trinidad, cuando entró en la casa el asistente del Coronel.

La carta de Laramonte vino á sacar á las dos primas de

esa penosa situación, que parecía sin salida. En una y otra, las dolorosas sensaciones que las agitaban, desviadas de la idea fija por el nuevo incidente, encontraron un centro común de interés, donde fué á borrarse la sorda irritación que empezaba á germinar en el alma de Trinidad.

— Yo sé lo que es, yo te la leeré, dijo Luisa, apoderándose con cierta autoridad de la carta, que el asistente, introducido en la pieza por una criada de la viudita, les presentaba.

— Espere usted en la antesala, dijo después al soldado.

Cuando se hallaron solas, ambas inclinadas sobre la mesa, donde ardian dos luces, empezaron á leer. Para Trinidad todo era enigmático en la carta de su amante. Desde las primeras líneas tuvo Luisa que resolverse á explicarle lo que ella sabia ya. La visita de Laramonte en busca del salvoconducto, la prisión de Abel, la lucha en la cárcel, en la que don Alejandro, según la relación del Coronel, habia recibido gravísimas heridas. Cada una de esas revelaciones resonaban como otros tantos anatemas del cielo, en el alma atribulada de la chica.

— ¡ Hermógenes herido también ! exclamó aterrada.

El cielo le enviaba todos los castigos á un tiempo, pensó, sin oir ya lo demás. Luisa se abstuvo de leer la última frase. Sus primeras palabras le indicaron el sentido de lo que seguia. Palabras de amor, que apenas entrevió. ¡ Á ella, qué le importaba un sentimiento al que creía haber cerrado el alma !

— Tú leerás lo demás, dijo pasando la carta á Trinidad, voy á ver lo que te dice Abel.

Diciendo esto le pasaba la carta.

Por ella sabia que Malsira estaba libre. Ese era al menos un consuelo. Mientras su prima recorría nuevamente desde el principio las líneas que acababa de oir leer, ella desplegó el otro papel con avidez. Escrito con lápiz, casi sin luz, con el pulso temblando de emoción, no era fácil descifrarlo á primera vista. Luisa, con atención intensa, fijó la vista en esos caracteres mal trazados.

— ¡ Ay ! ¡ qué horror ! exclamó devorando las primeras líneas.

— ¿Que hay? ¿que hay? preguntó sobresaltada Trinidad.

La chica le pasó el papel. Una horrenda tristeza se pintaba en su rostro, mientras que no acertaba sino á repetir

la exclamación, que las primeras palabras de la carta de Abel le habían arrancado.

— ¡ Qué horror ! ¡ qué horror !

— ¿ Alguna nueva desgracia ? ¡ Dios mío ! dijo Trinidad sin atreverse á poner la vista sobre el papel que le pasaba su prima.

— Lee, lee, es preciso que leas, repuso Luisa anonadada.

— Si tú no te atreves á leer debe ser algo muy terrible, exclamó Trinidad con miedo, entreviendo ya una gran desgracia, sin valor para ponerse frente á frente de ella, sin valor para leer ella misma lo que aterrorizaba á su prima.

— Trae, yo leeré, dijo Luisa, armándose de energía. Y con voz que no conseguía hacer segura, empezó :

« Hermana querida :

« Nuestro pobre padre acaba de ser villanamente asesinado por los españoles. »

Sin dejarla proseguir, Trinidad se arrojó á su cuello con un gemido desgarrador. Habíase figurado alguna catástrofe ocurrida en la cárcel, pero la idea de aquel trágico fin estaba lejos de su mente. Su llanto, sus lamentos por la aciaga suerte que les cabía, no dejaron por algunos instantes continuar la lectura. Hondamente impresionada también, Luisa lloraba al par de su prima.

— Vamos, es preciso leer lo demás, dijo, volviendo al papel, sin cuidarse de secar las lágrimas que corrían sobre sus mejillas.

« Nuestro padre acaba de ser villanamente asesinado por los españoles. No agraves nuestra horrenda desgracia con un acto que causaría la muerte á nuestra madre infeliz. Vuelve á su lado y consuélala. Espera su consentimiento para unirte á Laramonte. Yo te prometo mi apoyo para obtenerlo más tarde. Él se ha conducido noblemente. Le deberé la libertad y sabré pagarle mi deuda. Deseo conservar esa libertad para vengar á nuestro pobre padre. Si consigo huir, encontraré algún medio de hacerles saber á ustedes mis planes. Abraza á nuestra afligida madre y á Luisa, á quien tanto debemos. Tu amante hermano

Abel »

En ambas el llanto había cesado. La voz de la que leía, serenándose y afirmándose á cada frase, había resonado

con modulaciones graves y armoniosas. Una eleveda y solemne convicción parecía haber unido al autor y á su intérprete, como si el pensamiento de ésta no fuese sino el eco del pensamiento del primero. Trinidad, se había separado lentamente de su prima. Le parecía oir el testamento supremo de su hermano, acaso la voz de su padre, que éste se encargaba de trasmitirle. El mandato tenía algo de una voz de ultratumba, que le trazaba su deber, abriéndole para después, ¡ay para mucho después! la esperanza de una felicidad noblemente conseguida. Un terror misterioso, un desaliento de las cosas de la vida, le cubría el alma, como un sudario.

— Haré lo que tú quieras, dijo, contestando á una mirada de Luisa al fin de la lectura.

— Debemos irnos inmediatamente, contestó ésta.

— Un momento, voy á escribir dos palabras.

Trinidad se sentó á una mesa, sobre la que había lo necesario, y escribió.

«He recibido su carta y quedo profundamente inquieta por usted. Le devuelvo la carta de mi hermano para que la lea. Con la atroz desventura que nos hiere, no me es posible dejar de obedecerle y abandonar á mi pobre madre. Estoy segura que usted aprobará mi determinación de volver al lado de ella. Esto no hara variar mi corazón, que es de usted para siempre, ni mi voluntad, que es la de usted.

Trinidad.»

— Toma dijo á su prima, ruborizándose, manda esta carta á Hermógenes, y vámonos de una vez.

Había hecho todo aquello con obsoluta sencillez, sin que nada en su actitud recordase las violentas emociones porque acababa de pasar. Era un ser resignado y paciente, doblegado por una pena invencible, llevando en el alma un duelo atroz de mil pesares reunidos, que apenas le dejaban fuerzas para moverse maquinalmente en los preparativos de la salida.

Luisa hizo llamar á la viudita para despedirse de ella. Violante no se había atrevido á terciar en la entrevista de las dos primas, y velaba sola, nerviosa y alarmada, sin darse cuenta de lo que ocurría. A fin de distraerse, se había puesto á descoser un vestido, al que se proponía hacer un nuevo y elegante arreglo. Su sonrisa de mujer bonita se

cambió en una expresión de extrañeza, al oir la relación que le hizo Luisa de los acontecimientos de la cárcel. «Mi tío y los demás han sido víctimas de una infernal maquinación», fué la frase indignada con que la chica resumió los hechos. La viudita quedó confundida. Bien había sentido en esa y otras frases, que Luisa no olvidaba la recomendación que ella había hecho á Abel «del hombre infame, instrumento de la cobarde traición», como Luisa había calificado al ingenioso Villalobos. La relación había sido breve, vibrante de una indignación que no trataba de contenerse. Entre ella y Luisa, una atmósfera de odio reinaba, sensible para ambas, con efluvios eléctricos, como los que corren entre las nubes y engendran el relámpago y el rayo. Pero eso, sin ninguna manifestación exterior, con las formas usuales de una correcta urbanidad. Durante el curso de la conversación, Luisa habló varias veces de la indispensable necesidad de guardar absoluto sigilo acerca de la salida del convento.

— No seré yo, bien seguro, quien la divulgue, dijo la viudita, picada con la recomendación.

¡Aquella chica tenía un modo de decir las cosas! un modo como de limón con azúcar, pero muy poco azúcar, pensaba la bella viudita.

Con Trinidad la despedida fué afectuosa.

— ¡Pobre polla! pensó al verla salir, con su aire de profunda tristeza. ¡Si parece un condenado que llevan al suplicio! ¡Vaya una á la que le quitan el buñuelo al llevarlo á la boca!

Así, sintetizaba, en su filosofía frívola, la impresión de compasiva simpatía, que sintió rozarle el corazón en presencia de tanto infortunio.

— En cuanto á la otra, esa quiere arrebatarme al primo. ¡Ya veremos!

Se sentía más bonita que ella y estaba segura de que el primer uso que haría Abel de su libertad, sería venir á ponerse á sus pies, aunque fuese arriesgando esa libertad nuevamente. Allá, en lo recóndito de su alma coqueta y ambiciosa, un pensamiento surgía, como brota la mala yerba que se arranca y vuelve á brotar, un pensamiento que ella arrojó de su mente como se arroja una araña, ú otro insecto que se siente subir por el cuello. «¡Pobre caballero! ¡Jesús, que desgracia! ¡Con su muerte Abel queda de jefe de la familia! ¡dueño de su voluntad! Esto lo

decía su imaginación; la araña que volvía, porfiada con sus patas invasoras. Para no profundizar esa tentación echó, al acostarse, una mirada al vestido que había estado desco-siendo. Un vestido, para una mujer, tiene vida, es un confidente y un amigo. Se durmió pensando en que sería muy bonito, con un vuelo en el ruedo de la pollera. El vuelo mantendría los pliegues derechos y le daría al andar un airecillo ondulante, muy salado, de esos llenos de inocencia, que dejan á los hombres pensativos.

Cámara y Mañunga seguían de cerca á las dos primas. En aquella mañana de febrero, el aire era tibio y perfumado como una caricia de mujer joven. En la atmósfera, se sentía la palpitación misteriosa del amanecer. El arrebol de las cumbres, parecía un velo de rosada gasa, extendido sobre la tierra. De la tierra trémula de dulce turbación á la llegada de su señor, el sol triunfante, cuyos resplandores, lanzados al cielo, anunciaban como ángeles de apoteosis, la proximidad de su majestuosa presencia.

— Y, ¿para qué te apuráis tanto? decía el rotito á Mañunga, que apretaba el paso, siguiendo á las dos chicas.

— Ei es, pues, para caminar ligero, pues, ¿para qué ha de ser? respondía ella muy seria, con el fruncido de labios que quiere ser desdeñoso.

En casa de Violante, de donde salían, Mañunga había entrado al patio de las criadas, dejando á Cámara en el cuarto del zaguán con el criado de la casa. Cámara empezaba á sentir fiebre de impaciencia. Aquella chica de opulentas formas, de ojos negros y profundos, que miraba como suya, tomaba con su resistencia, las proporciones tentadoras de la fruta vedada.

— ¿Entonces ya no me quieres, que no quieres hablar conmigo?

— Eso se lo diré cuando me cumpla su palabra.

— Ya te he dicho, en cuanto se acabe la guerra me caso contigo.

— ¿Qué guerra? ¿no se acabó, pues? Los godos mandan en todas partes.

Esa conformidad del vencido exasperaba al soldado de la patria.

— No estés hablando. Las mujeres no saben nada de esas cosas. ¿Te parece que se puede acabar la guerra, cuando esta misma noche los godos han asesinado montón de patriotas en la cárcel?

— ¿Quién dijo?

— El asistente que trajo una carta hace un rato.

— ¡Ave María!

— Esa la han de pagar los pícaros godos, dijo Cámara con acento de vengativa indignación, mirando al cielo, como para convertir ese pronóstico en un juramento.

Se acercaban á la plaza de armas. Era el camino más corto para ir de casa de Violante de Alarcón á la de la familia de Malsira. Aunque habrían podido tomar otra vía, Luisa había seguido aquella intencionalmente. Quería divisar la cárcel. Quería decir, aunque fuera desde lejos, un adiós, al hombre que había siempre mirado como su padre. Se le figuraba que enviar ese adiós en vista del edificio donde acababa de ser sacrificado, sería como enviárselo á su tumba.

Las dos chicas habían caminado de prisa, huyendo de sus dolorosos pensamientos; silenciosas, porque estaban demasiado absortas en ellos. Trinidad hubiera deseado no pensar en nada. Con la vista baja y el corazón desfallecido, no quería mirar esa fiesta de la luz naciente, primer saludo de la tierra al Creador, con el concierto de los diucas en los tejados, y las bandadas de los pájaros allá, arriba, en la región transparente, que vuelan rápidos y alegres á buscar sustento y amor en los campos apartados. La luz se había tornado en oscuridad para ella. Su dicha, como esas mariposas efímeras, que nacen y desaparecen en el espacio de pocas horas, había muerto al nacer. La rapidez vertiginosa con que las desgracias se habían descargado sobre su cabeza, le daba la insensibilidad del excesivo dolor, un aturdimiento moral, una verdadera síncope del alma. Creía, caminando así, á gran prisa, que ya todo le era indiferente.

Entraron en la plaza por la calle de la Catedral. Luisa de una sola mirada, abrazó el horrendo espectáculo. En medio, de dos altos postes, dos cadáveres pendían. La alegre luz de la mañana, dibujaba en el aire las líneas rígidas de las siniestras figuras. El helado marfil de las facciones salientes, mezclaba su tinte amarillento con el azul cadavérico de las mejillas hundidas. Los brazos, las piernas, parecían más largos que las dimensiones humanas. Con el juego de la claridad y de las sombras, semejaban á las visiones de un sueño fantástico. La inclinación de la cabeza hacia abajo, hacía aparecer á los dos afrentados como si cla-

masen por la sepultura, por que les diesen el último reposo qus les negaban. Los carteles que la brisa les movia sobre el pecho, dejaban leer la producción del ingenio del Presidente : « Por conspiradores contra el Rey y perturbadores de la públiea tranquilidad ». Un centinela con el fusil al brazo, se paseaba al pie de los fatídicos postes. Algunos pocos hombres del pueblo, con la cara fiambre de los que duermen en el suelo y no se lavan, reunidos en grupo contemplativo, miraban, entre atónitos é indiferentes, con la calma silenciosa del huaso, á los dos *futres* colgados. Ese acto de salvaje crueldad los dejaba pensativos.

Luisa, horrorizada, hubiera querido recular; pero una fuerza invencible la arrastraban hacia el centro de la plaza. Con el semblante lívido, seguía como magnetizada.

— ¡ Mira, qué horror ! dijo á Trinidad.

Sus ojos dilatados, contemplaban ansiosos los cadáveres. ¡ El espanto le habia hecho adivinar en uno de ellos, las líneas conocidas del cuerpo de don Alejandro!

Á su exclamación alzó la vista Trinidad y no pudo seguir andando. Su cuerpo empezó á temblar. Sus ojos se nublaron como ofuscados, y dando al mismo tiempo un gemido, cayó exánime en los brazos de su prima. Cámara y Mañunga acudieron y tomaron en brazos á la chica. Los hombres del pueblo que allí estaban se agolparon en torno, mirando con el interés de la simple curiosidad, á la linda desmayada. Otras gentes, de los madrugadores que hay en todas partes, que entraban á la sazón en la plaza, acudieron á aumentar el grupo consternado.

— Andemos ligero para llegar pronto á la casa, dijo Luisa con su aire de resolución, sin parecer turbada, aunque extremamente pálida.

Cámara y Mañunga, ayudados por Luisa, trataron de colocar á la chica sobre ese aparato primitivo, llamado silla de manos, formado por las manos entrelazadas de dos personas que se hacen frente una á otra. Pero Mañunga no tenia bastantes fuerzas y la emoción le hacia doblar las rodillas. La imposibilidad la afligia.

— ¡ Vaya ! agarra, ¡ no seas *falsa* ! le decia Cámara, animándola.

Luisa volvió la vista hacia los hombres que las rodeaban. Dos de ellos comprendieron ese llamado tácito, y ofrecieron sus servicios. Uno se sacó la manta.

— Mejor la llevamos acostadita, dijo.

La chica le parecía muy frágil para llevarla así sentada, « estando con insulto ».

Otro hombre se agregó á ellos, y tomando cada uno una punta de la manta, colocaron sobre ella á Trinidad, suavemente. En seguida emprendieron con ella la marcha, guiados por Luisa y Mañunga, que caminaban delante. Algunos otros, tres ó cuatro de los de poncho y *chupalla*, se reunieron á la comitiva, diciendo que los que llevaban á la chica podían cansarse en el camino.

— ¿Será lejos? preguntaban, *por saber*, por interés por la señorita.

Cámara les indicaba la casa de doña Clarisa, más arriba de San Francisco, casi frente á la calle de las Claras.

Mientras atravesaban la plaza, para tomar la calle del Estado, todos caminaron en silencio. Un recogimiento respetuoso parecía dominar á aquellos hombres incultos. La belleza de la joven desmayada los impresionaba. En sus inteligencias perezosas, poco acostumbradas á la gimnástica del raciocinio, alcanzaban á imaginar, sin embargo, que alguna relación debía existir entre esas dos señoritas y los *caballeros* que estaban colgados en la plaza. Á poco andar, en la calle del Estado, Cámara mirando á los demás, rompió el silencio.

— ¡ Vaya con los godos pícaros ! ¡ Quién pudiera echarlos al infierno!

Su rostro, su vista sobre todo, acusaban una excitación extrema. En su exclamación había el acento de un furor concentrado, de una ira contenida á duras penas. Su semblante fresco y moreno, en el que la alegría del vivir, e contento de la juventud brillaban casi siempre, se había puesto adusto y amenazador.

— ¿Y cómo pues, quién los echa? replicó uno de los acompañantes.

— Nunca falta un roto para un descosido, ¡ caramba ! exclamó Cámara. La observación del otro parecía haber redoblado su irritación. Tenía una mirada torva, una mirada de sangre en el cerebro.

Los demás se callaron, con movimientos de hombros de gente desalentada, que sabe que nada puede hacer.

Cámara callaba también, como absorto en una idea que perseguía concentradamente, mirando al suelo. De repente hizo ademán de pararse.

— ¡ Alto ! exclamó, yo estoy *dado*, no puedo más.

— Yo le ayudaré *cumpa*, le dijo uno de los que seguían, tomando la punta de la manta de manos del soldado patriota.

— Agarre pues, y sujete firme.

En ese momento Trinidad daba señales de empezar á volver en sí. Luisa y Mañunga acudieron. Mañunga se acercó á Cámara, que se había separado un poco del grupo y se secaba la frente con cierta afectación, como un hombre extenuado de calor y de cansancio.

— ¡Vean qué bonito! ¡ño Cámara, ya se cansó en lo mejor! ¿Desde cuándo que se cansa, pues?

— Cállate, no seas tonta, tu verás después lo que voy á hacer, le contestó él, con un airecillo de misterio que dejó á Mañunga pensativa.

— ¿Dónde se va Cámara? preguntó Luisa, y como nadie contestase, repuso:

Sigamos andando, no nos paremos. Tenía ansia de llegar, de huir lejos de la plaza. La visión de los dos cadáveres en el aire la perseguía.

El grupo se puso en movimiento.

El rotito, después de verlo alejarse cerca de media cuadra, caminó en dirección opuesta, con paso rápido, hacia la plaza. Al entrar en ésta acortó la marcha, afectando indiferencia y continuó hacia el centro, donde estaban los rollos. Por momentos, con ademán de disimulo, llevaba la mano derecha hacia atrás, á la cintura, donde tenía, como todo roto entonces, sujeto al ceñidor, un cuchillo *belduque* « para comer sandia », acostumbraba decir Cámara. Pronto llegó á confundirse con los espectadores, de los que el número había considerablemente aumentado. El sol, desde las altas cumbres, enviaba ya á la tierra, su caricia de amor. Sus rayos alegres, con la cruel indiferencia de la naturaleza por los quebrantos humanos, jugaban sobre el rostro amarillento de los dos colgados « Por conspiradores contra el Rey y perturbadores de la pública tranquilidad. » Ninguno de los espectadores, gente rústica, podía leer esa producción de la prosa oficial, tan tiesa y tan dura, como el régimen de donde salía. Cámara se quedó en contemplación delante de los cadáveres. Se fijaba principalmente en el de don Alejandro Malsira. Alto y bien plantado, la elevación á que se veía, le daba proporciones de un gigante. Sin duda que esa silenciosa contemplación evocaba en la

tosca región de su cerebro de rotito semicivilizado, la poesía inherente á todo recuerdo. El mágico pincel de lo pasado, de lo que no ha de volver, borra todas las asperezas de lo que fué, con benévola condescendencia. Don Alejandro lo había corregido en su niñez varias veces con rigor. « Pero el patrón era justo ». La justicia de parte de los patrones es el ideal del roto chileno. Varias veces, después de una buena vuelta de azotes, el patrón le había dado también una peseta. Con esos recuerdos, sus pulmones respiraban, suspirando: el aire de entonces, agitábale tempestuosamente el pecho.

— ¡Y estos malditos godos lo han asesinado y lo cuelgan aquí, como un salteador de caminos! ¡El patrón que era tan buen patriota!

Esa comparación entre el pasado y el presente, lo hizo llegar al paroxismo de la rabia. Con los ojos y el rostro contraídos, echó mano á la cintura y rompió á codazos la fila de los espectadores. Cuando se halló entre los primeros, se lanzó, con un salto de fiera, sobre el centinela, que se paseaba con su arma al brazo, y le enterró en la espalda su puñal. El golpe fué feroz. Golpe de un brazo de veintitrés años, nervioso y avezado al manejo del arma popular. El infeliz soldado, un chilote, que acaso en ese momento pensaba en los plácidos canales de su tierra, en el rancho y en la vaquita de sus padres, se desplomó, como minado por su base, con el puñal clavado en el pulmón derecho y dejando rodar por el suelo su viejo fusil de chispa. En clavar el belduque y echar á correr como una exalación, Cámara no empleó sino algunos segundos. Los circunstantes se quedaron atónitos. En derredor del pobre chilote se produjo un gran movimiento. Cuando el centinela de la cárcel notó lo que pasaba y vió correr un hombre, con la celeridad de un galgo, hacia la calle del Estado, le disparó un tiro tardío y mal apuntado, que solo sirvió para que aumentase la rapidez del que huia. En vano llamó al mismo tiempo al cabo de guardia, y en vano algunos de los soldados de ésta, destacados por el cabo, corrieron en persecución del fugitivo. Cámara había desaparecido como por ensalmo. Nadie, nadie de los que eran interrogados, lo había visto pasar.

— ¡Pero hombre! si ha tenido que pasar por aquí hace un momento: argüía con acento de gallego, uno de los españoles perseguidores.

— Así será, pues; pero no lo he visto, era la respuesta invariable.

Otros de los de la guardia se ocuparon en recoger el cadáver de la víctima, mientras que el cabo con cuatro soldados hizo despejar la plaza, por todos los que en derredor de los rollos se habían reunido. Al retirarse, con paso tardo, rozando el suelo con sus ojotas, los rotos, en cuchicheos discretos, celebraban el atentado.

— ¡Vaya con la puñalada bonita, hijo de una...!

— Ese sí que es hombre. Dios lo guarde, para otra vez.

— Se fregaron los godos. ¡No les gusta matar patriotas pues!

— El dia menos pensado yo hago un hecho también, con el primer godo que encuentro por *ei*.

Luisa Bustos y sus acompañantes habían seguido andando. Trinidad, vuelta en sí con el movimiento y el aire, pudo caminar, aunque con algún esfuerzo. Los hombres que la habían llevado se retiraron, sin querer admitir gratificación. «Ellos también eran patriotas, y no se habían ofrecido por paga». Tenian orgullo de haberse visto asociados al alivio de alguien en trance tan penoso, en el que el instinto les hacía divisar un gran dolor.

Llena de curiosidad, Mañunga se preguntaba, por su parte, lo que habría podido alejar á Cámara, tan solícito siempre de no desperdiciar las ocasiones de encontrarse al lado de ella.

XXXII

La emoción en Santiago, al saberse la tragedia de la cárcel, tomó bien pronto las proporciones del pánico. Era como la desmoralización de los ánimos en las grandes epidemias, á la que pocas voluntades resisten. Todos temían por su hogar. La política del terror levantaba su bandera ensangrentada, haciendo flamear sus anchos pliegues con reflejos de sudario. El rayo de una venganza salvaje caía en medio de la población, cuando el cielo parecía sereno.

Durante los dos primeros días que siguieron al acontecimiento, las gentes se comunicaban en voz baja, con signos de desconfianza, las noticias incoherentes de la fantasía popular. De un drama sombrío y misterioso sólo conocían la catástrofe. La ignorancia de los actos preparatorios,

les hacía temer que fuese aquel un preludio de otros dramas, en que cada cual temía que lo llamasen á figurar como actor. Los patriotas de la capital principalmente, se sentían como encerrados en un recinto oscuro, lleno de traicioneras celadas, del que buscaban á tientas la salida sin encontrar ningún resquicio de luz que les permitiera evitar los peligros de que se hallaban cercados.

El gobierno dejó cundir la incertidumbre, aislándose dentro de la reserva oficial. Sordamente, por conducto de San Bruno y otros auxiliares, salían de palacio revelaciones confidenciales, destinadas á hacer el efecto del alcohol arrojado sobre la llama. Los hechos, iluminados por esa luz artificial, aparecían con proporciones gigantescas. Preparado el terreno con la maestría de tramoyistas consumados, habló al tercer día la *Gaceta del Gobierno.* En confuso y enmarañado estilo, hizo saber á las poblaciones atónitas, que una gran conspiración contra el Estado, cuyo foco residía en el interior de la cárcel, había sido descubierta. La sociedad se había hallado, sin sospecharlo, al borde del abismo clásico. Felizmente, ahí estaba su sabio gobierno para impedirle hundirse en el precipicio. Los medios de que había tenido que valerse en su obra salvadora no habían sido suaves, es verdad, y se dejaban ver en el espectáculo con que se había regalado á los pacíficos habitantes de Santiago en la mañana del 7. La prosa de don Mariano, explicaba lo que tenían de alegórico los dos cadáveres, expuestos á la contemplación pública. La *Gaceta* daba otra buena noticia á los vecinos de la capital. Les hacía saber que ellos mismos estaban indignados de que alguien se atreviese á conspirar contra la paternal autoridad que regía sus destinos. « El público y nobles vecinos, les decía textualmente, no sólo resultan inocentes, sino que la indignación que han mostrado contra los traidores, los hace más apreciables al gobierno ». Con esto, todos los que creyesen hacer parte del público ó de los nobles, podían dormir tranquilos. « Sirva esto para consuelo del público por ahora », cuidaba de agregar la hoja presidencial, para el caso de que, á pesar de sus explicaciones, alguno quedase sintiendo todavía que la matanza de patriotas no hubiera sido más abundante.

Del incidente del centinela derribado por Cámara, nada decía la publicación oficial. Don Mariano y su auxiliar en la sangrienta saturnal, habían estado de acuerdo para ca-

llarse sobre aquel hecho de arrojo singular. En balde habría sido anatematizarlo con los más granados términos del repertorio terrorista. Sentían que en el alma de los pueblos conquistados, el criterio moral admite toda forma de protesta contra los opresores. La leyenda no tardaría en celebrar el temerario valor del rotito, como un hecho de sublime heroísmo. El Presidente se abstuvo de contribuír á ese resultado, prestándole la publicidad de su órgano impreso.

En la sociedad, entre la gente de alto copete, nadie se había atrevido á pronunciarse, hasta que hubo hablado el oráculo de palacio. Así, la trastienda de don Francisco Carpesano había estado desierta. Después de la aparición del artículo oficial, los tertulios empezaron á llegar. Cada cual tenía su versión del misterio de la noche del 6 de febrero. Don Manuel Cardenillo refería con hondos suspiros que su cocinera, al ir á la plaza de abastos, había visto arrojar los cadáveres á la plaza de Armas, desde las ventanas de la cárcel. Carpesano, que acostumbraba ir él mismo á comprar las provisiones del día, había visto con sus propios ojos, cuando colgaban los dos cuerpos. Hombres del pueblo le habían asegurado que los dos colgados estaban *medio* vivos cuando los habían subido. Él, por supuesto, no se había detenido á mirarlos; pero había oído decir después, que uno de ellos era don Alejandro Malsira.

— ¿Quién se lo dijo? preguntó don José María, que no gustaba de ver á otro más informado que él.

— José Retamo me lo dijo ayer, cuando fuimos á enterrar á don Alejandro.

Esta contestación hizo un completo silencio en la trastienda. Ninguno de los tertulios se había atrevido á concurrir á la fúnebre ceremonia. Amigos ó parientes, todos, excepto don Francisco, temieron comprometerse, dejándose ver en la inhumación de un hombre muerto por « conspirador contra el Rey y perturbador de la pública tranquilidad ». La frase oficial era un anatema en el que nadie quería incurrir. Uno de los tertulios, que no tenía relación de parentesco con los Malsira, dió la campanada que los otros temblaban de oír, después de la respuesta del dueño de la tienda.

— ¿Y cómo fué que el Gobierno permitió que le hicieran á don Alejandro un entierro particular?

Con su espíritu de réplica, don José María salió á contestar.

— ¡Vean qué gracia! ¿No quería que lo dejasen de muestra?

— Pero si dicen que á todos los otros los echaron á la fosa común, le contestaron varios.

Don Francisco Carpesano explicó que el entierro se debía á la intervención del mulato José Retamo, siempre preocupado de las obras de piedad y de beneficencia. Retamo había ido á ver á don Jaime Bustos para que lo acompañase á palacio, á pedir al Presidente el favor de dejar á la familia el cuidado de enterrar á su deudo. Don Jaime, él mismo lo había contado, temblaba de presentarse al General en aquellas circunstancias; pero su sobrina Luisa lo había decidido, y aun lo había acompañado á palacio. Ella había implorado del Presidente la orden de que se entregase el cadáver á don Jaime, y José Retamo se había encargado de todo.

— Si yo hubiese sabido que eso podía conseguirse, dijo don José María, yo mismo habría ido á pedírselo al señor Osorio.

— Y entonces, ¿cómo no estuvo en el entierro? le preguntó don Francisco; el mulato Retamo repartió él mismo los convites.

— ¡Ah! no fuí porque estaba con ciática, pues tuve que llevarme paseando á media noche á uno de los mellizos, que estaba muy llorón.

Algunos de los tertulios acogieron con aire incrédulo esta contestación de Reza.

— No estén creyendo que yo tuviese miedo, repuso éste, como contestando á esos signos de incredulidad; yo no soy de los que me escondo, ¿no ve? El primero que habría ido si no hubiese estado con ciática. ¿Les parece que no es nada?

Algunos, por condescendencia, le encontraban razón y aceptaban un cigarrillo, que don José María les ofrecía mientras hablaba, pasándoles su cigarrera de paja.

— ¿Y quieren que les diga más todavía? añadió alentado con las muestras de aprobación; aunque hubiese podido ir no lo habría hecho, ¿no ve? Un padre de familia se debe ante todo á los suyos, y si la Panchita me hubiese visto salir vestido de negro por la mañana, se habría asustado. ¿Qué, no saben que sólo con la noticia de que había dos

cuerpos colgados en la plaza se le secó la leche ¿no ve?

Don Manuel Cardenillo manifestó con un suspiro lo deplorable que le parecía ese contratiempo.

— ¿Y ella está criando? preguntó con interés.

— ¡Criando á los dos! pues, hombre, y tenía leche para dar y prestar. Al principio había que llevarle un perrito recién nacido para que le mamase. Ahora no, ¡caramba! ¡Los mellizos comen como unos sabañones!

No se preguntaba don José María si alguien se interesaba en oír estos detalles domésticos. Su persona, sus gustos, su familia, todo lo que le tocaba de cerca, era para él lo principal. En aquel momento, además, prefería hablar de esas cosas, para evitar las conversaciones políticas. No pensaban los demás del mismo modo, sin embargo. Mientras Reza seguía refiriendo los rasgos de inteligencia de los mellizos, se comunicaban ellos lo que habían oido: los rumores que como los vientos colados, penetran en todas partes, sin que nadie sepa á punto fijo de dónde vienen.

— Dicen que don Anacleto Malespina estuvo ayer á felicitar al Presidente, contó uno de los tertulios.

Esta noticia fué acogida con un profundo silencio. Unos afectaban sonarse, otros encendían un cigarrillo. Ninguno quería pronunciarse sobre el paso dado por el oidor. Los ánimos, amilanados con la atmósfera de terror que se respiraba en la ciudad, se asilaban para todo en una cautelosa reserva. Don Manuel Cardenillo suspiró, como si fuese á decir algo, y cuando todos lo miraban, se quedó callado. El momento le pareció oportuno á don José María para manifestar independencia y valor.

— Y al oidor ¿quién ha estado á felicitarlo? Él es uno de los consejeros de palacio y podía habernos avisado lo que iba á pasar, ¿no ve?

— Para eso habría sido menester que lo hubiese adivinado, contestó uno que tenía gran veneración por el oidor.

— ¿Y usted cree que el Gobierno no conocía de antemano la conspiración? Entonces no ha leído la *Gaceta*; ¡lea la *Gaceta* y verá! Don Anacleto tenía que estar al cabo de todo ¿no ve? Y cuando se saben esas cosas se advierte á los amigos. Es lo primero que yo habría hecho en su lugar. Yo se lo he de decir al oidor; él sabe que yo no me ando con tapujos.

El dueño de casa se había ido á la tienda, para no tomar parte en la discusión, y se ocupaba en medir una pieza de

rayadillo, aunque nadie entraba á comprar. En ese momento los de la trastienda oyeron la sonora voz de José Retamo.

— Estoy seguro que el que tiene la palabra es el señor don José María, dijo el mulato.

— Cómo no, pues, yo soy; entra para acá, mulato, le contestó Reza.

Retamo entró, con el sombrero galoneado en la mano, saludando.

— Señores Condes y Marqueses, servidor de sus mercedes.

Se secaba el crespo pellón de la cabeza, con su gran pañuelo multicolor de algodón, y se sentaba en medio de los tertulios, mirándolos de frente, con sus ojitos negros, brillantes de inteligencia y de malicia.

— ¿Todos sus mercedes están buenos? Vaya, tanto mejor; pero ayer la salud no era tan buena, y por eso hicieron bien en no venir al entierro. Supongo que ya habrán ido á ver á la señora viuda á darle el pésame. ¡Pobre *misia* Clarisia!

Estas últimas palabras las dijo con voz conmovida, sin sombra de la ironía de las primeras. No hubo ninguna voz para contestarle. Todos consideraban la cuestión del pésame sumamente grave. Se sabía que desde la mañana del 7, la casa de doña Clarisa estaba espiada por la policía, de suerte que el nombre de cuantos entrasen sería denunciado á las autoridades.

— La señorita Luisa, repuso el mulato, me contó que la pobre señora estuvo casi muerta, con un desmayo que le duró más de una hora, cuando supo la noticia del pobre señor don Alejandro.

— Dicen que está ahora acompañada con Trinidad, observó uno.

Con voz medio confidencial don José María preguntó:

— ¿Y qué habrá de cierto en lo que andan corriendo, que Trinidad, para venir á casa de su madre, se arrancó del convento?

— Y que no se arrancó sola, dijo otro.

Los dos se dirigían á José Retamo, como sabedor de las noticias menos conocidas.

— Y yo le arrancaría la lengua al que anda contando esas mentiras, dijo el mulato. Fué la señorita Luisa quien fué á buscarla al Carmen Alto.

— ¡Vean si son malos! ¡Andan corriendo esas cosas! suspiró don Manuel Cardenillo.

— Cuéntanos, mulato, qué es lo que pasó en la cárcel; nadie lo sabe á punto fijo.

— Yo no me meto en esas cosas, respondió Retamo, sus mercedes saben que en boca cerrada no entran moscas.

— Andan diciendo que la conspiración tenía ramificaciones en todo Chile. Tú debes haber oído algo en palacio, le dijo don José María.

— No sé si en todo Chile; yo no era de la conspiración, señor mayorazgo, y no estaba en el secreto. Lo que sí le he oído al capitán San Bruno, y me dijo que no era secreto, es que los conspiradores habían nombrado comandantes de cuerpos cívicos, á varios caballeros conocidos, para que entrasen en la conspiración, y que él tiene las pruebas, ¿sabe usted algo de eso, señor mayorazgo?

Con una mirada de malicia se dirigía á Reza, que se turbó al recordar su aventura del nombramiento de comandante.

— No, no sé nada, contestó con voz seca.

— El Capitán dice que tiene las pruebas, replicó el mulato, y que los nombrados tendrán que figurar en el proceso.

Reza cambió de color. La idea de verse procesado y envuelto en el juicio sobre la gran conspiración, le dió un golpe atroz en el cerebro. «Eso no podía haberlo adivinado el maldito mulato, ni podía inventarlo tampoco. Era evidente que se lo había oído al terrible San Bruno.» Otra consideración vino también á atormentarlo. Beno Carpesano, su futuro yerno, sería arrastrado también con él ante el tribunal, como uno de los autores de los nombramientos. Aunque Beno y sus hermanos jurasen que lo habían hecho simplemente por jugarle á él y á don Jaime una pegata, el tribunal no les creería. Por el contrario, encontraría una prueba de conspiración en el hecho de que él había consentido en el casamiento de Quintiliana, con uno de los tres hermanos.

José Retamo lo dejó entregado á ese suplicio de las suposiciones espantables, entre los tertulios, que seguían comentando las noticias del día. El mulato se dirigió de la tienda á casa de doña Clarisa. Desde la mañana en que los dos cadáveres habían aparecido en el centro de la plaza, Retamo había hecho frecuentes viajes á esa casa. Arras-

trado por la singular sensibilidad de su alma á simpatizar con todos los sufrimientos, llegó, desde temprano el día 7 á ofrecer sus servicios á la viuda. Ni Luisa, ni Trinidad se habían atrevido, en las primeras horas de la mañana, á revelar á la infeliz señora la magnitud de la desgracia, de la que acababan de ver la terrible prueba en la plaza de armas. Hasta las dos de la tarde, hora en que llegaba Retamo, ninguno de los parientes de la familia se había presentado en la casa. Trinidad, desesperada, no tenía fuerza para reflexionar. Luisa Bustos se encontraba sola, por consiguiente, y sintiendo el peso de su responsabilidad, vacilaba. El mulato se ofreció él mismo para preparar á la señora al golpe de la espantosa noticia.

— Peor es que tenga mil muertes, sin saber lo que pasa, dijo á la chica. Si espera á su marido y á su hijo desde anoche, y ninguno de ellos llega, la pobre misiá Clarisa debe estar como en el infierno. Yo la prepararé poco á poco.

Luisa aceptó la oferta. Ella temía más por la prolongación de la duda en el alma de su tía, que por la revelación de la catástrofe, hecha poco á poco. Para esto se fiaba en la suave insinuación de Retamo, que en su misión voluntaria de consolar afligidos, poseía el don evangélico con que algunos sacerdotes saben tocar las heridas del alma, adormeciendo, aunque sea momentáneamente, los más agudos dolores. Cuando el mulato salió, después de una hora de conferencia, del cuarto de la viuda, Luisa pudo ver que él había llorado al par de la señora.

— No le he dicho todo, pero casi, dijo á la chica, secándose las bronceadas mejillas con su gran pañuelo. Bueno será que usted vaya también á hablar un poco con ella. Yo la espero aquí, para platicar sobre el entierro.

La chica sintió una sincera admiración por aquel humilde, que tomaba á cuestas la cruz de los dolores ajenos, con el desinterés y la sencillez de un misionero. Cuando salió después del cuarto de doña Clarisa, dejándola en brazos de Trinidad, ella, con la entereza que jamás la abandonaba, había completado las revelaciones hechas por Retamo. La escena había sido desgarradora. Al hallarse sola otra vez con el mulato, la chica se dejó caer sobre una silla, vencida por el violento esfuerzo que acababa de hacer.

— Llore no más, señorita. Bienaventurados los que llo-

ran por que de ellos será el reino de los cielos, ha dicho Nuestro Señor Jesucristo, que nos enseñó á padecer.

Dijo esto José Retamo con voz compasiva, con una modulación de dulzura, de la que se le habría juzgado incapaz, al oirlo burlarse, en su tono alegremente socarrón, de los magnates de la tertulia.

— Ahora, añadió, vamos secándonos los ojos, y pensemos en el pobre difunto que hay que enterrar.

Sabía por San Bruno que se trataba de arrojar ignominiosamente los cadáveres á la fosa común. Era menester pedir al Presidente la revocación de esta orden, y hacer entregar á las familias los despojos de sus infelices deudos. Él y Luisa, animados del mismo ardor, acometieron la empresa sin perder tiempo. Con el poderoso influjo de la chica, consiguieron infundir un soplo de energía á don Jaime, y llevarlo á presencia del General, para que, como hermano político de Malsira, reclamase sus despojos.

Don Mariano estaba muy irritable. La conciencia de haber cometido un acto de barbarie injustificable, le hacía creer necesario redoblar su energía aparente, á medida que le flaqueaba el corazón. Desde las primeras palabras de los solicitantes, se levantó á lo que él decía ser la « grande altura de su misión política y restauradora ». Había sido necesario ofrecer en aras de la majestad real, sacrílegamente amenazada, la sangre de los perpetradores del crimen. « Para salvar la sociedad en peligro, no se debe vacilar ante el sacrificio de sus hijos parricidas ». « El mandatario, como Bruto, debe preferir el bien del Estado á la vida de sus hijos ». Envuelto en esos altos y viejos aforismos, hizo un esfuerzo para salir de ellos, y se quejó de la fuga de Abel Malsira, como de una traición imperdonable. La presencia de la esbelta chica, con su frente de divinidad pagana, con su talle de majestuosa gracia, con su voz serena y persuasiva, no tardó en calmarlo, sin embargo. Don Mariano, en sus momentos de entereza, que tomaba á menudo proporciones exageradas, semejaba á la tetera hirviendo, que hace temblar la tapa y baja pronto á su nivel regular, cuando ha despedido el vapor. Después de desahogarse del vapor de su grandeza, acabó por consentir en todo. Durante los últimos instantes, parecía absorto en grave meditación. La manía de manifestar ingenio delante de una chica tan guapa, le hacía sentir su comezón. Buscaba el modo de improvisar una orden en

verso, para despedir á los solicitantes, maravillándolos con su talento. Su facilidad de improvisación lo sacó pronto del paso.

—No se dirá que un servidor del Rey, señorita, es sordo á la humanidad, cuando ha cumplido las exigencias de la justicia; voy á dar á usted la orden que me pide.

Y escribió:

Al capitán don Vicente San Bruno:
Escarmentado ya el crimen
Que provocó nuestra ira,
Que se entregue al portador
El cadáver de Malsira.

Al tiempo de firmar, tuvo, empero, un escrúpulo de sensatez. Conoció que la orden, dada en esa forma, parecería un sarcasmo. Esto le hizo vacilar. Le gustaba parecer ingenioso y original, le gustaba que admirasen la viveza de imaginación que se jactaba de poseer en medio de las más arduas preocupaciones de Estado. Y le parecía sobre todo muy duro, renunciar á lucir la galanura de su numen. Sintió, que era necesario, sin embargo, sacrificar su estrofa. Para encontrar la fuerza de hacerlo, se consoló con que la mostraría en la noche á los de la camarilla, y expidió en prosa la orden de entregar el cadáver de don Alejandro.

Al salir del palacio, Retamo se encargó de dar los pasos concernientes á la ceremonia, y quedó en volver en la noche á casa de doña Clarisa. Había obtenido el permiso de hacerse reemplazar por el segundo mayordomo en su servicio, de suerte que pudo consagrarse con su genial actividad á las tristes diligencias.

— Todo está arreglado y los convites hechos, dijo en la noche á Luisa, que lo esperaba sola en la sala.

Oyó la chica con atento interés las explicaciones del mulato sobre lo que resumía en esa frase, y le dió las gracias con calorosa efusión.

— Tengo otra cosa sobre qué pedirle consejo, le dijo después de esto. El interés que usted ha mostrado á nuestra desgraciada familia en estos momentos en que nadie se atreve á acercarse á nosotros, me manifiesta que no tenemos mejor amigo que usted.

— ¡Ah! señorita Luisa, no diga eso. ¡Amigo! Yo soy un servidor humilde, un pobre mulato, que se siente muy hon-

rado con que una hermosa señorita como usted, lo crea bueno para algo. No tiene consejo que pedirme, mande no más y yo le obedeceré.

Decía la íntima verdad de su alma José Retamo, al hablar de ese modo. Nadie, con tanta sencillez, lo había elevado á su altura, como esa chica. Le hablaba como si fuese su igual, ella, una señorita de elevada alcurnia, que tenía reputación de ser orgullosa. La voz confiada, el acento de afectuosa melancolía con que se quejaba de su aislamiento, le removían en lo más hondo del pecho todos sus instintos de abnegación.

Esos dos seres, colocados en opuestos extremos de la jerarquía social, tan profundamente marcados desde el origen de Chile hasta nuestros días, encontraban un terreno de inteligencia y de fraternidad, en la elevación innata de sus almas. Las palabras del mulato derritieron el hielo natural de la reserva de la chica. Se sentó á su lado afectuosamente, con su gracia sin estudio, con su magnetismo vencedor de mujer joven. En el deplorable aislamiento en que las circunstancias la habían colocado, encontraba, cuando no tenía por qué esperarlo, un corazón amigo, capaz de ayudarla en su consagración á la familia de Malsira.

— Usted sabe, dijo á Retamo, que Abel Malsira fué tomado preso anoche por San Bruno.

— Pero salió poco después, me han dicho. ¡Vea usted cuánta desgracia! ¡pobre familia!

— Salió, gracias á la intervención del coronel Laramonte.

— ¡Ah! ¡ese sí que es todo un caballero!...

Y mirando después en derredor suyo, añadió en voz baja, al oído de la chica :

— ¡Aunque godo! ¿Y no sabe lo que le pasa?

— Que lo hirieron por salvar á Abel. Está mejor, yo misma fuí esta mañana á preguntar por él á su casa.

— Sí, lo hirieron y está mejor; pero es otra cosa.

— ¿Qué? preguntó Luisa alarmada.

— Que el Presidente lo ha arrestado por un mes, porque sacó á don Abel de la cárcel, sabiendo que Su Excelencia aprobaba la orden de prisión.

— ¡Ah! ¡cuánto lo siento! El Coronel se ha conducido tan bien con nosotros!

— Eso está diciendo que han de perseguir á don Abel y que no debe quedarse en Santiago.

— Sobre Abel es, precisamente, el consejo que yo quiero pedir á usted.

— No diga consejo, señorita, ordene no más.

— Como usted dice muy bien, Abel no debe quedarse en Santiago. Su madre y Trinidad están tan amedrentadas, que querrían que saliese de Chile, que se vaya á Mendoza, donde tiene amigos.

— ¡Eh! y no les falta razón. San Bruno no es hombre de quedarse con la que le han jugado, y no dejará piedra por mover para volver á apoderarse del caballero.

— Esto es tan cierto, que esta casa y aun la de mi tío Jaime, están ahora vigiladas día y noche por la policía.

— ¿No ve? ¿qué le decía, pues?

— Entre tanto, para que Abel pueda marcharse, es preciso que alguien de la familia hable con él y le lleve dinero para el viaje.

El mulato se quedó callado. Su silencio, lejos de desalentar á la chica, le infundió mayor confianza. En su mirada, Retamo parecía decirle : « Disponga usted de mí »; pero no se atrevía á decírselo de viva voz.

— En vez de consejo, entonces, prosiguió la joven, voy á pedir á usted un servicio, con la condición de que si usted cree que no debe prestármelo, me lo diga con toda franqueza.

— Si yo puedo hacerlo y no me lo reprueba la conciencia, esté usted segura, señorita, que me pondré á su disposición.

— El servicio es que usted, de quien nadie podrá tener sospechas, encuentre el modo de procurarme aquí en Santiago, una entrevista con Abel, en alguna parte donde no haya peligro de que lo sorprendan.

El mulato empezó á enterrarse los dedos de la mano derecha en su tupida y crespa cabellera, mirando al frente de sí. Luisa no podía saber si vacilaba, ó si perseguía una idea que le fuese favorable.

— Usted comprende, siguió diciendo, que Abel no puede venir aquí ni á casa de mi tío; que yo tampoco puedo ir á buscarlo donde se encuentra oculto, porque es muy probable que me espíen. De San Bruno todo debe temerse, ya lo sabemos. En este caso, ¿qué hacer?

— Es lo que me pregunto, señorita, ¿qué hacer? dijo el mulato, mirando de repente esta vez á la chica.

Prolongó un instante su mirada, límpida y franca, que hizo lucir un rayo de esperanza en ella y repuso :

— Señorita, ¿tiene confianza en mí?

— Absoluta, de otro modo, no habría hablado á usted de este asunto.

— ¿Y qué le parecería entonces si yo le ofreciera mi casita, allá en la cañadilla, para que se viera con el señor don Abel?

— Me parecería magnífico, exclamó la chica entusiasmada.

— Entonces escríbale, pues, que vaya á casa á la hora que usted le parezca.

— Yo no me atrevo á escribirle, por temor que sigan al hombre que le lleve mi carta.

— Cierto, tiene razón.

— Por eso le pido á usted que le mande mi carta.

— No se la mandaré, se la llevaré yo mismo, esta tarde, si usted me dice donde está.

Luisa sintió un golpecito en el corazón. La suerte de Abel dependía de la revelación del punto donde se hallaba oculto. Fué como la conmoción nerviosa que causa un ruido inesperado, antes que la razón se dé cuenta de lo que sucede, conmoción eléctrica, que el cuerpo parece sentir antes que el espíritu. Al instante también, con la misma rapidez que había sentido el golpecito de temor instintivo, se avergonzó de sí misma, sintió un verdadero remordimiento de esta desconfianza involuntaria. La serena frente del mulato, sus ojos pequeñitos, que al hablarle se habían fijado en los de ella con el reflejo cariñoso y sumiso á un tiempo, del de un perro que espera la orden del amo, decían la lealtad que respiraba su ancho pecho, la sencilla rectitud de una alma sin doblez.

— ¡Ah! todos aquí se lo agradeceremos en el alma; voy á escribir al instante dos líneas, para decir á Abel que puede confiar en la persona que le lleva la carta. Así, no nombrándolo á usted, lo comprometo lo menos posible. ¿Conoce usted la chacra de don José María Reza, cerca de Apoquindo?

— El mayorazgo, cómo no, pues, muy bien.

— Ahí está Abel, y espera que yo le indique donde podremos vernos. No he tenido más noticias de él que las

que nos trajo Francisco, que huyó con él y se vino en la noche á pie de la chacra.

— ¿Y si no lo encuentro á don Abel?

— Es seguro que lo encontrará; pero es preciso llegar con luz. La señal que él mismo indica en su carta, es que el emisario que le mandemos, levante un pañuelo con la mano y lo hoga flotar sobre la cabeza.

— Entonces, lueguito voy á montar á caballo y le llevaré la carta. Continuamente voy al Salto y á otras partes, á comer brevas. Nadie se extrañará de verme salir á caballo.

Luisa escribió algunas líneas á Malsira, acreditando su emisario y convino éste en que diría de palabra lo que acababan de hablar, y que ella lo esperaría en la casita de la cañadilla, al día siguiente, desde las nueve de la noche. Abel debería venir á caballo por el tajamar, dejar su montura á cargo de un sirviente de confianza que habría enviado desde temprano, á esperarlo en algún punto convenido, y llegaría á pie á casa de José Retamo.

Cuando al día siguiente el mayordomo de palacio salió de la tertulia de la trastienda, con dirección á la casa de doña Clarisa, traía á Luisa la respuesta de Abel. La chica podía esperarlo en casa de Retamo, á la hora que ella había indicado.

En la noche, Luisa salió temprano, á la hora del trisagio. Iba acompañada por Mañunga. Trinidad quedaba con su madre. Ninguna de las dos tenía fuerzas para ir á despedirse de Abel. En ambas, las heridas del alma habían agotado el vigor del cuerpo. Las emociones de una despedida podían ser fatales á la existencia de la señora. Luisa, únicamente Luisa, podía llenar la misión de llevar al joven, con las palabras de amor de su madre y de su hermana, el dinero que necesitaba para el viaje. La joven y la sirviente con el mantón hasta los ojos, dejando ver apenas una parte muy pequeña del rostro, salieron con el aire de dos devotas que van á la iglesia, sin fijarse en nada de lo que pasaba en la calle. Mañunga vió muy bien, sin embargo, que un vigilante, de los que espiaban las entradas y salidas frente á la casa, las seguía. El soldado anduvo tras de las dos mujeres hasta San Francisco. Los dos bultos negros entraron en la iglesia, al mismo tiempo que muchas otras devotas, bultos negros también, llegaban al trisagio. En grupos, de dos ó tres, el atrio las reunía en un río de sombras, que se deslizaban silenciosas, imagen de la tristeza de la

noche, hasta sumergirse, por la puerta entreabierta, en un abismo de tinieblas. Por más que el vigilante las había seguido de cerca y que entró tras ellas en la iglesia, vió que todas confundidas se perdían en la oscuridad de la nave. ¿Cómo distinguirlas, sentadas sobre sus alfombras en medio de la masa sombría y confusa de rezadoras? Sobre ellas venía á perder su brillo dudoso, la luz que despedían desde el altar lejano, las luces humeantes de unas pocas velas de cera. La empresa era vana. El vigilante se acordó de un chiribitil de los alrededores, donde el chacolí podía consolarlo de su percance. Mañunga que lo observaba, lo vió salir y avisó á su señorita con el codo. Poco después salieron separadamente y se reunieron á corta distancia de la iglesia. Nadie las seguía. Sin precipitarse, caminaron entonces por la calle de San Antonio hasta el tajamar. Cruzando enseguida por el puente de cal y canto, que era entonces el orgullo de Santiago, entraron en la cañadilla. José Retamo, con grandes saludos, las introdujo en su modesta sala, donde su mujer les hizo una acogida cariñosa y se puso á tostar azúcar, para darles mate, el té de entonces.

Cuando Luisa y Abel se encontraron solos, en la modesta salita, al lado del pasadizo, donde Retamo, su mujer y Mañunga seguían tomando mate, una turbación extraña se apoderó de ambos. Los acontecimientos habían pasado haciendo la obra del tiempo. Sentían como si una larga y lejana separación, hubiese modificado en ellos el estado de espíritu en que sólo tres días antes se habían despedido. Sobre todo ella encontró en el joven un cambio profundo. Abel le pidió noticias de su madre, de Trinidad, de sus otros hermanos. Después refirió su historia durante los tres días. Sus angustias mientras esperaba, el horror de su alma al encontrar á su padre moribundo, las horas de prisión, en un caos de dolorosa duda, la intervención de Hermógenes y su fuga. La tormenta moral había sido espantosa. Abel hablaba con sombría exaltación. Por momentos, su voz y los conceptos que expresaba, parecían las llamaradas de un volcán que amenaza una cercana erupción. Luisa podía divisar que al través de la aspiración ardiente del hijo por vengar el sacrificio de su padre, otros sentimientos más elevados se alzaban, como una nueva aurora tras de opacas nubes, en el alma entristecida del joven. Del crisol de la tremenda prueba á que el dolor lo había so-

metido, él sacaba la esencia de un sentimiento: el amor á la patria oprimida, al que ella había siempre rendido un culto entusiasta. Pero por el momento, un odio formidable á la raza opresora, lo dominaba. Era el soplo que lanzaba su imaginación al porvenir, como en una vorágine de fuego, descontando el tiempo y las dificultades, para hacer llegar la hora de la lucha vengadora.

La voz de la chica, paulatinamente, calmó su exaltación. Hablaron de Manuel Rodríguez, de los proyectos con que se había ido á Mendoza, para volver de ahí á emprender de concierto con los patriotas emigrados, una campaña de montoneras y de emboscadas. Abel se ofrecía como lugarteniente del famoso tribuno. Esa esperanza era su fuerza en la hora sombría de la separación. Iba, por la primera vez de su vida, á dejar su patria y su familia. « Sabía, dijo, que ésta sería más eficazmente protegida por Luisa que por él mismo ». Por esa inmensa abnegación, su gratitud duraría tanto como su vida. Así, insensensiblemente, llegaron á hablar de ellos.

— No puede figurarse cuánto he pensado en usted durante estos días, dijo á la chica. Nunca había sentido la necesidad de consuelos amigos, como en estas horas de soledad y de pesar infinito. En mi angustia inmensa, mi pensamiento volaba hacia usted. Me parecía que al lado suyo habría sufrido menos, que le habría confiado lo que, á más de mi dolor de hijo, me desgarraba el alma, pensando en la bárbara traición que ha sacrificado á mi pobre padre. Usted me habría ayudado á descifrar el enigma cruel que vino á herir mi pensamiento desde que vi á mi padre expirante. ¡ Ah si yo hubiera seguido la inspiración de usted y hubiese desconfiado del hombre que me recomendaban !

No quería pronunciar el nombre de Violante. Desde la alevosa traición, un juramento había resonado en su alma, al lado de su grito de venganza. Se arrancaría del pecho, aunque se le despedazase el corazón, su amor á una española. Inocente, ó no, Violante había recomendado á su confianza al infame instrumento de la traición. Á su amor por una española debía el sacrificio de su padre, la desolación irremediable de su hogar, la necesidad de abandonar á los suyos en el momento en que más necesitaban de él.

De todo esto habló á Luisa, con acento de completa sinceridad, con el fuego de convicción profunda, con voz quejosa, como un lamento del alma. Ella lo miraba conmovida.

Sus ojos no buscaban como antes, en un punto ignorado del espacio, algo de vago, que parecía aislarla del momento presente. Fijos en el joven, por el contrario, parecían buscar la verdad que podía ocultarse en el fondo de aquella alma de hombre, como el lapidario busca en el brillante, el hilo imperceptible que puede cambiar su valor. ¿Podrá realmente arrancarse, como dice, ese amor del pecho, ó será sólo una ilusión generosa de su pensamiento adolorido? Esta duda la hacía palidecer. Le parecía que sobre ambos una misteriosa turbación se cernia en el espacio. Experimentaba un frío extraño, como el que va á oir la explicación de un secreto del que depende su existencia.

— ¿Cree usted que *ella* supiese algo de la diabólica trama?

— ¡Oh! ¡no! ¡sería monstruoso! contestó la chica, sin preguntar por el nombre, sabiendo bien quien era esa « ella ».

— ¿Y por qué, entonces, desconfió usted desde el principio del hombre que « ella » me había recomendado?

— ¿Por qué...? No habría podido decirlo claramente, ni ahora mismo lo podría. Era como un presentimiento, ó más bien, una aversión instintiva á todo lo que nos venía del lado de los españoles.

— ¿Pero no era desconfianza de ella misma? preguntó con inquietud,

Un sentimiento elevado lo hacía buscar la justificación de Violante. Quería deber su victoria sobre su amor á su culto por la memoria de su padre, al odio al español, pero no á la idea de una infamia atroz de parte de ella. Desde la cárcel, un sentimiento confuso, que había sofocado al nacer, le hablaba de complicidad de la viudita, por lo menos en la aprehensión de su padre. Esas luces de adivinación nacen con la concentración del pensamiento avivado por un gran dolor. ¿Por qué le había enviado á él desde por la mañana el anuncio de las prisiones proyectadas, y sólo había dado el mismo aviso en la noche á su familia? Don Alejandro en la cárcel, don Alejandro muerto, era la destrucción del gran obstáculo, que entre él y ella parecía insuparable. Las buenas gentes, de las que nunca faltan en toda asociación humana, de esas que no pierden ocasión de clavar en el alma de los amigos siquiera un alfiler, le habían murmurado al oido, que la viudita era locamente ambiciosa, y que sabia muy bien que don Alejandro Mal-

sira era uno de los hombres más acaudalados del reino. Todas esas ideas se habían levantado en su imaginación como se levantan, en ciertos campos, los vapores que engendran las fiebres mortíferas. Pero él no quería admitirlos ni analizarlos. Quería que Violante fuera inocente y buscaba su justificación en el criterio de Luisa.

— ¿No era que usted la creyese capaz de un refinamiento de maldad tan execrable? añadió con exigencia ansiosa.

— ¡ Oh ! ¡ no ! de ningún modo, dijo ella con el movimiento de hombros de quien no acierta á explicar su pensamiento, no desconfiaba de ella de ninguna manera; pero temía que la hubiesen engañado.

— Nunca me perdonaré no haber tenido más fe en usted que en ella, repuso Abel con profunda tristeza.

— No tiene nada de qué arrepentirse ; usted buscaba la libertad de su padre y aceptaba el único medio que se le ofrecía para llegar á ese fin. Era muy natural que se equivocase. Si yo vi más claro, es porque los mujeres somos más desconfiadas.

— Sea lo que fuere, todo eso es lo pasado para mí, Luisa, lo pasado que no volverá. Al alejarme de Chile, si llevo el corazón destrozado por la catástrofe de que hemos sido víctimas, lo llevo libre de todo sentimiento que pudiera unirme otra vez á ese pasado. Si dejase subsistir en mi corazón el menor rasgo de ese sentimiento, creería insultar la venerada memoria de mi pobre padre, y para mí, esa memoria es lo más sagrado que conozco.

Ella lo escuchaba, buscando otra vez si lo que decía era la verdad del fondo del alma, la verdad inconmovible de un gran fenómeno moral, ó simplemente el propósito generoso de su exaltación. El joven, lanzado en la región sentimental, halló en esa mirada la idea que tantas veces lo había asaltado, cuando se hallaba en presencia de la chica. Una inmensa melancolía, la tristeza punzante de lo irremediable, le llenó el alma, como esas neblinas frígidas, que cubren de lágrimas y de hielo la región que invaden de repente. Se había lanzado en el mar proceloso y la ensenada plácida, el abrigo sereno donde habría podido encontrar la felicidad, estaba ya fuera de su alcance. Dominado por esa sensación de amargo desconsuelo, se acercó más á la chica y empezó á decirle, como si le contara sus recuerdos:

— No piense usted que mis propósitos son hijos de una

exaltación pasajera y que podrán modificarse cuando esta se haya calmado. Yo mismo no acertaba á comprenderme durante estos últimos meses. En varias ocasiones he dicho á usted que debíamos, usted y yo, tratarnos con la intimidad de hermanos. Pero nunca lo hemos hecho, no sé por qué. Ahora que vamos á dejar de vernos, ¡quién sabe por cuánto tiempo!; cuando usted, con su inagotable abnegación, me ha mostrado la exquisita elevación de su alma, me siento involuntariamente arrastrado á hablarle con esa confianza fraternal, de la que desde hace ya tiempo sentía la necesidad.

La chica lo miraba alarmada. En sus ojos, la expresión lejana de una súplica brillaba confusamente. Parecía pedir al joven que no entrase en ese terreno de las confidencias, tan vecino al de confesiones más tiernas. Por momentos miraba á la puerta, como buscando un pretexto para interrumpir la contestación. Su frente había perdido la soberana serenidad. Era una mujer casi tímida, que buscaba inquieta como huir, como evitar un peligro que ella conocía y que la angustiaba. No se dió cuenta Abel de la ansiedad pintada en sus facciones.

— No sé qué timidez, me detenía, sin embargo, cerca de usted y no me atrevía á hablar. Pero tenía necesidad de alguien, le aseguro, á quien confiarme, de alguien que me explicase lo que pasaba por mí. ¿Por qué debiendo creerme feliz, le tenía miedo al porvenir? ¿Por qué una sensación indefinible de descontento, una aprehensión tenaz de que me lanzaba en una via funesta, me oprimía lejos de *ella*, sobre todo cuando llegaba á casa y me encontraba con usted? Muchas veces pensé que mi conciencia de hijo sumiso á pesar de hallarme emancipado por la edad, venía á turbarme. En mi casa, la representación de esa conciencia era usted, que veneraba á mi padre y que conocía su reprobación de lo que él condenaba como una locura.

— Eso era sin duda, dijo la chica, que pareció calmarse con la última hipótesis. Don Alejandro me había hablado de sus temores.

— ¿Y usted participaba de ellos?

— ¿Yo? no tenía por qué abrigar temores, puesto que me era indiferente lo que usted hiciese *en ese sentido;* pero por lo que hace á los de su padre, estaba persuadida de que eran fundados.

El joven se quedó pensativo. « Le era indiferente lo que

él hiciese *en ese sentido* ». Tal confesión lo desazonaba. En sus meditaciones de sentimental, ambicioso de amor, antes de la gran desgracia, se sorprendía á veces deseando que la profecía de Manuel Rodríguez fuese cierta: « Creo que ella está enamorada de ti ». Hallaba en la chica un encanto de fruta vedada. Al mismo tiempo lo irritaba su inconmovible, su desdeñosa indiferencia. Las palabras con que lo desengañaba ahora, le dieron un ímpetu de impaciente desconsuelo. La ensenada plácida de sus sueños se desvanecía en las brumas del horizonte. ¡ Y era ella la que levantaba esas brumas !

— Pero todo ha cambiado, dijo poniéndose de pie, lo que fué no existe ya para mí. Créalo usted. Me voy libre de lo que á usted le parecía tan cierto, libre porque quiero que así sea y porque es preciso que así sea.

Había algo de nervioso en el acento. Su voluntad lanzaba un reto al pasado.

— Mi existencia tiene ahora otro fin, agregó, una misión que espero cumplir ante todo.

Y en voz más baja, como con un suspiro ahogado :

— Creí haber podido llevar con ese sentimiento de mi deber, una esperanza lejana, que yo mismo no me atrevía á confesarme.

La chica se puso también de pie y miró en el vacío, pálida, majestuosa, como si no hubiese oído las últimas palabras de Abel. Era la esperanza perdida que se alzaba á su lado, y tomaba las proporciones fantásticas de lo que no puede haberse, del deseo ideal que se hace irrealizable.

— Creo que es hora de que me vaya, dijo la chica, se hace ya tarde y mi tía estará con cuidado.

En sus grandes ojos, un momento antes tan serenos, Abel creyó ver brillar dos lágrimas. Ella lo miró entonces fijamente, y le tendió con tristeza su mano.

— Adiós...

— Esta despedida, dijo el joven, es demasiado seria para separarnos de ese modo. ¿ No me permitiría usted abrazarla ?

— Si usted quiere Abel, por supuesto, con mucho gusto. Había tratado de dar á su voz un tono familiar, como eran familiares las palabras; pero al mismo tiempo, traicionada por una intensa emoción, estaba tan pálida, que parecía próxima á caer en un desmayo.

Abel, no menos emocionado, la estrechó entre sus brazos.

— Adiós, Luisa, acuérdese de mis últimas palabras: ¡yo hubiera querido llevar una esperanza! En fin, no hablemos de eso. Le confío mi pobre madre y mi familia, escríbame apenas pueda.

Esas recomendaciones acumuladas, hechas de prisa, en la despedida final, se sucedían en su voz medio balbuciente.

La sintió temblar sobre su pecho. Sintió la fascinación del busto torneado y elegante, respiró el perfume de su cabello negro, alcanzó á percibir, en un roce fugaz, el tibio contacto de su mejilla. Juntamente con el vértigo instantáneo que le dió al cerebro, sintió también que ella se desprendía con rapidez de sus brazos, y oyó la voz ahogada que decía:

— Adiós... Adiós...

Lo demás fué un murmullo inarticulado de palabras confusas, una ilusión desvanecida, el fantasma de mujer que se abraza en sueños y nos deja con los brazos vacíos. Y vió á Luisa que salía precipitadamente.

Junto á una pobre mesa, sobre la que ardían dos luces que iluminaban la estancia, se dejó caer y apoyó la frente entre las manos. ¡Principiaba la soledad! El joven sintió por primera vez el torcedor que oprime el alma con las despedidas sin término.

— ¡Tal vez para siempre! La idea que aguarda traicionera á los que se despiden, como aguarda un malhechor en un recodo del camino, al viajero que pasa, le oprimió la garganta.

En la otra pieza encontró sola á la mujer de Retamo.

— José salió acompañando á la señorita.

En la calle, ni un ruido, ni una luz. ¡La noche le pareció tan oscura como su porvenir!

XXXIII

Que no hay dicha, que no hay satisfacción humana sin su gota de acíbar en el fondo, como no hay agua, por cristalina que sea, que no tenga microbios, según la ciencia moderna, lo notó don Vicente, apenas saboreaba el éxito alcanzado por su genio en la cárcel de Santiago. Cuatro patriotas muertos; los cadáveres de dos de los principales expuestos al público, en una forma de *gemonia* inventada por el glorioso reconquistador del reino; muchos otros

insurgentes heridos: todo formaba un bocado de goloso para su imaginación, hambrienta de esta clase de golosinas morales. Pero el puñal de un roto había venido á rasgar ese cuadro de su obra maestra.

El cuerpo del infeliz chilote, arrojado sobre el plácido raudal de su satisfacción, habia venido á enturbiar su onda transparente.

El Capitán, de suyo taciturno, se concentró en sí mismo desde aquel momento, como se encierra en su concha, para digerir, la tortuga. Lo que él quería digerir, era una idea para encontrar el paradero del turbador de fiestas, sobre el que ya se creaba, en el pueblo, la leyenda.

Aquel hombre que, en medio de la plaza pública, á la luz clara del sol, á unas pocas varas de la fuerza armada, se había atrevido á clavar su puñal en la espalda de un centinela perteneciente al ejército vencedor, desaparecía como un celaje, cobraba proporciones de héroe fantástico en la imaginación del pueblo vencido. Eso decían los informes que traían á San Bruno los emisarios, por todas partes desparramados en la ciudad, para encontrar el hilo conductor con que poder guiarse en aquel misterio. Con mil dificultades tropezaba en esta empresa don Vicente. El general Osorio no había consentido en que la *Gaceta* del Gobierno mencionase lo que él llamaba « el atentado alevoso de la plaza ». San Bruno había querido que el grave órgano del Jefe supremo, ofreciese por el denuncio del agresor una buena recompensa, que se sacaría como contribución forzosa del bolsillo de los patriotas. Por más que este arbitrio económico pareciese ingenioso á don Mariano, se había resistido á su adopción, por consideraciones de alta filosofía política.

— La recompensa ofrecida, decía en la discusión que tuvo con el Capitán sobre este asunto, es una aureola que se ciñe en la frente del roto que dió la puñalada. Todos querrían imitarlo.

Don Vicente, que no se curaba de sicología popular, dejó á su Jefe con lo que él calificaba, en su foro íntimo, de « ciego empecinamiento de conciliación », y obtuvo en cambio plenos poderes para buscar al hombre hasta encontrarlo.

— Con tal que no haya escándalo ni atropello á las familias pudientes, que debemos atraer á la causa de S. M., fué la condición impuesta por el General.

Así, desde el mismo día 7 de febrero, una bandada de espías distribuídos por Villalobos, en todas partes donde hubiese reunida gente del pueblo, tuvo la misión de buscar indicios, de buscar noticias, que pudieran llevar á la solución del problema. Pero los emisarios encontraban por todas partes la conspiración del silencio, esa fuerza de los oprimidos.

En el mercado, en las chinganas, en las ramadas de sandias, los rotos contestaban á las disimuladas indagaciones, declarándose ignorantes de cuanto se refería al acto temerario que, en silencio, todos admiraban. Esas dificultades, ese perderse en el vacío de las conjeturas, avivaban el ardor de San Bruno. Tenía los puntos de partida que le servían de base para su cálculo de probabilidades. Por el centinela de la cárcel y por algunos soldados de la guardia, sabía que en aquella mañana, un grupo de tres mujeres y un hombre, había entrado á la plaza por la calle de la Catedral. El grupo se había detenido en el centro, al lado de los que contemplaban los muertos. Algunos momentos después, el centinela había visto, sin explicarse bien lo que ocurría, que se formaba un agrupamiento de gente al rededor de los que acababan de llegar; que luego éstos, acompañados por dos ó tres personas de las que estaban antes en la plaza, se habían dirigido, llevando en silla de manos á una de las mujeres, hacia la calle del Estado, por donde habían desaparecido. Que poco después, cuando ya ninguna atención hacia el centinela á lo que pasaba en el medio de la plaza, se había oído el grito del soldado de facción cerca del rollo y se vió un hombre que corría con gran velocidad y que se perdía de vista por la calle de la Merced. San Bruno ponía estos hechos los unos al lado de los otros, como se hace en los juegos de niños, con las distintas piezas caprichosamente cortadas, que sirven para armar una figura regular.

En esa labor prolija, que lo perseguía como una idea de maniático, encontraba que carecía de los elementos necesarios para formar un todo lógico y verosímil. Sus meditaciones lo habían llevado luego á la conclusión de que: entre el autor del ataque y el grupo donde figuraban las mujeres, debía existir una íntima relación. Descubrir el nombre del fugitivo y dónde había entrado el grupo de las mujeres, eran las incógnitas del problema. Sus instrucciones iban dirigidas en ese sentido. Los espías se multipli-

caban en las chinganas, que, para ganarse la voluntad de las masas populares, los conquistadores fomentaban con liberalidad. En pocos dias los arrabales de la capital, del lado del sur principalmente, contaban con fondas populares donde acudía numerosa concurrencia. Los vagos, los ladrones, la negra escoria que los pueblos arrojan á sus arrabales, formaban el fondo de esas chinganas, donde los peones sin trabajo, los soldados con licencia, los *siúticos* de albahaca y de almizcle, venian á *echar un trago*, multiplicado hasta la embriaguez, á deleitarse en los nasales gorjeos de los cantares y en las exageradas contorsiones de la zamacueca á *rompe y raja*, al son de la vihuela y el rabel.

Los emisarios de San Bruno, exploraron ese campo en balde, durante los primeros días que siguieron al acto de audacia del soldado patriota. Pero poco á poco, los más avisados de ellos, empezaron á oir la repetición de un nombre, pronunciado al principio como un murmullo de confidencia. La leyenda sobre Cámara se formaba con la rapidez con que aumentan los torrentes, que se desprenden como un hilo de agua al principio, de lo alto de la montaña.

Los hombres que formaron parte de la comitiva, de la que Cámara se había desprendido, para ir á ejecutar su airada venganza, habian propalado el nombre los primeros. Antes de muchos dias, la hazaña de Cámara era una historia anónima, que corría en el pueblo de boca en boca. Al principio, los agentes del Capitán, no habían comprendido que aquel nombre singular designaba el héroe de la tragedia del día 7. Mas, á fuerza de oír «Cámara», acabaron por comprender á quién se glorificaba con ese extraño nombre, y comunicaron sus observaciones á Villalobos. El nombre evocó en el cabo el recuerdo de la aventura de Talagante. Mientras se curaba de sus heridas en la posada del silletero, habia oído varias veces ese nombre y llegado á sospechar que era el del roto que con la punta de su puñal, lo habia puesto fuera de combate.

— ¿Entonces usted cree que sea el mismo hombre? le preguntó San Bruno, á quien dió cuenta de lo que los agentes secretos le comunicaban.

— Bien puede ser, mi Capitán.

En esos dias se pensaba ya en dejar salir á Juan Argomedo de la cárcel, pagándole una parte de sus deudas, en

premio del denuncio que había hecho de los patriotas. San Bruno lo hizo llevar á su presencia.

— Usted, le dijo, debe conocer á un hombre que se llama Cámara.

Argomedo pareció buscar en su memoria. Con la larga abstinencia de espirituosos, á que en la cárcel había estado sometido, se encontraba con su inteligencia perfectamente lúcida. La pregunta le hizo pensar que el Capitán iba á pedirle algún nuevo servicio de espionaje ó de denuncio, y se puso en guardia, hasta ver qué partido podría sacar de la situación. Cámara era su hermano de leche y conservaba por él cierta ternura, la que guardan aun los menos sentimentales, por los seres que hacen vivir el recuerdo de la infancia. En ese oasis, hacia el que todos vuelven la memoria con placer, Juan divisaba al rotito como un compañero de los años felices en que solamente bebía agua, antes que su funesta pasión por el chacolí, los vinos y el aguardiente, le hubiese emponzoñado la existencia.

— Creo que he oido ese nombre; pero no recuerdo dónde. ¿Cámara? Asi no más? ¿Cámara, pelado?

— Así no más.

— Argomedo se quedó pensativo.

— Y si usted viese al hombre, ¿le parece que podría reconocerlo?

— Probablemente. ¿De qué se trata?

— Es el asesino del centinela de la plaza.

El Capitán esperaba sorprender á Argomedo con esa afirmación aventurada.

— ¡Ah! ¿Y lo han pillado? preguntó éste, sin inmutarse.

— Todavía no; pero eso vendrá, y usted va á ayudarnos en ello. El día que usted nos muestre á ese hombre, todas las deudas que tienen á usted en la cárcel, serán pagadas y usted quedará libre.

— Ya me prometieron igual cosa cuando se trató del denuncio de los presos, dijo Argomedo, mirando por la ventana de la pieza, sin atreverse á cruzar su vista con la de San Bruno.

— Y si no ha salido usted de la cárcel hasta ahora, es por su propio interés. ¿Quiere usted justificar las acusaciones de los insurgentes? Si usted hubiese salido ya en libertad, dirian que se ha vendido al Gobierno. Esto debe hacerse con prudencia, si no quiere usted que le den una puñalada en la calle.

Argomedo no tuvo nada que objetar. Don Vicente apoyaba la lógica de su argumentación en un tono que no admitía réplica.

— ¿Pero dónde quiere usted que le muestre al hombre que dice? preguntó, volviendo al origen de la conversación.

— Eso lo verá usted esta noche. Piense en conducirse bien y no quedará descontento.

Lo que dijo don Vicente pareció más bien amenaza que una promesa de premio. En la fisonomía de Juanito fué imposible leer la impresión que esas palabras le produjeron.

En la noche, Villalobos, acompañado por cuatro hombres, todos vestidos de rotos, lo sacaron de la cárcel. Argomedo los siguió pensativo. Sin duda maduraba un plan, ó pensaba en el gusto con que bebería una copa de anisado. Su horizonte de existencia no iba, por lo general, mucho más allá que la próxima botella.

Andando hacia el sur, llegaron al parral de Gómez, al mismo parral donde años más tarde, varias generaciones habían de deleitarse en un teatro al aire libre, con los excesos patibularios de la escuela dramática, á la que dió su nombre Bouchardy. La chingana enviaba ya por los aires, cuando Juanito y los demás entraron, sus cadenciosos y monótonos acordes, acentuados por el tamboreo. En medio del humo de los cigarrillos y de los vapores del ponche, las cantoras entonaban maquinalmente, como desempeñando una tarea, las notas de la zamacueca. Las parejas, á las voces de «otra» y «otra», venían sin interrupción á bornear sus pañuelos y á describir las líneas caprichosas de sus vueltas reglamentarias, en presencia de los espectadores entusiasmados. De tiempo en tiempo, los más enardecidos con las libaciones, marcaban el grado de su contento tirando voladores. Otros cantaban algo de desentonado, acompañando á las cantoras. Los de espíritu pendenciero, que en toda reunión de pueblo abundan, se disputaban con vaso en mano, ó se retiraban á veces á lo lejos de parral, á ventilar su querella á puñaladas.

Juan Argomedo contempló ese espectáculo con el ojo del conocedor. Á medida que los vapores del *gloriado* llegaban á estimularle el olfato, sus compañeros lo vieron transfigurarse. Las brisas de la patria, acariciando las sienes de un desterrado, no le producirían un júbilo superior

al que iluminó su rostro, al oir el choque de los vasos y al ver empinar el codo por do quiera.

— Para que pueda hacer algo de bueno, dijo á Villalobos, es preciso que me dé á beber un buen vaso de ponche.

— Uno solo, y si no descubre al hombre, tengo orden de mi Capitán de llevármelo á la cárcel, sin permitirle que beba.

— ¿Y si lo descubro? preguntó con ansia Juanito.

— ¡Ah! Si lo descubre y nos lo señala, sin equivocarse, se entiende, tendrá permiso para seguir bebiendo hasta que se canse.

Villalobos había hecho dispersarse su gente, á continuar, como en las noches anteriores, sus pesquisas. Les había dado de antemano algunos cuartos, para convidar á beber á los que les pareciesen susceptibles de proporcionar algún informe. Con Argomedo se acercó al mesón, donde se vendían las bebidas. Juanito tragó su vaso de un sorbo, arqueando el brazo, con el codo alto y el busto inclinado hacia adelante, para no poner obstáculo al pasaje del ponche.

— Ahora, vamos observando y alerta, le dijo el cabo.

Los dos hombres se pusieron á reconocer con disimulo diversos grupos. Una zamacueca terminaba.

— ¡Otro y otra! gritaban varios, que parecían pagados para mantener la animación.

En el que llegó delante de las cantoras, trayendo de la mano una compañera y se plantó garboso frente á ella, pañuelo en la derecha, la izquierda á la cintura y la *chupalla* á la oreja, Juan Argomedo, con admirados ojos, reconoció á Cámara. Lo reconoció, no obstante que la navaja de barba había cegado de su rostro todo adorno varonil, y que, con su cara rapada de lego de convento, se había quitado diez años. El rotito, risueño y arrogante, rompió el baile, al compás del canto agudo. Con airosos movimientos y con ahinco gracejo, se puso á perseguir á su compañera, borneándole el pañuelo, cual si le sacudiera el clásico desdén, que ella afectaba en revueltos giros, y sin *cortar luz* ni *perderle pisada*, según con aplauso general observaban, con vaso en mano, los *lachos*, alrededor.

Con rostro demudado y ojo inquieto, Juan Argomedo contemplaba al bailarín. Su pasión dominante, como un vendaval furioso, le sacudía el pensamiento. Nombrar á ese hombre, era la libertad sin deudas, la libertad de beber

á su antojo, de beber más allá de la sed, más allá de la razón, más allá de la conciencia de su miseria. Sus oídos zumbaban de ansiedad, al mismo tiempo que oía en torno suyo, á los animadores de la danza, que cantaban :

— ¡Tondondoré, tondondoré, no sé si me moriré!

Y á otros, que gritaban, alzando el vaso :

— ¡Cómetela, rotito! ¡no le tengáis miedo, hombre!

Pero aquel hombre, pensaba confusamente Juan, en medio del ruido de voces y del fragor de sus pasiones, era Cámara, su hermano de leche, un patriota que valía más que él, que había vengado á las víctimas de sus denuncios con un valor que él no tendría. Denunciarlo sería caer en el fondo del abismo. ¡Pero no denunciarlo era seguir en la cárcel, sin más que agua! quién sabe por cuánto tiempo!

— ¡Tondondoré, tondondoré, yo sí que me moriré!

Las voces vibraban en el aire. El tamboreo redoblaba sobre la guitarra. Las exclamaciones animadoras se cruzaban, como las apuestas en una riña de gallos. Y la atmósfera ambiente, oscura de humo de cigarro, lo envolvía con sus emanaciones espirituosas de ponche y de anisado, de horchata con malicia y de odorífera mistela.

Un temblor nervioso lo agitaba. Con el corazón, más que con los ojos, seguía los giros caprichosos de la zamacueca, veía al rotito que calculaba con tino su última vuelta. La nota alta y prolongada de las cantoras, el grito de aplauso de los espectadores, compuesto de interjecciones entusiastas, le dieron un golpe eléctrico. De un salto se lanzó al medio, donde Cámara y su compañera casi llegaron á besarse, al concluír la rápida vuelta que termina el baile.

Al mismo tiempo que saltaba, dejando lleno de sorpresa al cabo, Juanito gritó con voz sonora :

— ¡Otro! ¡y otra!

Hubo un movimiento general de hombres, que vivaban y fraternizaban. La bailarina, que iba ya á retirarse, volvió á su puesto, traída por algunos de los *lachos* que aplaudían y querían abrazarla. En medio de la confusión y del tumulto, Argomedo se acercó con rapidez á Cámara, y le dijo muy de cerca, con el énfasis del apuro :

— ¡Arranca, hombre! Esto está lleno de godos que te andan buscando.

El rotito reconoció á su hermano de leche. Éste se encontraba ya de pie, frente á la bailarina. Uno de los concurrentes se adelantaba hacia la pareja, con dos vasos de

ponche, y repitiendo á voces: «aro, aro.» Pasó un vaso á Juan y otro á la chica, que formando cada uno un semicírculo con el brazo derecho, lo enlazaron el uno con el otro, y en esa postura llevaron él y ella, cada uno su propio vaso á los labios y bebieron. Esto hizo llegar el entusiasmo á su colmo. Los gritos de contento atronaban el parral. Todos gritaban: «aro y viva» con voces que empezaban á ponerse roncas. Entonces, al son de las notas agudas y del retumbante tamboreo, la nueva pareja empezó el primer pie con borneos y contorneos de parte de Juanito, que hicieron llegar los aplausos á manifestaciones delirantes.

— ¡No es la primera zorra que pela! exclamaban los expectadores.

— ¡Échale agrio, hombre! gritaban otros.

— ¡Tondondoré, tondondoré, yo sí que me moriré! repetían los más, siguiendo con la cabeza y con el cuerpo los acompasados movimientos de los danzantes.

Cámara, risueño, secándose la frente con su pañuelo, miraba impasible, como el más despreocupado de los espectadores. El cabo Villalobos, que no alcanzó á notar la rápida maniobra de Argomedo, seguía también con atención los movimientos del baile. Al terminar el primer pie, Juanito cedió el puesto á otro bailarín que se presentó á *quitarle* la compañera. En ese momento, el rotito, esquivándose sin precipitarse, á favor del movimiento que produjo ese nuevo incidente, desaparecía.

— Á nadie he visto que me parezca nuestro hombre, dijo Argomedo al cabo. Viéndome bailar nadie sospechará de mí.

Entretanto, lo principal para él, era que había bebido un buen trago con pretexto del «aro».

Pusiéronse entonces á recorrer los grupos de bebedores, que, sin cuidarse de la zamacueca, sentados alrededor de algunas mesas, conversaban. En algunos de ellos, las libaciones habían anegado ya completamente la razón de los compinches. En otros, las conversaciones degeneraban en disputas. Otros cantaban, sin música ni medida, sus reminiscencias de tonadas, aprendidas acaso en la infancia, viendo pasar, entre los vapores del alcohol, las visiones de los días desvanecidos. La revista de mesa en mesa, empezaba á desalentar á Villalobos. Por su parte, Juan trataba de persuadirlo de que el mejor modo de observar, era el de pedir licor y sentarse á beber como los demás.

En esta conversación los halló uno de los espías de los que Villalobos había dispersado por el parral, al entrar.

— Ahí hay una mesa, dijo al cabo, donde están hablando de lo de la plaza.

Sin ser observados, Villalobos y Juan Argomedo se acercaron al punto que les designaban. Con grandes golpes en la mesa, uno de los del grupo hacía el elogio del que había *despachado* al centinela maturrango. Los demás, bebiendo á grandes tragos, aprobaban con la cabeza.

— Si todos fuesen tan guapos como *ese*, decía refiriéndose al héroe de aquella jornada, en poco tiempo no quedaba un solo godo, para irles á contar el cuento á Goda.

Según su instinto geográfico, los españoles, llamados *godos* en lenguaje patriota, no podían venir sino de un país que se llamase *Goda*.

— ¿Entonces usted estaba en la plaza? preguntó al orador uno de los bebedores.

— Desde tempranito.

Refirió entonces á sus oyentes el espectáculo que presentaba el rollo.

— Habían colgado á los dos pobres caballeros como *piños*, dijo, con los ojos brillantes de indignación.

— ¡Diablos de godos! exclamaron algunos.

— ¡Buena cosa! ¡colgar así á la gente!

— Pero así les fué, no más, el centinela no alcanzó á decir *ni chus ni mus*.

En señal de aplauso, los demás empinaron sus vasos.

— ¿Y usted lo vió cuando lo mataron?

— No, yo ya no estaba en la plaza.

— Y entonces, pues, ¿qué se había hecho?

Este punto les parecía inexplicable. El interpelado era uno de los que habían ofrecido sus servicios, para ayudar á conducir á Trinidad Malsira. «No bien entraban á la calle del Estado, uno que parecía sirviente de las señoritas, se había separado de ellas, contó el orador, y un ratito después se oyeron los tiros y pasó gente á carrera, diciendo que le habían dado una puñalada al centinela.»

— La criada que iba con nosotros, prosiguió el hombre, le dijo á una de las señoritas despacito, pero yo la alcancé á oír, «seguro que es ño fulano», no me acuerdo cómo lo mentó.

— Él fué, seguro, dijeron algunos de los oyentes.

— ¿Y usted no se acuerda el nombre de ese valiente?

preguntó entonces Villalobos, que ya se había mezclado á la conversación con Argomedo.

El hombre se encogió de hombros con una vaga sonrisa, como diciendo «¡vaya con el inocente!»

— Si no lo digo será porque no me acuerdo, pues, contestó.

Villalobos y Argomedo llamaron un mozo y pidieron ponche, que ofrecieron á los demás.

— ¿Y ustedes qué hicieron entonces? preguntó Juan apurando su vaso.

— Apretamos el paso, hasta que llegamos á la casa con la señorita, que empezaba á volver del insulto.

Hubo un silencio, en el que cada uno comunicaba sus impresiones al vaso que tenía por delante. Pero el cabo no se conformaba con que la historia se parase en tan buen camino.

— ¿Entonces era lejos la casa? preguntó, llenando el vaso del narrador.

— Lejaso, pues cómo no, dijo éste, torciendo un cigarrillo.

Villalobos se convenció de que el hombre, no obstante que la bebida parecia empezar á turbarle la lucidez del pensamiento, se ponia en guardia con maña. Los demás, sin fijarse en la reserva del que acababa de referir la leyenda de la mañana del 7, no disimulaban su admiración por el protagonista de la historia, el autor de lo que ellos, en su lenguaje peculiar, llamaban el *hecho*.

— ¡Ese sí que es hombre! decian, apoyando su admiración con repetidos tragos.

— ¡Y sabe *ajustar* una puñalada!

— ¡Así les había de pasar á todos los godos! exclamó el de la narración.

Villalobos y Argomedo hicieron coro. Ninguno de los otros los excedía en alabanzas del *hechor*. Sobre todo Juanito, usando de la libertad que encontraba para beber á costa del cabo, multiplicaba los brindis por el exterminio de los maturrangos, y por cada uno de los hechos en que se habian ilustrado desde 1810, las armas de la patria. Al llegar al sitio de Rancagua, la lengua empezaba á rehusarle sus servicios; confundia á Osorio con O'Higgins; pretendía haberse emborrachado con los principales jefes patriotas y prestádoles á muchos grandes servicios. Con una señal del cabo, el hombre que les había indicado

el grupo de bebedores en que pasaba aquella escena, se llevó á Argomedo, prometiéndole que iba á mostrarle dónde había un ponche mejor y más fuerte que el que ahí tenían.

— ¿Más fuerte, no? ¡Eso sí que será bueno! decía Juanito, apoyándose en el brazo de su compañero.

El toque de la *sajuriana*, un baile de *chicoteo* tan popular entonces como la zamacueca, llamó la atención en aquel momento, á los que brindaban por la gloria del *hechor*. Villalobos hizo vanos esfuerzos por detenerlos. Todos se precipitaron al punto donde se bailaba. El principal de ellos, el de la historia de la plaza, se puso á tamborear en la guitarra de la cantora. El cabo reunió entonces sus hombres y fué á aumentar con ellos el círculo de los espectadores.

— ¿Ve á ese que está tamboreando? dijo á uno de sus espías.

— ¿El de la manta con rayas lacres?

— El mismo. Apenas salga de aquí, es preciso tomarlo, por bien ó por fuerza, y llevarlo al cuartel.

La jarana, aumentando por grados de animación, llegaba en esos momentos al completo desorden. El ruido de voces, de aplausos, de golpes sobre las mesas, de juramentos y de gritos que animaban á los bailarines, era atronador. Desde lejos parecía el de un mar agitado, al través de cuyo rugir se oyen las voces de los marineros, que arrían las velas para resistir al temporal. Villalobos no perdía de vista al tamboreador. Al cabo de un rato, el hombre se cansó de tamborear y de gritar, y volvió á la mesa. Ahí pudo Villalobos, después de numerosas libaciones, inspirarle confianza. Como él lo *feriaba* con generosidad, el otro, gracias á los efectos fraternizadores del ponche, había llegado á llamarlo *cumpa*, echándole los brazos al cuello. El cabo cultivaba esa expansión y espiaba á su hombre, con la paciente tenacidad del buen cazador.

— ¿Sabe por qué soy su amigo? porque veo que usted es buen patriota, le dijo, como en confidencia.

— ¡Patriota hasta la cacha! exclamó el otro, alzando el puño al cielo, para hacerlo testigo de su ardor patriótico.

— Vamos á beber otro trago por el que mató al godo en la plaza.

— Y por que mate cien godos más. ¡Á todos los godos!

— ¿Y usted conoce á ese tigre? preguntó balbuceando, después de beber, el nuevo amigo de Villalobos.

— Y sé donde está ahora también, contestó el cabo en tono de orgullosa jactancia.

El hombre lo miró asombrado.

— ¿Dónde?

— Ahora está en otra chingana, cerca de aquí.

— ¡Vean qué diablo! ¿Y no tiene miedo que lo pillen los godos?

— ¿Cómo, pues? si nadie lo conoce. ¿Usted lo conoceria si lo viese?

— *Dejuro*, pues. ¡Vean qué gracia! si yo lo vi esa mañana, cuando íbamos con las señoritas!

— ¿Quiere que vamos á verlo?

— Cómo no, pues; á mí me gustan los hombres guapos.

Se dirigieron ambos á la entrada del parral. Villalobos creyó notar que su compañero acortaba el paso á medida que se acercaban á la puerta. Le pareció entonces necesario arriesgar una frase para inspirarle confianza.

— ¿Me promete, amigo, que no le dirá á nadie cuando *lo* veamos?

— Se lo prometo, ¿cómo no, pues? y se lo juro también. ¿Qué más quiere?

Cuando habian andado algunos pasos, el hombre, sin embargo, se detuvo. Sin haber llegado á la completa embriaguez, no acertaba á preguntarse qué interés podia tener aquel compañero desconocido, en llevarlo á ver al autor del *hecho*. La suspicacia, uno de los elementos muy reconocidos del carácter nacional, velaba en él no obstante, como parece existir, perenne, la vibración en el metal.

— Mejor será que nos volvamos, vea, si tiene miedo que yo venda á su amigo.

— Camine no más; ¿cómo quiere que tenga miedo? No lo convidaria entonces á ver á ese valiente.

— ¡Ah, eso sí! valientazo *que* es: dicen que el godo no alcanzó á decir «Jesús», siquiera.

Como animado por esta reflexión, volvió á ponerse en marcha; pero entre dientes, empezó luego á hacerse reflexiones, que, sin duda, despertaban de nuevo su inquietud.

— Hasta aquí no más llego, exclamó parándose; está muy lejos su chingana.

Villalobos, durante el poco tiempo de marcha, habia podido divisar no lejos, á sus hombres, que lo seguian. Sin

contestar al que acompañaba, se arrojó sobre él súbitamente y le cubrió con rapidez la cabeza con su propia manta, ahogando así los gritos que el hombre trató de dar. Al mismo tiempo, con un silbo hizo acudir á sus soldados, que llegaron corriendo. Entre todos dejaron sin movimiento al roto patriota.

— Estoy dado, no me aprieten tanto, dijo éste, al sentir que le ligaban las manos con una cuerda.

— Si está dado, ande sin hacer ruido, le dijo el cabo.

La noche estaba ya muy avanzada cuando llegaron al cuartel de Talaveras. Ahí, el hombre fué introducido en un calabozo y prolijamente registrado. Unas pocas pesetas de cruz eran todo su tesoro. El infalible belduque, bien afilado y puesto en vaina de cuero, fuéle quitado de la cintura, donde lo sujetaba el ceñidor.

En la misma noche fué instruído San Bruno de la importante presa hecha en la chingana. El Capitán oyó con interés la relación de los incidentes que habían persuadido á Villalobos de que el prisionero sabía más de lo que había dicho.

— Como no quiso contestar dónde está la casa á la que acompañó á las señoras, me pareció que lo mejor era traerlo aquí, para que mi capitán lo interrogue.

— Bien pensado, dijo San Bruno. Ahora lo dejaremos dormir. Lo que le queda de embriaguez podría darle valor para no hablar. Mañana, después de la revista de diana, venga usted á buscarme. Ya tendrá el hombre la cabeza fría y lo haremos confesarse.

Á la mañana siguiente, poco después de amanecer, pasada la lista, San Bruno seguido por Villalobos y cuatro cabos de escuadra, llegaban delante del calabozo donde había sido encerrado el prisionero. Sin hablar, el Capitán hizo señas de abrir la puerta. El hombre de la manta, de pie, sombrío y desdeñoso, se apoyaba contra la pared.

— Avance acá el insurgente, le dijo San Bruno, con su mirada de amenaza.

El hombre se adelantó con lentitud y se paró al lado de afuera. Por distracción tal vez, conservó su sombrero puesto. El Capitán cogió la vara de uno de los cabos de escuadra, arrojó de un golpe al suelo el sombrero del hombre y devolvió la vara al cabo.

— Así se está en presencia de la gente, dijo al prisionero.

Éste miró á su agresor de frente, como desafiando su poder. San Bruno sostuvo impasible esa mirada. Con el fuego sombrío de sus ojos hizo bajar la vista al roto, que sintió pasarle por la columna vertebral el frío del que mira bajo sus pies un hondo precipicio. En el fondo de los ojos del Capitán, había divisado las tinieblas de una amenaza implacable.

— ¿Cómo se llama usted?

La voz, para el roto, venía como del fondo de aquel precipicio.

— Pedro Arenas, contestó con aire taimado, volviendo á mirar con resolución á su interlocutor. La idea de haber sentido miedo le daba rabia.

— ¿De dónde?

— Soy de aquí.

— ¿De Santiago?

— Sí, pues, de Santiago.

— ¿Qué estaba haciendo en la plaza, el 7 de este mes por la mañana?

— Mirando los ahorcados estaba.

— Entonces usted vió cuando asesinaron al centinela.

— Yo no vi, yo no estaba ya en la plaza.

— ¿Dónde estaba?

— Me había ido.

— Conteste derecho á la pregunta. ¿Dónde se había ido?

— Me fuí á mi trabajo.

— ¿Sólo? ¿Con nadie más?

— Yo no sé, pues, otros andaban por la calle como yo.

— Eso es falso, porque usted contó anoche que había ido acompañando á unas señoras, de las cuales una iba desmayada.

— Puede ser, pues, yo estaba tomado anoche y no sé lo que dije.

— ¿Fué cierto, sí ó no, que usted ayudó á llevar á su casa, á una señorita que se desmayó en la plaza?

— Si así lo dije, así será, pues.

— ¿Y quién más iba con la señorita?

— Yo no conocía á nadie.

— ¿Dónde la llevaron?

— No vi, porque luego me cansé y otro se puso en mi lugar.

— Eso es mentira, porque usted contó anoche que la habían llevado á una casa.

— Así sería, pues, pero yo no lo vi.

— ¿ Está seguro ?

— Seguro, yo me había ido.

— Yo le voy á refrescar la memoria, dijo San Bruno sin inmutarse.

Hizo una seña á Villalobos. El cabo, que adivinaba las órdenes de su Capitán, dijo á los cabos de escuadra :

— Tiéndanlo y bájenle los calzones.

Pedro Arenas comprendió que iban á emplearse los azotes para hacerlo hablar. Palideció ligeramente, pero en sus ojos brilló el fulgor de una resolución rabiosa.

— ¿ Por qué me quieren azotar ? dijo mirando á San Bruno, yo no le he hecho mal á nadie.

— Diga donde llevaron á la señorita desmayada y se librará de los azotes.

— ¿ Cómo le digo, si no lo vi ?

San Bruno hizo una nueva señal á Villalobos. Los hombres, que habían detenido durante las últimas palabras la ejecución de la orden, echaron al roto al suelo violentamente, después de quitarle los pantalones. Uno de los hombres le tomó las manos, mientras otro lo sujetaba de los pies. Los otros se quedaron cuadrados á poca distancia.

San Bruno, con los brazos cruzados, se había puesto á pasearse, y en aquel patio, el silencio era tétrico.

— ¿ Cuántos, mi Capitán ? preguntó Villalobos, llevando la mano derecha al escudo de la gorra.

— Dele veinticinco y veremos, dijo San Bruno, deteniéndose.

Á una señal de Villalobos, se adelantaron los dos cabos que habían quedado de pie. Colocáronse uno de cada lado de la víctima. Aquel movimiento se hizo metódicamente, como en el ejercicio de instrucción, y con la rigidez tradicional de los movimientos militares.

— Cuenten fuerte, dijo Villalobos.

El cabo que estaba á la derecha, alzó entonces el brazo y dió con la vara el primer azote, contando :

— Uno.

El de la izquierda siguió inmediatamente.

— Dos.

— Tres.

— Cuatro.

— Cinco.

Ni un quejido de la víctima. Se mordía un brazo para no gritar. Las venas del cuello y de la frente se hinchaban. La lucha con el dolor era terrible.

Pero San Bruno encontraba que los flageladores eran tibios. Con un gesto violento, arrebató su vara al cabo que tenía cerca de sí, dándole un empujón, que lo hizo rodar por el suelo. Alzó entonces el palo, y principió á dar furiosos azotes al infeliz Arenas. Á los pocos golpes, la sangre saltó de las carnes, que empezaban á amoratarse.

— ¡ Ay ! dijo el azotado con voz ahogada, haciendo visibles esfuerzos para no gritar. El dolor, más fuerte que su voluntad, le había arrancado ese lamento, que sonó como llegando de una caverna.

— Así se pega, dijo San Bruno, y pasó la vara al cabo, que se había levantado temblando. Luego, dirigiéndose á los dos cabos al mismo tiempo :

— Vuelvan á principiar, y si no pegan como deben, tendrán cada uno cincuenta azotes bien dados.

Los hombres se pusieron lívidos. Villalobos no se atrevió á hacer un movimiento.

Al instante volvió á empezar el suplicio. Por algunos momentos, sólo se oyó el ruido seco de los azotes, acompañados de la fúnebre enumeración.

— Uno.

— Dos.

— Tres.

— Cuatro.

Los números se sucedían con rapidez espantosa. La sangre, que era por gotas al principio, saltaba á cada azote, tiñendo de rojo las varas y salpicando el cuerpo de la víctima. Al oir el número veinticuatro, San Bruno gritó con exaltación :

— ¡ Sigan, no se paren !

— Veinticinco.

— Veinteséis.

La cuenta continuó hasta hacerse monótona. Á los cincuenta, el infeliz flagelado lanzó un alarido desgarrador. San Bruno hizo señas de suspender el suplicio.

— ¿Qué dice? le preguntó con voz burlona, ¿se acuerda ahora de la casa?

Arenas contestó con un enérgico juramento y agregó furioso :

— Yo no sé nada, mátenme si quieren, godos pícaros, que azotan á la gente inocente.

San Bruno ordenó á los hombres que se relevaran. Los que habían azotado tomaron el lugar de los que sostenían á Pedro Arenas y éstos empuñaron las varas. Los primeros estaban jadeantes y apenas podían respirar.

— Denle fuerte, dijo el Capitán con voz imperiosa.

Y comenzó de nuevo el ruido seco de los azotes, el silbido de las varas al hender el aire. La voz de los azotadores resonaba metódicamente. Con el ejemplo de lo sucedido al principio, hicieron alarde de fuerza. Á los pocos azotes quebraron sus varas sobre el cuerpo del paciente. Éste, rendido ya por el dolor, atronaba el patio con sus alaridos; pero á medida que sufría, redoblaba de entereza su heroica resistencia moral. Los quejidos iban mezclados con furibundas imprecaciones contra sus verdugos. Para acallar su voz, San Bruno hizo venir un tambor y le ordenó que tocase calacuerda. Así, el ruido del tambor, confundiéndose con la voz de los azotadores y los lamentos de Arenas, formaba un concierto infernal.

Pero aquello duró poco más. Cuando la cuenta pasaba ya de ciento, cesó repentinamente la voz del hombre, y lo que alcanzaba á verse de su rostro, se cubría de lívida palidez.

— Mi Capitán, creo que se ha desmayado, dijo Villalobos en tono respetuoso.

San Bruno hizo suspender la operación y se acercó á examinar la víctima. El rostro de Arenas se había puesto cadavérico y su respiración parecía suspendida.

— No será mucho que esté fingiendo, dijo; estos perros insurgentes son capaces de todo.

Se quedó un momento mirando atentamente aquel ser ensangrentado, que no daba señales de vida.

— Cabo, dijo, dele un par de azotes, para ver si es cierto que está desmayado.

Bajo la traspiración que corría por el rostro de los flageladores, se les vió palidecer. Un confuso sentimiento de horror y de vergüenza ante aquel nuevo acto de crueldad, les hacía bajar la frente como agoviada.

Villalobos, inspirándose en el mismo sentimiento de refinada crueldad con que aquella orden le era dada, aplicó dos tremendos palos sobre el cuerpo inerte de Arenas.

Los azotes resonaron lúgubremente por los corredores; el cuerpo no tuvo una sola contracción.

— Llévenlo al calabozo y que le hagan tragar un poco de aguardiente, dijo San Bruno. Esta noche veremos si sigue tan valiente.

Volvió la espalda y añadió:

— Los demás, á su tropa.

Los cabos y el tambor se retiraron cabizbajos, después de dejar al hombre desmayado sobre el suelo del calabozo.

Villalobos salió en busca del aguardiente.

En la noche, después de la retreta, los aprestos de la flagelación parecian más siniestros aun que en la mañana. Pedro Arénas, reanimado con el aguardiente, habia vuelto en sí. Una fiebre atroz lo devoraba y las heridas lo hacían sufrir horriblemente. Al ver á San Bruno y á los cabos de escuadra con sus terribles varas, el desgraciado sintió un temblor en todo el cuerpo. Todo el vigor que le quedaba se había concentrado en la mirada de odio que arrojó sobre sus verdugos. El cuadro de aquellos hombres, en medio de las sombras, mal disipadas por la luz de un farol que llevaba Villalobos, le hizo el efecto de terror que causan á los niños los espectros de brujos. Comprendiendo al instante que se trataba de someterlo nuevamente al atroz suplicio de la mañana, sintió un desaliento inmenso sobrecogerle el alma, y vió que en la terrible lucha no le sería posible resistir.

— ¡Vamos, arriba! salga al patio, le dijo San Bruno. El tono de la voz parecia gritarle: «ya verá usted quien vence».

El hombre hizo un esfuerzo vano para incorporarse.

— Más bien que me *afusilen*, le pido por Dios que me afusilen, dijo como implorando un favor. Al sentirse impotente, con todo el cuerpo que le parecia una llaga, pensaba en la muerte como en un alivio.

— Eso vendrá después de los azotes, si no confiesa lo que le he preguntado, respondió San Bruno.

— ¡Sea por Dios, señor! yo no sé nada, replicó el hombre, encontrando, en medio de sus tremendos sufrimientos, un resto de energía.

— Sáquenlo, exclamó San Bruno, dándole al mismo tiempo un puntapié, que arrancó al prisionero un grito de dolor.

Los hombres se apoderaron de él, lo sacaron en brazos

fuera del calabozo. Al desnudarlo, fué menester arrancarle con fuerza los pantalones, pegados á las heridas. Esta operación quitó al desventurado lo que le quedaba de energía moral, y se convenció de que toda resistencia era inútil. Por callarse habría aceptado la muerte; pero no se sintió con fuerzas de soportar nuevamente los palos. Volvió entonces los ojos hacia San Bruno con una mirada de súplica.

— Mi Capitán, no me haga azotar más, le diré lo que quiera, todito lo que sé: estoy vencido.

— ¿Dónde es la casa?

— Es por allá, cerca de San Francisco.

— Pues bien, lo llevarán á usted ahí para que la señale.

Inmediatamente dió órdenes para que, en una camilla, transportasen bajo buena custodia al prisionero, á fin de que indicara la casa donde había conducido á la joven desmayada.

Villalobos fué el jefe de la partida. Ésta se puso en marcha inmediatamente. Antes de media hora regresaba la comitiva al cuartel. El sargento informó á San Bruno que la casa que deseaba conocer, era de la familia Malsira.

San Bruno hizo entrar á Arenas á su cuarto para continuar interrogándolo. Vencido ya y resignado, el prisionero refirió, con todos sus detalles, la escena en que había tomado parte en la mañana del 7 de febrero. San Bruno estaba convencido de la veracidad del relato. Por otra parte, en cada momento de duda apelaba á la amenaza de renovar los azotes.

— No le miento, mi Capitán, decía el hombre, con acento de íntima franqueza, desde que me dí por vencido, ¿cómo cree que he de querer que me azoten de nuevo?

— Así, ¿usted no conocía al hombre con el que llevaba cargada á la señorita? le preguntó San Bruno.

— No lo conocía.

— Ni tampoco oyó como lo llamaban.

— Lo mentaron « ño Cámara ».

San Bruno anotó aquel nombre en su cartera. Desde la noche misma, la casa de doña Clarisa Bustos quedaba vigilada por hombres de policía en traje de paisano.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Dg 154, 7e/2

NOV
7
UNIVERSITY
OF TOR

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 07 09 006 1